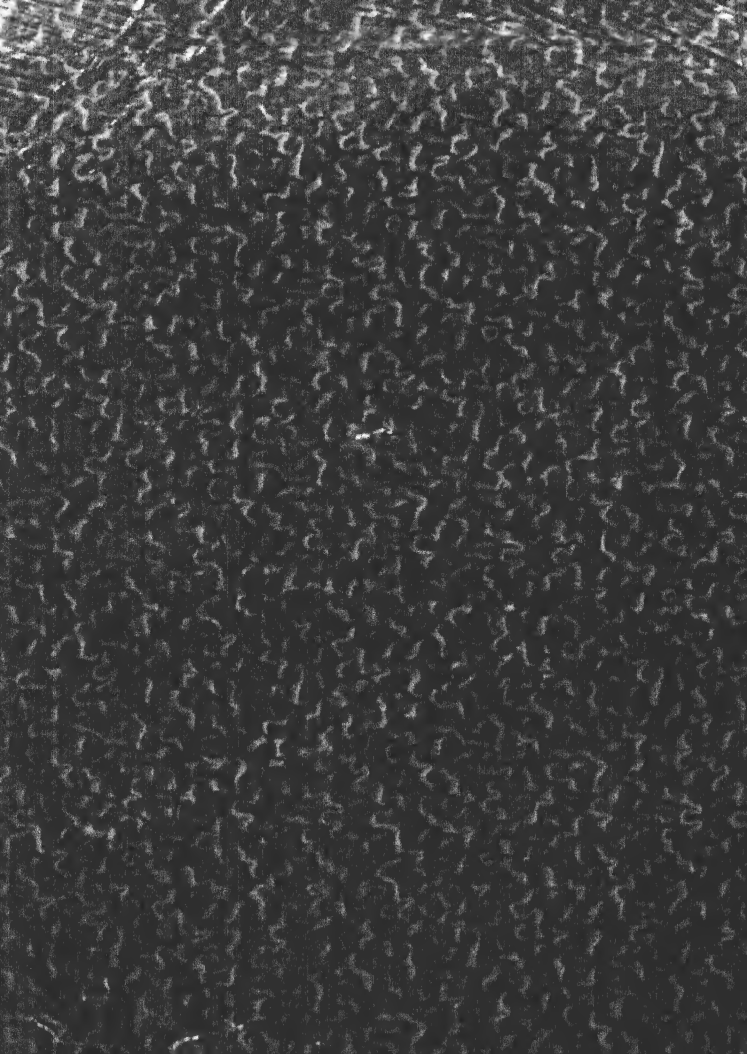
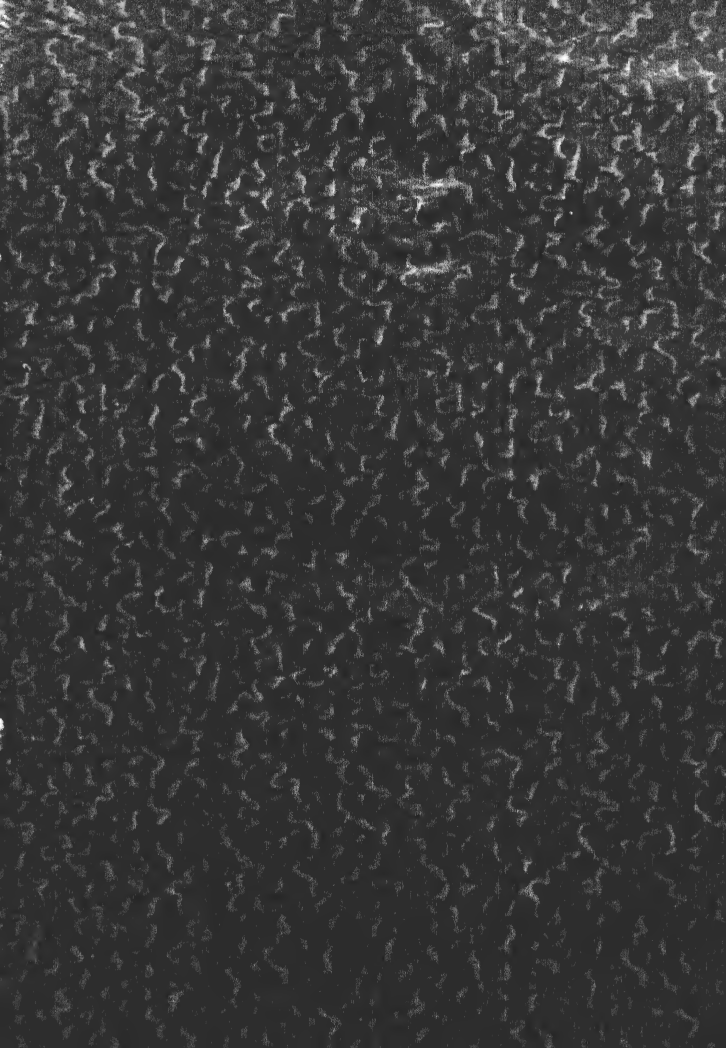






HISTORIA
DE
LA CIUDAD DE SEVILLA.



HISTORIA
DE LA
CIUDAD DE SEVILLA
Y
PUEBLOS IMPORTANTES
DE SU PROVINCIA,

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS

HASTA NUESTROS DIAS.

OBRA ESCRITA É ILUSTRADA CON UN ATLAS

POR

D. JOAQUIN GUICHOT,

ACADÉMICO DE NÚMERO DE LA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS Y CRONISTA
DE LA CIUDAD Y DE SU PROVINCIA.

PUBLICADA BAJO LOS AUSPICIOS
DE LAS EXCMAS. CORPORACIONES PROVINCIAL Y MUNICIPAL.

TOMO II.

SEVILLA.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.

1875.

HISTORIA DE LA CIUDAD DE SEVILLA.

LIBRO CUARTO.

DOMINACION MUSULMANA EN SEVILLA.

PERÍODO ÁRABE.

CAPÍTULO I.

Consideraciones y antecedentes históricos.

El dilatadísimo período de la dominacion musulmana en Sevilla es sin duda alguna el más interesante, más dramático y más sorprendente de la memorable historia de nuestra insigne Ciudad, que fué durante trescientos años la predilecta de la raza árabe, como lo fueron de la siriaca y de la berberisca, Córdoba hasta la disolucion del califato de Occidente, y Granada hasta la conquista de los Reyes Católicos.

Y, sin embargo, causa tanta sorpresa el oirlo como confusion el decirlo; sólo recuerdos vagos, datos inciertos y tradiciones orales, inexactas las más veces y faltas de sólido fundamento, se tuvieron en Sevilla respecto á los hechos de esta dominacion, hasta muy entrado nuestro siglo, en que comenzó á hacerse alguna luz en la oscuridad de aquellos tiempos, llamados de tinieblas y confusion por to-

dos nuestros cronistas é historiadores generales y particulares. La escasez de monumentos literarios y de piedra que pudieran dar testimonio fehaciente de su estado y de la cultura que alcanzó en aquella época, disculpa los errores y la ignorancia de que se lamentan los autores aludidos.

En efecto desde Isidoro *Pacense,* que acabó de escribir en 754 el epítome de su crónica (hoy perdida), hasta mediado el primer tercio del siglo actual, es decir, en el espacio de mil y sesenta años próximamente, muy poco y de escasa utilidad para la historia escribieron los cronistas nacionales latinos acerca del suceso de la conquista y secular dominacion de los árabes en la península Ibérica. Es así, que los cronicones antiguos más fidedignos, desde Sebastian de Salamanca hasta el arzobispo D. Rodrigo de Toledo, se limitan á consignar la fecha de una batalla ó de tal cual suceso memorable, guardando el más profundo silencio respecto á todo lo demás; y en cuanto á la crónica de aquel docto prelado, por más que se haya calificado de historia de los árabes de España, no es en realidad sino un compendio falto de extension y claridad.

Andando los tiempos Casiri y Conde, el primero de los cuales tradujo en la segunda mitad del siglo XVIII algunos fragmentos de la historia de los árabes, entresacados de los manuscritos que coleccionó en su catálogo de la *Biblioteca Escurialense,* y el segundo en su *Historia de la dominacion de los árabes en España,* impresa en 1820, comenzaron á descorrer el tupido velo que durante tantos siglos mantuvo oculto aquel magnífico cuadro á la vista perspicaz y genio investigador de los Morales, Zurita, Sandoval, Mariana, Moret, Salazar, Florez y Masdeu, como historiadores generales, y á la de los Espinosa, Morgado, Caro y Zúñiga como particulares de Sevilla.

Decimos que *comenzaron* á descorrer el velo, porque la obra de Casiri, calificada con justicia por Conde de «Luz de relámpago que deslumbra y desatina más que aclara é lustra» y la del mismo académico de la Historia, que dice se propuso sólo «escribir lo que las memorias y los libros arábigos refieren, y hacerlo con sus propias palabras fielmente traducidas (1)» dejan mucho que desear en cuanto al órden, al método, á la claridad y á la crítica histórica; dado que la una se reduce á breves fragmentos históricos, y la otra es un extracto y traduccion fiel de muchos autores árabes, que tiene los defectos inherentes á toda compilacion. Imperfecciones en aquellos libros que reconocen por causas la insuficiencia de Casiri, para mayor desempeño (2), y la muerte, que arrebató á Conde cuando no habia corregido ni dado la última mano á su obra.

De suerte, que puede darse—sobre todo, en lo que se refiere á Sevilla—por no escrita la historia de los musulmanes españoles, en todo el trascurso de los siglos que mediaron entre Isidoro *Pacense,* Casiri y Conde; y por incompleta la que se ha escrito desde aquellos dos últimos arabistas hasta nuestros dias.

Sin embargo, las citadas obras abundan en datos interesantes y curiosas noticias, que han sido más ó ménos discretamente utilizadas por los autores que escribieron después; y tienen, además, el mérito de haber despertado la aficion á este género de estudios; sirviendo, ya que no de

(1) *Hist. de la domin. de los árab. en Esp.* Tom. I, pról., págs. 16 y 17.

(2) «Casiri ne s'etait pas suffisamment familiarisé avec le sujet qu'il voulait éclaircir, et il ne se distingue pas d'ailleurs par un jugement ferme et éclairé.» Dozy, *L'Espagn. pendant le moyen-age.* Primera edicion. Pról., pág. 5.

guia, de estímulo á nuestros sabios y distinguidos orientalistas coetáneos; entre ellos á los Sres. Dozy, Gayangos y Lafuente Alcántara (D. Emilio), cuyas investigaciones y disquisiciones sobre nuevos tesoros de la literatura arábiga, ignorados, desconocidos ó fuera del alcance de los arabistas que les han precedido, completan y perfeccionan las obras de Casiri y de Conde, y arrojan suficiente luz en la oscuridad del período musulman español, para que nos sea permitido seguir paso á paso, y con firmeza, la tormentosa infancia y el desenvolvimiento de nuestro pueblo á través de aquellos siglos de lenta, gloriosa y cruenta formacion de la nacionalidad española.

Á ellos, pues, esto es, á los Sres. Dozy (1), Gayangos (2) y Lafuente Alcántara (3)—que por ser españoles los dos últimos nombrados y casi español el primero en esta materia, consultamos con preferencia para el desempeño de esta parte de nuestro trabajo—debemos esos nuevos y preciosos datos y noticias con que se ha enriquecido la historia de los siglos medios de España; de las cuales carecieron todos nuestros historiadores de las edades media y moderna, desde los arzobispos de Toledo, de Tuy, y D. Alfonso el *Sabio,* hasta Mariana, el P. Florez y Masdeu, y todos los contemporáneos, incluyendo á D. Modesto Lafuente, y Cabanilles, y los extranjeros Romey, Rosseuw Saint-Hilaire, Schaefer, Morphy y demás autores que escribieron la historia de España.

---

(1) *Recherches sur l'histoire politique et litteraire de l'Espagne pendant le moyen-age.* Primera y segunda edicion. *Hist. des musul. d'Espagn. Hist. des Benu-Abbad,* y otros trabajos.

(2) Traduccion de *Al-Mahkari, Hist. de las dinast. Mahom. de Esp.,* y otros trabajos.

(3) Traduccion del *Ajbar Machmua,* coleccion de tradiciones árabes, y otros trabajos.

Pagado este tributo de respeto á los sabios y perseverantes orientalistas citados, cuyas fieles é inteligentes traducciones de los más interesantes manuscritos arábigos—y además ilustradas y anotadas con sábia erudicion y acertados comentarios—tan útiles nos han sido para llevar á cabo la empresa acometida, vamos á historiar los cinco siglos muy cumplidos de la dominacion musulmana en Sevilla; que de hoy más han dejado de ser de confusion ó tinieblas, á beneficio de la copiosa luz que en ellos han derramado los referidos trabajos.

Mas ántes de entrar en materia, creemos conveniente dar una idea sucinta, pero suficientemente clara, del orígen, genio, carácter, condiciones y constitucion política y social de la nacion que nos invadió; y otra de la situacion tambien política y social y además religiosa en que se encontraba el pueblo de Sevilla en la época de la conquista musulmana. Sólo así podrán comprenderse sin esfuerzos de imaginacion sucesos tan variados, dramáticos y casi siempre extraordinarios acaecidos en nuestra Ciudad y á compás en todas las demás de las Andalucías: como son el de su rápida y fácil conquista por la pequeña hueste de Muza; el de la dilatadísima permanencia en ella de las razas orientales, apesar de la repulsion instintiva con que el pueblo de san Leandro y de san Isidoro debia mirar aquellos soberbios dominadores, que en materia de religion le recordaban los aciagos dias del triunfo del arrianismo sobre el cristianismo ordoxo; en punto á política se le aparecian como nuevos amos que venian á enseñorearse de ella por derecho de conquista, y, finalmente, que tan opuestos le eran en orígen, costumbres, leyes, historia, tradiciones y civilizacion. Así como tambien el no ménos extraordinario de haber tenido que ocultar los nuestros,—es decir, los más numerosos, los más ri-

cos, los únicos señores legítimos de la tierra—bajo las bóvedas de la basílica de San Vicente, el *Evangelio de Cristo,* para dejar franco el campo á la propaganda de un LIBRO, del cual *llegarán, con el tiempo, á avergonzarse los mismos mahometanos* que más sinceramente creen en él, como dice el orientalista Hinckelman, y que Reinecio califica «de *mala rapsodia,* de verdadero centon compuesto de trozos recogidos sin plan ni concierto, y *coleccion* de *fábulas* insulsas repetidas hasta la saciedad.»

La nacion árabe se componia de dos pueblos distintos y enemigos irreconciliables el uno del otro. El orígen de su enemistad se remonta algunos siglos ántes de la era mahometana. Uno de ellos, que se creia descendiente de Kahtan, nieto de Sem, y se daba el nombre de *Yemaní,* habitaba las provincias más fértiles y florecientes de la Arabia meridional, ó sea el Yemen, y las del Hedjaz, que se extiende desde la Palestina al Yemen, cuyos naturales se decian proceder de Adnan, uno de los descendientes de Ismael, y en la que se encuentran las ciudades santas del islamismo, la Meca y Medina. El otro, que se daba por padre á Maad, moraba en el Nedjaz, vasta y desierta planicie que comprende el centro y el norte de la península Arábiga. Uno y otro son de raza semítica.

El primero, el Yemaní—nombre con el cual le designarémos en lo sucesivo,—era sedentario, y en tal virtud más culto; el segundo, el Maadí, era nómada, y sigue siéndolo todavía con el nombre de *beduino.* Esta diversidad de condicion, que debia producir necesariamente entre ellos notables diferencias de idioma, leyes y costumbres, no puede ser

considerada como causa eficiente del odio mortal que se profesaban aquellos dos pueblos, y que se continuó, insaciable de sangre, después que ámbos abrazaron el islamismo, y unidos dilataron las fronteras del imperio de Mahoma desde el Himalaya hasta los Pirineos.

Nada hay comparable en la historia de Europa, dice un moderno publicista, á la aversion que se profesaban estos dos pueblos, que se pasaban á cuchillo con el más fútil pretexto. Refiere Abul-Feda que en una ocasion el territorio de Damasco fué teatro durante dos años de los horrores de la guerra civil, porque un maadí habia *cogido un melon* en el jardin de un yemaní: y Ben-Adhari cuenta, que en territorio de Murcia la sangre se derramó copiosamente durante siete años, porque un maadí, transitando por una vereda que cruzaba tierras de un yemaní, hubo de arrancar casualmente alguna hoja de una cepa....!

Este odio, que tantas calamidades habia de traer sobre España, carece de antecedentes en la historia de aquellos pueblos, y no puede explicarse de otra manera, sino diciendo que *estaba en la sangre,* y se sobreponia á la identidad de intereses que estableció entre ellos la comunidad de lengua, derechos y costumbres creada por la religion que les dió el Profeta. Así es que después de haber ensangrentado toda la Arabia, la Siria y los dos Iraks, donde se combatieron ferozmente con los nombres de *Kelbies* (1) y *Caisies* (2) llegó con toda su rencorosa pujanza á Andalucía, donde ejerció una influencia favorable á la reconquista cristiana, y fatal al islamismo, que á su resultas vióse detenido

(1) La más poderosa tribu yemaní, durante el califato de Merwan; tuvo grande importancia en África y en España.

(2) Tribu maadí muy señalada que se fijó en el Irak-Arabi.

en el camino de las conquistas que ambicionaba realizar en Francia y en todo el Occidente.

Contribuia no poco á fomentar aquella invencible antipatía la constitucion política y social de cada uno de aquellos dos pueblos. Yá hemos dicho que el uno, el Maadí, era nómada en su calidad de habitante del desierto de la Arabia, y el otro, el Yemaní, morador de las fértiles comarcas de la Arabia Feliz, era sedentario; empero el uno y el otro estaban divididos en castas, tribus y familias, constituyendo pequeñas soberanías independientes, rebeldes á toda autoridad que no fuese la de su respectivo jeque, y celosas hasta el delirio de su autonomía y libertad. Decimos de su libertad en el sentido más lato, pues cada una de aquellas tribus eran pequeñas democracias que se gobernaban patriarcalmente por un jeque y el consejo de los ancianos de la tribu, que limitaba la autoridad de aquél hasta hacerla completamente ilusoria. Dicho se está que con esta organizacion política, faltando una autoridad superior á quien recurrir ó ir en apelacion de toda sentencia, pleito ó agravio, serian por demás frecuentes los choques entre las tribus rivales ó enemigas, é innumerables los pretextos que invocarian para atacarse y tomar represalias, sin perjuicio de no desaprovechar ocasion alguna de intervenir en las grandes contiendas civiles, afiliándose en uno de los partidos militantes sólo porque en el opuesto habia tomado campo el aborrecido rival.

Á esa antipatía, á esa saña implacable que dividia profundamente la gran familia árabe, tenemos que agregar el cisma religioso que estalló entre ellos inmediatamente después de la muerte de Mahoma. La sucesion al califato fué el motivo verdadero; la pureza y la integridad de la doctrina del Profeta, y la protesta contra una decision de la au-

toridad legítima, fueron el pretexto para producir el cisma.

Desde el siglo VII los árabes se dividieron en dos grandes sectas, cada una de las cuales se subdividió en otras cuatro ó cinco. Llámanse los adeptos á la más numerosa, profesada por los habitantes de la Meca y de Medina, *Sunnitas,* y los de la otra *Xyitas.* Toman su nombre los primeros de la *Sunna,* libro que contiene las palabras y los hechos de Mahoma que no fueron consignados en el *Coran;* pero que, conservados por tradicion oral, escribiéronse después de su muerte. El *Coran,* pues, y la *Sunna,* son los dos códigos de leyes religiosas y civiles de los mahometanos. Los que así lo confiesan y proclaman, se tienen por los verdaderos ortodoxos, y califican á sus adversarios de herejes y hasta de infieles.

Los *Xyitas* rechazan la tradicion, y por eso se les dió aquel nombre, que significa *faccion,* puesto que procede de *Xyiah.* Estos sectarios, que profesan la doctrina de Alí, yerno del Profeta, son considerados como místicos y musulmanes de la religion más depurada. Confundiendo aquélla con la política, ó sirviéndose de ella como arma de partido, sostenian que Mahoma habia designado expresamente á Alí para sucederle, y que el califato era hereditario en la familia del esposo de Fátima; considerando, en tal virtud, como intrusos y usurpadores á los sucesores de *Al-Nabí* desde Abu-Becr, Omar y Othman hasta nuestros dias.

Tal era en resúmen, política y religiosamente considerada, la raza que invadió á España en los comienzos del siglo VIII, y que trajo al suelo español sus odios tradicionales de casta y de sus interminables disputas religiosas. Á esos grandes gérmenes de perturbacion y de sangrientas é incesantes discordias, hay que agregar los rasgos peculiares de su genialidad y carácter. El árabe es de suyo generoso, hospitalario, amante de su tribu, celoso de la honra de su fami-

lia, y blando para sus esclavos; su naturaleza inteligente, enérgica y apasionada le lleva fácilmente á los extremos de la más feroz venganza y á los excesos de la sedicion, de la rebelion y de la anarquía. En materia de religion es escéptico, tolerante con los demás, y exento de fanatismo. En su vida íntima es inclinado á los placeres, licencioso y amigo del lujo, de la pompa y de la ostentacion. No admite jerarquías sociales, ni aristocracia de sangre, ni más distinciones que aquellas que se fundan en los cargos públicos, en la ciencia y en el talento. Por familias nobles se entiende entre ellos aquellas que han estado durante algunas generaciones á la cabeza de su tribu; finalmente, es el hombre más libre de la tierra, negándose á reconocer toda autoridad superior, y todo señor que no sea el mismo Dios.

Muy pronto vamos á verlos desarrollar en grande escala todas estas cualidades en España.

Las otras dos razas, la siriaca y la berberisca, que les ayudaron á realizar la conquista, y que en número mayor se establecieron en las Andalucías, se les parecian mucho en instituciones políticas y en ciertos rasgos distintivos de carácter. Sin embargo, diferenciábase bastante la primera en que era ménos generosa que ellos con los vencidos; más codiciosa en materia de intereses; más exigente en cuanto á la imposicion de tributos, y mucho más descreida é impía en punto á religion. Los siriacos, para quienes el *Coran* era una letra muerta, eran tenidos por malos creyentes y casi paganos entre los árabes. Los berberiscos fueron no ménos aguerridos y celosos de su libertad que los hijos de la Arabia, pero eran ménos cultos, ménos tolerantes é ilustrados, é infinitamente más supersticiosos y fanáticos, sobre todo en el respeto y veneracion que tributaban á sus faquíes, que los tenian fanatizados. Los berberiscos eran *Xyitas*, partidarios

de la doctrina de Alí, y sectarios no-conformistas; visionarios, en fin, que vivian en las abstracciones del Coran.

Descritas á grandes rasgos las condiciones del pueblo ó *pueblos* invasores—pues Mahoma, si bien unificó el culto y la religion no supo unificar la nacion, dándole intereses políticos comunes, y un poder central bastante fuerte para mantenerla unida—vamos á bosquejar la situacion en que se encontraba en aquellos supremos momentos la desgraciada España.

En el penúltimo capítulo del tomo primero hemos indicado sumariamente el estado aflictivo en que yacia el país á resultas de la doble crísis alimenticia y política que le habian ocasionado la pérdida de tres cosechas sucesivas, la insurreccion del partido hispano-romano acaudillada por Rodrigo, y la rebelion de los vascones y navarros. En tan angustiosos momentos tuvieron lugar las primeras expediciones piráticas de los berberiscos en las costas de la Andalucía meridional. La generalidad del país debió concederles escasa importancia, atendido á que estaba preocupada con cuestion de mucha mayor monta; á que en otras ocasiones habia vencido expediciones más formidables procedentes del África, y á que el conde Julian, prefecto de Ceuta y su territorio, estaba rechazando valientemente los ataques de Muza, gobernador de todo el Magreb; por último, érale notorio que los *moros* carecian en absoluto de barcos para trasportar á España una expedicion formal.

Mecida por tan lisonjeras imágenes, en lo que respecta al peligro de una irrupcion berberisca, España no se preparó á lo defensa, ni hizo otra cosa que acompañar con sus votos el grande ejército que el rey Rodrigo acaudilló en persona contra Tarik-ben-Ziyed. Aparecia á sus ojos demasiado poderosa la nacion visigoda en España, y contaba con tan-

tos y tan abundantes recursos para castigar ó exterminar aquellas hordas de famélicos é indisciplinados merodeadores, que en todo podia pensar ménos en una derrota, y mucho ménos todavía en una catástrofe nacional. En esto sólo debian estar completamente de acuerdo visigodos é hispano-romanos.

Á esta ciega confianza, disculpable por otra parte, siguióse muy luego el estupor general al tener noticia del desastre del Guadi-Becca, y al sentir inmediatamente sus tremendos efectos. Fué aquello una sacudida tan violenta, un golpe tan descomunal é inesperado, que dejó paralizadas en el acto todas las fuerzas vivas y activas del país. La grandiosa obra fruto de la actividad de *tres siglos* habíase deshecho completamente en *tres dias*. Los visigodos, que durante aquellas centurias habian llenado el mundo con la fama de sus instituciones, de su civilizacion, de su gloria militar y de su potente monarquía, quedaban sepultados para siempre y *hasta el último,* en un pequeño lodazal en la extremidad Sur de la península Ibérica; y no por las armas de los rudos y aguerridos francos, ó las del imperio Bizantino, que se decia caminaba al frente de la civilizacion de Europa en el siglo VIII, sino por un puñado de semi-bárbaros africanos, mal armados y pertrechados, sin caballería, sin barcos para asegurarse la retirada, y sin esperanza de ser socorridos en el caso, más que probable seguro, de una derrota.

Ocho siglos despues se reprodujo este fenómeno en América, pero con la diferencia, que el pueblo invasor era el civilizado, y el invadido el semi-bárbaro.

Trás del estupor vino la inmovilidad universal. Todo lo existente habia fenecido en una hora; leyes, código, instituciones, magistrado supremo, en suma, la religion, el trono,

el ejército y la sociedad habian sido arremolinados, revueltos, arrebatados por los torbellinos de viento procedentes del Hedjaz y del Atlas. Por primera vez, desde que comienzan á apuntar los tiempos históricos en la remota antigüedad, la España se veia dueña de sus destinos; los españoles *se pertenecian á sí mismos;* no tenian señor extranjero á quien servir tascando el freno, ni raza privilegiada por la conquista que se les impusiera á título de vencedora. Habian dejado de ser, de una vez y para siempre, visigodos; no podian volver á ser romanos, dado que de Roma yá sólo existia una vacilante y torpe sombra en Bizancio; tenian, pues, que ser españoles. Pero ¿sabrian serlo?

La generacion del siglo VIII, nó. Tenía que pasar aquella centuria, saturada todavía de servidumbre, de barbarie, de idolatría y de espíritu extranjero; tenian que desaparecer de su seno todos los gérmenes de disolucion—por ser antiespañoles—que habian depositado en él los romanos y los godos; tenía, en fin, que engendrar, dar á luz y educar aquella otra generacion de prelados, de guerreros, de mártires y de robustos soldados que en el siglo IX pusieron los cimientos de la nacion genuinamente española.

Si el siglo de los Alfonsos se hubiese dado la mano con el de san Leandro y san Isidoro, los árabes hubieran podido intentar la conquista de la Península; pero es seguro que no la habrian realizado. Doce ó diez y ocho mil berberiscos bastaron para exterminar, en Julio de 712, cien mil soldados visigodos. En Julio, tambien, de 1212, medio millon de africanos fueron aplastados por unos setenta mil soldados españoles.

Y es que, cuando los musulmanes dirigieron sus codiciosas miradas hácia las tierras regadas y fecundadas por el Guadalquivir, el Guadiana, el Tajo, el Duero, el Miño y el Ebro, nada español, ni áun el nombre, se conocia en ellas;

todo era, repetimos, rómano, visigodo ó griego. El genio de la nacion encontrábase todavía como el insecto dentro de su ninfa, como el bómbice dentro de su capullo, esperando el dia de su metamorfosis en mariposa.

Dicho se está, que Sevilla no podia librarse de pasar por la ley comun ni rebelarse contra el decreto fatal que condenaba á la España entera á sufrir este nuevo yugo extranjero, y áun ménos que otra ciudad de la Península; porque habiendo sido, y siendo á la sazon la más romana, y la más visigoda, después de Toledo, de todas ellas, era necesariamente la ménos española y la última que habia de reclinar su cabeza en el regazo de la madre patria; apesar de su puro orígen ibero, de su acrisolado cristianismo y de su cultura moral y material, que le mereciera el dictado de *Roma la Pequeña,* y la honra de ser calificada, por los mismos musulmanes, de silla y asiento de la ciencia sagrada y profana en tiempo de los romanos y de los godos.

Lo sorprendente para todo el que estudia, hasta en sus menores detalles conocidos, el acontecimiento de la conquista musulmana de España, en los comienzos del siglo VIII, no es precisamente que Sevilla sucumbiera, como sucumbieron, casi al primer amago, Córdoba, Toledo, Mérida, Zaragoza, Leon, Zamora y todas las grandes ciudades y plazas fuertes de la Península; sino que se resignase, tras leve protesta, con la suerte que le hizo el extranjero vencedor; y que siendo la más cristiana, la más católica de todas, como educada y doctrinada por san Leandro y san Isidoro, y como lo manifestó en las guerras civiles que, en defensa de la ortodoxia de la Fé, sostuvo en los tiempos de Atanagildo y de Leovigildo, se *musulmanizase* (permítasenos la dureza del vocablo) hasta el punto de ser, desde los primeros dias de la conquista, el más firme baluarte del islamismo en España. Fenómeno es éste

que merece un especial estudio, por lo que importa á la fama de nuestra insigne Ciudad, y para la explicacion del cual vamos á apuntar algunos datos y conjeturas que ayuden á la solucion del problema.

Dirémos, pues,—dando el primer lugar á la cuestion religiosa,—que en Sevilla no estaria reducido al estado de impotente minoría el elemento arriano, ni el partido visigodo falto de poder é influencia, cuando uno de los hijos de Witiza estaba opulentamente fincado en la Ciudad y en el Aljarafe (como más adelante demostrarémos); lo cual permite suponer que tendria en ella parientes, numerosos parciales, amigos, clientes y esclavos. Á mayor abundamiento, todos los cronistas é historiadores de España ¿no hacen á Oppas, hijo del rey Egica (1) y hermano de Witiza,—es decir, miembro de una familia representante de los intereses godos puros,—metropolitano de Sevilla? Los visigodos, pues, católicos ó arrianos, pero en cualquiera de estos conceptos malquistos de los hispano-romanos, tenian importante representacion en nuestra Ciudad. Y nótese que aquéllos debieron celebrar el desastre del Guadi-Becca, creyendo que redundaria en beneficio de su causa, dado que el vencido rey Rodrigo se habia *apoderado tumultuosamente del cetro, alentándole el Senado* (2).

Debia coexistir con el elemento arriano el pagano ó idólatra, puesto que á fines del siglo VII decretaron los concilios de Toledo penas severas contra los que adoraban los ídolos de la gentilidad; y tambien el mosaismo, y con no escasa representacion, cuando Muza dejó confiada la guarda de la Ciudad á los judíos en tanto él se dirigia sobre Mérida. Sumando, pues, todas estas fracciones de oposicion al partido católico

(1) Isidoro Pacense.
(2) Id.

que dominaba en Sevilla, tendrémos una minoría bastante numerosa y fuerte para imponerse en un momento dado á la mayoría de sus habitantes y favorecer la empresa de los musulmanes, de quien tanto podian esperar los judíos y temer tan poco los arrianos; visto que la doctrina de Mahoma era la de Arrio, reimportada bajo otra forma á España por los soldados de Tarik y Muza.

Examinemos ahora la cuestion bajo otro de sus aspectos. Se ha dicho por todos los cronistas latinos y musulmanes, que en la época de la conquista Sevilla era la ciudad más docta, la más poblada, la más opulenta de España; que tenía magníficos edificios, y que estaba fuertemente defendida por las grandiosas torres y murallas que la cercaban. Pero lo que no se ha dicho, ni sobre ello se ha hecho hasta ahora investigacion alguna, en los tiempos que estamos historiando,—segun se desprende con bastante claridad de los manuscritos arábigos recientemente traducidos,—es que la riqueza y opulencia de Sevilla procedian de su condicion de ciudad eminentemente comercial; que su puerto era uno de los más frecuentados de la Península, por la seguridad que en él encontraban las embarcaciones contra los riesgos de la piratería del mar, y que por él se hacía todo el comercio del litoral de Levante con una gran parte del interior de España. Ahora bien; toda ciudad en estas condiciones ha sido, es y será enemiga de la guerra y ardiente partidaria de la paz á toda costa; siempre que estas *costas* no absorban su riqueza, no destruyan su comercio, y no maten su presente de bienestar y prosperidad, y sus esperanzas de mayor engrandecimiento.

¿Es esto lo que le ofrecieron los árabes cuando llegaron al pié de sus murallas? Indudablemente sí. ¿Lo cumplieron? Tambien decimos que sí. Vamos á examinar estas dos proposiciones separadamente.

Á resultas del desastre del Guadi-Becca, la España quedó sin rey, sin gobierno, sin jefe que organizase la defensa, ni caudillo que reuniese en un haz las fuerzas dispersas de la nacion. La resistencia se consideró imposible; el terror abultó el peligro y dió desmesuradas proporciones á la pequeña hueste musulmana, que así pudo cruzar la Península desde Algeciras á Toledo y desde aquí á Zaragoza, sin dejar un solo enemigo á sus espaldas. El rumor de aquellas rápidas y felices conquistas debió llegar á Sevilla, y con él noticias detalladas del trato que los musulmanes daban á los vencidos y de lo religiosamente que guardaban los tratados celebrados con ellos. Súpose, pues, que á los cristianos que se resistian, después de vencidos los castigaban despojándolos de todos sus bienes; pero que les dejaban sus leyes, sus jueces, sus sacerdotes y el ejercicio de su religion: los árabes no violentaban á nadie en materia de creencias. Que á los que se rendian por capitulacion, después de una inútil y generosa defensa, les dejaban todos sus bienes, despojándolos solamente de los ornamentos y alhajas de sus iglesias, de sus armas y de las tierras del comun; y, por último, que á aquellos que les franqueaban desde luego las puertas de su ciudad, no les causaban la menor molestia ni imponian más gravámen que el pago de la *capitacion;* contribucion extraordinaria y gravosa, pero que cada cristiano pagaba en proporcion á su fortuna, y que cesaba para aquel que abrazaba el islamismo. Así que, fué evidente para los habitantes de Sevilla que la gran mayoría de los cristianos conservaban todos sus bienes; y que esta nueva invasion extranjera amenazaba ser funesta sólo para los prelados y los nobles que huian delante de ella; perdiendo en consecuencia todas sus tierras, que pasaban de hecho á dominio de los conquistadores.

Cuando Muza llegó delante de las murallas de nuestra

Ciudad, precedido de la fama de tolerante en materia de religion y de generoso con los vencidos, que se habia grangeado su lugarteniente en España, Tarik-ben-Ziyed, es probable que los partidarios de la paz, los hombres de órden,—como se llaman en nuestros dias—acostumbrados desde remotas generaciones al yugo extranjero, y sospechando acaso que la dominacion árabe habia de ser por lo ménos tan tolerable como la visigoda, se concertasen para entregarle la Ciudad. Sin embargo, otro partido, como siempre sucede en casos análogos, se decidió por la resistencia. Ésta se intentó con tan poco fruto, que á los dos ó tres meses tuvo que capitular la plaza.

Que la capitulacion se hizo en condiciones favorables para los vencidos, y que Muza debió quedar satisfecho del buen espíritu que reinaba en la mayoría de los habitantes de la Ciudad, lo prueba el que á los pocos dias de haberse apoderado de ella marchó sobre Mérida con el grueso de su ejército, dejando una *corta guarnicion* compuesta de judíos y *algunos árabes,* para custodia y conservacion del órden en la *metrópoli de la Bética.* Cierto es que al poco tiempo hubo un conato de sublevacion contra los musulmanes; mas fué prontamente reprimido por Abdelaziz, nombrado *Emir* interino de España; el cual fijó su residencia y estableció la córte y aduana del gobierno musulman en Sevilla, «por estar más cercana á las comunicaciones de África» y ser una poblacion que mereció los más grandes elogios á los árabes, segun consta en las crónicas de aquella nacion.

Queda, pues, demostrado que Sevilla, hispano-romano-visigoda, obtuvo de Muza una capitulacion favorable á sus intereses materiales; y que si la alcanzó fué porque sacrificó otro linaje de intereses á la conservacion de la paz, en beneficio de su riqueza urbana, agrícola y comercial.

Veamos ahora si los árabes cumplieron los términos de la capitulacion, y si Sevilla, no española todavía, se manifestó arrepentida ó descontenta de su fácil condescendencia.

Hay fundado motivo para creer que á la entrada de los árabes en la metrópoli de Andalucía su poblacion se dividió en tres grandes parcialidades. Una, y probablemente la más numerosa en los principios, la formaron los cristianos ortodoxos, firmemente adheridos á la fé de Jesucristo. Otra, la de los *convenidos,* que se compondria del partido visigodo puro y del arriano, que recibieran á los musulmanes como auxiliares de su causa; y la última, de los hombres de moral elástica y acomodaticia, para quienes todos los medios son buenos siempre que conduzcan al mantenimiento del órden y de la paz, y á la satisfaccion de sus goces más ó ménos egoistas; ésta debió ser la ménos numerosa en los comienzos —un siglo después llenó toda Sevilla,—pero la más poderosa é influyente por la categoría de las personas que la componian.

La primera, después de su derrota y perdida toda su esperanza de triunfo, abandonó sus bienes á manos del vencedor y se retiró á las *Catacumbas,* en las cuales invocaba la misericordia de Dios, vuelto el rostro hácia las montañas de Astúrias. La segunda entregó los ornamentos de sus iglesias y sus armas; pagó la capitacion y continuó beneficiando sus tierras y haciendo prosperar su industria y comercio, orígen de su bienestar y de la prosperidad de Sevilla. La tercera.... Oigamos á Isidoro *Pacense,* autoridad irrecusable como prelado católico, coetáneo y testigo ocular de los sucesos que refiere:

«Abdelaziz comparte en Sevilla las riquezas y honores con la reina de España, á quien se habia *unido en matrimonio,* y con las hijas de los reyes y nobles roba-

das temerariamente, con quienes estaba en *trato ilícito.*»

Á esta parcialidad pertenecian tambien Sara, llamada la *Goda,* hija de Olmundo, hijo del rey Witiza, que hizo un viaje á Damasco para pedir justicia al califa Hixem, y que regresó á Sevilla, una vez conseguido su objeto, casada con Isa-ben-Mozahim, de quien tuvo dos hijos nacidos en Siria; y la esposa del jeque Ziyed-ben-An-Nábiga, que era de la *alta nobleza goda,* y cuya indiscrecion y vanidad femenil fué causa del alevoso asesinato del noble y bizarro Abdelaziz, *Emir* de España.

Á los hombres de esta parcialidad—que en el siglo II de la dominacion musulmana se hizo más numerosa y poderosa en Sevilla que los árabes, y cuyo espantoso fin es una de las páginas más lúgubres de la historia de nuestra Ciudad—diéronles el nombre de *mowallas* (adoptados), y el de *ilches* (renegados).

El casamiento de nobles musulmanes con reinas y damas visigodas; el establecimiento del divan en Sevilla, convertida, en tal virtud, en capital de la España musulmana; la devolucion, decretada por el califa de Damasco, de los bienes confiscados á los hijos del rey Witiza (de lo cual hablarémos más adelante) y la de los usurpados á Sara la *Goda,* y el no haberse avecindado los árabes dentro de los muros de la Ciudad, ya porque no encontrasen cómodas viviendas en ella, habiendo dejado todos los bienes en poder de sus legítimos dueños, ó ya porque siendo todavía verdaderos hijos del Desierto quisiesen conservar sus hábitos y costumbres de tribu y su poder é influencia entre los individuos de la misma, ¿no dicen con suficiente elocuencia que los conquistadores cumplieron fielmente las condiciones de la capitulacion que les hizo dueños de la metrópoli de Andalucía?

El dia que se firmó fué el último de Sevilla-romana y

de Sevilla visigoda.... Sevilla cristiana se encerró en las *Catacumbas,* esperando resignada que apareciera sobre el horizonte el sol de su redencion. En aquella hora fatal quedaron destruidos ó dados al olvido los frutos de las tres grandes civilizaciones que se sucedieron sobre su suelo en el espacio de veinte y dos siglos (desde el establecimiento de los fenicios hasta la conquista de Musa). Todo lo antiguo desapareció ó se proscribió; religion, leyes, tradiciones, costumbres, literatura, artes, vestidos, y hasta la lengua que hacía cerca de mil años que se venía hablando en ella.

Los musulmanes sólo tomaron la ciencia de las civilizaciones que les habian precedido, y nada quisieron aceptar de los cristianos. Al cultivo de las bellas artes pictórica, estatuaria y del diseño, y al culto ofrecido por los *nazarenos* á Jesus, á María y á los santos, opusieron ellos su inflexible monoteismo y su feroz iconoclasmo; á los hábitos palaciegos y á la semi-adoracion tributada á los emperadores y á los reyes, sustituyeron sus democráticas costumbres del desierto; al respeto y veneracion con que eran mirados los obispos y prelados, su indiferentismo religioso, y la ninguna autoridad que concedian en la vida política y en la vida social á los ministros de su religion; al gobierno de uno solo, al cual los cristianos estaban acostumbrados desde largos siglos, la insurreccion permanente contra la autoridad suprema y la anarqüía de la tribu; al prócer, al gran vasallo, el jeque que no reconoce más señor que Dios; á la mujer cristiana, la esclava musulmana; á la austeridad de costumbres impuesta por la doctrina del Evangelio, el sensualismo oriental; por último, el pundonor, el sentimiento de la dignidad personal, virtud que tanto resplandeció en todos los pueblos de orígen germano, les era desconocido hasta el punto de que los castigos más vergonzosos é infamantes

en otros pueblos, por ejemplo, los azotes en público y montado el reo sobre un asno, y el suplicio de la cruz entre un perro y un cerdo crucificados tambien, que se aplicaban lo mismo á un emir que á un gobernador de ciudad ó al más desalmado bandido, ni eran afrentosos entre ellos, ni mancillaban el honor de la familia del sentenciado.

La historia, pues, de Sevilla, desde aquella fecha hasta la de la disolucion del califato de Córdoba, más bien que la de un pueblo latino parece la de una ciudad del Yemen, de la Siria ó del Irak; tan leve es el rumor que llega hasta ella del movimiento de reaccion cristiana y del de la formacion de la nacionalidad española que se operan al otro lado del Duero y en la vertiente de los Pirineos.

Hasta los nombres de orígen ibero, romano ó godo dejarán de sonar, ó sonarán por casualidad en los anales de su historia, cuyas páginas llenarán durante tres centurias los lamentos de los cristianos—representacion simbólica de una civilizacion que se estaciona—convertidos en párias de aquella sociedad: el tardío arrepentimiento ó la impenitencia de los renegados, hombres sospechosos de quienes se alejaban como de la peste todos los sinceros creyentes en la religion del Mesías ó en la de Mahoma; las indómitas pasiones de los árabes, que sólo el nombre tienen de musulmanes, y que constituyeron aquella culta, brillante y poderosa aristocracia andaluza, que se sustituyó al patriciado romano y á la nobleza goda en Sevilla. Asimismo las sangrientas rivalidades, los ódios implacables de razas, de castas, de tribus y de familias; las sublevaciones, las rebeldías incesantes y las luchas de fieras á que se entregaron dentro y fuera del recinto de las murallas de nuestra Ciudad maadíes y yemaníes, caisíes y kelbíes, árabes, siriacos y berberiscos, sumnitas, xyitas y fatimíes, musulmanes viejos y musul-

manes nuevos; la aristocracia andaluza y la plebe africana.

Pero tambien ocuparán algunas de estas páginas los trabajos de la ciencia, y el desarrollo que reciben todas las que se cultivan en aquellos siglos en el Oriente y en el Occidente. Verémos cómo los sabios, los filósofos, los médicos, geógrafos, historiadores, gramáticos, poetas y estadistas musulmanes producen copiosa luz en las academias y en las tertulias literarias de Sevilla; en tanto que los guerreros inundan en sangre los surcos abiertos por el labrador. Verémos, en suma, á Sevilla, la *madre de los sabios,* ora sensual, muelle y fastuosa, ora anárquica, guerrera y conquistadora, erigirse en capital de la España musulmana y llegar á punto de reconstruir el califato de Occidente, estableciendo la silla del imperio en el alcázar de los expléndidos y magníficos *Benu-Abbad,* si la espada vencedora de Fernando el *Magno* y de Alfonso VI no la atajase en el camino de tan gloriosa empresa.

CAPÍTULO II.

Reinado del califa Al-Walid.—Musa-ben-Nozair gobernador del África.—Julian gobernador de Ceuta.—Primeras correrías de los berberiscos en las costas de Andalucía.—Tarik-ben-Zeyad; desastre del Guadi-Becca.—Invasion árabe acaudillada por Musa.—Orígen de los primeros árabes que se establecieron en Sevilla.—Sitio y toma de Sevilla por Musa.—Episodios.—Sara la goda.—Causas probables de la fácil conquista musulmana.—Sublevacion de Sevilla.—El emir Abdelaziz.—Sevilla erigida en capital de la España musulmana.—Gobierno y muerte de Abdelaziz.—Sucédele Ayub-ben-Habib. — Traslacion del divan á Córdoba.

El reinado de Al-Walid I, décimo califa y sexto de la dinastía Omniada, que sucedió en la silla de Damasco á su padre Abd-l-Melik en 705, es señalado como uno de los más venturosos para los musulmanes, que extendieron el imperio de Mahoma por el Oriente, hasta la India, aquende y allende el Gánges; por el Norte hasta plantar su victoriosa bandera sobre los muros de Samarkanda (1), y hácia Poniente hasta las costas oceánicas del África y la cordillera de los Pirineos en España.

(1) La antigua Maracando, ciudad grande y fuerte situada en la Bukaria, entre los 39' de latitud N., y 72 de longitud E.

En el año 83 de la Hegira (1) (702 de J. C.) Abdalaziz, hermano de Al-Walid I, que recibiera de su padre la investidura de *emir,* ó virey de Egipto, confirió, en uso de sus facultades, el cargo de gobernador general del África, que dependia del emirato de Egipto, á Musa-ben-Nozair. No era el conquistador de Sevilla de ilustre prosapia (2); era un liberto que se distinguió bastante en el califato de Abd-l-Melik para obtener de este soberano el cargo de administrador de contribuciones en Bassora, donde se hizo culpable de malversacion. Dióse contra él un decreto de arresto que eludió huyendo á Egipto al amparo de su patron el príncipe Abdalaziz, quien le acogió favorablemente, y se trasladó á Damasco para arreglar personalmente el *mal negocio* de su cliente. El Califa exigió cien mil piezas de oro para indemnizar su tesoro; Abdelaziz pagó la mitad de esta suma, y dió caucion para el pago de la otra mitad. Musa, no ménos afortunado caudillo que diligente y poco escrupuloso funcionario público, pagó con creces en magníficos despojos de los vencidos al Príncipe su protector, y se rehabilitó en el concepto del Califa haciendo tributaria toda el África, desde las fronteras de Egipto hasta Argila, Tetuan y Tánger, en las costas del Océano.

Cuéntase en el *Ajbar Machmua* que después de haber

(1) La *Hegira* ó fuga de Mahoma de la Meca—cuyos habitantes, temerosos de ver destruidos sus ídolos (eran idólatras á la sazon), resolvieron matar al Profeta, que habia ido á predicarles su doctrina, acompañado sólo de Abu-Becr, su inmediato sucesor, y de Alí, su primo—forma la época más célebre de los mahometanos. Llámase así del vocablo árabe *Heja,* que significa *huida* ó *fuga.* Es la era de los orientales, desde la cual fechan todos los sucesos. Corresponde al viérnes 16 de Julio del año 622 de Jesucristo.

(2) Dozy, *Hist. des Musulm. d'Esp.*

vencido á los berberiscos y conquistado todas sus ciudades y comarcas hasta Tanja, Musa dirigió sus victoriosas armas contra las poblaciones de la costa del mar en que habia gobernadores cristianos, que se hicieran dueños de ellas y de los territorios circunvecinos. La capital de este distrito era Ceuta, y en ella y en todas las comarcas mandaba un infiel, de nombre Julian, á quien Musa combatió denodadamente, pero sin lograr vencerle, pues tenía gente tan numerosa, *fuerte y aguerrida como hasta entónces* NO LA HABIA VISTO. No pudiendo imponerle la ley, volvióse á Tánger—donde habia establecido el centro de su gobierno—y desde aquí comenzó á mandar algaras que devastasen los alrededores, sin que por eso lograsen rendirlos.

En tanto iban y venian, prosigue el citado manuscrito árabe, con provisiones y auxilios, barcos que de España mandaba el rey Witiza, y además ellos (los cristianos) defendian valerosamente sus familias y guardaban cumplidamente su comarca (1).

La revolucion que en aquellos años lanzó del trono de Toledo á Witiza y proscribió su familia, hubo sin duda de hacer sentir sus efectos en las posesiones de España en África, cuando el gobernador de Ceuta pactó con Musa una invasion en las costas de Andalucía próximas al Estrecho Gaditano. La causa de aquel concierto se ignora; los pretextos

(1) No estaban, pues, tan degenerados, corrompidos y faltos de valor—como asevera la casi totalidad de nuestros cronistas é historiadores—aquellos godos de los tiempos de Witiza y Rodrigo, cuando así en un rincon del África, y léjos de la accion inmediata del gobierno central, resistian con tanto denuedo á los árabes vencedores de la India, de la Persia, de la Siria, del Egipto y del África, en defensa de sus familias y de la independencia de los países cuya guarda habíaseles encomendado.

se suponen, pero la verdad del suceso está plenamente probada en nuestros dias. Sea de ello lo que quiera, lo que aparece cierto, segun testimonio de las crónicas árabes, y sobre todo de la autorizada y fehaciente de Isidoro *Pacense,* es que el conde Julian hizo alianza con Musa—*á quien acompañó* algunos años después *por las provincias de España* (1) —en virtud de la cual, y en garantía de su fidelidad al compromiso contraido, se brindó á hacer una entrada en tierra de España con gente de su gobierno, á fin de apoderarse de algun pueblo importante de la costa, buscar en él recursos y levantar una faccion. Musa aceptó el ofrecimiento con tanto más motivo cuanto que él no arriesgaba nada; y en el otoño de 709 (fecha que coincide con la del triunfo de la revolucion que destronó á Witiza) el conde Julian embarcó su expedicion en dos naves, que aportaron en las playas de Algeciras. Pocos dias después regresó sano y salvo con los suyos á Ceuta, trayendo rico botin y numerosos cautivos. «Cuando los árabes lo supieron, dice el *Ajbar Machmua,* confiaron en él y le recibieron como amigo.» Esta primera expedicion, más bien pirática que guerrera, se verificó en el año 90 de la Hegira.

Alentado con tan próspero comienzo, Musa dispuso una nueva expedicion, cuyo mando dió á uno de sus libertos llamado *Tarif,* quien con cuatrocientos hombres, y de ellos ciento de caballería, pasó el Estrecho en cuatro barcos, que tomaron tierra en una isla llamada *Isla de Andalus,* que era arsenal (de los cristianos) y punto desde el cual zarpaban sus embarcaciones. Por haber desembarcado allí tomó el

(1) Por consejo de *Urbano* (léase *Juliano*), sugeto nobilísimo de África, nacido en la fé católica, y que le habia acompañado por las provincias de España. Isidoro *Pacense,* era 750.

nombre de *Tarif* (Tarifa). Esperó á que se le reuniesen todos sus compañeros y después dirigióse en algara contra Algeciras, que saqueó impunemente. Hizo muchos cautivos y cautivas tan bellas como ni Musa ni los que con él estaban las habian visto semejantes; recogió mucho botin, y regresó sano y salvo. Esto aconteció en *Ramadhan* del año 91 (1).

La tercera, tambien dispuesta por Musa, fué acaudillada por *Tarik-ben-Zeyad,* liberto del gobernador de África, y general de la vanguardia del ejército árabe de ocupacion. «Tarik (2) pasó á España con siete mil muslimes, en su mayor parte berberiscos y libertos—pues habia pocos árabes—en el año 92 (3), embarcados en los cuatro barcos ántes citados, únicos que tenian, los cuales iban y venian conduciendo la infantería y caballería, que se iba reuniendo en un monte muy fuerte y situado á la orilla del mar, hasta que estuvo completo todo su ejército.»

Al-Makkari dice (4) que «con ellos estaba Julian, quien les proporcionó los cuatro barcos en que pasaron, únicos que tenía, y que desembarcaron en el monte de Tarik (*Chebel-Tarik*=Gibraltar) llamado así de su nombre, un sábado de *Xaaben* del año 92 (mes de Agosto). Volvieron los barcos por los que habian quedado, etc. Otros dicen que Tarik desembarcó en lúnes, 5 de *Recheb* de este año (5) con doce mil hombres, ménos doce, todos berberiscos, á excepcion de muy pocos árabes....»

(1) Correspondió al mes de Julio de 710.

(2) *Ajbar Machmua.*

(3) De 29 de Octubre de 710, á 18 del mismo mes de 711.

(4) Traduccion de D. E. L. y A. Apéndice 11 al *Ajbar Machmua*, pág. 175.

(5) 28 de Abril de 711, fué martes. Esta misma fecha le señala Lafuente Alcántara en su resúmen cronológico.

Tres meses próximamente después del desembarco de Tarik en el golfo de Gibraltar, esto es, en los dias del 19 al 26 de Julio del año 711, se dió la memorable batalla del GUADI-BECCA.

Hé aquí cómo la describe el *Ajbar Machmua*:

«Noticioso el rey Rodrigo del desembarco de los musulmanes en sus estados, dióse prisa en reunir un poderoso ejército fuerte de unos cien mil hombres para acudir donde el peligro arreciaba.

»Al saber Tarik los grandes aprestos guerreros que hacía el enemigo, escribió á Musa diciéndole que, con el favor de Dios, se habia apoderado de Algeciras, y dominaba las cercanías del *Lago* (de la Janda); pero que tenia noticias de que el rey Rodrigo se dirigia contra él con un numeroso ejército, ante el cual tendria que retroceder si no se le enviaban crecidos refuerzos. Musa le envió cinco mil soldados en los *muchos buques que habia mandado construir después de la salida de Tarik de África*. Con este refuerzo la hueste musulmana se elevó á doce mil hombres. *Julian y no pocos españoles* estaban con él: prestábanle grandes servicios, ya dándole cuenta de lo que sabian por *conducto de sus parciales*, ya mostrándole los puntos vulnerables del enemigo.

»Rodrigo, seguido de la principal nobleza de su reino, se encaminó hácia los muslimes; pero en su ejército encontrábanse tambien los príncipes de la familia de Witiza. Sabedores éstos de que los musulmanes estaban suficientemente abastecidos y bien dispuestos para la pelea, reunieron sus parciales y uno de los príncipes les habló de esta manera: —Ese infame ocupa un trono que no le corresponde por *su nacimiento*, puesto que fué uno de nuestros más humildes súbditos. En cuanto á esos extranjeros, puede afirmarse que *no abrigan la intencion de fijarse en el país;* aspi-

ran sólo á enriquecerse con el botin de la guerra, y así que lo hayan conseguido *regresarán á su tierra*.... Huyamos, pues, y abandonemos á ese infame cuando la batalla esté empeñada.—Los conjurados aplaudieron la proposicion.

»Rodrigo, que habia dado el mando del ala derecha de su ejército á Siseberto, y el de la izquierda á Oppas, uno y otro hijos de Witiza y jefes de la conspiracion, avanzó al frente de unos cien mil hombres.

»El rey de España atacó al ejército de Tarik, *que hasta entónces habia permanecido entre Algeciras y el lago*. Empeñada la refriega, las dos alas del español, mandadas por Siseberto y Oppas, huyeron á la desbandada. El centro, donde combatia Rodrigo en persona, se mantuvo firme, pero al cabo hubo de ceder al ímpetu de los muslimes, que hicieron una horrible carnicería en los vencidos. Rodrigo no fué hallado; ignórase lo que fué de él. Los musulmanes encontraron su caballo blanco, que se habia atascado en un barrizal; la silla era de brocado, enriquecida con rubíes y esmeraldas. Encontraron tambien su manto de seda y oro, adornado de perlas y rubíes. Es indudable que el Rey se apeó y entró por el barrizal, donde dejó uno de sus botines. Lo cierto es que no se volvió á oir hablar de él, y que no se le encontró ni muerto ni vivo. Dios sólo sabe cuál fué su paradero.»

Por poco que se fije la atencion en las palabras con que el *Ajbar Machmua* da cuenta de la memorable batalla en que Rodrigo perdió el trono y la vida, salta á la vista el error en que han incurrido los historiadores que ponen el suceso en las orillas del *Guadalete*. En efecto, el manuscrito citado, dice, como dejamos anteriormente anotado, que «el Rey de España encontró á Tarik, quien hasta entónces habia permanecido en Algeciras *cerca del lago*;» es decir, que

la batalla se dió en la *cora* ó distrito de Algeciras, en las *inmediaciones del lago de la Janda.* Otro historiador árabe, Ibn-al-Cutiá, se manifiesta más explícito todavía, pues dice: «Tarik y Rodrigo trabaron la refriega orillas del *Guadi-Becca,* en el distrito de Sidonia.» Este distrito y el de Algeciras estaban separados por el rio Barbate, que puede muy bien ser el *Guadi-Becca.*

Otro historiador, árabe tambien, de mucho crédito, Isaben-Muhammad, dice: «Llegó Rodrigo al monte donde estaba Tarik, y tuvieron tan reñido combate que todos los musulmanes *creyeron perecer.* Cambió Dios la suerte de las armas y los godos fueron puestos en fuga, alcanzando Tarik á Rodrigo en el Guad-al-Tin.» Por último, Abdo-l-Hakem, refiere: «Que el rey cristiano vino en busca de Tarik, que estaba en el *monte,* y cuando llegó cerca salió Tarik á su encuentro, yendo sus soldados á pié *porque no tenian caballos.*» Este monte, tantas veces mencionado, no puede ser otro que el muy fuerte y escarpado donde Tarik, segun el *Ajbar Machmua* desembarcó, ó si se quiere, el monte de Gibraltar, como entienden nuestros orientalistas.

Á mayor abundamiento, *Al-Makkari* cuenta, que encontrándose Rodrigo con su ejército en la *cora de Sidonia,* próximo al de Tarik, envió exploradores para reconocer las posiciones que ocupaba el enemigo y averiguar su número y el de sus *barcos.* Esto demuestra claramente que los musulmanes no podian estar frente á la ciudad de Jerez, demasiado alejada del mar para que los exploradores pudiesen contar sus barcos. De estas indicaciones se desprende que no deberémos separarnos mucho del *lago de la Janda,* para encontrar el lugar donde se dió la batalla que destruyó la raza y monarquía visigoda.

Por último, segun Ben-Adhari, Tarik, después de su vic-

toria, se dirigió hácia Écija, pasando por las *Angosturas de Algeciras*. Esta es una prueba concluyente de que la batalla no debió darse en las orillas del Guadalete, porque desde este rio hasta Écija «no hay que pasar angostura alguna (dice con sobrada razon E. Lafuente Alcántara) y si la hubiera no es probable que llevase el nombre de *Algeciras*. Esta *angostura* no puede ser otra que la garganta que hay junto al pueblo llamado los Barrios, no léjos de aquella ciudad, ó bien el paso de las lomas de Cámara, que atraviesa la cordillera penibética, entre Jimena y Alcalá de los Gazules.»

En el tiempo que trascurrió desde el dia del desastre del Guadi-Becca hasta la mediacion del año siguiente, 712, Tarik conquistó las provincias de Córdoba, Málaga, Granada, Toledo y Guadalajara.

En este próspero estado se encontraba la invasion musulmana en España, cuando Musa, segun testimonio de todos los cronistas árabes, envidioso de la gloria que se habia conquistado Tarik, y de la fortuna con que en tan corto plazo su general habia realizado una empresa tan colosal, que ni soñarla debieron los muslimes cuando acometian sus piráticas correrías por las costas del *Andalos,* resolvió pasar á España, conceptuando su presencia necesaria para formalizar y asegurar la conquista del hermoso país que un golpe de azar habia agregado al imperio de los califas de Oriente. Al efecto, pues, reunió un cuerpo de ejército fuerte de diez y ocho mil hombres (1), gente toda la más distinguida entre los árabes, y con él cruzó el Estrecho y tomó tierra en las costas de Andalucía, en *Ramadhan* del año 93. (Junio, Julio de 712).

---

(1) *Ajbar Machmua* y *Al-Makkari*.

Creemos conveniente detenernos un momento en este pasaje, por la luz que arroja sobre los sucesos posteriores de la historia de Sevilla musulmana. El *Ajbar Machmua* dice, como dejamos anteriormente anotado, que los compañeros de Musa eran la gente *más distinguida* entre los árabes. Conde (1) escribe que entraron en España con Musa muchos caballeros de la tribu de Koraix, y otros árabes *muy principales*. En efecto, casi todos ellos eran medineses, hijos de los *Defensores* compañeros de Mahoma, y en tal virtud piadosos islamitas que pertenecian á la alta nobleza de la ciudad cuna del Profeta, de donde arrojáran á todos los omniadas en la sublevacion que realizaron en 682, contra el califa Yezid, hijo de Moawia, fundador de su dinastía.

Estas circunstancias fueron la causa de su ruina. Indignado Yezid, y despreciando el anatema de Mahoma, que habia dicho: *El que sacare la espada contra Medina, será maldito de Dios, de los ángeles y de los hombres,* envió contra la segunda ciudad santa del islamismo un numeroso ejército árabe-siriaco, es decir, medio pagano, como lo era su general Mozlim, hijo de Ocba, de la tribu Mozaina. Los medineses salieron fuera de murallas á combatirle. Trabóse la refriega en los campos de *Harra;* los sublevados pelearon como leones, mas fueron vencidos, y huyeron á refugiarse detrás de sus reparos, dejando el campo alfombrado de cadáveres. Siguiéronle tan de cerca los vencedores, que entraron juntos en la ciudad. Medina fué entregada al degüello y al saqueo durante tres dias. Nada perdonaron los siriacos paganos; los hombres todos fueron pasados á cuchillo, y las mujeres y los niños condenados á esclavitud. La ciudad quedó

(1) Prim. par., cap. XI.

desierta y abandonada durante mucho tiempo á los perros, y su campiña á los animales montaraces.

Los medineses que pudieron salvarse de aquella espantosa matanza huyeron á África, donde se alistaron en el ejército de ocupacion. Con él hicieron todas las campañas contra los berberiscos, bajo las banderas de Musa, pasando luégo á España con este caudillo en la fecha que queda indicada.

Tenemos, pues, que los primeros musulmanes que se establecieron en Sevilla y su distrito eran de la rancia nobleza árabe, y pertenecian al partido piadoso, es decir, al de los buenos islamitas y sinceros creyentes, como hijos de los primeros compañeros de Mahoma, y aún es posible que alguno de ellos en los años más tiernos de su infancia hubiese oido la sonora voz y la elocuente palabra del Profeta, en el templo de Medina. Eran, pues, *yemaníes,* raza árabe pura, la más culta, la más tolerante, y de la cual salió aquella sábia é ilustre aristocracia musulmano-andaluza, protectora de las letras y rival en fausto y grandeza de la que tanto renombre dió á los califatos de Damasco y Bagdad.

Hecha esta advertencia, continuemos la narracion.

Con el ejército de Musa desembarcaron en las costas de Andalucía muchos cristianos—probablemente Julian, los suyos y los godos que tres años ántes habian emigrado á África huyendo de la revolucion triunfante acaudillada por Rodrigo.—Estos se ofrecieron á conducirle por distinto camino de aquel que habia seguido Tarik-ben-Zeyed, en el cual debia encontrar muchas y muy populosas ciudades de donde podria sacar abundante botin. El ofrecimiento era demasiado tentador para un hombre de las condiciones del conquistador del Magreb, para que dudase en aceptarlo. Así que, sin dar á sus tropas más descanso que el necesario, se di-

rigió sobre Medina-Sidonia, que le cerró sus puertas y que tuvo que ganar por fuerza de armas. De aquí marchó contra Carmona.

Era esta ciudad, dice la crónica citada, una de las plazas fuertes más importantes de España,—yá en tiempo de los romanos se la consideraba como la más recia de Andalucía—cuya expugnacion por asalto ó por bloqueo se reputaba á la sazon empresa difícil ó demasiado larga. Musa, pues, recurrió á una estratajema de guerra para hacerse dueño de ella, y fué enviar algunos cristianos armados de los que militaban en su hueste, los cuales, fingiéndose desertores y perseguidos de cerca por los musulmanes, pidieron ser amparados de los de la ciudad. Los carmonenses cayeron en el lazo y les abrieron las puertas. En la noche que siguió á este dia, aquellos traidores sorprendieron la guardia de la puerta llamada de Córdoba, y la franquearon á los ginetes de Musa, que estaban emboscados esperando la señal convenida. Entraron éstos á la carrera, espada en mano y dando atronadores alaridos, y se hicieron dueños de la ciudad horas ántes del amanecer.

Ganada Carmona por sorpresa, Musa dejó en ella una guarnicion de judíos, y movió el grueso de su ejército sobre la capital de Andalucía. «Era Sevilla, desde tiempo inmemorial, la mayor y más importante ciudad de España (Ajbar Machmua y Al-Makkari), notabilísima por sus edificios y el número de sus antiguos monumentos. Ántes de la conquista de España por los godos, habia sido la residencia del gobierno romano. Los reyes godos establecieron la suya en Toledo; pero en Sevilla subsistió la *silla de la ciencia sagrada y profana,* y en ella continuó residiendo la nobleza romana.»

De esta breve, pero gráfica descripcion que de nuestra ciudad hacen los cronistas árabes, dedúcese cuánto empeño

pondria Musa en apoderarse de ella, excitada su natural codicia con la perspectiva de las inmensas riquezas en ella atesoradas. Cercóla, pues, con ahinco; mas no pudo entrarla hasta pasados unos dos meses, cuando yá sus defensores, perdida toda esperanza de recibir socorros de fuera, juzgaron necesario rendirla por capitulacion, *aceptando las condiciones del Islam* (1).

No ménos que la falta de auxílio debió contribuir á su entrega el pánico general que habia producido en toda Andalucía lo imprevisto, lo rápido y lo irresistible de la invasion de aquella raza temida, porque era desconocida, y los secretos manejos de los godos desleales que moraban en la Ciudad, unido á la predisposicion de algunos de sus opulentos vecinos á suscribir una capitulacion que los librase de perder sus cuantiosos bienes y salvase los intereses de su floreciente comercio.

La crónica del *Moro Rásis,* refiere en los siguientes términos la rendicion de Sevilla:

«Fué Musa á cercar á Sevilla. Avia en ella mucha buena gente: et en Sevilla moraban los *sesudos clérigos et los buenos caballeros et los sotiles menestrales;* et en Sevilla moraban tales tres mil Omes, que todo el mundo si viniera sobre ellos, serian buenos mientras toviesen las armas en los cuerpos: et cuando sopieron que los venian cercar, sopieron que si en la mano los cogiesse que les cortarian los cuerpos, et que por otra sentencia non pasarian. Juramentáronse todos y ovieron su consejo que se defendiesen, y bastecieron mui bien a Sevilla, et dijeron á cada uno cual puerta guardasen y á cual puerta estoviesen: y pararon su facienda tan bien, que era maravilla: y dejáronse estar quedos: y un dia cuando el alba

(1) Conde, cap. XIII.

queria quebrar, armáronse en Sevilla mill omes á caballo, y tomaron su consejo, que fuesen ferir en la hueste y que ficiesen quanto pudiesen antes que los de la hueste se pudiesen acoger á las armas, y de si que fuesen á Veja (Beja), y que llegasen la mas gente que pudiesen, y que viniesen tan encubiertamente, que lo non sopiesen los de la hueste, y ellos feririan de la una parte y los de la Villa de otra y que por esta guisa los vencerian: y como lo dijeron ficieronlo ansi: ca salieron sin sospecha, y ficieran mui gran daño en la hueste de Muza, y acogieronse sin su daño á su camino, y fueron su carrera, y antes de tres dias sopieron los de la hueste toda su facienda de los de la Villa, y non quisieron mas yacer sobre ella, mas fueronse á cercar á Merida.» Más adelante dice que los *moros* después de la conquista de Mérida volvieron sobre Sevilla acaudillados por Abdalaziz, hijo de Musa, que tomó la Ciudad.

La *Crónica General de España,* de D. Alfonso X, varía la narracion del suceso, pues atribuye desde luego á Musa la conquista de Sevilla, diciendo: «que tovo la Cibdad cercada un tiempo, é los Christianos que ende eran, con el gran miedo que ovieron desampararonla é fuyeron á Bejer: é Muza tomó luego la Cibdad, é poblola de Judios é de Moros, é de si saliose de alli, é fuese para Bejer, é cercóla é tomóla.»

Esta última version es la que más se acerca á lo que dicen las crónicas árabes más autorizadas.

Hemos indicado anteriormente que una de las causas probables de la rendicion de la populosa, opulenta y bien fortificada metrópoli de Andalucía, á un cuerpo de ejército musulman, que de seguro no tenía máquinas para batir sus fuertes muros, ni barcos para impedir que la plaza fuese socorrida por el rio, fueron los *manejos de los godos desleales*; y nos cumple exponer los fundamentos de esta opinion. Afor-

tunadamente es empeño fácil, puesto que los mismos cronistas árabes, que nos dan la noticia del suceso, nos suministran las pruebas de la exactitud de nuestra observacion. Hélas aquí:

Cuenta *Al-Makkari* (1) «que cuando los hijos de Witiza —que fueron causa de la conquista, como queda referido— se presentaron á Tarik, en virtud del salvo conducto que les habia dado, le dijeron:—¿Eres tú el emir, ó hay otro emir superior á tí?—Tarik les contestó:—Hay un emir que es superior mio, y otro emir más grande superior á éste.—Entónces le pidieron un salvo conducto para pasar á África á fin de tener una entrevista con Musa y concertar sus pactos con él; y le exigieron una carta en la cual informase al gobernador de la Ifrikiya de quiénes eran ellos, y qué clase de convenios habian celebrado con el mismo Tarik.»

De ser cierto este último detalle que leemos en *Al-Makkari*, resultaria que los hijos de Witiza no habian tomado parte en el concierto celebrado entre Musa y el conde Julian para llevar á cabo las invasiones de los años 710, 11 y 12 en España; porque de otra manera ¿cómo se explicaria que ignorasen no sólo que habia del otro lado del Estrecho autoridades superiores á la que ejercia Tarik en España, sino que hasta la existencia del gobernador general de África? Esta noticia viene á dar la razon á los historiadores árabes, que afirman que la insigne traicion de aquellos despechados príncipes se concertó la víspera del dia en que dió comienzo la batalla del *Guadi-Becca;* atenuando con esto un poco su crímen de lesa-nacion, puesto que no fueron ellos los que abrieron las puertas de España á los invasores extranjeros, sino que, viéndolos yá dentro del país, se aprovecharon de sus

(1) *Ajbar Machmua*. Traduc. de D. E. L. y A. Apéndices, p. 184.

armas y de la ocasion para tomar una ciega venganza de las agravios que Rodrigo y sus parciales habian inferido al rey su padre y á todos los indivíduos de su familia. Por consiguiente, toda la responsabilidad de aquella felonía sin ejemplo en la historia del mundo, pesaria sobre la cabeza del conde Julian, gobernador de Ceuta y del territorio que en África poseian los reyes de Toledo:—en el supuesto que Julian fuese godo y que Ceuta perteneciese á España (1).

Terminado este paréntesis continuemos la narracion.

«Tarik concedió lo que los hijos de Witiza le pedian, y ellos, provistos de las cartas, emprendieron el camino para ver á Musa, á quien encontraron cuando venía para España acaudillando á los árabes establecidos en el país berberisco. Diéronse á conocer al gobernador de la Ifrikiya, y éste, en vista de las cartas de Tarik que daban testimonio de los pactos celebrados con ellos, de la nobleza de su estirpe y de la grandeza de sus antepasados, los dirigió al emir de los creyentes, Al-Walid, que estaba en Damasco, escribiéndole de paso lo que Tarik referia de los *ilustres hechos* de aquellos príncipes. Cuando llegaron á la residencia de Al-Walid, éste los recibió con mucho agasajo. Confirmó el pacto que tenian hecho con Tarik, respecto á los bienes que habian *pertenecido* á su padre, dió á cada uno de ellos un diploma en testimonio de su amistad, y les concedió el privilegio de per-

(1) Hablando de este personaje de triste memoria, Dozy (*L'Esp. pendant le M. A.*, cap. V) dice: «Por lo que mira á las palabras que siguen inmediatamente después del nombre de Julian: Africanæ Regionis sub dogmate Catholicæ fidei *exorti*, podrian significar literalmente que Julian habia nacido en África; pero Isidoro sabía bastante latin para construir con genitivo la palabra *exortus*. En vez de *exorti* creo que debe leerse *exarci* (exarca). En tal caso Julian habria sido gobernador de África por el emperador de Constantinopla.»

manecer sentados cuando alguno entrase en su habitacion.

»Volvieron á España satisfechos y complacidos los hijos de Witiza, y muy luego entraron en posesion de las fincas de su padre. Dividiéronlas entre sí de comun acuerdo, correspondiendo á Olmundo, que era el mayor de ellos, mil posesiones en la parte occidental de España; y el príncipe, á fin de poderlas celar y administrar, se *estableció cerca de ellas, fijando su residencia en Sevilla.* Otras mil correspondieron á Artabas, que era el que seguia al primero en edad, y estaban situadas en la parte central de España, por lo que fijó su residencia en Córdoba. Á Rómulo, que era el tercero, tocaron otras mil, etc.

»En esta situacion permanecieron durante los primeros tiempos de la dominacion árabe, hasta que murió Olmundo, el mayor de ellos, dejando una hija llamada Sara, generalmente conocida con el nombre de la *Goda,* y dos hijos pequeños. Artabas, codicioso por demás, se apoderó de los bienes de sus sobrinos, y los incorporó á los suyos. Indignada Sara, hizo disponer *en Sevilla* un bajel fuerte y con todos los enséres necesarios para una larga navegacion, y embarcada en él con sus dos hermanos pequeños se dirigió á la Siria. Tomó puerto en Ascalon, y de aquí se encaminó á Damasco, sede del Califa, que lo era en aquel tiempo Hixem-ben-Abdo-l-Melic. El Califa la permitió acercarse á su persona, escuchó benévolo su historia, sus quejas respecto á la usurpacion de su tio Artabas, y sus reclamaciones acerca del cumplimiento de lo *otorgado á su padre y hermanos de éste* por el califa Al-Walid.

»Admirado Hixem de la resolucion de Sara, escribió á Hanthala-ben-Safwan, gobernador de África, para que hiciese justicia á aquella dama, mandando que los bienes que su tio le tenía usurpados y le pertenecian, así como á sus hermanos,

le fuesen devueltos. Hanthala escribió sobre esto al gobernador de España Abol-Iatar, primo suyo, y Sara consiguió lo que queria.

»El Califa la casó con Isa-ben-Mozahim, que tuvo en ella hijos nacidos en Siria. Despues vino con ella á España y la ayudó á recuperar las fincas que Artabas le habia quitado, reuniendo así grandes bienes. Los hijos que tuvo en ella se llamaron Ibrahim é Isahac, sugetos que, andando el tiempo, alcanzaron *muy elevada posicion y grande autoridad en Sevilla* (1), y fueron conocidos, así como sus descendientes, por su procedencia de Sara la *Goda*, etc.»

Este interesante episodio de la historia de la invasion musulmana en la península, y el no ménos significativo del casamiento de Abdelaziz con Egilona, viuda del rey Rodrigo, del que muy luego hablarémos, pintan con bastante expresion el carácter que tuvo aquella conquista, y ayudan á explicar la fortuna con que se realizó. Fortuna tan extraordinaria en la historia de todas las guerras é invasiones extranjeras, que el historiador desapasionado, al examinar aquellos sucesos, duda algunas veces si fué conquista ó toma de posesion del suelo español por los árabes musulmanes.

En el motivo, pues, del viaje de los hijos de Witiza á la córte de Damasco, creemos encontrar una de las causas de la rendicion de Sevilla á Musa, como dejamos anteriormente dicho. En efecto; ¿qué extraño sería que aquí, donde aquellos príncipes poseian tan inmensos bienes, de los cuales habian sido despojados por la parcialidad goda que destronára á su padre, tuviesen tambien parientes (2), amigos y numerosos

(1) Más adelante hablarémos con extension de ellos.

(2) La crónica de Isidoro Pacense hace mencion del obispo Oppas, hermano de Witiza, y además de otro hermano de aquel ca-

partidarios de su causa; y que unos y otros, al ver cercada la Ciudad por los mismos cuyo favor habian impetrado para ser reintegrados en sus derechos y en sus riquezas, y al soberano de los cuales acudian en aquellos momentos para obtener la confirmacion del pacto concertado con Tarik, ayudasen, en tal virtud, con su peso en el consejo y con la fuerza de su número—retraida de tomar parte en la defensa comun,—al triunfo de las armas musulmanas en Sevilla, que implicaba el de sus propios intereses políticos y materiales?

No creemos aventurado señalar quiénes debieron contribuir poderosamente á la realizacion de los planes de los hijos de Witiza y de sus partidarios en Sevilla. Opinamos que fueron los judíos, contra quienes los musulmanes, apesar del anatema fulminado por Mahoma sobre aquella raza, nunca dieron los terribles decretos de persecucion que los cristianos lanzaron contra ellos. Además, que basta fijar la consideracion sobre el hecho de la confianza que en ellos puso Musa encomendándoles la guarda de la Ciudad con la corta guarnicion que en ella dejára miéntras él se dirigia sobre Mérida con el grueso de su ejército, y recordar que la mayor parte de nuestros cronistas é historiadores, que se inspiraron en la de Sebastian, obispo de Salamanca (ó de Alfonso III) afirman que Witiza derogó, hácia los primeros años de su reinado (1), las leyes de proscripcion decretadas en los concilios de Toledo, por iniciativa de Sisebuto y Egica, contra aquella raza desgraciada; es decir, unos seis ó siete años ántes de su destronamiento, y pocos más ántes de la invasion musulma-

---

lumniado rey.... *por causa de Opas, hijo del rey Egica, que sale huyendo de Toledo,* dice el citado cronista.

(1) Witiza sucedió á Egica el año de 701 y fué destronado por Rodrigo en 709, segun conjeturas.

na, verificada cuando el beneficio está demasiado reciente para que lo hubiesen olvidado.

El suceso de la conquista de Sevilla, que habia resistido dos años cumplidos á las aguerridas tropas de Leovigildo durante la guerra civil de los años de 583 á 588, y la de toda la península realizada por un puñado de berberiscos y libertos mal armados é indisciplinados de suyo, en el breve espacio de treinta meses, es uno de esos fenómenos históricos que por lo extraordinario y sorprendente la crítica no se cansa nunca de examinar, buscando sú explicacion satisfactoria en una serie de conjeturas más ó ménos racionales, que no han acertado todavía á fijar la verdad. Vamos á exponer sumariamente las más importantes, dejando al criterio de nuestros lectores el fallo en esta variedad de opiniones.

Las crónicas latinas de la Edad media, muy posteriores á la época de la invasion musulmana, y la mayor parte de nuestros historiadores generales de los comienzos de la moderna, no pudiendo explicarse el suceso por causas naturales, lo atribuyen á castigo de Dios por las muchas liviandades y torpezas cometidas por Witiza, Rodrigo y los godos degenerados. Pero aquellos sencillos narradores, lo mismo que nuestros historiógrafos, reputados con razon como maestros en la ciencia de exponer la serie de los acontecimientos pasados y cosas memorables, ponian inconscientes en la mente del Dios de las Misericordias la respuesta del legado Arnaldo á los cruzados, que después de la toma de la ciudad de Bezieres le preguntaron, ántes de dar principio al degüello de todo el vecindario, qué debian hacer para distinguir á los católicos de los albigenses: «Matad, matad á todos, respondió el legado, que Dios sabrá escoger los suyos.» Porque, en efecto, esto y no otra cosa significaba el condenar á la servidumbre mahometana, durante una larga serie de siglos, las generaciones que se habian

de suceder en ellos, á la España entera y á todos sus hijos que no se habian manchado con los excesos atribuidos á los dos últimos reyes de la raza goda.

Las crónicas árabes, con no mejor crítica histórica, atribuyen el suceso pura y simplemente al insulto hecho por el rey Rodrigo al conde Julian, en el honor de su hija, puesto que ponen en labios de aquel ofendido padre las siguientes palabras: *Por la religion del Mesías que he de trastornar su reino y he de abrir una fosa bajo sus piés* (1), y añaden: «Este enojo que recibió por el insulto hecho á su hija, fué la *causa* de la conquista de España, además del decreto de Dios (sea excelso) (2).»

Algunos críticos modernos pretenden encontrar la causa de aquella inmensa catástrofe en la corrupcion de costumbres que habia enervado el proverbial valor de la raza goda; pero los que esto afirman desconocen sin duda ú olvidan que hablando los cronistas árabes de esos mismos hombres que se suponen degenerados en la época de la conquista, dicen: «que ellos (los godos de Ceuta) eran los hombres más aguerridos que *hasta entónces habia visto Musa,* y que defendian valerosamente sus familias y guardaban cumplidamente su comarca.»

Otros críticos aseveran que los árabes fueron el instrumento de que se valió la Providencia para fundar la verdadera nacionalidad y monarquía española; para reintegrar á los hijos de esta tierra de su propio suelo, que desde los tiempos más remotos habia sido país de conquista, *América* ó refugio de fenicios, cartagineses, romanos y visigodos; razas

(1) El *Ajbar Machmua* y *Al-Makkari*, emplean la misma frase y hasta las mismas palabras, segun la traduccion de D. E. L. y A.

(2) *Al-Makkari.*

todas que habian venido en edad adulta á la península ibérica para explotarla y enriquecerse con sus despojos; que habian vivido como extranjeras en ella, y habian envejecido sin hacerse nunca españolas, suspirando siempre por la patria que las vió nacer y soñando con reposar en ella; en cuya virtud se mostraron más atentas á conservar la supremacía de su raza, manteniendo en perpétua inferioridad á los naturales, que á trabajar por la prosperidad del país que las recibió fatalmente en su seno, y que las habia hecho grandes y preponderantes dándoles su sangre, sus tesoros, y, lo que es más, los sazonados frutos de su inteligencia.

Entre tantas opiniones más ó ménos encontradas, ó más ó ménos semejantes que pretenden explicar el suceso de la conquista de España por los musulmanes, y la asombrosa rapidez con que ésta se verificó, *con poca gente y malos pertrechos, apesar de sus muchos habitantes, y muchos medios de defensa* (1), sólo un juicio desapasionado y una buena crítica podrán encontrar la verdad, partiendo de los nuevos datos que nos suministran los trabajos de los orientalistas modernos. Por nuestra parte vamos á exponer algunas conjeturas.

Los árabes y las taifas berberiscas que invadieron á España en los comienzos del siglo VIII, no eran ciertamente superiores á los godos en cultura, en gobierno, en el arte militar, en armas, en número, ni en recursos de todo género. Los árabes estaban en los albores de su civilizacion; hacía sólo setenta y ocho años que habia muerto su profeta Mahoma, en tanto que los godos contaban muy cerca de tres siglos (2) de gobierno constituido en la que fué la más cul-

(1) *Al-Hichari*, citado por *Al-Makkari*. Traduccion de D. E. L. y A. Apéndices del *Ajbar-Machmua*, pág. 191.

(2) Desde que Ataulfo tomó posesion de Barcelona (414) hasta

ta y opulenta de todas las provincias romanas. Viva estaba todavía la iglesia docta de los Isidoros y Leandros; los concilios toledanos habian producido ese gran monumento de legislacion que se llama el *Fuero juzgo;* frescos estaban todavía los laureles conquistados en la Galia gótica, en las aguas del Estrecho y en el Norte de la Península contra los suevos y los vascones; toda España formaba una sola monarquía sometida á una sola ley y regida por un solo cetro; sus ejércitos eran numerosos, puesto que, segun testimonio unánime de los cronistas latinos y árabes, Rodrigo acaudillaba cien mil hombres próximamente en la batalla del Guadi-Becca; su caballería era formidable por el número, por las armas ofensivas y defensivas que usaba y por su brillante equipo de campaña, del cual dan prueba manifiesta el lujo con que el rey entró en la batalla, y los anillos de oro que, á semejanza de los caballeros romanos que murieron en la de Cannas, llevaban los nobles godos que sucumbieron en la del Guadi-Becca.

En cuanto á su riqueza, no sólo superaba inmensamente á la de los árabes, que á la sazon se hacian un deber de practicar la virtud de la pobreza, sino que eclipsaba la de todos los pueblos de la Europa Occidental. Nada estimamos más oportuno, para dar una idea del fausto y magnificencia de los reyes y de la opulencia de los magnates visigodos, como la descripcion que de ellas hace un autor de nuestros dias (1).

«Conocidas son, dice, las riquezas que atesoraban las *régias aulas* de Toledo. Á ciento setenta asciende el número de coronas y diademas tejidas de oro y piedras preciosas,

---

que la monarquía goda se sepultó en las aguas del Guadi-Becca (711).

(1) Amador de los Rios. *El arte latino-bizantino en España*, págs. 80, 81 y 83.

que halló Tarik en el palacio del rey Rodrigo, segun testimonio de los autores árabes; llenaban las preseas y vasos de oro y plata un aposento *(iwan)* en abundancia tal, que no alcanzaba la descripcion á ponderar su riqueza: un *Psalterio de David* escrito sobre hojas de oro en caractéres *yunanies* (griegos), con agua de rubí disuelto, brillaba en medio de aquella riqueza, cuyo extremado valor acrecentaban maravillosos espejos, piedras filosofales y libros prodigiosos, faltando palabras para pintar la suntuosidad deslumbradora de la *Mesa de Salomon*, cuajada de perlas y esmeraldas, incrustada de gruesos rubíes, zafiros y topacios, y ornada de tres coronas ó collares de oro guarnecidos de aljófar.

»......Isidoro Pacense nos refiere cómo Musa, elegidos los más nobles ancianos de España que habian escapado al cuchillo musulman, partió en busca del califa Al-Walid, llevando consigo inmensos tesoros de oro y plata y colmados montones de insignes ornamentos y piedras preciosas, margaritas y uniones, contados los despojos de Iberia: sólo de esta manera no rechazamos yá cual fabulosas é hiperbólicas las palabras de los narradores arábigos, quienes, haciendo llegar hasta el número de treinta los carros cargados de oro, plata y todo linaje de pedrería, afirman que llevó tambien, como trofeo de la victoria, cuatrocientos varones de la sangre real de los visigodos, en cuyas sienes brillaban ricas diademas.»

Mas, apesar de esta inmensa superioridad de la nacion visigoda sobre sus conquistadores, es evidente que el profundo é irreconciliable antagonismo entre el elemento hispano-romano y el godo; la guerra civil latente siempre y frecuentemente manifiesta entre católicos y arrianos; las rivalidades políticas y religiosas; los rencores de los partidos y banderías, habian traido las cosas á un estado tal de perturbacion, incertidumbre y desconfianza, que todo un partido numeroso, el de los

Witizas, no tuvo escrúpulo en formar alianza con Musa, con cuyo auxilio esperaba recobrar el poder y sus bienes. Los hombres más señalados é importantes de esta parcialidad militaban en las filas de Tarik y Musa, servian de consejeros á estos caudillos, y de exploradores y vanguardia á sus cuerpos de ejército; ofreciendo, en tal virtud, á los ojos de los atónitos españoles, los musulmanes, nó como enemigos y conquistadores, sino como aliados que venian á reintegrar en el poder á uno de los partidos políticos que se disputaban el gobierno del país.

Y si á esto se agrega el rencoroso espíritu de venganza de los muchos judíos que habia en España, y señaladamente en Andalucía, los cuales se unieron resueltamente á los musulmanes, y tanta confianza les inspiraron, y tantas garantías debieron darles, que éstos les dejaron la guarda de las ciudades que conquistaban ú ocupaban en España, merced á lo cual podian conservar el grueso de sus fuerzas para continuar la conquista; si se agrega, además, que cuando los árabes llegaron á España se encontraban todavía en los primeros momentos de su entusiasmo, de su fanatismo religioso; que eran los hijos de los *defensores y auxiliares* de Mahoma, y al mismo tiempo un pueblo recien convertido á una religion que buscaba prosélitos y no esclavos; que se desbordaron como un torrente impetuoso por las comarcas andaluzas, supliendo la cortedad de su número con la inmensidad de su fé y la firmeza de sus propósitos; que buscaban el martirio en los campos de batalla con preferencia al botin de la victoria; que obraban como un solo hombre, sometidos ciega é incondicionalmente á los preceptos del *libro* que les servía de bandera y que creian dictado á Mahoma por los ángeles, y, finalmente, si consideramos el asombro que debió causar aquel pueblo nuevo, desconocido, entusiasta, que hacía todavía gala

de su pobreza, que se conducia magnánimamente con los vencidos, que no aceptaba diferencias irritantes de raza ni de jerarquías sociales; si consideramos, repetimos, el asombro que debió causar á los godos, divididos por el ódio de sectas religiosas, y enervados por el ocio y los placeres que proporcionan los adelantos de la civilizacion, y en los españoles el verse tratados como iguales, cuando se habian visto considerados como inferiores por todos los pueblos extranjeros anteriores que los habian conquistado, tendrémos, nó una série de conjeturas, sino de opiniones no muy distantes de la verdad, acerca de las causas del extraordinario suceso de la rápida y total conquista de España por dos cuerpos de ejército musulmanes, fuerte el primero de *doce mil* berberiscos y libertos, y el segundo de *diez y ocho mil* árabes de raza pura.

Refieren los cronistas árabes dos episodios de la conquista, que prueban cómo la sorpresa y la ignorancia de los españoles acerca del carácter, costumbres y procedencia del pueblo árabe, debió entrar por algo en la poca resistencia que encontraron éstos en el país después del desastre del Guadi-Becca. Cuéntase el primero en *Al-Makkari* y en la *Relación de la conquista de España,* por Ebn-Abdo-l-Haquem (1), con ligeras variantes en cada uno de estos autores, que no afectan á la sustancia del hecho, en esta forma: «Tarik, para imponer miedo á los cristianos de España, mandó á sus soldados que despedazasen algunos muertos y cociesen su carne en calderos delante de los prisioneros, á fin de que éstos creyesen que los muslimes la comian. Dió después libertad á algunos, y éstos fueron refiriendo á los demás el suceso, que llenó de terror los ánimos y aumentó el número de

(1) Traduccion de *Al-Makkari,* por D. C. L. y A., apéndice pág. 210.

los fugitivos.» El segundo se refiere en *Al-Makkari* de esta manera:

«Por espacio de tres meses permaneció (Moguits) sitiando á los cristianos (de Córdoba) en la iglesia (donde se habian encerrado y fortificado en número de cuatrocientos, cuando los musulmanes se apoderaron por sorpresa de la ciudad), hasta que viendo cuánto se prolongaba el asunto, mandó á un esclavo suyo, negro, llamado Rabah, hombre valiente y esforzado, que se escondiese en unas huertas muy pobladas de árboles que habia al lado de la iglesia, á fin de procurar coger á algun cristiano que pudiese dar informes. Así lo hizo; mas su escaso entendimiento le indujo á subirse á uno de aquellos árboles para coger fruta, porque era el tiempo en que estaba en sazon. Los de la iglesia le vieron, acometieron é hicieron prisionero, y andaban temerosos y extrañando la naturaleza de aquel hombre, pues nunca habian visto ningun negro, por lo cual le rodearon, y movióse entre ellos grande alboroto y admiracion, creyendo que estaba teñido ó cubierto de alguna sustancia negra. Desnudáronle en medio de todos, y llevándole junto á la cañería por donde venía el agua, empezaron á lavarle y frotarle con cuerdas ásperas, hasta que le hicieron brotar la sangre y le lastimaron. Él les rogó que le dejasen, indicándoles que aquello era natural en él, y obra del Criador (sea glorificado). Comprendiendo ellos sus señas dejaron de lavarle, y se aumentó su terror. Permaneció cautivo siete dias sin que dejasen de rodearle y observarle, hasta que Dios le facilitó la libertad y una noche se fugó, etc.»

Estos dos sucesos podrán ser puras anécdotas referidas por los ancianos bajo las tiendas en el desierto; mas encontramos en su fondo algo que revela la sorpresa y el estupor que debió causar en el ánimo de las gentes sencillas la vista de aquellos rostros tostados por el sol de la Arabia; su acento

gutural, que en los momentos de cólera se asemeja al retumbar del trueno en lontananza; su ímpetu en los momentos del combate, y su indolencia en los de reposo; finalmente, sus trages, costumbres, ritos y ceremonias de su religion. Pero volvamos á lo que respecta más particularmente á Sevilla.

Dijimos en la página 46 que una vez conquistada Sevilla, y desamparada de sus defensores, que habian huido hácia Beja, Musa confió la guarda de la Ciudad á los judíos y á una corta guarnicion musulmana, y marchó sobre Mérida, creyendo dejar asegurada su conquista. Empero los sevillanos no tardaron en recobrarse, tramaron en sigilo una conjuracion, llamaron en su auxilio á los fugitivos de Beja y otros que habian permanecido en la ciudad de Niebla, y en un dia y hora señalados se alzaron en armas, sorprendieron la guarnicion musulmana, le mataron ochenta hombres y expulsaron el resto de la Ciudad. Éstos últimos se refugiaron en el campo que sobre Mérida tenía puesto Musa, quien, por no desmembrar sus fuerzas, tuvo que aplazar su venganza hasta dejar terminada la empresa que traia entre manos.

Conquistada Mérida, el dia de la fiesta de Fitr del año 94 de la Egira (30 de Junio de 713) (1), Musa mandó á su hijo Abdelaziz (Abdu-l-Aziz) con una fuerte division contra Sevilla. El jóven caudillo tuvo que sitiar de nuevo la Ciudad, la conquistó por segunda vez, y tomó sangrientas represalias de la sublevacion que costó la vida á ochenta muslimes, pues segun se afirma en *Al-Makkari, mató* muchos de sus habitantes.

Esto hecho, Abdelaziz permaneció en Sevilla, y Musa salió de Mérida á fines de Xawel (fin de Julio de 713) (2) para Toledo, á fin de avistarse con Tarik.

---

(1) *Al-Makkari.*
(2) *Ajbar-Machmua.*

En el año 95 de la *Hejira* (26 de Setiembre de 713 á 15 del mismo mes de 714) el Califa de Damasco destituyó á Musa del gobierno de España, y le mandó comparecer á su presencia dándole por sucesor á su hijo Abdelaziz.

Dos años y cuatro meses, desde *Safer* del año 95 (Octubre-Noviembre de 713, fecha de la salida de Musa para Oriente) hasta *Recheb* del 97 (Marzo de 716), duró el gobierno de Abdelazis, quien estableció su *divan* en Sevilla, ciudad cuya opulencia, numerosa poblacion y situacion á orillas de un gran rio, que el nuevo gobernador convirtió en estacion naval de los musulmanes, fué considerada como la más á propósito para fijar la sede del gobierno en España.

Nada nos cuentan las crónicas árabes referente á la conducta política que observó en los breves años de su gobierno el hijo de Musa; mas podemos deducir de los detalles de su triste fin, que aquéllos nos han conservado, que fué tan humana y conciliadora con los cristianos, que de ella procedió la muerte á mano airada que recibió.

Cuentan las crónicas aludidas, y con ellas están de acuerdo las latinas (1), que Abdelaziz tomó por esposa á la viuda del desgraciado rey Rodrigo, que unos autores llaman *Umm-Asim,* otros *Eila* y los cronistas cristianos *Egilona;* de quien se manifestó tan prendado, y por cuyo amor debió dispensar tanta proteccion á los cristianos, que es de presumir se formase un partido numeroso entre estos últimos para proclamarle rey, cuando una de las crónicas árabes más autorizadas (1) refiere la siguiente anécdota:

(1) La de Isidoro Pacense: «Era 753, Abdalaziz gobierna en paz toda la España durante tres años, haciéndola tributaria, y comparte en Sevilla las riquezas y honores con la reina de España *(Egilonis)* á quien se habia unido en matrimonio.»

(1) *Ajbar-Machmua.*

En cierta ocasion dijo Egilona á Abdelaziz:—Un rey sin corona es un rey sin reino: ¿quieres que te haga una con las joyas y el oro que aún conservo?—Nuestra religion, respondió él, nos lo veda.—¿Y qué saben, insistió ella, tus correligionarios de lo que haces en el interior de tu casa? Tanto insistió, que al cabo se dejó vencer y Egilona le labró la diadema. Estando cierto dia sentado con su esposa, y puesta la corona, acertó á entrar la mujer de Ziyed-ben-An-Nábiga, el Temiñí, la cual era tambien de la *alta nobleza española*. Ésta, así que regresó á su casa, le dijo á su esposo:—¿Quieres que te haga una corona?—Nuestra religion no nos permite su uso, respondió él, y ella replicó:—Por la religion del Mesías, que hay una sobre la cabeza de vuestro iman. Ziyed refirió esto á Habid-ben-Abi, Obaida-ben-Okba, ben-Nefts, é hicieron conversacion hasta que cundió la nueva entre la gente principal del ejército. Abdelaziz, por su parte, fué tan poco precavido, que pudieron verle y cerciorarse de la verdad del caso, y creyéndole convertido al cristianismo, le acometieron y mataron á fines del año 98» (1).

Otra crónica árabe (2) da nuevos y más curiosos detalles acerca de tan trágico suceso:

«Abdo-l-Aziz-ben-Musa, dice, después que se marchó su padre, tomó por esposa á una cristiana, hija de un rey de los españoles, y algunos dicen que hija de Rodrigo (3), rey de España, á quien mató Tarik, la cual le llevó grandes rique-

(1) *Ajbar-Machmua*, traduccion de D. E. L. y A., pág. 32.

(2) *Relacion de la Conquista de España*, por Ebn-Abdo-l-Haquem. Apéndices al *Ajbar-Machmua*, pág. 215.

(3) Todas las crónicas conocidas que hablan de este suceso, así latinas como musulmanas, están contextes en que era esposa y no hija de Rodrigo.

zas. Cuando se llegó á él, le dijo:—¿Por qué las gentes de tu reino no te reverencian y se inclinan ante tí como la gente de mi reino reverenciaba y se inclinaba ante mi padre? No supo Abdo-l-Aziz qué contestarle, pero mandó abrir una puerta en uno de los costados de su alcázar, de muy pequeñas dimensiones. Cuando daba audiencia, tenía el pueblo que entrar por aquella puerta, inclinando la cabeza, por su poca altura. Ella, que estaba desde cierto paraje viendo esto, dijo á Abdo-l-Aziz:—Ahora es cuando creo que eres rey de mi pueblo. Llegó á noticia de la gente que habia mandado hacer la puerta con aquel objeto, y creyeron que su esposa le habia convertido al cristianismo. Entónces se sublevaron contra él Habib-ben-Abi, Obaida-Al-Fihri, Ziyed-ben-An-Nabiga (1) y otros de diferentes tribus árabes, y resolvieron matar á Abdo-l-Aziz por la causa indicada. Se presentaron á su Muedzin y le dijeron que llamase á la oracion cuando aún fuese de noche. Así lo hizo, repitiendo la invocacion á la plegaria de la mañana. Abdo-l-Aziz salió y le dijo que se habia apresurado mucho, haciendo la invocacion cuando aún era de noche; pero fué, no obstante, á la mezquita, donde se habian reunido los indicados y otros que asistian á la oracion. Abdo-l-Aziz empezó á leer en el Koran los versículos que dicen: «Cuando llegue el dia del juicio, nadie lo pondrá en duda; abatirá á unos y elevará á otros» (2). Entónces levantó Habib la espada sobre la cabeza de Abdo-l-Aziz, que huyó hácia su casa (3), y entrando en un jardin que tenía, se ocultó bajo un

(1) El mismo de quien se hace mencion en el *Ajbar-Machmua*.

(2) *Koran*, sura 56, versículos 1.º, 2.º y 3.º

(3) El moro Rasis dice que Abdelaziz moró en Sevilla, *et fizo hy sus casas muy buenas y muy ricas*. Vários historiadores sevillanos, partiendo de la indicacion de Rasis, dicen que mandó labrar *un*

árbol. Habid-ben-Abi-Obaida y sus compañeros huyeron, pero Ziyed-ben-An-Nábiga le siguió las huellas y le encontró debajo del árbol. Abdo-l-Aziz le dijo que si le perdonaba le daria lo que quisiera; pero Ziyed le contestó:—No vivirás más después de esto; y acometiéndole le cortó la cabeza. Cuando Habid y los demás supieron esto, regresaron. Después salieron con la cabeza de Abdo-l-Aziz para llevarla á Suleiman-ben-Abdo-l-Melic.»

Abdelaziz, hijo de Musa, fué asesinado en Récheb del año 97 de la Egira (Marzo de 716) (1) habiendo durado su gobierno tres años, segun Isidoro Pacense. Atribuye este cronista su trágico fin á sus pretensiones de hacerse independiente del califa de Oriente; é indica, así como algunas crónicas árabes, que el decreto de muerte fué expedido por Suleiman, sucesor de Al-Walid, por las causas ántes referidas.

---

rico alcázar para su morada. Conde (*) asegura que «habitó en una alquería cerca de Sevilla, que se llamaba *Kenisa Rebina*, donde habia mandado edificar una mezquita, y en ella se congregaba el pueblo á la oracion.» Fernandez y Gonzalez (D. Francisco) (**) escribe: «En un pasaje de *Ad-Dobbi*, citado por Borbon, se dice expresamente que Abdu-l-Aziz eligió por residencia una sinagoga ó iglesia de judíos.» Finalmente, D. José Amador de los Rios (***), combatiendo el error tan generalizado hasta nuestros dias, de que Abdu-l-Aziz, mandára edificar un alcázar en el mismo emplazamiento del actual, prueba con gran copia de datos y razones, que el hijo de Musa habitó el monasterio consagrado á santa Rufina, por la piedad de santa Florentina, hermana de los santos obispos Leandro, Isidoro y Fulgencio.

(1) Segun el *Resúmen cronológico de los gobernadores,* de D. Emilio de Lafuente y Alcántara.

(*) *Hist. de la dom. de los árabes en Esp.*, tit. I, cap. XIX.
(**) *Hist. de Al-Andálus,* nota á la pág. 58.
(***) *Puerta del Salon de Embajadores del Alcázar de Sevilla. Museo Español de Antigüedades,* tit. III.

Sin embargo, en el *Ajbar-Machmua* (1) se dice que: «Apénas supo Suleiman el asesinato de Abdelaziz-ben-Musa, tuvo de ello pesar, y como en aquel tiempo dependiesen del gobernador de África los asuntos de España, Tánger y otros países situados aquende aquella region, nombró walí de ella á Obaid-Allah-ben-Zaid, el Koraixi, y le dió especial encargo de que se ocupase en lo relativo al hecho de la muerte dada á Abdelaziz por Habib-ben-Abi-Obaida y Ziyed-ben-An-Nábiga; que se mostrase severo en este asunto y que los enviase á Damasco en calidad de presos, así como á cuantos hubiesen tenido participacion en el asesinato. Falleció el califa Suleiman á tiempo que Obaid-Allah, gualí de África, mandaba de gobernador á España á Al-Hoor, con encargo de que activase el asunto de la muerte de Abdelaziz, hijo de Musa.

Como se ve, hay notable contradiccion entre Isidoro Pacense y el *Ajbar-Machmuá*. Nos inclinamos á la version del primero, por ser nuestro cronista contemporáneo de los sucesos que refiere, en tanto que la *Coleccion de tradiciones* es un manuscrito del siglo XI. Las crónicas árabes nada dicen acerca del resultado que tuvieron las gestiones—si es que las practicaron—de Obaid-Allah y de Al-Hoor en averiguacion del asesinato del esposo de Egilona.

Muerto Abdalaziz, los *sevillanos,* segun refiere Ben-Hayyan, nombraron gobernador de España interino á Ayud-ben-Habib, hijo de una hermana de Musa, quien comenzó á ejercer su autoridad trasladando á Córdoba la silla del gobierno.

Son muy dignas de notarse las dos circunstancias que se revelan en este pasaje de Ben-Hayyan. La primera que los sevillanos (agréguese musulmanes) nombrasen un gobernador general sin consultar el voto de otras poblaciones; lo cnal

(2) Traduccion de D. E. L. y A., pág. 33.

confirma la indicacion apuntada anteriormente, esto es, que los koraixies y los nobles medinenses, que en este concepto gozaban notoria influencia entre sus compatriotas, se establecieron con preferencia en Sevilla: y la otra que las dos veces que nuestra Ciudad se vió despojada del carácter de capital de España, fué á resultas del asesinato del magistrado supremo que residia en ella. Es así, que en 554, muerto Agila, los godos trasladaron la córte y gobierno de Sevilla á Toledo; de la misma manera que en 716, la de Abdalaziz dió ocasion para establecer el divan en Córdoba. Más adelante verémos repetirse este suceso, á la muerte de D. Pedro I de Castilla.

Seis meses duró en el gobierno Ayud-ben-Habi, que fué reemplazado por Al-Hoor-ben-l-Rahmin. Desde éste hasta Yusuf-el-Fehri, vigesimo quinto gobernador de España,—nombrados ó confirmados todos por el que lo era general de África, dado que la Península se consideraba como una provincia dependiente de aquel amirato,—es decir, en un espacio de tiempo de treinta años próximamente, se sucedieron veinticuatro gobernadores musulmanes en España.

Por más que las crónicas árabes ni las latinas registren cosa alguna que se refiera particularmente á Sevilla, no debemos hacer caso omiso de aquellos años de su historia, por ser grandes y trascendentales los acontecimientos que durante ellos tuvieron lugar en España, y haberse hecho sentir con más ó ménos intensidad en la reina del Guadalquivir. Los más señalados fueron: las frecuentes y victoriosas campañas de los árabes en la Galia Gótica, y simultáneamente con ellas el levantamiento en armas de los montañeses de Astúrias y la proclamacion de Pelayo: la memorable batalla de Poitiers, en la que el triunfo de los francos, bárbaros y semiidólatras todavía, salvó la Europa del yugo mahometano é hizo

más pesado el que éstos tenian puesto á España; y, finalmente, una guerra civil entre los musulmanes que dió orígen al comienzo de la reconquista por las armas cristianas, y fué precursora de otra de la misma naturaleza, en la cual Sevilla tuvo un importante papel, siendo durante muchos años el codiciado tesoro donde se dirigian las miradas de los contendientes; y, por último, un sinnúmero de revueltas y sediciones provocadas por las rivalidades de las tribus y los ódios de los partidos, que en aquel entónces, como en nuestros dias, sacrificaban á su ambicion y afan de poder la pública paz y los intereses más respetables del país.

CAPÍTULO III.

Ódios de raza y rivalidades políticas entre las primeras tribus árabes que se establecieron en Andalucía.—Influjo que ejercieron en Sevilla.—Formidable sublevacion de los berberiscos en África y en España contra los árabes. —Llegada de los siriacos á Andalucía.—Principio de la reconquista por las armas cristianas en el Norte de la Península.—Derrota de los berberiscos.—Guerra civil entre árabes y siriacos.—Bárbaro suplicio del gobernador general Abdelmelic.—Triunfo de los siriacos y su establecimiento en Andalucía.—Proclamacion de Yusuf-Al-Fehri.

El antagonismo entre yemaníes y maadíes, que tanta sangre hizo derramar en la Siria y en la Arabia, se continuó en España durante los primeros años que sucedieron al de la conquista, sobre todo en las orillas del Guadalquivir. Aquel ódio profundo é irreconciliable que en la Arabia, y en los tiempos anteriores á Mahoma, se fundaba en las rivalidades de casta, tribu y familia; en los posteriores á la definitiva constitucion del califato tomó el carácter de obstinada é intransigente oposicion política, casi en el sentido que damos en nuestros dias á esta palabra. Maadíes ó caisíes y yemaníes ó kelbies, se dividieron en dos partidos que se disputaban en la

córte, en las ciudades y en las tribus la direccion de los negocios públicos, los empleos lucrativos, y la influencia en el gobierno y en la administracion del país. Cada uno de ellos—y cuenta que en Andalucía conservaron las mismas denominaciones que se dieran en el desierto,—tenía sus dogmas religiosos y principios políticos, su sistema administrativo y fiscal, y sus simpatías y antipatías en los pueblos dominados y entre sus correligionarios.

El caisí, era el partido cortesano, escéptico en religion y descreido en política; defensor de la autoridad del soberano á cuyo arrimo sólo podia vivir é imponer su sistema político, que en aquellos tiempos se reducia, realmente, al administrativo y fiscal, ó imposicion y percepcion de los tributos. El yemaní, por el contrario, era más popular por cuanto trataba mejor á los vencidos; más ortodoxo, como formado de los *defensores y auxiliares* de Mahoma; y más celoso de la libertad y de la autonomía de la tribu, y en tal virtud en lucha incesante con el espíritu avasallador y las despóticas tendencias del califato, que aspiraba á sustituir el régimen democrático de la tribu, con el monárquico que habia establecido en Damasco.

La influencia del partido caisí, siempre poderosa en Siria, se debilitaba á medida que se alejaba de aquel su principal centro de accion; de suerte que en España, provincia la más lejana de la silla del imperio fundado por Mahoma, y poblada casi exclusivamente de yemaníes, sólo á intérvalos se dejaba sentir; pero cuando esto sucedia veíase convertida en teatro de las mayores violencias.

Cuando los yemaníes estaban en el poder (como se dice en nuestros dias) la condicion de los cristianos y renegados mejoraba notablemente; dado que su administracion era más equitativa y ménos fiscal que la de sus adversarios. Así es,

que los pueblos vencidos se manifestaban ardientes partidarios de ellos, y los ayudaban con sus votos y simpatías á recobrarlo cuando los vaivenes de la política de Damasco los condenaba á la oposicion.

Los *caisíes,* por el contrario, fieles á su sistema, se preocupaban sólo de enriquecerse y de llenar el tesoro del Califa; á cuyo efecto trataban con extrema dureza y con insolente altanería á los contribuyentes, fueran ó nó musulmanes. Empero á fuer de políticos hábiles sabian plegarse á las circunstancias, y procuraban sacar partido de todas las situaciones. Por ejemplo; en el califato de Yezid II, el caisí Bichr, amir de África, envió de gobernador á España á un indivíduo de su tribu llamado Anbasa, quien á fuer de caisí *pur sang* obligó á los cristianos á pagar doble tributo. Muerto Yezid, y habiéndole sucedido Hixem I, quien en los comienzos de su reinado se echó en brazos de los yemaníes, Bichr se dió prisa á destituir á Anbasa, nombrando en su lugar á otro indivíduo, tambien de su tribu, llamado Yahya, y dándole órden para que devolviese inmediatamente á los cristianos lo que hubiesen pagado indebidamente. De este suceso da testimonio Isidoro *Pacense,* con las siguientes palabras:

«En la era 763 (725 de C.) Yahia persigue con fiereza á los sarracenos y moros de España que *ántes* habian usurpado bienes pacíficamente poseidos, y *devuelve muchos á los cristianos.*»

Déjase comprender desde luego la inmensa influencia que esta lucha de los partidos árabes ejerceria en los destinos de España. En ella, en esta lucha, encontramos precisamente la explicacion del hecho tan singular y sorprendente de haberse sometido, sin hacer apénas resistencia, á la ley islamita la mayoría de los habitantes de la poblacion de Se-

villa, una de las más cristianas y católicas de España. Esta explicacion, héla aquí:

Sabido es que á virtud de las disposiciones de la ley musulmana, los cristianos que vivian bajo su dominio tenian que pagar al tesoro el impuesto llamado *capitacion* (1), del que estaban dispensados aquellos que renunciaban á la fé de sus mayores, habiendo dejado apagar en su corazon todo sentimiento religioso y de dignidad nacional. La Iglesia musulmana, que es militante como la católica, aunque en otro sentido, y no ménos propagandista que ésta, si bien en una forma algo más ejecutiva, supo sacar partido de aquella disposicion para atraer á su seno á todos aquellos hombres que entre creer ó pagar optan por lo primero, atendido que las creencias tienen dos maneras de manifestacion y el dinero sólo una. Dicho se está con esto que á medida que crecia el número de los conversos y el júbilo de los teólogos musulmanes, el tesoro del califa enflaquecia, y á compás el de los gobernadores y funcionarios públicos.

Ahora bien; los árabes yemaníes, medineses y koraixíes que se establecieran en Sevilla y su comarca ántes que en otro distrito alguno, eran, como dejamos anteriormente dicho, en política generosos con los vencidos, y en religion

(1) La *capitacion* era un impuesto personal que ascendia á 48 *dirhemes* (*) para los ricos, 24 para la clase media y 12 para los que vivian de trabajos manuales. Pagábase por dozavas partes, ó sea cada mes lunar. Los monjes, las mujeres, los niños, los impedidos, los ciegos, los enfermos, los mendigos y esclavos estaban exentos por la ley.

(*) La moneda llamada dirhem (**) equivalia á unos veinte cuartos de la nuestra actual; por consiguiente, aquella tarifa sería de unos 113 reales próximamente para los primeros; de 56'17 para los segundos, y de 28'08 para los terceros. Pero como el valor del dinero en aquellos tiempos con relacion al que tiene en el actual estaba en la proporcion de once á uno, resultaria que la tarifa era en realidad de 1,243, 627'17 y 328 reales.

(**) El dirhem era moneda de plata: veinte dirhemes equivalian á un DINAR, moneda de oro.

sunnitas, esto es, ortodoxos, creyentes sinceros, y en tal virtud hombres ménos *prácticos en la ciencia financiera* que los caisíes: así es que atendian más á los intereses de la religion que á los del fisco, importándoseles poco que el tesoro del califa enflaqueciese á trueque de que engordase el islam. Consecuentes con su doctrina, y con su ódio á los maadíes, ayudaron con todas sus fuerzas á sus teólogos, é hicieron de aquella disposicion de la ley un arma de partido para aumentar su bando, reclutando adeptos entre los cristianos de Sevilla, á quienes hubieron de probar que sólo entrando ellos en el giron de la Iglesia musulmana reunirian entre todos bastantes fuerzas para destruir al enemigo comun. Muchos de aquéllos, segun los hechos lo acreditan, sin estar muy convencidos de la verdad de la religion de Mahoma ni muy conformes con los deberes y ritos que les imponia, hubieron de dar oidos á la voz del sórdido interés, y se prestaron á ser instrumentos en manos de sus catequizadores, de quienes esperaban amparo y proteccion cuando eran poder, y á quienes se unian cuando estaban caidos para censurar el espíritu fiscal de sus adversarios políticos, y gritar contra la exorbitancia de los impuestos.

Los caisíes, por el contrario, sacrificaban la religion á su afan de hacer dinero por todos los medios de apariencia más ó ménos legal. Fijos los ojos en el fausto y ostentacion de la córte de Damasco más bien que en la *casa santa* y en el sepulcro del Profeta, exprimian para los fines de su ambicion á los contribuyentes, y renegaban de los teólogos fanáticos y de los aborrecidos yemaníes, convertidos en apóstoles, que llenaban las mezquitas y dejaban el tesoro vacío. Irritados contra aquéllos, se vengaban en los cristianos, vejándolos sin piedad y tratábanlos con el más humillante desden, haciéndoles pagar, en cuanto podian, el déficit en los

ingresos que ocasionaban las numerosas conversiones. Es así, ó es probable, que la tiranía de los caisíes diera resultados diametralmente opuestos al fin que se proponian; es decir, que muchos se harian musulmanes tanto por no pagar el impuesto cuanto por engrosar las filas de la oposicion yemaní. De manera que las numerosas apostasías que convirtieron á Sevilla en una ciudad enteramente musulmana, pudieron muy bien ser en los principios actos más bien políticos que religiosos.

Muchos años hacía que caisíes y yemaníes perturbaban con sus ódios y rivalidades la paz en Andalucía, cuando un acontecimiento inesperado y de inmensa trascendencia vino á destruir el poder de ámbas parcialidades y á suscitarles un enemigo comun que cambió completamente la faz de la España musulmana, y á dar tambien orígen al movimiento de reaccion cristiana, que yá no cesó hasta que los Reyes Católicos plantaron el estandarte de la cruz sobre los muros de Granada. Este acontecimiento fué una terrible sublevacion, casi simultánea, en África y en España, de los berberiscos contra los árabes sus opresores, que acabó por hacer desaparecer á éstos, como partidos, de la escena política que ocupáran por espacio de unos cuarenta años, y que otros partidos y otras razas llenaron durante muchos siglos. Conceptuamos demasiado importante el indicado acontecimiento para dejar de consagrarle algunas páginas, que si no son del todo pertinentes á la historia particular de Sevilla, lo son sin duda alguna á la de Andalucía y de la España en general, y tendrán, además, el mérito de la novedad para muchos de nuestros lectores.

Dirémos, pués; que en los comienzos del califato de Hixem, hermano y sucesor de Yezid II, el partido yemaní

era dueño de la situacion en África y en España. Mas Hixen hubo de cansarse muy luego de vivir bajo la tutela de aquellos *puritanos,* que tan blandos y humanos se mostraban con los vencidos, y se echó en brazos del partido opuesto, cuyo sistema administrativo y fiscal se prestaba admirablemente á satisfacer la sed de oro que le devoraba. En su consecuencia nombró amir de África, en el año 734, al caisí Obaidallah, hombre de carácter levantado, generoso y prudente, pero para quien los egipcios, los berberiscos y los españoles, fueran ó nó musulmanes, en su calidad de vencidos, pertenecian ellos, sus bienes y sus mujeres al vencedor. Para congraciarse con el Califa y conservar su influencia en la córte impuso nuevas y crecidas contribuciones á sus administrados, y extremó hasta tal punto sus rigores, que los despojó de sus magníficos rebaños merinos, cuyas lanas eran muy estimadas en Siria, y pobló los harenes de Damasco de mujeres berberiscas que tenian fama de ser más bellas que las árabes. Durante cinco años vejó, maltrató y saqueó el país, prevalido del numeroso ejército con que contaba para ejercer impunemente sus tropelías. Los berberiscos se agitaban sordamente, esperando sólo una ocasion para buscar con las armas la venganza de sus agravios, cuando en el año 740, Obaidallah, acosado por la insaciable codicia de la córte de Damasco, trató de buscar nuevos medios de satisfacerla enviando una gran parte de sus tropas á la isla de Sicilia en busca de los recursos que empezaban á faltarle en su amirato. Este fué el momento que el gobernador de la provincia de Tanger tuvo la imprudencia de elegir para aplicar á sus administrados el sistema caisíe; es decir, para exigirles doble tributo, tratándolos como si no fueran musulmanes.

La cólera de los berberiscos, largo tiempo comprimida, estalló tremenda y feroz en una general insurreccion, que

tuvo tanto de política como de religiosa, puesto que fué dirigida simultáneamente por los jeques más caracterizados del país, y por los morabitos, ministros de la secta fundada por Alí, el yerno de Mahoma. Reunidos en armas y en innumerable muchedumbre, los insurrectos se afeitan la cabeza en señal de duelo; pone cada uno un ejemplar del Coran en la punta de su lanza—siguiendo la costumbre de los *no-conformistas* (1), —nombran por caudillo á un llamado Maisara (2); marchan sobre Tanger, se apoderan de la plaza, decapitan al gobernador y pasan á cuchillo á todos los árabes, sin perdonar los niños ni las mujeres. De Tanger revuelven sobre la provincia de Sus, cuyo gobernador, Imail, hijo de Obaidallah, y los árabes establecidos en aquella region, sufren la misma suerte que los de la capital de la Tingitana. Á los pocos dias

(1) Así se llamaron los árabes partidarios de Alí, que en la batalla iniciada en las llanuras de *Ciffin* (en la orilla occidental del Eufrates) entre el ejército de Moawia y el del yerno del Profeta, se negaron á conformarse con la decision acordada por los plenipotenciarios elegidos para dirimir la contienda sin efusion de sangre. Llamáronse así del vocablo árabe *Jawerich*, que significa hereje, rebelde que no reconoce la autoridad legitima (en este caso lo era el Coran, á cuyos preceptos se remitió la decision del asunto). Estos *no-conformistas*, dice Dozy, eran almas nobles y ardientes, que en un siglo de egoismo habian conservado la pureza del corazon; que no ambicionaban los bienes de la tierra; que tenian de Dios una idea demasiado grande para servirle maquinalmente, y para adormecerse en una piedad acomodaticia. Eran los verdaderos discípulos de Mahoma en la primera época de su mision, cuando la virtud y la piedad llenaban su alma entusiasta. Los otros, los llamados ortodoxos de Medina, eran más bien los discípulos del otro Mahoma, del impostor cuya insaciable ambicion aspiraba á conquistar el mundo por medio de la espada.

(2) Hombre oscuro, como aguador que habia sido en la plaza de Kairwan.

todo el Oeste del África estaba en completa insurreccion, y los árabes que se establecieran en aquellas comarcas, muertos ó huidos miserablemente.

Lo imprevisto, rápido y formidable de la insurreccion no acobardó al animoso Obaidallah, quien salió á combatirla con un numeroso y brillante ejército. Avistó á los insurrectos, los atacó briosamente, mas fuéle la fortuna adversa hasta el punto que aquella batalla es conocida en la historia de África con el nombre de *combate de los nobles,* por haber perecido en ella, y hasta el último, los hombres más señalados de la nobleza árabe que tomaron parte en ella. El partido yemaní hizo responsable de aquel desastre á sus adversarios los caisíes, y depuso á Obaidallah.

Sobrecogido é indignado el califa Hixen al tener noticia de la sublevacion berberisca y de las inmensas desgracias que habia ocasionado, juró tomar cumplida venganza. Al efecto reunió un formidable ejército sirio, cuyo mando, así como el gobierno de África, dió á un veterano general caisí llamado *Colthum-ben-Zeyad,* de la tribu de Cochair, con órden de hacer castigos ejemplares en los insurrectos, cortando la cabeza á todo el que cayera en sus manos y entregando al saqueo y al incendio todas sus ciudades, pueblos y aduares. Dióle, además, por lugar-teniente á su sobrino *Baleg,* con órden de sustituirle en el mando en el caso de que pereciese en la empresa, y nombró para sustituir á este último, si fallecia, al yemanita Thalaba, de la tribu de Amila, general de las tropas del Jordan.

Colthum llegó al África en el verano del año 741. Los árabes de este país recibieron mal á los siriacos, porque obraban con insolente altanería, conduciéndose más bien como invasores que como auxiliares. Estalló la discordia en el campo de Colthum, quien para atajarla se puso inmediata-

mente en marcha contra los insurrectos. El ejército sirio, fuerte de setenta mil hombres (Isidoro Pacense le da cien mil), se adelantó llevando la muerte y el exterminio por delante hasta un lugar llamado *Bacdura* ó *Nafdura,* donde encontró al enemigo dispuesto á cerrarle el paso. Desoyendo las advertencias de aquellos que por conocer de cerca las costumbres y artes guerreras de los berberiscos le aconsejaron que formase un campo atrincherado desde el cual, durante algun tiempo, se limitase á talar las comarcas circunvecinas, Colthum cometió la imprudencia de empeñar la batalla. Oigamos cómo la describe quien pudo oir sus detalles de labios de muchos que debieron tomar parte en ella (1).

«Colthum determina marchar resueltamente hasta el golfo de Tanger, recorriendo y atacando el país de los moros. Pero al saber esto la muchedumbre de los moros, al punto se desgajan de los lugares montañosos para emprender la pelea, desnudos y solamente mal cubiertos por delante. Habiendo, pues, llegado el hermano ¿Baledj, sobrino de Colthum? (2) al rio Masfa, ámbos chocan terriblemente en el combate. Los moros dejan ver su negro color sobre hermosos caballos; y rechinando los blancos dientes, infunden miedo á sus enemigos. La caballería egipcia se encabrita, poniéndose al instante en precipitada fuga. Pero cuando más acometen ellos desesperadamente, de nuevo la caballería árabe y egipcia, saltando al momento, al ver el color del cútis *de los africanos,* vuelve atrás espantada y mueren en la fuga caballos y caballeros; y cuando aquella multitud camina atravesando por lugares estrechos y descarriados, sin disciplina y sin reparar sus fuerzas, muere en aquel extenso desierto: y

(1) *Cron. de Isidoro Pacense.* Era 780.
(2) *Isidoro Pacense* le llama hermano.

de esta manera el grande ejército de Oriente y Occidente, destruido en la fuga, desapareció sin remedio alguno. Coltum, el jefe del ejército, es degollado despues de haberse aniquilado sus compañeros, de modo que toda la multitud se divide involuntariamente en tres secciones: una parte es muerta ó hecha prisionera por los vencedores; otra, huyendo sin direccion por donde habia venido, es deshecha al volver sobre la marcha, y la tercera parte no se sabe adónde fué á parar en la desbandada. Su *hermano Baleg,* sugeto de noble estirpe y experimentado en las armas, erigiéndose en capitan de éstos *¡oh desgracia! llegó á España.*»

En esta exclamacion de dolor creemos que Isidoro, llamado por algunos autores *obispo de Beja,* revela sus afecciones ó simpatías por los árabes yemaníes, tan cruelmente perseguidos por los siriacos desde el establecimiento de éstos en Andalucía.

Segun las crónicas arábigas Baleg se salvó del desastre de Bacdura con un cuerpo de tropas fuerte de siete mil caballos, dirigiéndose hácia Tánger perseguido sin descanso por los berberiscos vencedores. No pudiendo entrar en aquella ciudad, marchó sobre la plaza de Ceuta, donde logró entrar, y en la que se hizo fuerte. Cercáronle tan estrechamente en ella los berberiscos, que Baleg y sus soldados se vieron reducidos á la dura extremidad de comer la carne de sus caballos; y cuando ésta llegó á faltarles, pidieron socorros y víveres á los árabes andaluces para no morir de hambre, y barcos para pasar el Estrecho.

Gobernaba á la sazon en España el partido yemaní-medinés, á resultas de la catástrofe que habia destruido en África el de los caisíes; y dicho se está con esto cuán pocas probabilidades tenía la solicitud de los siriacos, encerrados dentro de las murallas de Ceuta, de ser atendida por los an-

daluces. En efecto, á la indignacion que en éstos habia producido la noticia de la brutalidad con que la soldadesca siriaca se condujo con los árabes de África, agregábanse los irritantes recuerdos de la larga lucha que los medineses, los hijos de los fundadores del islamismo, de los *defensores* de Mahoma, y emigrados en España por aquella causa, sostuvieran con los siriacos, cuyas espadas habian degollado sin piedad á sus hermanos en la batalla de *Harras,* y cuyas manos, chorreando sangre, saquearon la ciudad santa, profanaron sus mezquitas y cargaron de cadenas las mujeres y los hijos de sus víctimas. Así es que los medineses se negaron rotundamente á facilitarles barcos para cruzar el Estrecho. Acaso veian con secreto júbilo á los hijos de aquellos bárbaros é impíos que habian destruido á Medina y profanado el templo del Profeta, próximos á morir de hambre ó á ser pasados á cuchillo por las feroces taifas berberiscas.

Desesperada era la suerte de Baleg y de sus desgraciados compañeros, encerrados como dentro de un sepulcro entre las murallas de Ceuta, cuando un suceso providencial, puesto que cambió completamente la situacion de la España musulmana, y señaladamente la de la cristiana, vino á salvar á los enterrados en vida dentro de Ceuta, y á preparar la ruina política de la poderosa aristocracia árabe, yemaní y caisí, de Andalucía.

Mucho tiempo hacía, desde los primeros años de la conquista, que los berberiscos establecidos en España estaban profundamente irritados contra los árabes por la injusta inferioridad en que los mantenian. Considerábanse, y no sin razon, como los verdaderos conquistadores de la Península, puesto que ellos habian vencido el ejército del rey Rodrigo, en tanto que Musa y sus árabes llegaron cuando todo estaba terminado, salvo la rendicion de algunas ciudades, que sólo

parecian estar esperando que se les intimase para entregarse. Y, sin embargo, al hacer el reparto del botin de la victoria, los árabes habian tomado para sí la parte del leon, adjudicándose el gobierno del país y las tierras más fértiles. En efecto; habíanse apropiado la hermosa y opulenta Andalucía, dejándoles á ellos las áridas llanuras de la Mancha y de Extremadura, y las quebradas sierras de Leon, de Galicia y de Asturias, donde vivian en contínua guerra con los cristianos no sometidos. Á estos agravios tenian que agregar, que los árabes, no muy escrupulosos en el cumplimiento de sus convenios con los españoles, se conducian con bárbaro rigor con ellos cuando los tomaban por modelo; es decir, que cuando exigian rescate á los cristianos sometidos sin resistencia, los castigaban cruelmente, «mandándolos azotar, poniéndolos al tormento y encerrándolos, cargados de cadenas, en hediondos calabozos llenos de gusanos y otros insectos inmundos» (1).

Así las cosas, y cuando más vivo era el descontento de los berberiscos españoles contra los árabes, estalló en África la formidable insurreccion de que queda hecho mérito. No mucho tardó la noticia en llegar á España, traida por comisionados de los rebeldes y por misioneros morabitos *no-conformistas,* que se esparcieron por la Península, llamando los unos á sus hermanos á las armas y predicándoles los otros la nueva doctrina. Los berberiscos de Galicia fueron los primeros que respondieron al llamamiento, y en pós de ellos todas las tribus del Norte de España, con excepcion de Zaragoza y su distrito, donde los árabes estaban en mayoría. Atacados éstos de improviso, fueron atropellados, saqueados y expulsados de todas partes, dejando en poder de los rebeldes

(1) *Isidoro Pacense,* Era 786.

cuanto poseian, y dándose por dichosos con salvar la vida. Arrollado con tanta facilidad este primer obstáculo, los berberiscos de Galicia, Mérida, Coria, Talavera y otros distritos se concertaron para marchar reunidos contra los árabes del Mediodía, cuyas riquezas y fértiles tierras eran el principal objeto de su codicia.

El anuncio de esta formidable y próxima irrupcion llenó de espanto á los andaluces, que creian no contar con fuerzas suficientes para rechazarla. La situacion se fué haciendo tan crítica por momentos, que el país á una voz exigió que se llamasen en su ayuda los sirios encerrados en Ceuta. Los yemaníes hicieron de la necesidad virtud, y firmaron con Baleg un tratado en virtud del cual ellos se obligaban á suministrarles barcos y recursos con que pasar el Estrecho, y él se comprometia á regresar con los suyos á África una vez terminada la guerra contra los berberiscos del Norte de la Península.

Era á la sazon gobernador de España un noble medinés, llamado Abdelmelik, anciano de noventa años, que habia combatido en la batalla de *Harras,* y en tal concepto enemigo mortal de los siriacos. ¡Júzguese con cuánta amargura solicitaria el auxilio de aquellos mismos hombres que algunos años ántes habian pasado á cuchillo á sus parientes y amigos, y á él le habian herido en aquella tremenda ocasion! Pero, repetimos, hizo de la necesidad virtud, y envió barcos á Baleg, en los que éste cruzó el Estrecho y desembarcó en Algeciras sus soldados escuálidos, hambrientos y cubiertos de andrajos.

Vestidos, armados y socorridos los siriacos, se incorporaron á las tropas andaluzas, y unidos todos un momento por la imperiosa necesidad de salvar vidas y haciendas, salieron al encuentro de los berberiscos que, divididos en tres cuerpos de

ejército, se dirigian simultáneamente sobre Toledo, Córdoba y Medina-Sidonia. Vencieron los aliados en todos los encuentros á aquellas taifas mal armadas é indisciplinadas, que caminaban seguidas de sus familias, ganados é inmenso bagaje; dado que su expedicion ántes que carácter guerrero tenía por objeto cambiar, mejorando, el establecimiento de sus tribus, aduares y rancherías. La formidable insurreccion berberisca quedó, pues, aniquilada en poco tiempo merced al valor de los siriacos. Los insurrectos que pudieron escapar de morir al filo del sable de los vencedores se dispersaron en todas direcciones. Á la derrota que tan mermadas dejó sus filas, siguióse una hambre general que afligió á España durante algunos años (1). Los berberiscos que pudieron salvarse de aquellas dos calamidades resolvieron regresar á África, lo cual verificaron embarcándose en gran número en los puertos del distrito de Medina-Sidonia.

La entrada de los siriacos en España, que tan funesta debia ser pocos años despues para los árabes yemaníes, así como la causa que la motivó, favorecieron de tal manera el incremento del reino cristiano del Norte de la Península, que á partir de aquella fecha comenzó á inspirar sérios recelos á los musulmanes de España. El suceso y la importancia de los resultados que tuvo bien merecen que les consagremos algunas líneas, que serán nuevos rayos de luz en la oscuridad de aquellos tiempos.

El abandono en que los berberiscos dejaron todos los distritos que pobláran en el Norte de la Península, infundió aliento á los gallegos y asturianos para levantarse en masa, con su rey Alfonso á la cabeza, contra los musulmanes que no pudieron ó no quisieron seguir el movimiento de insur-

(1) *Ajbar-Machmua é Isidoro Pacense.*

reccion de sus correligionarios. Tan recia é impetuosa fué la acometida, que los islamitas que pudieron salvar su garganta del filo de las espadas cristianas, se refugiaron atropelladamente en el distrito de Astorga. Ningun vestigio quedó, pues, de la dominacion berberisca en los países que estos tuvieron que evacuar; y los naturales de los mismos que se vieran obligados por la fuerza de las circunstancias á hacerse mahometanos, diéronse prisa á volver al giron de la iglesia cristiana así que vieron asegurado el triunfo de la cruz.

Durante el año 753 los berberiscos se vieron empujados todavía más hácia el Mediodía (1). Evacuaron las ciudades de Braga, Porto y Viseo, de manera que toda la costa, hasta más allá de la desembocadura del Duero, se vió libre de su dominacion. Retrocediendo siempre, y no pudiendo sostenerse en Astorga, Leon, Zamora, Ledesma ni Salamanca, se replegaron sobre Coria, adelantándose hasta Mérida. Sin embargo, algunos de ellos consiguieron permanecer en las cercanías de Leon y de Astorga, en una comarca del país llamada *Campi Gothici,* que los cristianos del Norte, en ódio á los berberiscos, dijeron *Malacucia.*

Tambien abandonaron más hácia el Este las ciudades de Saldaña, Simancas, Segovia, Ávila, Osma, Oca, Miranda de Ebro, Ceniceros y Alesanco; estas dos últimas en la Rioja. Así, pues, á partir de aquella época, las principales poblaciones fronteras del país musulman fueron, al Oeste y Este, Coimbra, sobre el Mondego; Coria, Talavera y Toledo, sobre el Tajo, y Guadalajara, Tudela y Pamplona.

Hé aquí explicado cómo una gran parte de España quedó libre de la dominacion musulmana, que sólo duró en aquellas provincias unos cuarenta años. Las crónicas latinas, y

(1) *Ajbar-Machmua* y *Ben-Adhari.*

con ellas los historiadores de España, atribuyen la gloria de aquellos importantes sucesos sólo al valor, perseverancia y genio militar del rey Alfonso I (1). Sin embargo, creemos que ayudó no poco á la fortuna de las armas cristianas la situacion en que quedaron aquellas poblaciones á resultas de la insurreccion berberisca y de la guerra civil que estalló al poco tiempo entre los árabes yemaníes y los siriacos coaligados con los caisíes. Abandonadas las citadas ciudades por los musulmanes, los cristianos fueron recibidos en ellas con alegría por sus correligionarios y compatriotas, que soportáran á la fuerza el peso y la vergüenza del yugo africano.

Terminada esta digresion, que no creemos enteramente ociosa, visto que, como dijimos anteriormente, viene á iluminar con un rayo de luz histórica la oscuridad de los tiem-

(1) La *Crónica de Sebastian* dice (cap. XIII): «Alfonso el *Magno*, varon de grandes prendas, tuvo repetidos combates con los sarracenos, y recobró muchas de las ciudades de que ellos se habian apoderado, á saber: Lugo, Tuy, Oporto, la metropolitana de Braga, Viseo, Flavia, Águeda, Ledesma, Salamanca, Zamora, Abela, Segovia, Astorga, Leon, Saldaña, Mabe, Amaya, Simancas, Auca, Velegia, Alabense, Miranda, Rebendeca, Carbonera, Abtica, Abeica, Brunes, Cenicera, Alescanco, Osma, Clunia, Arganza y Sepúlveda con sus castillos, lugares y aldeas; mandó pasar á cuchillo á los árabes que las guarnecian y reinstaló á los cristianos en su patria, etc.»

El *Cronicon de Oviedo* dice: «Reinó Alfonso diez y ocho años; pobló toda Castilla, Álava, Vizcaya y Pamplona; venció á los sarracenos en muchas batallas, y murió de enfermedad, oyéndose en su muerte voces de ángeles que se llevaban su alma al cielo.»

El *Cronicon Albendense* dice: «Desde que entró á reinar (Alfonso) dió con la ayuda de Dios muchas batallas; atacó las ciudades de Leon y Astorga, que poseian los enemigos; taló los campos llamados Góticos, y dilató el reino de los cristianos. Querido de Dios y de los hombres, acabó sus dias por muerte natural.»

pos de la formacion de la nacionalidad española, volvamos sobre el terreno donde hemos dejado, frente á frente, los yemaníes y siriacos triunfantes de la insurreccion berberisca.

Vencida aquélla, ó más bien dirémos aniquilada, Abdelmelic exigió á Baleg el cumplimiento del tratado, en virtud del cual estaba obligado á salir con sus tropas de la Península una vez terminada la guerra. Pero los siriacos, que habian tomado gusto á la tierra encantados de su fertilidad, y además ricos y poco dispuestos á correr nuevas aventuras en África, se negaron á salir de Andalucía. Enconáronse los ánimos y se llegó á un rompimiento formal. Los siriacos derrotaron las tropas del gobernador, se apoderaron de Córdoba, pusieron en prision á Abdelmelic y proclamaron amir de España á Baleg (20 de Setiembre de 741). No satisfechos con esto, pidieron la muerte del anciano. Opúsose Baleg, pero en vano. El poder de un general árabe estaba limitado por la voluntad de sus soldados.

Amotinados los siriacos, sacaron al nonagenario Abdelmelic de la prision donde le tuvieran encerrado desde que le destituyeron; condúcenlo hácia el puente de Córdoba, y, llegado al lugar elegido para su suplicio, le atruenan los oidos con desaforados gritos, diciéndole: «¡Cobarde: te escapaste de nuestras espadas en la batalla de *Harras*. Para vengarte de aquella derrota nos has obligado á comer hasta los cueros de nuestros caballos y carne de perros. Has querido entregarnos, vendernos á los berberiscos.... á nosotros, soldados del Califa!» Y esto diciendo, le azotaban cruelmente; le acribillaron á estocadas y acabaron por crucificar su cadáver entre un perro á la izquierda y un cerdo á la derecha (1).

El bárbaro suplicio de Abdelmelic, cuyo mayor crímen, á

(1) Dozy, *Hit. des Musulm. d'Esp*, t. II, cap. IX.

los ojos de sus verdugos era el ser medinés, encendió inmediatamente una guerra civil que puso á discusion por medio de las armas el problema de saber quién entre los árabes de la primera y los de la segunda invasion, esto es, entre los medineses ó los siriacos quedarian dueños de España. La batalla de Agua-Portora (Agosto de 742), empeñada entre Baleg y los hijos de Abdelmelic, en la cual el primero sólo pudo poner doce mil hombres en línea en tanto que los segundos le opusieron cuarenta mil, segun unos, y cien mil, segun otros, entre los cuales se contaban muchos berberiscos deseosos de vengarse de los siriacos, decidió la contienda en favor de estos últimos. Baleg perdió la vida en ella.

Es una coincidencia rara, y por tanto muy digna de notarse, que en aquella campal y decisiva refriega, lo mismo que en la del Guadi-Becca, el número de los invasores victoriosos fuese igual al de los soldados de Tarik, y el de los vencidos, que perdieron en ella el poder y los derechos que les habia dado la conquista, igual tambien al de guerreros del rey Rodrigo.

Muerto Baleg, sus soldados, en cumplimiento de las órdenes dictadas por el califa Hixen cuando salieron á campaña contra los berberiscos de África, proclamaron á Thalaba, yemaní de nacimiento, pero siriaco de corazon ó por cálculo, que trató sin piedad á los medineses, dejándolos entregados al rencor de sus implacables enemigos. Huyendo de la saña de éstos, los vencidos en Agua-Portora, berberiscos y medineses, se congregaron en las cercanías de Mérida, donde los atacó Thalaba. Ménos afortunado que Baleg, fué batido y obligado á encerrarse dentro de la plaza, donde le cercó el vencedor; mas aprovechando un descuido de los sitiadores, hizo una salida, sorprendió su campamento, causó en él una espantosa carnicería, y redujo á esclavitud diez

mil aliados, entre ellos muchas mujeres y niños. Vuelto á Córdoba, acampó su ejército en *Mozara* (lugar que fué más tarde de expiacion); y un juéves del mes de Mayo del año 743, sacólos en el mercado á pública subasta.

Este y otros desórdenes duraban todavía, cuando un suceso que Thalaba ni los exaltados de su bando habian previsto, les puso término. Algunos hombres sensatos y moderados de los dos partidos, indignados á la vista de los excesos á que se entregaban los musulmanes, y temerosos de que los cristianos del Norte aprovechándose de las discordias del Mediodía intentasen dilatar sus fronteras hasta el Duero ó el Tajo, enviaron mensajeros al amir de África, que lo era á la sazon un kelbí llamado Handhala, suplicándole enviase á España un gobernador con poderes bastantes para poner en paz á los partidos y restablecer el órden y la tranquilidad en el país. Handhala nombró al kelbí (los kelbíes eran de orígen yemaní, y estaban establecidos en Siria) Abu-l-Katar, quien llegó con un cuerpo de tropas á *Mozara* en los momentos en que los siriacos estaban vendiendo los árabes yemaníes á cambio de un *perro* ó de un *mochuelo*.

Abu-l-Katar exhibió sus poderes; y, como gozaba fama de prudente y enérgico, y además pertenecia á una noble familia de Damasco, los siriacos se apresuraron á reconocerle. Los yemaníes de España vieron en él un salvador. El primer acto de su gobierno, fué mandar poner en libertad los diez mil cautivos que se estaban vendiendo á la baja en el mercado de Mozara. Sabio conciliador y amante de la justicia, dió una amnistía para los partidarios é hijos de Abdelmelic; desterró algunos jefes siriacos y entre ellos á Thalaba; restableció el órden; hizo renacer la confianza, y, por último, en evitacion de nuevos disturbios, viendo que los siriacos estaban resueltos á establecerse en España, lo cual habia de ser necesaria-

mente manantial fecundo de discordias con los poseedores de la tierra, cristianos y musulmanes, tomó la acertada medida de otorgar á los siriacos, en manera de feudo, los terrenos del dominio público, con la tercera parte del producto de las cosechas que, hasta entónces, los siervos que las cultivaban habian venido pagando al Estado.

Todo el mundo recibió con júbilo esta sábia disposicion: los siriacos, porque veian satisfechos sus deseos de quedarse bien establecidos en la fértil Andalucía, y los propietarios de la tierra, porque era el Estado y no ellos quien pechaba con la carga de mantener aquellos nuevos señores. En su consecuencia, la division de Emesa *fué establecida en los distritos de Sevilla y Niebla;* la de *Egipto,* en los de Tomir (Murcia), Ocsonaba y Beja; la de *Palestina,* en los de Sidonia y Algeciras; la del *Jordan,* en la provincia de Regio (Málaga); la de *Damasco,* en los distritos de Elvira (Granada) y la de *Kinesrin,* en los de Jaen. «Cuando los siriacos (1) vieron las tierras señaladas tan semejantes á las de su país en calidad de frutos, disposicion del terreno y holgura, se regocijaron mucho, y dieron gracias á Dios de su venturoso estado.»

Con la entrada y establecimiento de los siriacos en Andalucía—nueva faccion ó nuevo partido que venía á aumentar el número de los que yá existian para mal del país—terminó la influencia política que hasta entónces habian ejercido los medineses. Abandonaron, pues, la escena pública á las otras parcialidades; y ricos, numerosos y respetados renunciaron á la política y se retiraron á sus tierras, donde constituyeron aquella ilustre aristocracia andaluza-musulmana, rebelde siempre á la autoridad absoluta de los califas, y siempre protectora de las ciencias, de las letras y de las artes, que tanto

(1) Conde, *Hist. de los Árab.*, t. I, cap. XXXIII.

florecieron en Andalucía en el período de la dominacion árabe pura.

Todo induce á creer que Sevilla continuó siendo el refugio de los ilustres hijos de los *Defensores* de Mahoma. Desde luego podemos citar la familia de los Benu-l-Chaditas, parientes del anciano amir Abdelmelic, y opulentos propietarios en nuestra ciudad y su distrito.

Por desgracia no fué muy duradera la paz que el nuevo gobernador proporcionó á las provincias de Andalucía. Kelbí de orígen, de carácter é inclinacion, hizo política yemaní. Murmuraron los caisíes y produjeron intranquilidad en el país. Abu-l-Katar, que era poco sufrido de suyo, y que tenía antiguos y grandes agravios recibidos de ellos, aprovechó la ocasion de vengarlos; y lo hizo con tanto rigor, que menudearon los suplicios hasta el punto de haber hecho degollar noventa caisíes acusados de sediciosos. Los perseguidos recurrieron á las armas, y se encendió una nueva guerra civil en Andalucía entre caisíes y yemaníes.

Entónces aparece por primera vez en la escena un personaje que se conquistó gran celebridad en las revueltas de aquellos tiempos, y sobre todo en el memorable acontecimiento que vino en pos de ellas. Este fué un jefe caisí llamado *Somail,* de la tribu de Kilab, que habia venido á España con Baleg. Hombre dotado de raras cualidades para el consejo y para el mando militar, pero inconstante en política, indiferente en religion, valiente, generoso, amigo de los placeres y tan falto de letras que ni leer sabía. Somail fué el mayor y más terrible enemigo que tuvo Abu-l-Katar, á resultas de haberle mandado abofetear en cierta ocasion y arrojar ignominiosamente de su presencia. Los caisíes hicieron suya la ofensa y acudieron á las armas para vengarla, ó, mejor dirémos, para derribar del poder á los yemaníes.

En el primer encuentro que tuvieron las dos parcialidades—orillas del Guadalete, Abril de 745—los yemaníes quedaron completamente derrotados. Abu-l-Katar cayó prisionero y fué conducido á Córdoba cargado de cadenas. Los caisíes vencedores proclamaron gobernador de España á Thoaba, jeque de los *Chodamíes de Moron,* que los habia acaudillado en la batalla. Se rehicieron muy luego los vencidos, y por un atrevido golpe de mano abrieron á Abu-l-Katar las puertas de su prision. Probaron de nuevo fortuna en las cercanías de Córdoba, y otra vez fueron derrotados por Thoaba y Somail. Los caisíes quedaron dueños de la situacion durante el año que siguió á su segunda victoria; mas habiendo fallecido Thoaba al finalizar aquél, renovóse la guerra y la anarquía provocada por Amr, hijo de Thoaba, y Ben-Horaith, hijo de una negra que pretendian el amirato de España, y por Abu-l-Katar y sus parciales que, constituyendo la mayoría de la nacion, no cesaban de conspirar contra el partido caisí dominante.

Á tal extremo llegó el desórden y la confusion en el país; tan vivas fueron las protestas de los pueblos, y tan altos llegaron los clamores de los cristianos y musulmanes contra aquel estado de cosas, que amenazaba destruirlo todo y cuyo remedio no podia esperarse de Oriente ni de África, dado que aquellas provincias se encontraban á la sazon en circunstancias no ménos aflictivas que las que atravesaba España, que los ancianos más respetables y los jeques más prudentes y moderados se convinieron en reunirse en asamblea, para nombrar de comun acuerdo y conformidad un amir ó gobernador general con autoridad bastante y legitimada por el voto de los congregados, que gobernase el país con prudencia y energía, y le devolviese la paz de que se veia privado hacía yá demasiado tiempo. Somail, el alma de todas las se-

diciones ocurridas desde que los siriacos entraron en España, concurrió á la asamblea; y tanto y tan hábilmente trabajó en ella, que logró hacer aceptar á los *españoles* (1) su candidato con preferencia á otros muchos que habian sido propuestos. Éste fué *Yusuf-ben-Abderahman-Al-Fehrí,* de la ilustre familia de los Fehríes, es decir, de los koraixíes de las afueras de la Meca, que eran considerados como la más alta nobleza después de los koraixíes puros.

En el *Ajbar-Machmua* se dice de él que era débil y cobarde; otras crónicas árabes le califican de hombre inofensivo y de mediana inteligencia, y además le motejan de anciano que frisaba en los sesenta años. Estas circunstancias fueron, sin duda alguna, las que movieron á Somail á trabajar con tanto ardor su eleccion. El astuto y avisado jefe caisí, queria el poder, pero no queria su responsabilidad, y Yusuf era el hombre más apropósito para realizar sus miras: así es que, una vez nombrado, Somail quedó de hecho gobernador de España.

No siendo Yusuf-el-Fehrí hombre dotado de suficiente carácter para imponer su autoridad en aquellas aflictivas circunstancias, y dominando en ellas el espíritu de Somail, quien se extremaba en perseguir á los yemaníes, la guerra civil volvió á encenderse, formando de un lado maadíes y caisíes, y del otro yemaníes y medineses. Por fortuna para España, esta vez limitó sus extragos á las regiones del Mediodía, y el número de los combatientes al de los más valientes é ilustres de aquellas naciones.

El año 747 encontráronse los beligerantes cerca de *Se-*

(1) *Ajbar-Machmua.* Es muy de notar cómo desde los primeros años de la conquista los historiadores musulmanes dan el nombre de *españoles* á los árabes establecidos en Andalucía.

cunda, antigua ciudad romana situada sobre la orilla izquierda del Guadalquivir, frente á Córdoba. La victoria quedó por los caisíes, que hicieron numerosos prisioneros, entre ellos Abu-l-Katar y el caudillo Ben-Horait. Conducidos á Córdoba, Somail, juez y verdugo al mismo tiempo, hizo degollar y degolló por su mano un número considerable de yemaníes.

Esta victoria afirmó el poder de Yusuf, quien no temiendo yá ver contestada por nadie su autoridad, y deseando sacudir la tutela que le humillaba, ofreció á Somail el gobierno de la España Oriental. Aceptó al caisí, en atencion á que estando poblado de yemaníes el distrito de Zaragoza, se proponia vejarlos allí como los habia perseguido en Andalucía.

Tan repetidas desgracias, ni la omnipotencia de sus adversarios desalentaron á los vencidos. Por el contrario, realizaron una coalicion de todos los partidos descontentos yemaní, siriaco y berberisco; y dándose por jefe á un noble koraisí, llamado Amir, que vivia en Córdoba y gozaba fama de buen general, marcharon en son de guerra al distrito de Zaragoza para vengarse del más terrible y odioso de sus enemigos. Somail envió á su encuentro un cuerpo de tropas escogidas, que fué completamente derrotado, y huyó á refugiarse en Zaragoza, donde los coaligados sitiaron estrechamente al verdugo de Secunda. Somail hizo un llamamiento á los caisíes del Oriente y Occidente de España, y acudieron éstos en tan gran número en socorro de su jefe, que bastó la noticia de su próxima llegada para que Amir levantase el sitio de la plaza.

Esta era la desesperada situacion de los partidos, nacidos del espíritu rebelde á toda autoridad de aquella poderosa aristocracia árabe, cuando tuvo lugar el memorable

acontecimiento que trasformó la España musulmana—fiel trasunto hasta entónces de la Arabia, en los primeros tiempos que sucedieron á Mahoma—en un imperio rico, poderoso, respetado como la primera potencia de la Europa semi-bárbara todavía, y conocido en los fastos de la historia con el nombre de *Califato de Occidente;* levantado á tanta altura por la grandeza de Abderahman III, la sabiduría de Al-Haquem II y la inmensa fortuna militar del gran capitan de su siglo, Mohamed-ben-Abi-Amer, que tan célebre se hizo con el nombre de ALMANZOR.

CAPÍTULO IV.

Abd-er-Rahman-ben-Moavia, fundador de la dinastía omiada en España.—Conjuracion para proclamarle Amir.—Desembarca en las costas de Andalucía.—Su primer campaña contra Yusuf y Samail.—Recibimiento que se le hizo en Sevilla.—Continúa la guerra.—Célebre batalla de Mozara.—Entrada del vencedor Abd-er-Rahman en Córdoba.

Muerto en Egipto (750), donde fuera á buscar refugio, Merwan II, último califa de la dinastía omiada fundada en Damasco (661) por el ilustre *Moavia,* el usurpador Abu-l-Abbas dió aquel horrible decreto que condenó á proscripcion y muerte todos los príncipes de aquella noble y desgraciada familia, que habia dado catorce soberanos al vasto imperio fundado por Mahoma, y que á la muerte del último comprendia una parte de la India, la Persia, la Armenia, la Siria, la Arabia, el Egipto, el África y la España.

Del general degüello salvóse milagrosamente un solo vástago de aquella familia, nieto del califa Hixem, llamado ABD-ER-RAHMAN-*ben-Moavia,* jóven de veinte años, majestuoso en su porte, alto, fornido, enérgico y valiente; educado en el

fausto de la córte oriental y amaestrado por la desgracia, que desarrolló en él talentos poco comunes. Desde las orillas del Eufrates huyó á Palestina, acompañado sólo de un liberto, de nombre Badr, con quien cruzó el Egipto y penetró en África, que no habia reconocido todavía la autoridad del sanguinario Abu-l-Abbas, y donde, por esta razon, habíanse refugiado muchos omiadas que lográran burlar la feroz é incansable persecucion de los abbasidas.

Errante de tribu en tribu y de ciudad en ciudad, Abderahman recorrió de un extremo al otro todo el norte del África. Ocultóse algun tiempo en Barca, luégo en la córte de los Beni-Rosten, reyes de Tahort, y, por último, en la tribu berberisca de Micnesa, de donde hubo de ser expulsado por haber dejado adivinar sus ambiciosos proyectos de erigirse en soberano del país. De Micnesa se dirigió á la tribu de Nafza, á la que pertenecia su madre, y que moraba en las cercanías de Ceuta. En ella hubo de tener noticias detalladas de la situacion en que se encontraba España; y como habia adquirido el triste convencimiento de que el África se negaria á secundar sus pensamientos de restauracion omiada, volvió los ojos hácia la tierra española. Al efecto comisionó á su fiel liberto Badr para que, provisto de poderes, pasase el Estrecho y se avistase con los jeques Obaidallah, Ben-Khalid, y Yusuf-ben-Bokht, cabezas de los clientes omiadas que, en número de cuatrocientos ó quinientos hombres, formaban parte de las divisiones de Damasco y Kinnesrin, establecidas en territorio de Elvira y de Jaen.

Los momentos no podian ser más oportunos. Eran aquellos en que las angustias del país laborioso y productor tocaban en los límites de la desesperacion, á resultas de la guerra que se hacian los musulmanes andaluces y orientales, enemistados por la diabólica política de Samail y la cobarde

debilidad de Yusuf-el-Fehri. Así es que Badr, y las cartas que traia de Abderahman, se recibieron entre los clientes omiadas con señales inequívocas de alegría. Los jeques reunieron los indivíduos de sus respectivas tribus para consultarlos—segun costumbre del Desierto—y tuvieron la satisfaccion de encontrarlos á todos conformes en acometer la empresa de abrir las puertas de España al príncipe Abderahman ben-Moavia. Sin embargo, considerándola demasiado ardua para ser acometida por un reducido número de hombres, faltos de recursos y sin prestigio, autoridad ó representacion bastante en el país, que les pusiera á cubierto de la nota de locos que habrian de merecer si salia frustrada, los jeques conjurados resolvieron consultar á Samail, sabiendo que estaba enojado con Yusuf por el abandono en que le dejaba en Zaragoza, y creyéndolo, además, afecto á los omiadas, antiguos bienhechores de su familia (1). Avistáronse, pues, con él; diéronle cuenta de su proyecto, y sólo obtuvieron del astuto caisí la promesa de que *lo pensaria despacio.*

Así las cosas, en el año 755 Yusuf-el-Fehri se resolvió á marchar con tropas al distrito de Zaragoza en socorro de Samail; mas ántes convocó en Córdoba á los jeques con cuyas banderas contaba para emprender la guerra. Obaidallah y Yusuf-ben-Bokht, clientes omiadas, no pudieron excusarse de acudir al llamamiento del Amir, quien les mandó que le acompañasen en la expedicion con los hombres de sus respectivas tribus que estaban en estado de llevar armas. Excu-

(1) Xamri, abuelo de Samail, fué uno de los nobles de Cufa que dieron muerte á Husein, hijo y sucesor de Alí, yerno del Profeta, y quien puso su cabeza á los piés de Yezid-ben-Moavia, segundo califa de la dinastía omiada.

sáronse pretextando la falta absoluta de dinero en que se encontraban á resultas de la pérdida de las cosechas de los años anteriores; Yusuf les mandó entregar mil piezas de oro, y ellos se despidieron de él ofreciéndole concurrir á la hueste. De Córdoba pasaron á avistarse con Samail, quien esta vez les dió una contestacion terminante y contraria á sus esperanzas. Entónces, viendo que no podian contar con aquel caudillo, y por consiguiente tampoco con los maadíes que seguian su bando, resolvieron echarse en brazos de la otra nacion, la de los yemaníes, que estaban sedientos de vengar su derrota y los bárbaros asesinatos de Secunda.

El éxito que obtuvieron sus gestiones fué completo y sobrepujó sus esperanzas. Todos los jeques yemaníes se comprometieron á tomar las armas en el momento que Abderahman-ben-Moavia pisase el suelo de España; y dicho se está que á lo mismo se obligarian los medineses y los berberiscos, que tantos agravios tenian que vengar de los caisíes, y la gran mayoría de los siriacos, para quienes la dinastía omiada representaba toda la gloria, grandeza y prosperidad de su raza y de su país, que desde Moavia, primer califa que estableció la silla en Damasco, venía ejerciendo una especie de hegemonía entre todas las provincias del vasto imperio musulman. En su consecuencia, seguros yá del apoyo de los yemaníes y demás descontentos con aquel estado de cosas, y considerando bastante comprometidos á Yusuf-el-Fehri y á Samail en la parte oriental de España, para que pudieran pensar en dividir sus fuerzas, compraron una nave, embarcaron en ella á Tamman, Badr y doce hombres de su confianza, entregaron al primero quinientas monedas de oro para que se las ofreciese al Príncipe y esperaron confiados en que la Providencia continuaria protegiendo su empresa.

Algunos meses hacía que Abderahaman-ben-Moavia, habiéndose despedido de los Nafzas, se encontraba en el país de los Magilas, á orillas del Mediterráneo, esperando con creciente inquietud la vuelta de su fiel Badr, de quien no recibiera noticia muchos meses hacía. Una tarde, que se paseaba triste y acongojado por la orilla del mar, vió acercarse hácia la costa una nave de la cual, llegada á conveniente distancia, se arrojó un hombre al agua y nadó vigorosamente hácia la playa. Era Badr, cuya impaciencia por besar la mano á su señor y darle la buena nueva, no le dejó esperar á que los marineros echasen el ancla. Desembarcados Tamman y los que le acompañaban, celebróse en el acto una conferencia con el Príncipe, y en el acto tambien se resolvió levar ancla y dar la vela para las costas de España; lo cual se efectuó después de galardonar generosamente á los berberiscos que habian dado hospitalidad al Príncipe.

En el mes de Setiembre del año 755 (dia 10 de la luna de Rabie, primera del año 138 de la Hegira) (1) desembarcó en el puerto de Almuñécar Abderahman-ben-Moavia, fundador del califato de Occidente. Recibiéronle sus clientes con trasportes de alegría fáciles de comprender, y sobre todo los poderosos jeques Obaidallah y Ben-Khalid, que tan acertadamente habian dirigido aquella temeraria empresa. El pueblo le aclamó con alegre vocerío, diciendo: «¡Dios ensalce á Abderahman-ben-Moavia, rey (?) de España!» (2) y el katib hizo la oracion aquel dia por él.

No mucho tiempo permaneció el Príncipe en Almuñécar, pasando de aquí á la hermosa alquería llamada *al-Fontin,* cer-

---

(1) Conde, cap. V., 2.ª part.
(2) Id. id.

ca de Loja, entre Archidona y Elvira (1), propiedad del jeque Ben-Khalid. Á los pocos dias se trasladó á Torrox, fortaleza levantada un poco más al oeste, entre Iznájar y Loja (2), que pertenecia al jeque Obaidallah; quien desde su llegada á España se hizo su consejero íntimo, y ejerció á su lado las funciones de wazir. En Torrox se le fueron reuniendo todos los clientes omiadas y buen número de parciales, atraidos por la fama de que venía precedido, de suerte que organizó una pequeña hueste que puso en alarma el país. Esto sabido por el *guali* de Elvira, hechura de Yusuf, marchó al frente de algunas tropas para combatir aquella asonada. Salióle al encuentro Abderahman, y en incruenta refriega, puesto que por una ni otra parte hubo muertos, dispersó las tropas del gualí, que huyeron *apaleadas* (3), segun el parte que del suceso recibió Yusuf, residente á la sazon en Córdoba.

Las grandes proporciones que en pocos dias alcanzára el acontecimiento obligaron al Fehri á tomar disposiciones para castigar aquella nueva rebelion. Al efecto, de acuerdo con Samail, convocó las banderas anunciándoles el objeto á que las destinaba. Mas habiendo circulado en el ejército la noticia de que el pretendiente á quien iban á combatir era nieto del califa Hixem, prodújose cierto descontento que muy luego degeneró en abierta protesta, que se significó por una

(1) La situacion de la alquería de al-Fontin, que á fines del siglo IX pertenecia todavía á los descendientes de Ben-Khalid,—dice Dozy, *Hist. des Musulm. d'Esp.*—está indicada por Ben-Haiyan, fólios 76 v. y 83 v.

(2) El Torrox aquí citado no es la villa actualmente de mil vecinos, situada en la provincia de Málaga, á ocho leguas de la capital, sino el castillo cuya situacion indica el texto de Ben-Haiyan, fól. 83 v., como dice Dozy.

(3) *Hist. des Musulm. d'Esp.*, cap. XIV.

numerosa desercion. En su vista Yusuf se propuso fiar á las negociaciones lo que no le era dado conseguir por medio de las armas. Al efecto, envió mensajeros al castillo de Torrox; mas no habiendo podido llegar á concierto, los dos partidos se dispusieron para la guerra.

Los excesivos rigores del invierno de aquel año en Andalucía retardaron el rompimiento de las hostilidades. Al despuntar la primavera de 756 llegaron nuevas á Torrox de que Yusuf aceleraba sus preparativos para abrir inmediatamente la campaña. Con este motivo reuniéronse en consejo los jefes de las divisiones yemaníes de Damasco, del Jordan y de Kinnesrin, que componian el ejército de Abderhaman, y propusieron y acordaron salir á campaña sin pérdida de tiempo, dirigiéndose hácia el oeste á fin de atraerse todas las tribus yemanitas, cuyos territorios habrian de cruzar, y combatir por este medio en condiciones favorables á Yusuf.

Como para dar comienzo á la ejecucion de su plan les era necesario cruzar la provincia de *Regio* (Málaga), habitada por la division del Jordan, y pasar por Archidona, su capital, cuyo gobierno tenía un jeque llamado Djidar, muy afecto al bando de Yusuf; el prudente Obaidallah, consejero del Príncipe, mandóle preguntar si le dejaria el paso franco por las tierras de aquel distrito. El gualí, obligado, acaso, por las manifiestas simpatías que la poblacion, enteramente yemaní, profesaba á Abderhaman, le contestó por escrito lo siguiente: «Conducid al Príncipe á la *Mozalla* de Archidona el dia en que termina el ayuno y veréis lo que yo haré.»

En la tarde del indicado dia, que lo fué aquel año el 8 de Marzo, las tropas del Príncipe llegaron á la *Mozalla*,—que así se llamaba una extensa llanura en las afueras de la ciudad—en la cual estaban reunidos, de precepto, todos los muslimes de Archidona para oir el sermon correspon-

diente á la festividad del dia. Cuando el *katib* (predicador) pronunció las primeras palabras de la fórmula ordinaria, que consistia en pedir la bendicion del cielo sobre el emir Yusuf, Djidar se levantó, y le dijo en voz alta: «No pronuncies el nombre de Yusuf; pon en su lugar el de Abderhaman, hijo de Moavia, hijo de Hixem, que es nuestro emir, hijo de nuestro emir.» Y luégo, volviéndose hácia la muchedumbre congregada, continuó: «Pueblo de Regio, ¿qué opinas de lo que acabo de hacer?»—«Que está bien hecho,» contestaron de todos lados.

El *katib* hizo la oracion por el amir Abderhaman; y terminada la ceremonia religiosa, la poblacion de Archidona se apresuró á prestar juramento de fidelidad y obediencia al nuevo Amir. Alentado con tan próspero comienzo, el Príncipe se detuvo algunos dias para dar lugar á que se le reuniese el mayor número posible de parciales. Sin embargo, no fué crecido el de los jeques de la provincia que acudieron á ponerse bajo su bandera. Indemnizóle muy luego de esta inesperada contrariedad la llegada de cuatrocientos ginetes de la tribu berberisca de los Beni-al-Khalí, que moraba en el distrito de Ronda; con los cuales, y las otras tribus que se le unieron, conceptuóse bastante fuerte para emprender las operaciones.

En alas de la esperanza y favorecido por la fortuna, Abderhaman atravesó los desfiladeros de la pintoresca y áspera serranía de Ronda, en direccion de la provincia de Sidonia, habitada por la division de Palestina. En esta última provincia engrosó considerablemente su ejército con los yemaníes, que en crecido número acudieron á alistarse bajo su bandera. De Sidonia vino sobre Sevilla, habitada por la division de Emesa, que sólo esperaba su presencia para unirse á él. Sabedores de su próxima llegada salieron á su encuen-

tro los principales jeques de la Ciudad, y entre ellos los más poderosos é influyentes en la provincia de Sevilla, *Abu-Zabbah,* de la tribu de Yahcib, y *Hayat-ibn-Molaimis,* de la de Hadramaut.

Á mediados de Marzo de 756, Abderhaman hizo su entrada en Sevilla, siendo recibido con grandes fiestas y regocijos públicos y reconocido y jurado por Amir de España.

La grandeza, numerosa poblacion y opulencia de nuestra Ciudad, su floreciente comercio y lo muy concurrido de su puerto debieron sorprenderle agradablemente, dado que era la más insigne de cuantas habia visto, no sólo desde su entrada en España, sino acaso desde los comienzos de su proscripcion. Así es que debió tratar de asegurársela,—puede que tambien hacerla su córte, como lo fuera de Abdalazis, con tanto más motivo cuanto que Córdoba estaba por el Feheri,—visto el entusiasta recibimiento que en ella se le hizo, y, por último, base de sus operaciones durante la larga y porfiada guerra que tenía en perspectiva. De todas maneras es lo cierto que permaneció en Sevilla hasta muy entrado el mes de Mayo de aquel año, allegando recursos, reuniendo parciales y organizando su gobierno y ejército; siempre aconsejado de su fiel Obeidallah, y expléndidamente obsequiado en la morada del opulento sevillano Hayat-ibn-Molamis.

No se descuidaban entretanto el amir Yusuf y su wazir Samail, en reunir medios para combatir al pretendiente Abderhaman; tanto que en los primeros dias de aquel mes salieron sigilosamente de Córdoba acaudillando un numeroso ejército, con el propósito de cercar al omiada en Sevilla, y sofocar aquí tan imponente rebelion. Empero no pudieron conservar mucho tiempo el secreto de su marcha. Noticioso, á tiempo, Abderhaman de sus proyectos, y no juzgando prudente exponer la Ciudad á los horrores de un sitio y ménos

aislarse en ella en los comienzos de la guerra, dispuso *contraminar* los planes de Yusuf, esto es, sorprender á Córdoba en tanto que aquél venía sobre Sevilla, confiando en su buena estrella y en los muchos parciales omiadas y yemeníes que tenía en aquella ciudad, que suponia encontrar desguarnecida.

La empresa no era del todo irrealizable, dado que el ejército fehrita venía á cortas jornadas siguiendo la orilla derecha del Guadalquivir, y que los omiadas proyectaban marchar aceleradamente por la izquierda hácia el punto de su destino.

Cuenta la crónica (1) que llegadas las tropas de Abderhaman á la alquería de *Colombera*, distrito de Tocina, cora de Sevilla, segun unos, y segun otros á la que se llamaba *Villanova de los Bahrites* (hoy Brenes) (2), los generales que mandaban cada una de las tres divisiones militares que componian el ejército omiada, notaron que teniendo sus respectivas banderas, Abderhaman carecia de ella: así que dijéronse los unos á los otros: «¡Válgame Dios y cuán grande es el desórden que reina entre nosotros! Tenemos cada uno nuestra bandera y el Príncipe no la tiene... ¡Oh Dios, la discordia va á estallar entre nosotros...!»

Entónces el caudillo *sevillano* Abu-Zabbah, Yahya-ben-

(1) *Ajbar Machmua.*

(2) Dice Dozy, *Hist. des Musulm. d'Esp.*, que segun Ibn-al-Cutiá, los *Beni-Bahr* eran una subtribu de los *Lakhnistes*; Brenes, pues, es una alteracion del nombre árabe *Bahrin*. Cortés y Lopez, *Diccionario Geográfico-Histórico de la España antigua*, t. III., pág. 376, supone que *Brenes* procede de *Lectus*, vocablo que en griego corresponde á *Eune*; nombre que, pronunciado con la aspiracion eólica, sonará *Beune*; y de aquí *Breune* y *Brenes*.

Fulano (1) ató un turbante á una lanza, llamó á un *ansar* (2), le entregó aquella improvisada bandera, que se hizo el *Palladium de los omiadas* (3), y mandóle que se la presentase al Príncipe.

Á Sevilla, pues, cabe la gloria de haber dado la primera bandera á la ilustre rama de la familia omiada, que fundó el expléndido y admirable califato de Occidente.

En tanto que Abderhaman emprendia la marcha acelerada hácia Córdoba, Yusuf y Samail continuaban á jornadas cortas la suya sobre Sevilla, después de haber hecho una corta detencion en Almodóvar. Avistáronse al fin ámbos ejércitos, separados solamente por el Guadalquivir, que á la sazon llevaba demasiada agua para poderse vadear. Los caudillos establecieron su campo cada uno frente al de su adversario á fin de observarse mútuamente.

Yusuf ardia en deseos de atacar al pretendiente ántes de que recibiese refuerzos, sintiendo mucho tener que esperar á que las aguas bajasen para realizar su propósito. Abderhaman, por el contrario, queria eludir la batalla, atento sólo á llegar lo más ántes posible á Córdoba, que esperaba coger desguarnecida. Así que, en las primeras horas de la noche, dispuso levantar el campo y dirigirse sigilosamente hácia Córdoba; mas ántes ordenó que se encendiesen multitud de hogueras para engañar al enemigo, y esto hecho dió la señal de romper la marcha, encargando el mayor silencio. Desgraciadamente para Abderhaman, tenía que andar unas cuarenta millas árabes ántes de llegar bajo los muros de la codicia-

(1) *Ajbar Machmua*, pág. 82. Trad. de D. E. L. y Alcántara.

(2) *Ansares*; así se llamaban los árabes cuyas familias acogieron favorablemente á Mahoma en su huida de la Meca á Medina.

(3) Dozy, *Hist. des Musulm. d'Esp.*, cap. XIV.

da ciudad, y apénas hubo andado una, cuando Yusuf tuvo aviso de su movimiento estratégico. En su consecuencia, el Amir abbasida dió órden de levantar el campo sin pérdida de momento y retroceder á marchas forzadas en socorro de la capital.

Á la mañana siguiente fué cosa de ver los dos ejércitos enemigos caminar poco ménos que á la carrera por ámbas orillas del rio, teniendo un mismo punto objetivo. Pasada la hora de medio dia, viendo Abderhaman que su competidor le iba ganando ventaja, trató de engañarle de nuevo deteniéndose en actitud de acampar. Yusuf, que observaba todos sus movimientos, hizo alto tambien. Á los pocos momentos el Príncipe rompió de nuevo la marcha, seguido en direccion paralela por Yusuf. Por último, llegado á *Mozara*, en las cercanías de Córdoba, Abderhaman se detuvo definitivamente y puso allí su campo, con gran descontento de los soldados, que esperaban entrar aquel dia en Córdoba, é indemnizarse allí de las grandes fatigas é insufribles privaciones que los habian aquejado durante el camino.

El juéves 13 de Mayo, dia de la fiesta de *Arafa*, las aguas del rio comenzaron á bajar; tambien llegaron al campo omiada muchos cordobeses clientes de la familia del Príncipe. En su vista Abderhaman reunió los jefes de su ejército y les habló de esta manera:

«Llegado es el tiempo de tomar un partido definitivo. Conocidas os son las proposiciones que me hizo Yusuf en Torrox; si creeis que debo aceptarlas, las aceptaré; mas si preferís la guerra, yo tambien la prefiero. Decidme con entera franqueza vuestra opinion, seguros de que esa será la mia.»

Los jefes yemaníes votaron todos la guerra; su ejemplo arrastró el de la gran mayoría del consejo, y la lucha que-

dó resuelta. Abderhaman tomó de nuevo la palabra y dijo:

«Bien, amigos mios. Pasemos hoy mismo el rio, y hagamos de manera que mañana podamos empeñar la batalla. Mañana es un dia memorable y de buen agüero para mi familia. Mañana es viérnes y dia de fiesta; y precisamente en un viérnes y dia de fiesta mi tercer abuelo dió el califato á mi familia, venciendo en la *Pradera de Rahita* á un *Fehri,* que, como el que vamos á combatir, tenía un *caisí* por wazir. Entónces, como ahora, los caisíes estaban frente á los yemaníes. Esperemos, amigos mios, que mañana será para todos nosotros un dia tan glorioso como el de la *Pradera de Rahita.*» (1).

No eran ménos vivas, aunque mucho más melancólicas, las aprensiones de aquel dia en el campo de Yusuf. Refiere Conde (2), que estando á la vista los dos ejércitos, Ola-ben-Gebir el-Ocailí, pasó á la division de retaguardia que mandaba Samail, y le dijo:

«¡Oh Abu-Jayx! confianza en Dios: pero *¡Gualá!* que este dia es como el de Merg-Rahita; todo se presenta infausto, Dios y las hadas son contra nosotros. ¡Ojalá me engañe; no ves la gente de pelea y los caudillos! Omeiya, Fehri, Cais y Yemen. Nuestro caudillo es Fehrí, y su wazir y tú mismo sois caisíes. El dia es juma y dia de las víctimas: lo mismo fué el dia de Merg-Rahita y allí murieron los hijos de Alhariz; así que todo me parece contra nosotros... ¡Plegue á Dios que no sean tales sus eternas fadas!»

«Vamos á la pelea, y seamos buenos caballeros,» le respondió Samail.

En la tarde víspera de aquel que debia ser tan memora-

(1) Dozy, *Hist. des Musulm. d'Esp.*

(2) *Hist.* de los *Arab.* en *Esp., Seg. Part.,* cap. VI.

ble en la historia de los musulmanes de España, Abderhaman reconoció las posiciones del enemigo; distribuyó el mando de las diferentes divisiones que componian su ejército entre los jeques de mayor autoridad y prestigio, y tomó todas las disposiciones que juzgó convenientes para asegurar el éxito de la batalla que debia empeñar. No ocultándosele las grandes dificultades que ofrecia el paso del rio, teniendo el ejército contrario posesionado de la orilla opuesta; y siéndole absolutamente necesario cruzarlo á toda costa, tanto porque sin esa operacion le era imposible entrar en Córdoba, cuanto porque en la comarca en que se hallaba carecia de víveres para alimentar sus hambrientos soldados,—atendido que todos los ganados habian sido conducidos á la otra banda—Abderhaman recurrió á uno de esos ardides ó estratagemas de guerra tan propios del carácter de los árabes, que no son, ciertamente, los más escrupulosos, ni los más avisados, por lo visto, en eso de engañar al enemigo apesar de la palabra de honor empeñada.

Al efecto, propuso á Yusuf una entrevista para reanudar personalmente las negociaciones de Torrox, que muy contra su voluntad habian fracasado en aquel entónces á resultas de la intemperancia de su wazir Obaidallah. En vista de lo cual esperaba que no se opondria á que pasase con los suyos á la orilla derecha, donde, más cerca el uno del otro, podrian resolver pronto y satisfactoriamente la cuestion que les habia puesto las armas en la mano; finalmente, le dijo que visto lo próximo de la avenencia rogábale le enviase víveres para su tropa, que carecia completamente de ellos.

Yusuf dejóse coger en las mallas de tan torpe red. Deseoso de evitar la efusion de sangre musulmana y fiando demasiado en la palabra de su astuto contrario, no sólo le ofreció dejarle franco el paso del rio, sino que en el acto dió ór-

denes para que se enviasen al campo de Abderhaman numerosas piaras de bueyes y carneros.

«El destino—dice con este motivo Dozy (1)—lo disponia todo de manera que el anciano emir Yusuf favoreciese siempre los proyectos de su jóven competidor. Anteriormente habia dado dinero á los clientes omiadas para que se armasen en favor de la causa abbasida, y aquéllos se lo enviaron á Abderhaman, facilitando así su venida á España; y ahora le proporcionaba víveres y ganados, que le sirvieron para reanimar las fuerzas de sus soldados, que se morian de hambre.»

Al despuntar la aurora del dia siguiente, viérnes 14 de Mayo, dia de la *fiesta de los Sacrificios*, llegaron al campo omiada las banderas yemeníes de Elvira y Jaen. Terminada su incorporacion, el ejército de Abderhaman pasó tranquilamente el rio; y las tropas á medida que pisaban la orilla opuesta fueron tomando posiciones en órden de batalla. Sólo entónces conoció Yusuf la magnitud del error que habia cometido fiando en la palabra de su contrario, y el peligro de la derrota que le amenazaba viéndose obligado á aceptar la batalla que le presentaba un enemigo superior en número, no habiendo él recibido los refuerzos que esperaba procedentes de la España Oriental, y que su hijo Abu-Zaid le llevaba. Además aumentaba sus alarmas la preocupacion que inquietaba á los *caisíes*, tan numerosos en su campo, recordando como Abderhaman que aquel dia era el aniversario de su derrota por los omiadas en la *Pradera de Rahita* (2).

---

(1) *Hist. des. Musulm. d'Esp.*

(2) La batalla de la *Pradera de Rahita*, tantas veces citada, fué uno de los acontecimientos más señalados en la época de las guerras civiles que ocurrieron entre los árabes por causa de la sucesion en el califato. Á la muerte de Yezid I (fines del año 683) y después del bre-

Yá puestos en órden de batalla ámbos ejércitos, Abderahman, rodeado de sus clientes, entre los cuales Obaidallah llevaba la bandera, recorrió las filas montado en un fogoso *andalus,* que obediente á la brida y la espuela botaba, se encabritaba, trotaba y galopaba con maestría, haciendo aplaudir la destreza del ginete y sus propios naturales brios. Sin embargo, como no todos los caballeros del séquito del Príncipe, inclusos algunos jefes, montaban caballos—todavía en aquel tiempo la caballería ligera musulmana se servía generalmente de mulas—muchos yemaníes se decian los unos á los otros: «Muy mozo es todavía y no sabemos si es valiente. ¿Quién nos asegura que intimidado por el fragor de la batalla, ó dejándose arrebatar por los brios de su caballo,

---

ve reinado de su hijo y sucesor Moavia II, hubo un largo interregno durante el cual se disputaron el califato vários pretendientes. Al cabo de siete meses, una especie de Dieta que se habia reunido en *Chabia* para deliberar acerca del nombramiento de un califa, eligió (fines de Junio de 784), á influjo de la mayoría kelbí que en ella dominaba, al omiada Merwan (abuelo de Abderahman-ben-Moavia). Su principal competidor, Abdallah (hijo de Zobair, uno de los seis más antiguos compañeros de Mahoma), tenía en su favor á todos los caisíes de la Siria, que durante las conferencias de *Chabia* permanecieron acampados en la *Pradera de Rahita,* al E. de Damasco, á las órdenes de Dhahhac. Merwan, una vez elegido califa, marchó contra ellos al frente de numerosas tribus yemaníes. Ámbos ejércitos permanecieron durante veinte dias á la vista el uno del otro, pasando el tiempo en escaramuzas y combates singulares. Al fin empeñaron la batalla, que fué porfiada y sangrienta como ninguna hasta entónces lo habia sido, dice un historiador árabe. Los caisíes sufrieron una derrota completa, y huyeron dejando el campo alfombrado de cadáveres, y entre ellos ochenta jeques principales y el caudillo Dhahhac. Kelbíes y caisíes no olvidaron jamás la batalla de la *Pradera de Rahita,* que, como estamos apuntando, se repitió en condiciones parecidas, en el año 756, en las inmediaciones de Córdoba.

no tratará de huir ayudado del *arrogante andalus* que monta, é introducirá el desórden en nuestras filas?»

Estas murmuraciones tomaron tanto cuerpo, que acabaron por llegar á oidos de Abderahman, quien llamó á su lado á Abu-Sabbah, uno de los que más inquietud manifestaban. El jefe sevillano se acercó, montado en una mula vieja, y el Príncipe le dijo: «Mi caballo es demasiado fogoso y con sus saltos y corbetas no me deja manejar el arco ni atender á lo que más conviene en estos momentos. Quisiera, pues, una mula; y como en todo el ejército no veo ninguna que me convenga tanto como la tuya, que es mansa, y además de puro vieja se ha vuelto blanca de castaña que era, dámela; estaré mejor en ella: y si los negocios van mal, lo que Dios no quiera, seguiréis mi mula blanca, que os enseñará á cada uno el camino de la victoria ó de la muerte con honra. Toma mi caballo, y dame tu mula.»—Pero, ¿no sería mejor que el Amir se mostrase á caballo? murmuró, desconcertado Abu-Sabbah.—Nó por cierto, respondió Abderahman, apeándose con ligereza, y dando prisa al jefe yemaní para que le dejase la mula, en la cual montó sin poner el pié en el estribo. En cuanto los demás le vieron ginete en tal cabalgadura se tranquilizaron.

Pocos momentos después la batalla estaba empeñada. El resultado no fué dudoso por mucho tiempo. La caballería de Abderahman arrolló el centro y el ala derecha del ejército de Yusuf, que huyó á la desbandada dejando el campo cubierto de cadáveres, y entre ellos un hijo del anciano Emir y otro de Samail. El ala izquierda, compuesta de banderas *caisies* y mandada por Obaida, se defendió tenazmente hasta pasada la hora de medio dia, en que muertos sus principales caballeros y con ellos el mismo caudillo, se desbandó tambien, quedando el campo por los yemaníes.

El triunfo de Mozara abrió las puertas de Córdoba al vencedor. Abderhaman entró el mismo dia en la ciudad, donde después de tomar disposiciones para tranquilizar al vecindario, que se vió amenazado del saqueo por las tropas yemaníes, deseosas de indemnizarse de las grandes privaciones y fatigas que habian sufrido en aquella corta campaña, se dirigió á la mezquita principal; hizo en ella la oracion del viérnes en su calidad de Iman, y arengó á la multitud congregada, ofreciéndole gobernar con los principios de la prudencia, de la justicia y de la equidad.

Sus palabras fueron recibidas con júbilo por el pueblo, cansado de aquella larga anarquía que le tenía acobardado y empobrecido. La aristocracia árabe, por el contrario, se alarmó. En ellas, así como en las primeras disposiciones tomadas por Abderahman, comenzó á ver el ambicioso que aspiraba á sustituir su poder personal al régimen aristocrático de la tribu, trasplantado á España con la conquista. Así es que cundieron las murmuraciones; creció el descontento entre los jeques, y se acabó por urdir una conjuracion para deshacerse á cualquier precio del nuevo Amir, y de todos los grandes ambiciosos que aspiraban á fundar en España una sombra de monarquía. Las circunstancias eran por demás favorables á los intentos de los conjurados: por una parte, desde la memorable revolucion que destruyó la dinastía Omiada, la mayor parte de las provincias del imperio desconocian la autoridad de los nuevos califas; no habia, pues, que temer nada del lado de Damasco ó Bagdad; por otra, la reciente y completa derrota de Yusuf y de Samail los tenía reducidos á la impotencia y los habia hecho el ludibrio de los pueblos; en tal virtud, sólo se oponia al definitivo restablecimiento del régimen aristocrático, un poder recienvenido de lejanas tierras, sin raices en España, vacilante

y sospechoso de tendencias tiránicas. Destruido, pues, ese poder con la muerte del hijo de Moavia, cosa tan fácil y hacedera en aquellos momentos, la aristocracia andaluza, emancipada de toda autoridad, recobraria sus derechos y los mantendria sin obstáculo, dado que todos, absolutamente todos, habrian desaparecido.

Cediendo á estas anárquicas sugestiones, los principales jeques yemaníes urdieron en Córdoba, como dejamos dicho, una conspiracion contra la vida de Abderahman. El alma de aquel complót, fué el poderoso jeque sevillano Abu-Sabbah. Súpolo á tiempo el Príncipe, y enfrenando sus rencores, que guardó para mejor ocasion, burló astuta y discretamente el plan de sus enemigos, á quienes redujo á la impotencia con estudiados alardes de generosidad y condescendencia en conservarles sus derechos.

La entrada de Abderahman ben-Moavia en Córdoba con el carácter de soberano, que supo conquistarse por medio de las armas, apoyándose en los derechos que se atribuia su familia al califato, señala el principio de una nueva era en España. Á partir de aquel dia dejó de ser una provincia dependiente del amirato de África, que lo era á su vez del gobierno de Damasco. Rompió el último eslabon de la cadena de esclavitud que arrastraba durante tantos siglos. Es, al fin, dueña de sus destinos. Yá no será tributaria de ningun pueblo extranjero; gastará sus inmensas riquezas en sí misma, y empleará su genio, su sangre y sus recursos en su propio engrandecimiento.

Sin embargo; todavía vivirá algunos siglos dividida en dos grandes porciones separadas por el Duero ó por el Tajo, formando pueblos distintos con intereses diametralmente opuestos y desenvolviéndose en medio de dos civilizaciones antagonistas. Los del Norte se llamarán durante algun tiem-

po Asturianos y Gallegos, después Leoneses y Castellanos: los del Sur son conocidos en África por los *Andaluces,* y en allende el Duero llámanlos los *Españoles.* Los de allá profesan la religion de Jesucristo Hijo de Dios vivo; los de acá son creyentes de una secta cristiana que continúa las tradiciones de Arrio. Allí la austeridad de las costumbres, la varonil entereza de los pueblos del Norte, el indivíduo sobre el Estado: aquí la molicie, la sensualidad oriental, el Estado ó la tribu sobre el indivíduo. Allí la fé que no discute, los obispos, los nobles, los guerreros y el monasterio; aquí los filósofos, el racionalismo, el indiferentismo ó el fanatismo, los poetas y el harem. Allí la unidad de culto, la unidad de raza y la aspiracion á la unidad nacional: aquí las sectas que se maldicen mutuamente y se hacen la guerra sin cesar, la rivalidad de castas y la imposibilidad de constituir una verdadera nacion. Allí la libertad del pueblo, consignada en sus fueros, y la libertad de la nobleza, escrita en las costumbres y en el de los hijosdalgo: libertades todas ellas amparadas por el trono, que tiende á regularlas y sirve de mediador entre ellas: aquí el despotismo oriental, por el que suspiran todos, y al que combaten todos; los califas cuando lo ejerce la aristocracia y la aristocracia cuando lo ve sentado en el trono: allí, en fin, la autoridad del rey, la autoridad del obispo y la autoridad de la ley respetadas y obedecidas; aquí en política la insurreccion permanente, en religion el cisma, y en la vida social odios profundos é inextinguibles.—Mas cerremos este largo paréntesis, y volvamos á lo que interesa más de cerca á Sevilla.

Con la entrada de Abderahman en Córdoba empieza, repetimos, una nueva época en Andalucía; pero no más pacífica que la anterior, sobre todo para Sevilla, que se vió arrastrada á tomar parte en las luchas religiosas de razas y de partidos políticos que se sucedieron hasta la muerte del fundador de la di-

nastía omiada española. Sin embargo, verémos la política tomar otro rumbo; los partidos yemaní y caisí sufrirán una profunda modificacion en su modo de ser, aunque nó en sus aspiraciones. Yá no se luchará por la posesion del territorio, puesto que todos quedan bien establecidos por la conquista; pero se luchará por sacudir toda dependencia del poder invasor. Tampoco se apelará al África, al Egipto ó á la Siria para dirimir contiendas musulmanas, para aplacar odios de tribu, ó rencores de familia, porque las cuestiones que se preparan no pueden tener solucion sino sobre el mismo suelo español. Al antagonismo de castas sustituirá otro linaje de intereses rivales, constantes y obstinados. Los contendientes yá no se llamarán hijos de Cahtan ó hijos de Maad, sino omiadas y abbasidas en los comienzos, después aristocracia andaluza, ó sirios, eslavos y africanos; sunnitas ó xiytas, ortodoxos y fatimitas. Los primeros llamarán á los segundos herejes, rebeldes é infieles; éstos á aquéllos usurpadores, paganos, raza de idólatras.

Los primeros dirán de los segundos que descienden de los facciosos y traidores que asesinaron al anciano, bondadoso y piadoso califa Othman, tercer sucesor de Mahoma; éstos dirán de aquéllos que son los mercenarios del usurpador Abderahman, descendiente de aquel Moawia I, tronco de la dinastía omiada, cuyos padres el idólatra Abu-Sofian y la feroz Hind, perseguidores implacables de Mahoma, el dia de la batalla de Ahed, ganada por el primero entre la Meca y Medina, sobre los *defensores* y *auxiliares* del Profeta, se le vió, á él, pasear en la punta de su lanza la mandíbula de Hamza, tio de Mahoma y su mejor general, y á ella hacerse un collar y brazaletes con las orejas y las narices de los musulmanes muertos en la refriega, después de haber abierto el vientre al cadáver de Hamza y de haberle

arrancado el hígado con los dientes!... por lo que la llamaron *Comedora de hígado.*

Finalmente; á partir de este dia, los árabes españoles comenzarán á dejar de ser los hijos del Desierto. En la lucha empeñada entre el régimen aristocrático y el monárquico, se verá la victoria inclinarse resueltamente del lado de este último. Sevilla, Córdoba, Zaragoza, Toledo y otras ciudades de primero, segundo y tercer órden, reemplazarán la tribu: los alcázares la tienda: el divan el Consejo de los ancianos: la córte la libertad del desierto: el gualí, pequeño déspota cuyo brazo alcanza á todos los extremos de la provincia de su gobierno, al jeque, pequeño señor, de poder limitado en la tribu; y el dorado arteson, el ingenioso alicatado y el gracioso almocárabe que decoran los aposentos, la expléndida bóveda celeste, los ilimitados horizontes del Yemen y del Hedjaz y las abrasadas arenas del desierto del Nedjaz.

La trasformacion que se opera en la sociedad musulmana no conmueve aún á la cristiana en Andalucía. *El creyente en la religion del Mesías* continúa siendo el pária; y no cambiará de condicion hasta que reciba el segundo bautismo, es decir, el de sangre, del cual no sabe hacerse digno todavía, y hasta que las soledades de las tierras comprendidas entre el Duero y las montañas de Astúrias y Galicia se pueblen, y sus pobladores adelanten sus avanzadas entre Duero y Tajo. El renegado y sus descendientes comenzarán muy pronto á convertirse en el partido conservador, en defensor de la autoridad, sea cualquiera la forma que ésta revista, en el cual se apoyará algunas veces el soberano para enfrenar la ingobernable aristocracia árabe, y del cual sacará soldados y funcionarios públicos que llenarán el ejército y la secretaría del Califa; hasta que llegue un

dia fatal en que el árabe, *espada en mano, extermine veinte mil de aquellos esclavos, que sólo esclavos, tuvieron por abuelos.*

Entónces Sevilla perderá por completo el carácter y la fisonomía que le formaron las civilizaciones romana y visigoda. Barrido de su suelo el elemento renegado, y oscurecido cuando no anulado el cristiano, el árabe de pura raza triunfará sin rival sobre su suelo, y hará de la que en otros tiempos fué llamada *Silla y asiento* de la ciencia sagrada y profana, *la madre de los sabios, la lumbrera del islam* en Andalucía, durante y muchos años después del brillante período del califato de Occidente.

CAPÍTULO V.

Sumision de Yusuf y de Samail.—Yusuf abre nueva campaña; viene sobre Sevilla.—Combate parcial; victoria de las banderas de Sevilla y de Moron.—Muerte de Yusuf y de Samail.—Venida de Abderahman á Sevilla.—Sublevacion abbasida.—Triunfo de Abderahman.—Muerte del sevillano Abu-Sabbah.—Sublevacion fatimita.—Batalla de Estepa.—Venida de los rebeldes sobre Sevilla.—Heroismo de su gobernador Abdelmelic.—Desórdenes en Sevilla.—Derrota de los rebeldes.—Fin del reinado de Abderahman I.

Apesar de la victoria de Mozara, de su entrada en Córdoba y del buen recibimiento que se le hizo en todas las poblaciones y distritos por donde pasó desde que desembarcára en Almuñécar hasta el memorable dia 14 de Mayo de 756, Abderahman I, amir de la España independiente, de hecho, no podia considerar aún terminada su audaz y gloriosa empresa. Yusuf y Samail contaban todavía con bastante influencia en la España musulmana, y fuerzas y recursos suficientes para continuar la guerra con probabilidades de éxito. Después de su derrota dirigiéronse, el primero hácia Toledo, donde pensaba convocar sus parciales, y el segundo á la provincia de Jaen, país que le era adicto. No mu-

cho tardaron en reunirse al ex-wasir los caisíes y koraixíes de su bando, y tambien el ex-amir Yusuf, con las banderas de Toledo y Zaragoza, que se le incorporaron en el camino, despechadas por no haber llegado á tiempo para tomar parte en la batalla de Mozara. Reunido el ejército, pusiéronse inmediatamente en campaña.

Ya fuese que el país, cansado de tantas y tan infructuosas guerras, no se les mostrase propicio, ya que la fortuna hubiera sentado sus reales en los del Príncipe, es lo cierto que en Julio de aquel mismo año Yusuf y Samail se sometieron á Abderahman, que saliera á batirlos, y entraron con él en Córdoba, cabalgando á su derecha el vencido ex-Amir, y á su izquierda el infatigable caudillo caisí. Después de esto, ámbos vivieron en la naciente córte, al lado del Príncipe y aparentemente resignados con su suerte.

Decimos que en la apariencia, porque unos dos años después muchos jeques coraixíes y fehríes, invocando los derechos del califa de Oriente, así como todos los descontentos con el nuevo órden de cosas que les habia arrebatado el mando, la influencia en el gobierno y los empleos lucrativos, excitaron á Yusuf y le ofrecieron su concurso para que levantase la bandera abbasida. El anciano y débil ex-Amir cedió fácilmente á las sugestiones de sus amigos; y puesto de acuerdo con los *beledíes* (1) de Lacant (2), de Mérida y de Toledo, huyó secretamente de Córdoba, un dia del año 758, y tomó la direccion de la primera de las dos ciu-

(1) Así se llamaron en España, después de la entrada de Baleg con los siriacos, los primeros musulmanes que acompañaron á Tarik y Musa y se establecieron en ella con el carácter de colonos ó campesinos.

(2) Esta villa fuerte se encontraba probablemente próxima á Fuente de Cantos, al N. O. de Sevilla.

dades citadas. Abderahman envió algunos escuadrones en su persecucion, mas no pudieron darle alcance.

Yusuf convocó en Mérida sus parciales, y, reunido que los hubo en bastante número, marchó sobre Lacant, cuyos habitantes se le unieron. Con ellos, los beledíes, sirios y yemaníes que se incorporaron á su hueste en el camino que seguia, llegó á formar un verdadero ejército fuerte de veinte mil hombres (1) aguerridos, veteranos todos de las pasadas guerras civiles, con el cual vino sobre Sevilla.

Era, á la sazon, gobernador de nuestra Ciudad—y en tal virtud el primero que ejerció tan alto cargo en ella durante el reinado de la dinastía omiada—un próximo pariente de Abderahman I, llamado Abd-l-Melek ben-Omar ben-Merwan (2), hombre de altas prendas, valor á toda prueba y extraordinaria energía. Habia venido á España con sus dos hijos y otros deudos, clientes y parciales de la familia Omiada, llamados por el Amir así que vió consolidada su autoridad, y á los cuales confió los cargos más importantes de su córte y gobierno: Abdelmelic, pues, no bien tuvo noticia del movimiento de Yusuf sobre Sevilla, puso la ciudad en estado de defensa y en conocimiento del Amir el peligro que le amenazaba.

En Almodóvar, donde se detuvo, supo el-Fehrí que Córdoba tenía muy escasa guarnicion, y que tardarian algunos dias en llegar los refuerzos que Abderahman habia pedido á los gualíes de las ciudades del mediodía. En tal virtud dejó para más adelante combatir á Sevilla, en donde no

(1) Número en el cual están contextes las crónicas árabes traducidas por Conde y por Dozy.

(2) Conde, *Hist. de los Arab. en Esp.*, cap. IX. Dozy, *Hist. des Musulm. d'Esp.*, cap. XV.

creia encontrar mucha resistencia, y se puso en marcha sobre Córdoba, que tenía á corta distancia. Á las pocas horas de romper la marcha llegáronle noticias de haber entrado en la capital los refuerzos pedidos por el Amir, lo que le obligó á retroceder sobre sus pasos.

En el entretanto el gualí de Moron, Abdallah, hijo de Abdelmelic, acudió á Sevilla con las banderas de su distrito en defensa de su padre. Con este refuerzo y la caballería de Arcos, Medina-Sidonia y Jerez, que llegó en aquellos momentos, Abdelmelic formó un ejército lo bastante numeroso para salir á operaciones contra el de Yusuf.

Simultáneamente con la noticia del movimiento que habian emprendido las tropas de Sevilla, supo el anciano ex-Amir que Abderahman venía sobre él con propósito de combatirle. En situacion tan comprometida, puesto que le amenazaban dos ejércitos, uno por el frente y otro por la retaguardia, en cualquier situacion que se colocase, Yusuf tomó el partido más prudente y militar, que fué el de batirlos en detalle. Al efecto, y conceptuando más débil el que acaudillaba Abdelmelic, vino á marchas forzadas sobre él, resuelto á exterminar, como decia, las tropas de Sevilla y de Moron y apoderarse de nuestra Ciudad para hacerla base de sus futuras operaciones. No mucho tardó en avistar la hueste sevillana; mas su prudente caudillo, enfrenando los naturales brios, se negó á aceptar la batalla y retrocedió á fin de dar tiempo á la llegada del ejército del Amir, que tomase al enemigo por la espalda. Yusuf comprendió el plan estratégico de Abdelmelic, y maniobró en su consecuencia con tanta actividad y destreza, que al fin le obligó á aceptar la batalla.

En el momento en que ámbos ejércitos abandonaban sus respectivas posiciones para lanzarse el uno sobre el

otro, salió de las filas abbasidas un berberisco cliente del Fehrí, y adelantándose en medio del campo, gritó con extentórea voz, dirigiéndose á los sevillanos: *¿Hay alguno entre vosotros que quiera medirse conmigo?* Era este hombre tan famoso por sus hercúleas fuerzas y agigantada estatura, que ninguno de los soldados de Abdelmelic se atrevió á aceptar el reto.—*Mal comienzo de la jornada,* dijo el bizarro gobernador, *es el darse por vencidos ántes de desnudar la espada.....!* y volviéndose hácia su hijo Abdallah, continuó, con acento que no admitia réplica: *¡Anda, hijo mio, anda á medirte con ese hombre y que Dios te proteja!*

El valiente gualí de Moron no se hizo repetir la órden; pero á los pocos pasos andados en busca del berberisco, púsosele delante un abisinio, cliente de su familia, y le dijo: *¿Qué vas á hacer?—Voy á combatir á ese hombre,* respondió Abdallah.—*Déjame á mí ese cuidado,* interrumpió el abisinio; y esto diciendo, partió como una saeta al encuentro del campeon fehrí.

Ámbos ejércitos permanecieron inmóviles en sus respectivas posiciones, esperando con la más viva ansiedad el resultado de aquel combate singular, cual si de él dependiera el éxito de la batalla. Los dos campeones eran igualmente ágiles, robustos, forzudos y agigantados; así es que la lucha se prolongó largo tiempo sin que uno ni otro adversario diese muestras de flaqueza. De improviso el berberisco resbaló sobre la yerba humedecida por la lluvia que cayera pocas horas ántes, y vino pesadamente en tierra: el abisinio se precipitó sobre él, le sepultó su acero en el pecho, y cuando lo vió sin movimiento, *le cortó ámbas piernas.* Entónces el ejército sevillano, enardecido con el triunfo de su campeon, dió el grito de guerra *¡Dios es grande!* y se lanzó con tan impetuoso denuedo sobre el de Yusuf, que

bastó aquel choque para desconcertarle, arrollarlo en toda la extension de su línea de batalla, y decidir en minutos la victoria. Los fehríes huyeron en desórden; y como Abdelmelic no tenía tropas bastante numerosas para seguir el alcance de los fugitivos, no pudo sacar todo el fruto que se prometia de aquel triunfo (1).

Yusuf huyó del campo de su derrota, seguido sólo de un esclavo y de un persa llamado Sabic, en direccion de Toledo. Al pasar por un villorro situado á diez millas de aquella ciudad, fué reconocido por un *medinés* establecido en él, de nombre Abdallah Ben-Amir, y éste, celebrando la ocasion de vengar á sus compatriotas, con quienes tan tirano se mostrára el Fehrí, montó á caballo y con él algunos indivíduos del aduar, y partieron en seguimiento de Yusuf; y habiéndole alcanzado á unas cuatro millas de Toledo, diéronle muerte. Ben-Amr le cortó la cabeza y llevóla á Córdoba para presentarla al Amir.

Conde (2), ó los manuscritos y memorias que traduce, pone el suceso de la batalla en que fué destruido el bando fehrí por el ejército sevillano al mando de Aldelmelic, en los *campos de Lorca*, provincia de Murcia, y dice que en ella perdió la vida el sin ventura Yusuf; Dozy, en la orilla derecha del Guadalquivir, entre Córdoba y Sevilla. Nos parece más acertada esta última leccion.

Muerto Yusuf y clavada su cabeza en la muralla de Córdoba al lado de la de su hijo Abu-Zair, que fué degollado en la prision donde fuera encerrado, quedaba yá sólo Somail, enemigo bastante poderoso todavía para causar recelos á Abderahman. El célebre wasir del Fehrí yacia en el

(1) Dozy, *Hist. des Musulm. d'Esp.*, cap. XV.

(2) *Hist. de los Arab.*, cap. X.

calabozo donde fuera encerrado á resultas de la fuga de Yusuf, en el año 758. Una mañana circuló en la ciudad el rumor de que Samail habia muerto en su prision de un ataque de apoplegía fulminante que le acometió estando ébrio. La noticia produjo alguna excitacion entre sus amigos; mas habiéndose dado la órden de que fueran introducidos en el calabozo para cerciorarse de que no habia fallecido de muerte violenta, hallaron junto al cadáver vinos, frutas y dulces en abundancia. Sin embargo, no creyeron en su muerte natural, y en esto tuvieron razon; pero se engañaron suponiendo que Abderahman le habia hecho envenenar. La verdad es que le hizo extrangular (1).

Abderahman, el proscrito sin familia ni hogar, que durante tantos años anduvo errante de tribu en tribu por los desiertos del África, se veia al fin soberano de un gran país, y libre de enemigos poderosos que pudieran volcar el carro de su fortuna. En 760 vino á Sevilla y en ella permaneció gran parte de aquel año hospedado y espléndidamente agasajado en la casa de aquel poderoso jeque, Hayat ben-Molamis de la tribu de Hadramat, que saliera á su encuentro el dia de su primera entrada en la Ciudad. Refiere Conde (2) que poco tiempo despues falleció este noble jeque, y que Abderahman, agradecido á los obsequios que de él recibiera, honró su memoria en unos elegantes versos en que celebraba su hospitalidad, su munificencia y otras nobles prendas: diciendo de él, que con la muerte de Hayat ben-Molamis habian desaparecido del mundo la bondad, la gracia, la hospitalidad y el valor.

En los meses del año 760 que Abderahman permane-

(1) Dozy se refiere al testimonio de Al-Makkari, tom. II, pág. 24.
(2) Tom. I, cap. XIII.

ció en Sevilla, cuéntase que mandó labrar y plantar una *almunia* ó huerta amena, que llamaban de Rabunales. Edificóse en ella una hermosa torre y se plantó la primera palma, de la cual procedieron las que hay hoy en esta tierra (1). Más adelante tomó aquel sitio el nombre de Nahala.

Esta venida y estancia en Sevilla de Abderahman, puede reconocer por causa el siguiente suceso que refiere Conde (2). De la derrota y atroz matanza que sufrió el último ejército fehrí, salvóse el tercer hijo de Yusuf, llamado Casim, (Dozy no menciona más de dos.) quien se refugió en Algeciras al arrimo de un jeque poderoso de aquella ciudad que pertenecia al partido vencido. Llamábase Barcerah ben-Nooman el-Gasani, hombre rico, valeroso y emprendedor, que se propuso restablecer el honor de la bandera y partido abbasida, tan mal tratado por la fortuna en España desde la venida de Abderahman ben-Moavia. Al efecto concertóse con al-Casim, reunieron y armaron secretamente el mayor número que pudieron de sus clientes, amigos y parciales, y marcharon en son de guerra sobre Medina-Sidonia, de la que se apoderaron por sorpresa. Alentados con tan feliz comienzo continuaron su expedicion sin hallar obstáculos que los detuviese, hasta Sevilla, de la que tambien se hicieron dueños por sorpresa ó por inteligencias que tuvieran dentro de la Ciudad. Recibida en Córdoba la noticia del suceso, salió Abderahman á campaña contra los rebeldes, y vino á poner sus tiendas delante de Sevilla, donde se hicieran fuertes Barcerah y al-Casim. En una salida que hicieron estos caudillos, fueron vencidos y muerto el primero, huyendo el

(1) Es de suponer que habla el autor del manuscrito árabe que traduce Conde.

(2) Tom. I, cap. XII.

segundo con las reliquias de su faccion hácia el distrito de Algeciras, perseguido por la caballería de Abderahman, que hizo prisionero al hijo de Yusuf, y lo condujo á Sevilla, de donde fué trasladado por órden del Amir á Toledo y encerrado en una fuerte torre.

Esta série de derrotas más bien que intimidar parecia encender la desesperacion del partido fehrí; pues en el año siguiente, 761, se sublevó de nuevo en Toledo. Disponíase el Amir á pasar á la España central para combatir á estos incorregibles rebeldes, cuando recibió cartas del gualí de Mérida (1), anunciándole que en las costas del Algarbe habia desembarcado un numeroso cuerpo de tropas de á pié y á caballo; que corria la tierra proclamando al Califa de Oriente, y trataba á Abderahman ben-Moavia de ilegítimo y de usurpador.

En efecto; segun escriben los autores árabes traducidos por Conde y otros historiadores de España, en aquel año (763) el califa abbasida Al-Manzur,—que habia trasladado de Damasco á Bagdad la silla del califato,—no pudiendo permanecer indiferente á la pérdida de la hermosa provincia de España, y ménos que se la arrebatase un *odioso omiada,* hizo firme propósito de recobrarla, y para ello proclamó la *guerra santa* en los Estados de su imperio, contra «el Amir usurpador de Andalucía, declarándole, desde la *Casa del islamismo,* como se llamaba á Bagdad, *cismático, impío y usurpador,* y ofreciendo crecido galardon al que le llevase su cabeza.» Esto hecho, nombró gobernador de España á Alá ben Moghith, gualí de Cairwan, capital del amirato de África, le envió el pendon negro abbasida y órdenes terminantes para entrar inmediatamente en España al frente de cuantas tropas

(1) Conde, tom. I, cap. XV.

pudiese reunir, á fin de someter á los rebeldes de Andalucía. En cumplimiento de este mandato, Alá desembarcó en las costas del Algarbe, y entró por la provincia de Beja (Portugal) arrastrando en pos del *negro pendon* á todos los enemigos de Abderhaman, á quienes el caudillo abbasida ofrecia la palma del martirio si morian combatiendo al *aventurero advenedizo,* última rama de una familia maldita en todos los *mimbares* de las mezquitas de Oriente.

No cogió de nuevo ni desapercibido á Abderhaman la noticia del desembarco de Alá, pues pocos meses ántes el jeque de Medina Tahart, capital de las tribus zenetas (en África), habíale mandado cartas (1) comunicándole lo que el gualí de Cairwan maquinaba contra él, y anunciándole que todos los gualíes de Egipto y África tenian órdenes del Califa de contribuir á la destruccion de Abderhaman ben-Moavia. En su consecuencia mandó refuerzos á las tropas que operaban contra los rebeldes de Toledo, y él, puesto al frente de un numeroso y brillante ejército, cuya principal fuerza la componian la caballería de Córdoba, *Sevilla* y Jerez, se dirigió á combatir á los africanos y rebeldes acaudillados por Alá-ben-Mogith. Encontráronse ámbas huestes en territorio de Badajoz, y en el acto empeñaron la batalla.

«Un autor arábigo, dice Romey (2), describe en los siguientes términos la sangrienta refriega: «Avistáronse los dos ejércitos al amanecer; empezó la batalla por parte de los africanos, y fué sangrienta hasta el medio dia. Por la tarde cargaron los *andaluces* con tanta pujanza y encarnizamiento, que los arrollaron. La bisoña infantería africana huyó al campamento con intento de saquearlo, pero las tropas que lo de-

(1) Conde, tom. I, cap. XV.
(2) *Hist. de Esp.*, tom. I, cap. VII.

fendian la obligaron á desistir de su intento; de modo que quedaron destrozados á resultas de aquella doble acometida.» Á siete mil se hace subir el número de cadáveres que los africanos dejaron en el campo; y entre ellos el de Alá-ben-Mogith, cuya cabeza, *desmeollada* y *canforada,* envió Aderhaman á Cairwan, donde fué puesta sigilosamente sobre una columna de la plaza de aquella ciudad.»

La sucinta narracion que acabamos de hacer de la batalla de Badajoz, está extractada fielmente de Conde y de Cárlos Romey, quien dice en una nota lo siguiente: «Hállase la relacion de la batalla de Badajoz en ibn-Hhayan (en Ahmed), en ibn-Khaldun, y en Nowari, Mss. de la Bibl. Real, núm. 702.»

Dozy (1) refiere el mismo suceso; pero lo toma del historiador Ben-Adzari, que lo cuenta de la siguiente manera:

«En el año 146 (Marzo de 763 á Marzo de 764) se sublevó en Beja Al-Alá ben-Moguit, Al-Chodzami, proclamando á Abo-Chaafar Almanzor. Reuniéronsele los tercios militares y agregáronsele los esclavos (¿los cristianos, los renegados?) de tal suerte y en tanto número, que la dinastía del Amir estuvo á punto de terminar y aniquilarse su califato.

»Salió Abderhaman contra él desde Córdoba, y llegado que hubo á Carmona (nótese que la sublevacion fué en territorio de Beja) fortificóse en ella con sus libertos y soldados de confianza, y Moguits le cercó estrechamente. Como se prolongase el sitio muchos dias, el ejército de Al-Alá se desunió; y llegando á noticia del Amir que muchos estaban en él violentamente, y deseosos de hallar una ocasion de abandonar el campo, mandó encender una hoguera en la puerta de la ciudad y á sus soldados que arrojasen en ella la vaina de sus espadas, diciéndoles: «*Salgamos contra esa mu-*

(1) *Hist. des Musulm. d'Esp.*, tom. I, cap. XVI.

chedumbre y acometamos hasta morir ó vencer.» Eran unos setecientos de los más esforzados guerreros. Arremetieron impetuosamente á sus enemigos; trabóse el combate, que estuvo indeciso durante largo tiempo, hasta que, con el favor de Dios, los soldados de Al-Alá fueron desordenados y emprendieron la fuga.»

Parécenos que entre Badajoz y Carmona hay ménos distancia que entre la situacion en que los últimos historiadores citados ponen á Abderhaman y la que aparece de la relacion de los primeros. Afortunadamente, el *Ajbar Machmua* restablece, creemos, la verdad del suceso en la siguiente narracion:

«Al-Alá, ben-Moguits Al-Yahsobi, que otros dicen *Hadrami,* se sublevó en Beja contra Abderhaman. Proclamó la soberanía de los abbasíes, reconociendo al califa Abo-Chaafar (Almanzor), el cual le habia enviado una bandera negra en la punta de una lanza. Habíala metido en un *mirabolano,* y selládola después. Al-Alá la sacó, púsola en el hierro de su lanza, y tremolándola en tierra de Beja, unióselc la division egipcia, y entre otros hombres principales Wasit ben-Moguits, At-Thaí y Omeya ben-Khatan Al-Fehri. Acercáronse los rebeldes á Sevilla, y sospechando de la sinceridad de Omeya, cogiéronle y aherrojáronle.»—Es muy digno de notarse que todas las rebeliones que estallaron en el Sur de España desde el advenimiento de Abderhaman I, hasta la de Al-Alá, así como muchas de las que habrémos de referir en lo sucesivo, aspiraban á hacerse dueñas de Sevilla; ya porque tuviesen inteligencias en ella, como es probable, ya, y esto lo tenemos por más cierto, porque codiciasen las inmensas riquezas y los recursos de todo género que encerraba nuestra Ciudad.

»Reunió el Amir sus tropas, y salió á campaña contra los rebeldes, acercándose á ellos hasta poner su campo frente al

suyo, que lo tenian en *Kalaat Raawac* (¿Alcalá de Guadaira?) En socorro de los sublevados púsose en camino desde el distrito de Sidonia, Gayats ben-Alkama Al-Lajmi; lo cual, sabido por el Amir, mandó contra él á su liberto Bedr con una fuerte division del ejército. Gayats no se atrevió á continuar la marcha y se detuvo en el seno del valle que hay entre el *Guadaira* y el *Guadalquivir,* donde acampó. Bedr hizo alto frente al enemigo, y con deseo de evitar la efusion de sangre, le envió emisarios proponiéndole un concierto de paz, que Gayats aceptó, y en virtud del cual regresó á sus tierras y Bedr á los reales del Amir.

»La defeccion del jeque sidonio produjo el mayor desconcierto en las filas de los rebeldes, que dijeron: «No hay salvacion para nosotros si no nos amparamos de la ciudad de Carmona,» y se prepararon para levantar el campo y marchar durante la noche sobre aquella plaza. Súpolo á tiempo Abderahman, y mandó á Bedr que se adelantase con su division á ocupar la ciudad ántes que el enemigo, y que llegado á ella colocase su tienda en la puerta de Carmona, y que reuniese toda la gente fiel á fin de que al amanecer contase con fuerzas suficientes para resistir el primer ataque de los rebeldes. Ántes del alba cabalgó el Amir y llegó al amanecer á espaldas de la ciudad.

»Los sublevados se retardaron en su marcha, de suerte que cuando llegaron á la arboleda que hay por bajo de Carmona divisaron la tienda de Bedr plantada delante de la puerta. Á su vista llenáronse de pavor, comprendiendo que iban á ser batidos por todos lados, y se desordenaron sus filas. En aquel momento cargó impetuosamente la caballería del Amir, é hizo en ellos una horrorosa mortandad. Cogieron á Omeya encadenado, y el Amir, compadecido, mandó fuese puesto en libertad.

»Los vencedores cortaron siete mil cabezas, y entre ellas las de Al-Alá y otros jeques conocidos. Mandólas separar Abderahman, y que se escribiesen sus nombres en pedazos de pergamino, que se les colgaron de las orejas. Esto hecho, buscaron quien las llevase á África, dándole crecido galardon. Éste atravesó el mar llevándolas en un saco; y llegado á Cairwan las arrojó en medio de la plaza durante la noche.»

Esta nueva victoria alcanzada por Abderahman sobre el partido abbasida-fehrí, fué decisiva. Al saberse en Toledo, los sublevados de aquella ciudad depusieron las armas. Dos años despues un jeque de la division Hemesa, establecida en Niebla, se rebeló contra la autoridad del Amir con los indivíduos de su tribu. Batido y muerto en el primer encuentro que tuvo con las tropas de Córdoba, se restableció completamente el órden en aquel distrito. Así, uno en pos de otros, sucumbieron, con sus facciones, todos los enemigos de Abderahman, y fueron ahogadas en sangre cuantas tentativas se hicieron para destruir el poder de aquel que estaba llamado por la Providencia para fundar en Europa, sobre el católico suelo español, un imperio musulman, cuya existencia despertó la fé del mundo cristiano y obligó á la Iglesia á tomar la direccion de la sociedad.

Cuando Abderahman I no tuvo insurrecciones que combatir ni frente á él partido alguno bastante fuerte para poner límites al despotismo de la autoridad que ambicionaba ejercer, volvió los ojos hácia aquellos enemigos de segunda fila, que le habian agraviado en la sombra ó que conspiraban secretamente contra su poder. Una de las víctimas señaladas para calmar sus alarmas ó desagraviar sus ofensas, fué el jeque sevillano Abu-Sabbah, aquel poderoso yemaní que con el buen caballero Hayat-ben-Molamis le abrió las

puertas de Sevilla y le ayudó á vencer en Mozara. Agradecido, ó más bien dirémos, consecuente con la línea de conducta política que se habia trazado para gobernar aquella nacion inquieta, suspicaz y recelosa de toda autoridad que pretendiese dar fuerza y unidad al poder, habia dado un cargo importante en el gobierno de Sevilla á Abu-Sabbah (1), por más que recibiera de él uno de esos agravios que los árabes nunca olvidan ni perdonan.

Era en aquella fecha harto poderoso el jeque yemaní, y demasiado débil todavía el fundador de la dinastía omiada española, para que este último se atreviese á castigar la deslealtad del primero. Disimuló, pues, é hizo más, le confió un cargo importante, repetimos, en el gobierno de Sevilla, fingiendo desconocer, ó haber olvidado el agravio de Córdoba. Mas cuando vencidos todos sus enemigos descubiertos se consideró bastante fuerte para no temer nada de los encubiertos, destituyó ásperamente á Abu-Sabbah.

Furioso el sevillano con el agravio recibido, dió de lado á todo miramiento y consideracion, y se hizo jefe ostensible de los descontentos de la Ciudad y de los yemaníes de la provincia mal avenidos con el gobierno de Abderahman. Tales proporciones alcanzó aquella conjuracion, y de tal manera se puso de relieve la mucha influencia que Abu-Sabbah ejercia en el país, que el Amir, no atreviéndose á atacar de frente al rebelde yemaní, ó temeroso de provocar un conflicto demasiado grave en la provincia, recurrió á la astucia, ó á la perfidia, para deshacerse de él. Al efecto le propuso una entrevista en Córdoba, para terminar sus diferencias; y á fin

(1) Dozy dice que le nombró gobernador; pero sospechamos que sólo fuera *wasir*, ó subgobernador, pues en aquel tiempo tenía todavía el primer cargo Abd-el-Melik ben-Merwan.

de desvanecer todo temor, que de la sinceridad de su palabra pudiera concebir, le envió un salvoconducto firmado de su puño y letra. Parecióle á Abu-Sabbah suficiente garantía, bien que no le quedasen otros caminos que el de la obediencia ó el de la rebelion, y pasó á Córdoba, haciéndose acompañar de cuatrocientos ginetes clientes, amigos y parciales suyos, por lo que pudiera ocurrir. Con ellos llegó hasta las puertas del alcázar del Amir y allí los dejó, dispuestos á todo evento, en tanto verificaba la conferencia secreta para que habia sido llamado por Abderahman.

Refiere el historiador de este suceso (dice Dozy) que el Príncipe procuró exasperar, con la dureza de sus recriminaciones, al sevillano; y que cuando lo hubo conseguido y que éste irritado se defendió con destemplanza, Abderahman se lanzó sobre él armado de un puñal, con ánimo de matarlo por su propia mano. Parece que Abu-Sabbah era de complexion no ménos recia que la del Príncipe, á quien obligó, mal su grado, á desistir de su feroz propósito. En su vista el Amir llamó á los hombres de su guardia que tenía convenientemente apostados para este caso, y dióles órden de matar al sevillano, como así lo hicieron á su presencia. Grande fué la alarma en el alcázar al saberse la noticia del suceso; todos temian las represalias que pudieran tomar los cuatrocientos ginetes de la escolta de Abu-Sabbah, y en su virtud se hicieron preparativos para resistir el ataque, que se conceptuaba inminente. Sin embargo, nada de lo que se temia ocurrió. Los ginetes, sabida la muerte del jeque, torcieron bridas y se retiraron tranquilamente. *Dícese que ganados por Abderahman.*

En el mismo año de la trágica muerte del sevillano Abu-Sabbah, y cuando las victorias alcanzadas sobre los fehríes y abbasidas reducian á la impotencia todos los enemigos del

Amir omiada, y cimentaban su poder é independencia, la España musulmana comenzó á ser visitada por los sabios, literatos y poetas procedentes del Egipto, de la Siria y de los dos Iraks, que fundaron las escuelas y academias de Córdoba y Sevilla, madres de tantos sabios que ilustraron el califato de Occidente.

Por desgracia no fué de larga duracion la paz que las últimas victorias de Abderahman habian dado á su nueva patria. Aparte de las insurrecciones parciales que el espíritu de salvaje independencia de aquellas castas provocaba en algunos distritos poblados por ellas, en el año de 766 se produjo en Andalucía una nueva y grave rebelion, que hizo sentir sus desastrosos efectos dentro de la Ciudad de Sevilla, y, sobre todo, en los pueblos y poblacion rural de su distrito.

Un jóven gualí de Meknesa, llamado Abd-el-Gafir el-Meknesi, que se preciaba de descendiente de Fátima, hija única de Mahoma y esposa de Alí, primo del Profeta—segun Conde (1)—y segun Dozy (2) un maestro de escuela que vivia en el Este de España, que se llamaba Chakya, oriundo de la tribu berberisca de Meknesa, á quien se le habia vuelto el juicio con la lectura en el Coran de las tradiciones referentes al Profeta, hasta el punto de creerse, ó fingir creerse, descendiente de Alí y de Fátima, fué el caudillo renombrado de aquella imponente sublevacion.

El-Meknesi, pues,—y aquí seguimos la version de Conde,—arrebatado por el fanatismo religioso, como próximo pariente de Mahoma, ó arrastrado por el deseo de buscar aventuras en un país como España, que tantas y tan variadas

(1) *Hist. de la Domin. de los Arab. en Esp.*, cap. XVII.
(2) *Hist. des Musulm. d'Esp.*, cap. XVI.

las ofrecia, ú obedeciendo acaso á las órdenes del califa de Bagdad, á quien no sirviera de escarmiento el desastre de Al-Alá, levantó en su gualiato el pendon verde fatimita, á cuya sombra se agruparon muchos aventureros de África, vários cuerpos de ginetes berberiscos, los *Xiyitas* y no conformistas más fanáticos, á quienes arrebataba el fervor religioso. De todas aquellas taifas formó una numerosa hueste, con la que desembarcó en las costas de Granada, penetrando en son de guerra por las serranías de Ronda y Antequera, donde se enriscó para dar lugar á que se le uniese el mayor número de enemigos del omiada, y, por consiguiente, parciales de la causa abbasida y fehrí. Allí permaneció, aventurando algunas veces sus correrías por los pueblos de la costa de Almuñécar y Almería, hasta fines de aquel año en que, habiendo recibido refuerzos de África, emprendió expediciones más importantes y socorridas.

Es así, que en los comienzos del 768, el caudillo fatimita se corrió á lo largo de la Serranía de Ronda, hasta la de los Gazules, penetrando por esta última en los distritos de Sidonia, Arcos y Moron, hasta Osuna, cuyas comarcas puso á saco ó á contribucion. Alarmado el gobernador de Sevilla con la noticia de estas excursiones que amenazaban, si no se les ponia coto, llegar hasta el territorio sevillano, convocó las banderas de Carmona, y con ellas, unidas á las de Sevilla, salió á campaña contra el audaz Abd-l-Gafir, en quien, sin duda, encontró mayor resistencia de la que esperaba, cuando escribió al Amir dándole cuenta de lo que pasaba, y pidiéndole refuerzos para batir á los rebeldes. Abderahman accedió á la solicitud del gobernador de Sevilla, enviándole tropas de la provincia de Córdoba, y corriendo órdenes á los alcaides de vários pueblos y fortalezas, señaladamente á los de Baena y Écija, cuya caballería gozaba de merecida fama en Andalu-

cía, para que se incorporáran á las banderas de Abdelmelic. Con estos refuerzos abrió una nueva campaña contra el fatimita. Sus resultados fueron casi nulos, como los de la anterior, para la paz de los pueblos, por cuanto los rebeldes evitaban estratégicamente todo encuentro formal con las tropas destinadas á perseguirlos. Continuó esta guerra de rebatos, sorpresas y emboscadas, en daño de las villas y lugares y de la poblacion rural, puesta de contínuo á saco ó á contribucion por los africanos, hasta fines de aquel año, en cuya época tomó un carácter más imponente, por haber recibido el-Meknesi considerables refuerzos, procedentes de África. Entónces se aventuró á extender sus correrías por tierras de Córdoba y de Sevilla, hasta los distritos de Baena y de Carmona. El incremento que en estas venturosas expediciones adquirieron los rebeldes fué tal, que en una ocasion se atrevieron á medirse de poder á poder, en las cercanías de Estepa, con los caudillos de Baena y Carmona, que fueron vencidos y obligados á retroceder aceleradamente sobre Sevilla.

La batalla de Estepa tuvo consecuencias fatales para nuestra Ciudad. El partido abbasida-feherita, que simpatizaba con la causa de los africanos, no sólo celebró sin reparo la victoria del Meknesi, sino que, puestos de acuerdo sus jefes y á instancias de un jeque de Emesa llamado Hayub ben-Salemah, cabeza que era de aquella faccion, envió mensajeros al caudillo fatimita, ofreciéndose á abrirle las puertas de la Ciudad, si se comprometia á llegar con fuerzas suficientes para ocuparla y mantenerse en ella. Era el ofrecimiento demasiado tentador para que Abd-l-Gafir dejase de aceptarlo. En su consecuencia, hizo un llamamiento á todas las banderas de las serranías de Ronda y Antequera, que le eran adictas, ofreciéndoles la perspectiva del saqueo de los opulentos patricios sevillanos, los despojos del comercio de la Ciudad, y

los cuantiosos recursos que en ella habrian de encontrar para asegurar el triunfo de su causa. No se necesitaba tanto para excitar la codicia de aquellas tribus medio salvajes, que acudieron desaladas al olor del botin. Contando, pues, con una hueste suficientemente numerosa para acometer la empresa, el-Meknesi penetró en territorio sevillano y vino á poner su campo á una jornada de la Ciudad.

Noticioso el gobernador Abdelmelic de la tormenta que se aprestaba á descargar sobre la capital de su gualiato, púsola en estado de defensa y convocó las banderas leales para salir á combatir al enemigo. Reunidas éstas, marchó al encuentro del Meknesi. En la madrugada del dia en que se avistaron los dos ejércitos, Abdelmelic dió el mando de los campeadores de Sevilla á su segundo hijo Casim, con órden de hacer la descubierta, practicar el reconocimiento de las posiciones que ocupaba el enemigo, y observar sus primeros movimientos. Era Casim mozo de pocos años y hacía sus primeras armas en aquel dia; sin duda que su padre quiso probar su valor de la misma manera que habia probado el de su hijo mayor Abdallah, en la última batalla contra Yusuf el-Fehrí.

Desgraciadamente el jóven no correspondió á las esperanzas de su padre; pues intimidado á la vista de una carga que á sus ginetes dieron los campeadores enemigos, volvió brida y se refugió á todo correr al lado de su padre. Éste, á quien la vergüenza de tan cobarde accion encendió en frenética ira, le gritó ántes de que llegase á ampararse de sus brazos: *¡Tú no eres hijo mio; tú no eres un Merwan....!* (1) Y blandiendo la lanza se la arrojó, diciendo al verle caer del caballo traspasado el pecho: *¡Muere, cobarde....!* Mudos y horrorizados quedaron todos los que presenciaron tan cruel escena.

(1) Conde. Seg. part., cap. XIX.

Sólo el semblante de aquel Guzman islamita permaneció sereno enmedio de la general consternacion, y sólo de sus labios oyéronse algunas palabras ahogadas por la congoja, mandando retirar el cadáver de su hijo. En aquel momento llegaron los campeadores sevillanos, anunciando que el enemigo avanzaba en órden de batalla. Abdelmelic ordenó sus haces para recibirle. Avistáronse los dos campos; entretuvieron las primeras horas de la mañana en escaramuzas y combates singulares, y yá alto el sol, se generalizó el combate. Los fatimíes atacaron briosamente las posiciones de los sevillanos, que se defendieron como buenos hasta la puesta del sol, hora en que el enemigo se batió en retirada, sin haber conseguido ventaja alguna durante el dia, apesar de su superioridad numérica.

Al siguiente, y merced á un hábil movimiento estratégico operado durante la noche, Abd-l-Gafir, habiendo rebasado la línea del ejército sevillano, se situó entre éste y la Ciudad. Conocido el plan de los africanos, Abdelmelic abandonó sus posiciones y cargó sobre ellos. Renovóse la batalla, que fué más empeñada y sangrienta que la del dia anterior. El bizarro gobernador de Sevilla cayó de su caballo malamente herido, y á su lado, ó al frente de sus respectivas compañías, los principales caudillos de la hueste. Sin embargo, las tropas sevillanas, aunque bastante maltratadas, no abandonaron el campo. ¡Ni cómo habian de abandonarlo viendo el peligro que amenazaba á sus familias y bienes, que los tenian dentro de la Ciudad! En efecto, hasta ellos debia llegar el rumor de lo que acontecia en la poblacion. Es así, que en tanto se libraba la batalla en las inmediaciones de Sevilla, el jeque Hayun ben-Salem y sus parciales levantáronse en armas, proclamando al caudillo fatimí; y en tanto que los unos se apoderaban del Alcázar, cuyo gobernador y corta guarnicion

pasaron á cuchillo, y herian gravemente al wazir Ben-Abda-Gehwara y á otras personas de distincion, los más se apoderaban de las murallas de la Ciudad. Á puestas del sol llegaron las primeras avanzadas enemigas á las puertas de Sevilla, donde entraron seguidas inmediatamente del grueso de su ejército. Los africanos se desparramaron por las calles, cometiendo todo género de violencias. Saquearon la *casa del rey*, la del gobernador Abdelmelic, y se apoderaron de los depósitos de armas. Aquel espantoso desórden y confusion alcanzó mayores proporciones, si cabe, cuando á altas horas de la noche la caballería sevillana y cordobesa, despreciando todo peligro por salvar aquellas honras, vidas y haciendas, que eran las suyas propias, y que estaban á la merced de la más feroz soldadesca, penetró á escape y sable en mano por las calles de la Ciudad, arrollándolo todo y dejándolas alfombradas de heridos y de cadáveres.

El ataque fué tan desesperado é impetuoso, que las taifas berberiscas, desordenadas por hallarse entregadas al saqueo, no pudieron oponer séria resistencia. Á la hora del alba, el Meknesi y los suyos abandonaron atropelladamente la Ciudad, convencidos de que no podian mantenerse en ella, y tomaron el camino de Cazalla, poco satisfechos del éxito de su temeraria empresa.

Tal es la relacion sucinta que de la entrada de los africanos del Meknesi, en Sevilla, hace Conde; si bien hemos procurado aclarar el texto, que está por demás confuso y á veces contradictorio en los detalles. El *Ajbar Machmua* la completa hasta cierto punto, dando nuevos é interesantes pormenores, á veces contradictorios con los del primer historiador citado. Por ejemplo, Conde asevera que Abderahman salió á campaña contra los rebeldes despues que tuvo conocimiento del suceso de Sevilla, y en el *Ajbar Machmua* se di-

ce que yá estaba en operaciones contra ellos cuando aquél tuvo lugar: dedúcese de la referencia del primero que el acontecimiento se redujo á un atrevido golpe de mano, en tanto que en el segundo aparece que fué una verdadera sublevacion realizada por los de Emesa, puestos de acuerdo con Abd-el-Gafir, para separar á Sevilla de la obediencia del Amir. Conde señala por caudillo de los insurrectos á un jeque llamado Hayan ben-Salem, y el manuscrito citado á *Hayat ben-Molemis el Hadramaut* (¿aquel noble yemaní que tan expléndidamente obsequió á Abderahman en Sevilla, y á quien el Amir agradecido escribió unos versos celebrando sus nobles prendas?); finalmente, el primero pone en el campo de los insurrectos á un jeque sevillano llamado Ben-Jaxjax, y el segundo dice que estaba en el de Abderahman.

Hechas estas aclaraciones, completemos la narracion de Conde con los nuevos detalles que acerca de aquel acontecimiento encontramos en el *Ajbar Machmua.*

Las noticias que llegaban á Córdoba referentes á la faccion acaudillada por el impostor fatimita, las calamidades que traia sobre el país, y el peligro en que ponia el naciente poder del Amir omiada, obligaron á éste á tomar disposiciones enérgicas; al efecto, dispuso marchar en persona contra ella. Reunidas las tropas y banderas convocadas para la guerra, Abderahman se dirigió (pasando por Sevilla, á lo que parece,) contra los rebeldes que se habian hecho fuertes en la montuosa tierra de Cazalla. Dejado habia yá muy detrás el Guadalquivir, cuando recibió cartas de su liberto Beldr—á quien dejára encargado el gobierno de Córdoba durante su ausencia—anunciándole que los de Emesa se habian sublevado en Sevilla, capitaneados por *Hayat ben-Molemis el de Hadramaut,* quien levantára en la Ciudad bandera por Abd-l-Gafir Al-Yahsobi. Hallábanse en el campo de Abderahman

algunos sevillanos principales, y entre ellos Malhab Al-Kelbi Ben-Al-Jaxjax y un hijo suyo, que se mostraron maravillados del suceso. Abderahman levantó inmediatamente los reales, y *regresó* (dice el manuscrito) á Sevilla, deteniéndose en la *Almazara.* Desde allí envió tropas al gobernador de la Ciudad, y con ellas órden de que pusiese en prision á los que hicieron cabeza en el movimiento insurreccional. En cumplimiento de este mandato, y al amparo del ejército que amenazaba entrar en Sevilla, en caso de resistencia de los revoltosos, fueron presos hasta treinta de los principales fautores de la rebelion.

Una vez restablecido el órden en Sevilla, el Amir revolvió sobre los rebeldes, que habian aprovechado el tiempo en atrincherarse fuertemente en Bembezar (¿Guesna Ribera?). Allí los atacó durante muchos dias, sin lograr desalojarlos de sus enriscadas posiciones. En su vista recurrió á otras armas para vencerlos. Estaban en el campo del Meknesi los berberiscos del Algabe, y en el suyo los de Benu-Maimon: á éstos mandó que se pusiesen en correspondencia con aquéllos, y que les ofrecieran el perdon en su nombre, y la mejor acogida de su parte, si abandonaban la causa que defendian. Los berberiscos aceptaron el partido propuesto y se comprometieron á desertar de las banderas del Meknesi en la ocasion y momento oportunos. Esto hecho, y á fin de asegurar el golpe que proyectaba dar á aquella faccion, imponente en el concepto militar y religioso, dispuso engrosar su hueste con cuantas banderas pudiese allegar «las que se apresuraron á venir á él» y con gran número de *esclavos que mandó comprar.* (Aquí se apunta, por primera vez en el gobierno musulman de España, la idea de crear un ejército permanente.) Reforzado convenientemente su campo, el Amir atacó al enemigo en sus posiciones. Éste se defendió con denuedo; pero cuando más empeñada se hallaba la refriega y más dudoso su resultado, los berberiscos del Al-

gabe, en cumplimiento de su palabra, huyeron en desórden del campo de batalla, arrastrando en su fuga el resto del ejército. Entónces la caballería andaluza se lanzó impetuosa sobre las desordenadas masas de los fugitivos y las acuchilló gallardamente, sin dar cuartel á los árabes ni á los berberiscos, causa de la derrota del Meknesi. Fueron tantos los muertos en aquella accion, que, al decir de la crónica árabe, *no se conoció nunca mayor carnicería.*

Hayat, el caudillo de los revoltosos sevillanos, fué muerto en la refriega, y Abd-l-Gafir, que pudo salvarse de la matanza, se embarcó poco tiempo despues para Oriente. Despues de la victoria, el Amir escribió á Beldr mandándole hiciese ajusticiar á los treinta sevillanos detenidos en prision, órden que fué inmediatamente cumplida.

Segun refiere Conde, la batalla en que fué vencido el último esfuerzo que la faccion abbasida hizo para destruir la naciente dinastía omiada española, se dió en la *ribera* del Genil, en las inmediaciones de Écija, y que en ella murió Abd-l-Gafir á manos del gualí de Elbira, y cincuenta principales caballeros africanos. Dice tambien que, una vez pacificado el país, teatro de las últimas correrías de los fatimitas, Abderahman vino á Sevilla con objeto de visitar y consolar al heróico Abdelmelic, que yacía postrado en el lecho á resultas de sus graves heridas y más postrado todavía con los punzantes recuerdos del triste fin de su hijo Casim. Despues de esto, decretó lo más conveniente al restablecimiento del órden en nuestra Ciudad, y nombró gobernador de la misma á Abu-Omeya Abd-l-Gafir, ben-Abi-Gehwara, en sustitucion de Abdelmelic, á quien confirió el cargo de gobernador de Zaragoza y de toda la España Oriental (1), para donde debia partir luégo

(1) Dice Conde, en una nota, que de este Abdelmelic ben-Omar,

que sanase de sus heridas. Así recompensaba sus grandes servicios y le alejaba de unos sitios de dolorosa memoria para él.

Los últimos años del reinado de Abderahman I fueron mucho más tranquilos, en la apariencia, que los primeros. Si se exceptúan dos sublevaciones de suma importancia, la una movida en el distrito de Zaragoza por el partido abbasida, que fué vencido (1), y la otra en el de Jaen por los restos de la parcialidad fehrí, ningun otro suceso grave vino á turbar la paz que durante ellos disfrutaron los pueblos de la España musulmana. Así que el afortunado Ben-Moawia pudo dedicar todos sus cuidados á la consolidacion de su dinastía; á mejorar la administracion pública; á establecer el órden y la justicia, en la forma que él lo entendia, y, por último, á fomentar la construccion de mezquitas (2), escuelas y otros edificios públicos que las necesidades y la conveniencia de los pueblos reclamaban.

esto es, hijo de Omar, que los cristianos de su tiempo llamarian *Omaris filius,* resultó en las crónicas de aquella edad el Rey *Marsilius* de Zaragoza, tan célebre en las historias y romances de Carlo-Magno.

(1) Esta sublevacion, ocurrida el año 774, fué causa de la entrada de Carlo-Magno en España en 778, y del desastre de su ejército en el paso de Roncesvalles.

(2) El año 170 (786), treinta y uno de su reinado, Abderahman mandó edificar en Córdoba, y cerca de su alcázar, la grande aljama y mezquita mayor. Dicen que él mismo trazó el plan de la obra, que se propuso que fuese semejante á la de Damasco, y más grande y superior en su magnificencia y suntuosidad á la nueva de Bagdad, y que fuese comparable á la de Alaksa en la Casa Santa de Jerusalen. Aunque puso en esta obra gran diligencia, y trabajaba en ella

Vencedor de tantos y tan poderosos contrarios como le suscitáran las condiciones de carácter y los hábitos de indisciplina de los pueblos que gobernaba, llegó á hacerse admirar hasta de sus más encarnizados enemigos; por más que su conducta cruel, á veces pérfida, y siempre inexorable con los rebeldes vencidos le hiciese odioso á los árabes y berberiscos, no acostumbrados á sufrir el imperio de ninguna autoridad. El fin que se propuso su política, continuada por todos sus sucesores, fué el constituir con aquellas castas, tribus y grandes familias unidas solo, y no firmemente, por el lazo de las creencias religiosas, una sola nacion regida por un poder único espiritual y temporal, tal cual lo comprendia en su calidad de iman y de califa. Esta fué la constante preocupacion de su vida; empleando para alcanzar sus fines la espada, que se impone y no discute. Al efecto organizó por primera vez, entre los de su nacion, un ejército permanente, fuerte de cuarenta mil hombres; y como no le era posible reclutarlos entre los árabes y berberiscos, razas las más refractarias á la disciplina militar y rebeldes á todo jefe que no fuera de su eleccion, contrató en África soldados, compró multitud de esclavos,—que por regla general eran cristianos renegados—dió cabida en él á muchos españoles libres de los llamados *ilches* y *mowallaes*, y formó con todos ellos un ejército mercenario, adicto sólo á su persona, con el cual mantuvo en la obediencia á todos sus enemigos, que le aborrecian, pero que se guardaban muy bien de manifestárselo al descubierto.

él mismo una hora cada dia, y gastó en la obra más de cien mil doblas de oro, no quiso Dios que viese acabado este edificio; pero dotó las madrisas (escuelas) que habia de haber en ella y sus hospitales, cual convenia á la magnificencia de la aljama. Conde, segunda parte de la *Hist. de los Árab. en Esp.*, cap. XXIV.

Abderahman I' murió en la ciudad de Mérida el dia 22 de Rabie 2.ª de 172 (30 de Setiembre de 788) despues de un reinado no ménos agitado que glorioso, que duró treinta y tres años y más de tres meses (habia comenzado en 14 de Mayo de 756). Acaso á esta larga duracion, que alcanzáran dos generaciones, debió la consolidacion de su dinastía. La primera se llevó al sepulcro los odios y antipatías que la mantuvieron en contínua lucha; en tanto que la segunda se formó acostumbrándose á la obediencia de un poder único y central. Sin embargo, los últimos años de su reinado fueron por demás amargos para él. Si bien los rebeldes todos habian depuesto las armas, y la independencia de la España musulmana se vió asegurada, menudearon los complots, las defecciones y las ingratitudes, sobre todo entre sus parientes, á quienes abriera las puertas de una nueva patria y colmára de honores y de riquezas. Hasta sus propios clientes, que á la sombra de su patronato habian alcanzado notoria supremacía sobre los de otras grandes familias de la aristocracia musulmana, le dejaron en el aislamiento y fueron á dar razon de ser al descontento de los jeques árabes y berberiscos que conspiraban secretamente contra su poder. Qué mas; su fiel é inseparable liberto Beldr, cayó en desgracia y fué desterrado de Córdoba. Verdad es que, como cuenta Al-Makkari, le tenía aburrido con sus quejas contínuas é insolentes exigencias.

Sus historiadores, los unos le llaman magnánimo, generoso y compasivo; los otros le califican de pérfido, cruel y vengativo; pero todos están contextes en darle el dictado de *Grande*. Y no podia ser de otra suerte. ¿Cómo sin las condiciones de genio y de carácter que distinguen á los grandes hombres, aquel proscrito sin familia, sin hogar, sin contar con un palmo de terreno donde fijar con seguridad

la planta, hubiera podido llegar á hacerse soberano absoluto de una gran nacion, la más libre de todo el mundo y la más refractaria á la monarquía? ¿Cómo, sin un valor personal á toda prueba, sin una inteligencia privilegiada, sin una perseverancia sin ejemplo, y sin una audacia inconcebible, un hombre que desembarcó en las costas de España con solos doce ó catorce amigos; que no contaba con más prestigio que la voluntad mudable de la pública opinion, que no le conocia, ni con otro ejército que aquellos cuatrocientos ó quinientos clientes de su familia, que se ofrecieron á apoyar sus pretensiones, hubiera podido reinar durante treinta y tres años cumplidos, y dejar asegurado el trono á sus descendientes? Nunca con ménos elementos, y luchando con mayores ó iguales contrariedades, se fundó una dinastía.

La lucha de los partidos le abrió las puertas de la Península; y no bien hubo sentado la planta en su suelo, dióse prisa á destruir los partidos ántes de que ellos pudiesen deshacer su obra. Este fué el secreto de su prosperidad. Artífice de su fortuna, sin mostrarse muy escrupuloso en los medios para alcanzarla, supo hacerse digno de ella unificando la España musulmana, y dándole la paz, por la que tanto suspiraban los pueblos, que vieron con gozo sustituida la tiranía de los pequeños señores por el despotismo de un gran señor; dado que no podian ni sabian todavía vivir sin la dependencia de uno de los dos despotismos.

Su muerte fué sentida, sobre todo por los cristianos y por los musulmanes de orígen español, que en su tiempo comenzaban á levantarse de la postracion en que yacian desde los primeros dias de la conquista, y á ser un elemento de órden, en el cual hubieron de apoyarse Abderahman y sus inmediatos sucesores para mantener en la obediencia

á los árabes y berberiscos que no estaban ciertamente hechos para la monarquía.

El más cumplido elogio de Abderahman I, pónelo una crónica árabe (1) en boca de su mayor enemigo: «Abi-Chaafar, califa abbasida (contemporáneo de Abderahman), preguntó cierto dia á unos amigos con quienes conversaba: «¿Quién es el halcon de los koraixíes?—El emir de los creyentes, contestaron; porque organizó el imperio, aquietó las turbulencias y sosegó los ánimos.—No habeis acertado, replicó el Califa.—Pues es Moawiya, respondieron.—Tampoco es ese.—¿Será Abdo-l-Melic ben-Merwan?--Tampoco.—¿Pues quién es, preguntaron, oh emir de los creyentes?—Es Abdo-r-Rahman ben-Moawiya, el cual, saliendo ileso, con su astucia, de entre las lanzas y espadas, cruzó el desierto, atravesó el mar, entró en una tierra de infieles, fundó ciudades, reunió ejércitos y organizó un reino que ántes se hallaba en la anarquía, con su buena administracion y su firmeza de carácter. Moawiya (2) montaba una cabalgadura que le habian preparado Omar y Otsman (3) allanándole las dificultades; Abdo-l-Melic habia sido proclamado ántes de su advenimienta al trono; el emir de los creyentes contaba con el apoyo de su familia y la union de sus partidarios; mas Abd-r-Rahman ben-Moawiya se hallaba solo, sin más auxílio que su inteligencia, sin más compañero que su firme voluntad.»

---

(1) *Ajbar Machmua.*

(2) Fundador de la dinastía Omiada. Comenzó á reinar el año 661 y estableció la silla del imperio en Damasco.

(3) Segündo y tercer califas sucesores de Mahoma.

CAPÍTULO VI.

Reinado de Hixem I.—Establecimiento en Andalucía de la escuela teológica de Malic.—Reinado de Al-Haquem I.—Disturbios religiosos.—Destruccion del arrabal de Córdoba.—Reinado de Abderahman II.—Prosperidad de Sevilla.—Invasion y saqueo de Sevilla por los normandos.

Hixem I, hijo y sucesor de Abderahman, fué un príncipe liberal y magnánimo, que se hizo amar de sus pueblos y temer de sus enemigos. Sus historiadores cuentan de él rasgos de generosidad y benevolencia, que le colocan entre los buenos reyes que sólo pensaron en hacer la felicidad de sus súbditos. «Jamás, dice el *Ajbar Machmua,* fué muerto soldado alguno de sus fronteras ó de su ejército que no inscribiese inmediatamente los huérfanos que dejára en el registro de sus pensionados.» En tiempo de este Príncipe, verdaderamente religioso y modelo de todas las virtudes (como le llama Dozy), formóse una nueva escuela teológica en Oriente, la que tuvo por maestro al gran doctor medinés *Malic ben-Anas,* el fundador de una de las cuatro sectas ortodoxas del islamismo. Á ella acudieron á estudiar mu-

chos españoles, que fueron bien recibidos y agasajados por Malic, en cuanto á que siendo enemigo de los abbasidas se complacia con los que habian puesto un omiada sobre el trono.

Agradecido Hixem á las demostraciones de respeto que merecia al sabio doctor, no sólo facilitó el viaje á Medina á los jóvenes musulmanes que deseaban instruirse en aquella escuela, sino que á todos aquellos que volvian á España con testimonio de haber aprovechado las lecciones del maestro medinés los elegia para desempeñar los cargos más importantes, como jueces y como ministros de la religion. Muy pronto estos doctores, magistrados, faquíes y cadíes de la doctrina de Melic—que se propagó rápidamente en la España musulmana, merced á la decidida proteccion del jefe supremo del Estado—se hicieron dueños de la administracion de justicia y de las conciencias, y llegaron por este camino á crear un nuevo poder en el Estado, del cual no era conveniente prescindir en absoluto para gobernar. Esto lo aprendió bien á su costa Al-Haquem, que sucedió á su padre Hixem, muerto en 796.

Fué el nuevo *Sultan*—nombre que creemos es el que mejor cuadra á los soberanos de Córdoba, hasta que Abderahman III tomó el título de *Califa*—hombre esforzado, de firme carácter, amigo de que se hiciese justicia áun con sus hijos y hasta con él mismo. Cuentan sus historiadores anécdotas acerca de este particular que le enaltecen. Pero á fuer de buen árabe era alegre, expansivo, amigo de los placeres y apasionado por la caza, los banquetes y el vino. En materia de religion se le acusaba de tibio creyente, porque no era mogigato; y en materia de gobierno tenía fama de muy celoso de su poder y autoridad. Estas condiciones de carácter le enagenaron las simpatías de los doctores malaquíes,

quienes si bien le perdonaban su inclinacion á los placeres, no podian llevar en paciencia que se negase á darles participacion en el gobierno del Estado, como lo hiciera su antecesor.

Resentidos, pues, los faquíes, esparcieron entre el vulgo ignorante é impresionable los más absurdos rumores respecto á su conducta, pintándole como un libertino sin pudor y un impío sin conciencia. Tan diestramente extraviaron los ánimos, que un dia del año 805, en que el Sultan cruzaba las calles de Córdoba, el pueblo se amotinó contra él y le arrojó piedras. No era Al-Haquem hombre muy sufrido de suyo; así que puso mano á la espada, y dando á su guardia la voz de *¡Á ellos!* acuchilló y dispersó el motin. Yá puesta la cuestion sobre este terreno, los faquíes arrojaron la máscara, y declararon guerra abierta al Sultan; y como necesitáran un jefe civil que diera toda la autoridad necesaria á su causa, comprometieron una parte de la aristocracia y ofrecieron el trono á Ben-Chammas, primo hermano de Al-Haquem. Asustado aquél del peligro á que le exponian los conjurados, dió cuenta al Sultan de lo que contra él se tramaba. Descubierta la conspiracion fueron presos hasta setenta y dos de los más comprometidos, y condenados á morir en el suplicio de la cruz. En el año siguiente se reanudaron los hilos de la rota conjuracion, que, siendo descubierta tambien, llevó al suplicio buen número de demagogos.

Siete años despues, tiempo que se empleó en hacinar el combustible necesario para producir el incendio que destruyó uno de los barrios extramuros más populosos de Córdoba, estalló la última y más tremenda sublevacion contra el sultan Al-Haquem. Desgraciadamente para los conjurados, el soberano, en la prevision de lo que tenía que suceder

fatalmente, dada la animosidad con que le combatian los teólogos y faquíes de la secta dominante, habia tomado sus medidas fortificando la ciudad y su propio alcázar, y aumentando considerablemente las compañías de su guardia pretoriana, compuesta de negros y de esclavos comprados en el extranjero.

Así las cosas, el dia 13 de la luna de Ramadan del año 202 (Mayo de 814), uno de aquellos soldados mercenarios maltrató brutalmente á un hombre del pueblo en el arrabal del *Quibla*. Moraban en este arrabal, situado al mediodía de Córdoba, unos cuatro mil teólogos y estudiantes en teología, y en este concepto enemigos jurados del Sultan y de su política de resistencia á las invasiones del poder teocrático; además, su vecindario lo componian más de veinte mil familias, la mayor parte de las llamadas *adoptadas* (mowallaes ó renegados), gente toda fanatizada por aquellos teólogos, por lo mismo que tenian necesidad de dar mayores pruebas de la sinceridad de su fé, para hacer olvidar su orígen cristiano. Como no podia ménos de suceder, dados estos antecedentes, los testigos de aquella escena se amotinaron contra el soldado: dieron voces en demanda de socorro á sus convecinos, arrojáronse piedras, formáronse grupos, y, por último, de aquella chispa brotó un incendio que se propagó rápidamente por todo el arrabal. Armados sus vecinos, se precipitaron como un torrente desbordado hácia el alcázar, arrastrando en pos de sí todos los descontentos que hallaron á su atropellado paso por las calles de la ciudad.

La situacion se hizo sumamente grave, y hubo que apelar á medidas de extremado rigor para dominarla. El Sultan se puso á la cabeza de la guardia para rechazar el asalto de su palacio, empezado yá por las turbas; mas ántes de cargarlas, recurrió á una estratagema de guerra que le facilitase

a victoria. Al efecto mandó á su primo Obaidallah, que con un cuerpo de tropas fuese á incendiar el arrabal. Pocas horas despues ardia el barrio por sus cuatro costados. Los sitiadores del palacio, viendo el humo y las llamas que consumian sus casas, abandonaron el ataque para acudir en socorro de sus mujeres é hijos, cuyos gritos desgarradores llegaban hasta ellos. Este era el momento esperado por el Sultan, quien, lujosamente vestido y *perfumado,* cargó impetuosamente al frente de su caballería las desordenadas masas del pueblo, que acudia desalado al mayor peligro. Con esta embestida coincidió la de Obaidallah, que regresaba de cumplir su mision. Cogidos los sublevados entre dos fuegos, fueron acuchillados sin piedad. Aquello no fué batalla, como la llaman algunos historiadores, fué una espantosa carnicería que cubrió de cadáveres las calles de Córdoba. Sólo trescientos prisioneros hicieron los soldados, que, juzgándolos por su trage personas de distincion, reservaron para presentárselos al Sultan.

Al-Haquem mandó que en el acto fuesen clavados en palos, cabeza abajo, y puestos en fila en la orilla del rio, desde el puente hasta las últimas almazaras...! Luégo ordenó que se destruyese el arrabal hasta convertirlo en campo de labranza; desterró de España á todos sus habitantes, dándoles un plazo de tres dias para salir de la Península, y conminó con la pena de crucifixion al que fuese encontrado pasado este plazo.

Embarcáronse en los puertos de las costas de Andalucía, en número de veintitres mil familias, aquellos desgraciados. Quince mil aportaron en Alejandría, donde se establecieron, y las restantes pasaron á África, donde poblaron la ciudad de Fez, que se estaba edificando á la sazon. Vencida y exterminada la sublevacion del arrabal del mediodía,

Al-Haquem *amnistió á los faquies,* verdaderos autores y responsables de todo lo sucedido.... Verdad es que los faquíes y doctores malaquíes eran árabes, y las víctimas de sus intrigas y predicaciones nó.

Todos nuestros historiadores, al narrar este horroroso acontecimiento, dicen que de sus resultas Al-Haquem cayó en una profunda tristeza, que á veces tomaba el carácter de demencia. Creemos que se ha exagerado mucho su arrepentimiento, segun se desprende de la siguiente composicion poética, que nos han conservado los analistas árabes, y que, como suya (todos los sultanes de la ilustre dinastía omiada española fueron excelentes poetas), refleja la verdadera situacion de su ánimo, lo convencido que estaba de haber obrado en aquella ocasion dentro de su derecho, y el estado próspero en que puso la España musulmana. Dice así:

«Uní las divisiones del país con mi espada, como la aguja une los bordados, y congregué las diversas tribus en mi juventud.

»Preguntad si en mis fronteras hay algun lugar abierto, y correré á cerrarlo con la espada y cubierto con la coraza.

»Acércate á los cráneos que yacen por la tierra como copas de coloquíntida.

»Te dirán que en su acometida no fuí yo de los que huyeron; ántes bien acometí espada en mano.

»Y que yo, cuando retrocedieron espantados del combate, no fuí de los que se apartaron por miedo de la muerte.

»Defendí mis derechos y hollé los suyos; humillacion y afrenta sufre quien no los defiende.

»Cuando nos dimos á beber mútuamente los raudales de nuestras guerras, yo les di á beber el veneno penetrante de la muerte.

»¿Por ventura, al hacerlos morir, he acrecentado yo la »medida de su muerte? Murieron porque así lo habia decre»tabo el hado y su destino adverso.

»Mira ahora el país, que he dejado *libre de disensiones,* »llano como un lecho» (1).

Estos versos, escritos poco ántes de morir por Al-Haquem, fueron dirigidos á su hijo y sucesor.

Abderahman II, que sucedió á su padre Al-Haquem, muerto en el año 815, fué un príncipe liberal, notable por su erudicion y sus conocimientos en jurisprudencia (2). Cuéntanse de él, entre otros, los siguientes rasgos de increible prodigalidad. Una esclava suya, enojada con él, rehusó acudir á su llamamiento, y le cerró la puerta de su estancia: el Sultan mandó tapar aquella puerta con sacos de dinero. Cuando ella abrió cayeron los sacos al suelo, derramándose hasta *veinte mil adinares* que contenian. En otra ocasion regaló á una esclava un collar que valia *diez mil adinares.*

En su tiempo, la córte de los sultanes de Córdoba alcanzó un brillo y explendor como hasta entónces no habia tenido (3). Émulo de la fastuosa prodigalidad de los califas de Bagdad, Abderahman se rodeó del mayor aparato y pompa palaciega. Hermoseó su capital, hizo construir costosos puentes, mezquitas, escuelas y alcázares, y mandó plantar vastos y magníficos jardines y encantadores vergeles. Amaba la poesía y recompensaba generosamente los poetas. Fué príncipe cariñoso, afable y bueno hasta la debilidad, pues durante su vida se dejó dominar por un faquí, una mujer, un músico y un eunuco.

(1) *Ajbar Machmua.*
(2) *Ajbar Machmua.*
(3) Dozy.

Empero si la córte era espléndida y centro de placeres, y si en Córdoba florecian todas las artes de la paz y de la más refinada cultura, en cambio otras provincias y ciudades del reino musulman estaban muy léjos de gozar iguales beneficios. En Murcia hubo una guerra entre árabes yemaníes y maadíes que duró siete años; Mérida se mantenia en estado casi perpétuo de insurreccion; Toledo se rebeló de nuevo, y en su distrito se formó una especie de *germanía* de la naturaleza de aquella que algunos siglos despues, en 1520, se estableció en Valencia; Zaragoza, Tudela, Huesca y toda la frontera superior se habian emancipado del dominio de los soberanos de Córdoba, y obedecian á Musa el *Renegado,* que se titulaba *tercer rey de España.* Sólo Sevilla y su distrito se veian libres de la guerra civil, que más ó ménos encendida turbaba la paz en las demás provincias musulmanas. Desgraciadamente las calamidades de la discordia civil, de que se libró durante los años que mediaron entre el de 766 y el de 844, cayeron de improviso todos juntas y á la vez en esta última fecha, haciéndola apurar hasta las heces y en pocas horas el cáliz de la amargura que otras ciudades habian bebido sorbo á sorbo.

El suceso, por ser tan horrible como nuevo en su historia, bien merece que lo detallemos con toda la extension que permitan los datos que encontramos en las traducciones de los manuscritos arábigos que yacieron desconocidos hasta nuestros dias. Mas ántes habrémos de dar una ligera noticia del estado en que se encontraba nuestra Ciudad en la época que sufrió la mayor de las desgracias que registran sus anales, para que se comprenda toda la intensidad del dolor que la afligió.

Sevilla, apesar de la conquista y durante la dominacion islamita, continuó siendo la ciudad de España donde más

indelebles se conservaban las tradiciones romanas y los hábitos y costumbres de la raza visigoda; existiendo por lo tanto en ella el carácter verdaderamente nacional, tal cual lo habian formado las civilizaciones extranjeras implantadas en el suelo de la Península, además, el que le fué peculiar en su calidad de poblacion eminentemente agrícola y comercial. Yá hemos visto que los autores árabes dijeron de ella que era la silla de la ciencia y civilizacion latina y germánica; que su puerto marítimo se reputaba como uno de los mejores de España (1), y que su rico comercio de importacion y exportacion, la constituian en una ciudad notoriamente opulenta; con lo cual dicho se está que en ella buscarian refugio, en los dias de la conquista, las familias más nobles y ricas del país, recibiendo con esto considerable aumento su poblacion. Ésta debió necesariamente continuar siendo comercial, dado que los árabes en aquellos tiempos no lo eran y mucho ménos en el concepto marítimo: de todo lo que se deduce, que la conquista no debió introducir en ella cambios muy profundos en el órden social. Á mayor abundamiento, dícennos tambien los autores aludidos que los árabes se habian establecido en corto número dentro de la ciudad, fijando preferentemente su residencia en el campo, ya porque esto cuadrase mejor á su carácter y costumbres nacionales, ya porque no hallasen cómodo alojamiento dentro de sus muros.

Sevilla, pues, era la ciudad más española de aquellos tiempos, apesar de que muchos de sus naturales y habitantes habian abrazado desde luego el islamismo como medio de conservar su fortuna particular; pero sin renunciar á su carácter, hábitos y costumbres, y, sobre todo, á las ocupa-

(1) El Moro Razis.

ciones á que se dedicaban y á los medios honrosos que empleaban para aumentar su riqueza y bienestar. Á estas circunstancias, sin duda, debió la profunda paz que disfrutára enmedio de las sangrientas revueltas de aquellos tiempos. Es así, que en tanto que las provincias musulmanas de oriente, levante, centro y oeste de la Península, y áun las de la alta Andalucía, y de su parte más montañosa, sufrian los desastres de frecuentes guerras civiles, rebeliones é insurrecciones de sus capitales, en la nuestra, que sepamos, no se produjeron graves discordias, ni áun alguno de esos serios motines que dejaron escritas páginas sangrientas ó vergonzosas en la historia de aquéllas.

Sin embargo, no debian vivir sus habitantes exentos de toda inquietud. Si bien nada tenian que temer dentro, entregados como estaban todos al cultivo de las artes, de la paz, y á la explotacion de la riqueza de su suelo, amenazábales un peligro de fuera, que no sin trabajo podian conjurar. Este nacia de la aversion, que con pretextos religiosos, pero con el fin del saqueo, profesaban á los sevillanos cristianos y *adoptados,* los árabes y las tribus berberiscas establecidas en el campo. De estos dice el sabio Dozy lo siguiente:

«Conservando intactas sus costumbres agrestes, sus viejas prevenciones nacionales, su aversion á toda raza que no fuera la suya, su carácter belicoso y su adhesion á las rancias familias, á las cuales habian obedecido de padres en hijos desde un tiempo inmemorial, mostrábanse envidiosos de los españoles ricos, y dispuestos á saquearlos y asesinarlos siempre que se les ofrecia ocasion de hacerlo. Los sevillanos, en la prevision de la catástrofe que les amenazaba, habian tomado sus medidas á fin de no ser sorprendidos por los *bandidos del desierto.* Al efecto tenian dividida la Ciudad en doce distritos, cada uno de los cuales mantenia

organizado su respectivo contingente de hombres armados, con su jefe, su bandera y su arsenal. Cada uno de estos cuerpos daba el servicio diario de la plaza, celaba el órden, mantenia la buena policía, y estaba dispuesto para resistir cualquier imprevista acometida, en tanto que se armaba y ponia en defensa el resto de la poblacion. Además, habian concertado alianzas con los árabes maadíes de la provincia y con los berberiscos-botr de Moron.»

Merced, pues, á estas precauciones, á su carácter pacífico y á las grandes riquezas con que contaban para subvenir á todos los gastos que les ocasionaba la necesidad de su defensa, los sevillanos vivian en paz y veian prosperar su riqueza agrícola y comercial; cuando un terrible acontecimiento, que ni imaginar ni preveer podian, llegó en mal hora á hacer infructuosas todas aquellas precauciones, y á arrebatarles en pocos dias una gran parte de aquellas riquezas y todo el bienestar moral y material que durante más de un siglo estuvieron codiciando y acechando, como el tigre acecha la presa, los árabes y berberiscos establecidos en las afueras de la Ciudad. Este acontecimiento fué el saqueo de Sevilla por los piratas escandinavos, á mediados del siglo IX, y á él vamos á consagrar algunas páginas.

Los normandos en Sevilla.
Primera invasion, 844.

Sobre este suceso, que es el más triste de cuantos registran los anales sevillanos, el docto orientalista Dozy ha hecho un trabajo de inmenso valor para nuestra historia, extractando, ilustrando y comentando los documentos arábigos que refieren aquellas invasiones, y ampliando las noticias que los breves y descarnados cronicones antiguos nos han conservado acerca de tan memorable acontecimiento; y, sobre todo, dándonos á conocer por primera vez, despues de los siglos trascurridos desde la fecha de las invasiones hasta nuestros dias, los pormenores circunstanciados de aquel suceso, en lo que se refiere á Sevilla, que para nosotros es lo más importante del asunto.

Mas ántes de reproducir la fiel traduccion que de aquellos preciosos manuscritos hace el sabio Dozy, cúmplenos, para mayor ilustracion del suceso, decir algo respecto á la procedencia, carácter y costumbres de aquellos feroces piratas, que se envanecieron con el título, que nadie se atrevió á disputarles, de *reyes del mar,* y que tan triste recuerdo dejaron de su breve estancia en Sevilla.

«Los normandos, dice César Cantú (1), son el pueblo que más figura en la historia despues de los helenos, á los cuales se asemeja por su índole aristocrática, sus monarquías templadas, su incesante deseo de accion, su orgullo, su audacia, su aficion innata al lujo, que en ellos precedió á la civilizacion, á diferencia de otros pueblos, donde aquél fué la consecuencia de ésta; de todo lo cual provino que se

(1) *Historia Universal.* Época X, cap. IV.

formase la aristocracia europea de los pueblos modernos, como los griegos constituyeron la de los antiguos; siendo, no obstante, muy inferiores á éstos en el sentimiento del órden y de la belleza.

»Se parecian á los francos y demás germanos en el aspecto de su cuerpo, distinguiéndose por su elevada estatura, hermoso semblante y nobleza en el porte. Las feroces costumbres que les inspiraba la religion de Odin, *padre de los extragos, salteador é incendiario,* no estaban moderadas en ellos por el contacto con pueblos más cultos. Manchaban la religion con groseras supersticiones é increibles atrocidades, sacrificando hombres y arrojándose unos á otros niños que recibian en la punta de las lanzas.»

La Francia, nacion rica, accesible por sus muchos rios, y debilitada por la catástrofe de Fontenay, y la anarquía que imperaba en el país, fué fácil presa para ellos.

«Los normandos, dice el citado historiador, remontaban serpenteando el curso de los rios, y su trueno esparcia tal espanto, que al oirlo los habitantes de las riberas huian con sus riquezas á las ciudades y abadías más próximas, buscando el amparo de las murallas y de la religion, barreras insuficientes contra aquellos *lobos del mar,* que, no teniendo el menor respeto á las cosas sagradas, y sí una insaciable codicia de riquezas, saqueaban las iglesias, atacaban, mataban é incendiaban todo cuanto encontraban á su paso. Así fueron devastados los monasterios de Fleury, San Martin de Tours y San German de los Prados en París. El abad de San Dionisio pagó una vez un rescate de millon y medio, lo cual no bastó para librar su abadía del saqueo. Nadie se atrevia á sembrar los campos, y las fieras volvian á tomar posesion de los bosques y de los caminos; á tan deplorable situacion redujeron todas las costas por donde los

rios de la antigua Galia desaguan en el Océano. Algunas veces extendieron sus correrías tierra adentro, y ni áun los valles de los Pirineos pudieron salvar las ciudades de Bigorre, Tarbes, Oloron y Bayona; hasta que, incitados por el ópimo cuanto fácil botin, fijaron su residencia junto á los rios más apropósito para sus correrías, el Escalda, el Loire, el Sena y el Mosa.»

El siguiente rasgo pinta con los más vivos colores el estado de humillacion á que redujeron la Francia. *Rollon*, uno de los jefes que se habian expatriado de Noruega, causó tales devastaciones en aquel país, que el débil Cárlos el *Simple* se vió en la necesidad de cederle aquella parte de la Neustria, que desde entónces se llama Normandía, bajo la sola condicion de que abrazase el cristianismo. Rollon aceptó el tratado y con él la mano de la princesa *Gizela*, hija del rey de Francia. Mas no queriendo prestar personalmente pleito homenaje á Cárlos, envió uno de sus oficiales que lo representase en aquel acto. El normando debia besar el pié al rey de Francia en señal de vasallaje, y al verificarlo asió la pierna de Cárlos y la levantó tan alto, que el mísero cayó de espaldas entre las risas y la rechifla de los normandos que asistian á la ceremonia.

Los normandos, que empezaron su vida de conquistadores saqueando la mayor parte de las costas de la Europa occidental, acabaron por fundar memorables reinos. «Emigracion distinta de las precedentes, pues no era una raza, un pueblo entero que cambiaba de patria, como puede ejecutarse por tierra, sino grupos de guerreros sin mujeres y sin familia, que tomaban las de los vencidos, realizó, sin embargo, memorables hechos. Algunos, caminando hácia Oriente, fundaron el imperio ruso; otros, dirigiéndose á Italia, destruyeron los últimos restos de la dominacion griega; y

otros, en fin, vogando hácia el Mediodía y al Occidente, renovaron las heridas abiertas por sus hermanos los sajones en la Armórica y en la Bretaña.»

Tales fueron los hombres que componian las bandas de feroces piratas que en el año 844 inundaron en sangre y saquearon á Sevilla. Pocos meses ántes de aterrar con su presencia á los habitantes de nuestra Ciudad, habian saqueado la costa asturiana, en las inmediaciones de Gijon, é intentado un desembarco en las de Galicia; suceso que la crónica de Sebastian de Salamanca refiere en los siguientes términos:

«Algun tiempo despues (de la usurpacion y suplicio de Nepociano, conde del palacio) aportaron los normandos con sus naves por el Océano setentrional á las playas de Gijon, desde donde extendieron sus correrías hasta la Coruña. Al saberlo Ramiro, reconocido yá por rey, envió contra ellos un ejército con sus duques y condes, los cuales pasaron á cuchillo una gran multitud de aquellos invasores y pegaron fuego á sus naves. Los que de ellos pudieron salvarse se dirigieron á una ciudad de *España, llamada Sevilla,* la cual saquearon y en donde con el hierro y el fuego dieron muerte á muchísimos caldeos (musulmanes).»

El *Cronicon de Oviedo,* que termina precisamente á la muerte de Ramiro I, acaecida en la era 888 (año 850 de C.), dice:

«En su tiempo (de Ramiro) las naves de los normandos llegaron por el Océano setentrional á la playa de la ciudad de Gijon; mas habiéndolo sabido el Rey, salió á encontrarlos con su ejército, sus duques y sus condes, mató gran número de aquellos enemigos y pegó fuego á sus naves.»

Veamos ahora la narracion de Dozy, que se refiere á la venida de los normandos á Sevilla.

Invasion de 844.

«Medio siglo hacía que los audaces piratas escandinavos cruzaban los mares de Europa, embarcados en frágiles naves, saqueando é incendiando las ciudades y con preferencia los ricos monasterios. Yá á la sazon habian sembrado el espanto en la Frisa, en la Holanda, en las Islas Británicas y en Francia. Despues de la sangrienta batalla de Fontenay, en la cual pereció la flor de la nobleza franca, y despues de la particion de la dilatada monarquía de Carlo-Magno entre los hijos de Luis el *Piadoso*, Francia no se encontró en estado de resistir á los *paganos*, á los *lobos*, como se les llamaba, es decir, á las bandas de salteadores de *Hasting*, y de *Bjorn, Cota de Hierro*. En el mismo año de la batalla de Fontenay, Ruan fué incendiada por los piratas; Tours debió su salvacion á un milagro, y en Nantes el obispo y su rebaño fueron degollados sin piedad bajo las naves de la Catedral.

»Tocóle entónces el turno á España. El año 844 una flota normanda, que saliera del Garona despues de haber saqueado á Tolosa, fué arrastrada por una tempestad sobre las costas de Astúrias. Los piratas saquearon desde luego los alrededores de Gijon, y luégo navegaron hácia el antiguo faro conocido en nuestros dias con el nombre de *Torre de Hércules*, cerca de la Coruña, y que á la sazon se llamaba *Farum Brigantium*. Allí desembarcaron, y allí terminó la primera parte de su jornada en la península Ibérica, pues el rey Ramiro I envió contra ellos un ejército que los obligó á reembarcarse precipitadamente y que les quemó setenta naves.

»En vista del mal éxito de su tentativa en las costas de

Astúrias y Galicia, los normandos dieron la vela rumbo al Mediodía, con propósito de atacar las posesiones de los musulmanes.

»Segun cuenta ibn-Dihya, hácia el año 821 Abderahman II habia enviado un embajador á un rey normando. Este embajador lo fué el poeta Yahya ibn-Hacam, quien, siendo jóven, fué apellidado Gazal *(gacela)* por su extraordinaria belleza. Érase un diplomático no ménos hábil que galanteador, que en Constantinopla alcanzó el favor de la emperatriz á beneficio de la admiracion que manifestó hácia ella, y que en la córte del rey normando supo tambien granjearse el afecto de la esposa de aquel soberano, merced á los versos que le dedicó ensalzando sus encantos y belleza. El autor árabe que nos da esta noticia, parece ignorar la razon que tuvo Abderahman para enviar aquella embajada al rey normando; pero M. Kunik (1) aventura acerca de este particular una conjetura muy plausible, cual es, que el califa de Córdoba, que á la sazon estaba en guerra con los francos, tuvo la intencion de excitar contra ellos los piratas del Norte.»

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que esta vez los sectarios de Mahoma tuvieron que combatir á los de Odin, en lugar de galantear á sus reinas; trabajo algo más duro y laborioso, segun lo demuestran los pasajes cuya traduccion damos á seguida.

Hé aquí, en primer lugar, lo que acerca del suceso dice Nowairi:

(1) Secretario de la Academia de San Petersburgo, en 1845.

Relacion de la entrada de los politeistas en la España musulmana.

En el año 230 (18 de Setiembre 844 á 6 de Setiembre 845) los *madjiojes* (los paganos) que habitaban la parte más distante de España (1), verificaron una invasion en el país musulman. Primero, en *Dhu-l-hidja* del año 229 (20 de Agosto á 17 de Setiembre 844) aparecieron en Lisboa, donde permanecieron trece dias, durante los cuales los musulmanes trabaron con ellos várias refriegas. Despues fueron á Cádiz, y de allí pasaron á (la provincia) de Sidonia (2). Empeñóse una recia batalla entre los musulmanes y ellos. El 8 de *Moharrem* (25 de Setiembre) llegaron á doce *parasangas* (3) de Sevilla. Los musulmanes les salieron al encuentro; pero fueron derrotados y perdieron mucha gente el 12 de *Moharrem* (29 de Setiembre). Alentados con su victoria los madjiojes, adelantaron su campo hasta situarlo á dos millas de Sevilla. Los habitantes de esta Ciudad salieron (por segunda vez) contra ellos, el 14 de Moharrem (1.º de Octubre) y fueron de nuevo derrotados, dejando muchos muertos sobre el campo de batalla y no pocos prisioneros en manos de los *madjiojes,* que no dieron cuartel y degollaron hasta las bestias de carga. Vencidos los sevillanos, los *mad-*

(1) Debe disculparse en un autor egipcio esta inexactitud. Nowairi hubiera podido decir que los normandos habitaban en Francia, puesto que en aquel tiempo hacian incursiones durante el estío en aquel país, y el invierno lo pasaban en las islas de sus costas.

(2) *Sidonia* significa siempre para los árabes una provincia.

(3) *Parasanga,* medida itineraria de los árabes, cuya extension equivalia á tres millas.

jiojes entraron fácilmente en la Ciudad, donde permanecieron un dia y una noche, regresando á seguida á sus naves. Pero noticiosos de la llegada de un ejército enviado por Abderahman (II) desembarcaron aceleradamente y salieron á su encuentro para darle la batalla. Los musulmanes pelearon con valor y mataron setenta politeistas. Los demás huyeron á acogerse á sus naves, y los musulmanes no intentaron perseguirlos.

«Muy luego Adberahman envió contra ellos un segundo ejército, que los alcanzó y trabó con ellos recia batalla; pero los madjiojes se batieron en retirada. El 2 de Rabie 1.º (17 de Noviembre) el ejército musulman, reforzado con los contingentes enviados de todas partes, los atacó de nuevo, envolviéndolos por todos lados. Los madjiojes huyeron á la desbandada, dejando cerca de quinientos muertos sobre el campo de batalla. Tomáronseles cuatro naves, que fueron quemadas despues de alijar su cargamento (1). Entónces los piratas se dirigieron á Niebla, donde se apoderaron de una galera: despues desembarcaron en una isla cerca de Corias (2), y allí se repartieron el botin. Los musulmanes entraron por el rio (3) para combatirlos, y les mataron dos hombres. Los *madjiojes* se retiraron, regresando á la provincia de Sidonia. Robaron en ella muchos víveres é hicieron algunos prisioneros; pero á los dos dias de su estancia, aparecieron las naves de Abderahman, procedentes de Sevilla, y los *madjiojes* se reembarcaron huyendo hácia Niebla, cuyo país re-

(1) Si se compara esta narracion con la de ibn-Adhari, se verá que Nowairi se refiere aquí á una batalla librada en la provincia de Sidonia.

(2) Creo que Nowairi se ha equivocado al escribir este nombre; pues es evidente que se trata de una isla próxima á Huelva.

(3) Rio-Tinto.

corrieron haciendo muchos prisioneros. De Niebla marcharon á Osonoba (1) y de aquí á Beja. Regresaron á Lisboa, y, por último, abandonaron las costas de España. No se volvió á oir hablar de ellos y renació la tranquilidad en el país.»

Veamos ahora, dice Dozy, la narracion de Ibn-Adhari. Este autor, al referir la invasion de los normandos, cita dos libros, el *Bahdja an-nafs,* que no conozco, y el *Dorar al-Calayid,* es decir, el *Dorar al-Calayid Waghovar al-fawayid,* de Abu-Amir (Mohamed Ibn-Ahmed Ibn-Amir) Salimi. Parece que este Salimi vivió en el siglo XI ó en el XII, y á juzgar por los extractos que se encuentran en los libros de vários autores, escribió su historia en prosa rimada. De ella probablemente tomó Ibn-Adhari los dos siguientes pasajes, en prosa rimada, que se encuentran en su relacion.

En el año 229 (30 de Setiembre 843 á 17 de Setiembre 844) recibióse en la capital (Córdoba) un parte del gobernador de Lisboa Wahballah, Ibn-Hazm, anunciando que los madjiojes habian aparecido sobre las costas de su provincia con cincuenta y cuatro grandes naves y otras tantas más pequeñas. Abderahman le autorizó, así como á los gobernadores de las otras provincias marítimas, para que, tomando las medidas reclamadas por las circunstancias del momento, obrase segun le dictase su buen celo.

Toma de Sevilla por los madjiojes en el año 230.

«Los madjiojes llegaron embarcados en unas ochenta naves (2), y dijérase al verlas que era una bandada de aves

(1) Las ruinas de Osonoba, que fué en lo antiguo ciudad episcopal, se encuentran al Norte de Faro, al sitio que en nuestros dias se llama Estoy.

(2) Los andaluces-musulmanes llamaban estas naves *Corcur* (el

de color rojo oscuro, que llenaba el mar, de la misma manera que llenaban de pavor y angustia el corazon de los hombres. Despues de haber desembarcado en Lisboa, se dirigieron á Cádiz, luégo hácia (la provincia de) Sidonia y por último á Sevilla. Sitiaron esta ciudad; la entraron por fuerza de armas; hicieron sufrir á sus habitantes los dolores de la cautividad y de la muerte, y permanecieron en ella siete dias, durante los cuales hicieron apurar el cáliz de la amargura al pueblo.

»Noticioso del suceso, Abdrahman mandó al hajib Isa Ibn-Chohaid (1) que se pusiese al frente de la caballería. Los musulmanes acudieron diligentes bajo las banderas de este general, y se unieron á él así como el párpado se estrecha contra el ojo. Abdallah Ibn-Colaib, Ibn-Wasim (2) y otros oficiales superiores tomaron parte en la expedicion militar, incorporados á la caballería. El general en jefe del ejército estableció su cuartel general en el Aljarafe, y desde allí escribió á los gobernadores de los distritos mandándoles que pusiesen sobre las armas á sus administrados. Estos se reunieron en Córdoba, y el eunuco Nazer los condujo al ejército de operaciones.

»Entretanto los *madjiojes* recibian contínuos refuerzos, y, segun el autor del libro intitulado *Bahdja an-nafs*, con-

---

navis longa de los romanos, el *langskip* de los sagas islandeses) las cuales tenian una vela cuadrada hácia la proa y otra hácia la popa, pintadas de color rojo.

(1) Ibn-al-Cutia afirma que el hajib (primer ministro) durante los últimos años del reinado de Abdrahman II se llamaba Isa Ibn-Chohaid. Los Beni-Chohaid gozaban de alta consideracion entre la nobleza de la córte de los califas.

(2) Este general, como se dirá más adelante, pasó á la provincia de Sidonia.

tinuaron durante trece dias sin interrupcion matando hombres y reduciendo á la esclavitud á las mujeres y niños;—pero el autor del *Dorar al-Calayid,* en lugar de trece dice siete dias, y este es el número que hemos indicado anteriormente.—Despues de haber sostenido algunas refriegas con las tropas musulmanas, se dirigieron á Captel (1), donde permanecieron tres dias. Despues revolvieron sobre Caura (2), situada á doce millas (tres leguas) de Sevilla, donde dieron muerte cruel á muchas personas; hecho lo cual se apoderaron de Talyata (3), á dos millas de Sevilla, y allí pasaron la noche. En la mañana siguiente aparecieron en un lugar llamado al-Fakharin. Reembarcáronse, y poco despues dieron un combate á los musulmanes. Estos últimos fueron derrotados y sufrieron pérdidas incalculables.

»Habiendo regresado á sus naves, los *madjiojes* se dirigieron á la provincia de Sidonia, y de aquí á Cádiz, acosados por los generales enviados por Abdrahman, que los combatieron con éxito unas veces y otras con desgracia. Finalmente, empleáronse contra ellos máquinas de guerra (4), y habiendo llegado numerosos refuerzos de Córdoba, acabaron por ser completamente derrotados. Matáronseles

(1) *Isla Mayor.*

(2) Plinio menciona este pueblo, y los árabes le llamaron de la misma manera que los romanos, esto es, *Caura.* Hoy le decimos *Coria.* Ibn-Haiyan dice tambien que Caura se encuentra á doce millas de Sevilla; lo cual es un notable error, puesto que la distancia entre las dos poblaciones es sólo de dos leguas.

(3) Véase el *Apéndice* en lo que se refiere á este lugar.

(4) ¿Á qué clase de máquinas de guerra aludirá en este pasaje el autor traducido por Dozy, dado que las neurobalísticas que en aquellos tiempos se usaban, no se empleaban en campo raso sino para batir los muros de las plazas y castillos, ó resistir á los sitiadores?

unos quinientos hombres, y se les tomaron cuatro naves con todo cuanto se contenia en ellas. Ibn-Wasim las mandó quemar despues de haber vendido su cargamento. Á seguida (1) fueron derrotados en Talyata, el mártes 25 de Zafar de este año (11 Noviembre 844). Muchos de ellos fueron muertos, otros ahorcados en Sevilla, y otros fueron colgados de las palmeras de Talyata, y además se les quemaron treinta naves. Los que se salvaron de la matanza se reembarcaron, hicieron, rumbo á Niebla, luégo á Lisboa, y no se volvió á oir hablar de ellos.

»Llegaron á Sevilla en miércoles 14 de Moharem del año 230 (1 de Octubre 844), y á contar desde este dia hasta el de la fuga de los que libraron su garganta de la espada de los musulmanes, cuarenta y dos fueron los trascurridos. Su jefe tambien fué muerto. Para castigarlos de sus muchos crímenes, Dios permitió que fuesen exterminados, tan numerosos como eran. Cuando quedaron completamente vencidos, el gobierno participó tan fausta nueva á todas las provincias, y el emir Abdrahman escribió tambien á los Cinhadja de Tanger anunciándoles que, merced al favor de Dios, habia podido aniquilar los *madjiojes*. Con la carta les remitió la cabeza del jefe y doscientas más, las de los principales guerreros *madjiojes* muertos por los musulmanes.»

Á esta narracion añadirémos la no ménos curiosa de Ibn-al-Cutia, enteramente desconocida hasta ahora. Es la más antigua, puesto que fué escrita en el siglo X.

«Abderahman mandó construir la mezquita mayor de

(1) Esta palabra está fuera de su lugar en este sitio; puesto que, segun Nowairi, la batalla en la provincia de Sidonia, referida en este lugar por Ibn-Adhari, se dió el 17 de Noviembre, seis dias despues de la de Talyata.

Sevilla, y reconstruir las murallas de esta Ciudad, que habian sido destruidas por los *madjiojes* el año 230. La llegada de aquellos bárbaros sembró el espanto entre los habitantes: todos huyeron; los unos se refugiaron en las montañas más cercanas, y los otros fueron á ampararse de los muros de Carmona. No se encontró en todo el Oeste quien se atreviese á combatirlos; por consiguiente, hubo que pedir auxilios á Córdoba y á las provincias vecinas, y cuando éstas tuvieron reunidos sus contingentes, los wasires los condujeron contra los invasores. Tambien fueron llamados á las armas los habitantes de las fronteras en cuanto se tuvo noticia del desembarco de los *madjiojes* sobre las costas extremas del Oeste, y de que se habian posesionado de la llanura de Lisboa.

»Los wasires acamparon sus tropas en Carmona; pero recelando de la inaudita ferocidad y extremada bravura del enemigo, no se atrevieron á atacarle ántes de la llegada de las tropas de las fronteras (1). Éstas llegaron al fin, y con ellas las de Musa Ibn-Casi (2). No poco trabajo le costó á

(1) Las tropas de las fronteras eran las más experimentadas y aguerridas, en razon á las frecuentes luchas que sostenian con los cristianos.

(2) La poderosa familia de los *Ibn-Casi*, ó *Benikazzi*, como la llama Sebastian de Salamanca (c. 25), de orígen godo, habia abjurado el cristianismo, y abrazado el mahometismo en la época de la conquista musulmana, probablemente para conservar el dilatado señorío que poseia en Aragon, sobre la orilla derecha del Ebro, á pocas leguas de Zaragoza (señores de Borja los llama el manuscrito de Meyá). Á la muerte de Abderahman I, Musa I, hijo de Fortunio, y jefe á la sazon de la familia de los Beni-Casi, estaba casado con una hija de Íñigo Arista, primer rey de Pamplona; se aprovechó de los grandes disturbios que acontecieron en Andalucía, á resultas de la rivalidad que estalló entre los dos hijos del Emir por ocupar el trono vacante, y se apoderó de Zaragoza. En ella se hizo independien-

Abderahman atraer aquel jefe á sus banderas; tuvo que halagarlo y recordarle los lazos que unian la familia de éste á la suya propia. Uno de los antepasados de Musa, habiendo abrazado el islamismo á instancias del califa Walid, se hizo en tal virtud cliente de aquel califa. Musa dejóse vencer al fin, y se puso en marcha hácia el Mediodía, al frente de un numeroso ejército. Sin embargo, llegado que fué á Carmona, no quiso unirse ni á las tropas de las fronteras ni al ejército de los wasires, y puso su campo en lugar separado.

»Los jefes de las tropas de las fronteras pidieron noticias á los wazires acerca de los movimientos que practicaba el enemigo, y les fué contestado que los *madjiojes* enviaban diariamente numerosos destacamentos hácia *Firrich* (1), hácia *Lacant* (2), hácia Córdoba, y hácia Moron. Entónces preguntaron si habia en las cercanías de Sevilla algun lugar en buenas condiciones para poner una celada al enemigo;

---

te del califato de Córdoba. Á mediados del siglo IX, habia alcanzado esta familia tan inmenso poder en la España musulmana, que Musa II (á quien llamára Abderahman para rechazar los normandos) era señor de Zaragoza, Tudela, Huesca y toda la frontera superior, despues de haber vencido en repetidas campañas á los andaluces, á los castellanos, á los condes de Barcelona y al rey de Francia Cárlos el *Calvo*; de suerte, que en la época á que nos referimos, Musa pudo titularse *tercer rey de España*, segun refiere la crónica de Sebastian de Salamanca (ó de Alfonso III), coetánea de estos sucesos.

(1) El castillo al cual los árabes llamaban de *Firrich*, estaba situado al N. E. de Sevilla, cerca de Constantina.

(2) Dábase el nombre de *Lacant*, dice el autor del *Maracid*, á dos fortalezas en la provincia de Mérida, situadas la una frente á la otra. Acaso esta localidad, frecuentemente nombrada por los autores árabes, se encontraba en las inmediaciones de Fuente de Cantos, al N. O. de Sevilla.

los wazires les indicaron el pueblecillo de *Quintos-Moafir* (1), situado al Sudeste de Sevilla. Á él, pues, se encaminaron las fronteros á altas horas de la noche, y establecieron su emboscada, cuidando de poner un vigía, provisto de un haz de leña, en lo alto de la torre de la antigua iglesia del pueblo.

»Al despuntar la aurora el vigía hizo la señal indicando que un cuerpo de tropas *madjiojes,* fuerte de diez y seis mil hombres, se dirigia hácia Moron. Los musulmanes los dejaron pasar; luégo cayeron de improviso sobre ellos, y habiéndoles cortado la retirada, los pasaron al filo de la espada.

»Considerando los generales de Abderahman que la derrota de aquella division enemiga les dejaba expedito el camino, levantaron su campo de Carmona, y se dirigieron sobre Sevilla, cuyo gobernador estaba sitiado en el castillo por los *madjiojes.* Viendo llegar las tropas musulmanas, el gobernador hizo una salida con la guarnicion, y se incorporó á ellas, entrando en su compañía en la Ciudad, donde muy luego regresaron todos los habitantes que la habian abandonado.

»El mismo dia en que fué exterminada en Quintos la banda de *madjiojes,* que saliera á merodear hácia Moron, otras dos bandas habian salido de Sevilla, en direccion de Lacant la una, y la otra hácia las tierras de los *Beni-l-Lait,* camino de Córdoba. Es así, que los pocos normandos que habian quedado en Sevilla, al tener noticia del desastre de sus compañeros en Quintos, y al ver llegar sobre la Ciudad el ejército musulman, se acogieron precipitadamente á sus naves, y embarcados en ellas remaron rio arriba hácia el

(1) Espinosa de los Monteros, *Hist. de Sevilla,* f. 16, col. 2.

castillo de......... (1) donde encontraron á sus compañeros; y habiéndoles dado cuenta del desastre de los suyos, convinieron entre todos en abandonar el país. Al efecto, bajaron el rio entre las maldiciones de los habitantes de la comarca, que desde ámbas orillas los insultaban, apedreaban y arrojaban odres. Así llegaron hasta una milla más abajo de Sevilla; allí se detuvieron, y dijeron á los que los hostilizaban: «Dejadnos en paz si quereis rescatar los cautivos que llevamos.» Esto oido, las gentes dejaron de lanzarles proyectiles, y entónces comenzáronse á efectuar los rescates. Pero los *madjiojes* no quisieron aceptar oro ni plata, y sólo tomaron víveres y vestidos.

»Desde Sevilla se dirigieron á Niebla, donde hicieron prisionero al abuelo de Ibn-Zalih; pero el emir Abderahman Ibn-Hacan le rescató, y en agradecimiento á este beneficio los Beni-Zalih mantuvieron siempre relaciones de amistad con los ommiadas. Despues los *madjiojes* saquearon los pueblos de ámbas costas, y durante esta expedicion, que duró catorce años, llegaron al país de Rum y á Alejandría.

»En el tiempo en que se acabó la mezquita mayor de Sevilla, soñó Abderahman que entraba en ella, y que se le apareció en la *Kibla* (2) el Profeta, muerto y envuelto en un sudario. Despertóse muy acongojado, y habiendo llamado á los adivinos, les pidió la interpretacion de aquel sueño; y éstos le contestaron que significaba que las prácticas del culto mahometano cesarian en aquella mezquita. Y así

(1) Este castillo, que Ibn-Cutia é Ibn-Haiyan nombran de distinta manera, estaba situado, segun el último de los autores citados, á unas dos leguas de Sevilla. Fué arruinado por las tropas del sultan ommiada Abdalah.

(2) Así se llamaba el lado de la mezquita que daba hácia la Meca.

aconteció cuando los madjiojes se apoderaron de la Ciudad.

»Vários cadíes de Sevilla refieren que los normandos arrojaban flechas inflamadas sobre el tejado de la mezquita, y que las partes del mismo, incendiadas por aquéllas, se hundian. Hoy todavía se ven las señales del incendio producido por las flechas. Pero cuando los madjiojes se convencieron que por aquel medio no conseguirian quemar la mezquita, recurrieron al extremo de amontonar enmedio de una de sus naves esteras y haces de leña. Disponíanse á pegar fuego al edificio, cuando un mancebo que venía del lado del *mihrab* (1) les salió al encuentro. Los ahuyentó de la mezquita, y durante tres dias, hasta el de la gran batalla, defendió la entrada. Los normandos decian que el mancebo que los arrojó de la mezquita era extremadamente hermoso (2).

»Desde aquel suceso Abderahman tomó medidas de precaucion. Mandó establecer un arsenal en Sevilla y que en él se construyesen barcos de guerra; además matriculó numerosos y buenos marineros de las costas de Andalucía, les señaló crecida paga, y armó las naves con *máquinas de guerra* y las proveyó de *nafta* (¿pólvora?). Así es, que cuando los madjiojes llegaron por segunda vez, en el año 244 (19 de Abril de 858 á 7 de Abril de 859), en el reinado del emir Mohammad, se acudió con presteza y fuerzas navales suficientes á combatirlos hasta la misma boca del rio Guadalquivir; y habiéndolos vencido y apresado algunas naves, que fueron quemadas, se alejaron de aquella costa.»

No es posible, dice Dozy, concordar estas tres narracio-

(1) El *mihrab* era el sitio destinado al iman en las mezquitas.

(2) Como se ve el cronista árabe aplica á la mezquita de Sevilla el milagro que poco tiempo ántes se habia verificado en la catedral de Tours, que fué librada de la profanacion de los normandos por san Martin.

nes, que se contradicen frecuentemente, á causa de no ser contemporáneas de los sucesos que refieren, y tener por fundamento tradiciones que no fueron escritas hasta el siglo X. Los árabes españoles comenzaron muy tarde á escribir sus historias. Otra causa además contribuye á la falta de armonía que se advierte en ellas; y es que, como dice Mr. Kunik, los normandos que desembarcaron en las costas de la Península no formaban un solo cuerpo acaudillado por un solo jefe; sino que, por el contrario, se dividian en diferentes bandas, que obraban unas veces reunidas y otras separadamente; circunstancia en la que no habiéndose fijado los autores árabes, explica las contradicciones que se advierten en sus relatos.

CAPÍTULO VII.

La era de los mártires de Córdoba.—Reinado de Mohammad I.—Sublevacion de los españoles cristianos y musulmanes en la provincia de Málaga, acaudillados por Omar-ben-Hafsun.—Reinado de Abdallah I.—Triunfos de Ben-Hafsun.—Estado político y social de Sevilla en estos tiempos.—Familias ilustres establecidas en la Ciudad.—Conspiracion de los árabes contra el poder absoluto del Sultan: los sevillanos la hacen abortar.—Razias de los berberiscos de Mérida y Badajoz en territorio sevillano.—Derrota de las banderas de Sevilla en los campos de Tejada.

Los postreros años del reinado de Abderahman II se señalaron con un acontecimiento que forma época en la triste historia de la servidumbre en que vivieron los cristianos andaluces durante los siglos del imperio musulman. Este acontecimiento es el que creemos poder llamar *la era de los mártires de Córdoba,* inaugurada en los comienzos de aquel reinado con los suplicios de dos hermanos, san Adulfo y san Juan, naturales de Sevilla y nacidos aquí de ilustre sangre, segun dice su panegirista y coetáneo san Eulogio. Existen testimonios fehacientes de aquel suceso, pormenores circunstanciados y sumamente interesantes, como escritos por varones tan sabios como piadosos (1), y ádemás santos y már-

(1) San Eulogio, Álvaro.

tires algunos de ellos, que vivieron en Córdoba en aquel tiempo y gozaron de grande y merecida autoridad entre los cristianos y los musulmanes. Pero ni en lo mucho que posteriormente se ha escrito acerca de aquel suceso, ni en los autores citados en la nota, cuyo testimonio invocamos, se halla explicado el verdadero orígen de aquella persecucion, que dejaria—si no fuese yá conocida la causa—en mal lugar el crédito que merecen los historiadores que nos presentan los árabes como el pueblo conquistador más generoso con los vencidos, el más tolerante en materias de religion, y el ménos fanático en cuanto que fué el más escéptico en punto á la doctrina que le enseñó su maestro. Esto sentado, narremos compendiosamente el suceso, comenzando por exponer la situacion en que se encontraban los cristianos de Córdoba en aquellos tiempos, que era la misma para los de Sevilla, á quienes no alcanzó tan sangrienta persecucion.

Tenian, segun refiere en sus obras san Eulogio mártir, dentro de Córdoba seis iglesias, y algunas más extramuros de la ciudad; y en las afueras ocho monasterios de monges y otros tantos de monjas (2). Aquellas iglesias y monasterios eran además escuelas donde se instruia y doctrinaba la juventud cristiana de ámbos sexos, y no sólo en las primeras letras sino tambien en la lengua latina, Sagrada Escritura y filosofía. Tenian sus dignidades y sus curas, que se llamaban abades, y en ellas se tañian las campanas para anunciar las horas canónicas y convocar los fieles á los oficios divinos. Los cristianos llevaban sus muertos á enterrar «con cruz levantada, cirios encendidos y entonando los cánticos y rezando las

(2) Era costumbre aconsejada por la penuria de aquellos tiempos que estuviesen inmediatos unos de otros los edificios destinados á conventos de religiosos y religiosas.

preces que usa la Iglesia.» Los monges y sacerdotes (presbíteros los llamaban) circulaban por las calles con sus hábitos ó ropas talares; gozando, en suma, los cristianos de tal libertad en el ejercicio del culto interior y exterior, que no se les vedaba hacer la propaganda de su doctrina. Una sola cosa les estaba vedada, y era el blasfemar y decir imprecaciones contra Mahoma. En este punto la ley musulmana era inflexible é inexorable: el blasfemo contra el Profeta ó el apóstata del islamismo estaba condenado irremisiblemente á muerte.

Además, en su calidad de súbditos del sultan, gozaban de los mismos derechos políticos que los musulmanes—salvo el pago de la capitacion, que los hacía de peor condicion que el resto de los contribuyentes;—y como eran reputados más dóciles, obedientes, laboriosos y morigerados, ejercian cargos importantes y bien retribuidos (1) en la córte, en la administracion pública y las casas de los más ricos señores árabes, que tenian en ellos gran confianza; finalmente, tenian mandos subalternos en el ejército permanente, formaban regimientos numerosos y componian uno de los tercios de la guardia personal del sultan.

Así vivieron ciento cuarenta años—desde el dia de la conquista—en paz con sus dominadores los más ilustrados y resignados con su suerte, de tal manera, que iban abandonando su lengua (2), seducidos por el brillo de la litera-

(1) Uno de los tres hermanos de san Eulogio, el más jóven, llamado José, estaba empleado en las oficinas de la administracion; un cristiano llamado Gomez, hombre muy versado en la literatura y lengua árabe, que escribia y hablaba con pureza y elegancia, fué privado de Abderahman II, y ejerció grande influencia en la córte. Yá hemos visto en una nota precedente, que el paje favorito de Al-Haquem fué cristiano y se llamó Jacinto.

(2) *Manuscrito de Álvaro*. Florez: *Esp. Sagr.*, pág. 273.

tura árabe, cuyos libros, poesías y romances se complacian en leer: así vivieron, repetimos, hasta el año 851, en que tuvo comienzo la persecucion que tanta sangre y lágrimas les hizo derramar en el reinado de un príncipe como Abderahman II, cuyos biógrafos é historiadores le dicen bondadoso, liberal, notable por su saber y erudicion; magnánimo, en fin, y fastuoso hasta la prodigalidad.

De improviso, pues, rompióse la armonía que la tolerancia religiosa recíproca tenía establecida entre vencedores y vencidos. La hez del pueblo musulman dió en perseguir de palabra y de obra á los cristianos, sobre todo á los clérigos y monges, cuando cruzaban por las calles de la ciudad, y en desordenar sus procesiones y entierros cuantas veces hallaba ocasion para hacerlo. Los cristianos sufrieron resignados en un principio aquellos malos tratamientos, fiando en la rectitud de los magistrados la represion de tales excesos; empero vista la ineficacia de sus reclamaciones, devolvieron, pero de palabra, ofensa por ofensa á sus perseguidores. Enconáronse los ánimos, sobrescitóse la fé de los unos y de los otros, hablóse por los musulmanes de exterminio (1) y por los cristianos de martirio; y roto, al fin, el dique, desbordóse el entusiasmo de éstos por alcanzar la celeste palma, y el ciego fanatismo de aquéllos por ultrajarlos y acusarlos ante los tribunales. El clero católico, y, sobre todo, el eclesiástico Eulogio y el láico Álvaro alentaban y fortalecian á los mártires y pagaban de su persona crecido tributo al hacha del verdugo.

Las primeras víctimas de la persecucion lo fueron san

(1) San Eulogio refiere que en una ocasion se propuso en el Consejo del soberano que cada musulman pudiese matar de propia autoridad á cualquier cristiano que blasfemase contra Mahoma.

Perfecto, que provocó su martirio (18 de Abril de 850) blasfemando en público, y ante el tribunal que le sentenció, de Mahoma; san Juan, un comerciante cristiano de Córdoba; los monges Isac y Sancho, quemados (3 de Junio de 851); Paulo, diácono, y Teodomiro, monge de Carmona (20 de Julio de 851); san Sisenando, las vírgenes Flora y María, los láicos Aurelio, Félix, Georgio, Sabigoto y Liliosa; en suma, entre los años 850 y 51, padecieron martirio en Córdoba, por decir imprecaciones contra Mahoma, treinta cristianos entre eclesiásticos y seglares.

El valor con que provocaban el martirio, la entereza con que lo sufrian y las proporciones que iba tomando aquella protesta de nueva especie, que se enardecia á medida que se aumentaba la represion, alarmaron sériamente al gobierno del Sultan, que tuvo al fin que cambiar de táctica para vencerla. Al efecto, recurrió á la reunion de un concilio de prelados católicos. La augusta asamblea abrió sus sesiones en Córdoba, bajo la presidencia del obispo Recafredo, metropolitano de Sevilla. El concilio dió un decreto prohibiendo á los cristianos aspirar al martirio, y mandándoles cumplir con el precepto del Divino Maestro, en cuanto á dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Léjos de conformarse con esta decision los cristianos clérigos, monges, láicos, ancianos y mujeres, exageraron más su celo religioso y redoblaron en público sus injurias á la memoria y doctrina del profeta Mahoma. Á tal punto llegó su exaltacion, que un dia del mes de Setiembre de 852, dos monges, uno anciano y otro mozo, llamados Rogelo y Sirvo á Dios, entraron en la mezquita mayor, en hora en que mayor era en ella el concurso de musulmanes, y turbaron el acto, gritando: «¡El reinado de Dios yá llegó para los fieles, y á vosotros, perros descreidos, el infierno os tragará!...» Sin la intervencion del

cadí allí mismo hubieran sido despedazados. Lleváronles á la prision, y fueron sentenciados á morir degollados, cortándoles ántes los piés y las manos. Su martirio tuvo lugar el 16 de aquel mismo mes y año.

Ahora bien; creemos que aquella súbita exaltacion del celo religioso de los cristianos de Córdoba y aquel inusitado rigor que desplegaron contra ellos los hasta entónces tolerantes árabes, no fué obra de la impaciencia ó intemperancia de aquéllos, ni de las predicaciones de sus prelados y apóstoles; así como tampoco de la tiranía de éstos, por más que cuando tuvieron asegurada su dominacion yá no se mostraron tan escrupulosos en el cumplimiento de los tratados celebrados con los cristianos: sino que procedió de la influencia que desde el reinado de Al-Haquem estaba ejerciendo en la sociedad musulmano-española la doctrina de Melic, que exaltó hasta el delirio el celo religioso de los faquíes, y formó una nueva escuela teológica que se hizo notar por su fanatismo é intolerancia con todo lo que no fuera la doctrina pura del Coran. La destruccion del arrabal del Mediodía de Córdoba, que provocaron con sus predicaciones aquellos teólogos y doctores malaquíes, y las persecuciones que por ende sufrieron durante el reinado anterior, los tenian convertidos, en el de Abderahman II, en ídolo del populacho. Por complacerlos, pues, ó cediendo á sus interesadas sugestiones, la plebe cordobesa, ignorante, y los faquíes, sedientos de prestigio é influencia, injuriaron y provocaron cruelmente á los cristianos, ya porque tratasen de vengar en ellos su derrota del arrabal, ya porque los contemplasen con envidia convertidos en elementos de órden en la ciudad y gozando del aprecio y consideracion de la córte y de las familias árabes más distinguidas por su ilustracion y riqueza. Los cristianos más celosos salieron á la defensa de su fé; contes-

taron á las provocaciones de sus enemigos con otras idénticas provocaciones, y á falta de espada y broquel con que combatir en defensa de la doctrina de Jesucristo, entregaron su cabeza al verdugo.

Seis dias despues del martirio de Rogelo y Sirvo á Dios, esto es, el 22 de Setiembre de 852, falleció Abderahman II, dejando por sucesor en el trono al mayor de sus cuarenta y cinco hijos (1), el príncipe Mohammad.

Receloso, egoista y mezquino hasta el extremo de tomar él mismo las cuentas á sus criados y no fiar á nadie la gestion de los asuntos de la Hacienda pública, el nuevo Sultan se hizo odioso y despreciable por su sórdida avaricia. Sólo los faquíes le estimaban, porque le tenian por devoto y enemigo de los cristianos. Mohammad correspondió á su aprecio, destituyendo desde luego tódos los empleados y licenciando todos los soldados cristianos. Su intolerancia produjo una imponente rebelion de los mismos en Toledo. Combatióla en persona y la venció (Junio de 854). De regreso á Córdoba continuó oprimiendo á los cristianos y dió repetidos decretos para derribar iglesias y monasterios. La doctrina de Melic y los faquíes triunfaban y eran dueños de la situacion, no sólo religiosa, si que tambien política del país. La persecucion hizo nuevos mártires, siendo los más ilustres de aquellos años, san Eulogio, que fué decapitado el dia 11 de Marzo de 859, y santa Leocricia.

En estos mismos años de 858 y 861, los normandos intentaron nuevos desembarcos en las costas occidentales de Andalucía. Ántes de llegar á las nuestras, saltaron en tierra en las de Galicia, mas fueron rechazados por el conde Pedro (Cronicon albeldense), «reembarcándose apresuradamente

(1) Dozy: *Hist. des Musulm. d'Esp.*, tom. II, cap. VII.

con direccion á las *costas de España»* (1). Ben-Adhari refiere en los siguientes términos estas nuevas invasiones piráticas que amenazaron á Sevilla.

«El año 245 (8 de Abril de 859 á 27 de Marzo de 860), los madjiojes aparecieron de nuevo, con sesenta y dos naves, sobre las costas del Oeste; pero las encontraron bien guardadas por la flota musulmana, que cruzaba desde las fronteras del lado de Francia (entiéndase las fronteras orientales de España) hasta las de Galicia al extremo Oeste. Dos de sus naves, que se habian adelantado á las otras, fueron cazadas por los cruceros y alcanzadas en un puerto de la provincia de Beja. Encontróse en ellas oro, plata, cautivos y víveres. Las demás continuaron navegando sobre la costa hasta llegar á la desembocadura del rio de Sevilla. Esto sabido por el sultan Mohammad, mandó que el ejército se dispusiese á marchar contra el enemigo, corriéndose al efecto las órdenes para que todos los contingentes se reuniesen bajo las banderas del hajib (primer ministro) Isa ben-Hasan.

»Los madjiojes no se atrevieron á entrar por el rio de Sevilla, é hicieron rumbo para Algeciras, donde desembarcaron, poniendo la ciudad á sangre y fuego, y quemando su gran mezquita. De allí pasaron á la costa de África, cuyos pueblos saquearon, y maltrataron cruelmente sus habitantes. Despues regresaron á las de España y desembarcaron en la provincia de Tamir, penetrando tierra adentro hasta el castillo de Orihuela. Reembarcáronse y se dirigieron á Francia, donde pasaron el invierno. Robaron la tierra, hicieron muchos cautivos y se establecieron en una ciudad que conserva todavía su nombre. Con la buena estacion volvieron á las

(1) Es sabido que los antiguos cronistas del norte de la Península llamaban *España* á las Andalucías.

aguas de España. En ellas perdieron más de cuarenta naves. En la costa de Sidonia encontraron la flota de Mohammad, con la que empeñaron un recio combate, que les costó otras cuatro naves (segun Nowari), dos de las cuales fueron quemadas, y las otras dos, cargadas de riquezas, quedaron en poder de los vencedores. Las demás naves huyeron.»

Más afortunada en esta ocasion que en la del año 844, Sevilla se libró de la visita de tan sanguinarios y rapaces huéspedes, merced á la marina militar que organizaron los sultanes de Córdoba, siendo el arsenal de nuestro puerto uno de los que más contribuyeron al armamento naval.

La serie no interrumpida de desastres que los feroces piratas escandinavos sufrieron en las costas de Galicia y de Andalucía, hubieron de hacerles tomar en horror estos países, los únicos de Europa donde encontraron una resistencia formal. Así es, que dejaron trascurrir más de un siglo ántes de intentar nuevas invasiones en los puertos de la Península ibérica.

Entretanto iba cediendo la intensidad de la persecucion contra los cristianos en Córdoba; y no por falta de víctimas, que se presentaban voluntariamente al sacrificio, sino porque la aversion de los españoles contra los musulmanes, y el deseo de independencia, que crecia dia por dia en su corazon, eligió, al fin, otras armas y otro campo de batalla, que ofrecia mayores probabilidades de pronto éxito que aquél, donde se venian sacrificando por su Dios y por su patria entre la rechifla del populacho cordobés.

Es así, que en el año 873 los cristianos de Toledo, puestos en armas, habian obligado al Sultan á concederles garantías por medio de un tratado que los hacía casi independientes enmedio de la sociedad musulmana. En el mismo tiempo, un audaz renegado, llamado Ben-Merwan, fundaba

en el Oeste un principado independiente y celebraba un tratado de alianza ofensiva y defensiva con Alfonso III, rey de Leon. En Aragon—la frontera superior, como llamaban los árabes á aquellas provincias—existia otro estado independiente, regido por el renegado Musa, que se titulaba tercer rey de España. Esta era la situacion del país musulman, cuando los cristianos y adoptados de Andalucía resolvieron cambiar la palma del mártir y el yugo de la servidumbre por la espada del guerrero.

Los primeros síntomas de la insurreccion se manifestaron en las montañas de la provincia de Rayya, cuya capital era Archidona, y cuya poblacion era casi toda española en el año 879. En el de 880 ú 881, los insurrectos se establecieron en las ruinas de una antigua fortaleza romana—que la gente del país llama en nuestros dias *El Castillon*—asentada sobre la cúspide de la inexpugnable montaña de Bobastro, situada á una legua O. de Antequera y á una milla, próximamente, del rio Guadaljorce. Allí se mantuvieron, durante tres años, haciendo la vida de salteadores y rechazando las tropas que el gobernador de la provincia enviaba contra ellos. Al cabo de este tiempo, su jefe Omar ben-Hafsun, el Viriato andaluz—descendiente por línea recta de una ilustre familia goda—tan grande, si no lo fué más, que el lusitano, pudo trocar, merced á su genio y á sus proezas, el nombre de capitan de salteadores por el de *Rey del Mediodía de España.*

Así las cosas, el domingo 3 de Rabié 1.ª (8 de Agosto de 886) falleció el sultan Mohammad. Sucedióle su hijo Al-Mondzir, que se encontraba, á la sazon, combatiendo á los redeldes de Rayya. Príncipe ilustrado y valeroso, propúsose pacificar su reino; y acaso lo hubiera conseguido, pues tenía dotes de gobierno para ello, si la muerte no le hubiera sor-

prendido estando sitiando al intrépido Omar en Bobastro (29 de Junio de 888).

Sucedióle su hermano Abd-Allah, y en circunstancias bastante fatales, por cierto, para el Estado. Desde luego el ejército, cansado de la duracion del cerco de Bobastro, se indisciplinó, y cada division tiró por su lado, arrastradas por sus jefes, que negaron la obediencia al Sultan. Por otro lado, la aristocracia árabe intentó recobrar su independencia; y por todas partes, en fin, se reprodujeron con nueva energía los odios y las antipatías de raza que dividian la gran familia musulmana, así en Occidente como en Oriente. Entretanto Abd-Allah, espíritu apocado, y no ménos avaro que su padre Mohammad, se entregaba á las prácticas de la más exagerada devocion, cerrando los ojos para no ver el abismo donde le conducia su incapacidad.

Omar ben-Hafsun, á la cabeza de su ejército de cristianos y renegados, aprovechó diestramente el estado de anarquía en que se encontraba el país, y el desprestigio en que vivia el soberano, para descender de las ásperas sierras de Antequera, cruzar el Genil y hacerse dueño del castillo de Poley (Aguilar), distante una jornada de Córdoba, desde donde enviaba todos los dias, por mañana y tarde, cuerpos de caballería, que se adelantaban hasta las mismas ruinas de Xecunda, es decir, hasta las puertas de la capital, sin que nadie los hostilizára.

Sin embargo, no era este enemigo el que más sérias inquietudes inspiraba al inepto sultan; al ménos él lo consideraba como ménos temible para su poder. Así es que, vista la necesidad de transigir con el espíritu rebelde de la aristocracia árabe, ó con las tendencias á la emancipacion de los españoles, optó por transigir con estos últimos, confiado en que los primeros le ayudarian á sujetarlos el dia que se hicie-

sen verdaderamente peligrosos para la existencia del imperio musulman en la península. El cálculo salióle fallido por el pronto, pues no consiguió granjearse la voluntad de los españoles y se malquistó con todos los hombres de su raza, grandes y pequeños, que se negaron á obedecer á un príncipe que hacía alianza con los enemigos de su pueblo y de su religion.

Por estos tiempos tuvieron lugar en Sevilla deplorables acontecimientos, que terminaron con una de esas tremendas catástrofes que forman época en la historia de los pueblos.

Hemos dicho anteriormente que nuestra Ciudad, incluso su distrito, vivia tranquila y agena á los disturbios y sangrientas discordias que afligian sin cesar las demás provincias musulmanas. Pacíficos y laboriosos sus habitantes, cuidábanse sólo de hacer prosperar su rico comercio y de conservar sus tradiciones de obediencia á los poderes constituidos y de sumision á la ley, orígen de la paz que disfrutaban y de la grande importancia que entre todas las ciudades de España tenía Sevilla desde tiempo inmemorial. Y de tal manera respetaban aquellas tradiciones, que todavía, á fines del siglo IX, despues de más de ciento setenta años de absoluto dominio musulman, Sevilla conservaba, no sólo su fisonomía romana y visigoda, sino que tambien sus hábitos, costumbres y el carácter que le imprimieron las civilizaciones precedentes; todo, en fin, hasta los nombres de muchas familias distinguidas ú opulentas, tales como los Sabaricos, los Angelinos se trasmitian de padres en hijos, recordando su orígen español.

La conquista, pues, no habia introducido grandes alteraciones en el modo de ser de la sociedad civil de Sevilla; si bien las ocasionó profundas en el órden religioso, convirtiendo al islamismo aquellas familias, por desgracia numerosas, que, fieles á las tradiciones de Roma pagana, ó edu-

cadas en el arrianismo, ó más apegadas á los bienes materiales que al sentimiento religioso de sus mayores, abjuraron sin dificultad creencias que no tenian hondas raices en su corazon. Los indivíduos de estas familias que cambiáran de religion eran llamados *mowallaes* (adoptados) ó *islamíes* (renegados), y constituian una especie de aristocracia del dinero, y áun de pergaminos, entre los españoles cristianos y no cristianos. Eran, en lo general, personas pacíficas, sumisas y obedientes á la autoridad del Sultan, á quien consideraban como el sosten natural del órden y de la pública paz, y garantía segura para la conservacion de sus propios intereses y de los derechos que tenian adquiridos. Despues de esta clase, cuya influencia en Sevilla era considerable, venía la aristocracia árabe pura, que se conceptuaba á sí misma como la más preeminente en el organismo social, y en tal virtud trataba á la española con irritante desden, calificando á sus indivíduos de *esclavos hijos de esclavos;* y esto, no en el concepto de la servidumbre material, sino en cuanto á que siendo los españoles más apegados á las tradiciones de la monarquía y más dóciles á las exhortaciones de los ministros de la religion que profesaban, calificábanlos de *realistas,* de crédulos, supersticiosos y dispuestos á soportar toda clase de yugos. Este espíritu de hostilidad de la nobleza yemaní contra la sevillana, su indisciplina y afan de independencia de la autoridad del soberano, ocasionaron en nuestra Ciudad, en el año 889 y siguientes, los deplorables sucesos que vamos á relatar, extractados de los manuscritos arábigos traducidos por Dozy (1).

Entre las grandes familias de la aristocracia árabe, más numerosa é influyente en Sevilla y su distrito que en otra

(1) *Hist. des Musulm. d'Esp.*, tom. II, cap. XIII.

cualquier provincia de España, sobresalian dos, no sólo por lo rancio de su nobleza y la extension de su poder, sino tambien por las inmensas riquezas que atesoraban: la primera, aunque muy árabe en sus ideas y costumbres, descendia, por el lado de las hembras, de una familia real española. Sara la *Goda* (1), nieta del rey Witiza, habíase casado en segundas nupcias con el jeque Omair, de la tribu yemaní de Lahkan, del cual tuvo cuatro hijos que fueron tronco de otras tantas grandes familias, entre las cuales las de los Beni-Hachach fué la más opulenta por las vastas propiedades territoriales que poseia en el *Senet* (2) de Sevilla. La otra, la de los Beni-Khaldun era tambien de orígen yemaní, perteneciendo á una tribu del Hadramaut y estaba opulentamente fincada en el Aljarafe. Los miembros de estas dos grandes familias eran numerosos. Guerreros unas veces, agricultores, comerciantes y armadores otras, segun que convenia á sus intereres, tenian por todos aquellos conceptos muchos amigos, clientes, servidores y esclavos sumisos á su voluntad. Por lo general residian en el campo, en sus castillos (Borch), pero pasaban largas temporadas en Sevilla, donde tenian hermosos palacios.

En los comienzos del reinado de Abd-Allah, época de grandes turbulencias en la España musulmana, como dejamos anteriormente dicho, la familia de los Beni-Khaldun estaba en el apogeo de su grandeza. Su jefe, á la sazon, llamado *Zoraib,* era un hombre audaz, enérgico, perseverante en sus propósitos, disimulado y pérfido, y nada escrupuloso en la eleccion de los medios para satisfacer su ambicion y sus apetitos sensuales, que tenian escandalizada á Sevilla. Árabe

(1) Véanse las páginas 44 y 45.

(2) Así se llamaba el país que se extiende entre Sevilla y Niebla.

hasta la médula de los huesos y dotado de grandes condiciones para ser jefe de faccion, quiso sacar partido de las circunstancias para sacudir el yugo del Sultan y devolver á los jeques de su casta el poder y dominio de que les habian despojado los omiadas. Al efecto, trató de urdir una conspiracion que tenía por objeto proclamar la independencia de Sevilla, y habló de sus proyectos á los árabes moradores de la ciudad, creyendo encontrar en ellos el mismo odio á la monarquía que alimentaba su corazon. Sus esfuerzos no obtuvieron resultado; los musulmanes sevillanos eran, en su mayor parte, koraixíes, clientes de la familia reinante, y en tal concepto realistas, que se ponian siempre al lado de la autoridad y que no tenian otra opinion ni otra política que la de vivir en paz sin ser inquietados en sus negocios ni en sus placeres. Á fuer, pues, de amigos del órden, rechazaron indignados las proposiciones de Zoraib, cuya temeraria ambicion y costumbres licenciosas les inspiraban miedo y horror.

Despechado, pero no arrepentido, Zoraib salió de Sevilla acompañado de algunos hombres de su faccion, y fuése á establecer en uno de sus castillos del Aljarafe. Allí convocó á los indivíduos de su tribu, que se ofrecieron gozosos á seguir su bandera, con la esperanza de saquear á los ricos españoles y árabes, vecinos de la Ciudad. Despues se concertó con los Beni-Hachach, con los berberiscos-Bornos, de Carmona, y con dos jeques principales, el uno de Niebla y el otro de Sidonia, para levantar, lo más ántes posible, la bandera de la rebelion contra el Sultan. Por muy secretos que mantuviera sus criminales proyectos, algo de los mismos hubieron de saber los patricios sevillanos, y en tal virtud, trataron de desbaratarlos, comenzando por vigilar y poner en estado de defensa la Ciudad.

Noticioso Zoraib de que su trama habia sido descubierta, y que los sevillanos, no sólo se aprestaban á resistirle sino á combatirle tambien, llegado que fuese el caso, juró tomar venganza cumplida de los que contrariaban sus planes; y al efecto, envió emisarios con cartas á los jeques berberiscos de Mérida y Medellin, proponiéndoles una alianza para proclamar la independencia de aquellos distritos y del de Sevilla; y, como prenda de su palabra, les anunció que, estando la provincia casi desguarnecida de tropas, les sería fácil saquearla impunemente, toda vez que él y sus amigos se comprometian á dejarles libre el paso y á no hostilizarlos durante su correría.

Dicho se está que la alianza sería aceptada con júbilo por aquellas tribus semi-bárbaras todavía, y siempre inclinadas al pillaje. Así es, que se armaron y pusieron inmediatamente en camino. Penetraron por la sierra de Constantina en el distrito de Niebla, y llegaron, estragando la tierra, hasta *Talyata* (¿Tejada?), pueblo que entraron á saco y cuyos habitantes pasaron al filo de la espada ó redujeron á esclavitud.

La noticia de tan imprevista y vandálica irrupcion sembró la alarma en Sevilla, cuyos moradores, viendo destruidas sus propiedades rurales, y considerando amenazada la misma Ciudad, dispusieron marchar al encuentro de los invasores, lo cual efectuaron, acaudillados por el gobernador. En la tarde del dia de su salida avistaron al enemigo, á tres millas de Talyata (Tejada), puesto en órden de batalla para recibirlos. Los nuestros, vista la proximidad de la noche, acamparon en un olivar, dejando para el dia siguiente el empeñar la refriega. Durante aquellas horas de sobresalto y angustia, Zoraib—que, como los demás señores árabes de su partido, habia acudido á la hueste, obediente al mandato del gober-

nador—envió emisarios á los berberiscos, previniéndoles que atacasen sin temor á los sevillanos, en la seguridad de que, una vez empeñada la refriega, él y los suyos abandonarian el campo. El pérfido Ben-Khaldun cumplió fielmente su palabra, pues al romper el dia, y con él la batalla, huyó á la desbandada, seguido de los jeques de su faccion. La derrota se hizo general en el campo sevillano, retirándose éstos en desórden y perseguidos por los berberiscos hasta Huévar, á cinco leguas de Sevilla, donde se fortificaron. El enemigo no se atrevió á atacarlos, y retrocedió sobre la comarca de Tejada, donde permaneció tres dias saqueándola á placer, pasados los cuales regresó á su tierra cargado de riquezas en esclavos, ganados, frutos y dinero.

No muchos dias habian pasado despues de aquellos de triste recordacion para los sevillanos, arruinados muchos de ellos á resultas de la razia de los de Mérida y Medellin, cuando un nuevo azote del mismo género vino á castigarlos con idéntica crueldad. Ben-Merwan, gobernador de Badajoz y *renegado,* que, como otros muchos de su casta, habia levantado el estandarte de la rebelion contra el soberano de Córdoba, viendo á sus vecinos regresar triunfantes y satisfechos con el éxito de su vandálica expedicion, juzgó que le bastaria presentarse en las mismas comarcas para alcanzar iguales beneficios. Así lo ejecutó, adelantando su correría hasta tres parasangas (nueve millas) de Sevilla, sin encontrar obstáculo en sus devastaciones y rapiñas. Cuando regresó á Badajoz nada tenía que envidiar á los berberiscos de Mérida.

Irritados los sevillanos con la impunidad en que quedaban aquellos atentados, y temerosos de verlos repetirse hasta la completa ruina de la Ciudad, que parecia condenada á ser víctima de las depredaciones de las tribus berberiscas, se dirigieron en queja al Sultan, acusando al gobernador de

falta de celo y energía para defender la provincia de los repetidos ataques de sus vecinos. Oyólos el soberano y decretó en justicia la destitucion del inepto gobernador, nombrando, para reemplazarle, á un noble yemaní, hombre de intachable conducta y acrisolada probidad. Desgraciadamente no eran estas dotes suficientes para gobernar en aquellos calamitosos tiempos; necesitábanse, además, prendas de valor, energía y superior inteligencia, de las cuales carecia el nuevo magistrado. Así es, que los Beni-Khaldun y los Beni-Hachach continuaron conspirando descaradamente y los desórdenes aumentando á medida que crecia la impunidad. El patriciado de Sevilla, musulmanes adoptados y musulmanes viejos, representaron de nuevo al Sultan, pero esta vez inútilmente. El devoto Abdallah tenía á la sazon sobradas ocupaciones con la asistencia á la mezquita, y con la guerra que le movia el valiente Omar ben-Hafsun, para dar oidos á la peticion de los sevillanos.

CAPÍTULO VIII.

Los foragidos en territorio sevillano.—El español Ben-Ghalib obtiene del Sultan autorizacion para perseguirlos.—Intentona de los árabes contra Ben-Ghalib.—Querellas de los yemaníes y sevillanos ante el Sultan.—Venida del príncipe Mohamet á Sevilla.—Vandálicas correrías de los árabes.—Destitucion del gobernador y su reemplazo por Omaiya.—Muerte traidora dada á Ben-Ghalib.—Tumulto que ocasiona en Sevilla.—Insurreccion popular contra el Príncipe y contra el gobernador.—Dispersion y castigo de los insurrectos.—Reclamacion de Ben-Hafsun.—Muerte de los hermanos de Omaya.—Sangrienta venganza del gobernador.—Exterminio de los cristianos y renegados de Sevilla.

Aquella incesante perturbacion, aquellos contínuos desórdenes y las dos recientes invasiones de los berberiscos de Extremadura, habian producido una plaga de bandidos y salteadores que infestaban los caminos y mantenian casi incomunicadas las ciudades unas con otras, atendido que no era posible viajar sino en crecidas caravanas, y éstas puestas sobre pié de guerra. El más temible de aquellos foragidos era un berberisco-Bornos, de Carmona, llamado *Tamacheca,* afiliado en la faccion de Zoraib, de quien recibia todo género de auxilios y proteccion. Puesto al frente de una numerosa banda de gente perdida, habíase situado en la carre-

tera entre Sevilla y Córdoba, donde ponia á contribucion caravanas y viajeros, aldeas y caseríos, con daño incalculable del comercio y de la agricultura, que en vano pedian un dia y otro al gobernador yemaní amparo contra tamañas fechurías. La falta de tropas y la carencia de energía de aquella autoridad no permitian poner coto á tan graves males, que fueron creciendo sin medida hasta que los españoles musulmanes dispusieron acudir con el oportuno remedio.

Cuenta un cronista árabe que un valiente renegado de Écija, llamado *Mohamed ben-Ghalib,* á excitacion de los sevillanos, solicitó del Sultan permiso para perseguir el bandolerismo que infestaba la provincia. Concedida que le fué la autorizacion en los términos en que la habia solicitado, Ben-Ghalib reunió y armó buen número de españoles musulmanes, clientes omiadas y berberiscos-Botr, y edificó, además, un fuerte castillo cerca del lugar de *Siete-torres,* en la frontera de Sevilla y Écija. Desde esta fortaleza, y contando con suficientes recursos, así como con el decidido apoyo y concurso de todos los hombres honrados de ámbas provincias, dió principio á una persecucion tan activa é inteligente contra los salteadores, que al poco tiempo el país quedó limpio de aquella plaga y renació la seguridad en los caminos y la paz en la poblacion rural.

Así las cosas, y cuando yá el comercio, la industria y la agricultura de Sevilla tenian olvidado al bandido Tamacheca, y sólo pensaban en el valiente Mohamet ben-Ghalib, para colmarle de elogios y de obsequios, aconteció que una mañana, al despuntar la aurora, empezó á manifestarse cierta conmocion en la Ciudad, que fué creciendo á medida que se succedian las horas del dia, hasta amenazar con un motin popular, ó, mejor dirémos, con una colision entre sus habitantes. Hé aquí la causa de aquel desconcierto:

Los Beni-Khaldun y los Beni-Hachach, es decir, los árabes turbulentos de Sevilla, llevaron muy á mal la autorizacion concedida por el Sultan á Ben-Ghalib para perseguir á los malhechores, sintiendo, sobre todo, el buen éxito que habia coronado la honrada empresa del bizarro español. En tal virtud, trataron de rehabilitar la causa del bandido Tamacheca, destruyendo á viva fuerza el obstáculo que se oponia á su triunfo; para lo cual armaron buen número de sus parciales y marcharon sobre el castillo de Ben-Ghalib. Llegados al pié de sus muros hubo de trabarse una corta refriega, en la que fué muerto uno de los Beni-Hachach. Sus compañeros, convencidos de no poder tomar la fortaleza, se retiraron hácia Sevilla, donde entraron tumultuosamente, conduciendo el cadáver hasta el alcázar del gobernador, diciendo que no le darian sepultura hasta que les fuese hecha cumplida justicia. La noticia del suceso habia circulado durante la noche en Sevilla, ántes de la llegada de los Khaldun y de los Hachach; de suerte que, cuando éstos entraron en la Ciudad, la sobrescitacion que aquélla habia producido en los ánimos tomó un carácter amenazador entre los opuestos bandos en que estaba dividido el vecindario. La inmensa gravedad del conflicto, próximo á estallar entre árabes y españoles musulmanes, intimidó al débil gobernador, quien, no atreviéndose á tomar sobre sí la responsabilidad de satisfacer á los que se decian agraviados, les aconsejó que recurriesen al soberano. Así lo hicieron, nombrando una comision de su seno, que marchó aquel mismo dia hácia Córdoba, con lo cual se conjuró por entónces el peligro de una sangrienta refriega en las calles de la Ciudad.

En la prevision del conflicto, que no podia ménos de acontecer, Ben-Ghalib habia enviado emisarios á sus amigos de Sevilla, para darles cuenta del suceso y pedirles que de-

fendiesen su causa. Enterados éstos de todo lo sucedido, diputaron tambien una comision á Córdoba para defender á su protegido. Á su frente iba uno de los hombres más importantes y respetables de Sevilla; llamábase Mahomet ben-Omar, ben-Khatab, ben-Angelino, cuyo abuelo habia abrazado el islamismo el primero en su familia. Su bisabuelo se llamó Angelino, y este nombre conservaron sus descendientes.

Cuando los enviados árabes estuvieron en presencia del Sultan, uno de ellos tomó la palabra y expuso su querella en los siguientes términos:

«Emir, hé aquí lo sucedido. Caminábamos tranquilamente por la carretera, cuando, al pasar por las inmediaciones del castillo de Ben-Ghalib, éste salió de rebato y nos atacó. Tratamos de defendernos, y durante la refriega uno de los nuestros cayó mortalmente herido. Estamos prontos á jurar que esta es la verdad, y exigimos en consecuencia que mandes castigar como se merece á ese traidor, á ese Ben-Ghalib. Y permítenos, amir, decirte que los que te han aconsejado que pongas tu confianza en ese renegado te han aconsejado mal. Infórmate acerca de los hombres que tiene á su servicio y sabrás entónces que son gente perdida y foragidos. Ese hombre te hace traicion. Quiera Dios que no te convenzas de ello demasiado tarde. Hoy todavía finge serte fiel; pero sabe, amir, que á nosotros nos consta que anda en tratos secretos con Ben-Hafsun, y que el mejor dia del año le entregará toda la provincia.»

Oida la acusacion, el Sultan hizo comparecer á los demandados. Ben-Angelinos, respondió:

«Hé aqui, emir, cómo las cosas han pasado. Los Khaldun y los Hachach intentaron sorprender el castillo de Ben-Ghalib, durante la noche, pero salióles mal la cuenta. El castellano habia sido informado oportunamente de lo que se tra-

maba contra él y estaba alerta. Viéndose acometido opuso la fuerza á la fuerza. La culpa no es suya si uno de los agresores ha sido muerto. No hizo más que defenderse como cumplia á su derecho. Pedímoste ¡oh Amir! que no des crédito á estos árabes sediciosos que turban sin cesar la paz en la Ciudad y su distrito. Por otra parte, Ben-Ghalib merece que seas justo con él; es uno de tus más fieles y más ardientes servidores, pues ha restablecido el órden en la provincia, limpiándola de bandidos y de gente de mal vivir.»

El Sultan creyó ó fingió creer realmente dudoso el asunto, y se abstuvo de dar sentencia en el acto, ya porque temiese irritar á uno de los partidos dando la razon al otro, ó porque quisiera consultar al Consejo para resolver sin comprometerse personalmente. En su consecuencia, declaró que para fallar en justicia necesitaba adquirir más ámplios informes, á cuyo efecto enviaria á Sevilla su hijo Mohamet con encargo de formar el proceso, cuyo fallo él se reservaba. Los comisionados del uno y otro bando regresaron descontentos; los unos porque no habian obtenido justicia en la medida que solicitaban, y los otros porque veian aplazado el reconocimiento de su derecho.

Poco tiempo despues, el príncipe Mohamet, heredero del trono, llegó á Sevilla, acompañado de jurisconsultos nombrados por su padre. Mandó comparecer á su presencia á Ben-Ghalib y á los Beni-Hachach, y los interrogó repetidas veces; pero como ámbos partidos se inculpaban apasionadamente y no habia testigos imparciales en cuya palabra se pudiese fiar, no sabía á quién dar razon. Entretanto, la irritacion crecia entre los dos bandos, llegando á punto de hacerse temer un sangriento conflicto en la ciudad, en cuanto á que la efervescencia que reinaba entre los patricios se habia comunicado al pueblo y éste hablaba yá de recurrir á

las armas para dirimir la cuestion. El príncipe Mohamet intentó conjurar la tormenta, declarando que no podia dar sentencia hasta que, mejor asesorado, viese suficientemente esclarecido el asunto; y que, en tanto que se continuaba la informacion, Ben-Ghalib podia regresar á su castillo, donde debia esperar el resultado del proceso.

Esto sabido, los sevillanos musulmanes gritaron victoria, diciendo que el Príncipe habia dado tácitamente la razon á sus amigos, y que, si no lo hacía con más franqueza, era por no malquistarse con los árabes. Lo mismo opinaron los Kaldun y los Hachach, protestando del acuerdo y jurando que sabrian vengar la ofensa que se les hacía. Los jefes de aquellas dos familias, Zoraib y Abdallah, puestos de acuerdo, salieron secretamente de Sevilla; y miéntras el primero ponia sobre las armas las tribus hadramitas que poblaban el Aljarafe, el segundo convocaba bajo su bandera los lakmies del Senet.

Una vez organizadas sus respectivas divisiones, los dos jefes concertaron su plan de campaña, que debia reducirse, en su comienzo, á apoderarse por sorpresa de la fuerte plaza de Carmona y del castillo de Coria, en la frontera oriental del Aljarafe. Abdallah ben-Hachach tomó sobre sí la primera empresa, y Zoraib ben-Khaldun la segunda, con encargo de robar los ganados, propiedad de un tio del Sultan, que pastaban en una de las dos islas del Guadalquivir. Empero como Zoraib era demasiado gran señor para acometer la ruin hazaña de que tanto se envaneciera Hércules, confió la ejecucion á su primo Mahdí, un libertino cuyos excesos tenian escandalizado al vecindario honrado de Sevilla (1). Mahdí, á la cabeza de una numerosa partida, se dirigió á Lebrija,

(1) Ben-Haiyan, fól. 59.

cuyo gobernador, Solaiman, amigo y aliado de Zoraib, le abrió las puertas del castillo y se unió á él con buen golpe de gente. Á seguida cruzaron el brazo de Tarfía, entraron en la isla Mayor, se apoderaron de doscientas vacas y cien caballos, dando muerte al único pastor que encontraron guardando el ganado, y sin darse un momento de descanso cayeron sobre el castillo de Coria, lo tomaron por sorpresa y en él depositaron las piaras robadas.

Con no ménos rapidez y fortuna realizó Abdallah la empresa que le fuera confiada. Puesto de acuerdo con Chonaid, jeque de los berberiscos-Bornos del distrito de Carmona, dieron un rebato sobre la plaza, se apoderaron de ella por sorpresa y expulsaron al gobernador, que vino á refugiarse á Sevilla.

La audacia de los árabes y la celeridad con que habian ejecutado aquella serie de atentados produjo la más viva indignacion entre los sevillanos musulmanes y los árabes clientes ó partidarios de la familia reinante. Así es, que el príncipe Mohamet, á excitacion del vecindario pacífico, puso la Ciudad en estado de defensa y escribió al Sultan dándole cuenta de los sucesos y pidiéndole órdenes, y, sobre todo, tropas, de que carecia para salir á combatir á los rebeldes.

Recibida la carta, el soberano empezó por destituir en el acto al gobernador de Sevilla y nombrar en su puesto á un noble yemaní, reputado como uno de los más valientes caballeros de su época, llamado *Omaiya;* despues convocó su Consejo y expuso en él la situacion en que se encontraban las provincias de la baja Andalucía, manifestando la necesidad de ponerle pronto y eficaz remedio. Dividiéronse las opiniones entre adoptar medidas de extremado rigor ó emplear medios conciliatorios, originándose de aquí una larga discusion, á la que puso término uno de los wasires del Consejo,

pidiendo al Sultan una conferencia secreta. Concedida que le fué, abogó con calor por la reconciliacion con los árabes y por lo conveniente de hacer dar muerte á Ben-Ghalib, terminando sus pérfidos consejos con estas palabras: «Cuando ese renegado haya dejado de existir, no dudes, Amir, que los árabes se darán por satisfechos y te restituirán Carmona y Coria, así como á tu tio los ganados que han robado, volviendo inmediatamente á tu obediencia.»

Por más que el consejo fuera tan inícuo como imprudente, en cuanto que envolvia el riesgo de sublevar á los sevillanos musulmanes, sin haberse asegurado ántes de la fidelidad de los árabes, el Sultan lo aprobó, sin cuidarse de la nota de ingrato en que iba á incurrir, pagando con la más insigne perfidia la lealtad de un buen servidor. Así convenido, hizo llamar á su cliente el esforzado caudillo Chad,—hermano de Omaiya, gobernador de Sevilla,—y le dió órden de marchar, sin pérdida de tiempo, sobre Carmona, al frente de un cuerpo de tropas escogidas. «Darás razon, le dijo, á los acusadores de Ben-Ghalib, y harás dar muerte á ese renegado. Despues procurarás ganarte la voluntad de los árabes por medio de la dulzura, y sólo los combatirás cuando hayas apurado todos los medios de conciliacion.»

Por muy secretas que se quisieron tener las órdenes del Sultan, Ben-Ghalib tuvo noticia de lo que contra su vida se tramaba. Justamente ofendido, y considerándose desnaturalizado de su señor, envió emisarios al célebre Omar Ben-Hafsun, pidiéndole su amparo y proteccion, sin descuidar por eso la más exquisita vigilancia para no ser sorprendido ó asesinado en su fortaleza. Así las cosas, supo que el caudillo Chad se habia puesto en marcha hácia Carmona, y simultáneamente con la noticia recibió una carta de aquel general, en que le decia: «Estás equivocado si piensas mal del

objeto de mi expedicion. Va dirigida contra los Beni-Kaldun y los Beni-Hachach, á quienes tengo órden de castigar por los muchos desmanes que han cometido; y como tú aborreces á los árabes, creo poder contar con tu cooperacion para dar cumplimiento á los mandatos del Amir.»

Ben-Ghalib se dejó engañar por esta pérfida carta; y cuando las tropas de Córdoba pasaron cerca de su castillo, unióse á ellas con sus soldados. El general le recibió cariñosamente, rogándole que le acompañase para batir á los rebeldes encerrados en Carmona. Llegados al pié de los muros de esta plaza, asentóse allí el campo, y el caudillo Chad tomó sus primeras disposiciones para formalizar desde luego el cerco; pero al mismo tiempo envió secretamente una carta á Ben-Hachach, ofreciéndole cortar la cabeza á Ben-Ghalib, si él se comprometia á entregar la ciudad y volver á la obediencia del Sultan. Abdallah aceptó el partido, firmóse el trato y diéronse mutuos rehenes, y algunas horas despues el cadáver del valiente español yacia descabezado enmedio del campo, sus soldados desarmados y dispersos, y Ben-Hachach evacuaba Carmona.

Cuando los sevillanos musulmanes tuvieron noticia de tan infame traicion, prodújose un espantoso tumulto en la Ciudad. Fueron tantos los gritos y los denuestos contra el Sultan, el ruido de armas, y la precipitacion con que las autoridades y la escasa guarnicion corrian á encerrarse en los alcázares y cuarteles, que los patricios tuvieron que reunirse en Consejo para acordar lo más conveniente en tan graves circunstancias. Enmedio de la confusion de pareceres que se emitieron en el Consejo, prevaleció el de vengar la muerte del esforzado Ben-Ghalib en la persona del gobernador Omaya, hermano de Chad; mas como no podia intentarse su ejecucion en tanto que los conjurados no fueran enteramente

dueños de la Ciudad, nombróse una comision que, presidida por el patricio Ben-Angelino, fuese á conferenciar con el príncipe Mahomet, y le indujese á confiar la guarda de Sevilla á los musulmanes españoles. Además, se acordó enviar en el acto emisarios á los árabes maadíes de la provincia de Sevilla y á los berberiscos-Botr de Moron, amigos y aliados de los sevillanos, para que acudiesen en ayuda de los sublevados.

Miéntras los correos iban de camino, Ben-Angelino verificaba la entrevista con el Príncipe, á quien dijo: «Señor, es posible que nos hayan calumniado en la córte, y que nos hayan acusado de crímenes de que estamos inocentes; es posible, tambien, que se haya maquinado algo contra nosotros en el Consejo del Amir, y, por último, es evidente que Chad, ese infame asesino, venga de rebato aquí, nos coja desprevenidos con fuerzas numerosas y nos haga sufrir las angustias de la ruina y de la muerte. Si quieres salvarnos, si quieres unirnos á tí por los lazos del agradecimiento y conservarnos en pacífica obediencia al Amir, tu padre, confíanos las llaves de las puertas de la Ciudad y el cuidado de su defensa hasta que se restablezca la calma é impere la justicia. Esto no es decir que desconfiemos de tí, ¡Dios nos libre de hacerte tanta ofensa! pero demasiado sabes que no estamos preparados para defendernos, y que cuando las tropas del fementido Chad hayan entrado dentro de la Ciudad y héchose dueñas de ella, yá no te será posible protegernos.»

Falto de prestigio entre los árabes y de fuerzas para imponerse ó hacerse respetar de los sevillanos, Mohamet, de buen ó mal grado, tuvo que conceder lo que éstos le pedian. No bien circularon por la Ciudad la noticia de esta concesion y las órdenes emanadas del Consejo de los patricios para que los vecinos se preparasen en defensa de sus familias é intereses, cuando

los doce cuerpos de la milicia local se pusieron á las órdenes de sus respectivos capitanes y la muchedumbre invadió los arsenales de cada uno de aquéllos para proveerse de armas. Como siempre acontece en casos análogos, el primer pensamiento del pueblo amotinado fué proveer á su seguridad, y cuando creyó haberlo conseguido revolvióse airado contra los que miraba como sus enemigos. Á duras penas consiguieron los patricios mantenerle en los límites de una moderacion relativa hasta la mañana del mártes 9 de Setiembre de aquel año (889), en que llegaron á la Ciudad las divisiones de los árabes maadíes y de los berberiscos-Botr (1), aliados de los sevillanos.

Alentados con la presencia de sus amigos, la insurreccion dió de lado el consejo de sus jefes naturales y se desbordó como un torrente por las calles de la Ciudad. Muy luégo la muchedumbre, dando desaforados gritos de muerte, se dirigió hácia el palacio del gobernador, quien, sorprendido por la impetuosidad del ataque, no sólo no tuvo tiempo para ponerse en defensa sino que ni áun para *calzarse las botas*. Solo y desarmado, salió á caballo por una puerta secreta y fuése á refugiar al lado del príncipe Mohamet. Los amotinados invadieron su morada; buscáronle por todas partes para satisfacer su venganza, hasta que, noticiosos de la direccion que habia tomado, acudieron atropelladamente hácia el alcázar, pidiendo que les fuera entregado el gobernador para satisfacer con la suya la muerte de Ben-Ghalib, amenazando, en caso contrario, con incendiar el palacio. Afortunadamente la corta guarnicion de Sevilla habia tenido tiempo de refugiarse en él y ponerlo en estado de resistir las primeras acometidas de la multitud.

(1) Ben-Haiyan, fól. 63 v.

Así trascurrieron algunas horas de angustiosa inquietud para las autoridades y tropas sitiadas en el alcázar. Entretanto los amotinados íbanse engrosando con esa *segunda tanda* de revoltosos que aparece siempre que la primera no ha sido dispersada oportunamente. Yá no era sólo la plebe la que vociferaba y pedia venganza, eran tambien los industriales, los artesanos, la clase, en fin, pacífica de suyo en su calidad de trabajadora; de suerte que la asonada acabó por tomar un carácter de verdadera insurreccion popular. El Príncipe, alarmado con razon y falto de fuerzas para hacer respetar la autoridad del Sultan y la suya propia, tuvo que avenirse á transigir con los revoltosos. Al efecto, envió mensajeros á Ben-Angelino, Ben-Sabarico y demás patricios cuya influencia entre las masas era notoria, á fuer de sevillanos ricos y respetados por sus compatriotas, mandándoles viniesen á unirse á él para arbitrar los medios de restablecer el órden en la Ciudad, haciendo la debida justicia.

Los requeridos, que si en secreto simpatizaban con la insurreccion se guardaban muy bien de manifestar en público sus simpatías, se alarmaron grandemente con el llamamiento del Príncipe, temiendo de un lado que su negativa se interpretase como prueba de connivencia con los amotinados, y del otro que se les quisiese hacer servir de rehenes para desarmar la multitud. Como las circunstancias apremiaban, reuniéronse apresuradamente y acordaron acudir al llamamiento del Príncipe, pero con tales precauciones, que les fuera posible conjurar cualquier peligro que les amenazase. Al efecto, pusiéronse armas defensivas debajo del vestido, conferenciaron con los jefes del motin, pusieron centinelas sevillanos y soldados de Moron en todas las puertas exteriores del palacio, y diciéndoles que si á la hora en que el muezin anunciase la oracion del mediodía no habian re-

cobrado su libertad entrasen á libertarlos, penetraron en el alcázar y llegaron á la presencia de Mahomet, que los recibió de la manera más atenta.

La conferencia entre el Príncipe y los patricios sevillanos fué tan larga, que espiró el plazo señalado á la impaciencia de los amotinados. Éstos, obedientes á la consigna que se les habia dado, no bien oyeron la voz del muezin, forzaron la puerta principal del alcázar y penetraron dando alaridos en el primer patio, donde estaban las cuadras, robando en ellas los caballos y mulas que encontraron. Esto hecho, se precipitaron sobre la puerta del *facil* (ante-muralla), que estaba situada en el extremo opuesto del patio, frente por frente á la de entrada, mas en ella encontraron tan fuerte resistencia, que hubieron de retroceder para combinar el ataque.

Cuenta el cronista de estos sucesos (1), que el gobernador de Sevilla, no bien oyó los gritos de los amotinados dentro del patio del alcázar, mandó prender á los patricios sevillanos que conferenciaban con el Príncipe, y abandonando la sala del Consejo, y reuniendo el mayor número de fuerzas que le fué posible tomó posicion sobre el adarve y la plataforma de la puerta del *facil*. Desde allí hizo .disparar tal nube de flechas sobre los renegados y sus auxiliares de Moron, que los obligó á retroceder. Sin embargo, éstos renovaron el ataque, no ménos porfiado que tenaz era la resistencia que encontraban, prolongándose el combate hasta la hora de la puesta del sol, desde la del mediodía en que habia empezado. Las sombras de la noche separaron á los combatientes. Los sevillanos vivaquearon en el patio y alrededo-

(1) Ben-Haiyan.

res del alcázar, y el gobernador y la guarnicion permanecieron en vela.

Durante aquellos sucesos, los patricios árabes habian permanecido encerrados en sus respectivas moradas, sin prestar ni ofrecer género alguno de auxilio á su Príncipe ni á las autoridades de la Ciudad. No era, ciertamente, la cobardía ni la falta de fuerzas para combatir la insurreccion de los renegados lo que los mantenia en tan punible indiferencia ante el espantoso desórden que reinaba en la poblacion; era que, aborreciendo en la misma proporcion á los renegados y á la monarquía, gozaban en ver destruirse mútuamente aquellos objetos de su aversion; comprendiendo que, fuera el que quisiese el bando vencedor, el fruto de la victoria sería para ellos solos.

Sin embargo, no faltaron algunos que, ménos pesimistas ó más avisados que sus compañeros, juzgasen prudente proporcionar un socorro eficaz á las atribuladas autoridades de Sevilla. Así es, que no bien hubo tomado cuerpo el motin y manifestado sus tendencias, despacharon un correo al general Chad, que se hallaba en Carmona, para anunciarle el gravísimo peligro en que se encontraban el príncipe Mahomet y el gobernador Omaiya.

Chad, por amor á su hermano y en cumplimiento de su deber, al tener noticia del suceso, mandó tocar bota-sillas, y, puesto á la cabeza de sus ginetes, se vino á galope sobre Sevilla.

Al amanecer del dia siguiente (10 de Setiembre), los sevillanos y sus auxiliares renovaron el ataque contra la puerta de la ante-muralla. En los momentos en que tenía lugar este segundo combate, la caballería cordobesa llegaba sobre Sevilla. Una avanzada de los sublevados, situada convenientemente, intentó cerrarle el paso. Vana porfía; los ginetes de

Chad pasaron por encima de ella y penetraron en el arrabal del mediodía sin encontrar resistencia. Allí acercóse al general el koraixí Abdallah ben-Adjath y en breves palabras le dió cuenta del estado en que se encontraban las cosas. Chad puso á escape la caballería y en pocos minutos llegó al alcázar, donde, sin más precauciones, cayó desesperadamente sobre la multitud que atacaba el palacio. Los sevillanos, no sólo resistieron con firmeza el encuentro, sino que rechazaron la carga, mataron el caballo al general é introdujeron el desórden en las filas de sus ginetes. Chad montó otro caballo, hizo esfuerzos desesperados para rehacer sus soldados, llamando á cada uno por su nombre y ofreciéndoles crecida recompensa si volvian á la senda del honor. Los más valientes se rehacen, se agrupan en derredor de su general y vuelven una y otra vez á la carga, hasta que logran romper por vários puntos á la vez la línea enemiga de combatientes. Algunos jefes sevillanos caen bajo el filo de las espadas cordobesas. El más valiente entre ellos muere en combate singular empeñado con Chad; las masas vacilan, retroceden, algunos ginetes penetran enmedio de ellas, los demás los siguen, pronúnciase la confusion y muy luego el desórden entra en los sevillanos, que acaban por arrojar las armas y huyen en todas direcciones.

Chad entra el primero en el patio del alcázar; acude el gobernador á recibirle en sus brazos, y, enlazados y ébrios de alegría, los dos hermanos se dirigen á la cámara del Príncipe.—«¡Dios sea loado, exclamó el general besando la mano á Mahomet, he llegado á tiempo para salvaros!»—«Media hora de tardanza, responde su hermano, y estábamos perdidos.»—«Así es, interrumpió el Príncipe; ¡sólo la muerte esperábamos todos...! Ahora, pues, pensemos en la venganza. Que esos rebeldes sean castigados con el mayor rigor. En-

tréguense sus casas al saqueo, y Ben-Angelino y sus cómplices sean inmediatamente degollados, y todos sus bienes confiscados para el tesoro del Sultan.»

Sus órdenes fueron inmediatamente cumplidas; y miéntras los patricios sevillanos eran descabezados en un patio del alcázar, y sus cadáveres arrastrados hácia el rio para ser clavados en palos á la orilla, los ginetes de Chad y los berberiscos de las afueras, atraidos como los buitres por el olor de la sangre, saqueaban ferozmente las casas de los renegados. Felizmente para éstos existian, entre ellos y los clientes omiadas avecindados en la Ciudad, relaciones de cordial inteligencia, y cierta mancomunidad de intereses, en cuanto á que entre todos formaban el partido llamado realista, defensor de la autoridad suprema del Sultan. Los omiadas, pues, se avistaron con el príncipe Mohamet, y le hicieron comprender que en interés de todos debia mostrarse clemente con los rebeldes vencidos. El Príncipe consintió en ello, y en su consecuencia mandó cesar el saqueo y publicó un edicto de perdon, sin excluir á los jefes de los insurrectos. Poco tiempo despues el Sultan les concedió una ámplia y general amnistía.

Restablecido el órden en Sevilla, y sosegados aparentemente los bandos en que estaba dividido su vecindario, el príncipe Mohamet, escoltado por el general y sus tropas, regresó á Córdoba, cumplida la mision que le confiára su padre.

La alegría de los árabes por la victoria alcanzada sobre los renegados en Sevilla fué de corta duracion. Ben-Hafsun, el primer héroe de la guerra de la reconquista en Andalucía, escribió al Sultan—con quien á la sazon estaba en paz—pidiéndole la cabeza de Chad, por haber dado muerte á su aliado Ben-Ghalib. El poder del Viriato andaluz era tan

grande yá en aquellos tiempos, y el terror que su nombre inspiraba en Córdoba tan general, que Chad temió verse sacrificado al jefe de los renegados, por más que en la muerte de Ben-Ghalib sólo hubiese sido el ejecutor de las órdenes de su soberano. Así que estimó prudente sustraerse por medio de la huida al peligro que le amenazaba, y dispuso venir á Sevilla, al lado de su hermano el gobernador, donde esperaba hallar seguro asilo.

Salió de Córdoba con el mayor secreto, acompañado de sus dos hermanos Hachim y Abd-al-Gafir, de unos pocos amigos, entre los cuales se encontraban dos koraixíes, y de sus pajes y esclavos. Al amanecer del dia siguiente al de su salida de la capital, los fugitivos llegaron al castillo de *Siete-Fillas,* situado sobre la orilla derecha del Guadalquivir, donde pidieron y obtuvieron permiso para descansar un momento. Ya fuese por falta de localidad ó por otra razon cualquiera, el general mandó dejar fuera del castillo los caballos y bagajes al cuidado de los esclavos. Recorria á la sazon aquel distrito una numerosa partida de salteadores, capitaneada por un berberisco, y en la cual servian dos hermanos del asesinado Ben-Ghalib. No era fácil que la marcha de la caravana pasase desapercibida para tales merodeadores, ni que los hermanos del valiente y sin ventura castellano de *Siete-Torres* dejasen de reconocer al matador de aquél. En su consecuencia, propusieron al jefe de la bánda apoderarse de los caballos y bagajes de los viajeros; golpe que estimaban poco arriesgado, atendido que los esclavos que los custodiaban no eran numerosos, y que sus amos yacian descansando de las fatigas de la marcha. Aprobado el proyecto, los bandidos lo pusieron en el acto por obra. Las voces de los acometedores y los gritos de alarma de los criados atrajeron al general y á sus amigos, que, enterados del suceso y ardien-

do en justa indignacion, se precipitaron, espada en mano, sobre los salteadores. Éstos, que eran numerosos, y además tenian yá asegurada la codiciada presa, no sólo resistieron la acometida sino que se batieron con tanto brio, que mataron al valiente general de la caballería cordobesa, á sus dos hermanos, á un koraixí y á otros indivíduos de la comitiva de Chad.

No mucho tardó en llegar á Sevilla la noticia y pormenores de tan trágico acontecimiento, y dicho se está la terrible impresion que producirian en el ánimo del gobernador. La sangre de sus queridos hermanos clamaba venganza, y Omaiya era árabe de pura raza. Así es que juró tomarla en el acto terrible y espantosa: empero le faltaban los medios. ¿Cómo apoderarse de aquella partida de bandidos para darse la satisfaccion de hacerlos descuartizar á todos y uno por uno? Arrebatado de furor buscó otras víctimas para aplacar la sed de sangre que le enloquecia, y en su demencia, no las halló más próximas ni más expiatorias, que los españoles musulmanes de Sevilla. El número de éstos no le intimidó, y como le faltáran fuerzas para asegurar el éxito de su venganza, supo buscarlas allí donde tenia la seguridad de encontrarlas. Al efecto, escribió á los jefes más caracterizados de las familias de los Khaldun y Hachach, citándolos para celebrar una conferencia con él. De ella resultó darles carta blanca para saquear y exterminar á los españoles musulmanes ó cristianos en todas partes donde los encontrasen, en Sevilla, en Carmona, en las aldeas, en los campos y donde quiera que existiese uno solo. No hay que decir con cuánto júbilo aceptarian las funciones de verdugo que el implacable Omaiya les señalaba para la ejecucion de su venganza.

El antiquísimo pronóstico de que hace mencion la crónica del moro Rasis se cumplió fatalmente: *e dexo en el li-*

bro de las andanzas, que aun saldra fuego del Axarafe, e quemarie lo mas de la villa (1). De los castillos de los cerros, de los aduares y rancherías del Aljarafe se descolgaron enjambres de beduinos que conservaban, enmedio de la civilizacion andaluza, las costumbres semi-salvajes del desierto, y que alimentaban un ódio profundo hácia los opulentos sevillanos, de cuyas riquezas se mostraban no ménos codiciosos que de su sangre. Acaudillados por sus jeques, seguros de la impunidad y alentados con el bárbaro decreto de saqueo y muerte dictado contra los españoles por el vengativo gobernador de Sevilla, entraron como manadas de lobos hambrientos en nuestra Ciudad, y la entregaron al incendio, á la muerte, al pillaje y á la destruccion, miéntras encontraron un español cristiano ó musulman en quien cebar su furor de hienas.

Sorprendidos éstos por lo furioso é imprevisto del ataque, enmedio de la tranquilidad en que vivian al amparo de la amnistía recien publicada por el Sultan, sin haber tenido tiempo para prepararse á la defensa, y contando entre sus asesinos á todos los árabes yemaníes, vecinos de la Ciudad ó establecidos en sus contornos, así como viéndose abandonados por las autoridades y tropas de la guarnicion, dejáronse degollar como corderos, sin intentar la huida, seguros de que no habian de encontrar un solo rincon de tierra donde ocultarse.

La matanza fué horrible. Nada respetaron los verdugos; ni el sexo ni la edad pudo librar á las víctimas. Las calles de Sevilla se inundaron en sangre. Los montones de cadáveres de hombres, mujeres, ancianos y niños permanecieron in-

(1) Véase el tom. I, cap. I, pág. 7.

sepultos hasta que el temor á una epidemia obligó á aquellos mónstruos á cubrirlos de tierra. El Guadalquivir acarreó durante muchas horas infinitos ahogados hácia el mar. El humo de los incendios nubló el sol, y el horrible clamor de los heridos y de sus asesinos se oyó algunas leguas á la redonda.

Despues de aquella pavorosa hecatombe humana tuvo comienzo el saqueo. En el discurso de pocas horas aquellos bandidos se apoderaron de toda la riqueza atesorada durante años, durante siglos por muchas generaciones de comerciantes sevillanos, que habian hecho de Sevilla el emporio del comercio marítimo. El botin fué inmenso ¡las víctimas llegaron á veinte mil...!

Los yemaníes, dice Dozy (1), conmemoraron durante largo tiempo esta sangrienta jornada. El rencor vivió en ellos tanto como la memoria de la ruina de sus adversarios. En los castillos señoriales y en los pueblos del Aljarafe y del Senet los trovadores y rapsodistas tomaban por tema de sus cantos y narraciones el espantoso drama que acabamos de narrar. Y los yemaníes, extremecidos, entusiasmados y dirigiendo feroces miradas en su derredor, escuchaban, silenciosos, romances como el siguiente:

«*Espada en mano hemos dado muerte hasta el último á esos hijos de esclavos.*

»*Sus cadáveres, en número de veinte mil, alfombran el suelo.*

»*Las olas del Guadalquivir arrastran los demás.*

»*Su número era prodigioso en otro tiempo; nosotros lo hemos reducido casi á cero.*

---

(1) *Hist. des Musulm. d'Esp.*, tom. II.

»Nosotros, hijos de Chatan, contamos entre nuestros abuelos príncipes que reinaron en el Yemen. Ellos, esclavos, sólo esclavos tienen por abuelos.

»Esos infames, esos perros ¡Dios, qué loca audacia! se atrevieron á desafiar al leon en su cueva.

»Nos hemos enriquecido con sus despojos y los hemos arrojado en el fuego eterno, donde han ido á reunirse con los Themuditas.»

CAPÍTULO IX.

Situacion de Sevilla despues del exterminio de los cristianos y renegados.—Sublevacion de los árabes.—Sitio del alcázar y muerte del gobernador Omaiya.—Triunfos del caudillo español Ben-Hafsun.—Batalla campal de Polei. —Los mártires de Aguilar de la Frontera.

El suceso que dejamos narrado al final del capítulo anterior, y la impunidad en que quedaron sus autores, son la prueba más elocuente del estado de descomposicion en que se encontraba la España musulmana en el año 891, cuarto del reinado de Abdallah. El desórden era tan grande, que parecia estar abocado á su disolucion el imperio de los Sultanes de Córdoba, sitiados en su propia capital por los renegados al mando de Hafsun, y limitada su soberanía á ejercer una sombra de autoridad sólo en el Oeste. Verdad es que setenta y siete años ántes (814), en el reinado de Al-Haquem I, Córdoba habia sido teatro de una tragedia igual y semejante; pero allí el acontecimiento tuvo el carácter de una rebelion político-religiosa contra la autoridad del soberano, en tanto que aquí no fué precedido siquiera de un motin callejero. Allí el magistrado supremo, las autoridades, la fuerza pública, lucharon y vencieron en favor del órden;

aquí una venganza particular, y la rapacidad de los hijos del desierto, armó la diestra de los verdugos que sacrificaron veinte mil hijos de Sevilla, acusados del crímen de ser ricos, amigos del órden y obedientes á la ley.

Á partir de aquel aciago dia, el elemento español, cristiano y musulman, quedó completamente oscurecido, y es más, reducido á la indigencia. Casas, palacios, haciendas, castillos, almacenes, factorías y barcos, todo cuanto perteneció á aquellos desgraciados, se repartió entre los árabes y el fisco, no quedando á los pocos que sobrevivieron á la tremenda catástrofe más herencia que los ojos para llorar la pérdida de su influencia de ayer y la desnudez y miseria de hoy.

Mas ¿perdió mucho Sevilla en sus condiciones de ciudad comercial, manufacturera é industrial, con la disminucion de vecindario que le ocasionó aquel suceso? Es probable, visto que las familias exterminadas ó proscritas fueron, en su totalidad, comerciantes, navieros, industriales y artesanos. Sin embargo, como los árabes eran muy dados á las artes de la paz, sin renunciar por eso á sus hábitos guerreros, y como quedaba una numerosa poblacion judía, es probable tambien que la pérdida que sufrió la riqueza material de nuestra Ciudad no alcanzase desmesuradas proporciones. Además, la aristocracia yemaní, no sólo no se desdeñaba de ejercer el comercio, sino que lo miraba como una profesion noble. Mahoma ¿no habia ejercido el comercio en su adolescencia? ¿no se habia casado con Cadija, viuda de un comerciante de la Meca? Las dos grandes familias yemaníes, los Beni-Hachach y los Beni-Abbas, que en los comienzos del siglo X, y durante la mayor parte del XI, dieron una serie de príncipes y de reyes á Sevilla, ¿no fueron comerciantes?

Si, pues, el exterminio de la poblacion española y de orí-

gen español no tuvo las consecuencias desastrosas que eran de esperar para la riqueza de la Ciudad, ejerció, sin embargo, una influencia decisiva en los destinos de la reina del Guadalquivir. Á partir de aquel dia, Sevilla se convirtió en ciudad esencialmente árabe, la más árabe, por no decir la única, de la España toda. Las razas yemaní y maadí se sobrepusieron definitivamente á todas las demás, y conservaron su supremacía y su imperio hasta la conquista de los almoravides.

Dicho se está que tambien, á partir de aquel dia, se acentuó más profundamente, en el concepto político y social, el antagonismo entre Córdoba y Sevilla. Miéntras allí imperaba el principio monárquico con sus tendencias al despotismo oriental, su fuerza activa absorbente y su afan de unidad de poder; aquí, en Sevilla, prevalecia el genio de la nacion árabe, la tribu, el jeque, el fraccionamiento y el espíritu democrático de aquella sociedad. Allí el imam, los doctores malaquíes, los faquíes supersticiosos, la intolerancia política y religiosa, en fin; aquí la indiferencia, la tolerancia, la existencia alegre y disipada, pero tambien la vida activa y laboriosa para allegar los medios de alimentar los goces.

El triunfo de los árabes puros en Sevilla, á ellos solos aprovechó. El Sultan ni el partido realista, representado por los clientes omiadas, magistrados y autoridades, nada ganaron con él; y en cuanto al partido conservador, que siempre se pone al lado de la autoridad cuando peligra el órden, ese habia dejado de existir con los Beni-Angelino y los Beni-Sabarico. Los Beni-Kaldun y los Beni-Hachach quedaron dueños de Sevilla y su distrito. Entónces trataron de reanudar sólidamente los hilos rotos de la conspiracion que urdieron en 889, para proclamar la emancipacion de la provin-

cia del poder del Sultan; y como nada podia resistirles, ni nada contrabalanceaba su poderosa influencia en el país, acometieron resueltamente la empresa.

El gobernador Omaiya conoció demasiado tarde el trascendental error que habia cometido entregando los sevillanos al furor de los yemaníes. Sabedor de la trama que urdian éstos, trató de deshacerla; mas como carecia de prestigio y de fuerza material para conseguirlo inmediatamente, hubo de recurrir á la astucia, y áun á la perfidia, para ahogar la conspiracion. En un principio logró introducir la discordia entre los Hachach y el jeque berberisco Choné, que disponian de la fuerte plaza de Carmona, excitando su rivalidad hasta el punto que vinieron á las manos, quedando muerto en el reencuentro el jefe de la familia, Abdallah ben-Hachach, por mano del mismo Choné. Despues intentó separar de su partido á Zoraib, ganándolo al del Sultan, por medio de pomposos ofrecimientos; pero el jefe de los Kaldun no se dejó coger en la red. Esto visto, y además que en la jefatura de los Beni-Hachach habia sucedido á Abdallah su hermano Ibraim, hombre más temible que aquél por su talento, audacia y gran prestigio en Sevilla entre los indisciplinables yemaníes, Omaiya resolvió repetir contra los árabes el infame atentado cometido con los sevillanos; esto es, pasar á cuchillo el mayor número posible de aquéllos en hora y ocasion en que no pudieran ponerse en defensa.

Al efecto, con el pretexto de que los soldados de la corta guarnicion con que contaba la plaza sufrian todo género de insultos del populacho de Sevilla, mandólos acuartelarse en el alcázar y sus inmediaciones; y para su mayor seguridad, dispuso que aquella parte de la Ciudad, en que estaban comprendidos el palacio y la mezquita mayor, se rodease de una muralla, dentro de cuyo recinto sólo la guarnicion pudiese

transitar libremente. Los árabes comprendieron muy luego la pérfida intencion de tal medida. Adivinaron que el mejor dia del año, llena yá la medida de la paciencia del Sultan y del gobernador, aprovecharia éste el momento de estar todos ellos reunidos en la mezquita para aprisionarlos y pasarlos á cuchillo. Á impulsos de esta sospecha, representaron á Omaiya para que mandase suspender los trabajos. El gobernador hizo oidos de mercader, y aquéllos continuaron con mayor actividad.

Los yemaníes recurrieron á las armas: acometieron y dispersaron los trabajadores, y destruyeron parte de la obra en construccion. Acudió la tropa, batió á los amotinados y prendió buen número de ellos. Omaiya escogió los hombres más caracterizados entre los prisioneros para guardarlos en rehenes á responder de la sumision de sus parientes y amigos, y puso en libertad á los demás. Los árabes no se dieron por vencidos; pero, aleccionados por la experiencia, apelaron á la astucia para triunfar de la entereza del gobernador y realizar su plan de darle muerte, ó cuando ménos obligarle á huir de Sevilla.

Con tanto sigilo urdieron la conspiracion, que una mañana en que parte de los soldados habia salido, segun costumbre, fuera del recinto fortificado para comprar los víveres del dia, los yemaníes, convenientemente apostados desde la madrugada, los fueron sorprendiendo sin ruido, uno á uno, desarmándolos y poniéndolos á buen recaudo para que no diesen la voz de alarma en el alcázar. Esto hecho, y seguros de haber disminuido considerablemente el número de los defensores de Omaiya, ordenaron sus masas y atacaron con furor el palacio por diferentes puntos á la vez. La guarnicion cubrió las torres y murallas, y rechazó bizarramente el asalto. Como éste se renovára con harta tenacidad, el gobernador

mandó conducir á la plataforma de un alto torreon los prisioneros del motin anterior, anunciando á los sitiadores que, si no desistian de su intento, los mandaria matar y arrojar los cadáveres enmedio de la plaza. Aterrados y dolidos del triste fin que aguardaba á sus parientes y amigos, los yemaníes propusieron á Omaiya celebrar una conferencia para ver de terminar la contienda. Verificóse como lo deseaban; y en ella, despues de manifestar sus agravios, los amotinados dijeron al gobernador: Que apesar de ser notorio que todas las provincias habian sacudido el yugo del Sultan de Córdoba, y que la de Sevilla estaba resuelta á tomar ejemplo de las demás, ellos y sus familias, á fuer de leales y consecuentes á los compromisos que tenian contraidos con el soberano, se ofrecian á volver y mantenerse en su obediencia, en cuanto cualquiera de las provincias insurrectas reconociese la autoridad del Sultan; y que, en prueba de la sinceridad de su ofrecimiento, daban seguro al gobernador para salir sano y salvo de Sevilla con su familia y todos sus bienes, á condicion de devolverles los rehenes que tenía en su poder.

Omaiya comprendió lo grave de su situacion, y que estaba á la merced de aquellos árabes vengativos y turbulentos, falto de fuerza moral y material para resistir y ménos vencerlos. Hizo, pues, de la necesidad virtud; y, pretextando que cedia sólo por evitar la efusion de sangre, prometió abandonar la Ciudad inmediatamente; pero puso por condicion que los sevillanos jurasen solemnemente no atentar contra su vida, y que le diesen una escolta que le acompañase hasta dejarle en lugar seguro. Ofreciéronselo así, y entónces Zoraib ben-Khaldun, Ibrahim ben-Hachach y otros tres jeques principales subieron á la azotea de la puerta oriental de la mezquita mayor, y desde allí, á grandes voces, cada uno de

ellos juró cincuenta veces no causar daño ni ofensa alguna á Omaiya y conducirlo honradamente á lugar seguro.

Esto hecho, el gobernador, que habia podido verlos y oirlos desde el adarve de las murallas del alcázar, frente á la mezquita, les devolvió los rehenes y dió órden á su servidumbre para que hiciese los preparativos de marcha. Satisfechos los sublevados, se retiraron vociferando su triunfo y proclamando con poco recato la independencia de Sevilla, roto al fin el yugo que les tuviera impuesto el Sultan de Córdoba.

La calma restablecida no fué de larga duracion en la Ciudad. El odio de un lado, los resentimientos de otro, y la desconfianza y rivalidad que existia latente en todos los corazones, estallaron de nuevo á resultas de la lentitud con que Omaiya procedia en materia de abandonar su gobierno, y de la impaciencia que manifestaban los yemaníes por sacudir definitivamente el freno de toda autoridad. Hiciéronse recíprocas intimaciones, cruzáronse amenazas de una parte y otra, la guarnicion se hizo fuerte en el alcázar, y los yemaníes pusiéronse otra vez sobre las armas; por último, Omaiya se negó resueltamente á renunciar el gobierno y á salir de la Ciudad. En su vista, los árabes alzaron de nuevo la bandera de la insurreccion, y, reforzados con los contingentes que de fuera llegaron en su ayuda, pusieron estrecho cerco al alcázar.

Larga y sangrienta fué la lucha, pero el número acabó por sobreponerse á la razon de la autoridad. La guarnicion vióse reducida á la última extremidad, y habló de capitular con los rebeldes. El valiente y tenaz gobernador no quiso sobrevivir á la vergüenza de su derrota, y tomó una resolucion tan heróica como desesperada. Mandó, pues, matar todas sus mujeres, desjarretar sus caballos y mulas y quemar

enmedio de la plaza de armas del alcázar todo cuanto poseia y que las llamas pudiesen consumir. Esto hecho, dispuso abrir la puerta principal de la fortaleza, y se lanzó, á la cabeza de los más valientes y adictos entre los suyos, sobre los enemigos, con quienes combatió hasta caer acribillado de mortales heridas.

La muerte del gobernador Omaiya cerró la larga lista de crueles venganzas y asesinatos de que fuera teatro nuestra Ciudad desde el alevoso atentado que costó la vida al renegado Ben-Ghalib. El triunfo de la aristocracia árabe fué completo. Los Beni-Khaldun y los Beni-Hachach quedaron de hecho dueños de Sevilla, sin que poder alguno osase contrabalancear su autoridad, hasta el punto que sólo les faltaba dar un paso para constituirse en reyezuelos de Sevilla. Este paso era proclamar sin rebozo su independencia, de la misma manera que á la sazon venian haciéndolo en diferentes provincias otros jefes de familias, acaso ménos poderosas que las de estos jeques yemaníes. Sin embargo, no se atrevieron á darlo sin contar con la seguridad del éxito por medio de alianzas que les ayudasen en la empresa que meditaban.

Entretanto que trabajaban en dar la última mano á su plan, y para adormecer ó distraer los recelos del soberano de Córdoba, enviáronle mensajeros que le diesen cuenta detallada de los acontecimientos ocurridos en Sevilla, y pintárselos con un colorido que le persuadiese que la muerte de Omaiya y el saqueo del alcázar habian sido consecuencia de la lealtad de los árabes, que se negáran á secundar al gobernador en sus proyectos de rebelion contra el Sultan. Sea que Abdallah diese crédito á sus palabras, ó que careciese de fuerza moral y material para castigarlos, es lo cierto que aceptó por buenas sus razones, extendió el velo de la clemen-

cia sobre los asesinos del gobernador, y nombró en su lugar á un wazir de su Consejo. Érase éste un hombre tan débil é inepto, que fué necesario relevarlo al poco tiempo. Con la nueva autoridad envió el Sultan á Sevilla á su tio Hixem, y á fin de dar más fuerza y prestigio á las instrucciones que llevaba, dióle ámplias facultades para restablecer en toda su plenitud los derechos del soberano; mas como no le dió un cuerpo de ejército, que era en realidad lo que más se necesitaba, aquellas facultades no alcanzaron ni siquiera á hacer respetar la persona del Príncipe que iba en representacion del Sultan su sobrino, segun lo acredita el siguiente hecho.

Tenía Hixem un hijo llamado Motarrif, jóven apuesto y galanteador, que le acompañó á Sevilla, donde á los pocos dias de su llegada, y á resultas de una aventura amorosa, fué muerto alevosamente á puñaladas por su rival. El padre tuvo noticia del triste suceso, y ni áun le fué dado acudir en el acto á recoger el cadáver de su hijo, por temor á sufrir la misma suerte. El matador, que lo fué Mahdi, primo de Zoraib, no sólo quedó sin castigo, sino que pudo hacer gala de la satisfaccion de su venganza y desafiar audazmente al Príncipe y al gobernador, que carecian de medios para hacer respetar la justicia.

Este atentado y otros análogos, que tenian alarmado al pacífico vecindario de Sevilla, obligaron al gobernador á enviar una comunicacion al Sultan, dándole cuenta del estado anárquico en que se encontraba la Ciudad y pidiéndole tropas en número suficiente para restablecer el órden, castigar al asesino de Motarrif y enfrenar la insolencia de los árabes. Desgraciadamente este escrito cayó en manos de los Beni-Kaldun, quienes se presentaron con él á su autor, negaron la verdad de su contenido, le calificaron de imbécil y embustero y le amenazaron con su tremenda venganza si persistia

en calumniarlos; por último, para colmo de ignominia y testimonio del poder de los soberbios yemaníes, anunciaron al gobernador que quedaba arrestado en su propio palacio, por los dias que ellos tuvieron á bien señalar (1).

No era, ciertamente, en aquel tiempo más lisonjera que la de Sevilla la situacion política del resto de la España musulmana. Si al finalizar el siglo IX hubiese existido un pueblo verdaderamente español, celoso de su independencia y nacionalidad, es probable que la dominacion islamita no hubiera alcanzado el siguiente. En aquella época cada jeque árabe, siriaco ó berberisco, y cada señor español renegado ó deseoso de volver al regazo de la Iglesia católica, habíase hecho independiente y reconstituido el gobierno de la tribu, ó formádose un Estado soberano en abierta hostilidad con el supremo de Córdoba.

En tanto que tenian lugar en Sevilla los sucesos que dejamos narrados, el más poderoso y temible de los enemigos del Sultan en Andalucía, Ben-Hafsun, el *Viriato andaluz,* que se titulaba *Rey del Mediodía,* habíase ido apoderando de muchas fortalezas, situadas en las orillas del Guadalquivir, y de ciudades tan importantes como Estepa, Osuna y Écija, en la última de las cuales estableció su cuartel general, y desde donde extendia sus correrías militares hasta los muros de Córdoba. El año 890 se apoderó de Polei (Aguilar de la Frontera), desde donde tenía casi sitiada la capital del imperio, cuya situacion, á sus resultas, describe en los siguientes términos un historiador árabe (2): «El Estado se ve á punto de su completa ruina; no tenemos ejército; el tesoro del Sultan no existe más que de nombre; la ciudad está de-

(1) Ben-Haiyan, fól. 56 v.—59 v.
(2) Ben-Haiyan.

sierta; los mercados vacíos; el robo y el pillaje se han erigido en sistema de gobierno; los hombres mueren asesinados; las mujeres y los niños se ven reducidos á la esclavitud; las calamidades públicas, en fin, se suceden las unas á las otras sin interrupcion.» Los doctores y faquíes, con sus vaticinios (1) y tristes lamentaciones desde el púlpito, en las mezquitas, acrecentaban el sobresalto del pueblo y el descon-

(1) «¡Ay de tí, Córdoba!—decian (*)—¡ay de tí, ciudad corrompida, vaso de impurezas, asiento de toda desgracia y angustia, que no tienes amigos ni aliados en ninguna parte! Cuando el caudillo de larga nariz y rostro feroz (**), ese cuyo ejército se compone de musulmanes y de cristianos, llegue á tus puertas, ese dia será el último de tu existencia. Entónces tus habitantes tendrán que ir á refugiarse en Carmona, ¡mas éste será un asilo maldito! (***)» «¡Córdoba infame,—decia un predicador—Alá ha fulminado su anatema sobre tí, desde que te has convertido en asilo de los extranjeros, de los malhechores y de las prostitutas!... Yá veis, hermanos mios, cómo la guerra civil destruye toda la Andalucía: ¡renunciad, pues, á las pompas y vanidades mundanas!... ¡La herida mortal la recibiréis de aquel lado donde se alzan las dos montañas, la montaña parda y la montaña negra!... El principio tendrá lugar en el mes próximo, en el de Ramadhan; despues pasará un mes, despues otro, y entónces se verificará la tremenda catástrofe en la gran plaza del palacio de la iniquidad.... ¡En ese dia, oh habitantes de Córdoba, ocultad en sitio seguro vuestras mujeres y vuestros hijos! ¡No permitais que ninguno de los vuestros se encuentre en los alrededores del palacio de la iniquidad ni de la mezquita mayor, porque no se salvarán ni áun las mujeres y los niños! La tremenda catástrofe tendrá lugar en la tarde de un viérnes, y durará hasta la noche. El único puerto de salvacion será el cerro de Abu-Abda, donde en otro tiempo existió la iglesia.... (****)»

(*) Ben-Adhari.

(**) Alude á Ben-Hafsun.

(***) Tarikh Ben-Habib.

(****) Es indudable que con estas palabras el predicador alude á una iglesia cristiana, y que, en tal virtud, sería respetada por los soldados cristianos de Ben-Hafsun.

tento general contra la débil ó torcida política del soberano, causa eficiente de la ruina que amenazaba al imperio tan laboriosamente creado por la familia omiada.

Habiendo llegado la situacion á un extremo tal de desconcierto, que nada podia hacerla empeorar, el Sultan se decidió al fin á jugar el todo por el todo, recurriendo á las armas, único medio de resolverla de una vez y de cualquier modo. Al efecto, dispuso ponerse al frente del ejército y marchar en persona contra el enemigo, acampado casi á las puertas de la capital. Á duras penas pudo reunir catorce mil hombres, de los cuales sólo cuatro mil eran tropas regulares. Con tan reducida hueste salió de Córdoba, el juéves 15 de Abril del año 891, y en el mismo dia avistó el ejército de Ben-Hafsun, fuerte de treinta mil soldados, veteranos aguerridos, llenos de entusiasmo, mandados por el primer capitan de la época y perfectamente formados en batalla al pié del cerro coronado por el castillo de Aguilar. Al amanecer del siguiente dia, *viérnes de la Semana Santa* (1), el ejército del Sultan se puso en movimiento y empeñó la memorable batalla de *Polei*, que, como las de la *Pradera de Rahita* y de *Mozara*, salvó por tercera vez la dinastía omiada de su destruccion. Oigamos cómo la detallan los historiadores árabes, segun Dozy (2):

«Aquel reducido ejército era el último recurso de Abdallah. Para colmo de desgracia, el general en jefe que lo

(1) Segun la regla establecida por el concilio de Nicea, la Pascua de Resurreccion del año 891 debia caer en 4 de Abril; pero como las crónicas árabes ponen la batalla de Polei en el año 278 de la Egira, que comienza el 15 de Abril de 891, es probable que los andaluces celebráran la Pascua con arreglo al sistema de su compatriota Migecio, sistema condenado por el papa Adriano I en una carta dirigida al obispo Egila. (Dozy.)

(2) Dozy. *Hist. des Musulm. d'Esp.*, tom. II, págs. 280 y sigs.

mandaba estaba muy léjos de corresponder á las esperanzas que en él pusiera el Sultan; de tal suerte, que al romperse la batalla poco faltó para que comprometiese inmediatamente el éxito, mandando una evolucion estratégica que obligaba á sus soldados á retroceder frente al enemigo, en demanda de nuevas posiciones, que conceptuó más ventajosas. Comenzóse el movimiento á disgusto de todo el ejército; y yá Ben-Hafsun se disponia á sacar partido de la falta de su adversario, cuando el general de la vanguardia, Obaidallah, de la familia de los Beni-Abi-Abda, puso su caballo á escape, en direccion de la tienda del Sultan, exclamando con desesperado acento:—¡Que Dios se apiade de nosotros!... ¿Dónde nos llevan, ¡oh Amir! ¡Dábamos frente al enemigo, y ahora nos obligan á volverle la espalda...! ¡Creerá que tenemos miedo, que huimos, y nos acuchillará sin misericordia hasta el último!...—¿Qué debemos hacer? preguntó el Sultan.—Volver á nuestras primeras posiciones, respondió el valiente general, cargar con valor al enemigo, y cúmplase la voluntad de Dios.—Hazlo como lo dices, respondió el Sultan.

»Obaidallah torció riendas en el acto, se lanzó á la cabeza de su division, detuvo su movimiento de retroceso, y mandó á sus soldados cargar á la carrera sobre el enemigo. Sus órdenes fueron al punto obedecidas. En tanto que la division de vanguardia, dando ejemplo á las demás, volvia á sus primeras posiciones, un jeque preguntó al teólogo Abu-Meruan, hijo del célebre Yahya ben-Yahya:—¿Qué resultado creeis tendrá esta batalla?—¿Qué puedo responderos? contestó el doctor, como no sea repitiendo las palabras del Todopoderoso: *Si Dios viene en vuestra ayuda nadie os podrá vencer; pero si os abandona, nadie os podrá salvar* (1).

---

(1) *Coran*, sura 3.ª, vers. 154.

»Las tropas de vanguardia entraron inmediatamente en accion, electrizadas con el ejemplo de su general y alentadas con las exhortaciones de los faquíes, que recorrian las filas recitando pasajes del Coran. En primera línea combatia Rahici, guerrero encanecido sobre los campos de batalla, y uno de los poetas más ilustres de la córte del Sultan. Cada uno de sus botes de lanza iba acompañado de un verso improvisado. De pronto un dardo, dirigido por un destino ciego, le derribó del caballo, mortalmente herido.—¡Mal presagio, gritaron los soldados viéndole caer; el primer muerto ha sido uno de los nuestros!—No tal, exclaman los faquíes; buen presagio, por el contrario. ¡Acordáos qué en la batalla de Guadacelete, donde triunfamos de los toledanos, el primero que cayó fué tambien uno de los nuestros...!

»Muy luego la batalla se hizo general en toda la línea, entre el clamor de los combatientes, el estrépito de las armas y las oraciones que en alta voz entonaban los sacerdotes cristianos y los pasajes del Coran que recitaban los faquíes musulmanes. El encuentro fué rudo y porfiado y la victoria estuvo largo tiempo indecisa. Mas contra toda humana prevision, y burlando los cálculos más racionales, los veteranos de Ben-Hafsun, en *Polei,* como los de César, en *Munda,* retrocedieron ante los soldados bisoños del ejército contrario. El ala izquierda de los cordobeses arrolló la derecha de los andaluces; y esto hecho, las tropas todas del Sultan cargaron denodadamente sobre el centro y la izquierda enemiga, que tambien cedieron al empuje, y comenzaron una retirada, lenta en un principio, que acabó en completa dispersion, huyendo las banderas de Écija en direccion de su ciudad, perseguidas por la caballería de Córdoba, y los veteranos de Ben-Hafsun hácia el castillo de Aguilar. El caudillo andaluz combatió heróicamente en primera fila, como general y

como soldado, retirándose el último del campo de batalla.

»El Sultan, por el contrario, permaneció durante la accion sentado á la entrada de su tienda, siguiendo con inquieta mirada las peripecias del combate, y repitiendo con hipócrita compuncion los siguientes versos:

»*Pongan los incrédulos su confianza en el número de sus soldados, en sus máquinas de guerra y en su valor personal, que yo sólo la pongo en tí, Dios único y eterno.*

»Deprecacion que interrumpia cuantas veces se le presentaba uno de sus soldados trayendo la cabeza de un enemigo muerto en la refriega, y le exigia el precio que por cada una tenía ofrecido.»

Los vencedores cesaron en la persecucion para revolver sobre el campamento de los vencidos y entrarlo á saco. Su alegría fué inmensa, por lo mismo que fuera inesperada. Encontrábanse vencedores sin saber cómo, los que entraron en la batalla en la seguridad de ser vencidos. El poeta cortesano Ben-Abd-Rabihi, contemporáneo del suceso, escribió acerca de él un largo poema, en el cual reprodujo los siguientes dichos y frases picantes con que los soldados del Sultan celebraron su triunfo sobre el mismo campo de batalla.—El lance ha sido divertido; ¡qué regocijo para ellos! Los más no celebrarán la Pascua, y es lástima, decia un soldado, aludiendo á que la batalla se dió la antevíspera de la de Resurreccion.—Hermosa fiesta, respondia otro; no le han faltado víctimas, como debe tenerla toda fiesta religiosa. —Mirad, exclamaba un tercer soldado, para lo que sirve un buen bote de lanza y una estocada hasta la empuñadura.... Los muy ruines empinaron el codo esta mañana despues de su misa y de comulgar, hasta emborracharse como mosquitos.... Si nosotros no los hubiéramos refrescado, á estas horas estarian todavía durmiendo el vino.—¿Sabeis, declamaba

un árabe que tenía nociones de historia, que esta batalla de Polei se parece como un huevo á otro huevo á la de la Pradera de Rahita? Aquélla se dió tambien en viérnes y dia de fiesta.... Nuestro triunfo de hoy no es ménos espléndido que aquél, y como aquél ha sido glorioso para los omiadas.... ¡Ved todos esos puercos que yacen descuartizados sobre el campo de batalla! Lástima le tengo á la tierra que sirve de lecho á sus cadáveres: si pudiera repelerlos, de seguro que no se dejaria manchar con su impura sangre.»

Es de advertir, que para los soldados del Sultan todos los que militaban bajo las banderas de Ben-Hafsun eran cristianos ó renegados. En el fondo no iban enteramente descaminados.

Al siguiente dia del triunfo de Polei, el ejército cordobés puso sitio al castillo de Aguilar, que se rindió en la mañana inmediata, por haberle abandonado durante la noche la mayor parte de sus defensores. El Sultan hizo su entrada en él, y mandó que le fuesen presentados todos los prisioneros hechos en la jornada. Cuando estuvieron en su presencia les anunció que los musulmanes que jurasen no haber renegado de su fé serian perdonados; y que en cuanto á los cristianos, les daba á escoger entre morir degollados ó hacer profesion de fé musulmana.

Los cristianos, en número de mil, presentaron el cuello á los verdugos y dieron su alma á Dios. Uno solo vaciló al sentir el filo de la espada sobre su garganta, y salvó su miserable vida pronunciando la fórmula sacramental del islamismo: *No hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta.* Todos los demás murieron como verdaderos mártires de la Fé, cuyos nombres, ó cuyo heroismo, debiera estar consignado en los fastos sagrados de la Iglesia cristiana.

Vencida la batalla y rendido el castillo de Aguilar de la

Frontera, las tropas del Sultan marcharon sobre Écija, que capituló á los pocos dias de ponerle sitio. Á estos triunfos siguieron muy luego otros análogos en Archidona, Elvira, Jaen y otras ciudades y distritos importantes, los cuales salvaron la causa de los omiadas en los momentos en que parecia estar más próxima á su ruina. En el año siguiente (892) Ben-Hafsun se repuso algo de sus pasadas pérdidas, continuando en esta situacion por espacio de tres años, compartiendo, entre triunfos y reveses, con el sultan de Córdoba el gobierno de todas las Andalucías.

CAPÍTULO X.

Acontecimientos en Sevilla durante los últimos años del reinado de Abdallah.—Asesinato de Zoraib y Khalib ben-Khaldun.—Triunfo de los Beni-Hachach.—Su rebelion contra el Sultan y alianza con Ben-Hafsun.—Derrota de los aliados en los campos de Estepa.—Sumision de Ibrahim.—Prosperidad de Sevilla bajo su gobierno.—Muerte de Ibrahim.—Nuevas revueltas en la Ciudad al advenimiento de Abderahman III.—Venida de Ben-Hafsun á Sevilla.—Batalla y derrota de los aliados.—Decreto del Sultan mandando derribar las murallas de la Ciudad.—El último de los Beni-Hachach.

La serie de acontecimientos militares que sucedieron á la victoria de Polei, restableció el poder del Sultan y el órden público á satisfaccion de los ciudadanos pacíficos, que, cansados de tan larga anarquía y de sus funestos resultados, tomaron al fin una actitud decidida contra los rebeldes, dando con esto nueva fuerza y prestigio al poder central. Así es, que Abdallah no se durmió sobre sus laureles; bien al contrario, durante los años 93 y 94, desembarazado por el momento de su enemigo más temible, dirigió sus armas contra los jeques y señores que, aprovechando la pasada discordia, habíanse negado á pagar los tributos y á aprontar los contingentes para la guerra contra el Viriato andaluz.

Las armas del Sultan vencieron en todas partes, de suerte que, desahogado el Tesoro, bien provisto el ejército y reanimado el espíritu público, pudiéronse disponer grandes expediciones militares, que termináran en el más breve plazo posible la obra de pacificacion general emprendida. Éstas fueron dos: una contra los rebeldes de Murcia y la otra contra la provincia de Sevilla. La situacion política de nuestra Ciudad era á la sazon la misma que bosquejamos en el capítulo precedente.

Las opulentas familias de los Beni-Khaldun y de los Beni-Hachach seguian ejerciendo una especie de soberanía independiente en la ciudad y su distrito. Cobraban y repartian los impuestos, nombraban todos los funcionarios públicos, disponian de la fuerza armada, hacian leyes fiscales y arancelarias en interés del comercio, no pagaban al Tesoro del Sultan las contribuciones, y continuaban manteniendo en humillante inferioridad á los cristianos y renegados, víctimas de la soberbia y atropellos de los árabes yemaníes; y, sin embargo, no sólo no estaban ostensiblemente en guerra con el soberano de Córdoba, sino que le enviaban contínuas protestas de su respeto y obediencia por conducto del príncipe Hixem, tio de Abdallah, que residia en Sevilla, y por el gobernador, que bien puede decirse no ejercia ni sombra de autoridad.

Este estado de cosas, que los Khaldun y los Hachach tenian un grande interés en perpetuar, no podia realmente subsistir sino en cuanto el poder central no se hallase en situacion de ponerle eficaz correctivo. Es así, pues, que en el año 895, asegurado hasta cierto punto el órden público en sus Estados, y contando con medios suficientes de represion, el Sultan dispuso sujetar á la obediencia aquellas poderosas familias y restablecer el imperio de la ley en toda la

baja Andalucía. Mas como la empresa fuera arriesgada de suyo y ocasionada á una nueva guerra civil, de la cual hubiera sacado gran partido Ben-Hafsun, recurrió á una estratagema á fin de sorprenderlas y vencerlas ántes de que pudiesen organizar la resistencia.

Al efecto, mandó pregonar la guerra contra los rebeldes de Murcia, convocó las banderas en Córdoba y comisionó un oficial superior á Sevilla con objeto de vencer todos los obstáculos que pudieran suscitarse al envío del contingente de la Ciudad. Los Kaldun y Hachach obedecieron sin resistencia; pero, siempre desconfiados, hicieron un llamamiento á su aliado Solaiman, jeque de Medina-Sidonia, quien acudió en persona al frente de su bandera, llevando por segundo á su hermano Maslama. Formada la division, que llevaba por caudillos á Khalib, hermano de Zoraib, Ibrahim Ben-Hachach y los dos jeques sidonenses, púsose en marcha hácia Córdoba sin sospechar el lazo que se le habia tendido.

No muchos dias iban pasados cuando se recibió la nueva que el ejército del Sultan, al mando del príncipe Motarrif, habíase puesto en marcha, no hácia el Este, sino para el Oeste; que Khalib, Ibrahim, Maslama y todos los oficiales y soldados del contingente de Sevilla y Medina-Sidonia habian sido desarmados y aprisionados, salvándose únicamente Solaiman, y que la expedicion se dirigia á marchas forzadas sobre nuestra Ciudad.

La sorpresa, el terror, y, sobre todo, la cólera que se apoderó de los Khaldun y Hachach, fué imponderable. Convocaron sus amigos y parientes, y acordaron tomar pronta y ejecutiva venganza de la ofensa recibida. Zoraib, el más violento y arrebatado, sublevó la Ciudad, y, puesto al frente de los amotinados, invadió el palacio del príncipe Hixem, y penetró espada en mano en el aposento donde se encon-

traba el tio del soberano, gritando con atronadora voz: «¡Brava nueva te traigo...! Motarrif ha desarmado y aprisionado á mi hermano y á todos mis parientes que estaban en la hueste.... Pues bien; te juro, por mi salvacion, que si el Príncipe toca á un solo cabello de cualquiera de ellos, te quito la cabeza de los hombros. Verémos quién vence á quién.... Entretanto tú y todos los tuyos sois mis prisioneros: ninguno de vosotros saldrá de esta casa ni áun para comprar que comer. Yo bien sé que careceis de vitualla, pero eso nada me importa á mí. Resuelve inmediatamente y elige entre morir descabezado ó de hambre. Sólo un medio tienes de salvacion: manda sin pérdida de tiempo un emisario á Motarrif, diciéndole que tu vida me responde de la de todos mis parientes, y haz de manera que me los devuelva lo más pronto mejor....»

Aterrado Hixem, porque estaba convencido que Zoraib era hombre muy abonado para cumplir su terrible amenaza, escribió á Motarrif en los términos que le fueron indicados. Entretanto llegaba la respuesta, los Khaldun y Hachach enviaron emisarios á sus aliados de Niebla y de Medina-Sidonia, impetrando su auxilio, y comenzaron á poner la Ciudad en estado de defensa. No les dió tiempo el Príncipe para terminarla, amaneciendo un dia delante de sus puertas, dispuesto á combatirlas. Zoraib, que tenía el mando militar de la Ciudad, no conceptuándose todavía con fuerzas suficientes para resistir el ataque, propuso un acomodamiento, bajo las condiciones siguientes: Poner en libertad al príncipe Hixem, pagar religiosamente las contribuciones atrasadas y las corrientes, y permitir á los soldados de Córdoba la entrada en la Ciudad para proveerse de víveres y de cuanto necesitasen.

Cumplidas estas condiciones, el ejército cordobés levantó su campo de Sevilla y marchó hácia el Sur para comba-

tir al jeque maadí Talib-ben-Molú, á quien tomó por fuerza de armas los castillos de Montefique y Monteagudo. De aquí se dirigió al distrito de Sidonia, resuelto á combatir á Solaiman, que habia levantado la bandera de la insurreccion en Arcos. Despues de haber tomado á Lebrija por asalto y dejado en ella una fuerte guarnicion, el príncipe Motarrif continuó la guerra por aquel distrito, combatiendo con éxito pueblos y castillos rebeldes, hasta que en un recio encuentro Solaiman le hizo sufrir un descalabro, que estuvo á punto de convertirse en derrota. Furioso el Príncipe con el suceso, vengóse mandando descabezar á tres parientes del jeque rebelde, que tenía prisioneros.

Entretanto los Khaldun y los Hachach, en Sevilla, temerosos, y no sin motivo, de la vuelta del ejército del Sultan, ponian la Ciudad en completo estado de defensa, y acogian dentro de sus muros todos los vencidos y descontentos que venian á buscar armas y recursos para continuar la guerra contra el soberano. Estos manejos no podian ocultarse á Motarrif, quien, para desconcertarlos, se presentó de improviso en el mes de Agosto de aquel mismo año (895), delante de la Ciudad, intimando á Zoraib que le abriese las puertas. Negóse el requerido, protestando de su lealtad al Sultan y quejándose de lo injustificado del ataque. El Príncipe, para castigar á los rebeldes ó intimidarlos, mandó cargar de cadenas á los prisioneros sevillanos que tenía en su poder, y entre ellos á Khalib, hermano de Zoraib, y á Ibrahim ben-Hachach, amenazando con hacerlos matar si la Ciudad no se le entregaba.

La indignacion fué tan grande entre los árabes de Sevilla, que resolvieron llevar la contestacion al Príncipe en el hierro de sus lanzas. Hiciéronlo así, con tal empuje y bizarría, que en una salida pusieron en completa derrota la van-

guardia del enemigo y en peligro de un desastre el resto del ejército. En venganza, Motarrif, mandó dar tormento á Khalib é Ibrahim, y ordenó combatir á todo trance la Ciudad. Tres dias duró el asalto, que fué victoriosamente rechazado por sus defensores. Despechado el Príncipe, y convencido de que no podia entrar la plaza por fuerza de armas, levantó el sitio y emprendió la retirada sobre Córdoba, con propósito de rehacer su ejército en condiciones de abrir una nueva campaña contra los sevillanos. En su marcha apoderóse de algunos castillos situados en las márgenes del Guadalquivir, pertenecientes á los caudillos de la sublevacion sevillana, y los desmanteló.

Disipados los vapores de la embriaguez que les produjo la victoria, los Khaldun y los Hachach pensaron cuerdamente que debian conjurar con tiempo la tormenta que no tardaria en estallar por segunda vez sobre Sevilla, así que el príncipe Motarrif, dada cuenta al Sultan del mal éxito de su expedicion, obtuviese mayor ejército y recursos para volver por su honra militar que tan mal parada quedára. En su consecuencia, enviaron comisionados á Córdoba para impetrar el perdon del soberano y hacerle presente, que en aquellos lamentables sucesos no habian obrado como súbditos rebeldes, sino como ciudadanos pacíficos que se habian visto en la dura necesidad de rechazar con la fuerza una injustificable agresion; en prueba de lo cual traíanle los tributos que correspondian á Sevilla y le ofrecian rehenes á responder del pago de los sucesivos y de su obediencia á la autoridad del Sultan.

Por más que fuese evidente que los incorregibles yemaníes sólo trataban de ganar tiempo y adormecer al gobierno de Córdoba para continuar disponiendo á su antojo de los destinos de Sevilla, el Sultan tuvo que aceptar aquellas pro-

testas y disculpas, faltándole medios de inmediata represion: por otra parte, como los árabes compraban á buen precio la clemencia que solicitaban, fuéles otorgada á medida de su deseo. Algunos wasires de su Consejo, ganados á los intereses de aquéllos, le propusieron, como medida prudente, aprovechar la ocasion para reconciliarse con la aristocracia árabe, poniendo en libertad sus prisioneros.—«Amir, dijéronle, si mantienes en prisiones á esos nobles, Ben-Hafsun se apoderará de sus castillos, y desde ellos te hará la guerra; si, por el contrario, los devuelves á sus respectivas familias, tendrás en ellas numerosos aliados que por gratitud te ayudarán á combatir al jefe de los españoles cristianos y renegados.—El Sultan se adhirió á la opinion de sus wasires, y en su consecuencia ofreció la libertad á los prisioneros, bajo las siguientes condiciones: Que jurasen cincuenta veces en la mezquita mayor que se le mantendrian fieles, y que le diesen rehenes á responder del cumplimiento de su palabra. Aceptáronlas con alegría, y dejaron en poder de Abdallah, entre otros, al jóven Abderame, hijo mayor de Ibrahim ben-Hachach.

El dia del regreso de los prisioneros á Sevilla lo fué de júbilo para los árabes. Soberbios é incorregibles como siempre, se contaron, se concertaron, y, creyéndose con fuerzas suficientes, olvidaron muy luego el cumplimiento de la palabra empeñada, volviendo á su actitud de resistencia pasiva á la autoridad del Sultan (1). Zoraib é Ibrahim, para mejor atender á la conservacion de la semiindependencia en que se habian constituido, repartiéronse el gobierno de Sevilla y su provincia, de manera que cada uno de ellos ejerciese igual suma de autoridad. Un poder idéntico, ilegítimo y con preten-

(1) Crónicas de Ben-Haiyan y de Ben-Adhari.

siones de absoluto, así repartido, no podia dejar de ser manantial fecundo de rivalidades y querellas entre los jefes que lo ejercian y entre sus familias y partidarios respectivos. Así es que la Ciudad, dividida en dos bandos no ménos exijente y numeroso el uno que el otro, mantúvose descontenta y agitada más ó ménos ostensiblemente, hasta un dia del año 899, en que su situacion se resolvió dentro de las condiciones de carácter de la raza que dominaba en ella.

El Sultan, para quien la indisciplina de los árabes sevillanos era motivo de grave preocupacion, porque arrastraban con su ejemplo todo el Oeste de Andalucía, á falta de otros medios de represion atizaba secretamente el fuego de la discordia y avivaba la rivalidad entre Zoraib é Ibrahim, haciendo llegar á su conocimiento las intrigas que cada uno de ellos manejaba en la córte, y las acusaciones ó calumnias que levantaban en daño el uno del otro para congraciarse con el soberano y perder al aborrecido rival. Cuenta un cronista árabe que cierto dia el Sultan recibió una carta de Khalib, altamente ofensiva para Ibrahim; que puso en la misma la contestacion y la entregó á uno de sus secretarios para que se la remitiese á su autor. El secretario, *inadvertidamente,* dejó caer el escrito en una galería del palacio. Un eunuco la encontró *casualmente;* leyóla, y enterado de su contenido, la entregó á un enviado de Ibrahim, pidiéndole una buena recompensa por el servicio que acababa de prestarle. Aquel mismo dia salió de Córdoba para Sevilla un correo, portador de la indicada carta, que pocas horas despues se encontraba en manos de Ibrahim ben-Hachach.

La cólera y el sobresalto del árabe corrieron parejas con su propósito de tomar ejecutiva venganza de los hermanos Zoraib y Khalib. Sin embargo, por más que en aquella carta viese un testimonio irrecusable de que los Khaldun conspi-

raban contra su poder, su libertad y acaso su vida, estimó prudente disimular su enojo hasta proporcionarse una ocasion de satisfacerlo. En su consecuencia, mostróse más deferente y obsequioso que nunca con sus rivales, y cierto dia, pretextando un fausto acontecimiento, los convidó á comer.

Zoraib y Khalib aceptaron el convite; pero recelosos y suspicaces, hiciéronse acompañar de un numeroso peloton de gente armada, que se instaló en el patio y alrededores del alcázar de Ibrahim. Creyéndose á cubierto de todo accidente funesto, los Khaldun penetraron en la sala del festin, explén-didamente exornada y alumbrada. Durante la comida reinó la mayor cordialidad y alegría entre todos los convidados; pero á los postres levantóse Ibrahim, y con rudo acento y gesto amenazador enseñó á los Khaldun la carta fatal y les afeó la iniquidad de su conducta. El impetuoso Khalib lanzóse puñal en mano sobre Ibrahim y le hirió en la cabeza y en el rostro. Á la voz de «¡aquí de los mios!» del herido abriéronse las puertas de la sala y un grupo de hombres armados se precipitó sobre los Khaldun, que cayeron acribillados á puñaladas. Ibrahim mandó cortarles la cabeza y arrojarlas al patio, donde habia llegado el rumor de la trágica escena acontecida en la sala del banquete, produciendo el consiguiente desórden, seguido de una sangrienta refriega entre los guardias de Ibrahim y los de Zoraib, que fueron acuchillados como su jefe, saliendo muy pocos con vida de la pelea.

La muerte de Zoraib y de Khalib destruyó para siempre el poder de aquella opulenta familia en Sevilla y dió un triunfo, largo tiempo disputado, al elemento de órden, á la aristocracia árabe culta, sobre el elemento anárquico, sobre las turbulentas tribus que tantos y tan amargos dias hicieran pasar á sus ciudadanos pacíficos. Sin embargo, Ibraim ben-Hachach comprendió que debia justificar su conducta á los

ojos del Sultan, tanto porque el suceso estaba llamado á producir honda sensación en Córdoba, cuanto porque, teniendo á su hijo mayor en rehen, temia que los amigos de Zoraib en la córte vengasen de alguna manera su agravio en él. En su consecuencia, escribió al soberano manifestándole que la responsabilidad del suceso debia recaer toda entera sobre los Beni-Khaldun, que le habian obligado á defender su propia vida á todo trance: que Zoraib, el genio del mal en Sevilla, le habia arrastrado á la rebelion todas las veces que ésta estalló, muy apesar suyo (1), y que en prueba de sus intenciones pacíficas y de sus propósitos de obediencia, se ofrecia á acudir á todos los gastos de la administracion pública en la Ciudad y hacer un donativo anual de siete mil monedas de oro al tesoro del Sultan, siempre que éste le diese el gobierno de la provincia. La sórdida avaricia de Abdallah se sintió halagada con tan pomposo ofrecimiento; aceptó las explicaciones de Ibrahim y le confirió el cargo que solicitaba. Á partir de este instante el nuevo gobernador comenzó á gestionar activamente para obtener la libertad de su hijo, que el Sultan se negó tenazmente á devolverle, por considerarle como la más firme garantía de la sumision de los Beni-Hachach. Engañóse en su cálculo el Sultan; pues Ibrahim, resentido de la negativa, despues de haber agotado el capítulo

(1) Á dar crédito á Conde, ó á los autores traducidos por él, las cosas pasaron de muy distinta manera, pues dice: «El caudillo Ibrahim ben Hegag el Lahmí, con quinientos caballos, guardaba la comarca de Sevilla, y en esta Ciudad dió muerte á Coreib ben Chaldun y á un hermano suyo, porque se *oponian á la rebelion*, y persuadian la obediencia y fidelidad que debian á su rey Abdala.» *Historia de los árabes*, tom. I, pág. 337.—Por otra parte, esto es cuanto refiere de esas dos poderosas familias, que tanta influencia ejercieron en Sevilla durante largos años.

de las súplicas y de los ofrecimientos, rompió por todo, negando al soberano no sólo el donativo que le hiciera, sino que tambien el pago de los impuestos; y, por último, negoció públicamente un tratado de alianza ofensiva y defensiva con el caudillo Ben-Hafsun (900) y le envió, como prenda del cumplimiento de su palabra, un numeroso cuerpo de caballería y una crecida cantidad de dinero.

Fuerte con esta alianza, que suponia la adhesion á su partido de todo el Oeste de Andalucía, el caudillo español abrió nueva campaña contra el Sultan, quien, obligado á combatir el enemigo más formidable, tuvo que aplazar para más adelante dirigir sus armas contra Sevilla. Al finalizar el año 901 la situacion habia empeorado hasta el extremo que Abdallah tuvo que negociar la paz con Ben-Hafsun. Esta fué de corta duracion, pues Ibrahim ben-Hachach, sospechando que el Sultan, libre de las atenciones de la guerra, se apresuraria á pedirle estrecha cuenta de su conducta, exigió de su aliado el cumplimiento de la palabra empeñada en cuanto á auxiliarle en el conflicto con que le amenazaba el Sultan. Ben-Hafsun, que no deseaba otra cosa sino suscitar dificultades al soberano, propuso á su aliado una conferencia en la ciudad de Carmona para concertar el plan de nuevas operaciones. Verificóse la entrevista (902), á la que asistieron, entre otras personas de la confianza de Ibrahim, Fachil ben-abi-Moslim, reputado general de la caballería sevillana.

En el curso de la conferencia, Ben-Hafsun manifestó que su proyecto era marchar contra el ejército omiada, que se dirigia hácia las fronteras de Sevilla por la parte del Genil, atacarlo, vencerlo y dispersarlo, y luégo entrar á saco la ciudad de Córdoba. El general sevillano, á fuer de árabe de pura raza, mostróse ofendido del tono desdeñoso con que un español hablaba de sus compatriotas, y replicó:—Hafsun, no

desprecies el ejército acaudillado por Ben-abi-Abda; cierto que su número es reducido; pero es á la vez tan grande, que aunque la España toda se reuniese para combatirle, no lograria derrotarlo.—Noble señor, respondió Hafsun, ¿qué puede contra mí ese Ben-abi-Abda? ¿Con cuántos soldados cuenta? Yo de mí sé deciros que dispongo de mil y seiscientos ginetes, que unidos á los quinientos de Sevilla y á otros tantos de Ben-Mastana (señor de Luque) componen una division de dos mil y quinientos caballos, con los cuales nos *comerémos* sin trabajo alguno el ejército cordobés.—Podríamos ser rechazados.... derrotados.... insistió Fachil; por lo demás no debes ofenderte del consejo que te doy, pues conoces lo mismo que yo el valor de los soldados de Ben-abi-Abda.

Ibrahim ben-Hachach puso término á la discusion, aprobando la totalidad del plan de su aliado. En su consecuencia, acordóse marchar en el acto contra el ejército omiada, que habia cruzado el Genil y puesto su campo en el distrito de Estepa. En la mañana del dia siguiente avistáronse los beligerantes, y por más que Hafsun sólo tuviese caballería, atacó con tal ímpetu al enemigo, que le derrotó y mató más de quinientos hombres. El ejército sevillano-español permaneció acampado en el mismo lugar de su triunfo hasta la caida de la tarde, hora en que se le incorporó su infantería, fuerte de quince mil soldados. El infatigable Hafsun no dió á sus peones más tiempo de descanso que el que empleó en conferenciar con el general Fachil.—¡Á caballo! exclamó penetrando en la tienda del sevillano.—¿Contra quién?—Contra Ben-abi-Abda.—Hafsun, querer alcanzar dos victorias en un dia es tentar á Dios y mostrarse ingrato á sus beneficios.... Has vencido al general enemigo, le has dado un golpe del cual no se repondrá en diez años: cuida ahora de no preci-

pitarle en los extremos de la desesperacion.—Por Dios que son pueriles tus temores. ¿No ves que él es el vencido y nosotros los vencedores, y que vamos á caer sobre él con fuerzas tan numerosas que ni acaso tendrá tiempo para montar á caballo y huir?—Hágase como dices, respondió Fachil, armándose para entrar en batalla; pero pongo á Dios por testigo que no apruebo proyecto tan temerario.

Empeñóse la batalla á la hora del crepúsculo de la tarde. Fué recia, breve y sangrienta. La profecía del general sevillano se cumplió al pié de la letra. El ejército veterano de Ben-Hafsun fué vencido en los llanos de Estepa, como once años ántes lo habia sido en los campos de Poley. Los aliados se batieron en retirada, dejando mil y quinientos hombres muertos sobre el campo de batalla.

Noticioso Abdallah del suceso, mandó celebrar la victoria de sus tropas y dar muerte á los rehenes que tenía en su poder, en castigo de la violacion de la paz por Hafsun. Las ejecuciones comenzaron por los partidarios del caudillo español; mas al llegar á los árabes sevillanos fueron tantas las súplicas de los yemaníes, y tantas las influencias que se pusieron en juego, que el Sultan mandó dejar en suspenso el decreto de muerte lanzado contra ellos; y áun hizo más, los indultó, á ruegos de su wasir Badr, que le hizo presente como Ibrahim ben-Hachach habia jurado cien y cien veces que su rebelion sólo reconocia por causa la negativa del soberano á devolverle su hijo Abderame. «Amir, le dijo aquel fiel servidor, si despues de dar muerte á los rehenes de Ben-Hafsun haces matar al hijo de Ben-Hachach, podrá suceder que estos dos hombres, unidos por el lazo de una comun venganza, pierdan la vida ántes que soltar las armas que empuñan contra tí. No es difícil entenderse con Ben-Hachach, porque al fin es árabe; pero será enteramente imposible

aplacar á Ben-Hafsun, que es español.». Tochibi, tesorero del Sultan, unió sus ruegos á los de Badr, y en el acto quedó acordada la libertad de Abderame, que aquél se encargó de acompañar hasta dejarlo en brazos de su padre en Sevilla.

Inmensa fué la alegría de Ibrahim al estrechar sobre su pecho aquel hijo amado, que habia vivido seis largos años expuesto dia por dia á una muerte desastrosa; así es que juró obediencia al Sultan y esta vez se mantuvo fiel á su juramento, que no quebrantó ni una vez en todo el resto de su vida. Dicho se está, que á partir de aquel dia Sevilla pagó puntualmente todos sus impuestos al tesoro, y suministró su contingente de guerra cuantas veces fué requerida al efecto. Los demás distritos del Oeste, desde Niebla hasta Algeciras, siguieron el ejemplo de la capital; de manera que puede afirmarse que en esta época quedó definitivamente establecido, en la baja Andalucía, el poder real de los soberanos de Córdoba, hasta la disolucion del Califato de Occidente.

Con el restablecimiento de la paz abrióse una nueva era de prosperidad y engrandecimiento para Sevilla, fomentada y hábilmente dirigida por Ibraím ben-Hachach, quien de reyezuelo independiente se convirtió en príncipe tributario del Sultan, conservando, sin embargo, un poder ilimitado en sus estados patrimoniales. Grande y fastuoso en la esfera donde se movia, rodeóse de los atributos y pompa de la monarquía; creó un consejo de estado; organizó un ejército; formóse una guardia personal de quinientos ginetes, y se presentaba en todos los actos públicos cubiertos los hombros con un manto de brocado en el que estaban bordados con letras de oro sus nombres y sus títulos. Las crónicas árabes están contextes en decir que fué príncipe recto en la administracion de justicia; severo con los malhechores y con todos los enemigos del órden, y acertado é imparcial en la eleccion y nom-

bramiento de los magistrados y funcionarios del órden civil, desde el cadí ó juez superior de la ciudad, hasta el último alguacil.

No sólo brilló Ibrahim ben-Hachach por sus dotes de hombre de gobierno, sino que tambien por su amor al trabajo y por la proteccion que dispensó al comercio. Príncipe y mercader á la vez, hizo del puerto de Sevilla el emporio del comercio marítimo de Andalucía, y de su plaza un mercado universal donde concurrian los productos y manufacturas de África, Egipto, Asia, la India, Italia, Grecia y todos los pueblos del mundo conocido. No ménos distinguido fué como hombre de letras y amante de las artes. En su tiempo comenzaron á florecer en Sevilla las academias, las tertulias literarias, y á ser frecuentadas por los sabios y los poetas de la Arabia y de la Siria. Refieren sus cronistas, que entre los hombres de talento que embellecian la córte del Príncipe sevillano, contábanse la hermosa Camar y el beduino Abu-Mohamet Odhi, filósofo del Hedjaz, docto hablista y oráculo en materia de nitidez y pureza del lenguaje, que exclamaba siempre que llegaba á su oido una frase incorrecta ó una palabra mal pronunciada: «¡Ciudadano, ciudadano! ¿cómo tratas tan mal la lengua?» El talento de Camar era de otra naturaleza; la música y la poesía le habian dado una envidiable celebridad en la córte de los califas de Bagdad, donde fué comprada en muy alto precio por Ibrahim ben-Hachach. Refiérese de ella que en una ocasion algunos caballeros, muy pagados de la alteza de su alcurnia, hubieron de afear el orígen y los primeros años de la juventud de Camar. Herida la hermosa en su noble orgullo, compuso los siguientes versos para castigo de sus detractores:

«Dijeron:—Cuando Camar vino aquí, llegó cubierta de andrajos. Hasta entónces no tuvo más oficio que conquistar

corazones, lanzando tiernas miradas. Andaba errante de pueblo en pueblo, descalza y pisando el polvo ó el barro de los caminos. Es villana, hija de un villano, y no debe alternar con los nobles. Todo su mérito consiste en componer versos y en escribir cartas.—¡Ah! ¡si no fueran tan zafios como groseros, no insultarian de ese modo á la extranjera! ¿Qué hombres ¡Dios mio! qué hombres son estos que así menosprecian la única, la verdadera nobleza, la que nace del talento? ¡Quién me libertará de estos séres tan ignorantes como estúpidos! ¡Ah! la ignorancia es la mayor afrenta del mundo; y si fuera necesario que la mujer viviera en la ignorancia para entrar en el paraiso, preferiria mil veces más que el Todopoderoso me enviase á los infiernos.»

En otra ocasion cantó la generosidad de Ibrahim ben-Hachach en los siguientes versos:

«En todo el Oeste no encontraréis un hombre verdaderamente generoso, exceptuando á Ibrahim, que es la personificacion de la generosidad. ¡Qué grato es el vivir á su lado! ¡Ah! cuando se ha gozado tan dulce felicidad, sería imposible, ó sería un verdadero suplicio, cambiar de morada.»

Camar se hacía el eco de los elogios que la fama publicaba del señor de Sevilla: de tal suerte, que de todas partes afluian á su córte los hombres de letras y los poetas; sobre todo, de Córdoba, donde la avaricia del Sultan los dejaba morir de hambre. Todos recibian expléndidas recompensas, y todos cantaban y bendecian sus manos generosas hasta la prodigalidad. Sólo uno de ellos salió de su presencia con las suyas vacías, en castigo de su procacidad. Llamábase Calfat, y era poeta satírico (1), circunstancia que le daba cierta celebridad en Córdoba. Atraido por el cebo de la recompen-

(1) *Hombre de tanto ingenio como malignidad*, dice Conde.

sa, vino á Sevilla, pidió y obtuvo una audiencia de Ibrahim, y le recitó un pequeño poema lleno de epígramas, sarcasmos é invectivas dirigidas contra los ministros y cortesanos del Sultan. Por más que Ben-Hachach tuviese motivos fundados de resentimiento con alguno de aquellos personajes, escuchó con frialdad la lectura del libelo, y concluida que fué, dijo al poeta:—«Te has engañado si crees que un hombre como yo puede premiar tan groseras injurias.» Corrido y avergonzado Calfat regresó á Córdoba, donde escribió várias sátiras contra Ibrahim, en una de las cuales decia:

«No me vituperes ¡oh mujer! si no ceso de llorar desde mi regreso de Sevilla. Este malhadado viaje me ha causado un pesar del cual nunca podré consolarme. Creí encontrar allí un hombre generoso y sólo he visto un estúpido mochuelo.»

Era Ibrahim demasiado sensible á las injurias para llevar en paciencia las que el poeta despechado le prodigaba. Es así, que cierto dia que Calfat meditaba una nueva sátira para ridiculizarle á los ojos del pueblo de Córdoba, acercósele un amigo del Príncipe, y le dijo al oido:—«Ibrahim ben-Hachach habla por mi boca: Si no cesas de infamarme, te juro por mi salvacion que te hago cortar la cabeza en tu misma cama.»

La musa de Calfat no volvió á ocuparse del señor de Sevilla.

El año 910, ó el 911, falleció Ibrahim ben-Hachach, de grata memoria para el pueblo sevillano, dejando por heredero de su nombre y fortuna á su hijo mayor Abderame. Dos años, próximamente, despues, esto es, en 15 de Octubre de 912, murió el sultan Abdallah, á la edad de sesenta y ocho años, de los cuales reinára veinticuatro. Príncipe avaro, hipócrita, misántropo y cruel, cuentan sus cronistas

que hizo morir tres hermanos suyos, dos por veneno y el otro bajo el hacha del verdugo; y condenó á muerte á dos de sus hijos por sospechas, sin pruebas, de que ambicionaban el trono (1).

Muy breve fué el que podemos llamar reinado, y con más propiedad señorío, de Abderame ben-Ibrahim ben-Hachach en Sevilla, pues la muerte le sorprendió el año 913, dejando burladas las grandes esperanzas que su prudencia y bizarría habian hecho concebir. Su muerte abrió un nuevo período de turbulencias, movidas por la desapoderada ambicion de su hermano Mohamed, señor de Carmona. Cuéntase de éste que fué hombre ilustrado, amante y protector de las letras, que supo hacerse amar de los poetas como su padre supiera hacerse amar, pero que tan relevantes cualidades estaban empañadas por un afan de poder tan sin freno, que no retrocedió ante el fratricidio. Acusáronle de haber envenenado á su hermano Abderame. Fundada ó calumniosa la imputacion, lo cierto es que de ella y de los tratos secretos en que andaba con el nieto y sucesor del sultan Abdallah para someter á su obediencia incondicional la provincia de Sevilla, nació la tenaz oposicion de la nobleza árabe á que fuese elegido para suceder á su hermano en el señorío, y el nombramiento para tan elevado cargo de su pri-

(1) Conde, en su *Historia de la dominacion de los árabes*, dice del sultan Abdallah: «Rey bueno, animoso enmedio de las alteraciones y discordias de todas las provincias de España, fué excelente caudillo de sus tropas en la guerra, político y observador de sus pactos, y por esto fué censurado de los fanáticos como mal muslin, porque no hizo contínua guerra á los cristianos.» Como se ve, las crónicas árabes vertidas al castellano por Conde están en completa contradiccion con las traducidas por Dozy, respecto al retrato moral de aquel Sultan.

mo hermano 'Ahmet ben-Maslama, afamado guerrero y hombre de altas prendas.

Furioso Mohamet con el desaire recibido, marchó á Córdoba, donde intrigó tan hábilmente, que el nuevo Sultan se negó á confirmar la eleccion de Ahmet, é intimó á los sevillanos que en lo sucesivo se atuviesen á lo que fuese de su agrado mandar.

La nobleza yemaní contestó ratificándose en su propósito, negando la obediencia al Sultan y levantando el estandarte de la insurreccion contra el soberano de Córdoba. Abderahman III envió numerosas tropas para someter los rebeldes á su autoridad. Mas como éstos estaban acaudillados por un militar de altas prendas y probado valor, el ejército real tuvo que renunciar á la fácil victoria que se prometia y formalizar el sitio de la Ciudad. Este fué largo y porfiado: sitiados y sitiadores combatieron con el mismo arrojo y teson, hasta que viendo que la fortuna comenzaba á inclinarse del lado de las armas del Sultan, Ahmet ben-Maslama recurrió á Ben-Hafsun en demanda de auxilio para combatir al enemigo comun. El héroe de aquella larga guerra de santa independencia acudió, como pocos años ántes, en socorro de la aristocracia árabe de Sevilla, al frente de un numeroso cuerpo de ejército. Su presencia infundió tanto aliento á los sitiados, que resolvieron tomar inmediatamente la ofensiva, saliendo á batir en campo raso al enemigo.

Esto acordado por los generales, la aristocracia árabe de Sevilla y los soldados cristianos de Hafsun (1) salieron de la plaza para atacar el ejército cordobés acampado en la vega

(1) El año 917 Ben-Hafsun habia renegado del mahometismo y vuelto al giron de la Iglesia Católica, tomando en el bautismo el nombre de Samuel.

de Triana. La batalla fué larga y sangrienta; en ámbos lados se peleó con imponderable valor, venciendo al fin el número y la superior disciplina de los soldados del Sultan, que obtuvieron una completa victoria sobre los aliados. Éstos se retiraron en desórden á la plaza, y Hafsun regresó aceleradamente á su inexpugnable fortaleza de Bobastro, convencido de que la causa de los sevillanos estaba irremisiblemente perdida.

Ahmet ben-Maslama, cediendo á las instancias de la nobleza de la Ciudad, que consideraba yá tan inútil como funesta toda resistencia, propuso al general de las tropas sitiadoras entregarle la plaza bajo la promesa de respetar vidas y haciendas, y los usos y costumbres de sus moradores. Aceptadas estas condiciones, Sevilla abrió sus puertas á las tropas de Abderahman III, el dia 20 de Diciembre del año 913 (1).

Pocos momentos despues de la capitulacion, Mohamed ben-Hachach, que se encontraba en el campo sitiador al frente de la division de Carmona, creido en que el beneficio de la victoria sería para él, recibió una carta del general omiada, en que le decia, que habiéndose rendido la plaza, sus tropas no eran yá necesarias, y que, por lo tanto, podia retirarse con ellas, evitando el paso por la Ciudad. Retiróse, en efecto, pero jurando vengar la afrenta recibida ó perecer en la demanda. En su marcha hácia Carmona, donde se proponia levantar la bandera de la insurreccion, fué robando los ganados que encontró en el camino. Encerróse con su encono y buen número de parciales dentro de los muros de aquella inexpugnable fortaleza, y dando de lado á toda consideracion y temor, comenzó á insultar y desafiar al Sultan.

(1) Ben-Adhari.

Ni cólera ni sorpresa causó al Soberano tan desatentada conducta; por el contrario, rióse de ella, y en lugar de enviar un cuerpo de tropas contra el rebelde, comisionó á un empleado de su secretaría para que en términos corteses hiciese comprender á Mohamet que habian pasado, para no volver, los tiempos en que los nobles podian apropiarse impunemente los bienes agenos; por lo tanto, esperaba que devolviese á sus legítimos dueños los ganados robados. Mohamed obedeció sin resistencia. Á su inteligencia superior y á su mucha ilustracion no podia ocultarse el cambio que desde el advenimiento de Abderahman III estábase operando en la sociedad política y en las costumbres musulmanas. Cambio tan extraordinario, que en aquellos tiempos pudo decretarse por el Sultan y comenzar á llevarse á cabo la destruccion de las antiquísimas murallas de Sevilla, sin que sus naturales se levantasen como un solo hombre á impedir con las armas en la mano tan inaudita profanacion.

El ambicioso Mohamed, que no podia conformarse, sin protestar de alguna manera, con aquel nuevo estado de cosas, marchó sobre Sevilla á la cabeza de un cuerpo de tropas, creyendo que sería bien recibido por la aristocracia árabe, á quien debia tener profundamente irritada una medida que tenía todo el carácter de castigo con tendencia á esclavizarla en lo sucesivo. En efecto, destruir las murallas de Sevilla y dejarla reducida á la condicion de pueblo abierto, en aquellos tiempos de incesantes guerras y anarquías, era quitar á sus moradores el único medio de amparar su riqueza contra las invasiones de fuera, y de defender sus derechos y libertad de las arbitrariedades del poder; motivos todos ellos más que suficientes para producir una sublevacion, allí donde tantas se realizaron por motivos más livianos ó ménos disculpables.

Engañóse en su cálculo. Ya fuese por antipatía hácia el que la voz pública calificaba de fratricida, ya consecuencia del cambio que venía verificándose en la opinion á resultas del prestigio y de la fuerza que rodeaba al nuevo Sultan, es lo cierto que Mohamed hubo de ser tan mal recibido en Sevilla, que corrido y avergonzado regresó á Carmona, maldiciendo de la cobardía de los árabes y resuelto á probar fortuna por otro camino.

Abderahman, para quien la enemistad del señor de Carmona debia ser cosa de poca monta, se limitó en esta circunstancia, como en la anterior, á castigar su temeraria empresa con una reprension. Al efecto, comisionó al prefecto de policía de Córdoba, Casim ben-Walid el Kelbí (gobernador que fué de Sevilla en tiempo de Ibrahim ben-Hachach), para que se avistase con él y viese de apartarle de la senda por donde caminaba, que habia de conducirle irremisiblemente á un fin desastroso. Casim desempeñó tan hábilmente su comision, que Mohamet, convencido ó resignado con su suerte, ofreció presentarse al Sultan y someterse lealmente á su autoridad, bajo la condicion de que se le dejase el señorío de Carmona. Abderahman consintió en ello, y en su consecuencia, en el mes de Abril del año 914 marchó para Córdoba seguido de sus criados y de un numeroso cuerpo de caballería. El Soberano le recibió con inequívocas pruebas de consideracion; hízole magníficos regalos, así como á todos los indivíduos de su séquito; le dió asiento en su consejo y le instó á que le acompañase en la guerra que iba á emprender contra los rebeldes de la serranía de Regio.

La campaña contra los sediciosos de la provincia de Málaga no fué ménos venturosa para las armas del Sultan, que la del año precedente (913) contra los de Jaen y Elvira. Terminada en pocos meses, Abderahman emprendió la mar-

cha de regreso á Cordoba, pasando por Algeciras, provincia de Sidonia y distrito de Moron. En el camino supo que Habib, lugarteniente de Mohamed ben-Hachach, se habia sublevado en Carmona, cuyo gobierno le fuera encargado en ausencia del señor. Tan incorregible pertinacia acabó por enojar al soberano, que dió órden de dirigir las banderas sobre Carmona, ante cuyos muros llegó el 28 de Junio de 914. Habib no se dejó intimidar, é hizo una desesperada resistencia, que duró veinte dias, pasados los cuales entregó la plaza por capitulacion. Convencido el Sultan de que Mohamed habia sido el verdadero autor de aquella loca sublevacion, le exoneró de la dignidad de wasir y le mandó encarcelar. Poco tiempo despues le devolvió la libertad, y le otorgó algunas mercedes, las cuales no tuvo tiempo de disfrutar, pues murió en Abril del año siguiente (915).

Mohamed fué el último de los Beni-Hachach cuyo nombre figura en la historia; el último personaje señalado de aquella ilustre familia de orígen español, como descendiente, por Sara, del rey Witiza, que tantos dias de gloria y prosperidad diera á la ciudad de Sevilla, bajo el punto de vista de las letras, de las artes, del comercio y de la pública administracion.

CAPÍTULO XI.

Advenimiento de Abderahman III.—Situacion de la España musulmana.—Conquista de Bobastro.—Pacificacion de Andalucía.—Secta Ismaelita.—Progreso de las armas cristianas.—Abderahman toma el título de califa.—El general sevillano Ahmed ben-Ishac.—Fundacion de Medina-Zahara.—Memorable triunfo de los cristianos en Simancas.—Muerte de Adberahman III.—Grandeza del Califato de Occidente.— Prosperidad comercial de Sevilla.

El mismo dia de la muerte del sultan Abdallah fué proclamado su nieto, hijo del príncipe Mohamed, Aberahman. «La madre que le parió, dice Conde (1), se llamaba María, hija de padres cristianos (2). Estaba en la flor de su edad; era de mucha gentileza y hermosura; de color blanco y son-

(1) *Hist. de la dom. de los Arab.*, tom. I, pág. 358.

(2) «Yo diré aquí ahora una cosa muy nueva y extraña; mas por haberla hallado en un libro muy antiguo de la librería de San Isidoro de Leon, la pondré como allí está. Aquella Memoria deduce la genealogía de este rey Abderramen del rey Íñigo Arista. Aquel rey tuvo por hijo al rey Garci Íñiguez. Éste tuvo por hijos á los dos que tras él reinaron, Fortunio García y Sancho García Abarca, y una hija llamada Eneca (Íñiga). Fortunio García, en vida de su padre, casó con doña Aurea, en quien tuvo á Íñigo Fortuniones, Lope Fortu-

rosado; virtuoso, esforzado, de mucha erudicion y prudente más de lo que prometian sus pocos años, y así fué general el contento de los pueblos en su jura y aclamacion.»

En efecto; huérfano desde la infancia, habia sido educado con la mayor solicitud y esmero por su abuelo el Sultan, que quiso devolverle, con su cariño, y preparándole para que le sucediese en el trono, el padre que inhumanamente le habia arrebatado. Sólo veintidos años contaba Abderahman á la sazon y era de temer que los príncipes sus próximos parientes le disputasen el trono, no habiendo entre los árabes ley de sucesion. Sin embargo, no sólo nadie protestó, sino que todos los príncipes y cortesanos saludaron con júbilo su advenimiento, que consideraban como la aurora de una era de paz y prosperidad. El jóven Sultan tuvo el dón de saber hacerse amar desde la niñez, dando inequívocas pruebas de su gran carácter y superior inteligencia (1).

Abderahman empuñó el cetro de Córdoba en circunstancias muy favorables. Las victorias alcanzadas por su abuelo sobre los rebeldes, en los últimos años de su reinado, le dejaban expedito el camino para constituir y consolidar su monarquía; además que las condiciones de su carácter le ayudaron grandemente en la realizacion de su obra. Reemplazó

niones y Aznario Fortuniones. Este postrer hijo casó con su tia Íñiga, hija del rey Garci Íñiguez, y murió el marido dejando hijos. Mas su mujer Íñiga casó segunda vez con el rey moro Abdallá de Córdoba, y tuvo en ella á su hijo Mahomad. Este Mahomad tuvo por hijo á Abderramen, que por haber muerto su padre en vida de Abdallá, su abuelo, reinó luégo despues de él. Así, el rey Abderramen es nieto de la reina de Córdoba Íñiga y biznieto del rey Garci Íñiguez, y cuarto nieto de Íñigo Arista. Hasta aquí llega aquella Memoria.» —Ambrosio de Morales, *Crónica General de España,* lib. XV, capítulo XXXVI.

(1) Ben-Adhari, segun Dozy.

la política recelosa, suspicaz, débil y cruel alternativamente de Abadallah con una política franca, levantada y audaz. Desde luego pregonó que iba á comenzar el reinado de la justicia, sin debilidad ni imprudentes contemplaciones; y así lo manifestó en sus primeros decretos, anunciando á los señores árabes, cristianos, españoles musulmanes, renegados y berberiscos, que le hiciesen entrega formal de sus villas, pueblos y castillos, sobre los cuales yá no debia imperar más ley ni más bandera que la del Sultan. Á los que se sometieran les ofreció completa amnistía de sus pasadas rebeliones, y á los que se resistiesen un castigo tan rápido como ejemplar.

La medida fué recibida en Sevilla, como en el resto de España, con un grito de indignacion general; general, se entiende, entre los que se sentian profundamente lastimados en sus intereses por ella. Mas aquella indignacion pasó como tormenta de verano: la firmeza y equidad con que desde luego comenzó á ponerse en ejecucion, su oportunidad y necesidad de todos sentida, desarmó á los más resistentes, que, por otra parte, se conceptuaban en realidad impotentes, moral y materialmente, para negarse á la obediencia.

Y es que, en la época que estamos historiando, el país habia cambiado mucho política y civilmente considerado. Tantos años de anarquía, tan frecuentes rebeliones, ninguna de las cuales habia podido triunfar de una manera bastante permanente para su justificacion, le tenian profundamente disgustado y deseoso del establecimiento de un órden de cosas cualquiera, que le diese algunos años de paz ó un momento de respiro. De un lado la nobleza árabe, causa de aquellas incesantes perturbaciones, tenía yá gastados estérilmente su savia y su prestigio. En Sevilla, donde más potente se mostrára que en otra provincia alguna, vió desaparecer á Zoraib ben-Khaldun é Ibrahim ben-Hachach, sus jefes más ilustres,

sin dejar herederos de su audacia, de su talento y de su fortuna. Del otro el partido nacional, el partido español, formado de los cristianos y de los renegados, que aspiraba á sacudir el yugo extranjero, estaba profundamente quebrantado á resultas de treinta años consecutivos de lucha tan gloriosa y sangrienta como inútil, puesto que cada dia aparecian más firmemente arraigados el trono y el despotismo extranjeros, contra los cuales se habia levantado en armas. Ben-Hafsun, al hacerse cristiano, rompió la unidad de sus fuerzas y las redujo á la impotencia, creando un antagonismo funesto dentro del partido de la independencia nacional, entre los españoles cristianos y los españoles musulmanes. Finalmente: el pueblo laborioso y trabajador, el pueblo de las ciudades y de los campos, comerciante, agricultor, letrado, artista, industrial y artesano, que sufria en primero y último lugar todas las calamidades que trae siempre en pos de sí la guerra, estaba sediento de reposo y clamaba incesantemente por la paz; convencido, á resultas de una dolorosa experiencia, que valia más el sosiego público, á cuya sombra prosperan el comercio, la industria y la agricultura, que producen el bienestar y la riqueza, que una guerra patriótica que todo lo trastorna y desordena.

Este era el estado de la cosa pública y la situacion general de los ánimos cuando Abderahman subió al trono. Así es que pudo, sin hallar grandes resistencias ni contrariedades, vencer en todas partes la insurreccion por medio de sus generales y combatiéndola él frecuentemente en persona. En los años desde el de su advenimiento hasta 930 rindió Écija; sometió las provincias de Jaen, Granada y Málaga; conquistó la de Tamir; redujo á la obediencia incondicional Niebla y Badajoz, Mérida, Santarem, Beja, Ocsonoba, y, finalmente, el Estado semi-independiente de Toledo.

Los dos sucesos más señalados de aquellas memorables campañas, por la inmensa influencia que ejercieron en la pacificacion del país, fueron: la muerte del indomable Ben-Hafsun y la conquista de Bobastro. «El héroe español, dice Dozy, y nosotros añadimos el más grande capitan de su época, que durante más de treinta años habia guerreado sin tregua ni descanso contra el invasor extranjero, y que muchas veces hizo temblar á los omiadas sobre su trono y les obligó frecuentemente á pedirle la paz, murió invencible en los momentos que precedieron á la ruina de su partido. Sin duda que fué decreto de Dios que quiso excusarle, como galardon en esta vida, el dolor de ver deshacerse entre sus manos la grande obra de la libertad de su patria, que estuvo á punto de realizar. Pero si no pudo llevarla á cabo, si no le fué dado fundar una dinastía, no es posible negarle las condiciones de carácter de un héroe extraordinario, tal como España no lo habia producido desde que Viriato juró libertar su patria de la dominacion romana.»

Despues de la muerte de Ben-Hafsun,—ó Samuel, como se hizo llamar al recibir el agua del bautismo—la rendicion de Bobastro era fatalmente inevitable. En el mes de Junio de 927 el Sultan puso sitio á la fortaleza, resuelto á expugnarla ó perecer en la demanda. Mandó construir obras de ataque formidables y reedificar una antigua fortaleza romana próxima á la plaza, de suerte que la cercó estrechamente y la interceptó toda comunicacion con el exterior. Seis meses resistió Bobastro á todo el poder y ciencia militar de Abderahman III y sus generales. Al cabo de este tiempo, Hafs, el menor de los cuatro hijos (1) que dejára Hafsun, y que man-

(1) Omar ben-Hafsun dejó cuatro hijos y una hija. Chafar, que, como su padre, volvió al giron de la Iglesia, murió asesinado por

daba en la plaza, tuvo que rendirla. Las tropas del Sultan penetraron en ella el viérnes 21 de Enero de 928. Dos meses despues, Abderahman hizo su entrada triunfal en la ciudad y su castillo. Queria, dice Dozy, examinar de cerca aquella soberbia fortaleza que durante medio siglo habia desafiado el poder de cuatro sultanes empeñados en conquistarla. Cuando desde lo alto de sus inquebrantables muros dirigió miradas atónitas sobre aquellas almenadas murallas y torres colosales; cuando contempló la elevacion de la tajada peña donde asentaba su espaciosa planta la fortaleza, y calculó la profundidad de los precipicios que la rodeaban, exclamó segun cuentan sus cronistas, que no tenía rival en el mundo, y cayó de hinojos dando gracias al Eterno por la victoria alcanzada. Desgraciadamente dejóse arrancar un decreto que empañó la gloria de su conquista. Los faquíes que le acompañaron al sitio de Bobastro no le dejaron un momento de reposo hasta obtener su autorizacion para abrir los sepulcros que guardaban las cenizas de Omar ben-Hafsun y de su hijo Chafar. Viendo los restos de aquellos héroes enterrados cristianamente, sacáronlos del sepulcro y completaron su cobarde profanacion enviándolos con buena escolta á Córdoba, y órdenes de clavarlos en largos palos en la orilla del rio.... «Esos cuerpos, dice un cronista musulman de aquellos tiempos, fueron una saludable advertencia para los malos y un espectáculo consolador para los verdaderos creyentes.»

---

sus soldados; Solaiman, que tuvo que entregarse, é ingresó en el ejército del Sultan; Abderahman, que se entregó tambien, y que, más dado á los libros que al ejercicio de las armas, acabó sus dias en Córdoba copiando manuscritos. Hafs, que capituló en Bobastro, y entró á servir al Sultan, y Argentia, que alcanzó la palma del martirio, muriendo en 931 como cristiana y como digna hija del invicto Omar ben-Hafsun.

La toma de Bobastro, la pacificacion de la Serranía de Ronda y la conquista de Toledo, terminada en 932, dieron la paz á la España musulmana. Españoles, árabes y berberiscos habian sido vencidos y obligados á inclinar la frente ante el poder real, ante el principio de la monarquía despótica oriental, que todos aborrecian, habian combatido á todo trance, y desconocian completamente. El partido que más maltratado quedó fué el de la aristocracia; ó, mejor dirémos, democracia árabe, que tuvo que sufrir el yugo del absolutismo, que tanto y tan tenazmente habia resistido, por ser gobierno diametralmente opuesto á sus usos y tradicionales costumbres. La aristocracia árabe quedó, á partir de aquel dia, anulada de hecho y por el derecho de la fuerza. Desapareció el jeque, la tribu, el caudillo ó campeador en la tierra llana, y el señor encastillado en inexpugnable fortaleza, cuyas almenas y torreones se levantaban tanto como el vuelo del halcon. El partido nacional, español y ansioso de constituir una nacionalidad con sus propios elementos, por el contrario, ganó, hasta cierto punto, con el cambio radical que se habia operado en la constitucion política y civil del país. Desde luego, la dinastía omiada habia perdido su carácter extranjero. Era yá una dinastía nacional, española, á la manera que lo fueran los reyes visigodos que la habian precedido; y si no era católica, la verdad es que tampoco lo fueron los gobiernos romanos y godos que durante tantos años habian imperado en España. Por otra parte, los nuestros no habian tomado las armas precisamente contra la monarquía absoluta y el despotismo administrativo, dado que este sistema de gobierno les era conocido por la tradicion y además venía rigiendo, hasta cierto punto, en el Norte y en el Nordeste de la Península, sino contra el carácter extranjero que revestia, y, sobre todo, contra la orgullosa aristocra-

cia árabe que los insultaba, humillaba y oprimia. Vencida ésta, reducida á la impotencia y obligada á someterse al derecho comun, que hacía iguales á todos los súbditos del rey de Córdoba, los españoles sentian disminuir el número é intensidad de sus agravios, y hallaban en la igualdad, virtualmente establecida ante la ley, una causa de agradecimiento hácia Abderahman III y un motivo para cantar su victoria sobre la raza privilegiada, hasta entónces, por la conquista.

Se entiende que nos referimos á los españoles de aquende el Duero; es decir, á los cristianos y á los renegados, que no por haber apostatado los unos, y reconocido los otros un soberano mahometano, se creian despojados del carácter de su nacionalidad. Y tan es así, que en el Norte de la Península los llamaban, casi dos siglos hacía, *españoles musulmanes,* y en Siria, en Egipto y en el África, *árabes andaluces.*

La victoria alcanzada sobre la indisciplinable raza árabe y sobre la varonil insurreccion española no abrió inmediatamente, como era de esperar, una época de sólida paz en la España musulmana. Dos peligros no ménos graves que las pasadas insurrecciones amenazaban al Sultan de Córdoba. Estos eran: por el Mediodía la fundacion del califato Fatimí en África, y por el Norte los reyes de Leon. Los sectarios que dieron orígen—por la conquista—á aquel califato, se llamaban ismaelíes y profetizaban á las naciones la venida del Mahadí (1), anunciada por Mahoma á los musul-

(1) Mahadí quiere decir guiador ó director de los hombres. Este título se han dado vários impostores entre los muslimes, fundados en una prediccion de Mahoma, que decia que á vuelta de trescientos años habia de salir el sol por Occidente: esto lo entendieron de una revolucion política ó religiosa en tierras del Magreb ó Poniente, y sobre ella se fundó la dinastía de los fatimíes ó ismaelíes. (Nota de Conde al cap. LXXV de su *Hist. de los Árab.*)

manes; la del Mesías á los judíos, y la del Espíritu Santo á los cristianos; y dicho se está, que hallarian numerosos sectarios de su doctrina entre los espíritus crédulos de cada una de estas comuniones religiosas, sobre todo en España, donde existia una tradicion segun la cual un descendiente de Alí, que habia de establecer la monarquía universal, conquistaria la Península entera y el imperio de Constantinopla, dando muerte á todos los hombres y reduciendo á esclavitud las mujeres y los niños. Al temor que abrigaban los omiadas de ver difundirse en España las doctrinas de una secta que amenazaba disputarles el trono, uníase la inquietud de los doctores de la ley musulmana en Andalucía, que, intolerantes de suyo, odiaban de muerte á los filósofos fatimíes por ser libre-pensadores, panteistas y hombres que profesaban una doctrina en el fondo de la cual se agitaba cierto desprecio á todas las religiones, puesto que no tenian escrúpulo en decir que «todos los llamados deberes religiosos eran pura palabrería inventada para alucinar al pueblo, y de los cuales los hombres instruidos no debian hacer caso alguno; y que todos los profetas sólo eran impostores, que aspiraban á la preeminencia sobre los demás hombres.»

Al peligro, pues, de la propagacion de esta doctrina en España, apoyada por la ambicion de los califas fatimíes, que consideraban la península Ibérica como parte integrante de su monarquía, uníase otro no ménos próximo é inmediato para los omiadas, puesto que si del uno sólo les separaba el Estrecho, del otro sólo el Duero se oponia á su invasion. Este era, como anteriormente dejamos dicho, el reino cristiano del Norte, que supo engrandecerse rápida y extraordinariamente á beneficio de los sangrientos disturbios que trabajaron la España musulmana.

Yá en la mitad del siglo IX los sucesores de Pelayo, guer-

reando con indomable valor contra los árabes, habian dilatado sus fronteras hasta el Duero, donde tenian las importantes plazas de Zamora, Simancas, San Estéban de Gormaz y Osma, que los protegian contra toda invasion agarena. No ménos afortunados por el Oeste, habíanse establecido militarmente en Portugal hasta el rio Mondego, desde donde extendian sus correrías por las comarcas que bañan los rios Tajo y Guadiana. Más adelante, esto es, entrado el siglo X, don Alfonso III derrotó un numeroso ejército enviado por el sultan de Córdoba para combatir al rey de Leon: los árabes dejaron el campo cubierto de cadáveres, entre los cuales se contó el general enemigo, cuya cabeza clavaron los cristianos en las murallas de Zamora. El año 914 el intrépido Ordoño II puso á sangre y fuego el territorio de Mérida, se apoderó de la importante fortaleza de Alange, é hizo tributária la ciudad de Badajoz. En 917 los leoneses llegaron con sus correrías hasta el pié de las murallas de Talavera, en las márgenes del Tajo. Un ejército árabe, que salió á campaña para combatirlos, fué completamente derrotado, perdiendo su general, cuya cabeza clavaron los vencedores en las murallas de San Estéban de Gormaz, al lado de la de un jabalí.

Así, entre triunfos como los mencionados y reveses como los de Arnedo y Val de Junquera, la guerra entre los cristianos del Norte y los musulmanes españoles del Mediodía llegó, con manifiesta ventaja de los primeros, hasta el año 925, en que le puso término la civil contienda que se produjo entre los hijos de Ordoño II, Sancho y Alfonso (IV) por la sucecion al trono; guerra funesta, que atajó los progresos de las armas cristianas, y permitió á Abderahman volver todos sus cuidados hácia el África, donde sus armas y política obtuvieron señalados triunfos, que compensaron los reveses sufridos en el Norte de la Península.

Abderahman aprovechó el tiempo de la suspension de hostilidades de los cristianos en ultimar la pacificacion del Mediodía de España, proveer al gobierno y buena administracion de sus estados, y tomar el título de califa. Hasta entónces los omiadas de España habíanse contentado con el de sultan, amir, ó hijos de califas, creyendo que este dictado sólo pertenecia al soberano que imperaba en las dos ciudades santas, la Meca y Medina, en consideracion de lo cual no se lo habian disputado á los abbasidas, por más que fueran enemigos mortales de su familia. Mas habiendo llegado á tal extremo de postracion el poder de aquellos soberanos, que apénas si lo ejercian libremente en Bagdad y su territorio, y siendo notorio que cada gobernador en su provincia habíase erigido en soberano independiente, Abderahman, tanto por reivindicar un título que sus antepasados llevaron con tanta gloria en Oriente, cuanto por imponer respeto á las tribus africanas y hacer sagrada su persona á los españoles musulmanes, dió un decreto, con fecha 16 de Enero de 929, mandando que en todos los actos y documentos públicos y en las oraciones diarias de las mezquitas se le dieran los títulos de Califa, Comendador de los creyentes y Defensor de la ley. *(An-nasir Ledini'llah.)*

El advenimiento del belicoso Ramiro II (932), que puso término á una nueva guerra civil que devastára el reino cristiano del Norte de la Península, y los primeros actos de aquel esforzado Rey, dieron lugar al rompimiento de la tregua que durante algunos años habia existido entre los leoneses y los musulmanes. En 933 Ramiro II derrotó cerca de Osma un ejército árabe, y en 937 concertó y dirigió una formidable alianza de todos los soberanos del Norte de la Península contra Abderahman. Uno de los episodios más curiosos de la guerra que provocó la política belicosa de Ramiro II fué la

destitucion del general en jefe de la caballería del Califa, Ahmed ben Ishac, hijo de Sevilla y pariente lejano de Abderahman. Cuentan los cronistas árabes, que habiéndole conferido el Califa el título de gobernador general de la frontera superior y ordenádole que se apoderase á todo trance de Zaragoza, el sevillano Ahmed, desvanecido con los arrullos de su próspera fortuna, aspiró nada ménos que á ser nombrado presunto heredero de la corona, y en este sentido escribió al soberano. Lo temerario é insolente de la peticion indignó al Califa, quien respondió á Ahmed en los siguientes términos, que son un verdadero cuadro de costumbres de aquellos tiempos:

«Sólo por complacerte te hemos tratado siempre con demasiada benevolencia; mas ahora estamos convencidos de que es imposible hacer nada bueno de tí. La inesperada fortuna que te sonrie, despues de la miserable vida que has tenido, te ha llenado de soberbia y loco orgullo. ¿No fué tu padre un simple soldado de caballería de los Beni-Hachach? ¿Olvidas que en Sevilla fuiste un tratante en mulos y borricos? Es cierto que hemos dispensado la más generosa proteccion á tu familia; que le hemos prodigado honores y riquezas; que á tu difunto padre hicimos wasir de nuestro consejo, y á tí general de toda nuestra caballería, y lo que más es, gobernador de la más grande de nuestras provincias fronterizas. Y ¿cómo has pagado todos nuestros beneficios? Obrando sin celo ni actividad en nuestro servicio, y, por último, pidiéndonos que te nombremos nuestro heredero. ¿Qué méritos son los tuyos, qué títulos de nobleza puedes invocar? Para tí y para tu familia parece que se hicieron los siguientes versos, de todos conocidos:

«Sois hombres salidos de la nada; la lana no debe compararse con la seda. Si sois koraxíes, como lo afirmais, ca-

sáos con mujeres de esta ilustre tribu; pero si, por el contrario, sois coptos (egipcios), vuestras pretensiones son soberanamente ridículas.»

«¿No fué tu madre la bruja Hamduna? Tu padre ¿no fué simple soldado? Tu abuelo ¿no fué portero en la casa de Hotara ben-Abbas? ¿No hacía sogas y tejía estera de esparto á la puerta del palacio de aquel señor?.... ¡Maldígate Dios y á los que te recomendaron á mí....! ¡Infame leproso, hijo de un perro y de una perra, ven á humillarte á mis piés!»

Una carta de esta naturaleza hubiera sido imposible en la sociedad cristiana. Ni se hubiese encontrado rey que la escribiera, ni infanzon, rico-hombre ó hijo-dalgo que la sufriese sin tenerse por infamado y desnaturarse de su señor. Sólo el despotismo oriental puede desconocer hasta ese punto la dignidad del hombre.

El sevillano Ahmed ben-Ishac pretendió vengar su destitucion conspirando con los fatimíes contra el Califa. Súpolo Abderahman, hízolo prender y condenar á muerte, como xyita.

En tanto que de una parte y otra se preparaban para la memorable campaña que habia de inmortalizar el reinado de Ramiro II y destruir el prestigio militar de los musulmanes en España, Abderahman III distraia sus ocupaciones guerreras mandando poner los cimientos de esa maravilla de la arquitectura árabe que se llamó Medina Zahrá. Refieren las crónicas, que habiéndole hecho donacion una esclava favorita de su inmensa fortuna, quiso emplearla en rescatar los cautivos musulmanes que yacieran en poder de los cristianos del Norte; pero que habiendo hecho recorrer los reinos de Leon y Navarra sin encontrar un solo prisionero de guerra, la hermosa Zahrá hubo de decirle: «Gasta ese dinero en edificar una ciudad, y dale mi nombre.» Hízolo así el Cali-

fa, y en el mes de Noviembre de 936 dióse comienzo á la obra. Diez mil operarios estuvieron empleados durante veinticinco años en los trabajos; y, sin embargo, Abderahman no tuvo la satisfaccion de verlos concluidos. Nada era comparable á la grandeza de construccion y decoracion del palacio destinado en la ciudad para residencia de los califas. Los cronistas Ben-Haucal y Ben-Ahdari refieren que en él se reunieron todas las maravillas de las artes oriental y occidental de aquella época; que se contaban cuatro mil trescientas columnas de preciosos mármoles, y que el harem era capaz para seis mil esclavas.

Hasta el año décimosetimo del reinado de Abderahman las armas musulmanas, salvo los contratiempos y reveses tan frecuentes en la guerra, habian conservado su notoria superioridad en España; mas en la fecha á que nos referimos (939) la fortuna caprichosa, segun los árabes, ó la sábia Providencia, segun la razon ilustrada, se cansó de favorecerlas, y abrió el período de su decadencia, que yá no cesó hasta su total y definitivo vencimiento, prescindiendo de la época del grande Almanzor.

La política belicosa de Ramiro II, y su alianza con los reyes y señores cristianos del Norte, amenazaban harto sériamente la existencia de la monarquía de Córdoba para que Abderahman descuidase el acudir de una manera formidable á su salvacion. Al efecto llamó cien mil hombres bajo sus banderas, é hizo tan inmensos aprestos guerreros para asegurar el éxito de la guerra que iba á emprender, que él mismo llamó á aquella expedicion *la campaña del poder supremo,* creyendo, ó convencido, de que nada en el mundo podria resistirle. El dia 5 de Agosto del año 939 los ejércitos leonés y córdobés, acaudillados por Ramiro II y Abderahman III respectivamente, se avistaron en los campos de

Simancas. La victoria que alcanzaron las armas cristianas fué no ménos expléndida que ruda y sangrienta la batalla. Los árabes emprendieron una retirada ordenada; pero alcanzados por los leoneses en las inmediaciones de la plaza fuerte de Alhandega, situada al Sur de Salamanca, en las márgenes del Tormes, trabóse segunda y decisiva batalla, en la que los musulmanes sufrieron tan espantosa derrota, que el Califa se salvó milagrosamente de la muerte ó de la cautividad, seguido sólo de cuarenta y nueve ginetes, restos de aquel formidable ejército, que quedó casi todo él muerto ó prisionero sobre los campos de Simancas y Alhandega.

La noticia del glorioso triunfo de Ramiro II conmovió la Europa entera hasta el fondo de Alemania, y todo el Oriente, hasta los países más lejanos. Allí fué celebrado como el más fausto de los acontecimientos para la cristiandad; aquí como un desastre de funestas consecuencias para el islamismo.

Abderahman no volvió á ponerse al frente de sus ejércitos en campaña. Afortunadamente para él una larga guerra civil, que estalló entre castellanos y leoneses, atajó el vuelo de los triunfos de las armas cristianas del Norte de la Península. Por otra parte, el Califa halló una compensacion á sus derrotas en España con la fortuna que acompañó sus armas en África.

El año 960, y en los momentos en que un ejército árabe ayudaba á Sancho el *Gordo* á reconquistar su reino de Leon, Abderahman cayó gravemente enfermo. Su agonía duró hasta el dia 16 de Octubre del 961, en el que espiró á la edad de setenta años, de los cuales habia reinado cuarenta y nueve.

«Entre los príncipes omiadas que han reinado en España» dice Dozy, inspirándose en la lectura de los historiadores del primer Califa de Occidente, «el lugar preeminente corresponde

de derecho á Abderahman III, apellidado el *Grande*. Su reinado fué un verdadero prodigio. Á su advenimiento encontró la España musulmana sumida en la más espantosa anarquía, destrozada por la guerra civil, deshonrada por las facciones, repartida entre una multitud de pequeños señores de razas diferentes, y amenazada de ser presa de los reyes de Leon ó de los amires de África. Venciendo obstáculos sin número libró á Andalucía de los desastres que la amenazaban, y la hizo renacer más grande, más fuerte y más gloriosa que jamás lo fuera. Le aseguró el órden interior y el respeto y la consideracion exterior. El erario público, que encontrára exhausto de dinero, dejólo superabundantemente rico. La tercera parte de las rentas del Estado, que ascendian anualmente á seis millones doscientas cuarenta y cinco mil monedas de oro, bastaba para atender á los gastos ordinarios del gobierno y de la administracion; otra tercera parte se destinaba á obras públicas, y con el resto se constituia un fondo de reserva (1). En el año 951 se calcularon en la enorme suma de veinte millones de monedas de oro las existencias en el tesoro del Califa; así es que un viajero árabe (2) muy entendido en materias de Hacienda, aseguraba que Abderahman III y el príncipe que reinaba á la sazon en la Mesopotamia eran los soberanos más ricos de aquellos tiempos. La situacion del país era no ménos próspera que la del tesoro público. La agricultura, la industria, el comercio, las ciencias, las letras y las artes, todo florecia con el mayor explendor. Los extranjeros se extasiaban contemplando en todas partes los campos bien cultivados, y admirando el sistema de riego, fundado en los conocimientos más extensos de

(1) Ben-Adhari

(2) Ben-Haucal.

la ciencia hidráulica, que hacía fértiles las tierras más ingratas en la apariencia (1). Sorprendíales la baratura de los comestibles (los frutos más exquisitos se vendian á ínfimo precio), la limpieza de los vestidos, el aseo de las casas, y, en suma, el bienestar general, que permitia á todo el mundo caminar en sendas mulas. Numerosas y prósperas industrias enriquecian á Córdoba, Sevilla, Almería y otras ciudades. El comercio alcanzó tan grandes proporciones, que en un estado publicado por el almojarife ó recaudador de rentas y derechos públicos los derechos de importacion y exportacion pagados en las aduanas constituian la porcion más considerable de las rentas del Estado (2). Córdoba, con más de medio millon de habitantes, tres mil mezquitas, innumerables y magníficos alcázares, ciento trece mil casas, trescientos baños públicos y veintiocho arrabales (3), rivalizaba en extension y explendor con Bagdad. Su fama se extendia hasta el fondo de la Germania: la monja sajona Hroswitha, que se hizo célebre en la segunda mitad del siglo décimo por sus poemas y dramas latinos, la llamaba el encanto del mundo.

El poder de Abderahman III era realmente formidable. Una soberbia marina de guerra le permitia disputar á los fatimies el imperio del mar Mediterráneo; y le aseguraba la plaza de Ceuta, llave de la Mauritania. Su ejército numeroso y bien disciplinado, reputábase como el primero del mundo. Los más grandes soberanos solicitaban su alianza. El emperador de Constantinopla, y los reyes de Alemania, Italia y Francia, enviábanle embajadores.

Lo que sorprende y maravilla en aquella expléndida mo-

(1) Ben-Haucal.
(2) Carta de Hasdaí al rey de Khozar.
(3) Ben-Adhari.

narquía; lo que, sobre todo, mueve la admiracion al estudiar los sucesos de aquel glorioso reinado, es el obrero infinitamente superior á la obra que realizó; es el poder, lo fecundo hasta hacerse inagotable de aquella inteligencia universal, que se manifiesta no ménos admirable en la ejecucion de las más sublimes concepciones, que en la práctica de los menores detalles. Aquel hombre, hábil, previsor, sagaz y profundo político, que fundó la unidad de la nacion musulmana en España; que centralizó el poder monárquico; que por sus alianzas estableció una especie de equilibrio político; que por su ilustrada tolerancia rodeó su trono de los hombres más eminentes de todas las religiones, y que por su grandeza, su virtud y su dón de gobierno parece más bien un gran rey de los tiempos modernos que un califa de la edad Media, decia, en una conversacion que tuvo poco tiempo ántes de morir con el filósofo asceta Solaiman ben-Abd-l-Gafir el Firexi, «que ajustada bien la cuenta de los momentos de perfecta y pura tranquilidad de ánimo en los cincuenta años de su reinado, apénas contaba *catorce dias de sincera felicidad*» (1).

Las crónicas árabes (2) de aquellos tiempos, ó al ménos las que conocemos por las traducciones de los sabios orientalistas modernos Conde, Dozy, Gayangos y Lafuente Alcántara, no hacen mencion de los sucesos acaecidos en Sevilla durante el largo y glorioso reinado de Abderahman III, si se exceptúa el episodio referente al último Ben-Hachach, el señor de Carmona, muerto el año 915, muy á los comienzos de aquel reinado. Las escasísimas noticias que, salteadas, hemos hallado en los autores citados, nos inducen á creer que,

(1) Conde, *Hist. de la Dom. de los Árab.*, tom. I, cap. LXXXVII.

(2) Excusamos decir, para la mayoría de nuestros lectores, que no existe noticia de crónicas latinas de aquellos tiempos, dado que se escribieran.

dominado en nuestra Ciudad el elemento político turbulento, sedicioso ó sediento de independencia, Sevilla volvió á su vida de todas las edades, á sus costumbres y hábitos profundamente arraigados, es decir, á su vida, costumbres y hábitos de trabajo y de cultura material, que la constituian en la poblacion más comerciante, agrícola é industriosa de Andalucía, y hacian de su puerto, comercial y militarmente considerado, uno de los más importantes de las costas españolas bañadas por los dos mares, desde el cabo de Finisterre hasta el de Creus. Dos testimonios nos suministra Conde de esta importancia, los cuales damos á continuacion:

«El año 917, dice (1), los gualís de las costas del Mediterráneo avisaron al rey Abderahman que los africanos infestaban con sus piraterías las de España y las de sus islas. En su vista envió á recorrer y guardar las costas de España al walí Ocaili y al caudillo Giafar ben-Otman Mustafá Abu-l-Hasan ben-Casila, *sevillano muy práctico en aquellos mares,* capitaneando una buena flota, etc.

»En este tiempo (955) una gran nave que el rey habia mandado labrar en Sevilla para conducir mercaderías de España á Egipto y Siria encontró en su navegacion, cerca de Sicilia, una nave africana en que venía un enviado de Moez Daula, soldan de Egipto, con cartas para el gualí que tenía en aquella isla. El capitan sevillano trabó combate con la nave africana; la venció, se apoderó de ella y continuó su viaje hasta Alejandría, donde vendió la presa y cargó mercancías, que trajo á España, etc. (2).»

---

(1) *Hist. de la Dom.*, tom. I, cap. LXX.
(2) *Hist. de la Dom.*, tom. I, cap. LXXXV.

CAPÍTULO XII.

Civilizacion árabe-andaluza.—Sus orígenes.—El califa Al-Hakem II.—Explendor de las ciencias y de las letras durante su reinado.—Bibliotecas y escuelas públicas.—Hombres de letras y poetas que florecieron en aquella época.—Cultura material y prosperidad del país.—Muerte de Al-Hakem II.—Sus últimas disposiciones testamentarias.

Hemos asistido al dramático espectáculo de la formacion de la nacionalidad musulmano-española; á la realizacion creida imposible de la fusion de todas las razas de la Península que obedecian á Córdoba, en una sola nacion, y al establecimiento en el país de los concilios toledanos y de la nobleza poderosa á par del rey, de la monarquía absoluta, del despotismo oriental: unidad, fusion y establecimiento que resistió Sevilla más que otra ciudad alguna de España, representando, por ende, en aquellos acontecimientos, un papel importantísimo. Ahora, pues, vamos á trasladar nuestros lectores á un nuevo escenario, más apacible, más grato que aquel que acabamos de dejar; vamos á separarlos de los campos de batalla, de la vista de los patíbulos, de los incendios, de los saqueos y devastaciones, para conducirlos al seno de una cultura admirable, á la cual debemos en gran parte los fru-

tos de la civilizacion científica y literaria que estamos saboreando en la actualidad.

No creemos que el asunto está fuera de su lugar en el libro que estamos escribiendo; al contrario, lo estimamos muy pertinente á él. La civilizacion árabe debió florecer principalmente en todas partes donde aquella raza extraordinaria se estableciera con preferencia, conservando su carácter, sus costumbres, su amor á las ciencias y su culto á las bellas artes; y siendo notorio que Sevilla fué, si no la única, la ciudad más árabe de la Península, dicho se está que la historia de aquella civilizacion es la de la reina del Guadalquivir.

Por más que lo hayamos indicado en otra parte, nos conviene repetirlo ampliado aquí. Si Córdoba fué la ciudad predilecta de los siriacos, y más tarde de los eslavos; si Granada, si Málaga lo fueron de la raza africana, Sevilla, desde el dia de la conquista hasta el de la reconquista, lo fué de los árabes. Árabes fueron los Beni-Khaldun, los Beni-Hachach, y árabes fueron los Beni-Abbas; es decir, las tres familias que dieron los más grandes príncipes á nuestra Ciudad, y el mayor número de hombres ilustres musulmanes que registran los anales sevillanos de aquella época de la dominacion islamita. Podemos, pues, decir que Sevilla fué el centro de la civilizacion árabe española. Acaso esta civilizacion brilló más en Córdoba; y es evidente que en Almería se manifestó con vivísima luz, mas fué por poco tiempo; pero es indudable que Sevilla fué su templo durante el Califato de Occidente; su refugio despues de la desmembracion del imperio Omiada, y el sepulcro de donde resucitó, nuevo Lázaro, mutilada en tiempo de los Almoravides y de los Almohades.

Esto sentado, entiéndase que lo que vamos á narrar de las maravillas de la cultura moral y material de los musul-

manes andalúces en Córdoba, bajo el reinado del califa Al-Hakem, se refiere tambien á Sevilla; razon por la que le hacemos un lugar en las páginas de la historia de nuestra Ciudad.

Considerados los tiempos en que floreció aquella espléndida civilizacion, necesítase hacer un estudio especial de los orígenes de la misma para dar crédito á su existencia; para no equiparar lo que de ella se nos dice, con los cuentos de *Las mil y una noches,* y para no suponer que sus historiadores de aquella edad y de la nuestra bebieron en las fuentes donde bebió la fábula y la poesía griega. En efecto: en el siglo X, que es el siglo de oro del Califato de Occidente, la pequeña porcion de Europa que podria llamarse civilizada en realidad, yacia sumida en las tinieblas de la barbarie. Contadas eran las personas, salvo el clero, que supieran leer mal, y escribir peor, y dicho se está, que la cultura que forma al hombre y al ciudadano se desconocia en todas partes. La ignorancia, pues, con su inseparable acompañamiento de injusticias, tiranías, traiciones, crueldades y libertinaje imperaba en la sociedad, que se agitaba, como embriagada bacante, del otro lado de los Pirineos, hasta el punto de poderse decir que allí donde no dominaban los feroces piratas escandinavos, continuaban imperando los vándalos y los germanos del siglo V con otros nombres. ¿Era esta la situacion de la península Ibérica? Los que en el libro de la historia sólo leen los caractéres con que está escrito, acaso dirán que sí, fundándose en que las guerras civiles que en los reinos cristianos del Norte, y en los Estados musulmanes del Este, Oeste y Mediodía de la Península se sucedian periódicamente; las incesantes rebeliones de los señores y las contínuas sublevaciones de las ciudades; el antagonismo de razas, costumbres y creencias religiosas; el bandolerismo disfrazado de medio político ó convertido en oficio lícito, y el desconocimiento, en fin, de

toda ley y de toda autoridad, no dejando lugar al desarrollo de las artes de la paz, debia necesariamente crear en España un estado de cosas político y social, igual y semejante al que existia en el resto de Europa.

Por ser lógica, hasta cierto punto, esta conclusion, que da en tierra con el edificio de la civilizacion árabe andaluza del siglo X, hemos dicho que se hace necesario dar á conocer los orígenes de la misma, porque en ellos se encuentra la justificacion de sus historiadores. Mas ántes vamos á hacer una somera observacion por lo que respecta á la sociedad cristiana del Norte de la Península que, no teniendo nada de comun con la musulmana del Mediodía, podria creerse se encontró en idéntica situacion que los pueblos de Alemania, Italia, Francia é Inglaterra. Héla aquí:

En tanto que en Francia y en Inglaterra habíase eclipsado completamente, en la época que estamos historiando, el astro del renacimiento de las letras, que Carlomagno y Alfredo el Grande hicieron brillar pasajeramente, el uno con sus célebres Capitulares, y el otro con su sábia legislacion, en España subsistia el inmortal código visigodo, y los reinos cristianos se regian por él.

Hecha esta observacion, bosquejemos rápidamente los orígenes y la historia de la civilizacion árabe, tomando por guia los sabios trabajos de nuestros modernos orientalistas y de Alejandro Humboldt, á fin de hacer comprender la posibilidad de la existencia de la cultura intelectual musulmano-andaluza en los tiempos de mayor ignorancia y tinieblas en Europa, y de más grandes y más enconadas luchas, guerras y anarquía en nuestra España.

En los primeros cien años que sucedieron al de la muerte de Mahoma, los árabes no sólo habian recorrido, conquistado ó avasallado un imperio más extenso que el romano,

sino que tambien habian traducido á su lengua las principales obras clásicas de la antigua Grecia. El califa Almanzor hizo de la ciudad de Bagdad la expléndida metrópoli del islamismo. Su nieto Harun-al-Rachid (786) fundó escuelas anexas á todas las mezquitas de su vasto imperio; y el gran califa Al-Mamun, aquel cuyo siglo se llama el de Augusto para las ciencias y las letras en Asia, se rodeó de sabios y gastó sumas fabulosas en libros. Se dice de él, que hizo llevar á Bagdad cien camellos cargados de manuscritos. Una de las condiciones del tratado que obligó á firmar al emperador Miguel III, fué que se le daria una de las bibliotecas de Constantinopla. En ella encontró el tratado de Ptolomeo sobre las matemáticas celestes, tratado que el Califa mandó traducir al árabe, con el nombre de *Almajesto* (1). En su tiempo, la biblioteca del Cairo contenia cien mil volúmenes; seis mil y quinientos de los cuales trataban de medicina y astronomía, y en ella se custodiaban dos esferas, una de plata maciza y la otra de bronce. La construccion de esta última se atribuia á Ptolomeo y se decia que habia costado tres mil coronas de oro.

Si en letras puede calificarse de exagerada la pretension de aquel pueblo, que decia haber producido él solo más poetas que todos los demás, en ciencias no es posible negarles la superioridad que adquirieron sobre todas las naciones que fueron sus coetáneas, por haber seguido el método de la escuela griega de Alejandría. Fueron amantes, cual ninguno, de la música y la poesía. Ellos nos enseñaron

(1) Vale tanto como la obra grande, la obra maestra del saber humano. El emperador Federico II de Alemania la hizo traducir del árabe en el siglo XIII.

el juego del ajedrez, é introdujeron en Europa el gusto por las novelas. Escribieron excelentes poemas sobre la inestabilidad de las grandezas humanas; sobre las funestas consecuencias del escepticismo religioso, y sobre el orígen, la duracion y el fin del mundo. Es muy frecuente hallar en sus libros ideas, pensamientos, aforismos y sentencias filosóficas que parecen nacidas en nuestro siglo. Baste decir que en sus escuelas se enseñaba la doctrina moderna de la evolucion y desenvolvimiento de los séres organizados, doctrina que llevaron mucho más léjos que nosotros, puesto que la aplicaron á las sustancias orgánicas y á los minerales.

En todas partes donde establecieron su dominacion fundaron escuelas, academias y universidades; hasta en Mongolia, Tartaria y Marruecos. Gibbon, el ilustre historiador y literato inglés, dice, ponderando el amor de los árabes á la ciencia, lo siguiente (1): «Los Gobernadores de las provincias rivalizaban en celo por el fomento de las ciencias, estimulando generosamente su estudio desde Samarcanda y Bukkara hasta Fez y Córdoba. El gran wasir de un sultan gastó doscientas mil coronas de oro en la fundacion de un colegio en Bagdad, y lo dotó con quince mil denarios de renta anual. Seis mil estudiantes recibian á la vez instruccion en él, sin hacerse distincion entre el hijo del gran señor y el del más humilde artesano. Se subvenia á los gastos de los estudiantes pobres y se pagaba liberalmente á los profesores.»

La direccion de las escuelas se confiaba lo mismo á un cristiano nestoriano, á un judío que á un musulman. La ciencia, los méritos, y no la religion ó la procedencia, es lo que tenian en cuenta para confiar á un hombre el cargo de instruir la juventud. «Los que consagran su vida al desarro-

(1) *Ensayo sobre la extension de la literatura.*

llo de sus facultades intelectuales, habia dicho el califa Al-Mamun, son los elegidos de Dios, sus mejores y más útiles servidores. Los que enseñan la ciencia y la sabiduría son los astros y los legisladores del mundo; sin ellos los pueblos volverian á caer en la ignorancia y en la barbarie.»

Las ciencias antiguas fueron objeto de su predileccion, y de aquí resultó que iniciáran otras nuevas. Importaron á Europa, por España, el método aritmético de los indios. El álgebra fué sacada por ellos del gérmen en que Diofantes la habia encerrado. Mohammed ben-Muza, autor de un *Tratado de trigonometría esférica*, dió la solucion de las ecuaciones del cuadrado. Omar ben-Ibrahim, la de las ecuaciones cúbicas. Al-Bachdadi escribió un tratado de agrimensura, tan perfecto, que se creyó ser traduccion de alguna obra de Euclides que estuviera perdida hasta entónces.

En astronomía, hicieron catálogos, cartas de estrellas visibles y dieron á las de primera magnitud los nombres que todavía tienen en nuestra esfera celeste. Determinaron la oblicuidad de la eclíptica; publicaron tablas correctas del movimiento de la luna y del sol; fijaron la duracion del año solar; verificaron la precesion de los equinocios, y, por órden de Al-Mamun, habiendo conocido la esfericidad de la tierra, sus matemáticos midieron un grado de círculo terrestre, por medio del astrolabio, y encontraron que era de doscientos mil codos, cálculo que no se alejaba mucho de la verdad; esto acontecia en el primer tercio del siglo noveno. Los astrónomos árabes trabajaron con éxito en el perfeccionamiento de los instrumentos de astronomía, y en los de medida del tiempo por medio de relojes de diversas clases, clepsidros y cuadrantes solares.

No ménos importantes fueron los descubrimientos que hicieron en ciencias experimentales. La química les debe el

de algunos de sus principales reactivos, el ácido sulfúrico, el nítrico y el alcohol. La medicina les agradece el haber sido los primeros en publicar farmacopeas, recetarios, y el haber indicado las preparaciones minerales. En mecánica, determinaron las leyes de la caida de los cuerpos y casi conocieron la atraccion. En hidrostática construyeron las primeras tablas de gravedades específicas y escribieron tratados sobre los cuerpos que flotan y los que se van á fondo del agua. En óptica hicieron notables progresos. Conocieron el fenómeno de la reflexion y refraccion de la luz; y á ellos, en fin, se debe el descubrimiento del rayo curvilíneo que atraviesa la atmósfera, y probaron que vemos el sol y la luna ántes de que realmente estén sobre el horizonte y despues que han desaparecido detrás del mismo.

Como no podia ménos de suceder, á resultas de tan brillantes progresos científicos, las artes, la agricultura, el comercio y la industria florecieron admirablemente entre ellos, y derramaron á manos llenas la abundancia y el bienestar en los pueblos que vivieron bajo sus leyes.

Oigamos ahora á Alejandro Humboldt (1):

Los árabes, elemento extraño, felizmente mezclado á la civilizacion europea, hicieron retroceder la barbarie que hacía yá siglos estaba extendida por Europa, merced á la poderosa influencia que ejercieron en la ciencia física y matemática de la naturaleza, en el conocimiento de los espacios de la tierra y del cielo, de su conformacion y de su extension, de las sustancias heterogéneas que los componen y fuerzas interiores que los ocultan. Para ello tuvieron que remontarse á las fuentes eternas de la filosofía griega, cuyos tesoros no sólo

(1) *Cosmos, ensayo de una descripcion física de mundo.*—Tomo segundo, período de la dominacion árabe.

salvaron, sino que los engrandecieron, abriendo nuevas sendas al estudio de la naturaleza.

Si queremos investigar cómo las invasiones de los árabes en Siria y Palestina, y más tarde en Egipto, despertaron tan pronto en aquella noble raza el gusto de la ciencia y el deseo de acelerar por sí mismos sus progresos, preciso es tener en cuenta sus disposiciones naturales para los goces del espíritu y las antiguas relaciones de comercio que unian las costas de la Arabia con los Estados vecinos, llegados á un alto grado de civilizacion. Entraba, sin duda, en los maravillosos designios de la armonía del mundo, que la secta cristiana de los nestorianos, que ha contribuido tan eficazmente á propagar muy léjos los conocimientos adquiridos, ilustrase tambien á los árabes ántes de su entrada en la sábia y sofística Alejandría, y que el nestorianismo cristiano pudiese penetrar en las comarcas orientales del Asia, bajo la proteccion armada del islamismo. Los árabes fueron iniciados por los siriacos, de raza semítica como ellos, en la literatura griega, cuyo conocimiento habian adquirido ciento y cincuenta años ántes de los nestorianos perseguidos por el crímen de heregía (1). Mahoma y Abubekr vivian yá en la Meca en relaciones de amistad con algunos médicos, que se habian formado por las lecciones de los griegos, y en la célebre escuela de Edeso, abierta en Mesopotamia por los nestorianos.

El conocimiento de las sustancias medicinales, fundado

(1) Nestorio, célebre heresiarca del siglo V, negaba la union del Verbo con la naturaleza humana y distinguia en Jesucristo dos personas así como dos naturalezas. Condenado por el concilio de Alejandría en 430, y por el general de Efeso en 431, fué depuesto de la silla patriarcal de Constantinopla y desterrado. Murió en un oasis de la Libia, en 439.

por Dioscórides (1) en Alejandría, es, en su forma científica, una creacion de los árabes, que á su vez habian podido tomar ellos mismos en una fuente más abundante y la más antigua de todas, en la de los médicos indios. La farmacia química ha sido constituida por los árabes, y de ellos proceden las primeras prescripciones consagradas por la autoridad de los magistrados y análogas á las llamadas hoy *recetarios,* que más tarde se extendieron de la escuela de Salerno á la Europa meridional.

Los árabes, despues de las conquistas que hicieron en Asia, fundaron en Bagdad un punto central de poderío y de civilizacion, se esparcieron en el corto espacio de setenta años por todo el Norte del África, por Egipto, Cirene y Cartago hasta la península Ibérica, llevando por todas partes las costumbres medio salvajes del pueblo y de sus jefes; pero tambien su amor al estudio y sus trabajos sobre las matemáticas, la astronomía y las ciencias naturales. Es así que á beneficio de su afan de investigaciones y del tacto que tuvieron para apropiarse, por medio de traducciones, todos los frutos de las generaciones que les precedieron, alcanzaron la gloria de engrandecer las miras de la naturaleza, y dotar las ciencias de un gran número de creaciones nuevas, que difundieron por todos los pueblos comprendidos entre el Eufrates, el Guadalquivir y el Tajo hasta la cadena de los Pirineos.

Una de las ciencias que cultivaron con más éxito fué la geografía. Es opinion admitida que la de Ptolomeo fué traducida al árabe por los años de 813 á 833. En la larga serie de geógrafos eminentes que nos ofrece la literatura árabe basta nombrar aquellos que abren y cierran la lista: El-

(1) Bedanio Dioscórides, célebre médico y botánico griego, floció á fines del siglo primero de la Era cristiana.

Istachri, y Al-Hasan (Juan Leon el Africano). Nunca el conocimiento de la tierra recibió de una sola vez acrecentamiento más brillante, hasta la época de los descubrimientos de los españoles y portugueses. Cincuenta años despues de la muerte del Profeta, los árabes habian llegado yá á la extremidad occidental de la costa africana, al puerto de Asfi. La gran cantidad de monedas árabes que se han encontrado enterradas en las regiones situadas á orillas del mar Báltico y en la parte de la Escandinavia más próxima al polo, provienen indudablemente de sus relaciones comerciales, que se extendian muy á lo léjos en el interior de las tierras. (Si es que no proceden de las piraterías de los normandos en las costas de Andalucía.)

La geografía no se limitó á fijar la situacion relativa de los lugares, á suministrar indicaciones de longitud y latitud y á describir las cuencas de los rios y las cadenas de montañas; condujo tambien aquel pueblo amante de la naturaleza, á ocuparse de las producciones orgánicas del suelo, y particularmente de las sustancias vegetales. El horror que inspiran á los musulmanes los estudios anatómicos les impidió hacer progreso alguno en la historia natural de los animales. Se contentaron á este respecto con lo que pudieron aprender traduciendo Aristóteles y Galeno. Sin embargo, la *Historia de los Animales* de Avicena difiere de la de Aristóteles. Ben-Baithat, de Málaga, merece especial mencion como botánico; sus viajes á Grecia, Persia, el Egipto y la India permiten citarle como ejemplo de los esfuerzos emprendidos para comparar, por observaciones personales, las producciones de las opuestas zonas del Mediodía y del Norte. El punto de partida de estas tentativas era siempre el conocimiento de las sustancias medicinales, que aseguró largo tiempo á los árabes el predominio sobre las escuelas cris-

tianas (1) y que perfeccionaron Ben-Sina (Avicena) Ben-Roschd (Averroes) Serapion el Jóven, y Mesna de Maridin, aprovechando todos los materiales que les suministraba el comercio terrestre y marítimo.

La química fué principalmente la que más aprovechó los servicios prestados por los árabes á la ciencia general de la naturaleza, pues con ellos comenzó una nueva era para aquélla. Las necesidades de la farmacia y de las artes de aplicacion condujeron á descubrimientos favorecidos por operaciones herméticas sobre los metales, hechas á este propósito ó que á él concurrieran incidentalmente. Los trabajos de Geber (Abu-Musa Dschafar-al-Kufi) y los de Rasis (Abu-Bekr-Arrasis) mucho más posteriores, tuvieron muy importantes consecuencias. Señálase esta época por la composicion del ácido sulfúrico, del nítrico y del agua régia, por la preparacion del mercurio y de otros óxidos metálicos, y, por ultimo, por el conocimiento de la fermentacion alcohólica.

Entre los progresos que la física debe á los árabes preciso es limitarnos á citar los trabajos de Al-Hasen sobre la refraccion de los rayos, tomados quizás en parte de la *Óptica* de Ptolomeo, y el descubrimiento y la aplicacion del péndulo, como medida del tiempo, debido al grande astrónomo Ben-Jonis.

Sean las que quieran las obligaciones de los árabes para con los pueblos que les precedieron en civilizacion, no puede negarse que han engrandecido de una manera considerable el dominio de la astronomía. La de observacion fué brillantemente cultivada por ellos. Las tablas astronómicas de Ben-Jonis, compuestas en 1007, y las ilkanianas de Nasir

(1) Testimonio de ello es la curacion de Sancho I el *Gordo*, realizada en Córdoba por el hábil médico judío Hasdaí.

Edin Tusi, fundador del grande observatorio astronómico de Meragha, que datan de 1259, demuestran bastantemente qué progresos habia hecho el conocimiento de los movimientos planetarios y á qué perfeccion habian llegado los instrumentos de medida y los métodos de Tolomeo. El cuidado que tuvo el califa Al-Mamon de hacer medir un grado terrestre en la llanura de Sindschar, entre Tadmor y Baka, por observadores cuyos nombres nos ha conservado Ben-Jonis, tiene ménos importancia por los resultados obtenidos, que por ser un testimonio de la cultura científica á que habia llegado la raza árabe.

Despues de haber pagado el tributo de elogios que merecen los árabes por los servicios prestados á la ciencia de la naturaleza en la doble esfera del cielo y de la tierra, réstanos todavía mencionar lo por ellos añadido al tesoro de las matemáticas puras, explorando las sendas solitarias del pensamiento. Segun los últimos trabajos emprendidos en Inglaterra, Francia y Alemania, sobre la historia de las matemáticas, parece que el álgebra de los árabes ha tomado primitivamente su orígen en «dos rios que seguian separadamente su curso, índico el uno y griego el otro.» El *Compendio de Álgebra,* compuesto por el matemático Mohamed ben-Musa, tiene por base, no los trabajos de Diofantes, sino los descubrimientos de los indios. En cuanto al método, que consiste en ir gradualmente y con reserva de lo conocido á lo desconocido, método que parece haber faltado á los antiguos algebristas de la India, los árabes lo habian tomado de la escuela de Alejandría. Esta bella herencia, aumentada con nuevas adquisiciones, se extendió en la literatura europea de la edad Media por mediacion de Juan de Sevilla y de Gerardo de Cremona.

Por las mismas vias, y ayudados de las relaciones que yá

debian al álgebra, aprendieron á conocer las cifras indias en Persia y en las orillas del Eufrates. Esta nueva adquisicion data del siglo IX. Por entónces algunos persas se hallaban establecidos como aduaneros á lo largo de las orillas del Indo, y el uso de las cifras indias se habia hecho general en las factorías fundadas por los árabes en las costas septentrionales del África, frente á las playas de Sicilia.

Los árabes prestaron así un doble servicio á las ciencias matemáticas: su álgebra, apesar de la insuficiencia de sus signos y anotaciones, habia influido felizmente, tanto por lo que habia tomado de los griegos y de los indios, como por sus propios descubrimientos, en la época brillante de los matemáticos italianos de la edad Media. Ellos fueron tambien los que por sus escritos y por la extension de su comercio difundieron el sistema de numeracion india desde Bagdad hasta Córdoba. Estos dos progresos, la propagacion de la ciencia y la de los signos numéricos, con su doble valor absoluto y relativo, influyeron de una manera diferente, pero igualmente eficaz, en el desarrollo matemático de la ciencia de la naturaleza.

Así se llegó al dominio de la astronomía, de la óptica y de la geografía física, en la teoría del calor y en la del magnetismo, á regiones que parecian colocadas fuera del alcance de los hombres, y que hubieran quedado sin este útil socorro inaccesibles.

Hemos creido necesaria la exposicion de estas sábias consideraciones del autor del *Ensayo de una descripcion física del Mundo,* con las cuales se prueba plenamente que los árabes, como los fenicios y los romanos, á diferencia de los visigodos, trajeron consigo á España una civilizacion en su apogeo, y una cultura intelectual que asombra, comparada con la crasa ignorancia en que yacia sumida la Europa de aque-

llos tiempos; así como para persuadir del crédito que merecen los autores que nos describen las maravillas realizadas por el genio árabe en Córdoba, Sevilla y otras grandes ciudades de la Península, que fueron centro de una civilizacion que tanto influyó en el progreso del mundo de las ciencias, de las letras y de las bellas artes, y cuyos beneficios gozamos todavía en estos nuestros tiempos.

Ahora bien; conocido el orígen, el manantial, saboreemos sin desconfianza sus exquisitas aguas, tal como nos las dan á beber con parvedad las crónicas latinas, y con mediana abundancia las musulmanas traducidas por nuestros orientalistas coetáneos.

Al-Hakem II, hijo y sucesor de Abderahman III en el trono, fué un príncipe pacífico, virtuoso y tan sabio y amante de las letras, como grande y hábil político habia sido su padre. Su advenimiento se celebró en Córdoba con la grandiosa pompa que correspondia al soberano de tan opulenta nacion, y de que era susceptible la fastuosa córte del Califato de Occidente, que sobrepujaba en grandeza al de Bagdad, entrado, años hacía, en el período de su decadencia y desmembramiento. Entre los sabios y poetas que asistieron á la córte el dia de su proclamacion, ocupó preeminente lugar el poeta sevillano Ismail ben-Badr ben-Ismail ben-Ziadi abu-Becri, quien leyó un pequeño y elegante poema en honor del Califa. La belleza de la composicion la hizo acreedora á ser conservada en el Cancionero que, con el título de los *Huertos,* coleccionó Ben-Ferach, quien dice de Ismail ben-Badr, que fué poeta excelente hasta el punto de vencer en los certámenes poéticos á los mayores ingenios de su tiempo. Añade el citado autor, que el califa Al-Hakem, prendado de su talento, le nombró su *rawi* ó novelista, y que se complacia oyéndole contar, con elegante estilo é inimitable gracejo, suce-

sos de armas, aventuras amorosas y lances extraños (1).

Las condiciones de carácter pacífico que la fama atribuia, y no sin fundamento, á Al-Hakem, fueron estímulo á los reyes cristianos del Norte para reanudar las hostilidades contra los musulmanes. La guerra estalló el año 963, y sus resultados debieron ser fatales á los que la provocaron, cuando Sancho de Leon, García de Navarra y los Condes Borrel y Miron solicitaron del Califa la paz, que les fué otorgada en 966. Sin embargo, las hostilidades continuaron todavía en Castilla hasta el año 970 en el que, con la muerte del conde Fernan Gonzalez, se firmó una paz general, que fué de larga duracion.

Á partir de aquel dia, el califa Al-Hakem, libre de cuidados, pudo entregarse por entero á su pasion por las ciencias y las letras y á su generoso afan por el fomento de la prosperidad del país.

Al-Hakem II fué el príncipe más esclarecido, por su amor á las letras, de cuantos han reinado en España. Tuvo verdadera pasion por los libros, hasta el punto que no perdonaba sacrificio ni diligencia alguna por adquirir los más raros y preciosos, así de ciencias como de artes y de amena literatura. En el Cairo, en Bagdad, Damasco y Alejandría tenía comisionados encargados de comprarle todas las obras conocidas, antiguas y modernas, sin reparar en el precio. Su palacio era una inmensa librería y un vasto taller donde encontraban ocupacion centenares de miniaturistas, iluminadores, copistas y encuadernadores. Los índices de su biblioteca, segun refiere Ben-Hayan, constaban de cuarenta y cuatro cuadernos, cada uno de veinte á cincuenta fólios, en los cuales se hacía constar sólo el nombre de los autores,

(1) Conde, *Dom. de los Árab.*, tom. I, cap. LXXXVIII.

sin otra noticia alguna acerca de sus obras. Afirman los escritores contemporáneos que el número de volúmenes contenidos en su biblioteca ascendia á cuatrocientos mil, ordenados y clasificados por series de ciencias ó artes, colocados en estantes elegantes, rotulados para indicar la materia de que trataban los libros contenidos en ellos. Por más que parezca increible, todas aquellas obras, segun testimonios respetables, habíalas leido Al-Hakem: y hay más; teníalas anotadas de su puño y letra en el principio y fin de cada volúmen, con el apellido y nombre patronímico del autor, noticias de su familia, de su tribu, año de su nacimiento y de su muerte, los hechos de su vida y las anécdotas que se contaban acerca de él. Conociendo Al-Hakem, mejor que otro alguno, la historia de la literatura de sus tiempos y de los anteriores, aquel trabajo biográfico y bibliográfico-literario-científico era de tan subido precio, que los doctos andaluces le concedian la mayor autoridad.

Acontecia con frecuencia que las obras escritas en Siria y en Persia por los sabios más eminentes le fueran conocidas ántes de ser leidas en Oriente. Es así, que noticioso de que el doctísimo Abu-Farach el Isfahani, natural de Irak, se ocupaba en coleccionar las obras más selectas de los poetas y cantores árabes, envióle una letra por valor de mil monedas de oro, rogándole que le remitiese una copia de su libro cuando lo tuviese terminado. Agradecido Abu-Farach, se apresuró á complacerle; y, áun ántes de dar á luz su magnífica coleccion, que todavía en nuestros dias es estudiada con entusiasmo por los sabios, lè envió una copia acompañada de un poema en que hacía la historia genealógica de los omiadas y una casida de versos en elogio del príncipe.

Como no podia ménos de suceder, todos los ramos del saber humano y de la enseñanza florecieron como nunca en el

reinado de tan ilustrado Príncipe. Las escuelas de primeras letras fueron tan numerosas, que en Andalucía todo el mundo sabía leer, escribir y contar; en tanto que en el resto de la Europa cristiana, salvo el clero, nadie tenía aquellos conocimientos elementales. Y, sin embargo, no satisfecho Al-Hakem con el celo manifestado por la administracion pública en materia de enseñanza primaria, estableció en Córdoba veintisiete escuelas de párvulos para la educacion de los niños pobres, costeando de su propio peculio los gastos del personal y material de las mismas (1). Asimismo estudiábase gramática, retórica y todas las materias que constituyen los estudios de segunda enseñanza en las escuelas abiertas al efecto (2), y en cuanto á la universidad de Córdoba era, como lo merecia, la más afamada del mundo. En la mezquita Al-jama (pues en ella existian las aulas) (3), el koraixi Abu-Bekr ben-Moavia explicaba el Coran y las tradiciones referentes á Mahoma (4); Abu-Alí Cali dictaba á los alumnos un trabajo interesantísimo sobre la lengua, la poesía y los proverbios de los antiguos árabes, coleccion que publicó más adelante con el título de *Amali ó Dictados* (5); la gramática era enseñada por Ben-al-Cutia, el más sabio gramático de España á juicio de Abu-Alí Cali. Las demás ciencias explicábanse por maestros no ménos ilustres y afamados, de suerte que á la universidad de Córdoba concurrian miles y miles de estudiantes, lo mismo cristianos que judíos y musulmanes. Todos los que deseaban cultivar la ciencia eran en ella bien recibidos. Pedro el Venerable, abad de Cluni, célebre teólogo y poeta latino,

(1) Ben-Adhari.
(2) Ben-Khaldun. *Prolegómenos.*
(3) Al-Makkari.
(4) Ben-Adhari.
(5) Ben-Khalican.

dice que conoció en ella muchos sabios que venian de Inglaterra á estudiar la astronomía, y afirman los historiadores que el papa Silvestre II, natural de Auvernia y uno de los hombres más notables de su siglo como astrónomo, matemático y mecánico, que sucedió á Gregorio V en 999; cuando mozo estudió con el nombre de Geberto, en las escuelas de Sevilla y Córdoba, las ciencias que tanta celebridad le dieron.

Nada creemos dará más cabal idea del grado de explendor que alcanzaron las ciencias y las letras en la España musulmana del tiempo de Al-Hakem II (1), como poner á continuacion una lista, harto compendiada, por falta de mayor número de noticias, de los nombres de aquellos hombres de letras que florecieron en la córte de tan ilustre soberano.

Mozna, poetisa y cantora, esclava secretaria que fué del califa Abderahman.—*Aixa,* jóven de rara erudicion é incomparable belleza.—*Safia,* erudita y elegante poetisa.—*Redhiya,* esclava de Al-Hakem y celebrada poetisa.—*Lobna,* docta en gramática, poesía y matemáticas, secretaria particular del Califa.—*Fátima,* jóven erudita, hija de un doméstico de palacio.—*Aixa,* hija de Muhamad ben-Cadim, docta poetisa cordobesa.—*Cadiga,* hija de Giafar ben-Noseir, poetisa y música.—*Maryem,* hija de Abu-Yacub el Faisolí, que enseñaba humanidades á las hijas de las principales familias de Sevilla.—*Ben-al-Cutia,* historiador y gramático.—*Abu-Bekr ben-Moavía,* teólogo y jurisconsulto afamado.—*Abu-Alí Cali,* poeta y maestro de Al-Hakem.—*Abu-Ayub,* filósofo asceta.

(1) En tanto que en el resto de Europa «en aquellos tiempos de mucha ignorancia, en viendo á un hombre docto hacer una figura geométrica ó astronómica, luego decian que eran caractéres y cercos de nigromancia.» Morales, *Crónica Gral. de Esp.*, lib. XVII, cap. XXXII.

—*Ben-Abd-l-Salem,* secretario del Califa, estadista distinguido, que empadronó los pueblos de toda España.—*Abdalazis,* hermano del Califa y su bibliotecario.—*Almondir,* hermano, como el anterior, presidente de la Academia.—*Muhamad ben-Yusuf,* de Guadalajara, historiador.—*Muhamad ben-Yaye,* uno de los más floridos y elegantes poetas de Andalucía.—*Ben-l-Safar,* poeta que coleccionó y anotó las poesías de los príncipes omiadas españoles.—*Abd-l-Melic ben-Said,* sabio jurisconsulto, cadí mayor de las aljamas de España. —*Ahmed ben-Abd-l-Melic,* docto sevillano, conocido por *El Mocui,* consejero de Estado, autor de una obra muy docta intitulada *Política de príncipes* y *máximas de buen gobierno,* obra que le valió las más altas distinciones en la córte.—*Obeidala el Moaiti,* sabio estadista.—*Ahmed ben-Said,* célebre historiador.—*Abu-Amar,* laureado poeta, autor de dos poemas, uno sobre la caza y otro sobre hechos de caballería.—*Ahmed ben-Farach,* de Jaen, autor de la coleccion de poesías españolas intitulada *Los Huertos.*—*Abu-Walid Jonas,* discreto poeta de Badajoz.—*Ben-Isa el Gasani,* célebre geógrafo granadino.—*Ahmed ben-Chalaf* y *Ahmed ben-Musa,* sabios de Guadalajara.—*Ben-Asbach,* de Sevilla, poeta descriptivo. —*Solaiman ben-Batal,* de Badajoz, poeta.—*Ben Gamron* y *Yahye ben-Hisem,* doctos poetas cordobeses.—*Jonas ben-Mesaud,* el cantor de las flores.—*Yaix ben-Said,* calígrafo admirable.—*Muhamad ben-Alhasan el Zubeidi,* originario de Sevilla, docto filólogo y gramático que escribió el compendio del Diccionario intitulado *Ain* (1), precioso trabajo en el cual le ayudaron *Muhamad ben-Abi Husein,* capitan de la guardia personal del Califa, y *Abu-Ali el Bagdadi,* insigne poeta.

(1) Una antigua copia de este compendio está en la Real Biblioteca de Madrid. Conde.

—*Alcasim ben-Asbag,* docto profesor de historia.—*Muhamad ben-Chateb,* maestro de erudicion y de arte métrica.—*Abdala ben-Ibrahim el Omaya,* renombrado filósofo.

Basta, creemos, esta sumaria indicacion, para justificar cuanto llevamos dicho acerca de la cultura árabe andaluza, y para probar la influencia que las escuelas de Córdoba y Sevilla tuvieron en la civilizacion de Europa. De tan preciado bien, la humanidad debe estar agradecida al califa Al-Hakem, príncipe el más instruido entre todos los de su noble familia, y que con su régia prodigalidad hizo de Andalucía un centro de cultura intelectual y material donde acudian los sabios de todos los países para cultivar las ciencias y las letras y difundir la luz del saber por toda la Europa insipiente á la sazon. Su celo ilustrado alcanzaba á todos por igual, fueran cristianos, musulmanes ó judíos; de suerte, que hasta los filósofos de la escuela racionalista pudieron entregarse al estudio y propaganda de su doctrina, sin temor á ser perseguidos y maltratados por el fanatismo de la plebe, dirigido por los doctores y faquíes islamitas (1).

«En la larga paz, dice Conde (2), que el califa Al-Hakem mantuvo en España, se beneficiaron muchas minas de oro, plata y otros metales, ya por cuenta del Estado, ya de particulares: eran muy ricas las de los montes de Jaen, Bulche y Aroche, y las de los montes del Tajo en el algarve de España. Habia minas de piedras preciosas, dos de rubíes en los distritos de Málaga y de Beja. Pescábanse corales en las costas de Andalucía y perlas en las de Tarragona. La agricultura recibió un impulso extraordinario. Labráronse acequias de riego en las vegas de Granada, Murcia, Valencia y

(1) Zaid de Toledo.
(2) *Hist. de la Dom. árabe,* tom. I, cap. XCIV.

Aragon; construyéronse albuferas ó lagos para riego y se hicieron inmensas plantaciones como convenia á la calidad y clima de las provincias. En suma, aquel buen soberano mudó las lanzas y espadas en azadas y rejas de arado, y convirtió los ánimos guerreros é inquietos de los muslimes en pacíficos labradores y pastores. Los más ilustres caballeros se preciaban de cultivar por sus manos sus huertos y jardines, y se holgaban los cadíes y faquíes en la apacible sombra de sus parrales. Todos iban al campo y moraban en las aldeas, dejando las ciudades, cuál en la florida primavera, cuál en el otoño. Muchas tribus, siguiendo su natural inclinacion, se entregaron á la ganadería y conservaban la antigua vida de los *Bedawis,* trashumando de una provincia á otra en busca de comodidad de pastos para sus rebaños.»

Un sabio norte-americano,—J. W. Draper, profesor en la universidad de Nueva-York,—dice lo siguiente: «En el siglo X, el califa Al-Hakem hizo de la hermosa Andalucía el paraiso del mundo. Los árabes andaluces se habian rodeado de todo el lujo de la vida oriental. Tenian magníficos palacios, jardines deliciosos, harenes poblados de bellezas. La Europa moderna no desplega más gusto, más refinamiento, más elegancia que la que desplegaban las ciudades árabes andaluzas. El aspecto de las calles revelaba el celo de la policía municipal. Las casas brillaban por el aseo y su lujoso mobiliario; calentábanse en invierno con braseros, y en verano se refrescaban por corrientes de aire perfumado con las emanaciones de las flores y plantas odoríferas que llenaban los jardines. Tenian bibliotecas, baños, salones decorados con tapices y embellecidos con graciosos surtidores. En los campos, como en las ciudades, se sucedian unas á otras las fiestas, los bailes y los conciertos. En contraste con la glotonería y embriaguez á que se entregaban los pueblos del Norte, el musulman an-

daluz hacía gala de su templanza. Las deliciosas noches del cielo de Andalucía veian á los árabes pasearse en sus jardines de hadas, en sus olorosos bosquecillos de naranjos y limoneros, escuchando recitar poemas, novelas y cuentos, ó discutiendo sobre puntos de filosofía; consolándose de las tristezas de la vida; diciéndose que si no tuvieran dolores olvidarian la existencia futura, y reconciliándose con los trabajos del dia por la esperanza del eterno reposo.»

El gran califa Al-Hakem, á quien en justicia no se puede negar el dictado de *Padre de la Patria* con que la posteridad engrandeció la memoria del emperador Tito y de nuestro buen rey Fernando VI, falleció el dia 1.º de Octubre de 976, á los setenta y tres años, y quince, cinco meses y tres dias de reinado. Nueve meses ántes, esto es, el dia 5 de Febrero, por decreto suyo habíase verificado el acto de la solemne jura de su hijo Hixem, niño de diez años, poco más, á la sazon, y en tal concepto causa de vivas inquietudes—que le acompañaron hasta el sepulcro—para su padre, á quien no podia ocultarse que, siendo el primer caso de advenimiento de un menor al trono de Córdoba, y repugnando á los árabes la idea de una regencia, su muerte se veria inmediatamente seguida de grandes perturbaciones políticas. Afortunadamente para la España musulmana y triste y fatalmente para la cristiana, el Gobierno quedó en manos de un hombre que llenó con sus hechos, y dia por dia, veintiseis años de la historia del mundo entónces conocido, y que supo hacer respetar en toda España, y en el Magreb, la última voluntad del que podemos llamar el último califa de la dinastía omiada de Córdoba.

Entre sus disposiciones testamentarias merecen particular elogio las siguientes, porque dan nuevo testimonio de la grandeza de su ánimo y de su infatigable celo por el progreso y

propagacion de la enseñanza: manumitió cien esclavos; rebajó una sexta parte de todos los derechos reales que se pagaban en las provincias españolas del imperio, y dispuso que los alquileres de las tiendas de los silleros y guarnicioneros de Córdoba, que pertenecian á su tesoro, se destinasen, á perpetuidad, al pago de los maestros de escuelas elementales.

CAPÍTULO XIII.

Primeros años de Almanzor.—Su rápido engrandecimiento.—Memorables campañas contra los cristianos.—Genio y carácter de Almanzor.—Formacion de un ejército permanente con tropas africanas.—Muerte de Almanzor.—Epitafio de su sepulcro.—Situacion del Califato despues de su muerte.—Gobierno y muerte de sus hijos y sucesores.—Guerras civiles.—Desmembracion del Califato de Occidente.

En el capítulo precedente hemos dejado la nacion musulmano-española en todo el apogeo de su grandeza política y civilizadora; y dicho se está que á Sevilla beneficiando los frutos de aquella sábia y providente administracion, que hizo prosperar como nunca su comercio y florecer sobre su suelo las artes todas de la paz que la conservaron el rango de la más culta y opulenta entre todas las ciudades —salvo Córdoba—de la península Ibérica. Vamos ahora á narrar sumariamente, como lo exige la naturaleza de este libro, el estado de aquella misma nacion llegada al zenit de su poder por medio de las armas, que el destino asoció á las letras para completar la obra iniciada y vigorosamente empujada por Abderahman III; pero que no pudo consoli-

darse porque entraba en los altos designios de la Providencia hacerla servir de medio, sólo de medio, y de poderoso agente de civilizacion en la Europa semi-bárbara, cuyas puertas la cultura árabe se abriera por las armas, y que las armas le cerraron el dia que cumplió su mision, y bajó al sepulcro el gran capitan de aquel siglo, que produjo tres hombres que el nuestro se honraria de contar entre los suyos.

En los primeros años del reinado de Al-Hakem II asistia á las aulas de Córdoba, regentadas por Ben-al Cutia y por Abu-Alí Cali, un jóven de hermoso aspecto, cuya viva inteligencia y ardiente é impetuosa imaginacion le arrebataba á extremos tales de sueños de grandeza que sus condiscípulos le tenian por enfermo del cerebro, y á veces por loco. Y, sin embargo, nada estaba más léjos de la verdad. No era demencia lo que trastornaba sus facultades mentales; era la divinacion del genio; eran los esfuerzos de su alma que, sintiéndose aprisionada dentro del modesto lugar en que el destino la habia colocado, pugnaba por remontarse ántes de tiempo en alas de su entusiasmo á una esfera superior.

Llamábase Mohamed ben-Abi-Amer, hijo de una familia yemaní, noble, pero no ilustre, de la tribu de Moafir (1), que fijó su residencia en Córdoba en los primeros años de la conquista. Terminados sus estudios, Mohamed, á falta de otro medio de proveer á su subsistencia, abrió, en las inmediaciones del palacio real, una oficina donde escribia memoriales á los pretendientes que solicitaban algo del Califa ó de sus ministros (2). Andando los meses obtuvo un

(1) Esta tribu, ó una rama de ella, se estableció cerca de Sevilla, sobre la orilla izquierda del Guadalquivir, en el lugar que todavía llamamos *Quinto*, y que los autores árabes dijeron *Quinto-Moafir*.

(2) Al-Makkari.

empleo subalterno en el Tribunal Superior de Justicia de Córdoba, en el cual permaneció poco tiempo; no habiendo sabido congraciarse con su jefe el cadí Ben-as-Salim. Buscó nuevo protector y lo halló en el wazir Moshafi, quien le propuso al Califa y á su esposa Aurora (Sobeiha) para el cargo de intendente de los bienes del príncipe Abderahman. Admitido, supo captarse en este nuevo empleo el aprecio de la Sultana, hasta el punto que siete meses despues, y á instancias de la misma, fué nombrado inspector de la casa de moneda de Córdoba (1); elevado cargo que puso á su disposicion grandes sumas de dinero, que utilizó en hacerse numerosos amigos en todas partes, y sobre todo en palacio, donde tenía cautivado á todo el mundo con su generosidad, su cortesía y la elegancia de sus maneras y lenguaje. Á este propósito refiere Ben-Adhari, que en una ocasion el anciano Califa dijo á uno de sus privados: «No comprendo de qué trazas se vale ese mozo para tener embelesadas á todas las damas de mi harem. Yo las colmo de atenciones y regalos; pero nada las complace sino en cuanto procede de él. Dudo si debo considerarle como un criado inteligente y adicto ó como un gran mágico. De todas maneras sospecho que el Tesoro público corre grandes riesgos entre sus manos.»

No debieron ser muy vehementes las inquietudes de Al-Hakem, cuando en los primeros dias del mes de Diciembre del año 968 le nombró curador de las herencias abintestato, y, en el siguiente de 69, cadí de Sevilla y de Niebla. En Julio de 970, muerto su hijo primogénito Abderahman, le nombró intendente de la casa de su segundo génito y heredero Hixem. En Febrero de 972 le dió el mando del segundo regimiento del

(1) Ben-Adhari.

cuerpo de los *Chorta* (1) de Córdoba (guardia municipal en nuestros dias); de suerte, que á los treinta y un años Mohamed ben-Abi Amer, era yá un personaje importante en la córte de los califas, y acumulaba muchos y muy lucrativos empleos. Finalmente, en 973 fué nombrado intendente general de Hacienda y cadí-al-coda (juez supremo) de la Mauritania, con encargo de vigilar la conducta de los generales é intervenir todas las operaciones de hacienda en las provincias españolas de África.

Muerto Al-Hakem, la Sultana madre le nombró wazir y le asoció al hajib Moshafi en la gobernacion del Estado.

En 977 sentó plaza—si se nos permite lo vulgar de la expresion—de general. Tomó el mando del ejército, y en dos brillantes campañas obligó á los cristianos del Norte de la Península á solicitar la paz. Sus triunfos, el crédito que como militar alcanzó en el ejército, y su privanza con la Sultana le elevaron al supremo cargo de generalísimo de las tropas del Califa *(Dhu-l-Vizaratain)* y jefe superior de la administracion general, civil y militar. En el año siguiente ascendió al puesto de *Hajib* (primer ministro ó mejor dicho ministro universal).

Á partir de esta época, el nombre de Almanzor llenó la España entera y sus provincias de la Mauritania. Cincuenta campañas consecutivas, todas victoriosas y sin sufrir el menor descalabro, extendieron su fama de general invencible por los pueblos de Oriente y Occidente. En los años que mediaron entre el 977 y el 1002 hizo toda la España tributaria de Córdoba...... Galicia y el sepulcro del Apóstol; Asturias y Covadonga, el arca santa que guarda la cruz y la espada de Pelayo; Leon y su capital cerrada con un muro de veinte piés de espesor; el indomable condado de Castilla; la Lusi-

(1) Ben-Adhari.

tania cristiana; Navarra y sus recios montañeses; Cataluña, feudo á la sazon de los reyes francos; todos los reinos, en fin, Estados y grandes señoríos de la España cristiana fueron vencidos y aherrojados (1) por el genio y la fortuna de aquel gran capitan y no ménos grande hombre de Estado. Los luctuosos tiempos de Tarik y de Musa (2) renacieron para ella; la raza española, subyugada por la musulmana, estuvo á punto de desaparecer, vencida en el terreno de la fuerza, en el de la civilizacion y en todas partes ménos en el tabernáculo de su fé religiosa, donde se refugiára, trabajando infatigable y heróica en la formacion de su verdadera nacionalidad.

Esa obra tan extraordinaria, cuyo conjunto nos asombra y cuyos precisos detalles no caben en este estudio sumario, fué acometida y realizada por un solo hombre, sin más auxiliares que su audacia sin ejemplo y su inteligencia de primer órden. Almanzor labró simultáneamente su fortuna y la del pueblo que engrandeció, y del cual era amado y aborrecido, temido y reverenciado al mismo tiempo. Ejerciendo todos los cargos públicos de más alta significacion, y reuniendo en su mano toda la autoridad y fuerza civil y militar del imperio, si no fué califa, porque no podia ser iman supremo, fué rey de hecho bajo el nombre de co-regente con la Sultana madre, durante la menor edad de Hixem II; menor edad que

(1) «En este tiempo, dice el Monje de Silos, cap. LXXII, el culto divino fué destruido en España; la gloria de los servidores de Cristo enteramente humillada, y saqueados todos los tesoros que la Iglesia reuniera durante los siglos.»

(2) Ambrosio de Morales, con referencia á los obispos Lúcas de Tuy y Rodrigo de Toledo, dice: «Tenía el rey don Bermudo grande ánimo, pues habiéndosele tomado todo el reino de Leon, y sucedido la mayor pérdida que desde el rey don Rodrigo hasta ahora se habia visto, etc.» *Crónica general de España*, lib. XVII, cap. XXVI.

prolongaron su madre y ministros durante toda la larga vida de aquel desgraciado príncipe. No hay que decir si sus amigos serian muchos ni sería posible contar el número de sus enemigos. Á aquéllos los colmaba de beneficios, manteniéndolos sujetos á su voluntad de hierro; á éstos oprimia bajo su despótica planta, ejerciendo con ellos actos de crueldad y venganza, de tal naturaleza, que la pluma se resiste á trazarlos. De la firmeza de su carácter da exacta medida la siguiente anécdota que refiere Al-Makkari: «Cierto dia se hizo cauterizar una llaga que tenía en un pié, en ocasion de hallarse presidiendo el Consejo de Estado. Los consejeros presentes no tuvieron conocimiento de la operacion hasta que percibieron el olor de la carne quemada.»

Decidido protector de las letras y de los sábios que las cultivaban, no lo fué ménos de los intereses materiales del país, que continuaron, bajo su gobierno, marchando por el camino que les abriera la grandeza de Abderahman III y la sabiduría de Al-Hakem II. El imperio de la justicia fué tambien objeto predilecto de su solicitud. En 978, ejerciendo las funciones de gobernador de Córdoba, mandó azotar públicamente á uno de sus hijos, que habia cometido un acto de ruin maldad, con lo cual restableció el órden en la capital, teatro hasta entónces de todo género de escándalos, alentados por la impunidad en que vivian los malhechores, libertinos y meretrices.

Sin embargo, á fuer de hábil político ó poco escrupuloso cuando las circunstancias lo exigian, sabía mostrarse dúctil y áun hacer el sacrificio de sus opiniones particulares á trueque de granjearse el aura popular. Por ejemplo, habiendo llegado á su noticia que la clase media y el pueblo de Córdoba, dirigidos por los ulemas y faquíes, le acusaban de musulman tibio y de profesar en secreto opiniones filosófi-

cas de más que dudosa ortodoxia—en lo cual sus acusadores acaso no iban del todo descaminados—resolvió rehabilitarse á toda costa á los ojos de la muchedumbre fanatizada. Al efecto, convocó á los doctores y ulemas más respetados como teólogos y más señalados por su ortodoxia, y les manifestó que, con deseo de atajar los progresos que en daño del islamismo hacian en España las ciencias especulativas, habia resuelto prohibir su enseñanza en las escuelas, y, lo que es más, destruir todos los libros referentes á ellas que pudiera haber á la mano. Esto declarado, los condujo á la magnífica biblioteca de Al-Hakem, y les encargó que hicieran el espurgo de la misma. No es necesario ponderar la actividad y celo desplegado por aquellos fanáticos en la ejecucion de la vandálica obra que les fuera encomendada. Todos los libros que, en gran número, encontraron en ella que trataban de ciencias prohibidas por la religion, sin excluir los ejemplares de las obras de Platon, de Sócrates, de Aristóteles y hasta los tratados de astronomía, fueron bárbaramente arrojados al fuego; y, á fin de manifestar su ardiente celo por la pureza del dogma islamita, Almanzor quemó algunos de ellos por sus propias manos (1), ignorando, sin duda, que arrojaba al fuego algo más que libros y manuscritos.... Arrojaba todo el porvenir de su raza y de un gran pueblo.

No obstante, las crónicas están contextes en decir que durante su vida mostróse siempre celoso protector de los hombres de letras, á las cuales él mismo no era ageno; y que las puertas de su palacio de Zahira estaban francas para to-

(1) Zaid de Toledo, *Tabacat-al-Oman*, fól. 246 r. y v.; Ben-Adhari, tom. II, pág. 319; Makkari, tom. I, pág. 136, segun Dozy. Este suceso rehabilita la memoria del cardenal Jimenez de Cisneros, acusado injustamente de haber destruido los tesoros de la literatura árabe.

do aquel que se conceptuaba con mérito suficiente para penetrar en él. Verdad es que estos eran, en su inmensa mayoría, poetas, trovadores y genealogistas, á quienes colmaba de dones, considerándolos como objetos de lujo que ayudaban á realzar su grandeza.

El secreto de la fortuna de Almanzor hay que buscarlo principalmente en su genio militar y en la organizacion que dió á las tropas musulmanas. Queriendo hacer de España la primera potencia europea, comprendió que no podria realizar su propósito sino en cuanto lograse crear en ella el primer ejército del mundo. Hasta su tiempo la organizacion militar del califato fué por demás defectuosa; el elemento árabe que dominaba en ella imposibilitaba su desarrollo y disciplina, y era, además, el mayor obstáculo á las ambiciosas miras del poderoso *hajib*. Ben-abi-Amer necesitaba un verdadero ejército que fuese completamente adicto á su persona, un ejército de Almanzor y no del califa Hixem; y como no podia formarlo con los hombres del país, hubo de reclutarlo en el extranjero, es decir, en la España cristiana y en la Mauritania. La España árabe con su division en tribus, sus banderas de distritos y ciudades, y sus *gums* (divisiones) al mando de sus respectivos jeques, daba pocos soldados al ejército del Califa; y por más que éste pudiera disponer de cierto número de soldados en cada division y de las tropas de las fronteras, reputadas como las mejores, estas fuerzas no formaban parte del ejército permanente; y además la costumbre, que hacía ley, no autorizaba la reunion sino en momentos supremos, pasados los cuales se disolvian con más facilidad que se habian reunido. Por último, el ejército permanente, propiamente dicho, era muy reducido en número; tanto que se contaban en él sólo cinco mil ginetes, por más que en aquel tiempo la caballería fuese el arma que decidia las batallas.

Estas consideraciones, pues, sirvieron de pretexto á Almanzor para organizar el ejército sobre nuevas bases que le pusieran en aptitud de servir á los fines de su ambicion.

Un acontecimiento, feliz para él y fatal para la España sábia, vino en mal hora á favorecer su plan. En el año 979 Bologuin, rey de África, invadió la Mauritania española y obligó á los príncipes y jeques feudatarios de Córdoba á refugiarse en territorio de Ceuta, donde el vencedor los mantuvo tan estrechamente bloqueados, que hasta llegaron á faltarles las subsistencias. Noticioso del suceso, Almanzor escribió á Chafar, príncipe de Zab, y caudillo de los vencidos, ofreciéndole honores y crecidas recompensas á los berberiscos que viniesen á España á servir bajo sus órdenes. Los mauritanos aceptaron gozosos el partido y cruzaron el Estrecho en crecida muchedumbre. Cuenta Ben-Adhari, que cuando los africanos llegaron á España estaban cubiertos de harapos, mal armados y montados en malos caballejos y escuálidos matalones; pero que al poco tiempo veíaseles pasear las calles de la capital ginetes en corceles arrogantes, cubiertos de lujosas vestiduras y hospedados en palacios tan magníficos como ni en sueños se los pudieran imaginar; tan expléndido habíase manifestado con ellos Ben-Abi-Amer (1).

(1) Cuenta Al-Makkari que un dia que pasaba revista á sus soldados, un capitan berberisco, llamado Wanzemar, salió de la fila y le dijo en árabe apénas inteligible:—Señor, dame, te ruego, una vivienda, si es que no quieres que duerma al raso.—Cómo, Wanzemar, le respondió Almanzor, ¿no tienes yá la gran casa que te dí?—Me has arrojado de ella, señor; me has arrojado á fuerza de beneficios. Me diste tantas tierras, y éstas me han dado tanto trigo, que con él he llenado mi casa hasta el punto de no tener donde sentarme. Acaso me dirás que si tanto trigo me estorba, puedo muy bien arrojar una parte por la ventana; pero recuerda, señor, que soy berberisco, es decir, un hombre que hasta ahora ha vivido en la miseria y que se

Al mismo tiempo que el África la España cristiana le proporcionó excelentes soldados, mucho más robustos y disciplinados que los musulmanes. Los leoneses, castellanos y navarros, que en aquellos tiempos tenian reyes y territorios, pero que todavía no tenian patria en el sentido que damos actualmente á esta palabra, seducidos por lo crecido de la paga acudian en gran número á alistarse bajo sus banderas. El cronicon de Pelayo, obispo de Oviedo, que trata de los sucesos de aquellos tiempos, que fueron los suyos, dice (cap. III): «Los pecados de Bermudo y de su pueblo fueron causa de que el rey Almanzor, con su hijo Abdelmelik, y *algunos Condes cristianos* que se hallaban desterrados, dispusiesen venir á destruir y despoblar el reino de Leon.» Con estos auxiliares usaba Almanzor tanta benevolencia, y los trataba con tan distinguida consideracion, que llegó á hacerse amar de ellos con entusiasmo. Por complacerlos y mantenerlos en su devocion dió una órden general á su ejército mandando que el domingo fuese considerado como dia de fiesta para todos sus soldados musulmanes ó judíos; y, segun atestigua el Monje de Silos (cap. LXX), siempre que acontecia alguna diferencia entre un cristiano y un musulman daba sentencia en fa-

ha visto muchas veces en peligro de morir de hambre, y harto debes comprender que un hombre de esta clase, ántes de desperdiciar un grano de trigo se mira mucho en ello.—No diré, respondió Almanzor, que eres un orador elocuente, pero sí afirmo que tu lenguaje es más discreto y persuasivo que el de mis sabios académicos; y, dirigiéndose á los oficiales superiores de su escolta que le rodeaban y que habian prorumpido en estrepitosas carcajadas oyendo hablar al berberisco, continuó:—Así es como se da testimonio de agradecimiento; así se alcanzan nuevos favores. Ese hombre que os provoca á risa vale más que vosotros, lindos y eruditos habladores; no olvida los beneficios que recibe, ni pide sin cesar como lo haceis vosotros. En el acto hizo donacion á Wanzemar de un magnífico palacio.

vor del primero: así es que los cristianos le eran tanto ó más adictos que los berberiscos. Unos y otros eran, por decirlo así, propiedad particular suya; y, aunque del tesoro público recibian la paga, no al Estado, sino á Ben-abi-Amer era á quien servian realmente. Debiéndole á él su importancia y su fortuna á él solo obedecian y eran en sus manos instrumentos dóciles contra quien quiera que los dirigiese.

Simultáneamente con la preponderancia que daba á los extranjeros en el ejército, removia profundamente las bases de la organizacion de las tropas españolas. Desde tiempos anteriores á la conquista de la península Ibérica, las tribus, con sus peculiares divisiones y subdivisiones, formaban otros tantos regimientos, batallones y compañías,—si se nos permite la novedad de la frase—mandado cada grupo por el jefe que ellos llamaban natural. Almanzor abolió tan defectuosa organizacion, mandando incorporar los árabes en los regimientos sin tener en cuenta su tribu ni su procedencia. Un siglo ántes, cuando la raza árabe se encontraba en pleno goce de sus privilegios, semejante medida hubiera provocado una sublevacion general; en este á que nos referimos, pudo llevarse á cabo sin obstáculo y sin ruidosas protestas: tanto habia hecho cambiar los tiempos la sábia política de Al-Haken y su padre. Almanzor, pues, si no tuvo el mérito de la iniciativa, tuvo el de haber dado cima al trabajo de asimilacion que Abderahman el *Grande* y su sucesor habian emprendido no muchos años ántes, con el consentimiento de la nacion y de acuerdo con el espíritu de su siglo.

Con este ejército tan hábil y superiormente organizado para unos tiempos en que hasta la palabra era desconocida, nada, salvo sentarse en el trono, fué imposible para el genio de Almanzor; de quien dice uno de sus historiadores modernos «que si los medios que empleó para alcanzar el

poder supremo merecen la más severa censura, es de justicia confesar que, una vez dueño de él, supo ejercerlo con nobleza. Si el destino le hubiese hecho nacer sobre las gradas del trono, es posible que la historia nada tuviera de qué acusarle; acaso hubiera sido uno de los príncipes de más gratos recuerdos para la humanidad; pero habiendo nacido en pobre aunque hidalga cuna, vióse en la necesidad de luchar contra el sinnúmero de obstáculos que se levantaban en el camino que le trazára su generosa ambicion, no siendo siempre dueño de elegir los medios honrosos y legítimos para vencer. En suma fué, bajo muchos conceptos, un grande hombre, á quien, por poco que se respeten los principios de la moral eterna, no es posible amar y es difícil admirar.»

En la primavera del año 1002, Almanzor, tocando yá en el ocaso de su vida, pero todavía en el apogeo de su encumbrada grandeza, emprendió su última expedicion guerrera contra los cristianos del Norte de la Península. Ésta fué no ménos afortunada que todas las precedentes, llegando con su victorioso ejército, á través de Castilla, hasta el pueblo de Canales (1), y saqueando á su paso el monasterio de San Millan de la Cogulla, santo patrono de Castilla, como cinco años ántes habia saqueado la iglesia de Santiago de Galicia. Á su regreso sintió agravarse la enfermedad que desde tiempo atrás padecia, en términos que, no pudiendo mantenerse á caballo, dispuso que le condujeran en litera. La violencia de sus dolores le hacía exclamar: «¡Veinte mil soldados siguen mi bandera y entre todos ellos no se encontrará un hombre más miserable que yo!»

En este estado, y caminando á jornadas cortas, llegó en catorce dias á Medina-Cœli. Allí, viendo acercarse su última

(1) Canales de la Sierra, en la provincia de Logroño.

hora, convocó al pié de su lecho de muerte á todos los jefes superiores del ejército, y se despidió de ellos más bien con la mirada que con la palabra. Poco tiempo despues, en la noche del 10 de Agosto de 1002, espiró en los brazos de algunos de sus generales. Su cuerpo fué sepultado envuelto en un sudario que sus hijas habian cosido, y cuya tela comprára con dinero procedente de la renta que le producia el pequeño patrimonio que le dejára su padre al morir; dinero que Almanzor consideraba limpio de toda mancha, á diferencia de las inmensas riquezas que habia atesorado durante su larga vida política. La tierra con que cubrieron su cadáver fué el polvo que recogian sus vestidos sobre los campos de batalla, y que de regreso á su tienda mandaba guardar en una caja con el fin indicado.

Sobre su sepulcro pusiéronse los siguientes versos:

> «La memoria que ha dejado sobre la tierra te enseñará á conocerle con tanta verdad como si le vieras con tus mismos ojos.
>
> »¡Por Allah! los siglos no producirán otro hombre semejante, ni quien como él sepa defender nuestras fronteras» (1).

Estos versos han sido interpretados por don Leandro Fernandez de Moratin (2) de la siguiente manera:

No existe yá, pero quedó en el orbe
Tanta memoria de sus altos hechos,
Que podrás, admirado, conocerle
Cual si le vieras hoy presente y vivo:

(1) Al-Makkari, tom. I, pág. 259.
(2) Condé, tom. I, cap. CII.

Tal fué, que nunca en sucesion eterna
Darán los siglos adalid segundo
Que así, venciendo en guerras, el imperio
Del pueblo de Ismael acrezca y guarde.

Un cronicon latino, el *Burgense,* le pone muy distinto epitafio. «Año 1002, dice, murió Almanzor y fué sepultado en el infierno.» Los *Anales Compostelanos* se limitan á decir: *En la era MXL murió Almanzor.* La crónica de Pelayo, obispo de Oviedo, que trata de los sucesos de su tiempo y termina á la muerte de Alfonso VI, nada dice acerca de la de Almanzor; finalmente, el cronicon Iriense, antiguo códice de la iglesia de Compostela, llama á Almanzor *gran rey de los ismaelitas:* verdad es que termina ántes de la destruccion de la ciudad de Santiago.

Es muy de notar que ni en las crónicas latinas de aquellos tiempos, ni en los historiadores árabes, se encuentra noticia alguna que haga referencia á la batalla de Calatañazor, donde, segun los cronistas posteriores, Almanzor fué vencido por primera vez, muriendo despechado de resultas de la derrota.

La muerte de Almanzor señaló el principio del fin del poderoso imperio musulman de España. Acaso él, ántes que otro alguno y con mejor conocimiento de causa, lo sabía; por eso sus últimos dias fueron por demás angustiosos, á impulsos de la doble corriente de acerbos dolores que le atormentaban, ó sean sus padecimientos físicos y los tristes presentimientos que acongojaban su ánimo respecto al porvenir que el destino tenía reservado á su familia, á sus amigos y á la obra que con su genio habia realizado en España. Harto sabía que sólo sus robustos hombros podian sustentar el enorme

peso de aquella situacion política y militar. Sabía tambien que el principio de unidad nacional y de razas, vigorosamente impulsado por Abderahman III, no estaba todavía consolidado por falta de tiempo y porque el medio empleado era antipático á la nacion por ser extranjero y revestir un carácter repugnante á la altivez hispano-arábiga, que se sublevaba contra la condicion servil de los eslavos y eunucos, que aspiraban á ser sus señores, y contra el carácter semibárbaro de los africanos, rudos é ignorantes soldados, buenos tan sólo para la guerra; y sabía, finalmente, que la aristocracia árabe le detestaba y execraba su política; que la familia omiada y los cortesanos, dirigidos por la Sultana madre, conspiraban contra su exuberante poder, y que el pueblo musulman y cristiano le hacía responsable de la humillante esclavitud en que vivia el soberano legítimo y de todos los desmanes de los hombres de su partido. Así es que presentia, con sobrada razon, que el anuncio de su fallecimiento sería la señal de una imponente sublevacion en Córdoba, que arrebataria el poder de manos de su familia: suceso que intentó conjurar dejando en Medina-Cœli el mando del ejército á su hijo Abderahman, y enviando á la capital á su primogénito Abdelmelic con instrucciones para apoderarse del gobierno y combatir enérgicamente todo conato de sublevacion.

Poco tardaron en verse realizados sus tristes presentimientos. No bien hubo llegado Abdelmelic á Córdoba, estalló la insurreccion popular, dirigida por la nobleza. El pueblo pidió que el Califa gobernase por sí mismo; mas Hixem, aconsejado por su madre—que poco tiempo despues murió, segun Conde—y por las hechuras de Almanzor, mandó decir á la muchedumbre sublevada que, no sintiéndose con fuerzas para llevar la pesada carga del gobierno, persistia en vivir tranquilo alejado de los negocios públicos, cuya direccion confia-

ba gustoso á Abdelmelic al-Mudafar, con cargo de primer ministro y la misma autoridad que tuviera su padre Almanzor. El pueblo no se dió por satisfecho y fué necesario recurrir á las armas para hacerle renunciar á sus propósitos. Á partir de este dia el órden no volvió á alterarse en Córdoba, ni áun con ocasion de la muerte dada en la plaza pública á un nieto de Abderahman III, llamado Hixem, acusado de conspiracion contra la vida del primer ministro (Diciembre de 1006).

Al-Mudafar gobernó el Estado con la misma energía y grandeza de miras que su padre (1); continuó la obra del avasallamiento de la España cristiana, y durante los contados años de su gobierno la prosperidad del país se hizo tan notoria, que el historiador Ben-al-Abbar dice que aquellos tiempos fueron la edad de oro del califato de Córdoba.

En el mes de Octubre de 1008 falleció, díjose que envenenado, el hijo primogénito de Almanzor. El partido alamerí, fuerte como nunca, y la camarilla de palacio, inclinaron el ánimo del inepto Califa para que elevase á la presidencia del Consejo al hermano de Mudafar, el jóven Abderahman, apellidado *Sanchol* (2); hombre que por su carácter ligero y su amor á los placeres era el ménos apropósito para gobernar la sociedad musulmana que habian formado el fastuoso despotismo de Abderahman III, la cultura científica y lite-

(1) «Á su padre Almanzor sucedió en el gobierno del reino de Córdoba Abdulmelic, llamado Almodafar por comun sobrenombre, y tuvo el gobierno seis años y ocho meses, *de la misma manera que su padre lo habia tenido*.—Don Rodrigo de Toledo, *Hist. de los alárabes*.»

(2) Así le llaman las crónicas árabes; las latinas (don Rodrigo de Toledo) le llaman *Santillo* ó *Sanchillo*, que hoy diríamos *Sanchuelo*. El orígen de este nombre fué, segun Dozy, el haber sido su madre una infanta cristiana, hija de un Sancho, conde de Castilla, ó de un rey de Navarra del mismo nombre.

raria de Alakem II y las espléndidas victorias de Almanzor.

No era yá aquel pueblo la raza sobria, batalladora, que decia que *el camino del Paraiso se encuentra á la sombra de las espadas cruzadas,* ni la raza celosa hasta la exageracion de sù libertad, costumbres y tradiciones de otros tiempos. La opulencia de la Córte, el fausto de las grandes familias, mil y mil fortunas improvisadas, la costumbre de vencer todos sus enemigos extranjeros, las interminables disputas de las sectas filosóficas y religiosas, el combate á muerte empeñado entre la ciencia y el fanatismo y la ignorancia, las enconadas luchas de los partidos amerí, eslavo y africano, con la aristocracia andaluza, con el elemento español y con el pueblo, que aspiraba á conquistar derechos cuya necesidad sentia, pero cuyo carácter no podia precisar, habian creado una situacion política y social tanto más extraordinaria cuanto que era completamente nueva en aquella nacion compuesta de razas antagónicas entre sí como lo eran la española, la árabe, la eslava y la africana, unidas artificialmente por las manos poderosas que mantuvieron encadenada la fortuna durante cien años á su carro triunfal. El peso y gobierno de esta situacion política era muy superior á las fuerzas del jóven é inexperto ministro, más dado por temperamento y educacion á los placeres de la mesa y del harem que á los graves cuidados de la pública administracion. Antipático á la vieja aristocracia por la ligereza de su carácter y lo bastardo de su orígen, y no sabiendo hacerse amar del pueblo como su hermano Mudhafar se hizo amar, ni temer como su padre el grande Almanzor, el nuevo hajib, Abderahman, mostróse, sin embargo, infinitamente más ambicioso que aquéllos, arrancando por la fuerza y la seduccion al débil Califa un decreto en que le declaraba heredero del trono (Febrero de 1009). No bien fué conocido, estalló en Córdoba una sublevacion

acaudillada por un príncipe de la familia omiada, llamado Mohamed, hijo de aquel Hixem nieto de Abderahman III, ajusticiado en Diciembre de 1006, por conspirador contra la vida del ministro Mudhafar.

Más afortunado que su padre, Mohamed triunfó y se apoderó del gobierno y de la persona del hajib Abderahman, á á quien hizo dar muerte cruel (Marzo de 1009). El partido andaluz entusiasmado pidió la destitucion de los ameridas y la expulsion de los africanos; y satisfecho su deseo dió á Mahomed el título de *Mahadí* (guiado por Dios). Tres meses despues dos sublevaciones casi simultáneas, la una popular y la otra militar, destituyeron al Mahadí y proclamaron á Solaiman, príncipe omiada sobrino de Hixem, quien se apoyó en los africanos para conquistar un trono que yá pertenecia á los motines populares ó á la soldadesca indisciplinada.

Á partir de aquel dia, y durante los veintidos años que todavía subsistió el califato de Córdoba, la historia de la nacion hispano-musulmana fué la de un pueblo demente entregado á todos los horrores de la anarquía. En tan breve espacio de tiempo sucediéronse diez titulados califas, de los cuales ocho murieron asesinados. Medina-Zahara y su mirífico palacio, fastuosas fundaciones de Abderahman el Grande, fueron incendiados, destruidos, y sus habitantes pasados al filo de la espada por los africanos. Córdoba, la sultana de Occidente, que durante una larga serie de años fuera respetada y admirada por el mundo entónces conocido, y que mantúvo encadenada la España entera y una parte del África al carro de su fortuna, vióse muchas veces sitiada, entrada por fuerza de armas y saqueada unas veces por los berberiscos y otras por los castellanos y catalanes, llamados en auxilio de los bandos que se disputaban el poder. Finalmente, aquel vasto imperio fundado en 756 por el *halcon de los korai-*

xíes, elevado al apogeo de la mayor grandeza por Abderahman III, en 932, y dilatado desde los Pirineos hasta las faldas del Atlas, en 1008, por Almanzor y Mudhafar; en 1031, esto es, veintitres años despues de la muerte del primogénito y sucesor del poderoso hajib, veíase reducido á la sola ciudad de Córdoba, y ésta convertida en desmelenada bacante ó impúdica meretriz, despues de haber sido durante más de un siglo la opulenta reina de Occidente.

Rara coincidencia; el mismo espacio de tiempo próximamente medió entre la virilidad y la decrepitud del imperio visigodo en España. Causas análogas suelen producir efectos semejantes. Godos arrianos y godos católicos, pero todos ellos extranjeros, hicieron posible con sus enconadas rivalidades la entrada de los musulmanes en España en 714; eslavos y africanos, musulmanes y extranjeros tambien en nuestro suelo, destruyeron con los excesos de su desapoderada ambicion el imperio omiada español y pusieron la península Ibérica á la merced de los rudos almoravides y almohades. Pero no anticipemos los acontecimientos; á bien que vamos á verlos caminar con vertiginosa rapidez, siendo el principal teatro de los sucesos la ciudad de Sevilla.

Mas ántes de volver toda nuestra atencion hácia la rival de Córdoba y heredera de una parte de su grandeza, bosquejemos rápidamente el triste cuadro de los últimos dias del califato de Occidente.

En 1016, el anti-califa Solaiman, hechura, ó, mejor dirémos, instrumento de los africanos, habia llegado á hacerse tan despreciable entre sus mismos defensores, por su carácter tímido y su carencia de dotes militares,—única prenda que podian estimar aquellos rudos soldados,—que los partidos andaluz y eslavo se atrevieron á levantar la bandera de la insurreccion, y ofrecieron el trono á un general llamado

Alí ben-Hammud El-Edrisi, gobernador á la sazon del territorio de Ceuta y de Tánger. Aceptó el agraciado, y en el mes de Mayo ó Junio de aquel año desembarcó en Málaga. Reuniéronsele sus parciales y con ellos marchó sobre Córdoba, donde entró y fué proclamado el dia 1.º de Julio.

Alí, fundador de la dinastía hammudita, que dió una corta serie de reyes á Andalucía, descendia del yerno del profeta Mahoma, y era, en tal virtud, árabe de orígen; pero su familia, establecida dos siglos hacía en África, habíase acostumbrado á los usos de aquel país lo muy bastante para hacerse aceptable á los berberiscos de España. Los primeros actos de su reinado fueron el nombramiento de su hermano Casim para el gobierno de Sevilla; de su primogénito Yahya para el de Ceuta y Tánger, y mandar procesar y condenar á muerte al anti-califa Solaiman, acusado de haber hecho morir al verdadero califa Hixem II. La popularidad que se granjeó en Córdoba con estas medidas, desapareció muy en breve á resultas de su torpe ó desacertada conducta política. Un año y nueve meses despues de su proclamacion murió asesinado en el baño (17 de Abril de 1018).

Los berberiscos se dividieron acerca de nombrar un nuevo califa. Querian los unos dar el trono á Yahya, y los otros á Casim, gobernador de Sevilla. Prevaleció la opinion de estos últimos, y seis dias despues de la muerte de Alí, su hermano entraba en Córdoba y tomaba posesion del trono. El partido africano hízose dueño de la situacion; mas fué por poco tiempo. La insolencia é insaciable codicia de aquella indisciplinable soldadesca obligaron á Casim á echarse en brazos del partido andaluz. Irritados los berberiscos ofrecieron sus espadas á Yahya, quien les contestó en los siguientes términos: «Mí tio me ha usurpado mi herencia y á vosotros os ha despojado de las riquezas, honores y empleos que os corres-

ponden. Pues bien; si quereis darme el trono de mi padre yo os devolveré todo aquello de que habeis sido despojados.» Bastó este cambio de recíprocos ofrecimientos para provocar una rebelion militar que depuso á Casim y le obligó á huir de Córdoba en la noche del 11 al 12 de Agosto de 1021. El destronado Califa se dirigió á Sevilla acompañado de quinientos ginetes berberiscos. Un mes despues fué proclamado su sobrino en Córdoba. No más largo que el de su padre y de su tio fué el reinado de Yahya. Cansáronse muy luego de él los africanos y le obligaron á abdicar en Casim, que de Sevilla volvió á la capital en el mes de Febrero de 1023, siendo proclamado califa por segunda vez.

Seis meses despues, el pueblo de Córdoba, cansado de sufrir las insolencias de los africanos, la desastrosa inestabilidad de aquellos gobiernos y las fatales consecuencias de la interminable guerra que se hacian los príncipes hammuditas, se alzó en armas para librarse de tan odiosa dominacion. El dia 31 de Julio de aquel mismo año atacó á sus enemigos en las calles de la ciudad. Larga, porfiada y sangrienta fué la lucha; tanto, que de comun acuerdo los dos bandos la terminaron, sin que entre ellos hubiese vencedores ni vencidos. En su consecuencia, celebraron un armisticio que duró hasta el 6 de Setiembre, dia en que los cordobeses renovaron las hostilidades; pero esta vez con mejor fortuna que la primera, puesto que lograron expulsar á los africanos de la ciudad. Los vencidos se hicieron fuertes en un arrabal, y en él se mantuvieron, hasta que el 31 de Octubre un desesperado ataque de sus contrarios les obligó á huir á la desbandada; Casim ben-Hammud se retiró con las reliquias de su ejército hácia Sevilla, donde creia contar con un partido bastante numeroso y recursos suficientes para reconstituir su gobierno.

Los cordobeses recobraron su independencia; pero des-

graciadamente no supieron utilizarla en beneficio del comun. Desde la expulsion de Casim hasta el año 1027 proclamaron tres califas: Abderahman V, que murió asesinado; Mohamed, que tuvo que renunciar al trono, y Yahya, por segunda vez, á quien destituyeron nuevamente. Por último, en el mes de Mayo de aquel año (1027) el patriciado y el Consejo de Estado se convinieron en hacer un nuevo ensayo de monarquía omiada. Al efecto, proclamaron califa á un príncipe de aquella ilustre familia, llamado Hixem. Cinco años despues (Diciembre de 1031) le destituyeron y encerraron en un castillo. El mismo dia el Consejo de Estado dió un manifiesto al pueblo anunciando que quedaba abolido el califato para siempre; que aquel alto cuerpo, constituido en Senado, se encargaba del gobierno de la nacion, y que en uso de sus facultades confiaba el poder ejecutivo á su presidente Ben-Djahwar. El pueblo aplaudió todas aquellas medidas, esperando dias mejores á beneficio de cambio tan radical en sus instituciones políticas; y la aristocracia árabe se regocijó, creyendo que habia recobrado el poder de que la despojára el absolutismo de los omiadas.

La unidad del poder, tan laboriosa y difícilmente constituida por Abderahman y Almanzor, quedó rota para siempre; y el imperio de los califas absolutos de Occidente convertido en república gobernada por un Senado y un primer Cónsul. Mas esa república, planta doblemente exótica en la España monárquica y católica, y en la España musulmana formada por el despotismo oriental del siglo X, tuvo una existencia efímera encerrada dentro de los muros de la ciudad de Córdoba, de donde la expulsó algunos años despues el genio y la fortuna de los Benu-Abbad de Sevilla.

CAPÍTULO XIV.

Situacion de Sevilla en los primeros años de la desmembracion del Califato.—Orígen de los Benu-Abbad.—Ismail, fundador de la dinastía abbadita.—Cadiazgo de Abu-l-Casim ben-Abbad.—Sublevacion de Sevilla y expulsion de las tropas africanas.—Formacion de un gobierno provisional.—Abu-l-Casim ben-Abbad se apodera de la autoridad soberana.—Primeras conquistas de los sevillanos.—Sitio de Sevilla por los africanos.—Supuesta resurreccion y restauracion del califa Hixem II en Sevilla.—Derrota de los africanos por las tropas sevillanas, y muerte del califa Yahya.—Infructuosa tentativa de los sevillanos contra Córdoba.—Formidable alianza de los africanos contra Sevilla.—Desastre de un ejército sevillano en los campos de Écija.—Muerte de Abu-l-Casim ben Abbad.

La guerra civil que á la muerte del hajib Mudhafar encendió en Andalucía la desapoderada ambicion de los partidos amerida y africano, rompió los lazos de obediencia ó vasallaje que unieran las provincias al gobierno de Córdoba. Cada gobernador eslavo, africano ó árabe, convertido por el mayor de los errores políticos del grande Almanzor en señor feudal, hízose independiente en su Estado ó ciudad respectiva; de suerte que la autoridad de los titulados califas que se sucedieron desde que Hixem II *desapareció de la escena*, hasta la abolicion de la monarquía, sosteníase con dificultad

solamente en Córdoba, en Sevilla y en los distritos del Oeste. No hay que decir que aquella autoridad se ejercia sólo de nombre, y en cuanto no contrariase los intereses de la aristocracia árabe. Á estas circunstancias y á la naturaleza especial de la discordia civil que minaba los cimientos del trono de los califas de Occidente debió Sevilla, donde los partidos que se formaron en Córdoba no tenian apénas representacion, la paz que disfrutó durante aquellos aciagos dias, hasta el año 1023, en que, á resultas de la sublevacion que destronó á Casim ben-Hammud-al-Mamun, este príncipe trató de reinstalar su gobierno en Sevilla, donde residian dos hijos suyos y contaba con un cuerpo de tropas berberiscas, mandadas por el general Mohamad ben-Ziri, de la tribu de Iforen.

Era á la sazon cadí—alcalde, y así le llamarémos en lo sucesivo, por más que estos funcionarios tuviesen entre los árabes españoles mayores atribuciones y más lata jurisdiccion de la que ejercen en nuestros dias—Abu-l-Casim Mohamed ben-Abbas, jefe de la familia de este nombre que tanta celebridad alcanzó en los últimos años de la dominacion árabe. En este concepto, pues, vamos á consagrarle algunas líneas que den á conocer su orígen y las vicisitudes de la fortuna que la condujo á fundar una dinastía de verdaderos reyes en Sevilla, convertida por ellos, despues de la disolucion del califato de Córdoba, en capital de la España musulmana, y en centro de la civilizacion que en aquellos tiempos caminaba rápidamente á su ocaso.

Los abbaditas eran originarios de la tribu yemaní de Lakham, establecida en Arich, sobre la frontera del Egipto y de la Siria, en el distrito de Emesa. Itaf, hijo de Noaim, fué el primero de sus indivíduos que se avecindó en España, entrando en Andalucía con los siriacos de Baleg, en el año 741, en cuyo ejército mandaba una division de voluntarios de

Emesa. En la distribucion que de los terrenos de dominio público hizo á aquellos rapaces aventureros el amir Abu-l-Katar, señalóse, como es sabido, á las tropas de Emesa el distrito de Sevilla: en tal virtud, el jeque Itaf establecióse con su familia en el pueblecito de Jaumin, cora de Tocina, jurisdiccion de Sevilla, orillas del Guadalquivir (1). Siete generaciones de hombres honrados, laboriosos y económicos sacaron de la oscuridad á aquella familia, la enriquecieron y le dieron tanta importancia, que en los últimos tiempos del explendor del Califato, Ismail, padre del alcalde Mohamed ben-Abbas, alcanzó suficiente autoridad y consideracion en Sevilla para que le fuese permitido hacer inscribir su nombre entre el de las familias de la más rancia nobleza. Este Ismail fué á la vez teólogo, jurisconsulto y comandante de un regimiento de caballería de la guardia de Hixem II; iman de la mezquita mayor de Córdoba, y, por último, en los albores de la guerra civil, habiendo regresado á Sevilla, fué nombrado alcalde. Sus riquezas fueron inmensas, en parte heredadas y en parte adquiridas honradamente, apesar de la venalidad y corrupcion de los tiempos en que vivió. Cuentan sus biógrafos que jamás admitió merced, donacion ó agasajo del Califa ni de sus ministros, y que en este rasgo de integridad se cimentaba la fama que tenía de ciudadano probo y respetable como el que más entre los musulmanes árabes y españoles. Su casa, que en los tiempos de paz era el centro donde se reunian los sabios que residian ó visitaban á Sevilla, en los de la civil contienda fué el asilo de los caballeros desterrados de Córdoba y de todos los pueblos donde la enconada lucha de los partidos hacía imposible la vida para los hombres pacíficos. Su rectitud, en fin, su libera-

(1) Dozy y Conde concuerdan en estos detalles.

lidad y su mucha ilustracion granjeáronle el dictado de *hombre el más noble de todo el Occidente.* Colmado de bendiciones, amado y respetado de cuantos le conocian, Ismail ben-Abbas bajó al sepulcro en 1019, dejando por heredero de su nombre, fortuna é ilustracion á su hijo primogénito Mohamed.

Abu-l-Casim Mohamed estaba dotado de cualidades las más convenientes para gobernar una gran ciudad como la de Sevilla, en aquellos tiempos de profunda perturbacion política y completo desconcierto social. Su honrado padre hubiera, acaso, acometido la empresa, pero de seguro hubiese naufragado en ella. Hombre de talento superior; hábil político; ambicioso sin freno; buen capitan; inmensamente rico, tanto que poseia la tercera parte del territorio sevillano; sagaz, avisado, conocedor de los hombres y de la época en que estaba llamado á representar uno de los primeros papeles, Abu-l-Casim, repetimos, apénas terminadas las exequias de su padre, pidió le fuese conferido el mismo cargo que aquél habia desempeñado en la Ciudad. La aristocracia se opuso á ello y dió sus sufragios á un noble que le inspiraba mayor confianza. Mohamed recurrió al soberano de Córdoba, y tan pródigo se mostró de promesas y áun de regalos, que alcanzó el nombramiento que ambicionaba. Cuatro años hacía que lo desempeñaba cuando estalló en Córdoba la sublevacion popular que destronó al califa Casim.

Éste, segun dijimos anteriormente, se propuso establecer su córte y gobierno en Sevilla. Al efecto ofició al alcalde, mandándole preparar mil casas en la Ciudad para alojar los soldados que le acompañaban. Semejante órden produjo gran descontento en los vecinos, para quienes era notorio que los berberiscos de Casim eran los más pobres entre todos los de su raza y tambien los más rapaces. El suceso de Cór-

doba les enseñaba cómo se podia resistir la dominacion de aquellas taifas; pero el temor á la guarnicion africana y á los hijos del Califa moderaba sus ímpetus de sublevacion contra la órden del príncipe fugitivo. Así las cosas, pidieron consejo al alcalde para obrar en aquellas difíciles circunstancias. Mohamed ofreció emplear su autoridad y valimiento á fin de librar á sus conciudadanos de la pesada carga que se les queria imponer. Al efecto tuvo una secreta conferencia con el general en jefe *(Amir-l-quevir)* de la guarnicion, Mohamed ben-Ziri (1), y en ella le sedujo pintándole con tan vivos colores la situacion del país entregado al desconcierto y á la anarquía, y la facilidad con que pudiera él alzarse con el señorío de Sevilla, de la misma manera que otros generales de su raza lo habian hecho en las provincias cuyo mando se les habia confiado; y, por último, le aseguró que, no teniendo nada que temer del destronado Califa, bastaríale pronunciar una palabra para que la poblacion en masa le reconociese por su señor. Ben-Ziri cayó en el lazo que le tendia el astuto alcalde, y prometió, no sólo no oponerse á la sublevacion de los sevillanos, sino que tambien unir sus tropas al pueblo para resistir á Casim ben-Hammud en el caso que intentase combatir la Ciudad. Yá seguro por este lado, Mohamed envió sin pérdida de tiempo un mensajero al jefe de los berberiscos de Carmona, ben-Abdallah, ofreciéndole celebrar una alianza ofensiva y defensiva contra el fugitivo Califa, con objeto de asegurar la independencia de las dos ciudades. Ben-Abdallah aceptó la proposicion, y en este sentido respondió por escrito al alcalde de Sevilla. Visto que contaban con medios suficientes de resistencia, los sevi-

(1) *Xafi*, segun R. Amador de los Rios; *Inscripciones Árabes de Sevilla*, y segun el *Memorial Histórico Español*, tom. III, pág. 415.

llanos se alzaron en armas, y unidos á la guarnicion constituyeron prisioneros en el alcázar á los hijos de Casim.

No mucho despues se presentó delante de los muros de Sevilla el Califa destronado. Negósele resueltamente la entrada; y como careciese de medios y de tiempo para emprender un sitio que se anunciaba de larga duracion, y que además la vida de sus hijos, constituidos en rehenes, corria el mayor peligro, negoció con los jefes de los sublevados un convenio, en virtud del cual le fueron devueltos sus hijos, y él se obligó á evacuar el territorio sevillano. Casim ben-Hammud marchó con sus tropas sobre Jerez, donde cayó en manos de Yahya, quien lo condujo prisionero á Málaga y lo encerró en una fortaleza, en la que permaneció hasta el año 1036, en que murió estrangulado por órden de su sobrino.

Libre Sevilla, merced á la hábil cautela de su alcalde, quedábale, sin embargo, un grave motivo de preocupacion. El general ben-Ziri exigia el cumplimiento de las promesas que se le habian hecho, y los berberiscos pedian el premio de su adhesion á la causa del pueblo. El vecindario en masa se negaba á tomar por señores aquellos rudos soldados, y se concertaba en secreto para expulsarlos de la Ciudad. El alcalde, que habia contado con esta resistencia, fomentaba el descontento público, hasta que un dia, agotada la paciencia de los unos y de los otros, recurrieron á las armas. Los berberiscos fueron vencidos y *salieron fugitivos de la Ciudad.*

El suceso de la sublevacion del pueblo de Sevilla contra la guarnicion berberisca, referido por Dozy—traduccion de Ben-Haiyan—con el laconismo indicado en las palabras que dejamos subrayadas, debió resolverse en una sangrienta refriega, cuando en ella murió el general en jefe de las tropas africanas, segun se refiere en una lápida de mármol blanco con inscripcion cúfica de resalte, encontrada en las escava-

ciones practicadas en 1851 en el solar que fué convento de San Francisco, de Sevilla. Esta incripcion, interpretada por D. Rodrigo Amador de los Rios (1), dice así:

...........Al Maleq. Al-Aâmery...........
—*sino Alláh, el único, no* (tiene) *compañero; y que Mahoma* (es) *su siervo y su enviado; y que el Paraiso*
—*y el fuego eterno* (son) *dogma; y que la hora* (del Juicio final) *ha de llegar, no* (hay) *duda en ello; y que Alláh hará levantar á los que* (están) *en la fuesa*
—(Este es el) *sepulcro del general en jefe, Xafi: Murió en la gracia de Alláh en Xatay-l-Guada manteniendo*
—*La alquería mencionada en la obediencia del príncipe de los creyentes Al-Mamun-Al-Casim.*
—*Y de la palabra de Alláh. Y esto* (sucedió) *el dia de chumaa* (viérnes) *doce dias por andar de la luna de dezu-l-caada* (Febrero) *del año cuatrocientos doce* (1022) *perdone Alláh sus culpas...........*

Esta inscripcion, con la cual se confirma el alzamiento de Sevilla en los dias del destronamiento del califa hammudita Al-Casim, da márgen á la duda acerca del lugar donde tuvo efecto la sublevacion contra los africanos: duda que se manifiesta en un artículo publicado con el epígrafe *Inscripcion Árabe de Sevilla,* en el *Memorial Histórico Español,* tom. III, pág. 411, atribuido por D. R. Amador de los Rios al Sr. D. Pascual Gayangos. Este sabio orientalista manifiesta que el suceso de la sublevacion y muerte del general en jefe debió ocurrir en un pueblo próximo á Sevilla, situado á orillas del Guadalquivir, ocupando *una y otra* orilla *del rio.* Funda su conjetura en que *caria* significa á la vez *pueblo, aldea, al-*

(1) *Inscripciones árabes de Sevilla.*

quería; que *xatay,* que es el dual en caso constructo de xáti, vale tanto como márgen, ribera, orilla de un rio, y, por último, que *al-Guada,* es el rio Guadalquivir ó rio Grande, como los árabes denominaban el Bétis. *Xatay al Guada* significaria, pues, la alquería ó *pueblo situado en la dos orillas del Guadalquivir.* Qué pueblo sea éste dice Gayangos que no ha podido averiguar su situacion por más que haya buscado su nombre en el repartimiento de Sevilla hecho por San Fernando.

Nosotros vamos á hacer una observacion, que si no resuelve de plano la duda, puede ayudar á esclarecerla. El suceso lo pone Dozy—segun Ben-Haiyan—en Sevilla; y Sevilla es el único pueblo que en todo el curso del Guadalquivir, desde Córdoba hasta su desembocadura en el mar, está situado sobre las dos orillas; Triana en la derecha, Ixbilia en la izquierda; y además que Sevilla y no otro pueblo alguno situado en las márgenes del Guadalquivir fué en aquella época, y con tal ocasion, cercado por los príncipes hammuditas.

Hecha esta aclaracion, reanudemos el hilo de la historia.

Alborozados con las victorias alcanzadas sobre el Califa intruso y sobre la guarnicion africana, el pueblo y la nobleza de Sevilla trataron de constituir formalmente su independencia. Al efecto reuniéronse los patricios para acordar lo más conveniénte á los intereses del comun; y tras largos debates decidieron elegir, para hacer frente á las necesidades del momento, algunos indivíduos caracterizados para formar un gobierno provisional. Al tiempo de discutir las personas que habian de formarle, suscitóse la cuestion de la posible vuelta de los hammuditas en número bastante para vengar su agravio en los principales autores de la sublevacion. Esto bastó para hacer enmudecer á los que con más ca-

lor abogaban por la independencia. Todos, en verdad, la deseaban; pero ninguno queria tomar sobre sí la responsabilidad de los sucesos, admitiendo la autoridad soberana del Estado. Tras largos debates, los patricios convinieron en dar el gobierno supremo al alcalde, contando con salir ellos bien librados en el caso de ocurrir una de estas dos contingencias: ó volvian los africanos y castigaban sólo en él la sublevacion, ó no volvian, y entónces ellos sabrian destituirle en el momento que lo estimasen conveniente.

En su consecuencia, ofrecieron á Mohamed-ben-Ismail-ben-Abbas el poder soberano; pero el agraciado era demasiado cauto para caer en tan torpe red. Conocia lo muy bastante á la orgullosa y exclusiva aristocracia árabe-sevillana para ignorar que si en aquellas circunstancias renunciaba al poder era con objeto de ganar tiempo y erguirse altiva el dia que el enemigo comun no estuviese en estado de esclavizarla; en su virtud, se negó á admitir el poder que se le queria confiar. Insistió el patriciado, unióse á él el pueblo, y de tal manera le asediaron entre todos, que al fin hubo de ceder; pero bajo las siguientes condiciones, que su natural sagacidad dictó: Primera, que se le facultase para elegir dos colegas que le ayudasen en el ejercicio del poder ejecutivo; segunda, que se constituyese un Senado con las personas que él designase; tercera, que se le autorizára para nombrar todos los empleados y funcionarios públicos, y cuarta, que se le diesen recursos para levantar un ejército. La aristocracia sevillana vióse cogida en sus propias redes, y por más que le repugnase suscribir á tales condiciones, que echaban sobre sus hombros todo el peso de la responsabilidad de los sucesos pasados y de los que pudiesen sobrevenir, en tanto que ponian la autoridad absoluta y no *responsable* en manos del alcalde, no le fué posible rechazarlas

visto que éste se negaba resueltamente á gobernar solo.

El hijo de Ismail-ben-Abbas dióse por colegas dos individuos de la más rancia nobleza, Hausani y ben-Hachach: eligió para componer el Consejo de Estado, ó Senado, á los jefes de las familias patricias más distinguidas, y nombró para los empleos públicos clientes y amigos suyos, entre otros á Mohamed ben-Yarim, de la tribu de Alhan, y á Abu-Becr-Zobaidi, célebre gramático y preceptor que fué de Hixem II (1). Una vez constituido el gobierno y administracion del Estado, pensó en organizar el ejército que necesitaba para realizar sus ambiciosos proyectos. Compró buen número de esclavos, á quienes hizo instruir en el manejo de las armas y en la táctica militar; formó nutridos batallones de voluntarios árabes, renegados y berberiscos, seducidos por la crecida paga que señalaba al soldado, y nombró para mandarlos jefes y oficiales de su entera confianza. Despues trató de hacer exclusivamente suyo aquel ejército, como suyo habia sabido hacer el gobierno. Al efecto, convencido de que el militar se aficiona á su general sobre los campos de batalla más bien que en la ociosidad de las guarniciones, emprendió una expedicion guerrera allende el Guadiana, llegando hasta Viseu, en Portugal. En esta correría tomó por asalto dos importantes fortalezas, llamadas Al-akhauen (Alafoens), defendidas por españoles cristianos, á quienes otorgó vidas y haciendas á condicion de que se incorporasen al ejército musulman sevillano en calidad de auxiliares asalariados.

De regreso á Sevilla, donde fué recibido con fiestas y públicos regocijos, dióse prisa á organizar una nueva expedicion militar; tarea en que le atajó la noticia de la próxi-

(1) Conde, *Hist. de los Árab.*, tom. II, pág. 7.

ma llegada sobre la Ciudad del califa Yahya ben-Alí y del señor de Carmona al frente de un numeroso ejército berberisco (1027). Este suceso, que la aristocracia árabe habia previsto en los dias de la declaracion de independencia de Sevilla, se realizaba al fin; pero con la diferencia que si en aquel entónces pensó que sus consecuencias alcanzarian sólo á los Beni-Abbas, ahora veia que á resultas de la sagaz política del alcalde la responsabilidad toda pesaba sobre ella. El terror se difundió en la Ciudad, y en esta ocasion, como en las anteriores, el vecindario acudió al alcalde pidiéndole que arbitrase los medios de librarle del peligro que le amenazaba. Mohamed ben-Abbas se ofreció á ello; mas como careciese de fuerzas suficientes para luchar con probabilidades de éxito contra el Califa, recurrió al medio político de enviarle una diputacion de notables que le ofreciese, en nombre de Sevilla, reconocer su soberanía, pagarle un crecido tributo y aprontar su contingente de guerra siempre que fuese requerida al efecto, con la sola condicion que las tropas berberiscas no entrasen en la Ciudad. Como este ofrecimiento realizaba el objeto de la expedicion sin derramar sangre, Yahya ben-Alí lo aceptó; mas pidió que se le diesen en rehenes algunos hijos de las principales familias, como garantía del cumplimiento de las promesas del pueblo sevillano. Esta exigencia disgustó á los patricios, ninguno de los cuales queria entregar sus hijos á los berberiscos, enemigos irreconciliables de los árabes. La cuestion parecia no poderse resolver de otra manera que por las armas, cuando el alcalde, ya sea por cálculo ó por noble desinterés, se ofreció solo al sacrificio, entregando su hijo Abbas al Califa. Éste se dió por satisfecho, confirmó al alcalde en su cargo y se retiró con su ejército hácia sus estados de Málaga.

No hay que decir cuánto se acrecentaria con este rasgo

animoso su popularidad en Sevilla, dos veces salvada por él de ser presa de los berberiscos, ni ponderar el desprestigio en que cayó la aristocracia árabe, que tan repetidas pruebas iba dando de su flaqueza é ineptitud. Este era precisamente el fin á que encaminaba su política Mohamed ben-Abbas. Anulada la rancia nobleza por su falta de civismo en aquellos supremos momentos, y siendo notorio que el califa Yahya se contentaba con ejercer una soberanía de pura fórmula en el Estado de Sevilla; seguro, en fin, de no hallar en su camino obstáculo alguno bastante recio para detener sus pasos, quitóse la máscara con que hasta entónces habia disfrazado su ambicion, y declaró públicamente que era su voluntad reinar solo, puesto que él solo habia conquistado la independencia de Sevilla. En prueba de que se sentia bastante fuerte para realizar su propósito, separó del Consejo de Estado á todos aquellos patricios que le eran hostiles: destituyó á sus colegas ben-Yarim y Zobaidi, al último de los cuales desterró de Sevilla, y elevó á la presidencia de su consejo á un plebeyo llamado Habib, hombre de escasa instruccion, pero inteligente y activo y enteramente adicto á su persona. El pueblo sevillano aplaudió todas aquellas medidas, y miró desaparecer indiferente aquella república aristocrática, ó más bien dirémos oligárquica, sin precedentes en su historia. La nobleza aprendió á su costa que en las épocas de honda trasformacion la política de los grandes caractéres, ayudados por la fortuna, es la que prevalece sobre la del egoismo y de la ruin intriga.

Si como alcalde Sevilla y su distrito podian satisfacer su ambicion, como soberano de hecho, Ben-Abbas, conceptuó demasiado reducidos los límites de su naciente reino y aspiró á dilatarlos hasta donde su genio y la fortuna se lo permitieran. De buen grado hubiera dirigido sus armas contra

los Estados del Este y del Norte de Andalucía; pero como en ellos mandaban, y con fuerzas suficientes para castigar su audacia, los eslavos y los africanos, hubo de buscar más fáciles conquistas, y conceptuó que las hallaria allende el Guadiana.

La ciudad de Beja, saqueada y en parte destruida por las frecuentes irrupciones de los berberiscos del Oeste, fijó su atencion. Á pretexto de reconstruirla y devolverle su antiguo explendor, envió sobre ella un cuerpo de tropas sevillanas al mando de su hijo Ismail. El señor de Badajoz, Abdallah ben-al-Aftas, avisado á tiempo de los proyectos de Ben-Abbas, puso una fuerte guarnicion en Beja y reparó sus murallas, de suerte que Ismail encontró en ella una resistencia con la cual no contaba. Sin embargo, combatió la ciudad tan recia y estrechamente, que la obligó á entregarse por capitulacion. De Beja marchó sobre Lisboa, que tambien rindió por fuerza de armas y la constituyó en llave de la frontera del Noroeste de los Estados que por aquel lado conquistára para Sevilla. Dueño, pues, de una gran parte del territorio portugués, Ismail, por órden de su padre, penetró en són de guerra en el distrito de Badajoz, donde, no ménos afortunado que en Portugal, venció en repetidos encuentros á Mahomed, hijo del príncipe Abdallah ben-al-Aftas, acabando por hacerle prisionero.

Cuatro años despues el señor de Sevilla proyectó extender sus conquistas por el Oeste hasta los Estados cristianos del reino de Leon. Al efecto celebró un convenio con el señor de Badajoz para que dejase libre el tránsito á su ejército. Abdallah el Aftasí, faltando al sagrado de su palabra y sediento de venganza, emboscó numerosas fuerzas en un desfiladero cercano á la frontera leonesa, donde las tropas sevillanas fueron sorprendidas y pasadas á cuchillo, salvándose

milagrosamente de la carnicería el príncipe Ismail y algunos de sus más valientes guerreros.

Acto tan insigne de negra felonía, por más que fuese bastante frecuente entre los musulmanes, produjo una guerra tenaz y encarnizada entre los naturales de ámbas provincias, cuyos detalles nos son todavía desconocidos; pero cuyas consecuencias no debieron ser funestas para los sevillanos, cuando á mediados del año siguiente el sagaz y político Ben-Abbas, realizó uno de los actos más atrevidos que registra la historia de nuestra Ciudad en aquellos tiempos tan fecundos en grandes acontecimientos. Mas ántes de narrarlo echemos una rápida ojeada sobre la situacion política de Andalucía durante estos últimos años que venimos historiando.

La sangrienta rivalidad de los partidos en Córdoba y la guerra civil que fué su consecuencia en todas las Andalucías habia no sólo destruido con el Califato la unidad del imperio árabe musulman de España, sino que tambien dado comienzo á su total ruina y fatal expulsion del suelo de la península Ibérica. Y, sin embargo, los más interesados en su reconstruccion, esto es, las razas yemaní y eslava, representantes de su antigua grandeza y conservadoras de su brillante civilizacion, parecian las más empeñadas en continuar la obra empezada á la muerte del hijo segundo de Almanzor el *Grande;* tan rivales entre sí, ambiciosas y enconadas se mánifestaban en presencia del enemigo comun ó sea de los africanos, que algo más disciplinados que ellas, en cuanto su propio interés se lo aconsejaba, se unian bajo un solo jefe y bandera y extendian su dominacion en Andalucía en términos de que se veia muy próximo el dia en que se hicieran señores absolutos de ella. Este jefe éralo á la sazon el califa hammudita Yahya ben-Alí, que habia establecido la silla de su imperio en Málaga, y agrupado en torno suyo todo

el partido africano, todos los jefes berberiscos constituidos en señores feudales en Andalucía, salvo los distritos del Oeste comprendidos entre el Guadalquivir y el Guadiana.

El dia, pues, que Yahya contó con fuerzas suficientes para tomar la ofensiva contra los árabes, dirigió, como no podia ménos de suceder, sus miradas hácia Sevilla, pretendiendo reivindicar los derechos de su soberanía, hasta entónces puramente nominal, y establecer su gobierno en ella. No hay que decir los prodigios de astucia diplomática que hizo el Príncipe-alcalde para burlar las pretensiones del Califa malagueño, ni enumerar los resortes que puso en juego para inutilizar las amenazas que dirigia al pueblo sevillano. Llegó, sin embargo, el dia en que, apurada la paciencia de Yahya, vino resueltamente sobre Sevilla al frente de un numeroso ejército africano; pero Ben-Abbas no se habia descuidado en fortalecer la Ciudad, hasta el punto que el Califa tuvo que renunciar á tomarla á viva fuerza y se resignó á bloquearla, esperanzado en alcanzar con el tiempo lo que por medio del asalto no podia conseguir.

En Carmona, donde habia entrado sin encontrar resistencia y expulsado al príncipe Mohamed ben-Abdallah—que se refugió en Sevilla,—fijó su cuartel general y estableció la base de sus operaciones sobre esta última ciudad y Córdoba, cuyos pueblos y territorio saqueaba y talaba impunemente.

La situacion de Sevilla se iba haciendo por demás angustiosa, ya por la incomunicacion en que se encontraba con el resto de España, ya por los contínuos rebatos del enemigo, que obligaban al vecindario á distraerse de sus pacíficas ocupaciones para atender á la defensa comun; y, sobre todo, por el temor que los árabes no podian alejar de sí, de tenerse que entregar, á la corta ó á la larga, á los ignorantes y fanáticos africanos, cuya entrada victoriosa en Sevilla sería la señal del

exterminio, ó cuando ménos del empobrecimiento y total anulacion de su raza en Andalucía. Conturbábales hasta enloquecerlos la idea de ver á aquella ruda y rapaz soldadesca posesionarse de sus miríficos palacios, saquear é incendiar sus ricas bibliotecas, maltratar brutalmente á los sabios, sustituir el más grosero fanatismo religioso á la ilustrada tolerancia que permitia en Sevilla al cristiano ortodoxo, al judío impenitente y al musulman fiel creyente ó cismático, practicar tranquilamente los ritos y ceremonias de su religion respectiva, así en público como dentro de los muros del templo, y que, finalmente, respetaba todas las opiniones, todas las creencias, todos los sistemas filosóficos, desde los más heréticos, que negaban los dogmas de la fé católica, judáica ó musulmana, hasta los más impíos, que negaban á Dios.

La enormidad é inminencia del peligro que amenazaba á Sevilla, y, sobre todo, la naturaleza de los enemigos que se cernian como aves de rapiña sobre ella, sugirió á Mohamed ben-Abbas la idea de acometer la empresa atrevida á que aludimos anteriormente. Era evidente para él, no ménos que para todos los hombres de buen juicio, que la impotencia en que habia caido el elemento árabe en las provincias andaluzas nacia de las rivalidades y feroz encono de los partidos en que se habia dividido en el reinado de Hixem II; rivalidades y fraccionamiento que pusieron al país á la merced de los africanos, cuyo aborrecido yugo no era posible sacudir en tanto que no se verificase la union de los árabes y de los eslavos, ó sea de todos aquellos elementos que hicieran tan gloriosa y próspera la época del reinado de los califas omiadas. Un medio habia de realizarla, y era el dar á aquellos partidos un solo jefe y una sola bandera. No era problema de difícil solucion para el Príncipe-alcalde de Sevilla el hallar una cosa y otra; por el contrario, hacía yá tiem-

po que las tenía grabadas en su mente; pero temia verlas rechazadas, en su calidad de plebeyas y advenedizas, por los grandes señores árabes, los príncipes eslavos y los patricios y senadores cordobeses.

En aquellos momentos de suprema crísis para los árabes andaluces, y de mayores afanes é inquietudes para el hombre que se habia propuesto salvarlos y engrandecerse al mismo tiempo, Ben-Abbas tuvo noticias de un hecho singular que, hábilmente explotado, deberia realizar sus ambiciosos proyectos.

Existia el jefe y la bandera que deseaba Mohamed ben-Abbas; pero un jefe hecho á la medida de su ambicion, que no le disputaria ni un dia ni una hora la jefatura del partido árabe y una bandera que no deberia hacer sombra á la suya.... El califa Hixem II existia....

El suceso bien merece que le dediquemos algunos renglones.

El imbécil Hixem II habia desaparecido de Córdoba—y no decimos de la escena política porque nunca figuró de una manera activa en ella—en el reinado del anti-califa Solaiman. La opinion pública estaba dividida acerca de su misteriosa desaparicion; unos afirmaban que fué muerto secretamente por órden de Solaiman; otros, y estos eran los más numerosos, aseguraban que huyó de su palacio y permaneció oculto en Córdoba hasta que encontró ocasion de pasar al Asia. «La verdad sábela Dios; los hombres no pudieron jamás descubrirla.» Sea de ello lo que quiera, hé aquí la version más generalizada que corria acerca de su existencia en el tiempo que medió entre su supuesta muerte en Córdoba y su reaparicion en Sevilla.

El pueblo de Córdoba (dice Dozy), que amaba á la dinastía omiada por la mucha gloria y prosperidad que le dió,

creia casi como artículo de fé la siguiente narracion de los últimos años de la vida del hijo de Alaken el *Sabio* y nieto de Abderahman el *Magnífico*. Cansado el califa Hixem de que su nombre sirviera de grito de guerra á los ambiciosos que le usurpaban el ejercicio de la soberanía, huyó secretamente al Asia y encaminó sus pasos á la Meca, para cumplir su santa peregrinacion. Discurriendo por las calles de la ciudad, cuna del Profeta, hubo de tropezar en mal hora con algunos soldados de la guardia negra del Amir, que le despojaron de cuanto poseia, ésto es, de una bolsa de dinero y un paquete de piedras preciosas. El mísero ex-califa de Occidente tan sin recursos quedó que en dos dias no pudo comprar alimento alguno. Compadecido de aquel extranjero, que, escuálido y famélico, vagaba por las calles, un alfarero le tomó á su servicio para amasar barro, dándole por recompensa un pan y un dirhem de jornal. No mucho tardó Hixem en cansarse de aquella miserable existencia. Sabedor de que una caravana se aprestaba para marchar á Palestina unióse á ella y llegó á Jerusalem, donde se propuso fijar su residencia. Un dia, paseándose por el mercado, detúvose delante de la tienda de un esterero.—¿Qué quieres? le preguntó aquel hombre; ¿eres del oficio?—Nó, respondió el legítimo soberano de uno de los imperios más grandes y florecientes de Europa, y en verdad que me pesa de ello, pues no tengo que comer.—Pues bien, si quieres trabajar en mi casa no te faltará un pedazo de pan, dijo el esterero, y en tanto aprendes el oficio podrás serme útil yendo á coger junco y esparto en las afueras de la ciudad. Hixem aceptó con alegría el ofrecimiento y se puso desde aquel dia á trabajar. En tan humilde ocupacion pasó algunos años, hasta el de 1033 en que regresó á España. Desembarcó en Málaga, pasó luégo á Almería (1035); de donde fué desterrado al poco tiempo, yen-

do al fin á establecerse definitivamente en la ciudad fuerte de Calatrava.

Verídica ó fabulosa esta narracion, que el pueblo creia ciegamente, es lo cierto que en la época en que Yahya ben-Alí bloqueaba á Sevilla y amenazaba á Córdoba vivia en Calatrava un esterero llamado Khalaf, extraordinariamente parecido al desventurado Hixem II, y bastante astuto y ambicioso para hacer creer á aquellos naturales que era verdaderamente el Califa destronado por Solaiman. No sólo dieron crédito los calatraveños á esta impostura (1) sino que le reconocieron y proclamaron como su legítimo soberano, rebelándose contra su señor el príncipe de Toledo, Ismail ben-Dhi-n-nun, quien, para castigarlos, envió un cuerpo de ejército que puso sitio á la ciudad.

El suceso de la proclamacion en Calatrava del falso Hixem tuvo lugar en la época de mayor preponderancia del partido africano y coincidió con el bloqueo de Sevilla por Yahya ben-Alí. No bien llegó la noticia á oidos de Mohamed ben-Abbas comprendió el inmenso partido que podria sacar de aquel impostor si lograba apoderarse de su persona. Con él tendria jefe y bandera para los árabes; seríale fácil formar con éstos y los eslavos una liga poderosa contra los africanos, liga de la cual él sería el pensamiento que ordena y el brazo que ejecuta en calidad de hajib ó primer ministro del Califa legítimo repuesto en su trono. En su virtud, envió comisionados á Kalaf, con encargo de hacerle pleito homenaje en su nombre, ofrecerle la residencia en Sevilla, su

(1) Los historiadores ben-Haiyan y ben-Hazin, clientes omiadas, y en tal virtud interesados en la reaparicion del califa Hixem, protestan enérgicamente contra aquel mal pergeñado cuento, que califican de grosera impostura.

reconocimiento incondicional y un ejército para defender su derecho contra quien quiera que se negase á reconocerle. No es necesario ponderar el júbilo con que el esterero Khalaf aceptaria el trono que se le ofrecia en cambio de su ruin telar de tejer junco y esparto. Llegó, pues, á Sevilla escoltado honradamente por los comisionados, y fué recibido sin pompa por el Príncipe-alcalde y las personas de su mayor confianza.

Muy luego el sagaz Mohamed reunió algunas damas del antiguo serrallo de Hixem, vários clientes omiadas nobles y caballeros desterrados de Córdoba, que vivian de los beneficios de los Beni-Abbas, y todas estas personas, pagadas ó bien aleccionadas, declararon bajo juramento que aquel hombre era real y verdaderamente el califa Hixem, hijo legítimo y sucesor de Al-Hakem. Acto contínuo mandó hacer los preparativos para la ceremonia de la proclama-restauracion de Hixem. Ésta fué ostentosa, tomando toda Sevilla parte en ella. En todas las mezquitas se hizo oracion por el restaurado Califa, y á fin de dar más color á la fábula se mandó acuñar en las zecas de Sevilla moneda en su nombre (1). Mohamed ben-Abbas renunció al cargo de alcalde y á partir de aquel dia gobernó el Estado con el título de hajib del falso Hixem II; que dicho se está quedó encerrado en una dorada y vigilada prision.

En su calidad de primer ministro, y en supuesta obediencia al mandato del Califa, dirigió numerosas comunicaciones al Senado de Córdoba y á todos los señores árabes y eslavos de España, anunciándoles el fausto suceso, y mandándoles prestar juramento y ponerse sobre las armas para defender los derechos de Hixem II. Por muy atrevido que

(1) Conde, *Hist. de los Árabes.*

parezca este paso, dada la situacion en que se encontraban todas las Andalucías, es lo cierto que alcanzó un éxito completo y feliz. El primero, el príncipe ben-Abdallah, destronado de Carmona, y despues Abdalaziz, príncipe de Valencia; Mochehid, de Denia y de las islas Baleares; el señor de Tortosa; en fin, todos los príncipes enemigos de los africanos se apresuraron á prestar el juramento que les fué exigido. El pueblo de Córdoba recibió la noticia con trasportes de alegría y la nobleza se unió á él para festejarla. Sin embargo, el Senado y su presidente ben-Chahwar no se dejaron engañar por el falso brillo de aquella farsa; empero, á fuer de buenos patricios, fingieron darle crédito, conociendo ser este el único medio de unir estrechamente los árabes y los eslavos para resistir al enemigo comun, que en aquellos dias los amenazaba desde Carmona. En su consecuencia suprimieron en apariencia la forma republicana con que venía gobernándose la antigua capital de los califas, y proclamaron pública y solemnemente la restauracion de Hixem II. Estos sucesos tuvieron lugar en Córdoba y en Sevilla en los meses de Octubre y Noviembre del año 1035.

Muy otra impresion causó entre los africanos, y sobre todo en Carmona, cuartel general del Califa malagueño, la noticia de la reaparicion de Hixem. Ardiendo en ira contra el astuto abbadita, Yahya juró tomar pronta y terrible venganza de su impostura; y al efecto dió órden de hacer un supremo esfuerzo para entrar en Sevilla. Pero estaba rodeado de traidores, y éstos eran los berberiscos de Carmona, antiguos soldados de ben-Abdallah, á quienes habia obligado á servir bajo su bandera. Muchos de ellos estaban en secreta correspondencia con su señor natural, á quien en el mes de Noviembre de aquel año enviaron comisionados para decirle que le sería sumamente fácil recobrar á Car-

mona, atendido que Yahya y sus capitanes estaban siempre embriagados y entregados á todos los excesos de la orgía, y además que ellos le ayudarian en cuanto pudiesen á recobrar su ciudad y señorío.

No fué menester más para que el ajib Mohamed dispusiese acometer la empresa de sorprender á Carmona. Al efecto puso un numeroso cuerpo de tropas escogidas á las órdenes de su hijo Ismail y le dió instrucciones para desempeñarla con éxito. La division sevillana se puso en marcha: á puestas del sol llegó sobre la plaza amenazada, ocultándose convenientemente hasta que cerró la noche. En aquella hora envió una numerosa compañía de ginetes que, con sus gritos y amagos de ataque, dieron la alarma á la guarnicion. Yahya y sus capitanes estaban sentados á la mesa y haciendo copiosas libaciones cuando le llegó la noticia del inesperado rebato de los sevillanos.—¡Loado sea Dios! exclamó arrojando la copa y poniéndose en pié; Ben-Abbas viene á visitarnos.—¡Á las armas y salgamos á recibirle con toda la atencion que merece su cortesía!—Sus órdenes fueron inmediatamente cumplidas. Puesto á la cabeza de trescientos caballeros salió á galope y sable en mano de la ciudad. Al ver al enemigo la ira y el vino ofuscaron su razon, y sin darse tiempo de ordenar la batalla, mandó cargar, él el primero, sobre los sevillanos, que retrocedieron arrollados por la impetuosidad del ataque. Rehiciéronse, sin embargo, y sostuvieron con firmeza el combate hasta que recibieron la órden de batirse en retirada hácia el punto donde Ismail tenía emboscado el grueso de su fuerza. Yahya los siguió enardecido, creyendo que caminaba á la victoria; pero el destino lo tenía dispuesto de otra manera. Cuando los berberiscos, cebados en la persecucion de los ginetes sevillanos, hubieron llegado en desórden rebasando la celada, Ismail, á la cabeza del es-

cuadron de los cristianos de Alfoens se lanzó sobre los berberiscos, que, sorprendidos y aterrados por la incontrastable impetuosidad del ataque, y dada la oscuridad de la noche, que les abultaba desmedidamente el número de sus contrarios, se dejaron arrollar, acuchillar y coger prisioneros. El mismo Yahya murió acribillado de heridas, y la mayor parte de sus soldados hubieran participado de su infausta suerte, si ben-Abdallah, el señor de Carmona, que acompañaba á Ismail en su expedicion, no hubiese intercedido por ellos haciéndole presente que aquellos desgraciados eran, en su mayoría, berberiscos de Carmona, soldados ó clientes suyos, que muy contra su voluntad habian tenido que servir al tirano usurpador. Ismail, cediendo á sus ruegos, mandó ponerlos en libertad y dió la vuelta á Sevilla, llevando como trofeo de su victoria la cabeza del califa hamudita.

Abdallah, seguido de los suyos, puso el caballo á escape en direccion de su Ciudad. Llegado á las puertas, los negros de la guardia de Yahya, que las defendian, quisieron cerrarle el paso; mas los vecinos, noticiosos del suceso de la batalla, atacaron á los negros, los dispersaron y franquearon la entrada á su señor. Éste se dirigió incontinenti al palacio de Yahya, dió las mujeres de este príncipe á sus hijos como esclavas y se apoderó de sus tesoros (Noviembre de 1035).

La noticia de la muerte de Yahya y dispersion de su ejército causó inmenso júbilo en Córdoba lo mismo que en Sevilla. El partido africano recibió con ella un golpe que amenazaba ser mortal. La sagacidad política de Mohamed ben-Abbas triunfaba, y sus proyectos de rehabilitacion del partido árabe hubiéranse acaso realizado en un plazo relativamente corto, si no los hubiese frustrado, de un lado la

impaciente ambicion del ex-alcalde de Sevilla, y del otro la incorregible indisciplina de los árabes y su recelosa soberbia, que les hacía desconfiar de todo lo que no fuera obra de la rancia aristocracia yemaní.

Ben-Abbas, pues, convencido de que nada tenía que temer de los hamuditas, y creyendo llegado el momento de dar la última mano á su obra, dispuso trasladarse á la capital del antiguo califato y reinstalar al supuesto Hixem II en el palacio de sus mayores. No bien llegó á Córdoba la noticia del proyecto indicado, el presidente ben-Chaovar convocó el Senado, reunió en él á los patricios y notables de la ciudad y les expuso los peligros que para su libertad é independencia entrañaba el plan del ambicioso abbadita. No le fué difícil convencer á los conciudadanos de la impostura que tan hábilmente, y para los fines del engrandecimiento de su poder, sostenia y divulgaba Abu-l-Casim Mohamed ben-Abbas, y de lo apremiante que era desenmascarar aquella farsa, negándose á recibir en Córdoba al supuesto Hixem y su audaz primer ministro. El Senado asintió á la proposicion de su presidente y decretó en el acto la supresion del nombre de Hixem en la oracion pública, y la resistencia á todo trance á las tropas sevillanas si éstas venian sobre Córdoba con propósito de restablecer el califato.

No muchos dias despues presentáronse aquéllas, escoltando al ex-esterero de Calatrava y su improvisada córte, delante de las puertas de la ciudad. Con grande extrañeza suya halláronlas cerradas y el vecindario armado y en actitud de defender la entrada. Mediaron parlamentos, cartas y recriminaciones de una y otra parte; mas como los cordobeses no cedian y ben-Abbas carecia de medios y fuerzas bastante numerosas para sujetar á su obediencia una ciudad de la importancia de Córdoba, tuvo que renunciar á su

proyecto y volverse descontento é irritado á Sevilla (1).

La union, pues, de los árabes y de los eslavos quedaba virtualmente hecha imposible. La antigua capital del califato continuó constituida en república aristocrática y la reina del Guadalquivir sometida á un poder dictatorial que se amparaba, para hacerse respetable, del nombre y autoridad de un soberano legítimo, usurpadas ámbas cosas por un farsante que acaso no tenía plena conciencia de lo que hacía, pero que estaba dirigido por un hombre audaz y profundo político. Nadie, si no es Khalaf el esterero y los africanos, ganó cosa alguna en la intentona de ben-Abbas: el primero viviendo la vida de un príncipe oriental y los segundos encontrando tiempo y facilidad que aprovecharon en rehacerse y en proclamar califa, en Málaga, á Idrisi, hermano de Yahya.

Al descalabro que su política habia sufrido en Córdoba quiso buscar desquite por las armas en otra parte. Al efecto dispuso una expedicion militar contra el Estado de Almería, cuyo príncipe, Zoher, fuera el único señor eslavo que se habia negado á reconocer la farsa de la restauracion de Hixem. El solo anuncio de esta empresa revela cuánto se habia acrecentado el poder de ben-Abbas, puesto que se atrevia á tomar la ofensiva contra un principado del Este, para llegar al cual tenía que atravesar los Estados del reino berberisco de Granada ó los del califa hamudita de Málaga.

En vista del peligro que le amenazaba, Zoher pidió auxilio al sultan de Granada, quien se apresuró á enviarle un cuerpo de tropas berberiscas que, unidas á las eslavas almerianas, marcharon al encuentro del ejército árabe sevillano. Sin duda que no se consideró éste con fuerzas suficientes

(1) Ben-Kaldun.

para mantener el campo contra los aliados, puesto que emprendió la retirada sin haberse medido con los enemigos. El mal éxito de esta expedicion debió hacer comprender á ben-Abbas que se habia hecho demasiadas ilusiones acerca de su poder y, al mismo tiempo, que Sevilla y su provincia se encontraban amenazadas de una invasion formal de los ejércitos reunidos de Granada y Almería. Felizmente para él estalló al poco tiempo la discordia entre Badis y Zoher, el segundo de los cuales murió desastrosamente (1038) en una alevosa celada que le puso el primero. Ben-Abbad, pues, no sólo pudo dar de lado á sus inquietudes, sino que tambien tomar de nuevo la ofensiva contra sus enemigos mortales los berberiscos.

La primera víctima señalada á su encono fué su antiguo aliado Mohamed ben-Abdallah, señor de Carmona, con quien se habia enemistado sin duda á resultas de su malograda campaña contra Zoher. En tanto que hacía los preparativos para combatirle, la infatigable actividad de su espíritu trabajaba en allegar los medios de fomentar en Granada una conspiracion, que acabó por ser descubierta, contra el trono y la vida del sultan Badis, que se habia hecho odioso á los suyos por su perfidia, crueldad y vergonzoso vicio de la embriaguez.

Los comienzos de la guerra contra Mohamed de Carmona fueron en extremo venturosos. En tanto que el bizarro Ismail sitiaba estrechamente la plaza, dos fuertes divisiones, destacadas del grueso del ejército, tomaban por fuerza de armas las importantes ciudades de Osuna y Écija. La situacion de Abdallah se hizo tan desesperada, que pidió auxilio, bajo las condiciones que quisieran imponerle, al califa Idris, de Málaga, y al sultan Badis, de Granada. Ámbos se apresuraron á dárselo, movido el primero del ódio de raza

que profesaba á los sevillanos y el segundo por vengarse de ben-Abbad, alma que fué de la conspiracion que puso en peligro su trono y su vida. Idris, postrado en cama á resultas de una grave enfermedad, dió el mando de sus tropas á su ministro ben-Bacanna; Badis se puso al frente de las suyas.

Reunidos ámbos ejércitos marcharon resueltamente á levantar el sitio de Carmona. Ismail se anticipó á sus propósitos saliéndoles al encuentro, confiado en el esfuerzo de sus valientes soldados y en el valor de sus experimentados capitanes. Avistáronse los beligerantes en el distrito de Écija. Los aliados, conceptuando muy superiores á las suyas las fuerzas del enemigo, se negaron á aceptar la batalla y emprendieron la retirada, no para mejorar de posiciones ó dar otra direccion á la guerra, sino para salvarse de una derrota que consideraban inevitable, dadas las ventajas de todo género que sobre ellos tenía el ejército árabe-sevillano. Ben-Bacanna retrocedió por el camino de Málaga y el sultan Badis hácia sus estados de Granada. Ismail emprendió en el acto la persecucion de este último, que era en realidad el más temible. Á la caida de la tarde la vanguardia sevillana alcanzó la retaguardia de los granadinos: la noche, que á más andar se venía encima, imposibilitó que el combate se generalizase. Badis, calculando que ben-Bacanna no debia encontrarse léjos, le envió un correo para informarle de lo comprometido de su situacion y suplicarle acudiese en su auxilio, sin lo cual los sevillanos pasarian irremisiblemente al filo de la espada todo su ejército. Era demasiado necesaria á la causa de los africanos la salvacion de los granadinos para que el general de Idris vacilase un momento en acudir á su socorro. Es así que en aquella misma noche los ejércitos berberiscos operaron su segunda conjuncion en las

inmediaciones de Écija y esperaron á pié firme al enemigo.

Al amanecer del dia siguiente los sevillanos, ignorantes de lo acontecido en el campo contrario durante la noche anterior, y cegados por esa funesta confianza en la victoria, causa de tantos desastres en la guerra, avanzaron con poca precaucion sobre los granadinos y los atacaron casi en desórden; tan creidos estaban en su desmoralizacion, á resultas de su precipitada retirada y del abandono en que los dejaron sus aliados. Su sorpresa fué inmensa al encontrarse, y á distancia que no les daba lugar para ordenar el ataque estratégicamente, con dos ejércitos formados en batalla y ocupando ventajosas posiciones. Los momentos de perplegidad en que permanecieron, y el sobresalto que manifestaron, fueron aprovechados por los aliados para precipitarse sobre las mal ordenadas filas sevillanas. Bastó aquel primer encuentro para trastornarlas, arrollarlas y muy luego ponerlas en completa dispersion. El primero que sucumbió en la acometida del enemigo fué el bizarro Ismail, víctima de su valor y de la temeridad con que á todo riesgo se empeñó en rehacer sus soldados y dar frente á los contrarios. Este funesto suceso ayudó no poco á la desmoralizacion de los sevillanos, que yá sólo pensaron en salvarse por la fuga (1) (fines del verano de 1039).

La noticia del desastre de Écija cubrió de luto la ciudad de Sevilla y amargó los últimos años de la vida de ben-Abbas. El partido árabe recibió un golpe del que tardó algun tiempo en reponerse; el africano, por el contrario, vió crecer su importancia é influencia en el país. Sin la rivalidad que, por ejercer su jefatura, estalló en aquellos dias entre el califa de Málaga y el sultan de Granada, acaso el primero hubiera des-

(1) Abd-al-Wahid, Ben-al-Khatib.

aparecido de la escena política exterminado en Sevilla y en todo el Sur-Oeste como habia sido vencido en Écija.

El más valioso trofeo de la victoria alcanzada por Badis, es decir, la cabeza del valiente cuanto desgraciado general Ismail, fué enviada al califa Idris, que murió en Málaga cuarenta y ocho horas despues de haberla recibido.

Dos años muy cumplidos despues del desastre de Écija, esto es, en los últimos dias del mes de Enero de 1042, falleció en Sevilla Abu-l-Casim Mohamed, dejando por digno heredero de su fortuna, ambicion, política y su título de hajib del falso Hixem II, á su hijo Abbad.

CAPÍTULO XV.

Advenimiento de al-Motadhid.—Su carácter.—Primeros actos de su reinado.—Un rasgo de su política.—Sus primeras campañas en el Oeste.—Confederacion de los príncipes africanos contra Sevilla.—Victoria de los sevillanos sobre los confederados.—Conquista de los Estados de Niebla, Huelva, Silves y Santa María.—Engrandecimiento del reino de Sevilla.—Temeraria empresa de al-Motadhid en Moron y Ronda.—Banquete en Ronda; peligro de muerte que corre en él el Príncipe.—Horrible venganza de al-Motadhid.—Conquista de Ronda.—Victoria de los sevillanos sobre los granadinos.—Conquista de Algeciras.—Divúlgase la muerte del falso Hixem II.—Al-Motadhid se titula Amir de España.—Córdoba se niega á reconocerle.—Al-Motadhid le declara la guerra.—Trágica muerte del príncipe Ismail.—Primera entrada de los cristianos del Norte en territorio sevillano.

Abu-Amer Abbad ben-Mohamed, que más adelante tomó el nombre de *Motadhid billah-al-Manzor-bifadhli-llah,* sucedió á su padre en el señorío de Sevilla (1042) con el título de hajib de aquella parodia de califa omiada que el vulgo en Andalucía llamaba Hixem II. El nuevo jefe del partido árabe en el Sur-Oeste supo ser dignísimo continuador de la política que su predecesor habia planteado á raiz de la disolucion del califato de Córdoba, y fué además una de las fisonomías más acentuadas que jamás produjera la anti-

cipada decrepitud de una sociedad. La educacion que recibió fué ménos moral que culta é ilustrada; y, como cayera en tierra fértil de suyo, produjo, si no un sabio, un hombre notable por su amor á las ciencias y á las bellas letras. Mereció entre sus contemporáneos el nombre de buen poeta y versificador por las obras que compuso; las cuales, segun sus biógrafos, tuvieron, entre otros, el mérito, además de su valor literario, de ser un espejo donde se retrataron fielmente su carácter y sus pasiones. Grande amigo y generoso protector de los hombres de letras y de los artistas, fomentó la cultura moral y material en Sevilla, enriqueciendo las academias y escuelas, y fomentando la construccion de alcázares, monumentos y obras públicas de utilidad ó embellecimiento; de suerte que en su tiempo Sevilla se vió convertida en centro de la cultura árabe-andaluza y en ciudad rival de Córdoba y Bagdad.

Literato, buen poeta, cortés, galante; esmerado en su trato y maneras, siempre gran señor y hombre de mundo, al-Motadhid se distinguió entre todos los príncipes, sus contemporáneos, por su saber y delicada urbanidad; pero tambien ¡raro contraste! por su carácter suspicaz, receloso, vengativo, pérfido, cruel y sanguinario hasta la barbarie. La exhuberante energía de su organizacion moral y física le permitia entregarse impunemente á los mayores excesos de la concupiscencia y del trabajo de Gabinete. Cuéntase de él que dedicaba muchas horas del dia y de la noche á los afanes del gobierno y administracion del Estado, cuya direccion política reservábase exclusivamente; pero que despues de tan arduas tareas entregábase sin freno á la satisfaccion de sus apetitos sensuales en la mesa, en la orgía y en el harem. Gastrónomo delicado, y bebedor hasta la embriaguez, sus bacanales, sin embargo, nada tenian de groseras ni

soeces; por el contrario, haciendo un lugar en ellas á jóvenes de las principales familias, dotados de temperamento y carácter semejantes al suyo, en aquellas orgías se recitaban pequeños poemas de amor, de combates ó de viajes, y se improvisaban canciones báquicas, notables por lo seductor ó maravilloso de las imágenes y por lo atildado y culto de la expresion. Refiérese tambien que ningun príncipe en aquellos tiempos podia hacer gala de haber gastado mayores sumas en embellecer y *enriquecer* su harem. Ochocientas mujeres, escogidas entre las más hermosas y compradas en los países que estaban en relaciones amistosas ó comerciales con Sevilla, fueron expléndidamente alojadas en él. Finalmente, «acusábanle sus contemporáneos de ser algo impío ó descreido, ó á lo ménos tenía fama de tibio muzlim, pues en los veinticinco castillos de su señorío sólo una mezquita y un almimbar edificó» (1).

Los primeros actos del que podemos llamar su reinado, fueron: una sentencia de muerte fulminada contra Habib, el antiguo y leal wazir de su padre, y un decreto mandando organizar una expedicion militar contra Carmona. Al-Motadhid deseaba vengar la muerte de su hermano, el bizarro Ismail, y el desastre de Écija; y, á compás, proseguir activamente la política de su padre, que tenía por objeto reconstruir en Sevilla el califato de Occidente, dado que con ménos recursos lo fundó el primer Abderahman, y reivindicar para la raza árabe la supremacía de que lentamente iban despojándola los africanos desde los tiempos de Almanzor el *Grande*. En los comienzos de la primera campaña (1042 á 43) contra Carmona, Abdallah, el señor de aquel Estado, murió víctima de su arrojo sobre el campo de batalla. Creyóse que este

(1) Conde.

suceso decidiria la guerra, obligando la plaza á rendirse á los sevillanos; mas habiendo sucedido á Abdallah su hijo Ishac, príncipe no ménos inteligente que valeroso, las hostilidades continuaron durante largos años, con fortuna vária, entre Sevilla y Carmona.

En esta guerra, como en todas las que provocó durante su reinado por el generoso afan de engrandecer á Sevilla, rara vez tomó el mando del ejército; mas dirigiólas desde su gabinete con sagacidad diplomática é inteligencia militar, de suerte que la fortuna acompañó casi siempre sus armas. Sin embargo, no fiaba únicamente en éstas el triunfo de la causa que habia abrazado, pues, á diferencia de sus enemigos los rudos africanos, recurria á la astucia, á las combinaciones políticas, y prodigaba á manos llenas el oro de Filipo para provocar traiciones y deslealtades en las Córtes y en el campo contrario y hacerse partidarios en todos aquellos pueblos donde los árabes gemian bajo el pesado yugo berberisco. Á propósito de sus astutos manejos, refiere un cronista musulman una historia que merece ser conocida. Héla aquí:

«En tiempos de la guerra de Carmona al-Motadhid estaba en correspondencia secreta con un árabe vecino de aquella plaza, que le informaba de cuanto hacian ó pensaban hacer los africanos. Estos manejos exigian, por parte del Príncipe y de su agente, tanta discrecion como prudencia, pues los berberiscos eran gente feroz.

»Avino que en una circunstancia difícil al-Motadhid tuvo que pedir informes precisos á su agente; y, para obtenerlos con la premura que el caso requeria, valióse de la siguiente estratagema, que yá tenian concertada de antemano. Mandó que condujesen á su presencia un hombre de campo rústico y de pocos alcances, y le dijo:—Quítate ese mal vestido con que te cubres y ponte esta bonita *djuba*, que te regalo á

condicion de que hagas lo que voy á encargarte.—El aldeano obedeció lleno de alegría y juró cumplir fielmente, y áun á costa de su vida, las órdenes que el Príncipe tuviera á bien comunicarle.—Está bien, continuó Motadhid; ahora escucha bien lo que voy á decirte: «Te pondrás inmediatamente en camino para Carmona. Cuando estés cerca de la poblacion te entrarás en un olivar, cogerás un haz de leña é irás á venderlo al mercado de la leña *(Sog-el-hattabin)*. Pero te encargo, á responder con tu cabeza, que no lo vendas en nada ménos de cinco *dirhemes* (1). ¿Lo oyes bien? Cinco dirhemes; y si no encuentras comprador, vuélvete con él á Sevilla, que yo te galardonaré.»

»Cumplió el aldeano lo mandado al pié de la letra; mas como no era leñador de oficio, más bien que un haz hizo un manojo de varetas secas, que no valia la pena de llevarlo al mercado donde lo puso á la venta. Acercósele un comprador y le dijo:

—¿Cuánto quieres por ese puñado de varetas secas?

—Cinco dirhemes, respondió el aldeano; ni más ni ménos.... Y si no lo quieres déjalo y sigue tu camino.

—¡Dios de Dios! respondió el comprador riéndosele en las barbas. ¿Son varitas de virtud, ó ramas de ébano de la India lo que tienes ahí?

—¡Cá! interrumpió un transeunte que, al pasar, oyó la conversacion, son bambús de las regiones tropicales.

»Formóse un círculo de curiosos que estuvieron chanceándose largo tiempo con el leñador, que se mantuvo impasible y representando dignamente su papel durante todo el dia.

---

(1) Unos 13 reales de nuestra moneda, valiendo cada *dirhem* 22 cuartos próximamente.

»Á puestas de sol se le acercó un hombre que le preguntó con estudiada indiferencia el precio de su mercancía.

—Cinco dirhemes, respondió; toma ó deja, no rebajo nada del precio.

—Te los doy; pero á condicion que tú mismo lleves la leña á mi casa.

»Echóse el aldeano el haz á cuestas y siguió al comprador; quien, llegado á su domicilio, le entregó el precio estipulado. El aldeano tomó presuroso y agradecido el dinero, disponiéndose á marchar; pero el comprador le detuvo diciéndole:

—¿Dónde vas á estas horas?

—Fuera de la villa, pues no soy de aquí.

—¡Desdichado! interrumpió su interlocutor: ¿no sabes que los caminos están plagados de ladrones y que ántes de que hayas andado una milla te habrán despojado de esa bonita djuba y de tu dinero? Aconséjote que no salgas á estas horas de Carmona; y, si no tienes posada donde pasar la noche, te ofrezco mi casa y cena y mañana al amanecer podrás regresar sin peligro á la tuya.

»El aldeano aceptó gozoso tan generosa hospitalidad. Pocos momentos despues, sentados ámbos á la mesa y apurando sendos vasos de buen vino, reanudaron la conversacion en los siguientes términos:

—Sepa yo, si en ello no hay inconveniente, quién eres y de dónde vienes.

—Soy un pobre rústico y vengo de Sevilla, en cuyas afueras vivo.

—Muy hombre de corazon debes ser, hermano mio, cuando así te atreves á venir desde tan léjos á un pueblo habitado por los berberiscos, gente tan feroz y desalmada que así matan á un hombre como á un perro ó á un mo-

chuelo. Muy gran causa debe haberte movido á correr tan grave riesgo....

—Ninguna, como no sea la necesidad de ganar honradamente un pedazo de pan. Además ¿quién sería tan inhumano que maltratase á un pobre é inofensivo aldeano como yo?

—Quién sabe.... Los berberiscos son tan crueles y rapaces, que nada es capaz de enfrenar su sanguinaria codicia.

»La conversacion continuó en tales términos hasta que el vino y el sueño vencieron al aldeano, quien pidió permiso á su huésped para recogerse. Éste le condujo al aposento que le tenía destinado y le aconsejó que se desnudase para dormir más fresco, atendido lo caluroso de la noche. Hízolo así el rústico y muy luego quedó profundamente dormido. Durante su sueño el agente de al-Motadhid—que así lo habrán conocido los lectores—descosió el forro de la djuba de su alojado, sacó una carta escrita de puño y letra del Príncipe de Sevilla, leyóla, escribió la contestacion, púsola en lugar de la primera y volvió á coser el forro. Al amanecer del siguiente dia el aldeano se despidió agradecido del árabe vecino de Carmona y emprendió alegre como unas pascuas el camino de Sevilla. Llegado que fué á la Ciudad presentóse á al-Motadhid, á quien refirió circunstanciadamente sus aventuras del dia anterior.

—Pláceme de tu discrecion, le dijo el Príncipe; y como hombres de tan buena voluntad como tú merecen una recompensa, toma la que te tengo destinada.

»Esto diciendo hizo seña á un esclavo, quien, prevenido de antemano, desnudó al rústico y le vistió un airoso trage de ciudadano, con el cual marchó alegre y presuroso á lucir su persona entre amigos y convecinos. Por supuesto que ni áun sospechó que habia llevado de Sevilla y traido de

Carmona comunicaciones que, á habérselas cogido encima los berberiscos, le hubieran quitado la vida (1).»

La guerra de sorpresas y emboscadas que al-Motadhid hacía al señor de Carmona no podia satisfacer su ambicion de engrandecimiento territorial por medio de la conquista: es así que no pudiendo dirigir sus armas hácia el Este ó hácia el Norte, donde habrian de encontrar en Córdoba, Granada, Málaga y en la natural confederacion de los jeques africanos obstáculos demasiado fuertes para ellas, las revolvió airado contra el Oeste, donde tenía grandes probabilidades de dilatar á ménos costa las fronteras del Estado sevillano. En 1044 sus generales se apoderaron de la ciudad fuerte de Mertola y combatieron el distrito de Niebla, cuyo señor, Ben-Yahya, falto de fuerzas para resistirlos, echóse en brazos de los berberiscos de Badajoz, reconociéndose vasallo del príncipe al-Modhafar. Este enemigo, el más poderoso é irreconciliable que por aquella parte tenía al-Motadhid, acudió presuroso en auxilio de Yahya con tropas bastantes para rechazar á los árabes sevillanos y obligarlos á replegarse sobre el Guadalquivir.

El temor ó, más bien dirémos, la seguridad de que ben-Abbas no tardaria en renovar las hostilidades para vengar el pasado descalabro, sugirió á al-Modhafar el pensamiento de formar una alianza ofensiva y defensiva entre los príncipes africanos de Andalucía para combatir la desapoderada ambicion del señor de Sevilla. El plan fué aprobado por todos aquéllos, y en su virtud el califa hamudita Mohamed de Málaga, el sultan Badis de Granada y el príncipe hamudita Casim de Algeciras, se concertaron con al-Modhafar de Badajoz para caer, avanzando por cuatro distintas direcciones,

(1) *Crónica* de Abd-l-Wahid.

sobre Sevilla, y exterminar en ella las reliquias de aquella raza ántes tan poderosa. Todo anunciaba la proximidad de una terrible guerra civil entre los musulmanes de España en los momentos en que las armas cristianas del Norte se extendian victoriosas por el Centro, el Este y el Oeste de la Península. En situacion tan grave el presidente de la república de Córdoba, Abu-l-Walid ben-Gahwar, que habia sucedido á su padre, muerto en 1043, trató de reconciliar los partidos beligerantes, enviando al efecto á sus caudillos respectivos embajadores que los persuadiesen en provecho de la causa comun. Abu-l-Walid y sus enviados perdieron el tiempo; nadie dió oidos á sus amonestaciones. En época de revueltas políticas el amor propio y el interés individual se sobreponen siempre á los deberes que traza el patriotismo.

Los aliados se pusieron en movimiento para verificar su conjuncion sobre Sevilla. El peligro era inmenso para nuestra Ciudad, que se preparó formidablemente á la defensa. Sin embargo, á faltar genio y actividad á al-Motadhid, entusiasmo en sus habitantes, y los inmensos recursos con que contaba, acaso en aquellas tremendas circunstancias la Ciudad española-árabe por excelencia hubiérase trasformado en un vasto aduar africano. Motadhid, pues, ayudado generosamente por los sevillanos, la salvó. Verdad es, por otra parte, que los aliados no pusieron mucha diligencia y que aquella guerra no debia ser muy popular en Andalucía.

Noticioso Ben-Abbas de que al-Modhafar se habia puesto en marcha dejando mal guardados sus Estados, atento sólo á reunir el mayor número posible de soldados para invadir el suelo sevillano, dió órden á sus generales en Portugal de entrar á sangre y fuego en territorio de Badajoz: y él, contra su costumbre, se puso al frente del ejército; y despues de haber dejado bien ordenada y provista la defensa

de la Capital, salió á marchas forzadas al encuentro de los berberiscos extremeños, á quienes avistó en el distrito de Niebla, cerca de esta ciudad y á corta distancia del rio Tinto. Empeñada la batalla, los de Badajoz cedieron al empuje de las primeras cargas de la afamada caballería árabe-sevillana; empero rehechos muy luego, á ruegos y ejemplo de su valiente caudillo, volvieron á la refriega con tanta bizarría, que obligaron á al-Motadhid á batirse en retirada. Vencido el obstáculo, al-Modafar continuó la marcha para reunirse con sus aliados, que yá se encontraban en territorio sevillano.

Al-Motadhid destacó algunos cuerpos de caballería ligera para que hostilizasen la retaguardia del enemigo durante su marcha, y él se puso sobre Niebla hasta obligar á ben-Yahya á separarse de la alianza africana y unir sus tropas á las suyas. Esto logrado, revolvió sobre al-Modhafar, le alcanzó y maniobró tan estratégicamente, que obtuvo sobre su ejército un sangriento desquite del descalabro de rio Tinto. En aquellos mismos dias su primogénito Ismail entraba por fuerza de armas la ciudad de Évora, en Portugal, é invadia de nuevo, talando é incendiando, las tierras y pueblos de Badajoz. Al-Modhafar, alarmado con las noticias que le llegaban de sus Estados, tuvo que renunciar á su plan de acometer á Sevilla, para acudir á defender su propia capital. Pidió auxilio á sus aliados, y, habiéndoselo prometido, emprendió la marcha hácia tierras de Badajoz. Caminaba á cortas jornadas, esperando los refuerzos ofrecidos, que le alcanzaron al fin, pero que se reducian á un cuerpo de tropas acaudilladas por un hijo del príncipe Yahya de Carmona. Pocas eran, en verdad; pero, alentado con su presencia, marchó resueltamente sobre el ejército árabe-sevillano que, al mando de al-Motadhid, pretendia cerrarle el paso. Yá

á la vista del enemigo, y como diera órden de acometer, dijéronle los berberiscos de Carmona: «Tén cuenta con lo que haces; los árabes son numerosos, están bien armados y dispuestos á la pelea, y acaban de recibir refuerzos de Sevilla. Lo que te decimos es la verdad: lo sabemos porque lo hemos visto. No comprometas temerariamente la batalla con fuerzas tan desiguales.» El impetuoso al-Modhafar desoyó los consejos de la prudencia y ordenó en el acto el ataque. El resultado no se hizo esperar largo tiempo. Su ejército fué completamente derrotado y dejó tres mil hombres sobre el campo de batalla. Entre los muertos se encontró el cadaver del hijo del señor de Carmona, cuya cabeza fué presentada á al-Motadhid, que la mandó colocar al lado de la del abuelo del desventurado Príncipe.

Al-Modhafar se encerró con las reliquias de su ejército en Badajoz, donde estuvo bloqueado por las tropas árabe-sevillanas al mando de Ismail, que devastaron su territorio, hasta el año 1051 en que, merced á los perseverantes esfuerzos del presidente de la república de Córdoba, se llegó á ajustar y firmar la paz entre los enconados rivales.

Dicho se está que el político al-Motadhid no permitiria que en ella fuesen incluidos los soberanos de los pequeños Estados del Oeste—de raza árabe todos ellos—á fin de quedar en libertad de obrar segun conviniese á los fines de su ambicion. Así es que al poco tiempo de terminada la guerra de Badajoz destacó un cuerpo de tropas con órden de apoderarse á toda costa del Estado de Niebla. Ben-Yahya, abandonado á sus solas fuerzas, harto exiguas para luchar con probabilidad de éxito contra los sevillanos, no esperó su llegada y huyó con su familia y tesoros hácia Córdoba, resuelto á terminar sus dias en la antigua capital del Califato. Al-Motadhid usó con él la cortesía de enviarle un escuadron de

ginetes que le sirviese de escolta de honor durante el viaje.

Anexionados á Sevilla los Estados de Niebla (1051), el infatigable ben-Abbad dispuso redondear sus conquistas por aquella parte de Andalucía, apoderándose de Huelva y de la isla de Saltes. Reinaba á la sazon en aquel principado Abu-l-Mozab Abdalaziz, de la familia de los Becrites, que habia vivido siempre en buena inteligencia con los abbaditas de Sevilla. Noticioso de los proyectos de al-Motadhid, y convencido de que le estaba reservada la misma suerte que á Yahya de Niebla, intentó salvar alguna parte de su fortuna, cediendo á al-Motadhid el Estado de Huelva y reconociéndose su vasallo por la isla de Saltes, que se reservaba como único patrimonio. En este sentido escribió al Príncipe de Sevilla, á quien de paso felicitaba por el rápido acrecentamiento de su territorio y le recordaba las buenas y antiguas relaciones que habian mediado entre sus familias respectivas. Ben-Abbad aceptó con júbilo un ofrecimiento que le excusaba los sacrificios de una nueva guerra, y en este sentido contestó á Abdalaziz, á quien anunció, además, que deseando estrechar aquella antigua amistad, de que hacía mérito, se disponia á visitarle en Huelva con el fin de arreglar y terminar definitivamente entre los dos el asunto de su cesion y vasallaje. Abdalaziz estimó prudente no esperar en su capital al pérfido y astuto abbadita, y se retiró con su familia y tesoros á la isla de Saltes, donde se hizo fuerte.

Al-Motadhid llegó á Huelva, y, enterado de lo ocurrido, se prometió tomar cumplida venganza del desaire que le hiciera Abdalaziz. Al efecto tomó posesion, en calidad de conquista, de la ciudad; puso en ella una numerosa guarnicion sevillana al mando de uno de sus generales de mayor confianza, con órden de bloquear disimuladamente en la isla

al destronado Príncipe, impidiéndole toda comunicacion con el exterior, y se volvió á Sevilla para concertar nuevos planes de engrandecimiento y conquista. El desgraciado Abdalaziz no pudo yá hacerse ilusiones acerca de la suerte que su infausto destino le tenía reservada, y en su virtud tomó el partido más prudente que cabia dentro de su situacion, esto es, negoció, por mediacion del general sevillano que mandaba en Huelva, la venta á al-Motadhid de sus naves, armas y municiones de guerra, en precio de 10,000 doblas de oro, y pidió y obtuvo permiso para trasladar su residencia á Córdoba, lugar de refugio para todos los reyezuelos destronados.

Camino de su destierro recibió una carta del Príncipe de Sevilla en que le anunciaba que en uno de los pueblos del tránsito encontraria víveres y refrescos en abundancia para su regalo y el de las personas de su séquito; pero al mismo tiempo no faltó quien le alarmase diciéndole que aquel agasajo era un lazo que se le tendia para apoderarse de su persona y riquezas. En su vista interrumpió la marcha y escribió al señor de Carmona pidiéndole con urgencia su proteccion para librarse del peligro que le amenazaba. El requerido se apresuró á enviar un cuerpo de caballería ligera, que le dió escolta hasta Carmona, donde llegó sin tropiezo y fué hospedado y obsequiado espléndidamente por el príncipe Isahc, que le dió nueva escolta que le acompañase hasta Córdoba.

Abdalaziz fué perfectamente recibido en la antigua capital del Califato. Acompañóle en su triste expatriacion un hijo que se distinguia por su varonil belleza y por su vasto saber. Este jóven, cuya rara inteligencia reconoció en edad temprana el célebre ben-Haiyan, llamábase Abu-Obaid, que, andando los años, fué el más ilustre geógrafo de España, así como su anciano y buen amigo ben-Haiyan fué el más grande

de sus historiadores (1). Volverémos á encontrar en Sevilla á Abu-Obaid en dias bien aciagos para nuestra Ciudad.

Dilatadas y aseguradas las fronteras del que yá podemos llamar reino de Sevilla, hasta el Guadiana, faltaba sólo, para redondear la conquista por el Oeste, la ocupacion del principado de Silves en el Algarbe. Al-Motadhid encomendó esta fácil empresa á su hijo Mohamed, jóven de doce años, bajo la direccion de uno de sus generales más acreditados. Reinaba á la sazon en Silves el príncipe ben-Mozaim, guerrero intrépido, que resistió tenazmente á los sevillanos encerrado en su capital, donde juró morir ántes que rendirla. Tras largos dias de rudo asedio, el ejército sitiador dió un asalto general y entró en la plaza. Ben-Mozaim defendió el terreno palmo á palmo por las calles, buscando en vano la muerte, que parecia huir de él, ó porque los jefes sevillanos tuviesen órden de respetar su vida. Por último, rendido y extenuado por la fatiga del combate, cayó prisionero, y, agarrotado y con una buena escolta, fué enviado á al-Motadhid, quien, contra su práctica con todos los príncipes vencidos por sus armas, le dejó vida y hacienda contentándose con desterrarle.

Dejando á Silves bien guarnecida, el ejército árabe-sevillano retrocedió sobre la ciudad de Santa María, situada cerca del cabo que conserva todavía este nombre en las costas meridionales de Portugal. Era Santa María en aquellos tiempos una hermosa y celebrada poblacion, perfectamente fortificada y cerrada con grandiosas puertas de hierro. Su mezquita mayor tenía fama de magnífica, y sus habitantes de gente culta, rica, hospitalaria, morigerada y laboriosa. Es de notar

(1) Dozy, *Recherches sur l'histoire politique*, primera edicion, pág. 295.

que su señor, Mohamed ben-Said, era de orígen español, hijo de una familia de *adoptados* ó renegados. Esta circunstancia, la condicion pacífica de la ciudad y el convencimiento de su impotencia para resistir las armas sevillanas, movieron á ben-Said á pedir una capitulacion honrosa, que le fué concedida. Al-Motadhid constituyó con los distritos de Silves y Santa María un principado, cuyo gobierno encomendó á su hijo Abu-l-Casim Mohammed (1052) (1).

Serie tan continuada de venturosas conquistas en el Oeste de Andalucía, en el Algarbe y en Extremadura, levantaron el poder y la fama de Sevilla al apogeo de la gloria militar y de la importancia política en la España musulmana. Es así que muchos jeques berberiscos, mal su grado y cediendo á la dura ley de la necesidad, acabaron por reconocer la soberanía de ben-Abbas; ó, más bien dirémos, la del imaginario Hixem II, en cuya existencia continuaba creyendo el vulgo, porque oia diariamente pronunciar su nombre en el púlpito de las mezquitas. Sólo protestaban contra ella el califa hamudita de Málaga y el sultan de Granada, que conspiraban sin éxito contra el engrandecimiento de los Benu-Abbad de Sevilla, y contra la preponderancia que los árabes sevillanos recobraban en Andalucía. Sin embargo, al-Motadhid no se daba por satisfecho con esa soberanía poco más que nominal que ejercia Sevilla en vários distritos del Este y del Sur, enseñoreados por los africanos. Aspiraba á más: pretendia convertirlos de tributarios en provincias de su reino. Pero el fundado temor de ver constituirse una tremenda confederacion de Estados berberiscos dirigida por los soberanos de Málaga y Granada, para combatirle, enfrenaba los arranques bé-

(1) *Ben-al-Abbar*, segun Dozy. Conde refiere, aunque en términos algo confusos, los mismos acontecimientos.

licos de su ambicion, y le obligaba á recurrir á las artes de la política para disponer el terreno de manera que no se hundiese bajo sus piés el dia que resolviera tomar definitiva posesion de él.

Al efecto, y partiendo del exacto conocimiento que tenía del profundo descontento en que vivian los árabes domiciliados en las poblaciones dominadas por los africanos, dispuso girar una visita en persona á los jeques sus vasallos; no atreviéndose á confiar á nadie la delicada y atrevida mision de fomentar el descontento de los árabes, alentar con promesa de auxilio á los más impacientes de sacudir el yugo, y urdir conspiraciones para provocar una insurreccion general, en un momento dado, contra los berberiscos. Las dos primeras poblaciones que señaló en su itinerario fueron Moron y Ronda. En ellas imperaban dos renombrados jeques; en la primera Ben-Nuh y en la segunda Ben-abi-Corra. Por más que ámbos fueran, en su condicion de berberiscos, enemigos secretos suyos, y, por tanto, muy abonados para cometer cualquier felonía, al-Motadhid cometió la imprudencia —que otro nombre no merece—de ponerse en camino acompañado sólo de dos empleados de su casa portadores de cuantiosos regalos en alhajas y dinero; y, sin dar aviso de su viaje, se presentó en Moron.

Ben-Nuh se manifestó honrado y complacido de la visita, y se extremó en hospedar y agasajar espléndidamente á su huésped, protestando, con frases lisonjeras y repetidos juramentos, de su amistad y leal vasallaje. Al-Motadhid apreció en su justo valor aquellas manifestaciones de adhesion; y en tanto las recibia y fingia complacerse en ellas, tanteaba diestramente el terreno, así entre los capitanes y allegados de Ben-Nuh, como entre los moradores de la ciudad. Muy luego pudo convencerse, merced á los regalos y

ofrecimientos que prodigó, de la venalidad de varios caballeros berberiscos, y de que la poblacion árabe ardia en deseos de sublevarse, pudiendo, por tanto, contar con ella cuando llegase la ocasion oportuna.

Muy satisfecho del resultado de su visita, Al-Motadhid salió de Moron y se encaminó á Ronda. En esta ciudad fué recibido con los mismos ó mayores agasajos, y en ella encontró mejor dispuesta, si cabe, la poblacion árabe para insurreccionarse contra sus dominadores, dado que los Benu-abi-Corra eran señores más ásperos y soberbios que los Benu-Nuh. Pudo, pues, organizar á sus anchas una vasta conspiracion que le asegurase el éxito de su empresa. Sin embargo, en Ronda corrió uno de los mayores peligros que nunca amenazáran su vida. Es el caso que en una ocasion, invitado por el señor africano á un opíparo banquete, hubo de sentirse ligeramente indispuesto al finalizar la comida: así se lo manifestó á su anfitrion, pidiéndole la vénia para recostarse algunos instantes sobre un divan, donde esperaba reponerse á beneficio de un breve sueño.

—Haz como cumple á tu salud, díjole Ben-abi-Corra, conduciéndole cortesmente por la mano al sitio elegido para su reposo.

—Gracias, respondió al-Motadhid. Deseo que por tan poca cosa no interrumpais el festin. Esto pasará pronto y volveré á la mesa á tomar asiento á vuestro lado.

Una media hora despues al-Motadhid estaba ó fingia estar profundamente dormido. Entónces un jeque berberisco rogó á sus amigos que le prestasen atencion, pues tenía que comunicarles una cosa grave é importante. Luégo, bajando la voz, continuó: «Paréceme que tenemos ahí un buen carnero que se nos ha entrado por las puertas, prestándose voluntariamente á ser degollado. En verdad que no podemos que-

jarnos en esta ocasion de los favores que nos otorga la fortuna. Si hubiéramos intentado comprarlos á precio de oro, todo el que se contiene en Andalucía no hubiese bastado para obtenerlos; y hé aquí que ella nos los brinda expontáneamente.... Ese hombre es la encarnacion del demonio, harto lo sabemos todos; pero tambien sabemos que el dia que deje de existir serémos los dueños absolutos de toda la España, cuya posesion nadie podrá disputarnos, porque nadie nos aventaja en número ni en esfuerzo....»

Nadie respondió á este sanguinario discurso; pero lo que los labios callaban se manifestaba en los ojos con viva claridad. La idea de dar muerte á aquel temible enemigo de la raza africana, que con su genio y fortuna, su audacia, valor y sagacidad tenía reducidos casi á la impotencia á los que se jactaban de haber conquistado, poblado y defendido la España musulmana, y es más, los ponia en peligro de ser expulsados de ella, sonreia á todos aquellos hombres, que se creian con razon y derecho para hacer justicia de su mortal enemigo en el modo y forma que les dictase su voluntad. Faltaba sólo que el más impaciente entre todos desnudase el puñal y diese un paso hácia al-Motadhid para que el crímen, con todas sus funestas consecuencias para Sevilla, quedase consumado. Yá se dirigian los unos á los otros esa última mirada que en casos análogos resuelve todas las vacilaciones, cuando Moah ben-abi-Corra, próximo pariente del señor de Ronda, púsose en pié, y con acento enérgico y semblante en que se pintaba la más generosa indignacion, exclamó en voz baja:

—¡Por Dios! ¿qué vamos á hacer....? Ese hombre se ha entregado, sí, pero ha sido á nuestra lealtad. Si hubiese dudado de ella no viniera aquí. Nos cree incapaces de cometer una felonía y nuestro honor exije que demos razon de

ser á su noble confianza.... ¿Qué dirian nuestros hermanos de las otras tribus al saber que habíamos faltado tan cobardemente á los deberes de la hospitalidad, asesinando al que se ha sentado á nuestra mesa á la sombra de nuestra tienda....? ¡Maldiga Dios á quien cometa semejante crímen!

Los berberiscos sintiéronse hondamente impresionados al rumor de aquellas generosas palabras. Al recordarles Moah el cumplimiento de los deberes de la hospitalidad habia hecho vibrar una cuerda que nunca enmudece en el corazon de un árabe ni de un africano.

Entretanto al-Motadhid, que no sentia la indisposicion ni el sueño que habia pretextado, oyó toda la conversacion, sufriendo con ella mortales angustias. Recobrado á beneficio del razonamiento de Moah fingió despertarse; abandonó el divan, y con paso lento y sonrisa placentera se dirigió de nuevo á la mesa. Todos los convidados se levantaron, saliéronle al encuentro, le dieron los brazos y le besaron respetuosamente en la frente; pretendiendo tranquilizar, con tales manifestaciones de cariño, su conciencia, que les acusaba de haber dado entrada en su corazon al más ruin y villano de los sentimientos.

—Amigos mios, les dijo el Príncipe; pronto habré de regresar á Sevilla, donde llevaré grabado en la memoria el recuerdo de lo bien que lo habeis hecho conmigo. Quisiera dejaros uno imperecedero de mi agradecimiento; pero desgraciadamente el repuesto de insignificantes regalos que traian mis sirvientes se ha agotado ántes de tiempo. Sin embargo, como no quiero faltarme á mí mismo faltando á lo mucho que os debo, prometo enviaros desde Sevilla testimonio de mi afecto. Dadme, pues, tintero y papel; que cada uno de vosotros me dicte su nombre y me manifieste las cosas que sean más de su agrado, como vestidos honrados, alhajas,

dinero, mujeres hermosas, caballos, mulas, ó lo que más codicie para su regalo.»

Hiciéronlo así, y el Príncipe escribió una larga lista de nombres, acompañado cada uno de una nota expresiva del regalo que le destinaba. Lista que guardó cuidadosamente debajo de la ropa, sobre su corazon, que latia con violencia á impulsos de un secreto y feroz regocijo. Luégo continuó:

—Espero que quedaréis tan satisfechos de mí como yo lo estoy de vosotros. Al efecto os encargo que cuando tengais noticia de mi llegada á Sevilla envieis allí sin pérdida de tiempo criados vuestros á quienes entregaré los presentes que tengo ofrecidos.» Con esta astuta indicacion al-Motadhid prevenia cualquier tentativa de asesinato ó secuestro de su persona en el camino.

No muchos dias despues recibia en su alcázar de Sevilla á los enviados de los berberiscos de Ben-abi-Corra, que regresaron á Ronda cargados de magníficos regalos.

Á juzgar por las apariencias, la visita de al-Motadhid á los príncipes africanos habia tenido los resultados más favorables para la paz de la España musulmana. Árabes y berberiscos daban al olvido antiguos rencores y recientes enemistades, y se mostraban dispuestos á vivir en la más cordial inteligencia. Para los que no estaban en el secreto de los planes del Príncipe de Sevilla, ó sean sus agentes y jefes juramentados de la próxima sublevacion en los pueblos de señorío berberisco, el año 1053 abria una nueva era de paz y prosperidad en toda Andalucía. Renació, pues, la confianza general, y diéronse voluntariamente al olvido las recientes violentas anexiones de los Estados de Niebla, Huelva y Silves al reino de Sevilla, así como la vandálica guerra de Badajoz, y hasta los incesantes rebatos, escaramuzas y mero-

deos á que se entregaban sevillanos y carmonenses los unos contra los otros.

Todos, pues, dormian en brazos de la seguridad y recíproca confianza, cuando á los seis meses andados de las visitas de Moron y Ronda, al-Motadhid, á pretexto de estrechar más íntimamente aquella feliz concordia, escribió á ben-Nuh, á ben-abi-Corra y á ben-Khasrun, señor éste último de Arcos y de Jerez, invitándolos á celebrar en Sevilla, con públicos regocijos y un suntuoso banquete, la paz de Andalucía, cimentada en la sinceridad de su recíproca estimacion. Á estas invitaciones siguiéronse inmediatamente otras con el mismo carácter á los jeques más importantes de los Estados independientes fronterizos al reino de Sevilla, y muy en particular á los prohombres berberiscos de Ronda, comensales de ben-abi-Corra. Todos se apresuraron á responder á la invitacion poniéndose en camino para Sevilla, alegres y ardiendo en deseos de admirar la opulenta reina del Guadalquivir, vestida de gala para celebrar la paz, y de regalarse opíparamente á expensas del hombre más rico, más pródigo y espléndido de Andalucía.

Mecidos por tan agradables ilusiones, llegaron en el dia y hora que les fué señalado. Al-Motadhid salió fuera de la Ciudad á recibirlos y los condujo á su alcázar, donde fueron introducidos con pompa verdaderamente régia. Terminada la recepcion oficial invitóles, segun la costumbre musulmana, á que pasasen á la sala del baño para reponerse de las fatigas del viaje. Aceptaron agradecidos, y todos salieron de su presencia ménos el jóven Moah, á quien retuvo á su lado con un pretexto cualquiera.

La pieza construida para el baño era una vastísima sala, cuyos muros de mampostería estaban revestidos de tablas de mármol blanco pulimentado; una hermosa bóveda semies-

férica la cerraba por la parte superior, y se alumbraba por la tibia luz que penetraba por claraboyas cubiertas con vidrios raspados. Numerosas baneras de alabastro, situadas á distancias convenientes, y un primoroso zócalo alicatado, componian su decoracion; finalmente, por numerosos tubos empotrados en las paredes circulaba agua caliente procedente de una caldera que mantenia en la estancia una temperatura bastante alta.

Unos sesenta príncipes y jeques berberiscos, despues de haberse desnudado en los cuartos contiguos dispuestos al efecto, entraron en aquella primorosa sala, que les brindaba con todas las delicias del baño oriental. En un principio gozáronlas con fruicion; pero á medida que pasaba el tiempo la temperatura se elevaba, hasta que llegó á hacerse verdaderamente insufrible. Los berberiscos trataron de abrir los ventiladores y claraboyas; pero los encontraron sólidamente cerrados. Entónces, sintiendo los primeros síntomas de la sofocacion, se precipitaron en tropel hácia la puerta de entrada.... Encontráronla tapiada de manera que resistió á sus esfuerzos reunidos para franquearse la salida.... ¡Todos murieron asfixiados...!

Como se ve, los abbaditas de Sevilla usaban con sus enemigos los mismos procedimientos que emplearon en Siria los abbasidas contra los omiadas.

Inquieto el jóven Moah con la tardanza de sus parientes y amigos acercóse á al-Motadhid para inquirir la causa. El Príncipe sevillano le contó la verdad sin rodeos. Moah perdió el color y flaqueáronle las piernas.

—Tranquilízate, le dijo el Príncipe con semblante afectuoso y acento reposado, nada tienes que temer de mí. Tus deudos, parientes y amigos merecian la muerte que les he dado por haber pensado un solo instante en quitarme la vida.

Has de saber que yo no dormia cuando alguno propuso asesinarme, que oí sus palabras; pero tambien llegaron las tuyas hasta mis oidos. Á tí, pues, y sólo á tí debo la vida y jamás lo olvidaré. Elige entre vivir á mi lado y participar de todas mis riquezas, ó volver á Ronda, donde te seguirán los testimonios de mi eterno agradecimiento.

—¡Que Dios me perdone, señor! respondió Moah arrasados los ojos en lágrimas; ¿cómo quieres que regrese y viva en Ronda, donde todo excitará en mi alma el recuerdo de los que acaban de morir...?

—En este caso, prosiguió al-Motadhid, permanece en Sevilla, donde procuraré hacerte olvidar tus penas.—Y, dirigiéndose á un sirviente, continuó:—Cuida que se disponga y provea uno de mis alcázares para alojar en él á Moah. Harás llevar á él diez mil monedas de oro, diez caballos enjaezados, treinta jóvenes escogidas entre las más hermosas y diez esclavos.—Y, volviendo el rostro á Moah, le dijo:—Hágote donacion de por vida de una renta anual de doce mil monedas de oro.

Moah vivió en Sevilla en la mayor opulencia. Cada dia al-Motadhid le enviaba un regalo de gran precio; dióle un mando importante en el ejército y le señaló asiento en el Consejo de Estado. Todo le parecia poco para premiar á quien le habia salvado la vida.

La noticia del bárbaro asesinato de los príncipes y caballeros berberiscos en Sevilla se difundió con la rapidez de la luz en Andalucía, causando estupor, alegría ó indignacion, segun la naturaleza de las afecciones que dominaban en cada una de las grandes agrupaciones que componian la familia musulmana. Los africanos rugieron como fieras y juraron tomar ejecutiva y sangrienta venganza; los eslavos y alameríes se pusieron á la expectativa, y los árabes moradores en

los pueblos cuyos príncipes habian sido asesinados se levantaron como un solo hombre contra sus opresores, trabando con ellos sangrientas refriegas en las calles de las ciudades. Todo esto lo tenía previsto al-Motadhid, y prueba de ello es que casi al mismo tiempo que la noticia de aquella inhumana tragedia llegaban á Moron, Ronda, Arcos, Jerez y otras ciudades, capitales de Estado ó de distrito, cuerpos de tropas sevillanas que, ayudadas por la poblacion árabe, tomaban posesion de ellas á poca costa. En Ronda fué donde más se hicieron sentir los estragos de la venganza árabe, alentada con la presencia de las tropas auxiliares. La gran mayoría de las familias berberiscas quedó exterminada con el más ciego furor. La conquista de esta última plaza, una de las mejor fortificadas por el arte y la naturaleza en todas las Andalucías, fué la más celebrada por al-Motadhid, quien, conociendo su importancia como punto estratégico ó centinela avanzado de su frontera del Este sobre Granada y Málaga, dispuso se aumentasen sus fortificaciones hasta hacerla inexpugnable.

Terminadas las obras en la medida de su deseo al-Motadhid fué á inspeccionarlas. Admirado de su fortaleza compuso los siguientes versos, que expresaban su satisfaccion:

«Más fuerte ahora que en tiempo alguno fuistes, eres ¡oh Ronda! la alhaja más valiosa de mi reino. Las férreas lanzas y las cortantes espadas de mis invencibles guerreros me han procurado el placer de poseerte. Al fin tus moradores me llaman su señor, y espero que serán mis más fuertes valedores. ¡Ah! concédame Dios vida bastante y yo sabré acortar la de todos mis enemigos. Los combatiré sin tregua á fin de que no desmaye mi aliento. He pasado al filo de la espada banderas y más banderas, y con cabezas de mis enemigos, ensartadas á manera de perlas de collares, adorno las puertas de mi alcázar» (1).

(1) *Abbad*, tom. I, pág. 247, segun Dozy.

El regocijo de Sevilla por las victorias alcanzadas, y el fabuloso acrecentamiento de su poder, trocáronse muy luego en las inquietudes y tristezas de la guerra. Los berberiscos expulsados de los Estados anexionados en aquellos dias al reino de al-Motadhid se refugiaron, pidiendo venganza, en Granada. El sultan Badis, á quien los últimos sucesos habian enloquecido hasta el punto de rasgar sus vestidos y decretar, rugiendo de furor, el degüello general de los árabes domiciliados en su reino,—decreto que no llegó á ponerse por obra gracias á la cordura del encargado de su ejecucion, el judío Samuel, wasir de Badis—tomó á su cargo satisfacer aquella venganza, proponiéndose castigar ejemplarmente al pérfido y sanguinario enemigo de su raza. Al efecto reunió sus tropas, convocó las banderas y tribus de sus Estados, y puesto al frente de un numeroso ejército, compuesto en su mayor parte de gente allegadiza, penetró á sangre y fuego en territorio sevillano. Al-Motadhid le salió al encuentro con los recursos de su sagaz política y con la fuerza incontrastable, entre los berberiscos, de sus armas. En el primer concepto tuvo habilidad bastante para dar á aquella guerra el carácter de santa, con lo cuál quitó prestigio á la causa de su enemigo y levantó el entusiasmo de los árabes, que creián pelear por la causa de Dios y por la suya propia. Es de saber que los granadinos en aquella época se reputaban como infieles, descreidos y enemigos de la réligion musulmana, por la buena amistad en que vivian con los judíos, hasta el punto de concederles puestos importantes en la gobernacion del Estado. En este concepto, pues, los sevillanos pelearon con tanto ardor á impulso del celo religioso, que derrotaron en varios encuentros el ejército granadino, y obligaron al sultan Badis á regresar vencido y humillado á su capital (1057).

Sevilla celebró con públicos regocijos el triunfo de sus

armas sobre los aborrecidos berberiscos, y sus poetas cantaron la victoria de al-Motadhid.

«Tu espada, decian, se ha cebado en un pueblo que siempre creyó en la religion de Moisés, por más que se da á sí mismo el nombre de berberisco» (1).

Los emigrados de Moron, Ronda, Arcos y Jerez, que fueron la causa ocasional de aquella guerra que tan mal para dos dejó á los berberiscos, y tan alto levantó al partido árabe-andaluz, se encontraron en la situacion más desesperada á resultas de la derrota de Badis. Éste los acusó de haberle engañado con falsas promesas de un levantamiento general en su favor, en el momento que las tropas granadinas pisaran el territorio sevillano, y los expulsó de su reino, tanto por aquel motivo cuanto por excusarse de atender á su subsistencia. Acosados por la necesidad ofreciéronse á al-Motadhid como vasallos fieles, cosa que el Príncipe de Sevilla se guardó muy bien de aceptar, por motivos políticos, y, sobre todo, por no verse obligado á devolverles los bienes que les tenía confiscados. Aquellos desgraciados, viéndose sin patria ni hogar en España, cruzaron el Estrecho y desembarcaron en territorio de Ceuta, donde casi todos murieron de hambre ó de miseria.

En el año siguiente (1058) al-Motadhid, infatigable en la prosecucion de su pensamiento de aniquilar, ó, cuando ménos, reducir á la impotencia la raza berberisca, envió contra Algeciras un cuerpo de ejército, que á poca costa se apoderó de aquella importante plaza de guerra. Su príncipe, el hamudita Casim, pidió y obtuvo permiso para trasladarse á Córdoba, refugio, como dejamos dicho, de todos los reyezuelos destronados por los abbaditas. Esta última conquis-

(1) Ben-al-Wahid y Ben-Khacan, segun Dozy.

ta, á más de dilatar considerablemente por el Este las fronteras del reino de Sevilla, ponia en manos de la Reina del Guadalquivir las llaves de la puerta por donde el África penetró en todos tiempos en la península Ibérica.

Sólo tres obstáculos quedaban yá por vencer para que el reino de Sevilla comprendiese dentro de sus fronteras todas las Andalucías: estos obstáculos eran Córdoba, Granada y Málaga; pero como cada uno de estos grandes Estados era suficientemente poderoso para defender su independencia contra las armas de al-Motadhid, el audaz abbadita recurrió á las artes de la política para someterlos á su dominio, uno despues de otro, con poca ó ninguna efusion de sangre.

Al efecto, pues, dió á entender que daba por terminada la época de las anexiones y conquistas; y que, realizado yá su pensamiento de devolver á la raza árabe-andaluza la supremacía de que la despojaran los africanos, era llegado el momento de anunciar al país un triste acontecimiento, que la prudencia aconsejó tener oculto durante el período guerrero y de grandes complicaciones políticas que acababa de terminar con la conquista de Algeciras. Este acontecimiento era la muerte del califa omiada Hixem II. Los nobles debieron recibir la noticia con la mayor indiferencia: para ellos el nieto de Abderahman el *Magnífico* era un fantasma, que sólo existia de nombre en algunas monedas y en la oracion que diariamente se hacia por él en los púlpitos de las mezquitas. El pueblo de Sevilla no lo vió jamás, ni los cortesanos podian dar señas de su persona. Es posible, dice Dozy, que el esterero de Calatrava hubiese muerto en los años anteriores; y no es imposible que al-Motadhid, poco escrupuloso en la eleccion de los medios para alcanzar los fines de su ambicion, le hubiese hecho matar en aquellos dias, como afirman algunos cronistas, atendido que no necesitando yá para na-

da su nombre ni su persona, era un estorbo, ó, cuando ménos, un objeto completamente inútil. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que en el año 1059 reunió los notables de la Ciudad, los grandes dignatarios y funcionarios de la córte y del gobierno, el alto clero y milicia, y anunció á la asamblea que el califa Hixem habia dejado de existir hacía algun tiempo: que razones de prudencia le aconsejaron no dar publicidad al suceso; pero que, habiendo cesado aquéllas á beneficio de la paz general que disfrutaba el país, no creia yá peligroso anunciar el acontecimiento. La asamblea inclinó la cabeza, convencidos todos sus indivíduos que el dia de hoy era tan bueno como el de mañana para dar por terminada la farsa.

Acto contínuo al-Motadhid comunicó á los príncipes y grandes señores árabes, eslavos y berberiscos amigos, aliados ó vasallos de Sevilla, la muerte del Califa, indicándoles la conveniencia de proceder á la eleccion de su sucesor. ¿Pretenderia el sagaz abbadita arrojar esa eleccion á manera de manzana de la discordia en medio de la sociedad musulmano-española para producir una guerra civil de ambiciones en beneficio exclusivo suyo? Si así fué, el cálculo le salió fallido. Los requeridos contestaron eludiendo el compromiso. Todo el mundo estaba convencido de que el pasado no podia volver, y que el califato de Occidente habia caido para no levantarse jamás.

Entónces anunció que el califa Hixem II le habia nombrado en su testamento amir de toda la España (1); nombramiento que dijo quedaba virtualmente sancionado con la renuncia que los príncipes hicieran de su derecho á elegir un sucesor al difunto Califa. Es probable que nadie, fuera de Se-

(1) Abbad y Abd-al-Wahid.

villa, diese crédito á semejante afirmacion, que en realidad sólo tenía por objeto apoderarse de Córdoba á pretexto de constituir en ella, como en todos tiempos, la capital del amirato.

El presidente Ben-Djewar, Senado y pueblo de Córdoba, á quienes no podia ocultarse la impostura, se negaron á reconocer la validez de aquella disposicion testamentaria. Al-Motadhid puso en juego todos los recursos de su sagacidad para vencer la obstinada resistencia de los cordobeses ántes de recurrir á las armas. Cuatro años próximamente duraron las negociaciones diplomáticas, las promesas, las amenazas y áun los movimientos de las tropas sevillanas amagando invadir el territorio de Córdoba. Al cabo de este tiempo, convencido al-Motadhid de la esterilidad de sus esfuerzos por salvar el tremendo conflicto, declaró resueltamente la guerra á Córdoba y dió el mando del ejército expedicionario á su primogénito Ismail, con órden de establecer su cuartel general á la vista de la antigua capital del califato, en las ruinas de la ciudad de Zahra (1063).

Fué el príncipe Ismail hombre de raras prendas, sabio y moderado en el consejo y entendido é intrépido general sobre el campo de batalla. El pueblo y el ejército le amaban, y su padre le profesaba un cariño entrañable, viendo en él el báculo de su vejez y la esperanza del pueblo sevillano. Sin embargo, de un lado ciertas diferencias de carácter y notorio antagonismo en la manera de apreciar la moralidad de los actos políticos, y del otro los pérfidos consejos de un aventurero llamado Abu-Abdallah Bizilyani, favorito de Ismail, habian entibiado un tanto, en estos últimos tiempos, el amor y respeto entre el padre y el hijo. Quejábase este último de la aspereza de carácter del primero y de su genio violento; y, sobre todo, de lo cara que le hacía comprar la gloria y de

los peligros á que le exponia escatimándole los recursos militares y el número de soldados para hacer la guerra, en tanto que le apremiaba para que diese batallas y sitiase y tomase plazas y pueblos importantes.

En los momentos en que Ismail recibió la órden de marchar sobre Córdoba, la disposicion de su ánimo era tal que bastaba una chispa para inflamar el volcan de su enojo. Como siempre, al-Motadhid se negó á darle el número de tropas que conceptuaba necesario para acometer la empresa con probabilidades de éxito. En vano le hizo presente la seguridad de que el sultan de Granada, amigo y aliado de los cordobeses, acudiria en su auxilio, en cuyo caso él se encontraria en una situacion muy difícil, teniendo que combatir con mermadas fuerzas una ciudad tan poderosa como Córdoba, y al mismo tiempo resistir al ejército granadino, que le atacaria por la espalda. Al-Motadhid se mostró sordo á tan juiciosa observacion. Ismail insistió; y su padre, dejándose arrebatar por la ira, le llamó hijo ingrato, desobediente y cobarde.... «Si tardas un minuto más en cumplir mis órdenes, exclamó ciego de furor, hago rodar tu cabeza sobre esta alfombra!»

Herido en su dignidad, y henchido el pecho de amargura, Ismail salió aquel mismo dia de Sevilla al frente del cuerpo de ejército expedicionario. Bizilyani, su ángel malo, le acompañaba. Dada la disposicion de ánimo del Príncipe no le fué difícil al favorito persuadirle que era llegado el momento de poner por obra un plan que de tiempo atrás venian discutiendo: esto es, que debia huir de quien le trataba más bien como enemigo que como padre, y fundar en cualquiera parte, en Algeciras, verbi-gracia, un principado independiente. Á dos jornadas de Sevilla anunció á sus capitanes que acababa de recibir una carta de su padre en que le manda-

ba regresar á su lado para darle nuevas y más precisas instrucciones. En el acto volvió grupa, seguido de Bizilyani y de unos treinta ginetes de su guardia, hácia Sevilla, donde llegó á noche cerrada, penetrando sigilosamente en la fortaleza. Al-Motadhid se encontraba ausente en el castillo de Zahir, situado en la márgen derecha del Guadalquivir. Á favor de la sorpresa que causó la inesperada presencia de Ismail, y de la confusion que ocasionaron las órdenes que daba, pudo hacerse dueño del Alcázar, cargar sin oposicion sobre mulas los tesoros de su padre y arrastrar consigo á su madre y las damas del serrallo, tomando precipitadamente el camino de Algeciras. «Mas ántes tuvo la precaucion de mandar echar á pique las barcas amarradas delante de la ciudadela.

»Apesar de las precáuciones que tomó para que la noticia de su loca empresa no llegase inmediatamente á oidos de su padre, éste tuvo muy luego conocimiento del suceso por un caballero del séquito de Ismail que, desaprobando tan punible conducta, cruzó á nado el rio y dió la alarma en Zahir.» (1). Al-Motadhid regresó apresuradamente á Sevilla y dió las órdenes más severas y terminantes para que

(1) Los párrafos que ponemos entre comillas, tomados de la *Hist. des Musul. d'Esp.* por Dozy, producen ciertas dudas en la imaginacion de quien tenga conocimiento exacto de la topografía de nuestra Ciudad; porque ¿á qué fortaleza alude Dozy, ó el cronista árabe que traduce? No puede ser el castillo de Triana, dado que se encuentra en la orilla derecha del Guadalquivir; tampoco el Alcázar, vista la distancia que le separa del rio. ¿Será el palacio de Bib-ar-Ragel, situado en la plaza que hoy todavía conserva este nombre, y en cuyo emplazamiento se fundó más tarde el convento de religiosas de San Clemente? De todas maneras es de extrañar que, existiendo el puente de barcas que une á Sevilla con Triana, Ismail recurriese al expediente mencionado para cortar la comunicacion en-

sin perder minutos saliesen partidas de caballería en todas direcciones, que diesen alcance y redujesen á prision á su hijo; al mismo tiempo envió correos á los gobernadores de los castillos de sus Estados intimándoles que no le admitiesen dentro de sus muros. Los correos pusieron tanta diligencia que se adelantaron al Príncipe, quien caminaba á cortas jornadas, embarazado con el cuidado de las damas y el mucho bagaje que llevaba.

Entretanto Ismail llegaba sin contratiempo á las inmediaciones de una fortaleza importante construida sobre un empinado cerro en los confines del distrito de Sidonia. Pidió alojamiento á su gobernador, llamado Hassadi, que se negó á dárselo, intimándole que permaneciese al pié del cerro, donde muy luego bajó acompañado de buen número de soldados. En la conferencia que tuvieron, Hassadi le pintó con vivos colores lo comprometido de su situacion y le aconsejó que se reconciliase con su padre, ofreciéndole su mediacion. Ismail, viendo que su plan habia naufragado, aceptó el consejo y autorizó al leal gobernador para solicitar su perdon. Entónces Hassadi le dió entrada en el castillo, disponiendo que el Príncipe fuese tratado en él con la consideracion debida á su alta jerarquía. Esto dispuesto, dióse prisa á escribir á al-Motadhid, dándole cuenta de lo ocurrido, y manifestándole que el Príncipe, sinceramente arrepentido de su loca tentativa, le suplicaba le perdonase. La respuesta no se hizo esperar; era afectuosa: al-Motadhid perdonaba á su hijo y le rogaba que volviese á su lado.

Ismail regresó á Sevilla. Su padre le trató con suma be-

---

tre ámbas orillas del rio, y que el caballero que llevó la noticia á Al-Motadhid tuviese que cruzarlo á nado. ¿No podria ser que el mal aconsejado Príncipe mandase cortar el puente, echando á pique las barcas más inmediatas á la fortaleza ó castillo de Triana?

nevolencia y le dejó todos sus honores y bienes; pero le hizo vigilar de cerca y mandó cortar la cabeza á Bizilyani y á todos aquellos de sus consejeros ó cómplices que pudo poner en prision. Súpolo el Príncipe, y como conocia harto bien el carácter rencoroso y la doblez de su padre sospechó que el perdon otorgado era un lazo que le tendia para asegurar la venganza de su agravio. En su consecuencia juró prevenir con un parricidio la muerte que veia constantemente suspendida sobre su cabeza. Al efecto ganó á fuerza de oro y promesas algunos de sus guardias y esclavos, reuniólos una noche en un lugar apartado; los embriagó con vino, y excitó hasta el delirio su codicia, mostrándoles grandes montones de oro que puso á su disposicion, y ántes que se disipase la exaltacion que se habia apoderado de ellos, penetró sigilosamente á su cabeza en las habitaciones de su padre, resuelto á sorprenderle dormido y darle muerte. Pero los hombres como al-Motadhid viven vigilantes—verdad es que si no vivieran así sus dias pasarian como las tormentas de verano —y no duermen, ó cuando duermen lo hacen con un ojo abierto, como dice el adagio vulgar;—así es que se presentó de improviso, sorprendiendo por la espalda á los conjurados, seguido de un numeroso peloton de guardias de su persona.

La escena fué horrible; los conjurados que no pudieron huir fueron despedazados en el acto. Ismail logró escapar y salvar la muralla de la fortaleza; pero, como todos los alrededores estaban tomados de antemano, cayó en poder de los soldados, que le condujeron agarrotado á la presencia de su padre. Éste, en el paroxismo del furor, le hizo arrastrar á una estancia secreta; y allí, encerrado con él sin testigos, le cosió á puñaladas....

El suplicio de aquel hijo, no ménos criminal que des-

venturado, fué inmediatamente seguido de la muerte de todos los que más ó ménos directamente habian tomado parte en su sacrílego atentado. Al-Motadhid castigó con sevicia á sus amigos, sirvientes, esclavos, y hasta á las damas de su serrallo. Hubo en Sevilla numerosas ejecuciones públicas y secretas, y horribles mutilaciones. El hacha del verdugo cercenó infinitas cabezas, manos, piés, orejas y narices, y las aguas del Guadalquivir guardaron no pocos cadáveres arrojados en ellas durante la oscuridad de la noche.

Saciada su hidrópica sed de sangre, el tirano quedó sumido en una sombría tristeza. Aquel hijo, que se habia hecho reo de los mayores crímenes intentando asesinarle, y que le habia arrebatado sus mujeres y sus tesoros, era, en efecto, el mayor de los criminales y merecia la muerte que recibió; pero al-Motadhid no podia olvidar que le habia amado entrañablemente—pues aquel adusto tirano, en medio del endurecimiento de su alma, idolatraba á sus hijos—y que en él cifrára todas las esperanzas de su vejez.

Refiere un wazir sevillano que el tercer dia despues de aquella sangrienta catástrofe entró con sus colegas en la sala del Consejo. «El rostro de al-Motadhid, dice, tenía una expresion espantosa; sobrecogiónos el miedo al saludarle, y apénas si acertamos á balbucear algunas palabras. El Príncipe nos midió de los piés á la cabeza con mirada escrutadora, y, lanzando un grito á manera de rugido de leon, exclamó: —¡Miserables! ¿qué significa ese silencio...? ¿Venís á regocijaros en mi dolor...? ¡Salid de aquí!»

Por la primera vez acaso en su vida aquella voluntad de hierro, aquella indomable energía sentíanse quebrantadas. Su corazon, hasta entónces invulnerable, habia recibido una herida mortal.

Dicho se está que hubo de renunciar, por el momento,

á sus proyectos de conquista del reino de Córdoba. Verdad es, por otra parte, que en aquellos dias le asaltó una grave complicacion, que le obligó á reconcentrar toda su inteligencia en buscar los medios de hacer frente al mayor de los peligros que hasta entónces le habian asaltado. La inmensa oleada cristiana procedente del Norte de la Península avanzaba irresistible hácia las playas andaluzas, arrollando hácia las africanas el flujo de la civilizacion musulmana.

En esta época la cruz de Pelayo, levantada en alto por un gran rey y rodeada de prelados y de esforzados guerreros, entró por primera vez, despues de 349 años de eclipse, en territorio sevillano, en són de reivindicar el suelo que de derecho le pertenecia.

Yá era tiempo.

Bosquejemos rápidamente los precedentes de la nueva faz en que vamos á ver entrar la historia de Sevilla.

CAPÍTULO XVI.

Breve ojeada sobre los reinos cristianos del Norte de la Península.—Fernando I, el Magno.—Primeras excursiones de los cristianos en territorio sevillano.—Embajada de Fernando I en Sevilla.—Invencion del cuerpo de San Isidoro, y traslacion á Castilla.—Conquista de Málaga por al-Motadhid.—Sorpresa y desastre de los sevillanos en Málaga.—Conquista definitiva de Carmona.—Primera aparicion de los almoravides en la escena del mundo.—Muerte de al-Motadhid.—Su carácter y crueldades.

«Uno de los daños que padeció la nacion española en tiempo que los moros mandaban en España, dice Sandoval (1), fué haber tantos reyes y tan mal avenidos, que es cierto que si los cristianos se hicieran á una, y levantáran una sola cabeza, no duráran tanto los moros en esta tierra. Y tambien es cierto que si los moros no se dividieran entre sí, levantándose cada capitan ó gobernador con su ciudad ó provincia, los *cristianos fueran de todo punto muertos.*» Los hechos que dejamos relatados, y los que vamos á relatar, justifican plenamente esta asersion del sabio historiador obispo de Pamplona.

Á la muerte de Almanzor el *Grande,* y durante el minis-

(1) Continuacion de la *Crónica general* de Ambrosio de Morales, lib. XVIII, cap. I.

terio de su hijo Mudafar, hasta 1008, el imperio musulman de Córdoba se extendia por toda, absolutamente toda la península Ibérica. Los españoles todos, sin excepcion de reinos, estados ó provincias, eran súbditos, vasallos ó tributarios del Califa de Occidente. Poco más de medio siglo despues, esto es, en 1063, Córdoba, Sevilla, Toledo, Valencia, Badajoz, la mayor parte, en fin, de los reinos, estados y provincias musulmanas de España, fueron vasallos y tributarios de los cristianos de Leon y Castilla.

En aquella fecha—la de 1008—reinaba en Leon Alfonso V, hijo y sucesor de Bermudo el *Gotoso.* Alfonso convocó el célebre concilio de Leon, primeras Córtes de Castilla reunidas despues de la conquista musulmana; haciéndose acreedor, por aquel acto, al título de *Rey de los buenos fueros,* con que le enaltece la historia. En su tiempo las armas cristianas comenzaron á tomar la ofensiva con carácter de conquistadoras. Alfonso V murió en Mayo de 1027, en el cerco de Viseo, en Portugal.

En la misma época reinaban: en Castilla Sancho, que mereció de la posteridad, por su carácter justiciero y legislador, el dictado de *Sancho el de los buenos fueros;* y en Navarra, Sancho el *Mayor,* que dió el memorable *Fuero de Nájera.* Y hé aquí cómo en el mismo momento histórico en que el expléndido califato de Córdoba se fraccionaba y eclipsaba rápidamente, los modestos reinos de Leon, Castilla y Navarra salian de la oscuridad y entraban resueltamente en el camino de la luz y del progreso, que los conducia insensiblemente hácia la unidad nacional.

En 1028 Bermudo III, hijo y sucesor de Alfonso V, se unió en matrimonio con una hermana de García II, hijo de Sancho. Otra hermana del Conde de Castilla estaba casada con Sancho de Navarra; de suerte que los tres soberanos de

Leon, Castilla y Navarra estaban enmparentados en igual grado de afinidad. Con objeto de estrechar más estos lazos, en 1029 se concertó el matrimonio de Sancha, otra hermana de Bermudo III, con García II de Castilla, que fué asesinado alevosamente el mismo dia de su casamiento. En él terminó la línea masculina de la estirpe de Fernan Gonzalez, quedando dos princesas casadas, la una con Bermudo III y la otra con Sancho el *Grande* de Navarra. Este último se anticipó al leonés en tomar posesion del condado de Castilla, donde fué reconocido por la nobleza y el pueblo.

Sancho el *Grande*, pues, se hizo el más poderoso de los reyes cristianos del Norte de la Península. Á fin de poner término á la discordia que entre los reyes de Leon y Navarra ocasionáran los asuntos de Castilla, se concertó el matrimonio de la hermana de Bermudo III, ántes prometida esposa del asesinado García II, con el infante Fernando, hijo segundo de Sancho de Navarra. El leonés concedió á su cuñado la soberanía de aquellos Estados con el título de Rey de Castilla (1032).

En el año siguiente Sancho el *Grande*, bajo frívolos pretextos, hizo la guerra á Bermudo y se apoderó de los Estados de Leon, Astorga, Astúrias y el Vierzo, hasta las fronteras de Galicia, país donde se refugió Bermudo. Por Febrero de 1035 murió Sancho de Navarra, dejando repartido su extenso reino entre sus cuatro hijos. Este funesto error político, tantas veces repetido en la historia de los reyes de España, fué causa de una desastrosa guerra civil, que terminó en 1037 con el triunfo de Fernando, rey de Castilla, sobre todos sus competidores, y la muerte de Bermudo III sobre el campo de batalla del valle de Tamaron. En él terminó la línea masculina de los reyes de Asturias y Leon, que se remontaba hasta Pelayo y se enlazaba con la monarquía visigoda. Las coronas de

Castilla y Leon vinieron á reunirse sobre la frente de un príncipe navarro, hijo de D.ª Mayor, hija del Conde de Castilla y casado con D.ª Sancha, hermana de Bermudo III de Leon.

Los primeros años de su reinado trascurrieron entre los cuidados de la organizacion del gobierno de sus vastos Estados y el trabajo de sosegar los disturbios interiores, que así allende como aquende del Duero ensangrentaban el suelo de España. La batalla de Atapuerca, donde quedó vencido y muerto el rey de Navarra, hermano del de Leon, devolvió la paz al país cristiano. Fernando I pudo entregarse entónces con holgura á sus generosos pensamientos de reconquista, que fueron el rasgo más señalado de su carácter. Sabedor de que los musulmanes no se encontraban en estado de resistir el empuje de sus armas, faltos yá de unidad de miras, de espíritu marcial y de entusiasmo religioso, en la primavera del año 1055 abrió su primera campaña contra ellos, penetrando por las cercanías de Almeida en Portugal, donde tomó por asalto la importante fortaleza de Sena (Cea). En los siguientes (1056 y 57) invadió los Estados lusitánicos del rey de Badajoz al-Modhafar y conquistó Viseo y la inexpugnable fortaleza de Lamego, cuyos recios murallones resistieron largo tiempo el formidable tren de máquinas de batir con que los aportilló; finalmente, en 1058 rindió la ciudad de Coimbra (1) despues de seis meses de asedio. Con aquellas cuatro venturosas campañas arrebató definitivamente del poder de los musulmanes toda la parte superior de Portugal lindante con Galicia y tremoló su pendon aquende el rio Mondego (2). En 1059 abrió nueva campaña

(1) *Crónica* de Pelayo, obispo de Oviedo.

(2) Monje de Silos.

contra los Estados de al-Mamun, rey de Toledo; hizo tributaria la floreciente ciudad de Talamanca, conquistó Alcolea, Madrid, Guadalajara, y llegó delante de los muros de la antigua Compluto, que á la sazon comenzaba á llamarse Alcalá de Henares. Cercóla tan estrechamente, que sus habitantes y guarnicion hicieron saber al Soberano que si no acudia con presteza en su auxilio tendrian que rendir la plaza á los cristianos. Falto de fuerzas para rechazar al enemigo, al-Mamun tomó el prudente partido de pedir la paz á Fernando I, ofreciéndole en cambio ricos presentes en oro y piedras preciosas, y hacerse su vasallo y tributario como los reyes de Badajoz y de Zaragoza (1).

En 1063 el Rey de Castilla y Leon, que se habia propuesto por modelo á Almanzor el *Grande* en esto de señalar cada uno de los años de su reinado con una campaña contra los infieles, resolvió atacar los Estados del poderoso Rey de Sevilla. Al efecto, y como la empresa era magna, convocó los obispos, rico-hombres, grandes y pequeños vasallos de su corona, y, al frente del mayor ejército que hasta entónces habia acaudillado, penetró en Andalucía por Extremadura, ó sea por la parte de Portugal que cae al Sur del Mondego, llegando hasta el territorio sevillano, donde tomó algunos castillos y taló é incendió vários pueblos. Por más que al-Motadhid fuese el monarca más poderoso de Andalucía, aquel que podia disponer de más numeroso y aguerrido ejército, aquel, en fin, cuyas armas victoriosas hacian temblar sobre su trono á todos los soberanos musulmanes de España, no se creyó con fuerza bastante para resistir aquella impetuosa invasion, que amenazaba llegar en horas al pié de los muros de Sevilla; mas no por eso renunció á combatirla, si bien con

(1) Monje de Silos, *Cronicon Compostelano*.

las armas de su sagaz política, contra las cuales no estaban avezados á pelear los cristianos.

Al efecto, pues, seguido de un brillante acompañamiento dirigióse al campo cristiano y se presentó á Fernando, á quien ofreció, en primer lugar, magníficos regalos y luégo trató de conmover con la elocuencia de su palabra á fin de librar su reino de los horrores de la guerra, ofreciéndose á pagarle un crecido tributo anual. El noble Rey de Castilla y Leon, que probáblemente ignoraba la astucia política y el endurecimiento de corazon de aquel hombre de aspecto imponente y á la par respetable, en cuyo semblante se reflejaba con viva luz la majestad real, se dejó ablandar por sus ruegos, y le ofreció serian atendidos, prévia consulta á los prohombres de su Consejo.

Reunidos los obispos y los grandes, Fernando expuso la peticion del Rey de Sevilla y les pidió su parecer. El Consejo decidió y resolvió la cuantía del tributo que al-Motadhid deberia pagar anualmente al Tesoro del Rey de Castilla y Leon, y además acordó que se le exigiera la entrega del cuerpo de Santa Justa, vírgen y mártir de la persecucion romana en tiempo de Diocleciano, á los embajadores que le serian enviados. No hay que decir con cuánta alegría al-Motadhid aceptaria estas condiciones,—y sobre todo la segunda, de la que se prometia sacar mucho partido en descargo de la primera—merced á las cuales salvaba su reino y dinastía de ser presa de los reyes cristianos. En cumplimiento de lo pactado, Fernando I levantó su campo y regresó á sus Estados.

Llegado á su capital nombró una embajada compuesta de Alvito obispo de Leon, Ordoño obispo de Astorga, el conde D. Nuño, el conde D. Fernando, el conde D. Gonzalo y otros caballeros de su casa y corte, á quienes dió la comi-

sion de venir á Sevilla para recoger el cuerpo de la santa y mártir Justa y trasladarlo á Leon. La embajada se puso inmediatamente en camino y llegó bien escoltada y sin contratiempo á la córte de al-Motadhid.

El suceso bien merece que lo detallemos, siquiera por la novedad del caso, y por ser la vez primera que despues de una larguísima serie de años el nombre cristiano suena y aparece en la arábiga Sevilla; y no en humilde condicion, sino imponiendo leyes y levantándose muy por encima del nombre musulman. Además, da testimonio de su certeza un cronista coetáneo, el *monje de Silos* (1), que conoció los prelados y caballeros embajadores del rey D. Fernando, que vinieron á Sevilla, y oyó de sus labios la relacion del suceso (2).

«Los embajadores llegados á Sevilla propusieron al rey moro (3), que respondió estaba dispuesto á cumplir las promesas hechas al rey de Leon; pero que tropezaba con la dificultad que ni él ni ninguno de los moradores de Sevilla sabía ni les podia decir dónde estuviese el cuerpo que pedian: sin embargo, que les daba ámplias facultades para buscarlo, y hallado que lo hubieran, se lo llevasen en buena hora.»

Siendo infructuosas cuantas diligencias practicaron los

(1) *Monj. de Sil.*, c. 91-93.

(2) *Cron.* de Pelayo, obispo de Oviedo, dice: «Fernando fué tambien el que en la era de MLXXV hizo trasladar de la metrópoli de Sevilla á Leon el cuerpo del obispo San Isidoro por mano de los prelados Alvito, de Leon, y Ordoño, de Astorga.»

(3) El obispo de Pamplona, Sandoval, de quien la tomamos, que fué el primero que tradujo al romance la relacion de este suceso, dice al lib. XVIII, cap. I, de su continuacion de la *Cron.* de A. de M., lo siguiente: «.... por haberla hallado escrita con letra lombarda, que es la que usaron los godos, y ordenada por un monje que conoció los prelados y caballeros embajadores del rey don Fernando,» etc., etc.

embajadores para descubrir la preciada reliquia, el obispo Alvito reunió sus compañeros y les hizo el siguiente razonamiento: «Yá veis, señores, cuán en vano será nuestro camino si la misericordia de Dios no nos ayuda; por ende conviene que pidamos su favor y auxilio, y para merecerlos ayunemos y oremos durante tres dias seguidos, suplicando á la Majestad Divina se sirva descubrirnos lo que deseamos.» Á todos pareció bien lo que el santo Obispo decia y lo pusieron inmediatamente por obra.

Á la hora de anochecer del tercer dia de esta penitencia Alvito se retiró y puso en oracion, suplicando á Nuestro Señor que le otorgase lo que con tanta instancia habíale pedido. Estando en la oracion, sentado en un sitial, sorprendióle el sueño; y, embelesado en él, se le apareció un varon rodeado de vivos resplandores celestiales, venerable, con luenga barba blanca y vestido como obispo, que le dijo:—«Sé que tú y tus compañeros sois aquí venidos para llevar el cuerpo de Santa Justa. Dios no quiere que esta ciudad quede privada de un bien tan grande; pero su bondad divina tampoco quiere que os volvais con las manos vacías y ha dispuesto que os lleveis mi cuerpo. Tomadlo, pues, é idos en santa paz á vuestra tierra.» Alvito preguntó á la celeste vision quién era y qué autoridad era la suya para hablarle así.—«Soy, respondió, el doctor de las Españas y obispo de esta ciudad, Isidoro.» Y esto dicho desapareció.

Alvito despertó; reunió de nuevo á sus compañeros, y les refirió la merced que durante su sueño el Señor se habia servido hacerle. Todos se pusieron en oracion y pidieron á Dios que si aquella vision era divina la viera Alvito otras dos veces, y si no que no se le apareciese más. El santo Obispo oró y se durmió por segunda vez, y vió al venerable varon, que le repitió las mismas palabras. Despertó gozoso, durmióse por ter-

cera vez, y, como las anteriores, la vision divina se le apareció, completando su revelacion con dar tres golpes sobre el suelo con el báculo pastoral que tenía en la mano, diciendo: «Aquí, aquí, aquí hallaréis mi cuerpo. Y para que no pienses que es vision fantástica que te engaña, sábete que una vez hallado mi cuerpo Dios aliviará tu alma del peso del suyo, y llevarte há á gozar de los bienes eternos en nuestra compañía.» No siendo yá posible la duda para Alvito dió cuenta á sus compañeros de todo lo ocurrido y les manifestó que debian conformarse con la voluntad divina y darle gracias, porque á falta de las reliquias de la santa vírgen y mártir, les permitia llevarse otra de no ménos estima, como era el cuerpo de san Isidoro, obispo que fué de Sevilla y doctor de las Españas.

Á seguida dirigióse la embajada al palacio de al-Motadhid y Alvito le refirió circunstanciadamente el milagroso suceso de la vision y le pidió permiso para llevarse el cuerpo de san Isidoro, en lugar del de santa Justa.

La narracion del obispo leonés debió causar singular sorpresa en un hombre tan escéptico y descreido en materia de religiones como al-Motadhid, que, despreciándolas todas, incluso la suya, decia en un poema que compuso á la oracion que los musulmanes rezan por la mañana en las mezquitas: «*Debemos beber á la hora del alba, es un dogma religioso. Aquel que no cree en él es un verdadero pagano.* Sin embargo, escuchó grave é imperturbable la relacion de Alvito, y cuando éste hubo concluido de hablar exclamó con falso acento de dolor: «Si os doy á Isidoro ¡quién quedará aquí conmigo....! Mas cúmplase la voluntad de Dios; eres hombre demasiado venerable para que yo te niegue nada, y yo demasiado esclavo de mi palabra para faltar á la que dí al rey Fernando. Busca, pues, el cuerpo de Isidoro y llévatelo, por muy doloroso que me sea!» Teniendo un crecido tributo que pagar

el astuto al-Motadhid, esperaba descontar el valor de las reliquias del total de la suma.

Los embajadores salieron altamente complacidos de la presencia del rey de Sevilla y se dirigieron al lugar que Alvito dijo habérsele indicado. En él hallaron las señales de los tres golpes que la celestial vision diera con el báculo pastoral y procedieron inmediatamente á remover la tierra. No mucho tardaron en descubrir un ataud de madera de ciprés y enebro, del que se exhaló *una niebla olorosísima, que, como un rocío, cayó sobre los cabellos y barbas de los que presentes estaban.* El mismo dia de la invencion del cuerpo de san Isidoro comenzó á enfermar el obispo Alvito, que falleció dentro de los siete dias siguientes.

El de Astorga Ordoño, los condes Nuño, Fernando, Gonzalez y los demás caballeros del séquito recogieron las reliquias de san Isidoro y el cuerpo de Alvito y se pusieron en camino de Leon. Mas ántes de salir de Sevilla, al-Motadhid acudió al encuentro del fúnebre cortejo, y con fingido llanto y simulada ternura exclamó, en tanto que de su propia mano cubria el sarcófago con un paño de brocado de maravillosa labor: *¡Cómo te vas de aquí, Isidoro, varon venerable! ¡Tú sabes bien mis cosas, como las tuyas!.... Suplico te acuerdes siempre de mí....*

Pedir más irritante hipocresía en un hombre sería pedir un imposible. Este solo rasgo pinta con vivísimos colores el carácter de al-Motadhid.

La humillacion que acababa de sufrir de parte de un monarca cristiano quiso vengarla en un soberano correligionario suyo. En esto obedecia á las exigencias de su ambicion y á la necesidad de rehabilitarse en la opinion pública, que se le mostraba un tanto adversa desde que se vió convertido de soberbio conquistador en humilde tributario de un rey ex-

tranjero y cristiano. Hácia Málaga se dirigieron sus codiciosas miradas y contra ella apuntó el fuego de revés de su pérfida política.

Érale notorio que los árabes de aquella ciudad, sometidos hacía algunos años al dominio del Sultan de Granada, maldecian tan pesado yugo y suspiraban por el dia de su libertad. De tiempo atrás estaban en secreta inteligencia con el rey de Sevilla, no ménos tirano en el fondo que el de Granada, pero que tenía en su favor la diferencia que existe entre una fiera civilizada y otra fiera entregada á todos sus instintos brutales en las lindes del desierto. Así las cosas, y en vista de la necesidad que tenía de recuperar por algun lado el terreno que le acababan de hacer perder los cristianos, reanudó ó activó la trama que urdia en Málaga y organizó una vasta conspiracion para hacerse dueño de aquel Estado. El sultan Badis parecia tomar á empeño favorecerle en sus proyectos, tan descuidado vivia entregado á los excesos de sus brutales pasiones, sin ocuparse para nada de los negocios del Estado, cuya direccion tenía confiada á su wasir el judío José, hijo de Samuel.

En el dia señalado la conjuracion de los árabes malagueños, que tenía ramificaciones en veinticinco fortalezas, estalló en la capital y en todos aquellos puntos á la vez. Con su explosion coincidió la entrada en territorio de Málaga de un numeroso ejército sevillano, acaudillado por el hijo de al-Motadhid, que más adelante se llamó *al-Motamid*. Los berberiscos, cogidos entre dos fuegos, fueron en su mayor parte pasados al filo de la espada. En ménos de una semana todo el principado de Málaga estaba en poder del Príncipe de Sevilla. Sólo el castillo de Gibralfaro, defendido por una numerosa guarnicion de soldados negros, resistia las armas sevillanas. Por su situacion sobre una montaña, bien fortifi-

cado y dominando la ciudad, hacía precaria la situacion de las tropas del príncipe al-Motamid, además de ser un auxiliar poderoso de la causa del Sultan de Granada, que no podia tardar en volver por la integridad del territorio de sus Estados.

Así se lo manifestaron repetidas veces al Príncipe los generales sevillanos, á fin de que estrechase el cerco del castillo, y tambien le aconsejaron que no se fiase ni poco ni mucho de los berberiscos, que en gran número militaban en su ejército. Al-Motamid no dió oidos, cual debiera, á estos prudentes consejos. Indolente y gran señor de suyo, holgábase entre los festejos que le hacía la poblacion de Málaga, á quien tenía encantada con su generosidad, su talento y lo seductor de su trato y maneras. Naturaleza simpática y nada desconfiada, daba oidos á las falsas palabras de lealtad con que le adormecian los caballeros berberiscos, secretos partidarios de Badis, que en interés de la causa del Sultan de Granada le decian que tenian poderosos motivos para saber que Gibralfaro se entregaria muy pronto á discrecion. Por otra parte, los soldados sevillanos, tomando ejemplo de su caudillo, cuidábanse más de darse buena vida que de la vigilancia y puntualidad del servicio requerida en tiempo de guerra y al frente del enemigo.

Esa necia confianza les fué á todos fatal. Los partidarios que tenía Badis en Málaga hicieron llegar á su conocimiento el descuido en que vivian las tropas sevillanas y le persuadieron de la facilidad con que podria sorprenderlas. El Sultan se puso á la cabeza de su ejército, cruzó las sierras con tanta diligencia como secreto, y cayó como un alud sobre Málaga, sorprendiendo á al-Motamid, que no tuvo noticia de su llegada hasta que oyó el clamor de sus soldados perseguidos sin cuartel por los granadinos en las calles de la ciudad. Allí no hubo ataque ni defensa, ni siquiera comba-

tes parciales. Los sevillanos desarmados, y no pocos embriagados, fueron sorprendidos y ferozmente acuchillados por los berberiscos de Badis. El Príncipe se salvó, no sin trabajo, retirándose con las tristes reliquias de su ejército sobre Ronda.

No hay palabras que puedan expresar el acceso de furor que se apoderó de al-Motadhid al recibir la terrible nueva de la pérdida de su brillante ejército y del magnífico principado de Málaga por injustificable y punible descuido de su hijo. En el acto envió á Ronda órdenes para que se pusiese en estrecha prision al Príncipe y á sus generales; y creciendo en él la indignacion á medida que reflexionaba sobre lo ocurrido, se propuso hacerle pagar con la cabeza la falta que habia cometido, olvidando que todavía atenaceaba su corazon el remordimiento de la muerte de su primogénito.

Temeroso de ver caer como el rayo sobre su cabeza la cólera de su padre, al-Motamid le escribió vários poemas en los cuales, á vuelta de sonoras frases en que pintaba su generosidad, le dirigia patéticos conceptos que le movieran á clemencia. En uno de ellos le decia, recordándole sus antiguos triunfos:

«¡Cuántas espléndidas victorias no has alcanzado yá, victorias de que hablarán los siglos futuros en tu elogio! »Las caravanas llevaron tu fama hasta los confines de la tierra, y cuando los árabes del desierto se reunen al pálido resplandor de la luna para contar historias de guerreros famosos, sólo hablan de tus proezas.»

En otro poema trataba de hacer responsable del desastre á la perfidia de los berberiscos, y pintaba con vivos colores la profunda tristeza que embargaba su alma al recuerdo del justísimo enojo de su padre. Decia:

«Estremécese mi alma; mis ojos pierden su luz y mi voz »se apaga. La palidez cubre mis mejillas, y no estoy enfer-

»mo: mis cabellos se vuelven blancos, siendo jóven todavía. »Nada me puede devolver el bien perdido de la alegría: el »néctar que rebosa de la copa, y la voz de las cantoras, se me »han hecho indiferentes: las doncellas de ojos que brillan »como las estrellas del firmamento bajo el cielo de Andalu- »cía, y las de mirada dulce y tímida como la gacela, han per- »dido el imperio que ejercieron sobre mi alma. No es esto »decir que me haya hecho místico musulman ó me entregue »á las prácticas de una hipócrita santurronería; nó, te lo juro: »por el contrario, siento correr por mis venas la ardiente »sangre de la juventud. Mi solo afan, mi único deseo es el »alcanzar tu perdon y atravesar con mi lanza el corazon de »tus enemigos.»

Al cabo al-Motadhid se dejó vencer por las súplicas y los poemas de su hijo, dado que gustaba mucho de los buenos versos, y además á ruegos de un piadoso faquí de Ronda, que se interesó por el jóven Príncipe. Empero el principado de Málaga quedaba por siempre perdido para Sevilla. En 1067 la inconstante fortuna le indemnizó en parte de aquellos quebrantos dándole por conquista la inexpugnable plaza de Carmona, que quedó definitivamente incorporada á su reino.

Dos años ántes (1065) habia fallecido (1) el príncipe que por su infatigable teson en combatir á los musulmanes, su valor á toda prueba, su santa é ilustrada piedad y la austeridad de sus costumbres fué modelo de reyes españoles. No fué muerte la de Fernando I el Grande; fué tránsito que coronó una vida ejemplar y bella.

Sevilla le debe un monumento de gratitud, por haber sido el primer rey cristiano que desde el malogrado Rodrigo, el vendido y vencido en Guadi-Becca, la cubrió con su mi-

(1) Mártes 27 de Diciembre de 1065, á la hora de sexta.

rada é intentó la empresa de arrebatarla á los musulmanes para devolverla á la verdadera España.

No mucho le duró á al-Motadhid la satisfaccion de verse libre de su adversario el más terrible, y contra el cual nada podian las artes de su maquiavélica política. Poco más de cuatro años le sobrevivió, durante los cuales vivió atormentado por los más tristes presentimientos. Y no es que le inquietase el temor de ver destruido por los castellanos el trono que habia fundado por medio de la astucia, de la traicion y de la perfidia; sus preocupaciones tomaban otro rumbo. La profecía de sus astrólogos, que le anunciára que su dinastía sería destruida por hombres no nacidos en España, se acercaba al tiempo de su cumplimiento. Durante muchos años creyó que se referia á los berberiscos españoles; pero habiéndolos vencido ó exterminado, burlando así el decreto de los astros, comenzaba á sospechar que se habia engañado.

Del lado allá del Estrecho enjambres de bárbaros, sacados de sus desiertos por una especie de profeta, avanzaban por el África cual torrente desbordado, caminando veloces y entusiastas como los primeros musulmanes. En aquellos sectarios que se daban el nombre de almoravides (*Alh-Morabith,* los hombres de Dios) al-Motadhid adivinaba los futuros conquistadores de Andalucía y nada podia calmar su inquietud.

Cierto dia que leia y volvia á leer, manifestando en su semblante grave preocupacion, una carta que le enviára el gobernador de Ceuta, anunciándole que la vanguardia de los almoravides acababa de sentar su campo en las llanuras de Marruecos, uno de sus wasires se acercó á él y le dijo:

—¿Es posible, señor, que estas nuevas te causen inquie-

tud? ¡Por Dios que son codiciables esas ruines llanuras de Marruecos, sobre todo cuando se comparan con nuestra hermosa y rica Sevilla! ¿Qué te puede importar que esos bárbaros se hayan establecido en ellas? Entre ellos y nosotros se levantan desiertos, numerosos ejércitos y las olas del Océano.

—Estoy convencido, respondió al-Motadhid con acento sombrío, que algun dia llegarán aquí; acaso lo veas con tus ojos. Escribe inmediatamente al gobernador de Algeciras mandándole aumentar las fortificaciones de Gibraltar. Dile que viva muy prevenido, y que se informe cuidadosamente para darme cuenta de todo lo que pase del otro lado del Estrecho.—Y dirigiendo una triste mirada sobre sus hijos, que estaban presentes, continuó:—Quisiera saber cuál, entre nosotros, recibirá el tremendo golpe que nos amenaza. ¿Será alguno de vosotros, ó seré yo?

—Sea yo y no tú, padre mio, exclamó al-Motamid; y que Dios haga caer sobre mi cabeza toda la desventura que te pueda tener destinada (1).

Cinco dias ántes de su muerte, sintiéndose desfallecer de espíritu y de cuerpo, llamó á uno de sus cantores—que era siciliano—y le mandó que entonase una cancion cualquiera que más fuese de su agrado. Habíase propuesto sacar un presagio de las palabras y de la música que el cantor eligiese. Es así que el músico entonó uno de esos aires suaves y melancólicos, de que tan abundante se muestra la literatura árabe, y cuyas primeras palabras eran las siguientes:

«Gocemos de la vida, que es sueño que se desvanece pronto. Echa en el vino agua de las nubes, ¡oh, mi querida! y dámelo á beber.»

---

(1) *Abbad* y Abd-al-Wahid, segun Dozy.

Cinco versos cantó de esta cancion, de suerte que por una rara coincidencia, que parece bien averiguada, el número de los versos correspondia al de los dias que le quedaban de vida.

Dos dias despues, juéves 26 de Febrero, su amor de padre (pues al-Motadhid amaba con delirio á sus hijos) recibió un golpe doloroso con la muerte de una hija que idolatraba (1) y que falleció en sus brazos. Acometióle fuerte calentura, que le postró, perdida el habla, en el lecho. Sin embargo, en la tarde del viérnes quiso ver los funerales de su hija y se hizo llevar á un ajimez de su alcázar, desde donde podia ver el paso de la triste comitiva. Terminada la ceremonia sintióse de nuevo acometido por la fiebre, acompañada de hemorragia. Acudieron diligentes los médicos y le prescribieron una sangría, que al-Motadhid se obstinó en aplazar hasta el dia siguiente. Esta obstinacion anticipó su muerte, pues en la mañana del sábado se renovó la hemorragia. Fué más abundante que la primera, al-Motadhid perdió el uso de la palabra, y en la tarde de aquel dia, sábado 28 de Febrero de 1069, espiró, á los cincuenta y siete años muy cumplidos de edad, de los cuales habia reinado veintiocho.

No es posible admirar y ménos amar esa figura no ménos grande que criminal; pero Sevilla no puede execrar su memoria. La salvó repetidas veces de ser triste despojo de los africanos; la ilustró, embelleció y levantó sobre todas las ciudades de Andalucía, incluso Córdoba; la convirtió de pequeño Estado en un reino grande para aquellos tiempos, dilatando sus fronteras desde el Algarbe inclusive hasta el Estrecho de Gibraltar, volviendo al Norte por Ronda hasta el Genil, y

(1) Conde la llama Taira, y dice era de maravillosa gracia y hermosura.

manteniendo, en fin, constantemente en jaque reinos y principados tan importantes como Málaga, Almería, Granada, Jaen y Córdoba.

Este hombre, de miras tan altas y genio bastante para realizarlas, que, simple ciudadano, estrujó en su mano de hierro la rancia y altiva aristocracia árabe-andaluza, y que sin más título legítimo que el de Alcalde de Sevilla domó la fiereza de la indómita raza berberisca en Andalucía, supo hacerse amar tanto de los suyos, como temer y odiar de los extraños. Buen esposo, padre cariñoso de sus hijos, galante, afectuoso y espléndido con las damas de su serrallo, protector de las artes y de las letras, notable poeta y celebrado por su refinada cultura. Este hombre, que se creia el mejor de los príncipes y que se vanagloriaba de ser un Tito, nacido para la felicidad del género humano, que decia de sí mismo en un poema: «Poderoso Dios, si quieres que todos los mortales sean »dichosos, concédeme un largo reinado sobre todos los ára- »bes y todos los bárbaros. Tú bien sabes que jamás me he se- »parado del buen camino y que siempre he tratado á mis súb- »ditos como debe hacerlo un príncipe generoso y magnánimo. »Vigilante noche y dia para defenderlos de sus enemigos, he »apartado de ellos todas las calamidades:» este hombre, en fin, era un mónstruo de crueldad, implacable en sus venganzas, y, más feroz que la hiena, no le bastaba dar muerte á su víctima y devorar su cadáver, sino que se complacia en roer dia por dia sus huesos.

Cuéntase de él que, tomando ejemplo del califa Mahdi, convertia el cráneo de sus enemigos en macetas y sembraba en ellos una planta odorífera ó una galana y pintada flor, y que de cada uno de estos repugnantes floreros, colocados todos ellos simétricamente en un lugar reservado del jardin de su alcázar, ponia un pedazo de pergamino donde estaba es-

crito el nombre del sin ventura á quien perteneció la calavera. Con frecuencia se extasiaba delante de aquel su *jardin* predilecto, como él le llamaba. Y, sin embargo, sólo contenia los cráneos de sus enemigos los ménos ilustres. Los de los príncipes y grandes señores guardábalos con el mayor cuidado, ordenados por título, dignidad, nombre y fecha de la muerte de la víctima, y convertidos en tazas guarnecidas de oro y de jacintos, esmeraldas y rubíes (1), en una preciosa alacena que recataba á las miradas de todo el mundo en el fondo de su palacio (2).

Allí se encontraban: el cráneo del califa hamudita Yahya ben-Alí; el de Habid, wasir que fué y confidente de su padre; los de los señores de Carmona, y los de los sesenta príncipes y caballeros berberiscos que hizo morir en el baño; todos aquellos, en fin, que podian recordarle la satisfaccion de una ruidosa y memorable venganza.

En esta desordenada pasion, que los antiguos llamaron *manjar de los dioses*, al-Motadhid fué verdaderamente implacable. Su venganza perseguia y alcanzaba á su víctima en cualquier país donde se ocultára para salvarse de ella. Cuéntase acerca de esto la siguiente historia:

«Un rico sevillano habia provocado en mal hora contra sí la cólera y los resentimientos de al-Motadhid: éste le confiscó la mayor parte de sus bienes, y la otra el imprudente la malgastó, perdiendo con todos sus bienes la vista; es decir, quedóse totalmente pobre y además ciego. En tan desesperada situacion ocurriósele hacer el peregrinaje, en clase de pordiosero, á la Meca. Allí, en la ciudad santa del islamismo, que guarda el sepulcro del Profeta, maldecia sin ce-

(1) Conde.
(2) *Abbad*, Abd-al-Wahid y Ben-Basam, segun Dozy.

sar, y en público, al tirano que le habia reducido á la mendicidad. Súpolo al-Motadhid, y llamando á uno de sus clientes que iba á emprender el mismo peregrinaje, le entregó un cofrecito, diciéndole:—Cuando estés en la Meca buscarás á nuestro conciudadano ciego, le saludarás en mi nombre y le darás este cofrecito, diciéndole que está lleno de monedas de oro que le regalo para aliviar su desgracia. Pero te encargo muy encarecidamente que no le abras, si has de cumplir la comision que te confio.—El sevillano juró obedecer puntualmente al Príncipe y emprendió el camino. Llegado á la Meca, y hecha diligencia para encontrar al pobre ciego, le dijo:

—»Toma este cofrecito que te traigo de regalo de parte de al-Motadhid. El ciego lo tomó en sus manos, lo meneó acercándoselo al oido y exclamó:—¡Misericordia de Dios!.... ¡Produce un sonido metálico....! ¡Aquí hay oro encerrado! Pero ¿cómo se hace que al-Motadhid me haya reducido á la mendicidad en Sevilla, y aquí en Arabia me enriquezca....?

—»Los príncipes, respondió el sevillano, suelen tener caprichos estravagantes. ¿Quién sabe si al-Motadhid, convencido, aunque tarde, de tu inocencia, quiere enmendar la injusticia que cometió contigo? Sea de ello lo que quiera, ni me importa ni me cumple otra cosa que desempeñar la comision que se me ha confiado. Toma, pues, este regalo que de todas maneras es un grande é inesperado beneficio para tí.

—»¡Yá lo creo! respondió el ciego. Dios te premie la buena obra que hiciste al traerme este cofrecito, y cuando vuelvas á Sevilla dile al Príncipe que mi agradecimiento será eterno.

»El pobre hombre oprimió sobre el pecho su tesoro y se

dirigió á su miserable albergue trémulo de alegría. Cerrado que hubo cuidadosamente la puerta abrió la caja.

»Falto de la vista, el mísero sevillano se embriagó durante largo tiempo por medio del tacto y del oido con aquellas monedas de oro, cada una de las cuales arrancaba una sonrisa á sus labios y hacía brotar una lágrima de satisfaccion de sus apagados ojos. Las palpaba, las contaba, las besaba; hacíalas sonar golpeándolas suavemente una con otra en su oido; metíaselas una por una dentro de la boca y las gustaba cual si fueran manjar delicioso..... Entretanto el veneno que en polvo sutil las cubria iba produciendo sus mortales efectos.... Pocas horas despues el pobre ciego habia dejado de existir (1).»

Digamos, por último, y no para disculpar la enormidad y sevicia de sus decretos de muerte y venganzas, sino para presentarlas bajo uno de sus aspectos más característicos, que las más señaladas entre ellas las ejerció contra los berberiscos; es decir, contra una raza enemiga irreconciliable de los árabes, á la que éstos despreciaban tanto ó más que aborrecian, reflejándose estos sentimientos en la siguiente sátira del poeta Abu-l-Casim Calaf ben-Farach, que floreció en la córte de Al-Motacim, de Almería:

> «Soñé que veia á Adan.—¡Oh padre de todas »las generaciones! le dije:—¿Será cierto lo que »cuentan de tí,—para tu vergüenza eterna—que los »berberiscos son hijos tuyos tambien?—Si lo son, »contestó, me divorcio de Eva!»

Otro poeta de la córte de al-Motadhid, llamado Abu-el-

(1) Abd-al-Wahid.

Walid an-Nihli, queriendo enaltecer la grandeza del Rey de Sevilla, y deprimir la del de Almería, escribió el siguiente epígrama, en el que se revela aquel odio y se hace de él un título de gloria para al-Motadhid:

«Ben-Abbad ha destruido los berberiscos.—
»Ben-Man ha exterminado las gallinas de todos los
»corrales (1).»

---

(1) Dozy, *L'Espagne pendant le moyen age*. Prim. edic.

CAPÍTULO XVII.

Proclamacion de al-Motamid.—Orígen de la privanza de ben-Ammar.—Romayquia, esposa predilecta de al-Motamid.—Los poetas en la córte sevillana.—Anexion de Córdoba al reino de Sevilla.—Entrada de los cristianos en el reino de Sevilla.—Empresa frustrada contra Murcia.—Conquista y gobierno de Murcia por ben-Ammar.—Soberbia é ingratitud de aquel valido.—Al-Motamid le destituye de su gobierno.—Trágica muerte de ben-Ammar.

Acabada la pompa funeral de *al-Motadhid,* el Consejo de Estado y los patricios proclamaron á su hijo Abu-l-Casim Mohammed ben-Abbad *al-Motamid,* príncipe nacido en 1040, y que por lo tanto contaba á la sazon veinte y nueve años. Magnífica fué, para aquellos tiempos, la herencia que recibió de su padre, no sólo bajo el concepto de la cultura y opulencia de Sevilla, sin rival en la España musulmana, sino que tambien en el político y en la extension de su territorio. En efecto; el reino de Sevilla, que al advenimiento de *al-Motadhid* (1042) estaba reducido al casco de la Ciudad, y próximamente al término municipal que tiene en nuestros dias (1), á su muerte comprendia dentro de sus fronteras los gran-

(1) 1878.

des Estados y principados de Mértola (1), Huelva, Niebla y Silves (2), Santa María del Algarbe (3), Ronda, Moron y Árcos (4), y Algeciras (5). Esta hermosa herencia fué conservada y acrecentada durante veintidos años por el Príncipe más ilustre y á compás más desgraciado de la memorable dinastía abbadita.

El reinado de *al-Motamid* se divide en tres épocas, perfectamente marcadas y deslindadas por otros tantos célebres acontecimientos, que forman puntos fijos en la historia de España; porque decidieron del destino de las razas nacional y extranjeras que se disputaron durante largos siglos el suelo de la Península. La primera—época del mayor esplendor para las letras y las artes sevillano-musulmanas—empieza al advenimiento de *al-Motamid* y termina en la conquista y anexion del reino de Córdoba al de Sevilla: la segunda—época de supremacía indisputable, política y militar—finaliza en la conquista del reino de Toledo por Alfonso VI: la tercera—época de decadencia moral y material—concluye en la dominacion de Sevilla por las armas almoravides.

Vamos, pues, á historiarlas siguiendo los autores más fidedignos y el órden rigurosamente cronológico de los sucesos, á fin de ver de qué manera se encadenaron los acontecimientos é influyeron los unos sobre los otros para producir la catástrofe final. Mas ántes habrémos de dirigir una mirada retrospectiva hácia los primeros años de la vida pública de aquel ilustre Príncipe; porque en ellos creemos se

(1) Anexionado á Sevilla en 1044.
(2) Id. en 1051.
(3) Id. en 1052.
(4) Id. en 1053.
(5) Id. en 1058.

encuentra el orígen de las grandes desventuras que dieron fin á su reinado. Este orígen fué una amistad ciega y un amor irreflexivo, que no le permitieron ver el abismo que lentamente labraba bajo sus piés la tortuosa política y la desapoderada ambicion de su privado y amigo de la infancia, *ben-Ammar,* y la insaciable sed de lujo y placeres, y femeniles antojos de su esposa *Itimad,* la más querida por su ingenio y belleza.

Dijimos en la página 357 que en el año 1052, despues de la conquista de Huelva y Silves, al-Motamid, de edad de doce años, habia sido nombrado por su padre gobernador de aquellos principados. Por aquel tiempo le fué presentado un jóven aventurero, poeta improvisador yá notable, acaso más que por su talento, por su desamparo y desnudez. Llamábase ben-Ammar; era hijo de padres árabes, pobres y desconocidos, de cuya tutela se emancipó adoptando la vida de estudiante sopista en las escuelas de Silves y universidad de Córdoba, de donde salió con instruccion bastante para convertirse en poeta panegirista, que viajaba por España cantando las alabanzas de aquellos que podian pagarlas regateando el precio. Recorriendo aldeas, castillos y alquerías, regresó á Silves, donde si por algo llamó la atencion fué por su rostro famélico, el pequeño casquete que cubria su cabeza y la larga y raida hopa que envolvia su demacrado cuerpo.

Sin embargo, no mucho tardó en darse á conocer y apreciar por su talento poético y fáciles improvisaciones, primero entre la gente menuda y muy luego entre las familias acomodadas, hasta el punto que el príncipe al-Motamid manifestó deseos de conocerle. Verificóse la entrevista, y en ella quedó el jóven gobernador tan prendado del poeta ambulante, que le ofreció su amistad y un empleo importante en su alcázar. Á partir de este dia, ben-Ammar vió crecer tan rá-

pidamente su fortuna, que á los pocos meses andados, al-Motamid creó en su principado el cargo de wasir, que confió á su amigo, al cual muy luego encomendó tambien el gobierno y administracion de aquellas provincias (1).

Jóvenes, casi niños los dos, sedientos de placeres, ansiosos de aventuras, y, sobre todo, apasionados de los buenos versos, al-Motamid y ben-Ammar se entregaron sin reserva á los encantos de la más tierna amistad; y como en el corazon de ninguno de ellos el amor se hubiese hecho todavía un lugar preferente, pudieron dar rienda suelta al sentimiento que los embargaba. Sin embargo, como los primeros años de la vida de ben-Ammar fueron una cadena no interrumpida de miserias y crueles decepciones, que le mantuvieron en las puertas de la indigencia, su imaginacion era ménos confiada y juvenil que la del Príncipe, y, sobre todo, más escéptica. Cuéntase á este propósito que un viérnes, dirigiéndose los dos amigos á la mezquita, al-Motamid oyó al muezin, que desde lo alto del alminar convocaba los fieles á la oracion, pronunciando la fórmula sacramental del dogma islamita, *No hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta,* y en el acto improvisó el siguiente verso, rogando á ben-Ammar le agregase otro con la misma medida y ritmo:

—Oigo al muezin que llama los creyentes á la oracion.
—Con eso espera que Dios le perdone sus muchos pecados, respondió irónicamente ben-Ammar.
—Mírele el Todopoderoso con ojos de misericordia, puesto que da testimonio de la verdad, continuó el Príncipe.

(1) Abd-al-Wahid y Ben-Bassam.

—Así sea; en el supuesto que crea firmemente con el corazon lo mismo que pregona su lengua, replicó el wasir con escéptica sonrisa.

Lo inesperado de su rápido encumbramiento y la falta de méritos y antecedentes que lo justificasen, unido á la triste experiencia que tenía de los hombres y de la inconstancia de la fortuna, no le permitian confiar ciegamente en la tierna amistad que el Príncipe le manifestaba. Es así, que en cierta ocasion, despues de un banquete en que se bebiera copiosamente y se prolongó hasta altas horas de la noche, al-Motamid rogó á su amigo que se acostase á su lado en su mismo lecho. Obedeció ben-Ammar, mas no bien hubo cerrado los ojos, oyó una voz que le decia: «¡Desventurado, dia llegará en que te quite la vida con sus mismas manos!» Esforzóse en calmar la inquietud que le produjeron tan terribles palabras, atribuyendo el prodigio á los vapores de la embriaguez; mas como durante la noche las oyera zumbar una y otra vez en su oido, acabó por creerlas aviso del cielo, y en su consecuencia se decidió á huir en aquella hora, no sólo del palacio, sino que tambien de España. Al efecto envolvióse en una pequeña alfombra y fuése á situar en la puerta del alcázar, con propósito de salvarse en cuanto la abriesen.

Despertó al-Motamid y no viendo á ben-Ammar á su lado llamóle repetidas veces. Á sus voces acudieron los criados de su casa y con ellos le buscó inútilmente por todas partes, hasta que le encontró oculto bajo la alfombra en un recodo del pórtico del alcázar.—¿Qué significa eso? exclamó el Príncipe conmovido al ver á su amigo trémulo, descolorido y saliendo á medio vestir de entre los pliegues de la alfombra en que se envolviera. Ben-Ammar avergonzado, y sintiendo todo el ridículo de su situacion, no acertaba á dar explicacion de su con-

ducta. El Príncipe le condujo cariñosamente de la mano hasta su cámara y allí con ruegos, lágrimas y abrazos consiguió saber la verdad.—Amigo del corazon, le dijo acariciándole con los ojos y los brazos, ó eres un ingrato ó los vapores del vino te dieron una pesadilla.... ¿Puedes creer que yo quite jamás la vida á quien es una parte de mi alma y llena por entero mi corazon....? ¡Pero eso valdria tanto como suicidarme....! Olvida esos delirios y no pienses más que en nuestra amistad.

«En efecto, ben-Ammar, dice un historiador árabe, consiguió olvidar aquella triste aventura; empero pasados muchos dias y muchas noches, le aconteció lo que más adelante referiré (1).»

Si impresionable y entusiasta era al-Motamid en lo que á la amistad se referia, no ménos ó acaso más sensible se mostró al amor. Refiere uno de sus historiadores que hallándose de regreso en Sevilla con ben-Ammar, terminado el tiempo de su gobierno de Silves, tomó la costumbre de pasear en compañía de su amigo por el *prado de la Plata,* á orillas del Guadalquivir. Una tarde, pues, á la hora en que el sol se oculta lentamente detrás de los cerros del Aljarafe, detuvo sus pasos, y fijando la mirada en las rizadas ondas del rio, que la brisa removia como las hojas de un rosal, improvisó el siguiente verso:

El céfiro trasformó el agua en brillante loriga....

Rogó á ben-Ammar que terminase la improvisacion, y, como el poeta tardase en complacerle, una muchacha del pue-

(1) Abd-al-Wahid refiere este suceso con las mismas palabras que ben-Ammar. Ben-Bassam dice que oyó esta narracion á varios wasires de Sevilla, que la sabian por referencia del mismo al-Motamid. (Dozy.)

blo que se encontraba cerca de ellos y oyera la conversacion, se apresuró á decir:

> Hermosa loriga, en verdad, para entrar con ella en la lid, si el agua del rio se convirtiese en hielo.

Admirado de la oportunidad y exactitud del verso, al-Motamid fijó la mirada en la discreta poetisa, cuya belleza le encantó no ménos que su improvisacion. Mandó á uno de los eunucos de su séquito que la condujese á su alcázar, hácia el cual se dirigió aceleradamente, ansioso de satisfacer la curiosidad que aquella muchacha habia despertado en él.

—¿Cómo te llamas, quién eres y en qué te ocupas? le preguntó cuando la tuvo en su presencia.

—Me llamo *Itimad,* respondió sin desconcertarse; pero las gentes me llaman Romayquia, porque soy esclava del arriero Romayc. En cuanto á mis ocupaciones, son las de cuidar sus mulas y acémilas.

—¿Eres casada?

—Nó, señor.

—Me alegro, porque voy á comprarte á tu amo y á casarme contigo.

Por extraordinario ó inverosímil que parezca este suceso, es de todo punto cierto, como tendrémos lugar de manifestarlo en el curso de la narracion; y no lo es ménos que al-Motamid é Itimad se amaron toda la vida con un amor que no decreció jamás. Verdad es que la belleza de Romayquia corria parejas con su talento y discrecion. Se la comparaba á Walda, de Córdoba, la Safo de aquellos tiempos, y ciertamente que no exageraban su mérito; pues si bien la cordobesa era superior á ella en cuanto á enseñanza sábia y erudicion, la sevillana la aventajaba en ingenio, facilidad en la expresion

dulce y gárrula palabrería, semejante al gorjeo de los pájaros, y sobre todo, en hermosura y en gracias naturales.

Usando y abusando de sus irresistibles atractivos, llegó á ejercer tal imperio sobre el alma de al-Motamid que le convirtió en esclavo de sus meros caprichos ó femeniles antojos. Cuéntase (1), por ejemplo, que hallándose en Córdoba con su esposo, en el mes de Febrero de un invierno sumamente frio, vió desde las ventanas de su alcázar caer espesos copos de nieve que cubrieron muy luego la tierra de un manto de deslumbrante blancura. La novedad de un espectáculo tan raro en la baja Andalucía, y acaso jamás visto por ella, la sorprendió agradablemente, empero muy luego rompió en un copioso llanto.

—¿Qué tienes, alma mia? le preguntó su marido que se encontraba á su lado.

—¿Qué tengo? replicó la gentil Sultana, sentimiento de ver que no me amas como yo te amo.... Mira qué bonita es esa nieve que cubre los campos y acairela las ramas de los árboles y, sin embargo, nunca te se ocurrió llevarme á tierra alguna donde caiga nieve con frecuencia....

—No te aflijas por tan poca cosa, bien mio, interrumpió el Príncipe enjugando con sus labios las lágrimas que se desprendian de los ojos de Itimad; te ofrezco hacer nevar para tí todos los años y en este mismo sitio.

«Et el rey, por le facer placer, fizo poner almendrales por »toda la tierra (sierra?) de Córdoba, porque pues Córdoba »es tan caliente tierra, et non nieva y cada año, que en el fe»brero paresciesen los almendrales floridos, et semejasen nie»ve, por le facer perder aquel deseo de la nieve (2).»

(1) Al-Makkari refiere por extenso este suceso.
(2) *El conde Lucanor*, ejemplo XXX.

En otra ocasion, estando Romayquia asomada á un ajimez que daba sobre el rio, vió unas mujeres que, descalzas, amasaban dentro de una alberca barro para hacer ladrillos, y rompió á llorar. Preguntóle el Príncipe la causa de su desconsuelo, y ella le respondió:—Soy la mujer más desgraciada del mundo, desde que trocaste mi alegre libertad por la insufrible etiqueta de tu palacio. Mira aquellas mujeres que amasan barro con los piés en la orilla del rio; pues bien, yo, que deseo hacer lo mismo, me veo privada de esa inocente satisfaccion, porque sería un crímen en una gran señora.... —La tendrás, esa inocente satisfaccion, exclamó el Príncipe sonriendo.

«Entónces, por le facer placer, mandó henchir de agua »de rosas una albuhera, et en lugar de lodo fizola henchir »de azúcar, et de canela, et de agengibre, et de espique, et »de musco (almizcle) et de alambar, et algalina (algalia) et »de todas otras buenas especias et buenas olores que podian »ser; et en lugar de paja fizole poner cañas de azúcar. Et »desque de estas cosas fué llena el albuhera et de tal lodo »cual podedes entender que podria ser, dijo el rey á la Ro»mayquia que se descalzase, et follase aquel lodo, et ficiese »adobes de él cuantos quisiese» (1).

Cierto dia, por otro antojo semejante, Romayquia se puso á llorar sin consuelo. Como siempre, el Príncipe la interrogó con palabras amorosas, y ella le contestó:

—¡No he de llorar, ingrato, si nunca haces por mí cosa que me dé placer....!

—¿Nunca? respondió al-Motamid, ¿ni áun el dia del barro....?—*Ehua lenahar aten* (2).

(1) *El Conde Lucanor*, ejemplo XXX.
(2) Nota de Gayangos al *Conde Lucanor*.

Sonrojóse Romayquia y no insistió.

Dicho se está que los caprichos de la gentil dama, multiplicándose y reproduciéndose bajo mil formas, acabaron por crearla en Sevilla una reputacion que, si merecia los aplausos de la juventud alegre y disipada, era motivo de grave preocupacion entre la gente séria, y, sobre todo, para los faquíes y ministros de la religion. Acusábanla de mala creyente y de mantener á su marido demasiado apartado de las prácticas religiosas; de distraerle de las graves ocupaciones del gobierno, y de afeminarle, en fin, hasta desmerecer de la proverbial energía y fecunda inteligencia de sus abuelos. Romayquia despreciaba aquellos clamores, sin sospechar que andando el tiempo llegarian á convertirse en amenazas y áun en crueles persecuciones.

El príncipe Abu-l-Casim ben-Abbad tomó—segun Dozy—el sobrenombre de *Motamid* despues de su casamiento con *Itimad*. Consérvase de él una composicion en versos acrósticos, cuyas letras iniciales forman aquel nombre. Dice así:

Invisible á mis ojos, te veo en todas partes con los del alma y los del corazon.

Tu felicidad es mi solo anhelo. Sea ella tan duradera como lo son mis suspiros, mis lágrimas y mis desvelos.

Imposible es hallar en el mundo otra mujer que tú, que así haya rendido á sus piés mi albedrío.

Mi único deseo es estar á tu lado. Quiera Dios que cese pronto esta triste ausencia.

Alegría de mi alma! no me olvides; piensa siempre en mí, por muy distantes que nos hallemos.

Dulce nombre es el tuyo; acabo de escribirlo letra por letra: *Itimad*.

Puso estos seis versos acrósticos en una carta que escribió á Romayquia, en ocasion de estar ausente de Sevilla; carta que terminaba con la siguiente frase: «Espero que muy pronto nos volverémos á ver, si Allah y ben-Ammar me lo permiten.»

Ben-Ammar leyó esta postdata y en el acto improvisó unos versos á su amigo, que decian así:

«Mi señor, jamás tuve ni tendré más voluntad que la vuestra. Como el viajero en el desierto se deja guiar por la refulgente luz de los relámpagos, así me dejo yo guiar por vos. ¿Quereis ir en alas del amor al lado de la que tanto amais? mandad aparejar la sutil galera que hiende las olas como la flecha el viento, y os seguiré, ó quereis montar á caballo, montad y os seguiré tambien. Y cuando, protegidos por Dios, lleguemos á vuestro alcázar, yo regresaré á mi morada, y vos, sin tomaros tiempo para desceñir la espada ni sacudir el polvo del camino, iréis á poneros de hinojos á los piés de la hermosa del cinturon dorado; la estrecharéis delirante entre vuestros brazos y murmuraréis en sus oidos, y oiréis en los vuestros dulces querellas de amor, palabras entrecortadas por los suspiros, sonidos melodiosos como el canto de las aves parleras al despuntar de la aurora.»

Al advenimiento de Motamid al trono consolidado por su padre, hallábase ben-Ammar en Zaragoza, cumpliendo una pena de destierro que le fuera impuesta por al-Motadhid. Llamóle el nuevo Rey á Sevilla y le dió á escoger entre los empleos más honoríficos y lucrativos del reino aquel que fuera más de su agrado. Ben-Ammar eligió el gobierno de la provincia donde habia nacido, y el Rey se lo concedió á disgusto, viéndole separarse de nuevo de su lado.

En el momento de la despedida al-Motamid abrazó estrechamente al amigo de su infancia, é improvisó la siguiente poética composicion:

«Saluda en mi nombre, oh Abu-Becre, á Silves y aquellos lugares cuyo recuerdo nunca se aparta de mi memoria. Saluda sobre todo el alcázar de *Charadjib,* ese soberbio palacio cuyas salas, embellecidas con hermosas mujeres de blancura alabastrina y leones de arrogante actitud, semejan, ya á las cámaras del harem, ya á los antros de las fieras del desierto (1), y dile que dejas en Sevilla á un apuesto caballero, que se consume en deseos de volver á morar bajo sus dorados artesones. ¡Cuántas noches he pasado en él al lado de una hermosa de seno turgente y flexible cintura! ¡Cuántas veces las ardientes miradas de una morena, ó la melancólica expresion de los ojos de una azucena han taladrado mi corazon cual espadas ó lanzas de pelea! ¡Cuántas veces al tibio resplandor del astro de la noche, recostado en un lecho de flores, en el valle y á orillas del rio, me he extasiado contemplando y escuchando á la linda cantora cuyo brazalete semejaba al creciente de la luna; complaciéndome en la embriaguez que me producian su canto, sus miradas, sus besos y el vino que me escanciaba! Y cuando pulsaba el laud entonando una marcha guerrera creia yo oir el ruido de las espadas y el rumor del combate, que enardecian mi sangre y despertaban mis instintos guerreros. ¡Delicioso instante aquel en que la hermosa, desceñida su túnica, se me aparecia esbelta y flexible como la rama de un sauce! La rosa, decíame yo entónces, ha salido de su capullo.»

---

(1) Alude á estatuas de marmol y á representaciones de animales feroces.

Ben-Ammar hizo una entrada semi-triunfal en Silves y se rodeó en su gobierno de una pompa verdaderamente régia. Sin embargo, permaneció poco tiempo al frente de aquella provincia, y regresó á Sevilla, llamado por al-Motamid, que le nombró primer ministro á fin de tenerle siempre á su lado (1).

Dicho se está que con un rey y un primer ministro jóvenes ámbos, amantes de las bellas letras y poetas de merecido renombre, la córte de Sevilla se hizo el centro de la cultura intelectual de Andalucía; así es que afluyeron á ella de todas partes los poetas más afamados de la época, ganosos de encontrar el laurel y proteccion que yá se les negaba en la mayor parte de los Estados musulmanes de España. Críticos inteligentes y severos, al-Motamid y ben-Ammar examinaban personalmente los poemas y composiciones métricas que aspiraban al galardon de la fama ó del interés, y rechazaban todas aquellas obras que carecian de genio, de arte ó de inspiracion. Los buenos poetas, por el contrario, veian realizarse en Sevilla sus más ambiciosos sueños, bajo el patrocinio de aquellos ilustrados y generosos Mecenas.

Cuentan que al-Motamid oyó en una ocasion recitar la siguiente estrofa:

«El cumplimiento de una promesa es en el dia cosa apénas conocida. No se encuentra quien practique esta virtud, ni quien sueñe siquiera en practicarla. Es cosa tan rara, yá que no fabulosa, como el Grifo que guardaba el oro de las minas, ó como ese Príncipe que dicen le hizo á un poeta un regalo de mil ducados.»

---

(1) Abd-al-Wahid.

—¿De quién son esos versos? preguntó.

—Señor, le respondieron, de Abd-al-Chalil.

—¡Cómo es eso! exclamó; ¿uno de mis servidores, leal y buen poeta, considera poco ménos que imposible un regalo de mil ducados? Que se los den inmediatamente.

En otra ocasion, hallándose en el alcázar departiendo con un poeta siciliano, expatriado á resultas de la conquista de aquella isla por los normandos al mando de Roger, trajéronle una suma en monedas de oro recien acuñadas en la Casa de Moneda de Sevilla; en el acto llenó dos bolsas y se las presentó al extranjero, quien, no ménos astuto que codicioso, exclamó:—Señor, magnífico es tu regalo, pero pesa tanto que necesitaré un camello para llevarlo á mi casa; y esto diciendo paseaba la mirada desde el rostro de al-Motamid á una esculturita de ámbar incrustada de aljófar, que representaba un camello, y se encontraba entre otras muchas preciosidades que decoraban el aposento.

El Príncipe comprendió la indirecta y respondió sonriendo:—El camello tambien te regalo.

El aprecio en que tenía á los buenos poetas hacía que les tolerase ciertas licencias que en otra clase de hombres hubieran sido castigadas como faltas graves á su dignidad. Sirva de ejemplo el siguiente suceso:

Abu-l-Motarrif, uno de los escritores más elocuentes y de cuyos labios y pluma brotaba á raudales la *magia lícita* (1), incurrió en el enojo del rey de Zaragoza, en cuya córte ejercia un cargo importante, y vino á Sevilla «á la manera que los creyentes se encaminan en peregrinaje á la Ciudad Santa para dar la vuelta al Templo» contando con la bene-

(1) Así llamaban los árabes la elocuencia, la poesía y la prosa rimada.

volencia de al-Motamid, de quien en una ocasion habia recibido un expresivo agasajo. Acogióle el Rey complacido y le prodigó favores y distinciones. Su rápido encumbramiento á la privanza de al-Motamid no sólo le suscitó rivales en la córte sino que le ensoberbeció hasta el punto de abusar de la benevolencia del Príncipe, negándose en una circunstancia á reconocer un error que habia cometido y que el Soberano le mandára confesar. En castigo fuéle prohibida la asistencia por algun tiempo á las tertulias literarias del Rey, órden que el poeta desobedeció temerariamente.

Tambien le fué perdonada esta nueva falta, á disgusto de sus rivales. Andando el tiempo avino que un cortesano su enemigo le motejó de hombre liviano y afeminado, diciendo con referencia á él, en unos versos que anduvieron de boca en boca:

«Yá no son solas las mujeres quienes se pintan los dedos, que tambien lo hacen ciertos hombres encumbrados en alto puesto; os juro que esto es verdad.»

Irritado Abu-l-Motarrif con esta acusacion, que mortifiba su amor propio, escribió una carta en verso al Rey, en la que se contenia la siguiente frase:

«En Sevilla se menosprecia á los hombres de verdadero mérito, y se les calumnia impunemente, imputándoles debilidades vergonzosas, en tanto que se honra á los necios cuando mancillan la honra de los que valen más que ellos.»

Al-Motamid, que debia estar cansado de las vanidosas escentricidades del poeta, le respondió en la misma forma y metro:

«En los versos que me has dirigido faltas á la verdad y das testimonio de tu ignorancia y ligereza. ¿Cuándo, dime, ha sido honrado en Sevilla hombre alguno que no lo mereciera? ¿Cuándo no fué despreciado aquel que por sus hechos ó palabras se hizo indigno del aprecio público?»

Abu-l-Motarrif recibió esta respuesta acompañada de una órden de destierro. Corrido y despechado salió de Sevilla y se dirigió á Badajoz.

Los dos primeros años de su reinado pasólos al-Motamid indiferente, al parecer, á los asuntos políticos del Estado, entregado á los encantos de la amistad que profesaba á ben-Ammar, al culto apasionado de las bellas letras, á los festines y á las voluptuosidades del harem. Sin embargo, no descuidaba enteramente la marcha de los negocios públicos; y tanto es así, que en la fecha á que nos referimos acometió, ayudado por circunstancias favorables, la grave empresa intentada por su padre y abuelo de anexionar los Estados de Córdoba al reino de Sevilla.

Bosquejemos rápidamente las circunstancias á que aludimos.

En el año 1070 Ismail al-Mamun, príncipe soberano de Toledo, ya fuese cediendo á los consejos de su aliado el rey Alfonso VI de Castilla, ya obedeciendo á la misma idea política que animaba á los abbaditas de Sevilla en lo de dilatar las fronteras de sus Estados á expensas de sus vecinos más débiles, entró en són de guerra las tierras de la república de Córdoba, cuyo presidente lo era á la sazon Abdalmelic, hijo y sucesor de Abu-l-Walid ben-Djahwar. Llegó sin hallar resistencia al pié de los muros de la antigua ciudad patricia, y tan irresistible se mostró, dada la debilidad de la república, que Abdalmelic, exhausto de dinero y

falto de tropa se vió en la necesidad de implorar el interesado auxilio de al-Motamid. Concedióselo el Rey de Sevilla, enviándole un lucido cuerpo de ejército al mando de su primogénito el jóven príncipe Abbad, quien, bajo la direccion de hábiles capitanes, batió en repetidos encuentros las tropas toledanas y obligó á al-Mamum á volver fugitivo á sus Estados.

Siete dias despues de la retirada del enemigo estalló en Córdoba una sublevacion contra el gobierno de Abdalmelic, acusado de ineptitud, tiranía y torpeza. En ella tomaron parte las tropas sevillanas y las cordobesas, con las cuales fraternizó el pueblo y á las que alentó el Senado. Las primeras obedecieron á las secretas instrucciones que llevaban de Sevilla; el pueblo y el Senado á la animadversion general que contra sí habia concitado el Presidente de una república que en su mano se habia convertido en dictadura de la peor especie. El triunfo de la revolucion fué tan rápido como completo. En el mismo dia quedó depuesto el presidente Abdalmelic, proclamado el Rey de Sevilla, y anexionados los Estados de Córdoba al reino fundado por los Abbaditas.

Al tener noticia el Rey poeta de tan fácil y valiosa conquista, que le levantaba por encima de todos los príncipes musulmanes de España, improvisó entusiasmado un canto poético que decia:

«He obtenido de un galope trocado los favores de la Sultana, de esa soberbia amazona que, armada de espada y lanza, rechazaba desdeñosa todos los pretendientes á su mano. Ahora ella y yo celebramos nuestras bodas en su propio alcázar, á la vista y á despecho de los otros reyes mis rivales despreciados, que lloran sus desdenes y tiemblan de miedo. ¡Temblad, enemigos, la cólera del leon!

Al año siguiente al-Mamum de Toledo abrió nueva campaña contra Córdoba; empero, aleccionado por la experiencia y convencido que la ciudad en mano de los sevillanos estaria mejor guarnecida y defendida que la vez anterior, pidió y obtuvo del rey Alfonso de Castilla, su aliado, un cuerpo de tropas cristianas para asegurar el éxito de su empresa. De poco le sirvió, pues el príncipe Abbad y el general comandante militar de la plaza, llamado Mohamed, de orígen cristiano y soldado veterano de cien campañas, batieron por segunda vez á los toledanos y les obligaron á repasar la frontera.

Á fines de 1074 los toledanos renovaron la guerra contra Córdoba. En Enero del año siguiente un cuerpo de tropas de al-Mamum, acaudillado por ben-Ocacha (1), antiguo salteador y guerrillero audaz y práctico en la tierra, penetró en la ciudad favorecido por una faccion y la oscuridad de una noche tempestuosa. Sorprendida la guarnicion dejóse desarmar ó degollar por los traidores, que se hicieron dueños de la poblacion á poca costa. El príncipe Abbas murió en la refriega, lidiando como un leon, casi solo, habiendo sido sorprendido en la cama por los guerrilleros de ben-Ocacha. Al-Mamum se trasladó á Córdoba, donde se hizo proclamar rey. Poco tiempo gozó de su triunfo, pues en Junio del mismo año murió envenenado en aquella ciudad.

El enojo y punzante dolor que á Motamid y á Romayquia causó la noticia de la trágico-heróica muerte del hijo que idolatraban, sólo puede medirse por los desesperados esfuerzos que durante tres años hicieron por vengarla y recuperar el más bello floron de la corona de los Abbaditas. Por fin, y tras combates y sacrificios sin cuento, el dia 4 de

(1) Hariz le llama Conde.

Setiembre del año 1078 (1) el ejército sevillano tomó la plaza por asalto y lanzó de ella á los toledanos. El caudillo ben-Ocacha murió despedazado á lanzazos por un peloton de caballeros de Sevilla, que le alcanzaron en la huida (2). Su cadáver fué llevado á Córdoba y clavado en una cruz á la entrada del puente, con un perro al lado para mayor ignominia. La reconquista de Córdoba fué seguida inmediamente de la de toda la tierra toledana que se extendia entre el Guadalquivir y el Guadiana.

La conquista del reino de Córdoba, que daba testimonio del poder y grandes recursos de todo género de Sevilla, levantó la fàma de al-Motamid á una altura tal, que pudo lisonjearse con la esperanza de reconstituir, en honra y gloria de Sevilla, el antiguo Califato de Occidente. Mas si tan alto pensamiento acarició, ó le sugirió la adulacion de los poetas cortesanos y la prosperidad en que nadaba la reina del Guadalquivir, poco tiempo por cierto le duró.

Á compás y en progresion más rápida todavía crecia la influencia política y el poder militar del Rey de Castilla, que en esta época tenía hechos tributarios, incluso el mismo al-Motamid, todos los príncipes musulmanes de la Península, y adelantaba lenta é irresistiblemente sus fronteras hácia el Tajo, penúltima etapa en el camino del Guadalquivir. Es así, pues, que las recientes conquistas de al-Motamid, acrecentando desmedidamente su poder en daño de los cristianos, despertaron los recelos de Alfonso VI, inspirándole el temor de que el Rey de Sevilla tomase pretexto de ellas para intentar sacudir el vasallaje en que le constituyeron las victoriosas correrías de Fernando el *Magno*. En la prevision de

(1) Abd-al-Wahid.
(2) Conde dice que murió á manos de al-Motamid.

este suceso, y para conjurar cualquier intento de emancipacion, Alfonso VI invadió los Estados de al-Motamid al frente de un numeroso ejército, que plantó sus tiendas á la vista de Sevilla.

La yá evidente superioridad de las armas cristianas sobre las musulmanas; el convencimiento de que Sevilla no se encontraba en condiciones militares para resistir á un ejército veterano bien acaudillado y pertrechado; los temores á un largo bloqueo, que habia de causar pérdidas enormes á su floreciente comercio; los inevitables desastres de toda guerra de independencia, más sensibles para el invadido que para el invasor, aunque la victoria corone la justicia del primero, fueron motivos sobrados para que el Rey de Sevilla tratase de resolver el conflicto que le amenazaba por otro medio que el de la guerra. Al efecto discutió con su primer ministro, ben-Ammar, la manera de dar feliz solucion al problema planteado por la ambicion del Monarca castellano; y entre los dos acordaron que el Ministro, utilizando el aprecio en que le tenía Alfonso VI, en cuya córte habia desempeñado algunas misiones diplomáticas, pasase al campo cristiano y negociase la paz bajo las ménos malas condiciones para el Rey de Sevilla.

El éxito sobrepujó las esperanzas de al-Motamid, pues merced á una hábil estratagema, que en nada afectaba la honra ni los intereses de ninguno de los beligerantes, el diplomático musulman alcanzó que el Rey cristiano regresase á sus Estados con la sola condicion de percibir aquel año doblado tributo para indemnizarse de los gastos de la guerra.

No pudiendo ocultarse al sagaz político ben-Ammar lo quebrantado que á los ojos de sus envidiosos y rivales habia quedado el poder y prestigio del Rey su amigo, discurrió buscar una compensacion á la derrota moral recien re-

cibida, que rehabilitase la fama de su Soberano. Esta compensacion sólo podia hallarse en nuevas conquistas que, devolviendo el perdido brillo á las armas sevillanas, ensanchasen las fronteras del reino y proporcionasen recursos para pagar los crecidos tributos que presentia habia de imponer el Rey de Castilla.

En su consecuencia, y siendo el opulento principado de Murcia uno de los Estados que de antiguo codiciaban los soberanos Abbaditas, ansiosos de anexionarse aquella ciudad, eminentemente industrial y rica en toda clase de productos agrícolas y fabriles, hasta el punto de ser considerada en aquellos tiempos como una de las más opulentas de las provincias del Este, dispuso acometer ejecutivamente la empresa.

Al efecto marchó á Barcelona, llevando ámplias facultades y magníficos regalos, para negociar con el conde Ramon Berenguer II, un tratado de alianza ofensivo y defensivo contra el Soberano de Murcia. Celebróse el tratado, en virtud del cual las tropas catalanas se unirian á las sevillanas en aquella guerra, bajo la condicion de que el sueldo de las primeras correria por cuenta del Rey de Sevilla; que el Conde recibiria ciertas villas y castillos una vez conquistados, y 10,000 doblas inmediatamente despues de abierta la campaña; finalmente, se estipuló, para asegurar la ejecucion del tratado, que se darian recíprocos rehenes; el Conde de Barcelona un sobrino suyo, y el rey al-Motamid su propio hijo el príncipe Rachid, que debia mandar el primer cuerpo de ejército sevillano que entrase en campaña.

Regresó ben-Ammar á Sevilla, acompañado del sobrino de Berenguer II, y pocos dias despues los ejércitos aliados operaron su conjuncion en territorio murciano. Abrióse inmediatamente la campaña, pero con lentitud, por faltar el

grueso del ejército sevillano que, acaudillado por al-Motamid en persona, caminaba á pequeñas jornadas hácia el teatro de la guerra. Tanto se detuvo en el camino, que Ramon Berenguer y sus capitanes, cansados de la forzada inaccion en que se encontraban y sospechando que la tardanza de al-Motamid fuese una estratagema para eludir el pago de las 10,000 doblas, se apoderaron violentamente del príncipe Rachid y del ministro ben-Ammar, y los pusieron en prisiones á responder del pago de la suma estipulada. Las tropas sevillanas recurrieron á las armas para poner en libertad á sus caudillos, mas fueron derrotadas y hubieron de retirarse á la desbandada.

Entretanto al-Motamid continuaba lentamente la marcha, llevando en su compañía al sobrino del Conde de Barcelona. Llegado al Guadiana menor, avistó en la opuesta orilla el ejército que acaudillára su hijo, que se aprestaba á pasar el rio en el mayor desórden. De entre los primeros ginetes que lo vadearon destacáronse dos caballeros que, á todo correr de sus monturas, llegáronse al Rey de Sevilla y le dieron cuenta de lo ocurrido; despues le manifestaron que traian instrucciones de ben-Ammar para suplicarle que interrumpiese la marcha hasta recibir nuevas suyas, y que con respecto á su persona no tuviese mayor cuidado, pues esperaba recobrar pronto la libertad. Sobresaltado al-Motamid con lo ocurrido mandó poner en cadenas al sobrino del Conde de Barcelona y retrocedió sobre Jaen, donde estableció su cuartel general.

Á los diez dias andados, al-Motamid recibió una carta de ben-Ammar en que le anunciaba su libertad, é imploraba su perdon por la falta que habia cometido y de que se acusaba á sí mismo. Al-Motamid le contestó en verso, diciéndole: «Vén sin temor á mi lado. Te estimo demasiado para

causarte el más ligero pesar. Vén, y encontrarás en mí el mismo hombre que fuí para tí.»

El Ministro acudió á los brazos de su Soberano, y en el acto acordaron enviar al Conde de Barcelona su sobrino y las 10,000 doblas ofrecidas, para rescatar al príncipe Rachid. Pero el Conde no se satisfizo con la suma estipulada y en vez de las 10,000 doblas exigió 30,000. Como al-Motamid no tuviese esta suma disponible mandóla acuñar, pero en moneda de baja ley. Afortunadamente Ramon Berenguer no conoció el engaño hasta despues de haber dado libertad al príncipe Rachid.

Este primer fracaso, que costaba á Sevilla un ejército y una crecida suma de dinero, no debió impresionar fuertemente al pueblo ni á la córte, cuando al poco tiempo el Rey, cediendo á las vivas instancias de ben-Ammar, le concedió otro ejército y los recursos necesarios para abrir nueva campaña en el principado de Murcia.

En marcha el ejército, y á su paso por la provincia de Málaga, llegó al castillo de Balch (Velez-Málaga?), cuyo gobernador, llamado ben-Rachix, acogió y obsequió espléndidamente á ben-Ammar, quien, agradecido á tanto favor y juzgándole hombre de entera confianza, nombró á ben-Rachix su lugarteniente en el mando del ejército de operaciones contra Murcia. En los comienzos de la campaña los sevillanos se apoderaron por fuerza de armas de la importante villa de Mula; despues llegaron sobre Murcia y pusieron tan estrecho cerco á la ciudad que, á juicio de los veteranos entendidos en las cosas de la guerra, su rendicion era asunto de tiempo. No gustando ben-Ammar de malgastar el suyo, dejó á ben-Rachix con una fuerte division para que mantuviese el cerco y él regresó á Sevilla bajo formal promesa de volver si llegaba á ser necesaria su presencia ó cuando la plaza pidiese capitulacion.

Á los pocos dias recibió una comunicacion de su lugarteniente en que le anunciaba que los vecinos más influyentes de Murcia, convencidos de la inutilidad de la resistencia, y el pueblo acosado por el hambre, se manifestaban dispuestos á rendirse bajo honrosas condiciones. Cuarenta y ocho horas despues llegaba á Sevilla un correo con pliegos de ben-Rachix anunciando que las tropas sevillanas habian hecho su entrada en Murcia, que su Príncipe soberano estaba prisionero y que la poblacion en masa habia aclamado al rey al-Motamid.

Ébrio de gozo por haber dado á su Soberano tan cumplida satisfaccion de las humillaciones que poco tiempo ántes le impusiera el Rey de Castilla, el Ministro, festejado y lisonjeado por toda la córte, pidió y obtuvo en el acto de al-Motamid el gobierno de la nueva provincia que habia conquistado y licencia para ir á tomar el mando. Púsose muy luego en camino, llevando un séquito de príncipe y un numeroso bagaje en el cual se contaban 200 caballos y mulas sacados de las caballerizas reales y cargados de lujosas telas y objetos preciosos, que ben-Ammar se proponia distribuir entre los principales habitantes de Murcia para granjearse su estimacion.

Su entrada en la ciudad fué un verdadero acontecimiento, en cuanto que en ella intentó remedar el triunfo de un emperador entrando en Roma vencedor del Asia.

Desvanecido con lo próspero de su fortuna y con el humo del incienso que quemaba á sus piés la falanje de aduladores y parásitos que vivian y medraban á su sombra, ben-Ammar, desde los primeros dias de su administracion y gobierno, dió rienda suelta á su carácter exajeradamente vanidoso; y, olvidando su oscuro orígen y la dependencia en que le colocaba la naturaleza de sus funciones, usurpó las

atribuciones de la soberanía decretando de propia autoridad sin nombrar para nada al Rey de Sevilla y dando audiencia sentado en un trono, cubierta la cabeza con un gorro alto á semejanza del que usaban los reyes abbaditas en los actos solemnes.

De tan desapoderada conducta tomaron pretexto sus émulos y rivales en Sevilla para hacerle sospechoso á los ojos de al-Motamid. Díjose de él, con insistencia, que repartia las rentas reales entre sus parientes, amigos y paniaguados, á fin de crearse un partido bastante numeroso para resistir la voluntad del Rey, si alguna vez esta voluntad se oponia á la suya; diéronse ó inventáronse pruebas de que intentaba alzarse con la soberanía independiente del principado de Murcia; en fin, tanto se dijo y tanto se murmuró, que al-Motamid llegó á concebir serios recelos respecto á la lealtad de su primer ministro y amigo de la infancia.

Así las cosas, aconteció que desobedeciera algunas órdenes terminantes que le diera el Rey, y entre otras la de poner en libertad á ben-Tahir, príncipe destronado de Murcia, cosa que colmó la medida de la paciencia de al-Motamid, que muy luego rebosó á resultas de un nuevo acto de estúpida vanidad del famélico poeta de Saltes.

Ben-Tahir habia logrado romper su prision y huir á Valencia al lado de su amigo el príncipe soberano ben-Abdalazis. Irritado ben-Ammar con esta burla, compuso un largo poema excitando á los valencianos á rebelarse contra su soberano porque acogiera en su tierra á un enemigo de ben-Ammar. En el poema se contenian conceptos como los siguientes:

«¿Quién será tan osado que se atreva á arrostrar la venganza de un hombre como yo, que persigue á sus enemigos

noche y dia sin descanso hasta exterminarlos? ¿Por cuál milagro de astucia podria nadie escapar de las manos vengadoras de un valiente caballero de los beni-Ammar, que lleva en pos de sí todo un bosque de lanzas?»

Composicion tan hinchada y presuntuosa fué objeto en Sevilla de comentarios burlescos y epígramas de todo género, circulados para herir de muerte la ridícula fatuidad del antiguo valido. El mismo al-Motamid, no pudiendo yá contener la explosion de su enojo, hizo coro á los aristarcos de su tertulia literaria, parodiando la composicion de ben-Ammar en los siguientes términos:

«*¡Por cuál milagro de astucia podria nadie escapar de las manos vengadoras de un valiente caballero de los beni-Ammar,* de esos hombres que ayer todavía se arrastraban servilmente á los piés de todos los señores, de todos los príncipes y de todos los reyes; que se creian muy bien pagados cuando el amo les mandaba dar mayor racion que á los otros criados? ¡Ellos, que de verdugos despreciables, encargados de cortar la cabeza á los criminales, se han levantado desde el suelo que besaban á las más altas dignidades!»

La ira y la soberbia enloquecieron á ben-Ammar al tener conocimiento de estos versos. En su demente furor improvisó contra al-Motamid una sangrienta sátira, que leyó á algunos de sus amigos, en la cual motejaba á los abbaditas de ruines y oscuros destripa-terrones de la aldea de Jaumin, «esa capital del universo» como la llamaba irónicamente. Á Romayquia la calificaba de «haraposa muchachuela nacida entre la ínfima plebe, y que siendo esclava del arriero Romaic, quien de buen grado la hubiera cambiado por un ca-

mello mamon, al-Motamid la dió su mano de esposo y tuvo en ella hijos libertinos, hombrecillos rechonchos, que deshonraban su familia;» y concluia diciendo:

«¡Motamid, yo te mostraré á la luz del dia! ¡Yo arrancaré el velo con que cubres tus torpes liviandades....! ¡Sí, parodia de los antiguos héroes, has sabido defender tus aldeas; pero tambien sabías que tus mujeres te engañaban, y te complacias en su libertinaje....!

Al-Motamid tuvo conocimiento de este infame libelo, y dicho se está que juró tomar ruidosa venganza del villano y desagradecido autor. El destino anticipó la hora de su castigo. Parece que en aquellos dias ocurrió en Murcia un motin militar motivado en la falta de pagas. La soldadesca indisciplinada amenazó á ben-Ammar con entregarle á Motamid si en un corto plazo no satisfacia su peticion. Buscó el dinero en la plaza; mas como con su insufrible vanidad habíase enajenado el aprecio público, no encontró quien le prestase un solo dirhem. En su vista huyó secretamente de Murcia y fuése á refugiar en la córte de Alfonso VI, cuya proteccion imploró. Oida su cuita, el Monarca castellano le respondió: «Historia de ladrones; el primer ladron ha sido robado por otro, y éste por un tercero.» Frase que revela el supremo desden con que los cristianos, hasta entónces tan menospreciados, comenzaban á tratar á aquella orgullosa raza, que se creyera tan superior á ellos.

En vista de la mala acogida que habian tenido sus pretensiones en Leon, ben-Ammar pasó á Zaragoza para ofrecer sus servicios á Moctadir, soberano de aquel Estado. El Príncipe le acogió con distincion y le confió el mando de algunas expediciones militares, en la última de las cuales

(intentada contra la fortaleza de Segura) fué hecho prisionero por los beni-Svail, que pusieron su persona en pública subasta, ofreciéndosela al mejor postor. Como no podia ménos de suceder, al-Motamid pujó hasta quedarse con ella. Esto hecho, mandó á Segura al príncipe Rachid con un cuerpo de caballería que debia conducir encadenado á Sevilla al ingrato y desleal ex-ministro.

Á su paso por las calles de la Ciudad teatro en otro tiempo de su prosperidad y grandeza, la muchedumbre que las llenaba le cubrió de injurias y denuestos. Conducido á la presencia de al-Motamid, éste le increpó duramente y le mostró la terrible sátira causa de su perdicion. Ben-Ammar inclinó la frente y respondió con acento acongojado:—Lo que acabas de decir, señor, es la verdad, no lo niego; y, por otra parte, ¿de qué me serviria negarlo, cuando hasta las cosas inanimadas dan testimonio de la verdad de tus palabras? ¡Soy reo, lo confieso; te he ofendido injustamente.... pero perdóname....!

—¡Lo que has hecho, respondió al-Motamid, no se perdona jamás!

Esto dicho, mandó encerrarle con centinelas de vista, que le privasen de toda comunicacion, en un aposento de su palacio.

Como su cautiverio se prolongase, concibió algunas esperanzas de perdon. Alentado por ellas pidió al Rey papel y pluma y escribió un patético poema, que hizo llegar á sus manos. Leyólo al-Motamid, y sintiéndose inclinado á la clemencia, mandó traer al preso á su presencia para afearle de nuevo su indigno proceder. Ben-Ammar, inundado el rostro en lágrimas, se arrojó á sus piés y le suplicó con tanta elocuencia, recordándole los felices dias de su dichosa juventud, que el Rey conmovido le dirigió algunas palabras de consuelo, pero sin otorgarle el perdon.

No obstante, ben-Ammar las interpretó en este sentido, y de vuelta en su prision escribió al príncipe Rachid una carta en que le daba cuenta de la conferencia tenida con su padre y de las esperanzas que en ella fundaba de ser reintegrado en el favor del Rey. Recibióla el Príncipe en ocasion de hallarse conversando con el wasir Isá, quien, enterado de su contenido, lo divulgó entre las gentes de palacio. Noticioso del suceso el ministro Abu-Becr ben-Zaidon, sucesor de ben-Ammar en la privanza del Rey, creyó haber caido en desgracia, é inquieto y afligido se excusó al dia siguiente de acudir al consejo. Hízole llamar el Rey, y habiéndole preguntado la causa de su retraimiento, contestó el Ministro que creia haber perdido su confianza en vista de la conferencia que habia tenido con ben-Ammar, de la cual deducian en la córte que muy en breve el ex-ministro volveria al poder, segun afirmacion del mismo ben-Ammar; y á mayor abundamiento, decíase que el gobernador de la Ciudad, ben-Salam, habia mandado amueblar los mejores aposentos de su propio alcázar para alojarle en tanto se le devolvian los suyos; y, finalmente, refirió al Rey todo lo que acerca de este particular se murmuraba en Sevilla, incluso algunas torpes calumnias, que debian ser muy infames, cuando (dice Dozy) el historiador que refiere estos sucesos se abstiene de reproducirlas.

Irritado al-Motamid de tan incorregible presuncion mandó á un eunuco eslavo á la prision de ben-Ammar á preguntarle en su nombre cómo habia podido divulgar la conversacion tenida con él, estando incomunicado.

El eunuco regresó diciendo que ben-Ammar negaba haber hablado con nadie de aquel asunto.

—Mas puede haberlo escrito, exclamó Motamid. Le envié dos fojas de papel; en la una escribió el poema que me

ha dirigido.... ¿qué ha hecho de la otra? Vé á preguntárselo.

—Señor, tornó diciendo el eunuco, afirma que en ella escribió el borrador del poema que te dirigió.

—Siendo así que te dé ese borrador, replicó el Rey.

Ben-Ammar no pudo ocultar por más tiempo la verdad, y confesó que habia participado por escrito al príncipe Rachid las promesas que habia oido de los labios del Rey.

Al oir estas palabras al-Motamid se exaltó hasta el delirio; y, arrebatado por los impulsos de la sangre de su padre, de aquel tigre que se complacia en esparcir los pedazos de las entrañas de sus enemigos vencidos, asió la primera arma que encontró á la mano, que se halló ser una hacha de guerra regalo de Alfonso VI, y se dirigió precipitadamente á la prision de ben-Ammar.

Al verlo entrar en aquella amenazadora actitud, el mísero prisionero conoció la infeliz suerte que le esperaba; y, cubriéndose el rostro con ámbas manos, se arrojó á los piés de al-Motamid, arrastrando la frente por el suelo. El Rey levantó el hacha y la descargó muchas veces sobre el cráneo de ben-Ammar, hasta dejarlo frio cadáver.... (1).

El sueño de Saltes se habia realizado.

Tal fué el trágico fin de ben-Ammar, de aquel hombre extraordinario que en su infancia halló, como Goethe, un duque de Weimar en el príncipe al-Motamid, que le sacó de la oscuridad; del hábil político musulman, que salvó el reino de Sevilla y dilató sus fronteras más allá de Andalucía; del gran poeta, que debió á la claridad de su privilegiado ingenio el principio de su fortuna, y que hizo de sus versos el cimiento de la grandeza que alcanzó, y que perdió

(1) Ben-Bassam, art. sobre ben-Ammar.

desastrosamente con la vida, más bien por exceso de vanidad que por otra falta alguna.

Refiere Conde que Abdel-Gelil ben-Wahbon decia «que no se vió quien por él derramase lágrimas, ni se oyó quien dijese: *Séquesele la mano al matador.*»

La noticia de su trágica muerte produjo honda sensacion en toda la España musulmana; mas fué de corta duracion. El incontrastable progreso de las armas cristianas de un lado, y los graves acontecimientos y alarmantes complicaciones que surgian á la sazon por todas partes, la hicieron muy luego olvidar.

CAPÍTULO XVIII.

Rivalidad entre el Rey de Sevilla y el Príncipe de Almería.—Temblor de tierra en Sevilla. Lápida conmemorativa.—Atentado cometido en Sevilla contra embajadores castellanos.—Venganza que toma el Rey de Castilla. —Conquista de Toledo por Alfonso VI.—Decadencia de los árabes andaluces.—Al-Motamid implora el auxilio de Yusuf ben-Texufin.—Embajada sevillana á Marruecos.—Primera entrada de los almoravides en España.—Batalla de Zalaca.

Por este tiempo reinaba en Almería el príncipe Mohamed, hijo de Abu-l-Ahwas Man, que en el comienzo de su reinado, no queriendo aparecer inferior en nada á su émulo el Rey de Sevilla, tomó el nombre de *al-Motacim billah al-Wathik-bi-fadhli-Ibah* (1), siendo desde entónces conocido en la historia con el sobrenombre de al-Motacim.

Fué este Príncipe hombre de raras prendas; amante de la paz, generoso protector de las letras, noble, justo, padre, en fin, de sus pueblos y providencia de los sabios, á quienes tenía abierto un templo y una academia en su propio alcázar; en tanto que fomentaba con celo infatigable la prosperidad de Almería, que en aquellos tiempos todavía conservaba su pro-

(1) Ibm-l-Abbar, segun Dozy.

verbial opulencia. Contábanse en ella hermosos monumentos públicos, cuatro mil telares de estofas las más preciadas, fábricas de cristales, de hierro y de utensilios de cobre; su puerto era uno de los más señalados de España, y anclaban en él buques procedentes de la Siria, del Egipto y de las costas italianas; finalmente, sus casas de comercio eran reputadas opulentísimas.

Pero al-Motacim carecia de las cualidades que distinguen á un buen rey en el concepto de la ciencia y prevision políticas. Dejábase arrastrar del feo vicio de la envidia hácia el más poderoso y brillante príncipe de la España musulmana, al-Motamid de Sevilla, á quien detestaba porque rivalizaba con él en fama de buen poeta y generoso protector de las letras, cegándole el odio hasta el extremo de haber sacrificado ciegamente su reino, su propia familia y toda su raza por el solo placer de dar satisfaccion al odio que profesaba al caballeresco Rey de Sevilla.

En la época que estamos historiando, al-Motamid, lastimado por las calumnias que el de Almería divulgaba acerca de él, y ofendido de las recriminaciones que le dirigia en las comunicaciones oficiales que mediaban entre los dos gobiernos, resolvió tomar ruidosa venganza de tan injustificada agresion, y al efecto le declaró la guerra movido de sus resentimientos, y, sobre todo, ansioso de aprovechar la ocasion de incorporar á su reino la opulenta ciudad de Almería.

Al-Motacim, que no contaba con fuerzas suficientes para defender sus Estados, se arrepintió tarde de haber dado pretexto al triunfo de las miras ambiciosas de su poderoso rival, y trató de alejar la tormenta que se cernia sobre su cabeza, proponiéndole una conferencia para arreglar personalmente las diferencias que los enemistaban. Convino en ello al-Motamid, y pasadas tres semanas que duraron las nego-

ciaciones, ámbos príncipes ajustaron la paz, noble y lealmente por parte del Rey de Sevilla, hipócrita y arteramente por la de al-Motacim, que hacía firme propósito de aprovechar la primera ocasion favorable para satisfacer su encono. Esta ocasion no tardó en presentarse; pero no anticipemos los sucesos.

No tanto, acaso, las satisfacciones recibidas, como las graves complicaciones con que le amenazaba de nuevo el Rey de Castilla, obligaron á al-Motamid á malograr la ocasion de dilatar las fronteras de su reino, suscribiendo á la paz que le dejaba toda la integridad de sus fuerzas para acudir al peligro mayor.

En efecto; el emperador Alfonso VI, rey de Castilla, de Leon, de Galicia y de Navarra; el sabio y prudente monarca que sometia los árabes con el poder de sus armas y con su carácter clemente y tolerante, acababa de invadir el reino de Toledo, último valladar que le separaba de Andalucía. En su vista al-Motamid regresó á su capital para hacer frente á los acontecimientos que estaban abocados, y que habrian necesariamente de afectar todos los intereses de los musulmanes andaluces.

En este año de 1080, «en la luna de Rabie primera, dice Conde (1), fué el gran temblor de tierra, que los hombres no lo vieron semejante. Destruyó los edificios y pereció en él mucha gente bajo las ruinas; cayeron los domos y alminares, y no cesó de sacudir y afligir el temblor de dia y de noche, desde el primer dia de Rabie primera hasta el último dia de Giumada segunda de dicho año.»

De esta catástrofe conservamos un precioso testimonio en una lápida que existe empotrada en una de las caras in-

(1) *Hist. de los Árab. en Esp.*, tom. II, cap. VIII.

teriores de los muros de la torre de la colegiata del Salvador, escrita en caractéres cúficos de resalte, y cuya interpretacion (1) es como sigue:

—*En el nombre de Alláh, el clemente, el misericordioso: la bendicion de Alláh (sea) sobre Mahoma*
—*sello de sus profetas y el mejor y mas perfecto de sus escojidos y sobre los suyos, los buenos y los justos. Salud y paz. Mando Al-Motamid Al-Alay-l-lah*
—*Muyyed-bi-Nassri-l-Láh Abu-l-Casim-ben Abbad*
—*(perpetue Alláh su imperio y señorio y continúele su poderoso auxilio)*
—*construir la parte superior de este Alminar, á fin de que no se interrumpa el llamamiento*
—*á la oracion, por haberse destruido de resultas de los frecuentes terremotos*
—*prolongados en la noche del domingo, primer dia de la luna de rabie primera*
—*del año cuatrocientos setenta y dos (1080) concluyose (la obra)*
—*con beneplacito de Alláh y su auxilio, el último dia de la luna memorada*
—*Premie Alláh en él obra tan meritoria y déle por cada piedra*
—*colocada en ella, un alcázar en el Paraiso para su regalo y morada (sustento)*
—*De lo que hizo Abú-Hibraim-ben-Afláh el marmolista, bajo la inspeccion del gefe principal de los abices (2) Ahmed-ben-Hixém (prospérele Alláh)*

El 1082 llegó á Sevilla la embajada anual, que venía á cobrar el tributo que en señal de vasallaje pagaba al-Mo-

(1) D. R. A. de los Rios. *Inscrip. árabes de Sevilla.*
(2) Mandas ó rentas piadosas para atender al culto y conservacion de las mezquitas.

tamid al Rey de Castilla Alfonso VI. Segun costumbre, los embajadores no entraron en la Ciudad, permaneciendo acampados en las afueras.

Los tiempos eran difíciles, las guerras contínuas; el empobrecimiento en que iba cayendo el pueblo de Sevilla á resultas de la paralizacion del comercio y de la ruina de la agricultura, recargada de tributos y saqueada por los unos y los otros; la decadencia visible de todas las fuerzas del país y los despilfarros de una córte que se cuidaba más de deslumbrar con exterioridades brillantes que de afianzar el bienestar general, tenian exhausto el Tesoro del Rey y muerta la confianza pública, en términos de no encontrarse posibilidad legal de hallar dinero por medio del crédito ó de impuestos extraordinarios. Así las cosas, y como apremiáran los embajadores para el cobro del tributo, al-Motamid se vió en la necesidad de recurrir al expediente usado con el Conde de Barcelona; esto es, mandó acuñar en la zeca de Sevilla, en oro de baja ley, una gran parte de la suma que tenía que pagar, y se la remitió por medio de sus contadores á los caballeros castellanos. El tesorero de Alfonso VI, que lo era un judío llamado ben-Chalib, examinó la moneda; y, conocido el engaño, se negó á recibirla, diciendo con arrogancia: «¿Tan torpe me creeis que tome por buena esta moneda mala? Yo no recibo sino oro de ley, y os anuncio que el año que viene pediré mayor tributo; y si no se me da tomaré villas y castillos en rehenes.»

Sabedor de esta amenaza, insolente en boca de un judío, al-Motamid mandó conducir á su presencia á los embajadores y al tesorero; y cuando sus órdenes se vieron cumplidas exclamó:

—Poned en prisiones á esos cristianos y crucificad á este judío maldito.

—¡Perdon, señor! exclamó el mísero en el colmo de la angustia: ¡perdonadme y os daré en oro puro el peso de mi cuerpo....!

—¡Por Alláh, respondió al-Motamid, que no acepto por tu rescate la Mauritania toda, ni la España entera si me la ofrecieras....!

El judío fué crucificado (1).

Llegada á Leon la noticia del brutal atentado cometido en la sagrada persona de unos embajadores, Alfonso VI exclamó, en un arranque de legítima indignacion:—«¡Entraré á sangre y fuego la tierra de ese infiel con hueste tan numerosa como los cabellos de mi cabeza; y no me detendré hasta meter los piés de mi caballo en las aguas del Estrecho de Gibraltar!»

Mas no queriendo realizar su venganza dejando expuestos los caballeros castellanos detenidos en prisiones en Sevilla á sangrientas represalias, diputó mensajeros á al-Motamid para negociar el precio de su libertad. El Rey de Sevilla pidió la devolucion de la fortaleza de Almodóvar, que Alfonso conquistára pocos años ántes. Accedióse á esta condicion y los embajadores regresaron á Castilla.

Esto solo esperaba el Emperador para poner en ejecucion su plan. Así que, no bien le hubieron besado la mano, se puso al frente de una division fuerte de dos mil caballos y entró talando, saqueando y cautivando por tierras de su enemigo todos los musulmanes que no se retiraron á tiempo con su hacienda á las plazas fuertes, hasta llegar, por el Aljarafe, á poner sus tiendas á la vista de Sevilla.

Como su objeto no era el combatir á Sevilla, ni traia fuer-

(1) Este suceso se apoya en el testimonio de Ben-al-Labanna, uno de los poetas de la córte de al-Motamid. Dozy.

zas ni material de sitio, limitóse á devastar sus alrededores durante tres dias, pasados los cuales levantó el campo y continuó su marcha asoladora por los Arcos y Medina-Sidonia hasta la península de Tarifa. Llegado que hubo, adelantóse hácia la playa, espoleó su caballo y le lanzó en medio de las olas del mar (1), que besaron mansamente las rodillas del primer rey cristiano que, despues de tres siglos y medio muy cumplidos, llegaba en són de guerra y triunfo á las costas meridionales de España. Cumplida su promesa, y vengado su agravio, Alfonso VI dirigió una mirada de desafío desde la tierra española á las playas africanas, torció riendas, y, revolviendo en su mente grandiosos proyectos, se encaminó á su reino arrastrando rico botin.

Tres años próximamente despues de esta memorable razzia, Toledo, la imperial ciudad que fué capital del reino visigodo, abrió sus puertas al emperador Alfonso VI, que hizo su entrada en ella el dia 25 de Mayo de 1085.

Con la fecha del año siguiente (1086) conservamos un curioso monumento que conmemora una fundacion piadosa de la sultana Romayquia (?), esposa de al-Motamid. Es una lápida escrita en caractéres cúficos de resalte, que estuvo empotrada en uno de los muros exteriores de la iglesia de San Juan de la Palma, y que hoy se custodia en el Museo provincial. Su interpretacion, hecha por D. R. A. de los Rios, es como sigue:

—*En el nombre de Alláh, el clemente, el misericordioso. La bendicion de Alláh* (*sea*) *sobre Mahoma, sello de los profetas*

—*Mandó la señora augusta madre Ar-Raxid Abu-l-Hoseyn Obaido-l-Láh hijo de Al-Motamid*

(1) Ben-Abd-el-Halim.

—*Alay-l-Láh Al-Muyyed-bi-Nassri-l-Láh, Abu-l-Casim Mohámmad-ben-Abbas (perpetúe Alláh su imperio*
—*y poderio y la gloria de ambos) levantar esta assumúa en su mezquita (conservela Alláh) esperando*
—*los premios abundantes. Acabóse* (esta obra) *con la ayuda de Alláh, bajo la inspeccion del guacir, Al-Katib-al-Amir Abu-l-*
—*Casim ben-Batah (séale Alláh propicio) Y esto* (fué) *en la luna de Xaaban del año cuatrocientos setenta y ocho (1086)*

La conquista de Toledo, que «preparó la de Granada y fué la aurora de aquel dia solemne en que el pendon de la cruz ondeó sobre todos los alminares árabes de España, no sólo dejó establecida definitivamente la superioridad política y militar de los cristianos sobre los musulmanes, sino que trasladó las fronteras castellanas del Duero al Tajo, limitando considerablemente la extension de la tierra que ocupaban los sectarios de Mahoma en la península Ibérica. Su influencia se dejó sentir tan enérgicamente, que todos los reyezuelos de aquel pueblo degenerado se apresuraron á reconocer el señorío de Alfonso VI, enviando embajadores y ricos presentes en testimonio de su sumision y vasallaje al *emperador de las dos leyes y naciones,* al rayo de la guerra, que *tronaba* y *relampagueaba,* y levantaba su diadema tantos codos por encima de la vacilante corona de los príncipes musulmanes.»

Cuenta un cronista árabe, que en aquellos dias llegó á Leon el amir de Albarrazin á rendir pleito homenaje al Rey de Castilla, quien le recibió en ocasion de estar mirando los saltos y contorsiones de un mono que distraia sus ocios en tal momento. Presentó rendidamente el musulman al Monarca de Castilla los magníficos regalos que le traia en testimonio de su sumision. El Emperador los aceptó desdeñosamente y respondió:—«Te hago merced de ese animal; tómalo en pago de tu regalo....» Muy léjos de sonrojarse al re-

cibir tal afrenta, el señor de Albarrazin dedujo de la burlesca generosidad de Alfonso VI que nada tenía que temer por la integridad é independencia de sus Estados.

Tomando ejemplo de la altivez que usaba el Soberano, sus caballeros y hasta los soldados de sus huestes trataban con tal menosprecio á los musulmanes, que solian vender los prisioneros que hacian en sus frecuentes correrías en territorio enemigo por un pan, una cántara de vino ó una pequeña porcion de pescado. En suma, en esta época la decadencia moral y la postracion de las fuerzas materiales del pueblo que setenta años ántes ganára cincuenta batallas seguidas sin sufrir un solo descalabro era tal, que en un encuentro cuatrocientos ginetes, soldados escogidos del ejército del Príncipe de Almería, huyeron á la desbandada viéndose acometidos por ochenta escuderos castellanos (1); y no mucho despues una division fuerte de tres mil hombres, de la renombrada caballería sevillana, fué arrollada y gallardamente lanceada por un cuerpo de trescientos caballos de Castilla, en los campos de Lorca (2)..

El grande, el irresistible empuje de la reconquista estaba, pues, dado al mediar el último tercio del siglo XI con la rendicion de Toledo, la ocupacion del reino de Valencia; el estrecho cerco puesto á Zaragoza, las conquistas en Portugal y el humillante tributo que pagaba el Rey de Sevilla, es decir, el predominio de las armas castellanas en el Este, el Oeste y el Mediodía de la Península. Perdido así su prestigio, su independencia, su fuerza, en fin, moral y material, los árabes españoles comenzaron á considerarse extranjeros en la tierra que llamaban madre, en la tierra que engrande-

(1) *Abbad*, tom. II, pág. 20.
(2) *Abbad*, tom. II, pág. 25, segun Dozy.

cieron, enriquecieron é hicieron renacer á la civilizacion, y que, no ingrata, sino indignada, los repelia lentamente, sintiendo germinar en su seno nueva y más fecunda civilizacion.

Tanto se fué estrechando el círculo de hierro en que las armas cristianas los tenian encerrados, que llegó el momento fatal para los musulmanes andaluces en que tuvieron que pensar sériamente en si les convenia emigrar en masa al África, ó hacerse vasallos del Rey de Castilla. La eleccion era difícil. Aquellos que se inspiraban en el espíritu de raza, que rendian culto á la tradicion y querian conservar la integridad de su fé religiosa, decian con el poeta:

«En marcha, andaluces; que demencia y muy grande es permanecer aquí.»

Pero los que posponian las creencias religiosas á cierta suma de intereses morales y materiales, y á la voz de su conciencia el cariño que profesaban al país que los vió nacer y guardaba las cenizas de sus mayores, éstos optaban por el segundo extremo, diciendo que al cabo con el vasallaje en España no se perdia toda esperanza de redencion, en tanto que su existencia en África sería la de los míseros ilotas en Lacedemonia.

Sin duda que los que así opinaban eran los más numerosos, cuando se llegó á pensar sériamente en pedir auxilio á los correligionarios del África. Primero se trató de recurrir á los kábilas de la Ifrikia; pero el convencimiento que se tenía de la ferocidad, bravura é instintos rapaces de aquellos beduinos, obligó á renunciar á ellos, por el fundado temor de verlos obrar, ántes bien como tiranos de los andaluces, que como azote de los gallegos. Entónces se pensó en los almoravides, berberiscos del Sahara, que acababan de aparecer en la escena del mundo recien convertidos al islamismo, y

que en pocos años habian fundado un vastísimo imperio que se extendia desde el Senegal hasta Argel, y aspiraba á más.

La gran mayoría de los andaluces aceptó esta resolucion; pero dividiéronse las opiniones acerca de la forma con que debia solicitarse su auxilio. El pueblo y los faquíes querian echarse ciega é incondicionalmente en brazos de aquellos sectarios; la rancia nobleza árabe y los príncipes andaluces, incluso al-Motamid, pretendian imponerles condiciones, desconfiando de aquellos rudos y fanáticos guerreros, y, sobre todo, de su caudillo-rey, Yusuf ben-Texufin, en quien veian más bien un rival peligroso que un auxiliar desinteresado.

Entretanto la tempestad arreciaba y se hacía cada vez más y más imperiosa la necesidad de tomar una resolucion cualquiera que salvase, cuando ménos, la vida de los comprometidos; ya fuese la de convertir la España musulmana en feudataria del África, ya aceptando un vasallaje semejante á la esclavitud en la sociedad cristiana. Porque la verdad es que por todas partes se veian pruebas tangibles de la decadencia en que habia caido la ilustrada y poderosa raza árabe; así en la pobreza del pueblo, en el desprestigio de la nobleza y en la inferioridad de sus armas, como en la relajacion de las costumbres públicas y domésticas, hija de la ignorancia y del fanatismo que habian introducido en España los africanos desde el tiempo de Almanzor el *Grande*. Á nadie que medianamente raciocinára se le podia ocultar que aquella sociedad se hallaba en pleno período de decrepitud; que desde que se apagaron los faros de Damasco, Bagdad y Córdoba, la cultura árabe, habiendo cumplido yá su mision de conservar y esparcir por Europa los restos de la civilizacion greco-romana, descendia rápidamente á un nivel de marcada inferioridad con respecto á la cristiana, y que, y esto era lo más doloroso y desconsolador, la raza hispano-

musulmana no tenía yá tierra ni hogar; rechazada de España, donde no habia podido despojarse de su carácter de extranjera, y maldecida en África, donde se la odiaba en recuerdo de la tiranía que ejerció con los mauritanos, y se la calificaba de impía, descreida y apóstata por la tolerancia que usó con los cristianos en los tiempos de su apogeo y por el culto que tributaba á las ciencias especulativas. Almanzor, quemando parte de la biblioteca de Halakem y rodeando la hoguera en que se consumaba tan grosero atentado con un cordon de tropas africanas, habia divorciado para siempre el África de la España musulmana.

Así lo comprendia el ex-poderoso rey de Sevilla, al-Motamid, hácia quien todos los muzlimes volvian los ojos; pero en su mano no estaba el remedio. Un destino fatal le hizo árbitro de la eleccion. Eligió, mas fué desgraciado en ella.

Cuentan sus historiadores que uno de aquellos dias de vacilaciones y mortal congoja le dijo su primogénito el príncipe Rachid:

—Padre y señor, mira lo que haces; ¿quieres traer á España al ambicioso Yusuf ben-Texufin, al que ha salido de los desiertos de Alkibla atropellando todas las tribus del Magreb y de la Mauritania? No dudes que nos echará de nuestras casas, y sus bárbaras gentes nos esparcirán y desterrarán de nuestra nacion y de nuestra hermosa patria....!

—Hijo mio, respondió al-Motamid, todo cuanto dices es la verdad; pero no quiero que se me maldiga en los púlpitos de todas nuestras mezquitas, ni que se me acuse de haber perdido la Andalucía y de haberla entregado maniatada á los infieles.... Y puesto que un decreto fatal me obliga á escoger entre dos extremos á cual más crueles, prefiero, como buen musulman, ser *pastor en África y guardar los ca-*

mellos del Amir de Marruecos, á ser porquerizo en Castilla....! (1).

Afirmáronle en esta resolucion noticias que recibió de los alarmantes progresos que hacian las armas castellanas en la España oriental, donde tenian reducida á la última extremidad la importantísima ciudad de Zaragoza, baluarte hasta entónces inexpugnable de la *frontera superior*. Y comprendiendo que tomada esta plaza, como lo habian sido Toledo y Valencia, era cuestion sólo de dias, acaso de horas, ver llegar *tronando* y *relampagueando* sobre los muros de la hermosa Sevilla aquellos *buitres carniceros,* aquellos *perros gallegos,* que cambiaban un musulman por una mala espuela baquera, decidió echarse á todo riesgo en brazos de los almoravides. Mas no queriendo asumir toda la responsabilidad de la posible ruina de su patria, consultó á los demás príncipes andaluces, rogándoles que se asociáran al pensamiento, y en este caso que diputasen á Sevilla personas de su confianza para discutir y acordar lo mejor en negocio de tanta monta.

Contestaron adhiriéndose el rey de Badajoz Motawakil, que envió á Sevilla al cadí Abu-Yshac ben-Mokana; el sultan de Granada Abdalláh diputó al cadí Abu-Giafar Calai; concurrieron además con poderes de sus respectivos señores Abu-l-Wali de Beja; Zagud guali de Málaga y el cadí de Córdoba ben-Adhan.

Estos personajes, reunidos en la grande aljama de Sevilla, bajo la presidencia de Abu-Becr ben-Zaidon, ministro sucesor de ben-Ammar en la privanza de al-Motamid, votaron unánimes por la alianza almoravide, y que se enviase un mensaje á Yusuf ben-Texufin solicitando el auxilio de sus

(1) Conde y Dozy.

armas para librar á los andaluces de la esclavitud con que los amenazaba el Rey de Castilla.

Esto acordado, al-Motamid nombró embajadores, que lo fueron los cadís de Badajoz, Granada y Córdoba, bajo la presidencia del guacir ben-Zaidon, para tratar con el gran Príncipe almoravide las condiciones de la alianza que se le iba á proponer.

Salió la embajada de Sevilla á fines de la primavera del año 1086, embarcóse en el puerto de Algeciras y pasó á la córte de Yusuf, á quien presentó en audiencia solemne el mensaje de los Príncipes andaluces. Recibiólo con visibles muestras de satisfaccion el caudillo-Rey almoravide, y en el acto se propuso la primera dificultad que tenía necesariamente que surgir de la índole compleja del negocio; esta era la designacion del punto por donde habria de hacer su entrada en España el ejército auxiliar. Ben-Zaidon, que llevaba instrucciones secretas de al-Motamid, indicó las playas de Gibraltar; pero Yusuf, que tenía hecha su composicion de lugar, señaló el puerto de Algeciras, y áun propuso que le fuera cedida la plaza para mantener siempre francas sus comunicaciones con África: ben-Zaidon manifestó que no llevando poderes para ceder porcion alguna de territorio, no podia tratar sobre ese punto sino despues de pedir instrucciones al Rey de Sevilla. El Amir de los musulmanes se mostró contrariado con tan cortés negativa y despidió los embajadores, dándoles una respuesta de doble sentido.

Á los pocos dias Yusuf obtuvo de los faquíes de su Consejo un *fetfa* (contestacion á una consulta) en virtud y cumplimiento del cual embarcó un numeroso cuerpo de ejército, que cercó por mar y tierra la plaza de Algeciras, é intimó la rendicion á su gobernador. Éralo, á la sazon, el príncipe Radhí, quien dió cuenta del suceso al Rey su padre y le pi-

dió instrucciones por medio de palomas mensajeras. Contestóle al-Motamid por el mismo conducto, mandándole evacuar la plaza y *poner á mal tiempo buena cara.* Radhí se retiró con la guarnicion sobre Ronda. Los almoravides entraron en la plaza, y la abastecieron y fortificaron sólidamente.

En primero de Octubre del mismo año (1086) el amir de los musulmanes, Yusuf ben-Texufin, desembarcó en Algeciras con el grueso de su ejército y púsose inmediatamente en camino hácia Sevilla. Á larga distancia de sus muros salióle á recibir al-Mótamid rodeado de un numeroso y brillante séquito de altos dignatarios de su córte y de caballeros de la Ciudad. La pompa desplegada por el Rey de Sevilla sorprendió tan agradablemente al Amir, que se negó á recibir el homenaje del besamanos y echó los brazos al cuello de al-Motamid. En el acto, y siguiendo la costumbre oriental, presentáronle los cuantiosos y magníficos regalos que le estaban destinados. Tan numerosos y variados fueron, que Yusuf pudo galardonar con ellos á cada uno de sus soldados, que no cesaban de admirar la riqueza que poseia Andalucía.

Terminado el acto, emprendióse de nuevo la marcha hácia Sevilla, entre los vítores y aplausos de las innumerables gentes que bordeaban el camino de aquellos que, como los cartagineses, entraban vendiendo para salir mandando. Las tropas acamparon fuera de la Ciudad y los soberanos hicieron su entrada triunfal en la metrópoli de Andalucía, centro de todo el saber y cultura árabes que sobreviviera á la disolucion del califato de Córdoba, y que en este concepto, así como por su extension, opulencia manifiesta y numerosísimo vecindario, causó la más viva sorpresa en aquellos hijos del desierto, ignorantes de que existiera en el mundo tanta magnificencia.

Pasados ocho dias, durante los cuales los capitanes almoravides se vieron obsequiados y aplaudidos sin descanso por la plebe y los faquíes sevillanos, que los llamaban libertadores y restauradores de la pureza de la doctrina musulmana, Yusuf ben-Texufin dió la órden de ponerse en marcha, habiéndose incorporado á su ejército las tropas sevillanas al mando de al-Motamid, trescientos ginetes granadinos acaudillados por el sultan Abdalláh, doscientos malagueños mandados por su amir Temin y una division de caballería á las órdenes de un hijo de al-Motacim de Almería.

La hueste se dirigió por el Oeste á tierras de Badajoz, donde operó su conjuncion con las banderas del soberano de aquel Estado, Motawakil (1), y esto hecho, Yusuf emprendió resueltamente la marcha hácia Toledo.

Sitiando estaba Alfonso VI á Zaragoza cuando recibió la noticia del desembarco y entrada de los almoravides en España. Comprendió que la nueva invasion africana no tenía por objeto defender las Andalucías, sino acometer los reinos cristianos, y en su consecuencia resolvió librar sus tierras y vasallos de los estragos de la guerra que tenía en perspectiva, llevándola en persona al país enemigo. Al efecto levantó aceleradamente el sitio de la plaza y retrocedió sobre Toledo, donde activó con incansable brio la reunion del grande ejército que condujo á marchas forzadas contra los almoravides.

El juéves 22 de Octubre las descubiertas castellanas avistaron á los musulmanes cerca de Badajoz, en los llanos que los cronistas árabes llaman de *Zalaca* y las crónicas cristianas de *Sacralias* ó de *Badajoz* indistintamente (2). El Em-

(1) Ben-al-Abbar. Abd-al-Wahir.

(2) En la era MCXXVI tuvo lugar la batalla de Sacralias con el rey Jusef.—*Cron. de Pelayo, obispo de Oviedo.*

En la era MCXXVI, un viernes á diez de las calendas de No-

perador mandó hacer alto y acampar en aquel mismo sitio. Pocos momentos despues recibió una carta de Yusuf ben-Texufin en que le exigia: *Que se hiciese musulman, ó que se reconociese tributario suyo, si no queria verle entrar á sangre y fuego su reino.*

El Emperador mandó á un musulman empleado en cancillería que contestase al Amir en *su arábigo:* «Que hacía yá demasiados años que los alárabes de España pagaban tributo á los reyes de Castilla, para que él cambiase las tornas á una vuelta de dados; que muy pronto contestaria, con ayuda de Dios y con la poderosa hueste que acaudillaba, en términos de no dejar sin castigo la jactancia de sus enemigos.»

Recibida esta carta, Yusuf dispuso que un andaluz versado en letras le diese cumplida contestacion. Presentado que le fué el borrador, halló el estilo algo sentencioso y difuso. Lo rechazó con desden, y de su puño y letra escribió en el respaldo de la carta de Alfonso: *Lo que ha de suceder, tú lo verás»* (1), y se la remitió.

Durante el dia cruzáronse várias comunicaciones entre los beligerantes para fijar, segun costumbre de aquellos tiempos, el dia de la batalla. El emperador envió el siguiente mensaje á Yusuf: «Mañana viérnes es dia de fiesta para tus muslimes; despues, domingo, dia de precepto para nosotros los cristianos; propóngote, pues, que demos la batalla pasado mañana sábado.» El Amir defirió á lo propuesto.

Más avisado ó más práctico al-Motamid en la estrategia

---

viembre, dia de los santos Servando y Germano, se dió la batalla de Badalozio, ó Sacralias, en que fué vencido el rey Alfonso.—*Anales Complutenses.*

En la era MCXXVI se dió la batalla de Badajoz.—*Anales Compostelanos.*

(1) Conde atribuye esta frase al rey Alfonso VI.

militar de los castellanos, que así atacaban entre las sombras de la noche como á la luz del dia, sospechó que la pretension del Rey de Castilla ocultaba el propósito de coger desprevenido al enemigo. En su consecuencia tomó todo género de precauciones militares, y destacó en derredor y á larga distancia de su campo numerosas escuchas que vigilasen los movimientos de los cristianos durante la noche. Es de advertir que las banderas andaluzas formaban la vanguardia del ejército aliado, en tanto que los almoravides marchaban ó acampaban á larga distancia; de esta manera, pues, los hispano-musulmanes estaban expuestos á sufrir la primera acometida de los castellanos.

Sus aprensiones no tardaron en verse confirmadas. Al despuntar la aurora del viérnes 23 llegaron á toda brida al campo de al-Motamid algunas avanzadas anunciando que los cristianos se habian puesto en movimiento. Sobresaltó la nueva al Príncipe en cuanto á que estando tan léjos los almoravides, los castellanos tenian tiempo holgado para envolver y exterminar á los andaluces ántes de que pudieran ser socorridos por los africanos. En su consecuencia dió aviso al Amir del peligro que le amenazaba, y pidió refuerzo con urgencia.

Pero Yusuf, que tenía estudiado un plan y por nada queria alterarlo, no se cuidó de responder ejecutivamente á la peticion. Acaso entraba en su combinacion el exterminio de las tropas andaluzas, como medio fatalmente necesario al buen éxito de sus proyectos. Por eso, sin duda, exclamó contestando á las instancias que le hicieron algunos de los suyos, para que socorriese á al-Motamid: «Esos hombres son todos enemigos nuestros. Dejemos que los maten hasta el último.»

Entretanto, la vanguardia del ejército castellano llegaba

á paso de carga, y haciendo retemblar el suelo bajo sus piés, sobre los andaluces, que, acometidos por fuerzas inmensamente superiores, que los envolvian y *ocultaban como las sombras de la noche cubren y ocultan las cosas,* cedieron ante lo formidable del ataque y huyeron en desórden hácia Badajoz. Sólo los caballeros sevillanos y su bizarro Rey sostuvieron, sin retroceder un paso, el terrible choque de los pesados escuadrones castellanos, y resistieron con imponderable denuedo hasta la llegada de un crecido refuerzo de almoravides, con el cual pudieron, sin pensar en tomar la ofensiva, mantener inquebrantable su línea de batalla hasta muy entrado el dia.

Al-Motamid, acribillado de heridas, y sus caballeros cubiertos de sangre propia y enemiga, se disponian á morir como buenos, rendidos de fatiga y perdida la esperanza de ser socorridos, cuando con gran sorpresa notaron que los cristianos cesaban en el empuje, que una gran parte de sus masas daban frente á retaguardia, y que el mayor número de ellos se batia en retirada ordenada.

¿Qué habia ocurrido? Hélo aquí:

Todo induce á creer que el pensamiento de Yusuf no fué entregar los andaluces á la muerte, sino servirse de ellos como señuelo para atraer al enemigo á una celada estratégicamente ideada. Es así, que en tanto que la hueste castellana combatia á los andaluces sin poderlos arrollar, gracias al refuerzo que les fué enviado sin más objeto que infundirles aliento y ganar el tiempo estrictamente necesario para la ejecucion de su proyecto, Yusuf, á la cabeza de las tropas africanas, daba un rodeo, rebasaba sin ser visto uno de los costados del enemigo y caia como un alud sobre el campo de Alfonso. Á poco esfuerzo arrolló la guardia que le custodiaba, dió fuego á las tiendas, y, revolviendo sobre el ejército

enemigo, se lanzó como las aguas de una catarata sobre su retaguardia en el momento en que la muchedumbre fugitiva del incendio desordenaba las filas castellanas buscando en ellas un refugio contra las espadas africanas.

El animoso Alfonso se encontró, pues, entre dos fuegos; y como las fuerzas que le atacaban por la espalda eran más temibles y numerosas que las que él combatia por el frente de batalla, dividió las suyas en la misma proporcion, dando con ello inesperado respiro á los sevillanos.

Á partir de este momento la batalla se generalizó inmensa, terrible y encarnizada. General y soldado, Alfonso VI hizo prodigios de inteligencia y valor, en tanto que Yusuf, su digno rival, recorria como una lengua de fuego las apretadas filas de sus soldados, animándolos con su ejemplo y voceando en medio del fragor de la batalla: «¡Ánimo, musulmanes! ¡El número de los enemigos de Dios disminuye! ¡El paraiso os espera despues del martirio! ¡Los muertos gozan yá en él preciado galardon y eterna bienaventuranza!»

La victoria se mantuvo indecisa hasta media tarde. Á esta hora los andaluces que huyeran por la mañana volvieron sobre el campo de batalla y reforzaron la division sevillana. Por otra parte Yusuf, juzgando el momento oportuno para dar el golpe decisivo, lanzó su famosa guardia negra sobre las masas más resistentes del ejército castellano. Esta doble acometida con tropas de refresco, y que no habian perdido un solo hombre en todo el dia, inclinó resueltamente la balanza del lado de los musulmanes.

Al ponerse el sol, los castellanos, extenuados de fatiga y completamente destrozados, abandonaron el campo en el mayor desórden, dejándolo alfombrado de cadáveres. El rey Alfonso, herido en un muslo por un negro de la guardia de

Yusuf (1), se retiró por caminos extraviados y seguido por quinientos caballeros, sobre Toledo, donde entró con sólo ciento. Las crónicas árabes hacen subir la pérdida de los cristianos, unos á diez mil, otros á veinticuatro mil y otros á ochenta mil (!) hombres (2), y el de los que entraron en batalla ochenta mil caballeros y cien mil peones (!!). La fantasía oriental, como se ve, se excedió á sí misma. Estamos en paz de lo de Covadonga.

Tal es, en resúmen, la narracion que los historiadores musulmanes hacen de la batalla de Zalaca. Veamos ahora la version de la misma jornada escrita por el obispo de Leon D. Pedro, cronista del rey Alfonso VI, segun la refiere Sandoval (3), la cual difiere bastante de las primeras en ciertos detalles, por más que en el fondo esté enteramente conforme.

«......levantóse de Zaragoza (D. Alfonso), marchando con su campo en socorro de Badajoz, que la apretaban los moros. Iban en el campo real muchos caballeros franceses con muy buena infantería; encontráronse con los moros en los campos de un lugar llamado Salatrices, *donde fué el rey desbaratado, quedando herido en una pierna de una lanzada;* porque era tanto su ánimo, que ponia su real persona en los mayores peligros. Recogió la gente que pudo y metióse *en Coria.* Los condes D. Osorio, y su hermano D. Martin Osorio, D. Gomez de Campdespina, que otros llaman de Manzanedo, hijo del conde D. Gonzalo Salvadores, que murió en Roda, el conde D. Pedro Gonzalez de Lara, *el obispo D. Pedro,* QUE ESCRI-

(1) Dice Mohamad Abdelaziz, que era de la casa de Aben-Abad, que un negro esclavo del rey Yusuf hirió con una gambea al rey Alfonso en un muslo, y que el mismo rey decia:—Me ha herido con una hoz. Conde, *Hist. de la dom. de los Árab.*

(2) Abdel Halim, segun Conde.

(3) *Cinco Reyes,* lib. XVIII, cap. XXIV.

BIÓ ESTO, no quisieron retirarse, viendo que los moros *robaban su real,* y, hechos un cuerpo, pelearon á la luz de la luna hasta media noche, haciendo retirar los enemigos y *salvaron su bagaje, retirándose con buen órden* Alvar Fañez Minaya (1) hasta entrarse con el Rey en Coria á las doce del dia, sin haber descansado un punto desde que el dia ántes comenzaron á pelear hasta aquella hora, que fueron más de veinticuatro que no soltaron las armas de las manos. El Rey, que *los tenía por perdidos,* se gozó tanto que los *salió á recibir* el rostro lleno de alegría (2); y como vió al *obispo de Leon con el roquete salpicado de sangre* sobre las armas, en baldon de algunos cobardes que feamente se habian retirado y faltado en la batalla, que eran D. García Ordoñez y sus sobrinos los condes de Carrion, dijo:—¡Gracias á Dios que los clérigos hacen lo que habian de hacer los caballeros, y los caballeros se han vuelto clérigos por los mios pecados.—Y llegando estos caballeros á le besar la mano no la quiso dar, sino, abrazándolos, los *besaba en el carrillo;* y, volviéndose á entrar en la ciudad, llevó á su mano derecha al *Obispo de Leon* y á la otra al de Toledo D. Bernardo. *Perdióse esta batalla* por mal órden que hubo en ella; fueron vencidos los de la vanguardia y retaguardia, Y SALVÓSE EL CUERPO DE EJÉRCITO, donde iban el *Obispo* y Condes. No llevó la victoria de balde Abenjufaz, general de los enemigos, sino que quedó tal, que dejando á Badajoz, y por gobernador de lo que tenía en España á Abdalla, se volvió á África y el rey D. Alonso á Toledo; y el conde D. García Ordoñez, sentido de lo que el Rey le habia dicho por el obispo de Leon, *se pasó á los moros* y fué causa de grandes males en Castilla.»

---

(1) ¿El sobrino del Cid?

(2) Prueba de que la retirada de los cristianos ni fué tan desordenada, ni sobre Toledo sin parar.

Basta, sin necesidad de recurrir á la autoridad del prelado que escribe esta narracion, sin aducir la circunstancia de haber tomado personalmente parte en la batalla, y sin afirmarse en su carácter de cronista del Rey; basta, repetimos, la sencillez con que está redactada para convencer que el parte de la batalla de Zalaca más auténtico, y que más se acerca á la verdad, es la relacion del obispo de Leon D. Pedro, cronista del Rey, que *entró* en Coria á la derecha de Alfonso VI á las doce del dia sábado 24 de Octubre, salpicado su roquete de la sangre de los infieles muertos en la batalla del dia 23.

Es muy digno de notarse que los musulmanes vencieron á los castellanos en Zalaca como los francos vencieron á los árabes en Poitiers, y como los moros auxiliares de los cesarianos vencieron á los pompeyanos en la batalla de Munda, no de frente, sino atacándolos por la espalda en su campamento; y lo es tambien la especie que apunta el prelado cronista respecto á que Yusuf quedó tan mal parado con su triunfo de Zalaca, que regresó inmediatamente despues al África. Hecho anómalo que los historiadores árabes pretenden explicar, atribuyendo la retirada del Amir á noticias que recibió de la muerte de uno de sus hijos ocurrida en Ceuta.... La victoria de Zalaca pudo muy bien ser una *victoria Tebana:* el suceso de Aledo nos confirmará en esta opinion.

Sin embargo, es de justicia reconocer que hubo verdadera gloria para los vencedores en aquella memorable jornada; gloria de la cual pertenece una buena parte á los sevillanos musulmanes, que, abandonados de sus auxiliares los andaluces, y mal sostenidos por los almoravides, resistieron solos durante muchas horas el empuje de los veteranos de la vanguardia del ejército de Alfonso VI, batiéndose sin ce-

sar desde el alba hasta la puesta del sol. Sin su constancia y firmeza ante un enemigo superior en todos conceptos es probable que los almoravídes hubieran emprendido, aquel mismo dia, la retirada desde los campos de Zalaca á las playas de Algeciras, y de aquí á Ceuta para hacer el funeral al hijo de Yusuf.

Segun la version castellana de Conde, al-Motamid no pudo acompañar al Amir de los musulmanes en el alcance que durante toda la noche dió á los castellanos, por haber sido llevado á su tienda con seis gloriosas heridas; honrosa distincion de los valientes y de la que él mismo se jacta en unos versos que escribió poco tiempo despues y dedicó á su hijo Radchid. Y cuenta tambien, que terminada la primera cura de sus heridas escribió de su puño y letra el siguiente brevísimo parte del suceso de la batalla y lo envió á Sevilla por una paloma mensajera.

«Á mi hijo Radchid, que Dios le haya cumplido en su gracia. Se encontraron los ejercitos muslímicos con el soberbio Alfonso, y Dios ha dado la victoria á los muslimes, venciendo por su mano á los infieles; gracias á Dios por ello. Haz saber esta nueva á todos los fieles creyentes que contigo están. Salud.»

El mismo autor citado dice, con referencia á Yahye, que los habitantes de Sevilla estaban desasosegados y atormentados de la más viva curiosidad por saber noticias del teatro de la guerra, cuando llegó al alcázar de Ben-Abbad la paloma portadora de la ansiada nueva. En el acto fué convocado el pueblo en la mezquita mayor, donde se le dió lectura del feliz mensaje. Difundióse la nueva por toda la Ciudad con la velocidad del sonido, y los musulmanes al-

borozados se entregaron á todos los trasportes de la alegría, que se prolongó durante los dias que duraron las fiestas y los regocijos públicos decretados para celebrar el triunfo del islam.

La batalla de Zalaca fué mucho más sonada y ensalzada entre los musulmanes andaluces—que despues de ella dijeron el *año de Zalaca* en lugar del año 479—que entre los cristianos, quienes parece le dieron mucha ménos importancia, á juzgar por la breve mencion que de ella hacen las crónicas latinas, en tanto que los historiadores árabes (pero de los siglos posteriores) la describen minuciosamente y la levantan hasta las nubes, autorizando sus relaciones con documentos y cartas que dicen escritas por personajes históricos. Creemos que hay exageracion ó apasionamiento en los unos y en los otros: en los árabes la sorpresa, el delirante regocijo por haber vencido al rey Alfonso VI, que una larga y costosísima experiencia les hacía tener como invencible; en los cristianos la derrota de Goliath, vencido por el oscuro pastor David.

Sea de ello lo que quiera, lo que muy pronto habrémos de ver es que el triunfo de Zalaca fué fatal á la raza hispano-arábiga, que cinco años despues lloró amargamente, y le hubiera cambiado de buen grado por la más desastrosa derrota. La España meridional, y sobre todo Sevilla, perdió venciendo infinitamente más que la España septentrional vencida.

El valeroso al-Motamid hizo en él suficientes méritos para que Yusuf ben-Texufin, seis años despues, no se dignara ni aun confiarle la guarda de sus camellos en África..... ¡y para que su miseria y desamparo llegasen hasta el extremo de inspirar lástima á un porquerizo de Castilla....!

CAPÍTULO XIX.

Despues de la batalla de Zalaca.—Descalabro de las armas sevillanas.—Entrevista de al-Motamid con Yusuf en África.—Segunda entrada de los almoravides.—Sitio de Aledo.—Rencillas entre los príncipes andaluces.—Yusuf resuelve apoderarse de Andalucía.—Destrona al sultan de Granada.—Fetfá contra los príncipes andaluces.—Guerra entre árabes y africanos en Andalucía.—Los almoravides entran en Córdoba.—Sitio y conquista de Sevilla por los almoravides.—Prision de al-Motamid, último rey de la dinastía abbadita.

La victoria de Zalaca no tuvo resultado alguno favorable —salvo la relevacion del tributo á los reyes de Castilla— para los árabes andaluces, ni consecuencias realmente desastrosas para los cristianos, que se rehicieron muy luego y tomaron la ofensiva en desagravio de aquella fatal jornada. Y tanto es así, que al año siguiente el ínclito Alfonso volvió á dar jaque á los reyes de Andalucía desde Aledo (1), imponente fortaleza enclavada en medio de los pequeños principados musulmanes del este, Valencia, Murcia, Lorca y Almería; Estados por demás débiles, políticamente considerados, en mano de sus soberanos naturales, pero susceptibles

(1) *Alaet* le llama Pelayo de Oviedo; *Halahet* en los *Gestas Roderici*, y *Dalaedo* en los *Anal. Toled.*

de trasformarse en elementos enérgicos de fuerza contra las provincias de Andalucía, si llegaban á caer en poder del Emperador, cuyas tropas desde la citada inexpugnable fortaleza, encaramada como nido de águilas en inaccesible altura, tenian bloqueados aquellos Estados, y áun en inminente peligro de caer en su poder (1).

Habiendo Yusuf regresado, inmediatamente despues del dia de Zalaca, al África con el grueso de su ejército, dejando á Motamid sólo una corta division de tres mil hombres almoravides, los andaluces volvieron á encontrarse en la misma situacion que hizo necesaria la presencia del Amir en España; es decir, faltos de fuerza, acobardados por los grandes reveses sufridos anteriormente, y por lo tanto á la merced del Rey de Castilla, que anhelaba vengar la vergüenza de su primera y única derrota. El peligro, pues, renacia para ellos, más grave porque estaba más ofendido su poderoso é implacable enemigo; y esta vez, como siempre, los abbaditas salieron los primeros á la defensa de la raza árabe.

Al efecto, al-Motamid se puso en campaña con un ejército de soldados cuyas lanzas y espadas conservaban todavía las gotas de sangre castellana derramada á torrentes en los llanos de Badajoz, resuelto á poner en buen estado de defensa los principados del Este, y á reprimir las devastado-

---

(1) «El rey Alfonso mandó ir á ella (Aledo) muchos ballesteros y la flor de sus campeadores para que mantuviesen y corriesen la tierra, talando los campos, robando los ganados, quemando los pueblos y cautivando y quemando á los infelices moradores. Las algaras que desde allí hacian eran más terribles que las tronadoras tempestades, y por toda la tierra de Murcia llevaban la desolacion y estrago, sangre y fuego que todo lo destruian.—Conde, *Dom. de los Árab.* Terc. part.

ras correrías de los cristianos de Aledo. Desgraciadamente para él, en el primer encuentro ocurrido con ellos en las inmediaciones de Lorca la caballería sevillana sufrió una completa y vergonzosa derrota, á resultas de la cual desvaneciéronse como el humo todos los planes y combinaciones de al-Motamid, obligándole á regresar á Sevilla.

La primera consecuencia de esta malograda tentativa fué acrecentar en los príncipes andaluces el convencimiento de que sin el eficaz auxilio de Yusuf no podian eximirse de ser vasallos de los reyes de Castilla, y acaso tampoco librarse de ser expulsados de sus Estados y áun del territorio español. El mismo al-Motamid llegó á participar tan hondamente de estas fundadas aprensiones, que resolvió impetrar personalmente el auxilio del Monarca almoravide. Al efecto, «pasó el mar y encontró al amir Yusuf en la Maansura de la boca de Wadi-Selna. (1) Recibióle el almoravide con grande afabilidad, y le ofreció volver sin tardanza á España para ver de poner remedio á los males que afligian á los buenos musulmanes. Al-Motamid regresó á Sevilla henchido el pecho de esperanzas..... ó de tristes presentimientos.

Terminados los preparativos, Yusuf pasó el Estrecho y desembarcó por segunda vez en Algeciras en la primavera del año 1090 (2). Al-Motamid le recibió en aquella plaza y le obsequió y regaló espléndidamente. El Amir circuló cartas á todos los príncipes andaluces, convocándolos para la guerra, y les señaló como punto de reunion el distrito de Lorca, cerca de la fortaleza de Aledo, donde se encaminó á cortas jornadas, unidas sus tropas á las del Rey de Sevilla.

Los aliados formalizaron el sitio de la plaza, rodeándola

(1) Conde.

(2) Seguimos la cronología de Dozy.

con un formidable tren de maquinas de batir, y dándole vigorosos y frecuentes asaltos, que su bizarra guarnicion, compuesta de mil caballeros y doce mil peones, rechazaba gallardamente, causando pérdidas incalculables á los sitiadores, así desde los adarves de su inexpugnable fortaleza, como en las repetidas salidas y rebatos que daban sobre el campo enemigo. Convencido Yusuf de la imposibilidad de tomarla á viva fuerza, mandó establecer un estrecho bloqueo á fin de rendirla por hambre.

Cuatro meses hacía que los musulmanes estaban combatiendo infructuosamente la plaza, sufriendo en el sitio grandes penalidades y privaciones, y alarmados con la proximidad del invierno, que habria de aumentar considerablemente sus padecimientos, cuando se recibió en el campo la noticia de que el Rey de Castilla acudia en socorro de los sitiados con un ejército fuerte de diez y ocho mil hombres. Yusuf manifestó el propósito de salirle al encuentro y presentarle la batalla, y áun tomó algunas disposiciones al efecto; mas hubo de renunciar al proyecto, pretextando el temor de que los andaluces repitiesen su vergonzosa fuga de Zalaca, y levantó el sitio de Aledo, retirándose á Lorca.

Esta retirada, que tenía todo el carácter de fuga ante el enemigo, hubiera comprometido sériamente el prestigio y popularidad del Príncipe de los almoravides, si los faquíes y devotos musulmanes de un lado, y el mismo Yusuf de otro, no se hubieran anticipado á sostenerla, propalando en el campo y en toda la tierra que el levantamiento del cerco reconocia por causa el convencimiento de que los castellanos venian sólo con objeto de recoger los miserables restos de la guarnicion (1) y desmantelar luégo la plaza (como así suce-

(1) *Miserables rebuscos despreciados en la vendimia de la muerte,*

dió), y, sobre todo, las dificultades y dilaciones que oponian á la ejecucion de los grandes planes que meditaba el Amir de los musulmanes, las eternas rencillas, celos y envidias de los príncipes andaluces, que tenian convertido el campo en un semillero de mezquinas intrigas, encaminadas sólo á la satisfaccion de sus ambiciones personales.

Así era, en efecto. Con objeto de grangearse el favor ó la proteccion directa de Yusuf, calumniábanse los unos á los otros; acusábanse recíprocamente de malos muslimes, en el hecho de mantener secretas relaciones con el *tirano Alfonso;* de socorrer por debajo de cuerda la guarnicion cristiana de Aledo, y, finalmente, de injuriar á los almoravides haciendo votos por su pronto regreso al África. El siguiente curioso episodio que refiere Dozy (1), sobre el testimonio de autores musulmanes fidedignos, es la mejor prueba del desconcierto que reinaba entre ellos en el preciso y fatal momento en que la España y el África trabajaban activamente, cada una por su cuenta, en destruirlos.

Hemos dicho anteriormente que al-Motacim de Almería fué un buen padre para sus pueblos, pero tambien un mal político; que amaba los sabios y los poetas, tanto como odiaba al rey de Sevilla al-Motamid; ódio injustificable, puesto que se fundaba en un mezquino sentimiento de envidia y rivalidad, por ser el abbadita más rico, más gran señor y mejor poeta que él. Cierto es que se habia reconciliado con él; mas yá dijimos que sólo en la apariencia, y que quedaba ace-

---

los llama Conde. En efecto, de aquellos trece mil héroes sólo sacó Alfonso *cien caballeros!*... ¡Y la historia no tiene una página consagrada á la memoria de aquella inmortal fortaleza, émula de Sagunto y de Numancia!

(1) *R. sur l'Esp. pendant le moyen age.* Prim. edic., pág. 116 y siguientes.

chando la ocasion de humillarle ó de perderle: así es, que cuando Yusuf y al-Motamid llegaron á poner sitio á Aledo, apresuróse á salirles al encuentro y á disponer que el Amir y sus soldados fuesen bien alojados y abundantemente provistos de todo lo necesario, desentendiéndose del Rey de Sevilla y de sus tropas hasta el extremo que ni un saludo quiso cruzar con él. Y, sin embargo, al-Motamid elogiaba á su rival en las conferencias que celebraba con Yusuf. Con este motivo, pues, le dirigió los siguientes sentidos versos:

> «¡Oh! tú, que tanto te alejas de mí, siendo vecino cercano, no sabes cuánto deseo verte á mi lado y cuánta es la sinceridad del amor que te profeso. Si llegara la desgracia á herirme, sólo á tu lado buscaria el consuelo. ¿Por qué no me quieres como yo te quiero á tí?»

El Príncipe de Almería puso en juego todas las artes imaginables para congraciarse con el Monarca africano. Cierto dia se presentó á él en medio de su corte militar, vestido el traje de las tropas africanas, esto es, ceñido el turbante y cubierto con el albornoz, prendas de vestir que no usaban los árabes andaluces. Al-Motamid, que á la sazon estaba conversando con Yusuf, le dirigió una mirada y sonrisa irónica, que el de Almería apercibió y que le hizo subir al rostro el rojo de la vergüenza. Retirado que se hubo al-Motacim, el Rey de Sevilla cambió algunos epígramas con sus wacires acerca del disfraz usado por el Príncipe su amigo. En las primeras horas de la mañana siguiente al-Motamid recibió un precioso ramo de balsámicos narcisos, regalo de Abu-el-Hasan ben-el-Yasa, que el Rey poeta agradeció, dedicándole los siguientes versos:

«Al despuntar la aurora vinieron los narcisos á visitarme, y yo los saludé vaciando sendas copas. Las estrellas de la noche se deslizaban silenciosas por los espacios celestes, y yo me embriagaba con el néctar que sirve de alimento al alma: una vírgen se habia hecho dueña de mi corazon: en sus húmedos labios libaban los mios, y me extasiaba contemplando su refulgente mirada. Así como algunos entre copa y copa saborean un confite, así te recordaba, caro amigo, cuya ausencia me hacía suspirar. Tenía, pues, reunido en mi alcoba todo cuanto el hombre puede desear para su regalo; mas vínoseme á la memoria el aspecto del hombre del *albornoz,* y la risa que retozaba en mis labios se convirtió en sonoras carcajadas.»

Entretanto, al-Motacim se grangeaba el aprecio de Yusuf. Si se puede dar fé al testimonio de Abdo-l-Wahid (1) el Monarca africano solia decir que al-Motamid de Sevilla y al-Motacim de Almería eran los dos únicos hombres perfectos en España. El segundo, sintiéndose mortificado ó excitada su envidia con este elogio, en cuanto elevaba al rival aborrecido á su propia altura, se propuso perderle en el concepto de Yusuf, refiriéndole la siguiente confianza que le habia hecho el Rey de Sevilla:

«El Amir de los musulmanes permanece demasiado tiem»po en España; pero estad seguro que el dia que se llene la »medida de mi paciencia me bastará mover la mano para »que él y su ejército no permanezcan en España ni una hora »más. Tú, oh Abu-Yahya, parece que abrigas el temor de que »ese hombre nos juegue una mala pasada; pero ¿qué es, qué

(1) *Hist. de los Almohades.*

»significa ese mezquino Príncipe con todo su ejército? En su »país eran unos miserables vagabundos que carecian de todo, »hasta de pan; los hemos llamado en España para que co»man su soldada; mas tengan entendido que cuando hayan »satisfecho su hambre los despedirémos como á un criado.»

Esta y otras habladurías semejantes, y las calumnias de todo género con que los príncipes andaluces se mancillaban ó infamaban los unos á los otros, confirmaron á Yusuf ben-Texufin en el proyecto que habia concebido de apoderarse de España. Pero al-Motacim, dice oportunamente el historiador de quien tomamos esta relacion, no sabía que caeria indefectiblemente en el mismo pozo que habia abierto para sepultar á su noble enemigo, y que él moriria á los filos de la espada que hizo salir de la vaina. En efecto, el proceder de al-Motacim no sólo fué cobarde é infame, sino que tambien imprudente hasta la estupídez. ¿No se le alcanzó que calumniando al más poderoso de los reyes musulmanes de España, y aconsejando al Monarca africano que le quitase la corona destronaba de hecho todos los príncipes andaluces? No se concibe más ciega obsecacion; mas es cierta y está completamente averiguada, visto que con tal motivo al-Motamid dirigió los siguientes versos al Soberano de Almería:

«¡Oh, tú, que para deshonrarme me calumnias con palabras dudosas, guárdate de mí, pues diste un buen consejo á un hombre que está pesaroso de haber usado contigo consideraciones y afectos! ¿Que pudo engañarte tan neciamente acerca de mi carácter? ¿Fueron mis maneras atentas y corteses? El veneno, no lo olvides, se oculta debajo del tacto suave y blando de la serpiente.»

No necesitaba tanto Yusuf para quitarse la máscara con

que entró en España. Impulsado, pues, por los resortes de su ambicion, y fingiendo hipócrita acatamiento á los *fetfás* que pidiera á los cadíes, faquíes y ministros de la religion y de la ley en Andalucía,—enemigos declarados de los príncipes, á quienes acusaban de impíos y libertinos porque protegian á los filósofos y fomentaban el estudio de las ciencias profanas,—mandó imperiosamente á todos los soberanos musulmanes de España que suprimieran en sus respectivos Estados los impuestos, tributos y gabelas que no estaban prescritos en el Coran. Publicado este decreto, marchó sobre Granada sin ocultar sus propósitos de hacerse dueño de ella. Los habitantes le allanaron todos los obstáculos abriéndole las puertas y recibiéndole entre ruidosas aclamaciones (Noviembre de 1090). Su primer acto de autoridad fué decretar el destronamiento del Sultan Abdallah, y mandarle poner en prisiones.

Parece que los príncipes andaluces no comprendieron la inmensa significacion del suceso de Granada, cuando al-Motamid de Sevilla, Motawakil de Badajoz y al-Motacim de Almería (haciéndose representar por su hijo Obaidallah) pasaron á Granada á felicitar á Yusuf. La obcecacion de al-Motamid era tan grande, que propuso al Amir cediese aquel reino á su hijo Radhí á cambio de Algeciras. Yusuf recibió con fria altanería las felicitaciones que le fueron dirigidas; no se dignó contestar al rey de Sevilla, y mandó encerrar en una prision al hijo de al-Motacim.

Entónces cayó la venda de los ojos de los príncipes andaluces. —«Grande falta hemos cometido—dijo al-Motamid cuando estuvieron fuera de la presencia del Monarca africano—en haber dejado entrar este hombre en España. Creo que nos hará beber el cáliz que Abdallah ha apurado hasta las heces.» Y pretextando noticias recibidas anunciando próxi-

mas correrías de los cristianos en sus respectivos Estados, los reyes de Sevilla y Badajoz despidiéronse de Yusuf y regresaron rápidamente á sus capitales. Yá en ellas, propusieron á los demás soberanos una alianza ofensiva y defensiva contra los proyectos de Yusuf; y habiéndola concertado, convinieron, á fin de robustecerla, en proponer un tratado análogo al Rey de Castilla.

Entretanto el Amir de los musulmanes emprendia la marcha de regreso para África, donde conceptuaba su presencia necesaria. Mas ántes de salir de España cometió en Málaga un atentado semejante al de Granada, destituyendo al amir Temin, hermano del destronado Abdallah. Despues recabó de los faquíes un *fetfá* claro, explícito y terminante para proceder con arreglo á los preceptos de la ley contra los príncipes andaluces. Yusuf era devoto, por lo tanto aquéllos se apresuraron á complacerle declarando en él:

«Que los príncipes andaluces eran libertinos, depravados é impíos; que con su mal ejemplo habian corrompido al pueblo haciéndole indiferente á las cosas sagradas, de lo cual daba testimonio su falta de asistencia á las mezquitas; que habian impuesto contribuciones ilegales, contraviniendo los preceptos del Coran; en fin, que habian llenado la medida de las iniquidades, celebrando un tratado de alianza con el Rey de Castilla, el enemigo más implacable de la verdadera religion. Que la consecuencia de todo lo expuesto era que se habian hecho indignos de reinar sobre musulmanes; que Yusuf estaba relevado de todos los compromisos que pudiera haber contraido con ellos, y que tenía no sólo derecho sino que tambien un deber imprescindible de destituirlos inmediatamente de sus respectivas soberanías; y terminaban diciendo: «Nos comprometemos á responder delante de Dios de la legalidad de este acto. Si nos hemos equivocado con-

sentimos en sufrir durante la vida eterna el castigo á que nos hayamos hecho acreedores, y declaramos tu irresponsabilidad, ¡oh Amir de los musulmanes! Tenemos la firme creencia que si dejas en libertad de obrar á los príncipes andaluces, entregarán nuestra tierra á los infieles, y dado este caso, tendrias que dar cuenta á Dios de tu conducta.»

Tal era en sustancia este memorable *fetfá,* en el que se contenian, además, acusaciones concretas contra determinados príncipes. Hasta la sultana Romaiquia, esposa de al-Motamid, estaba comprendida en él; acusábasela de haber lanzado á su marido en el torbellino de los placeres, y de ser la causa principal de la decadencia del culto en España.

Yusuf lo sometió á la censura de los faquíes en África y de los más célebres doctores del Egipto y del Asia. Todos á una voz se declararon conformes con la decision ó sentencia de los faquíes andaluces (1).

Este *fetfá,* verdadera é injustificada declaracion de guerra del África inculta contra la España civilizada, se publicó inmediatamente en Andalucía, donde fué recibido con espanto é indignacion por la rancia nobleza árabe y por las clases ilustradas de la sociedad; y con mal disimulado regocijo por los ministros de la religion y de la ley musulmana y por el pueblo ignorante ó fanatizado. Para aquéllas, que se sentian sin fuerzas para resistir, significaba el triunfo y predominio absoluto de los rudos africanos bajo el gobierno semi-teocrático de un rey mogigato, de tan corta instruccion que apénas hablaba la lengua árabe; que perseguia, ó dejaba perseguir á los sabios y á los filósofos, y que se burlaba de los poetas y de las academias. Para éstos era la consoladora es-

(1) Ben-Khaldon, *Hist. de los Berberiscos.*—Abbad, tom. II, segun Dozy.

peranza de ver renacer en Andalucía los tiempos del mayor esplendor de la religion y del culto; el de las conquistas sobre los cristianos, dirigidas por un Príncipe invicto y glorioso, enviado por la Providencia para romper las cadenas de la esclavitud en que los castellanos tenian á los musulmanes y para castigar las abominaciones de unos príncipes disolutos y de una aristocracia impía y descreida, que simpatizaba con todos los enemigos de las leyes divinas y humanas escritas por Mahoma y promulgadas en el Coran.

Dada esta situacion de los ánimos en Andalucía, la guerra, que estalló inmediatamente despues del regreso de Yusuf al África, tomó desde luego ese carácter especial de las civiles en que interviene con las armas una potencia extranjera que ha de reportar todo el beneficio de la victoria. No fué, pues, lucha de independencia que se resuelve simultáneamente en los desfiladeros y en las grandes batallas, sino guerra de sitios, bloqueos y asaltos de ciudades y de plazas fuertes; y así comenzó desde el momento en que se rompieron las hostilidades.

Yusuf habia dado el mando de las tropas almoravides en Andalucía á Sir ben-abi-Becr, pariente suyo y general ilustre y veterano de las guerras de África y España, que dió comienzo á la campaña dividiendo su ejército en grandes cuerpos, que debian operar rápida y simultáneamente sobre todos los Estados de Andalucía, y señaladamente contra la capital de Almería y contra todas las plazas fuertes del reino de Sevilla.

La primera que cayó en poder de los almoravides fué Tarifa (Diciembre de 1090), despues Baeza, Úbeda, Castro Alvelád, Almodóvar, Assachira y Zaciera (1).

(1) Conde.

Entretanto Casor el Lamtuní cercaba estrechamente á Córdoba, defendida por Fath, apellidado Mamum, hijo de al-Motamid. La antigua capital del Califato de Occidente resistió débilmente y fué al fin entregada al enemigo por los faquíes y el pueblo catequizado por ellos. El valeroso Fath murió acribillado de heridas. Cortaron la cabeza á su cadáver y la pasearon en triunfo, clavada en la punta de una lanza, por las calles de la ciudad. La entrada de los almoravides fué el dia 26 de Marzo de 1091.

En Mayo del mismo año sólo quedaban á Motamid, de todas las ciudades y plazas fuertes de su dilatado reino, la fortaleza de Carmona y la atribulada Sevilla. El dia 10 del citado mes Carmona fué tomada por asalto, y pocas horas despues las primeras avanzadas almoravides aparecieron delante de Sevilla.

En principios de Junio los africanos tenian yá completamente cerrado el bloqueo de la Ciudad, con dos ejércitos acampados al Este y al Oeste, y muy adelantados los trabajos del sitio, apesar de las frecuentes salidas de la guarnicion y de los rebatos que en el campo enemigo daban los marinos de la flota sevillana anclada en el Guadalquivir y encargada de defender sus orillas en los aproches de la plaza.

En tan crítica situacion, al-Motamid imploró el socorro de Alfonso VI (1), á quien hizo tentadoras promesas de pueblos y castillos. Ofrecióselo el Rey de Castilla, á quien debia tener muy alarmado el carácter que presentaba la última invasion almoravide, y en interés de sus propios pueblos y cumplimiento de su palabra envió en su auxilio una numerosa hueste acaudillada por el *gran capitan* Alvar Fañez (2)

(1) *Anales Toledanos,* II, con la fecha de 1092.—Conde, Dozy.

(2) Alvar Fañez, próximo pariente del Cid, debió ser durante

(conde Gumis, le llama Conde). «Entró este poderoso ejército en tierra de Córdoba, y, talando los campos y saqueando los pueblos, llegó á las cercanías de la fortaleza de Almodóvar del Rio, donde le salió al encuentro el caudillo Ibrahim ben-Ishak, general renombrado de los almoravides, con una lucida hueste que puso á sus órdenes el general en jefe Sir. Riñeron los dos ejércitos porfiada y sangrienta batalla, adversa para los castellanos, que fueron vencidos, causando grandes pérdidas á los almoravides, y regresaron malparados á Toledo.

La derrota de los castellanos fué un verdadero desastre para al-Motamid, puesto que le dejó entregado á sus solas fuerzas, harto débiles yá para resistir con esperanzas de éxito las formidables que contra él desplegaba el enemigo. Sin embargo, alentáronle durante algunos dias los pronósticos favorables de sus astrólogos y adivinos; mas habiendo cambiado aquéllos, anunciando un fin próximo y funesto, revelado en la súbita aparicion de un leon devórando su presa, el Rey de Sevilla se entristeció profundamente y confió á su hijo Rachid la defensa de la Ciudad.

Entretanto el caudillo Sir apretaba el cerco y menudeaba

---

el reinado de Alfonso VI y menor edad de Alfonso VII el *gran capitan* castellano de su época, á juzgar por la frecuencia con que le nombran las crónicas árabes, y en vista de la siguiente oracion panegírica que á su muerte le dedicaron aquellos historiadores: «Álvar Fañez (á quien Dios maldiga)—dice un M. S. citado por Dozy—fué herido y muerto. ¡Quiera Dios sepultar su alma en el fuego eterno!» Este es el mayor elogio que en aquellos tiempos se podia hacer de un capitan cristiano. No obstante, su celebridad y grandeza no le eximió de sufrir la ley fatal que pesa eternamente sobre los grandes hombres españoles. Murió asesinado en un motin que estalló en Segovia despues de las octavas de Pascua mayor. *Anales Toledanos*, I.

los ataques á la Ciudad, que se defendia bizarramente apesar de tener dentro de sus muros buen número de traidores ó simpatizadores con la causa almoravide. Conocíalos al-Motamid, y hubiera podido castigarlos severamente si no contuviese los rigores de su justicia el temor de confundir con los criminales muchos ciudadanos honrados, que pedian de buena fé que se concertase una avenencia con los sitiadores, y si no hubiera obedecido al sentimiento magnánimo que le vedaba terminar su reinado con un derramamiento inútil de sangre.

Tanta generosidad no fué agradecida por los traidores; ántes bien sirviòles de estímulo para activar la entrega de la plaza, que tenian concertada con los caudillos del ejército sitiador. Al efecto, puestos de acuerdo con ellos, trabajaron secretamente en abrir una brecha en la muralla, que muy luego estuvo practicable á beneficio del trabajo simultáneo que se hiciera por el lado del campo y por el de la Ciudad, y por ella penetraron en la plaza en la mañana del dia 2 de Setiembre muchas compañías de almoravides. Con tanto sigilo se efectuó el ataque, y tan descuidada cogió la guarnicion, que ni tiempo tuvo al-Motamid para enviar tropas al punto gravemente comprometido, ni para acudir con otro género de defensa que no fuera el de su propia persona, acompañado de los pocos soldados que pudo reunir en tan supremo momento. Con ellos, pues, y sin pieza alguna de armas defensivas, que ni lugar tuvo para vestirlas, lanzóse á caballo sobre los enemigos, que yá empezaban á desparramarse por las calles de la Ciudad. Un ginete almoravide le arroja su azagaya, que pasa silbando por debajo de un brazo del bizarro Príncipe, llevándose enredado en su acerada punta un giron de la túnica del Rey. Al-Motamid revuelve su caballo, y, alzándose sobre los estribos, descarga con las dos manos un tajo tan descomunal sobre la cabeza del africano, que lo tiende muerto á

sus piés. Tomando ejemplo de su Soberano, los ginetes sevillanos hicieron tales prodigios de valor, que los almoravides tuvieron que abandonar en desórden la parte de la Ciudad que habian sorprendido, salvándose por el mismo portillo que les diera entrada en ella. La brecha quedó inmediata y sólidamente reparada.

Pocas horas despues ocurrió un verdadero desastre, que quitó hasta el último átomo de esperanza del corazon de los más confiados. Los sitiadores, aprovechando los momentos de confusion que el suceso de la mañana habia producido en Sevilla, y la falta de exquisita vigilancia en que debieron quedar algunas defensas de la Ciudad, por creerse necesaria la aglomeracion de fuerzas en el punto comprometido, consiguieron incendiar la flota de galeras que defendia el rio, aprovisionaba la Ciudad, y en combinacion con el fuerte castillo de Triana protegia el populoso barrio de este nombre, cercado por el cuerpo de ejército almoravide que sitiaba la Ciudad por el Oeste.

El terror que se apoderó de los habitantes de Sevilla, convencidos de que una vez destruida la escuadra era inevitable la rendicion de la plaza, fué tal y tan grande, que cual si se hubiera dado la voz de sálvese el que pueda, hombres, mujeres, niños y ancianos, creyendo sentir sobre su garganta el filo de los sables africanos, corrian despavoridos en todas direcciones; los unos hácia el rio, que intentan cruzar á nado; otros buscan la salida de la Ciudad por las cloacas, y no pocos se descuelgan de las murallas para ganar el campo. Á duras penas se logró dominar el pánico que se habia apoderado del vecindario y restablecer un poco de órden en medio de aquella enmarañada confusion. Duró poco. En los tres primeros dias que sucedieron al del incendio de la flota recibiéronse avisos de los espías puestos en el campo almora-

vide dando cuenta de la próxima llegada al mismo del general en jefe Sir, con un considerable refuerzo destinado á dar el asalto general y decisivo á la plaza. El dia 6 de Setiembre las atalayas de las torres anunciaron su llegada; noticia que, circulando con la rapidez del rayo en la Ciudad, produjo escenas iguales y semejantes á las de la tarde del dia 2.

En las primeras horas de la mañana del domingo 7 de Setiembre las masas almoravides, que se habian puesto en movimiento despues de la oracion del alba, se lanzaron al asalto aullando como manadas de hambrientos lobos. Si impetuoso fué el ataque dado por todos los puntos á la vez de las murallas no ménos obstinada y recia fué la resistencia. El conjunto de las torres, muros y barbacana erizados de lanzas, cuyos hierros brillaban heridos por el sol, semejaba á una inmensa serpiente enroscada de lucientes escamas; y el cordon de almoravides que las ceñia por el pié un hervidero de hormigas, cuyos indivíduos pugnaban por escalar los adarves, ó asaltar las brechas que rompian los muros.

Tras largas horas de sangrienta pelea, los sevillanos, vencidos por el número de sus enemigos, empezaron á ceder; y ahora una cortina, luégo un torreon y despues un portillo, abandonados uno despues de otro por sus defensores, viéronse coronados por los almoravides, que acabaron por hacerse dueños de toda la muralla que circunda la Ciudad. Á partir de este instante el drama militar se trasformó en ese acto feroz, repugnante y sacrílego que se llama saqueo sin freno de una poblacion, y degüello, sin misericordia ni responsabilidad, de sus habitantes. Hasta entónces se habia muerto matando cara á cara; desde entónces se moria herido por la espalda en la huida. Hasta entónces los hombres habian servido de escudo á las mujeres, á los niños y á los ancianos;

desde entónces esas prendas queridas del corazon, por cuya honra y cuya vida se habia peleado, yacian en tierra deshonradas y ensangrentadas, asidas á las piernas de sus verdugos para detenerlos en la persecucion de los hombres. «El saqueo de Sevilla, dice un historiador, fué horroroso; los almoravides cometieron los más repugnantes excesos. Su rapacidad fué tanta, que robaron á los sevillanos hasta los *vestidos que llevaban puestos.*» El botin fué inmenso. Los almoravides en el siglo undécimo no se mostraron inferiores á los normandos del siglo noveno.

Dueños de la Ciudad, los africanos cercaron el alcázar, donde se habia refugiado al-Motamid, y penetrando en los primeros patios le intimaron la rendicion. El Rey de Sevilla, retirado en los aposentos más apartados del palacio, y rodeado de sus hijos, de sus mujeres y de sus amigos, que le instaban entre lágrimas y congojas á que se entregase, se negaba obstinadamente á hacerlo, diciendo que ántes queria morir, presintiendo con horror no la muerte, puesto que la llamaba, sino un suplicio infame.

Los pensamientos que en aquel supremo instante atormentaban su imaginacion los expresó más tarde en los siguientes versos:

> «Cuando mis ojos cesaron de llorar, y se templaron un poco los latidos de mi lacerado corazon, me dijeron: «Entrégate, es lo mejor que puedes hacer.» ¡Ah, contesté, prefiero mil veces beber el veneno más activo, á sufrir la vergüenza que me proponeis! Que los bárbaros me quiten mi reino, que mis caballeros me abandonen, ¡qué importa! mi valor y mi dignidad no me abandonarán jamás. El dia que combatí y rechacé los enemigos, ni la coraza me quise poner; me arrojé sobre ellos sin más armas defensivas que

mi túnica; y, buscando la muerte en sus manos, me entré en lo más recio de la refriega; pero ¡ay de mí! mi hora no era llegada todavía...!»

Viéndose apremiado por los africanos, é instado sin tregua por su familia para que se entregase, sintióse enloquecer de vergüenza é indignacion, y no pudiendo moderar los ímpetus de su sangre generosa reunió algunos soldados fieles, dispuestos á morir con él, y montando á caballo se lanzó, buscando la muerte, en medio de los almoravides, que llenaban uno de los patios del alcázar. Tan brusco é impetuoso fué el ataque, que los arrojó fuera del recinto y los persiguió, acuchillándolos gallardamente, hasta arrojarlos al rio (1). En tan desesperada refriega murieron á su lado su hijo Malic y muchos de los valientes que le acompañaban. Al-Motamid salió ileso.

De regreso en el alcázar, asaltóle la idea de quitarse la vida; mas renunció á ella considerando que sería una ofensa hecha á Dios. Resignóse, pues, á entregarse á los africanos. Esperó á que cerrase la noche y envió su hijo Rachid con un mensaje al general Sir, preguntándole bajo qué condiciones habria de rendirse. Sir se negó á dar audiencia al Príncipe; pero le significó, por conducto de uno de sus capitanes, que al-Motamid debia rendirse á discrecion. El desgraciado Rey se resignó sin murmurar con su infausta suerte, y aquella misma noche se despidió de su familia y de

(1) Si este suceso tuvo lugar en el alcázar, hoy propiedad de la Corona, es verosímil que los almoravides saliesen de él por el arco llamado de la Plata, y huyendo por la calle del Carbon se dispersasen los unos por el Arenal y los otros diesen con su cuerpo en el rio, al pié de la torre del Oro. Por cualquier otra puerta del alcázar que hubiesen salido no es posible que cayesen en el Guadalquivir.

sus fieles amigos, y, bañado en aquellas lágrimas queridas y en las suyas propias, se puso con su hijo Rachid en manos de los almoravides.

La prision de al-Motamid fué la señal del saqueo del alcázar por la más brutal de las soldadescas.

Sir anunció á su real prisionero que se le concederia la vida, y á todos los indivíduos de su familia, bajo la condicion de que sus hijos Rahí y Motad, gobernadores, el uno de Ronda y el otro de Mertola, se entregasen inmediatamente á los cuerpos de ejército que los tenian sitiados. Al-Motamid les escribió en este sentido; pero como sabía que sus dos hijos tenian un corazon no ménos levantado que el suyo, les suplicó en los términos más patéticos que se rindiesen, pues tal era el precio puesto por los almoravides á la vida de su madre, de sus hermanos y de sus hermanas. Romayquia unió sus ruegos á los de su marido, temerosa de que la altivez de sus hijos se sobrepusiese á los instintos de la sangre (1).

En cumplimiento de las órdenes de Yusuf ben-Texufin, el general Sir envió prisionero á Tánger al desgraciado al-Motamid, acompañado de sus hijos y de sus mujeres. El dia de su salida de Sevilla lo fué de luto para la poblacion. Las orillas del Guadalquivir se cubrieron de un inmenso pueblo, que en el momento de su embarque rompió en amargo llanto y le despidió con exclamaciones de dolorosa compasion. El

(1) Rahí, despues de largas conferencias, que irritaron la impaciencia de los africanos, capituló bajo honrosas condiciones; pero el general sitiador faltó villanamente á su palabra y le hizo dar muerte cuando entró en la plaza. Motad se rindió tambien con buenas condiciones, que fueron violadas por los almoravides, en cuanto á que le quitaron sus bienes personales, que se habian obligado á respetar.

poeta Ben-al-labana, en una de sus elegías, describe aquella escena en los términos siguientes:

> «Vencidos tras heróica resistencia, los príncipes fueron embarcados en una nave. La muchedumbre se apiñaba en las márgenes del rio; las mujeres, destocadas, mesábanse el rostro en señal de dolor. ¡Cuántos gritos, cuántas lágrimas en el momento de la despedida! ¿Qué nos queda si tú te vas? Extranjero, ¿qué haces en Sevilla? Ensilla tu caballo y aléjate; el alcázar de la generosidad queda por siempre desierto. Y tú, cultivador laborioso, que venias á establecerte en estos campos, ¿no ves que están secos y agostados y que la familia que buscabas no se encuentra en ellos? Y tú, lozano caballero, que llevas buena compañía, deja las lucientes armas, que de nada te han de servir ante el leon que se apresta á destrozarte.»

La conquista de Sevilla por los almoravides puso fin á la dominacion de los árabes en Andalucía. Puede decirse que aquella noble raza se extinguió completamente, política, científica y militarmente considerada, en España, con el último rey de la memorable dinastía abbadita, dinastía corta, á la verdad, pero que en los años de su reinado dió á Sevilla una gloria, fama y prosperidad como jamás habia conocido ni ha vuelto á conocer.

«Al-Motamid no fué, á la verdad, un gran monarca; reinando sobre un pueblo debilitado por el exceso del lujo y el abuso de los placeres, difícilmente hubiera llegado á serlo, áun cuando no hubiese tenido esa pasion de las cosas exteriores, que constituye la dicha y es la verdadera enfermedad de los artistas; pero si no fué gran rey, tuvo un alma grande, inmensamente rica de sensibilidad y poesía. Todo se revelaba

en él con formas poéticas, así sus penas como sus alegrías, así sus amores como sus antipatías. Podria escribirse su biografía, su vida interior al ménos, sólo con leer sus versos, revelaciones íntimas del corazon, que reflejan las lágrimas y las sonrisas que el sol de cada dia trae y lleva consigo. Además tuvo la triste satisfaccion de ser el último rey indígena que representó digna y brillantemente una gran nacionalidad y una cultura intelectual más grande todavía, que desaparecieron, ó poco ménos, bajo la dominacion de los bárbaros que invadieron el país. Mirósele con preferente amor y cariño como al más jóven, al último-génito de aquella numerosa familia de príncipes poetas que habian reinado en Andalucía. Se le lloró más que á otro alguno, acaso á él solo se lloró, como se llora la última rosa de la primavera, los últimos dias del otoño, el postrer resplandor del sol que se oculta detrás de las montañas.»

Á partir de este momento histórico, es decir, del dia en que la diadema real se convirtió en corona de espinas sobre la frente de al-Motamid, y el cetro de Andalucía se trasformó en sus manos en báculo del peregrino vagabundo, deja de sonar en la historia de Sevilla el nombre *Árabe* como poder político y elemento civilizador en España, y ocupará su lugar el de *Moro,* antítesis del anterior. Desde hoy, y despues de un penoso silencio que duró tres siglos y medio muy cumplidos, el nombre *Cristiano* se hará un lugar progresivamente importante en ella; primero para dar testimonio de cuánta barbarie es capaz un fanatismo ciego en materia de religion, y despues para poner de manifiesto la superioridad de la civilizacion cristiana, madre de la libertad, sobre la doctrina musulmana pura, generadora del despotismo.

Mas ántes de empezar la narracion de los sucesos acaecidos en este nuevo período, no ménos dramático y sorpren-

dente que el que dejamos historiado,—y desde luego más interesante y conmovedor para la raza genuinamente española, dado que sus intereses morales y materiales más inmediatos son los que van á debatirse; en tanto que en el anterior fueron los de una raza extranjera, que existieron ajenos é imposibles de identificar con los de aquella;—ántes de entrar, repetimos, en este período, permítasenos consagrar algunas páginas á la memoria de los últimos años de la existencia del bueno y glorioso al-Motamid, á quien Sevilla, prescindiendo de su razon y concepto religioso, debe colocar entre aquellos de sus hijos más ilustres que la honraron, y de los cuales se envanece.

Si España se enorgullece de haber dado al mundo emperadores, poetas y filósofos paganos, como Teodosio, Lucano y los Sénecas, Sevilla bien puede envanecerse de haber dado á España príncipes poetas musulmanes como al-Motamid, que bajo muchos conceptos, incluso el religioso, distan mucho ménos de nosotros que aquéllos.

Estas páginas, pues, que hemos tenido la satisfaccion de encontrarlas escritas por un sabio orientalista é historiador (1), y que nosotros no sabríamos escribir tan veraces, elocuentes y patéticas, trasladámoslas á continuacion. No es posible leerlas sin sentirse hondamente conmovido. El dogma musulman de la fatalidad nunca tuvo víctima más ilustre, ni más santamente resignada, como el último rey árabe de Sevilla, Abu-l-Casim Mohammed ben-Abbad AL-MOTAMID, de gloriosa y triste memoria.

---

(1) Dozy. *Hist. des Musulm. d'Espagne.* Tom. IV, cap. XV.

CAPÍTULO XX.

Últimos años de la vida de al-Motamid.

. . . .

. . . .

Durante su breve estancia en Tánger, al-Motamid recibió varios poemas que el poeta Hozri—á quien favoreciera en otro tiempo en la corte de Sevilla—habia compuesto en honra suya. Sólo uno entre todos ellos era de fecha reciente, y en él Hozri le pedia un regalo en dinero, por más que debiera constarle la estrechez en que vivia el ex-rey de Sevilla. En efecto, al-Motamid sólo conservaba de su pasada opulencia treinta y seis ducados de oro, que ocultaba en uno de sus borceguíes; mas era tanta su generosidad, que no titubeó en remitírselos, acompañados de una composicion en verso, suplicándole que le perdonase la cortedad del regalo. Sabedores del suceso los demás poetas de Tánger, le remitieron á porfía versos y más versos para obtener de él igual favor. Mas yá no le quedaba cosa alguna que dar. Con este motivo escribió la composicion siguiente:

«Los poetas de Tánger y de la Mauritania toda escriben versos á manos llenas para alcanzar tal cual fineza del pobre cautivo, que, más necesitado que ellos, deberia pedirles una limosna; ¡maravilla de las maravillas! Si la vergüenza que llena su alma, y la dignidad que heredó de sus abuelos no se lo vedaran, se igualaria á ellos, y como ellos mendigaria, el que en tiempo no lejano prodigaba el oro á manos llenas cuando se llamaba á las puertas de su generosidad.»

De Tánger fué traslado á Mequinez. En el camino encontró un largo cordon de gentes que iban en rogativa para obtener de Dios el beneficio de la lluvia; su vista le inspiró los siguientes versos:

«Viendo esas gentes que piden á las nubes el tesoro de sus aguas: «Tomad, les dije, mis lágrimas para saciar vuestros campos.—Dices bien, me respondieron, la abundancia de tus lágrimas podria sustituir la lluvia; pero caen mezcladas con sangre.»

En Mequinez permaneció algunos meses, hasta que Yusuf le mandó conducir á Agmat, ciudad no léjos de Marruecos. En el camino, su hijo Rachid, con quien estaba enojado á la sazon, le dirigió los siguientes versos para aplacarle:

«Semejante á la lluvia que fecunda los campos, padre de la generosidad, providencia de los hombres! la más grande merced que pudieras otorgarme sería dejarme contemplar un instante tu noble semblante, que, cuando resplandece en él la alegría, nos sirve de antorcha durante la noche y de dia nos alumbra como el sol.»

Al-Motamid le respondió:

«Fuí semejante á la lluvia que fecundiza, generoso hasta la prodigalidad y providencia de los hombres, cuando mi mano derecha no se cansaba de dar en los dias de la distribucion de regalos, ó heria de muerte á los enemigos en los combates, en tanto que mi mano izquierda enfrenaba el corcel espantado del ruido de las espadas. Mas ahora gimo preso de la esclavitud y de la miseria; soy como una cosa sagrada que ha sido profanada; me parezco al ave á quien cortaron las alas. Sólo puedo acudir al llamamiento del hombre oprimido ó pobre. La alegría de mi semblante, que era tu propia alegría, cambióse en sombría tristeza; los pesares alejan de mí hasta la idea del contento; hoy las miradas se apartan de mí, y en otro tiempo me asediaban.»

Su existencia en la prision de Agmat fué por demás triste y dolorosa. El gobierno no proveia á su manutencion, acordándose de él sólo para mandar quitarle ó ponerle la cadena. Así es que vivia en medio de las mayores privaciones, con su esposa é hijas, que trabajaban á la rueca á fin de poder atender á sus más apremiantes necesidades. Sólo en la poesía buscaba el lenitivo de sus dolores. En una ocasion que vió pasar desde la tronera de su calabozo una bandada de esos pájaros de vuelo rápido, que los árabes llaman *catá,* de la especie perdiz, improvisó de esta manera:

«Lloré viendo pasar una bandada de *catás;* libres volaban sin grillos ni cadenas. Lloré no de envidia, sino de sentimiento de no ser ave como ellos, porque entónces fuera y viniera, dueño de mi libertad; mi dicha no se hubiera desvanecido; no llorara sin consuelo la pérdida de mis hijos, y mi corazon no se veria lacerado por el mayor dolor. Ellos son dichosos;

viven unidos por afectuosos lazos; ninguno sufre el pesar de la ausencia de su familia, y no pasan sus noches entre sobresaltos y angustias, oyendo rechinar el cerrojo de la puerta de su prision. ¡Ah, que Dios les conserve sus hijuelos; los mios carecen de sombra y de pan!»

Recordando su pasada grandeza, sus magníficos palacios y sus hijos asesinados en las fiestas del Ramadan, decia:

«Un tiempo fué en que las fiestas eran tu alegría; pero esta que te encuentra cautivo te causa honda tristeza. Miras tus hijas cubiertas de harapos, desfallecidas de hambre é hilando para ganar un mezquino jornal, que las cuitadas yá nada tienen en el mundo. Cuando se acercan á tí para besarte, lléganse con la mirada triste, desfallecidas y quebrantadas por el áspero trabajo. Caminan descalzas sobre el polvo y el lodo de las calles, como si en otro tiempo no hubiesen pisado almizcle y alcanfor (1). ¡Sus megillas, pálidas y demacradas, dan testimonio de su miseria y de las lágrimas que las surcan á todas horas.... Así como con ocasion de esta triste fiesta (quiera Dios que no luzca otra semejante para tí) has quebrantado el ayuno, así tu corazon quebrantó el suyo: tu dolor, largo tiempo comprimido, ha estallado al fin. Cuando tú mandabas todo el mundo te obedecia; pero ahora recibes órdenes de todo el mundo. Los reyes que se envanecen con el poder se dejan engañar por una sombra!»

La desdichada Romaiquia, no pudiendo sobrellevar las

(1) Alude al femenil antojo de Romayquia, referido en la página 409 de este tomo.

miserias de su existencia, cayó gravemente enferma. Al-Motamid se apesadumbró mucho, con tanto más motivo cuanto que no habia en Agmat médico alguno á quien pudiera confiarle el cuidado de su curacion. Afortunadamente encontrábase en Marruecos el célebre Abu-l-Alá Avenzoar (Ben-Zohr), quien, en los últimos años del reinado de al-Motamid, habia sido su médico de cabecera, y á quien mandara devolver los bienes que á su abuelo le fueron confiscados por órden de Motadhid. Escribióle, pues, rogándole tuviese á bien hacerse cargo de la enferma. Avenzoar le prometió acudir á su llamamiento; mas como en su contestacion hiciese votos porque Dios concediese larga vida á Motamid, éste le respondió dándole las gracias en los versos siguientes:

> «Me deseas larga vida.... ¿cómo un cautivo pudiera ambicionarla? ¿No es la muerte mil veces preferible á una existencia tejida de dolores acerbos? Otros pueden desearla si abrigan esperanzas de felicidad; mas yo sólo la muerte puedo desear. ¿Cómo puede amar la vida quien como yo mira sus hijas andar descalzas y faltas de ropa para cubrir sus carnes? Hoy son criadas de la hija de un hombre cuyas funciones en mi real casa eran el anunciarme cuando me presentaba en público; de apartar las gentes que me salian al encuentro; de mantener el órden entre la muchedumbre cuando llenaba los patios de mi alcázar; de galopar en derredor mio cuando pasaba revista á mis tropas, y de cuidar que los soldados se mantuviesen en correcta formacion (1). Sin embargo, el

(1) Entre las mujeres que en aquellos dias habian llevado cáñamo á hilar á las hijas de al-Motamid se encontraba la hija de un *arife* ó ugier del ex-rey de Sevilla.

interés que te tomas por mí me llena el alma de satisfaccion. Que Dios te lo premie, Abu-l-Alá, eres hombre de gran corazon. ¡Ignoro cuándo se cumplirán mis deseos; pero me consuela la idea de que todo tiene fin en el mundo!»

El único alivio que de tarde en tarde tenian sus dolores era la visita de los poetas á quienes en otro tiempo habia colmado de beneficios. Cierto dia recibió la del poeta Abu-Mohammed Hidjarí, que hiciera el viaje de Almería, donde residia, á Agmat, sólo por consolar al que fué su generoso protector. Al-Motamid le confesó que habia cometido el mayor de los errores abriendo la puerta de España á Yusuf: «*Llamándole, dijo, he cavado mi propia fosa.*» Cuando Hidjarí se despidió de él para regresar á Almería, el ex-rey de Sevilla quiso hacerle un regalo dentro de la exigüidad de sus recursos; pero el poeta se negó resueltamente á recibirlo é improvisó estos versos:

«Juro que nada aceptaré de tí, hoy que el hado adverso te maltrata tan injusta y cruelmente. Lo que en otras ocasiones me diste fué mucho (1), por más que lo hayas olvidado.»

Un dia llegó á Agmat, procedente de Andalucía, el más leal y más asíduo de los amigos de al-Motamid, el poeta Ben-al-labbána, con noticias de inmensa importancia para el Rey cautivo. Díjole que habia mucha agitacion en el país, y que los nobles, que siempre aborrecieron la dominacion de Yusuf, conspiraban por recobrar su independencia á la sombra del

(1) Por la dedicatoria de un solo poema Hidjarí habia recibido de al-Motamid una suma de dinero con la cual pudo abrir una casa de comercio en Almería y vivir descansado hasta su muerte.

trono de al-Motamid. Así era en efecto; el descontento era general, y principalmente entre las clases ilustradas. El Amir tuvo conocimiento de lo que se tramaba y dió órdenes terminantes para que se tomasen precauciones y se prendiese á los sospechosos. Sus órdenes fueron inmediatamente cumplidas, y desde luego en Málaga, donde radicaba el foco de la conspiracion. Los conjurados lograron burlar las pesquisas de los esbirros, se echaron al campo, levantaron la bandera de la independencia y se apoderaron de la fortaleza de Montemayor, capitaneados por un noble que gozaba de mucha consideracion, llamado Ben-Kalaf.

Muy luego un hijo de al-Motamid, de nombre Abd-al-Chabar, que habia quedado con su madre en Andalucía, y que el pueblo tomaba por el príncipe Rahí (asesinado en Ronda), se presentó á tomar el mando de la fortaleza. Aclamáronle los sublevados y la guerra civil comenzó. Una nave de guerra marroquí, que naufragó en la costa próxima á la fortaleza, les abasteció de víveres y armas. Las importantes villas fuertes de Algeciras y Arcos simpatizaron con los sublevados. Á esta última llegó en el año 1095 el caudillo Abd-al-Chabar; reforzó y organizó en ella sus tropas, y comenzó venturosa guerra, que le llevó frecuentemente hasta las mismas puertas de Sevilla (1).

Estas nuevas causaron la más viva inquietud á Motamid. Empresa tan temeraria le asustaba, temiendo para Abd-al-Chabar la misma infausta suerte que habia cabido á muchos

(1) La sublevacion de Abd-al-Chabar empezó en 1093. Dos años despues este caudillo entró en la villa de Arcos, donde andando el tiempo fué sitiado por el general Sir, gobernador de Sevilla. El hijo de al-Motamid murió herido de flecha; sin embargo, sus partidarios tardaron algun tiempo en rendir las armas.

de sus hermanos. Sin embargo, dió entrada en su pecho á la esperanza, y se lisonjeó con la posibilidad de volver á Andalucía y reconquistar su trono. Participóselas á sus amigos y entre otros al poeta Ben-Hamdis, á quien envió un poema que empezaba así:

«El púlpito en la mezquita y el trono en el palacio lloran al cautivo que un destino cruel arrojó sobre las playas africanas.

. . . .

»¡Oh! cuánto diera por saber si mis ojos volverán á recrearse en mi lago y en mi jardin, en aquel noble país donde crece el olivo, donde arrullan las palomas y donde gorjean dulcemente los pajarillos.»

El poeta Ben-al-labana era quien con más calor alimentaba sus esperanzas. En víspera de regresar á Andalucía recibió de al-Motamid veinte ducados y dos piezas de estofa. Devolviósela con una composicion en verso que entre otras cosas decia:

«Ten paciencia por pocos dias. Muy pronto colmarás mi dicha sentándote en el trono de tus mayores. El dia que entres triunfante en tu palacio, me otorgarás las más altas dignidades. Tú superarás entónces al hijo de Meruan en generosidad y yo aventajaré á Djarir en talento (1). Prepárate á lucir de nuevo: los eclipses de luna duran poco.»

«¿No has oido rugir al cachorro? guárdate del arranque del leon,» dijo un retórico de la época, aludiendo á la sublevacion del hijo de al-Motamid. Por eso, sin duda, Yusuf mandó aumentar el peso de las cadenas que agarrotaban al ex-rey

(1) Djarir fué el poeta favorito del califa Aldelmelic, hijo de Meruan.

de Sevilla. Sufriólas resignado el cautivo, esperando oir sonar de un momento á otro la hora de su libertad. Ésta llegó; mas fué abriéndole el sepulcro, que le cavó una larga enfermedad.

Al-Motamid murió el año 1095, á la edad de cincuenta y cinco años. Su cadáver fué inhumado en el cementerio de Agmat.

Algun tiempo despues, con motivo de las fiestas de la ruptura del ayuno, el poeta andaluz Abd-za-Zamad fué á visitar su sepulcro y dió siete vueltas alrededor, imitando á los peregrinos de la Meca alrededor de la Caaba, y arrodillándose luégo besó la tierra que cubria los restos mortales de su bienhechor y recitó una patética elegía. Movida de su ejemplo la muchedumbre allí presente dió tambien la vuelta de su sepultura exhalando dolorosos gemidos.

«Todos amaban á Motamid, dice un historiador del siglo XIII. Todos se apiadaron de él, y se le llora todavía.» En efecto, hízose el más popular de todos los príncipes andaluces. Su generosidad, bizarría, su carácter franco y caballeresco le convirtieron en ídolo de las generaciones cultas subsiguientes. Las almas sensibles le compadecian en su inmenso infortunio y el vulgo cantaba sus caballerescas aventuras. Como poeta fué admirado hasta de los beduinos, que en materia de versificacion y de elegancia de lenguaje gozaban fama de críticos severos y jueces competentes. Cuéntase á este propósito la siguiente verídica anécdota:

En uno de los primeros años del siglo XII, un sevillano, viajando en el desierto, llegó á un aduar de beduinos lakemitas. Pidió hospitalidad, que un árabe se apresuró á darle cumplida y generosamente en su tienda, satisfecho de encontrar ocasion de ejercer una virtud tan estimada por aquella raza.

Pasados iban dos ó tres dias, cuando una noche el sevilla-

no, no pudiendo conciliar el sueño, salió de la tienda á gozar el suave ambiente que refrescaba la atmósfera.

Érase una de esas espléndidas noches en que el desierto se dilata sin límites bajo un cielo azul tachonado de estrellas rutilantes, y alumbrado por la luna, elevándose majestuosa sobre el horizonte. Lo imponente de aquel grandioso espectáculo trajo á la memoria del sevillano los versos de un poema compuesto por al-Motamid, y comenzó á recitarlo con acento que el silencio y la calma de la noche hacian vibrar armoniosamente. El poema decia así:

> «La noche habia extendido su tenebroso manto sobre la tierra, á semejanza de un inmenso velo; á la luz de las antorchas bebia yo sendas copas de espumoso vino, cuando de improviso surgió la luna acompañada de Orion. Hubiérase dicho que una hermosa reina, en todo el esplendor de su magnificencia, salía á recrearse en los encantos de la naturaleza, sirviéndose de Orion como de un dosel. Poco á poco las estrellas centelleantes se esparcieron en su derredor, ganosa cada una de llegar la primera. El esplendor aumentábase por instantes, y en aquel brillante acompañamiento las Pléyades parecian la bandera de la reina.
>
> »Lo que el astro de la noche es en el cielo, lo soy en la tierra yo, rodeado de mis nobles caballeros y de las hechiceras mujeres de mi serrallo, cuya negra cabellera se parece á la oscuridad de la noche; miéntras que estas copas resplandecientes son las estrellas que me rodean. Bebamos, nobles amigos, bebamos el zumo de la vid, y entretanto, que estas hermosas entonen canciones melodiosas acompañándose del laud.»

Despues el sevillano recitó otro poema compuesto por

al-Motamid para aplacar á su padre, enojado del desastre que por su propia negligencia habia sufrido el ejército de su mando en Málaga.

No bien hubo acabado de declamar, alzóse la lona de la tienda cerca de la cual se encontraba, y apareció un hombre cuyo aspecto venerable le anunciaba como el patriarca de la tribu, y le dijo con ese atildamiento de diccion, con esa pureza de acento proverbiales en los beduinos y de que tanto y tan justamente se envanecen:

—Dime, ciudadano, á quien Dios bendiga, ¿de quién son esos versos límpidos como un arroyuelo, frescos como la yerba del campo humedecida por el rocío; ora tiernos y melodiosos como la voz de una jóven que ciñe al cuello gargantilla de oro; ora robustos y sonoros como el grito del camello adulto?

—Son—respondió el sevillano—de un príncipe que reinó en Andalucía y se llamó Ben-Àbbad.

—Supongo que ese rey reinaria en un muy reducido país, teniendo, por lo tanto, tiempo sobrado para cultivar la poesía; porque cuando se tienen otras ocupaciones no hay holgura para componer versos como los que acabas de recitar.

—Será como tú dices; pero es lo cierto que reinó sobre un gran país.

—Y ¿podrias decirme de qué tribu era?

—Ciertamente: de la tribu yemaní de Lakem.

—¿Qué dices? ¿De Lakem? ¡Era, pues, de mi tribu!

Y, radiante de gozo por haber hallado un nuevo nombre ilustre para su tribu, el patriarca se puso á gritar con voz que se oyó en todo el aduar:

—¡Arriba, arriba, las gentes de mi tribu!

Los beduinos todos se lanzaron fuera de sus tiendas y rodearon al jeque.

—Escuchad, escuchad—les dijo—lo que acabo de oir, y que se grabe en vuestra memoria como lo conservo en la mia, porque es un título de gloria para cada uno de vosotros y una honra de que os podeis envanecer. Ciudadano,—continuó, volviéndose hácia el extranjero—recítanos, te ruego, los poemas de nuestro primo.

El sevillano se apresuró á complacerle; y cuando los beduinos hubieron saboreado aquellos versos con la misma fruicion que su jefe, éste les refirió lo que el extranjero le habia contado acerca del orígen de los Benu-Abbad, aliados suyos y parientes, puesto que ellos tambien descendian de una familia lakemita que cruzaba en otro tiempo el desierto con sus camellos y levantaba sus tiendas allí donde las arenas separan el Egipto de la Siria. Despues les habló extensamente de al-Motamid, el poeta sublime y festivo á la par, el bizarro caballero, el poderoso rey de Sevilla.

Oida la narracion, todos los beduinos, ébrios de orgullo y alegría, montaron á caballo y ejecutaron una brillante *fantasía,* que duró hasta el despuntar de la aurora.

Acto contínuo el jeque eligió los mejores veinte camellos de su piara y se los regaló al sevillano. Los demás indivíduos de la tribu siguieron su ejemplo, cada uno con arreglo á su riqueza; de suerte que cuando el sol brillaba en todo su esplendor sobre el horizonte, el extranjero se encontró dueño de cien camellos. Festejáronle y honráronle sin medida aquellos generosos hijos del desierto, hasta el dia en que se puso de nuevo en camino. La despedida fué tierna, cual entre hermanos queridos; tanto afecto habian cobrado al extranjero que con grata elocuencia sabía recitar los versos del rey poeta á quien llamaban su primo.

Unos dos siglos y medio despues, en la época en que la

España musulmana, de escéptica habíase convertido en mogigata hasta la exageracion, un peregrino, rosario y bordon en mano, recorria el reino de Marruecos visitando los lugares sagrados del islamismo y consultando los piadosos ermitaños. Érase el célebre Ben-al-Khatib, primer ministro del sultan de Granada. Llegado á la ciudad de Agmat, encaminóse al cementerio donde descansaban los restos de al-Motamid y de su esposa Romayquia debajo de un otero cubierto de loto. Al ver aquella humilde sepultura, destruida por el tiempo y por el olvido en que se la dejaba, Ben-al-Khatib no pudo contener sus lágrimas é improvisó los siguientes versos:

«Vine á Agmat para cumplir un deber piadoso, para ponerme de hinojos sobre tu sepulcro. ¡Ah! ¿Por qué no me fué dado conocerte vivo y cantar tu gloria? ¡Tú, cuya generosidad eclipsaba la de todos los reyes; tú, que brillabas como brilla la antorcha en la oscuridad de la noche! Séame permitido, al ménos, saludar respetuosamente tu sepulcro. Levántase más alto que cuantos le rodean. Habiendo sobresalido de los otros hombres durante tu vida, justo es que sobresalgas de aquellos que duermen á tus piés el sueño eterno. ¡Oh sultan entre los vivos y sultan entre los muertos! los siglos pasados no vieron quien te igualase, y estoy convencido de que los siglos por venir no verán un rey que se parezca á tí.»

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

NOTA.—Los señores suscritores tendrán por no recibidas las páginas de Apéndice puestas al final del tomo primero, porque han de publicarse juntos todos los de la obra al final del último tomo.

INDICE.

LIBRO CUARTO.

DOMINACION MUSULMANA EN SEVILLA.

PERIODO ARABE.

CAPÍTULO I.

PÁGINAS.

Consideraciones y antecedentes históricos. 5

CAPÍTULO II.

Reinado del califa Al-Walid:—Musa-ben-Nozair gobernador del África.—Julian gobernador de Ceuta.—Primeras correrías de los berberiscos en las costas de Andalucía.—Tarik-ben-Zeyad; desastres del Guadi-Becca.—Invasion árabe acaudillada por Musa.—Orígen de los primeros árabes que se establecieron en Sevilla.—Sitio y toma de Sevilla por Musa.—Episodios.—Sara la goda.—Causas probables de la fácil conquista musulmana.—Sublevacion de Sevilla.—El emir Ab-

delaziz.—Sevilla erigida en capital de la España musulmana.—Gobierno y muerte de Abdelaziz.—Sucédele Ayub-ben-Habib.—Traslacion del divan á Córdoba. 28

CAPÍTULO III.

Ódios de raza y rivalidades políticas entre las primeras tribus árabes que se establecieron en Andalucía.—Influjo que ejercieron en Sevilla.—Formidable sublevacion de los berberiscos en África y en España contra los árabes.—Llegada de los siriacos á Andalucía.—Principio de la reconquista por las armas cristianas en el Norte de la Península.—Derrota de los berberiscos.—Guerra civil entre árabes y siriacos.—Bárbaro suplicio del gobernador general Abdelmelic.—Triunfo de los siriacos y su establecimiento en Andalucía.—Proclamacion de Yusuf-Al-Fehri. . . . 63

CAPÍTULO IV.

Abd-er-Rahman-ben-Moavia, fundador de la dinastía omiada en España.—Conjuracion para proclamarle Amir.—Desembarca en las costas de Andalucía.—Su primer campaña contra Yusuf y Samail.—Recibimiento que se le hizo en Sevilla.—Continúa la guerra.—Célebre batalla de Mozara.—Entrada del vencedor Abd-er-Rahman en Córdoba. 89

CAPÍTULO V.

Sumision de Yusuf y de Samail.—Yusuf abre nueva campaña; viene sobre Sevilla.—Combate parcial; victoria de las banderas de Sevilla y de Moron.—Muerte de Yusuf y de Samail.—Venida de Abderahman á Sevilla.—Sublevacion abbasida.—Triunfo de Abderah-

man.—Muerte del sevillano Abu-Sabbah.—Sublevacion fatimita.—Batalla de Estepa.—Venida de los rebeldes sobre Sevilla.—Heroismo de su gobernador Abdelmelic.—Desórdenes en Sevilla.—Derrota de los rebeldes.—Fin del reinado de Abderahman I. . . . 112

CAPÍTULO VI.

Reinado de Hixem I.—Establecimiento en Andalucía de la escuela teológica de Malic.—Reinado de Al-Haquem I.—Disturbios religiosos.—Destruccion del arrabal de Córdoba.—Reinado de Abderahman II.—Prosperidad de Sevilla.—Invasion y saqueo de Sevilla por los normandos. 142

CAPÍTULO VII.

La era de los mártires de Córdoba.—Reinado de Mohammad I.—Sublevacion de los españoles cristianos y musulmanes en la provincia de Málaga, acaudillados por Omar-ben-Hafsun.—Reinado de Abdallah I.—Triunfos de Ben-Hafsun.—Estado político y social de Sevilla en estos tiempos.—Familias ilustres establecidas en la Ciudad.—Conspiracion de los árabes contra el poder absoluto del Sultan: los sevillanos la hacen abortar.—Razias de los berberiscos de Mérida y Badajoz en territorio sevillano.—Derrota de las banderas de Sevilla en los campos de Tejada. . . . 171

CAPÍTULO VIII.

Los foragidos en territorio sevillano.—El español Ben-Ghalib obtiene del Sultan autorizacion para perseguirlos.—Intentona de los árabes contra Ben-Ghalib.—Querellas de los yemaníes y sevillanos ante el Sultan.—Venida del príncipe Mohamet á Sevilla.—Vandálicas

correrías de los árabes.—Destitucion del gobernador y su reemplazo por Omaiya.—Muerte traidora dada á Ben-Ghalib.—Tumulto que ocasiona en Sevilla.—Insurreccion popular contra el Príncipe y contra el gobernador.—Dispersion y castigo de los insurrectos.—Reclamacion de Ben-Hafsun.—Muerte de los hermanos de Omaiya.—Sangrienta venganza del gobernador.—Exterminio de los cristianos y renegados de Sevilla. 189

CAPÍTULO IX.

Situacion de Sevilla despues del exterminio de los cristianos y renegados.—Sublevacion de los árabes.—Sitio del alcázar y muerte del gobernador Omaiya.—Triunfos del caudillo español Ben-Hafsun.—Batalla campal de Polei.—Los mártires de Aguilar de la Frontera. . 210

CAPÍTULO X.

Acontecimientos en Sevilla durante los últimos años del reinado de Abdallah.—Asesinato de Zoraib y Khalib ben-Khaldun.—Triunfo de los Beni-Hachach.—Su rebelion contra el Sultan y alianza con Ben-Hafsun.—Derrota de los aliados en los campos de Estepa.—Sumision de Ibrahim.—Prosperidad de Sevilla bajo su gobierno.—Muerte de Ibrahim.—Nuevas revueltas en la Ciudad al advenimiento de Abderahman III.—Venida de Ben-Hafsun á Sevilla.—Batalla y derrota de los aliados.—Decreto del Sultan mandando derribar las murallas de la Ciudad.—El último de los Beni-Hachach. 227

CAPÍTULO XI.

Advenimiento de Abderahman III.—Situacion de la España

musulmana.—Conquista de Bobastro.—Pacificacion de Andalucía.—Secta Ismaelita.—Progreso de las armas cristianas.—Abderahman toma el título de Califa. —El general sevillano Ahmed ben-Ishac.—Fundacion de Medina-Zahara.—Memorable triunfo de los cristianos en Simancas.—Muerte de Abderahman III.—Grandeza del Califato de Occidente.—Prosperidad comercial de Sevilla. 250

CAPÍTULO XII.

Civilizacion árabe-andaluza.—Sus orígenes.—El califa Al-Hakem II.—Esplendor de las ciencias y de las letras durante su reinado.—Bibliotecas y escuelas públicas. —Hombres de letras y poetas que florecieron en aquella época.—Cultura material y prosperidad del país. —Muerte de Al-Hakem II.—Sus últimas disposiciones testamentarias. 269

CAPÍTULO XIII.

Primeros años de Almanzor.—Su rápido engrandecimiento.—Memorables campañas contra los cristianos.—Genio y carácter de Almanzor.—Formacion de un ejército permanente con tropas africanas.—Muerte de Almanzor.—Epitafio de su sepulcro.—Situacion del Califato despues de su muerte.—Gobierno y muerte de sus hijos y sucesores.—Guerras civiles.—Desmembracion del Califato de Occidente. 29

CAPÍTULO XIV.

Situacion de Sevilla en los primeros años de la desmembracion del Califato.—Orígen de los Benu-Abbad.—Ismail, fundador de la dinastía abbadita.—Cadiazgo de Abu-l-Casim ben-Abbad.—Sublevacion de Sevilla

y expulsion de las tropas africanas.—Formacion de un gobierno provisional.—Abu-l-Casim ben Abbad se apodera de la autoridad soberana.—Primeras conquistas de los sevillanos.—Sitio de Sevilla por los africanos.—Supuesta resurreccion y restauracion del califa Hixem II en Sevilla.—Derrota de los africanos por las tropas sevillanas, y muerte del califa Yahya.—Infructuosa tentativa de los sevillanos contra Córdoba.—Formidable alianza de los africanos contra Sevilla.—Desastre de un ejército sevillano en los campos de Écija.—Muerte de Abu-l-Casim ben-Abbad. . . 315

CAPÍTULO XV.

Advenimiento de al-Motadhid.—Su carácter.—Primeros actos de su reinado.—Un rasgo de su política.—Sus primeras campañas en el Oeste.—Confederacion de los príncipes africanos contra Sevilla.—Victoria de los sevillanos sobre los confederados.—Conquista de los Estados de Niebla, Huelva, Silves y Santa María.—Engrandecimiento del reino de Sevilla.—Temeraria empresa de al-Motadhid en Moron y Ronda.—Banquete en Ronda; peligro de muerte que corre en él el Príncipe.—Horrible venganza de al-Motadhid.—Conquista de Ronda.—Victoria de los sevillanos sobre los granadinos.—Conquista de Algeciras.—Divúlgase la muerte del falso Hixem II.—Al-Motadhid se titula Amir de España.—Córdoba se niega á reconocerle.—Al-Motadhid le declara la guerra.—Trágica muerte del príncipe Ismail.—Primera entrada de los cristianos del Norte en territorio sevillano. 344

CAPÍTULO XVI.

Breve ojeada sobre los reinos cristianos del Norte de la Península.—Fernando I, el Magno.—Primeras excursio-

nes de los cristianos en territorio sevillano.—Embajada de Fernando I en Sevilla.—Invencion del cuerpo de San Isidoro, y traslacion á Castilla.—Conquista de Málaga por al-Motadhid.—Sorpresa y desastre de los sevillanos en Málaga.—Conquista definitiva de Carmona.—Primera aparicion de los almoravides en la escena del mundo.—Muerte de al-Motadhid.—Su carácter y crueldades. 379

CAPÍTULO XVII.

Proclamacion de al-Motamid.—Origen de la privanza de ben-Ammar.—Romayquia, esposa predilecta de al-Motamid.—Los poetas en la corte sevillana.—Anexion de Córdoba al reino de Sevilla.—Entrada de los cristianos en el reino de Sevilla.—Empresa frustrada contra Murcia.—Conquista y gobierno de Murcia por ben-Ammar.—Soberbia é ingratitud de aquel valido.—Al-Motamid le destituye de su gobierno.—Trágica muerte de ben-Ammar. 401

CAPÍTULO XVIII.

Rivalidad entre el Rey de Sevilla y el Príncipe de Almería.—Temblor de tierra en Sevilla. Lápida conmemorativa.—Atentado cometido en Sevilla contra embajadores castellanos.—Venganza que toma el Rey de Castilla.—Conquista de Toledo por Alfonso VI.—Decadencia de los árabes andaluces.—Al-Motamid implora el auxilio de Yusuf ben-Texufin.—Embajada sevillana á Marruecos.—Primera entrada de los almoravides en España.—Batalla de Zalaca. 432

CAPÍTULO XIX.

Despues de la batalla de Zalaca.—Descalabro de las armas

sevillanas.—Entrevista de al-Motamid con Yusuf en África.—Segunda entrada de los almoravides.—Sitio de Aledo.—Rencillas entre los príncipes andaluces.—Yusuf resuelve apoderarse de Andalucía.—Destrona al Sultan de Granada.—Fetfá contra los príncipes andaluces.—Guerra entre árabes y africanos en Andalucía.—Los almoravides entran en Córdoba.—Sitio y conquista de Sevilla por los almoravides.—Prision de al-Motamid, último rey de la dinastía abbadita. . . 457

CAPÍTULO XX.

Últimos años de la vida de al-Motamid. 480

